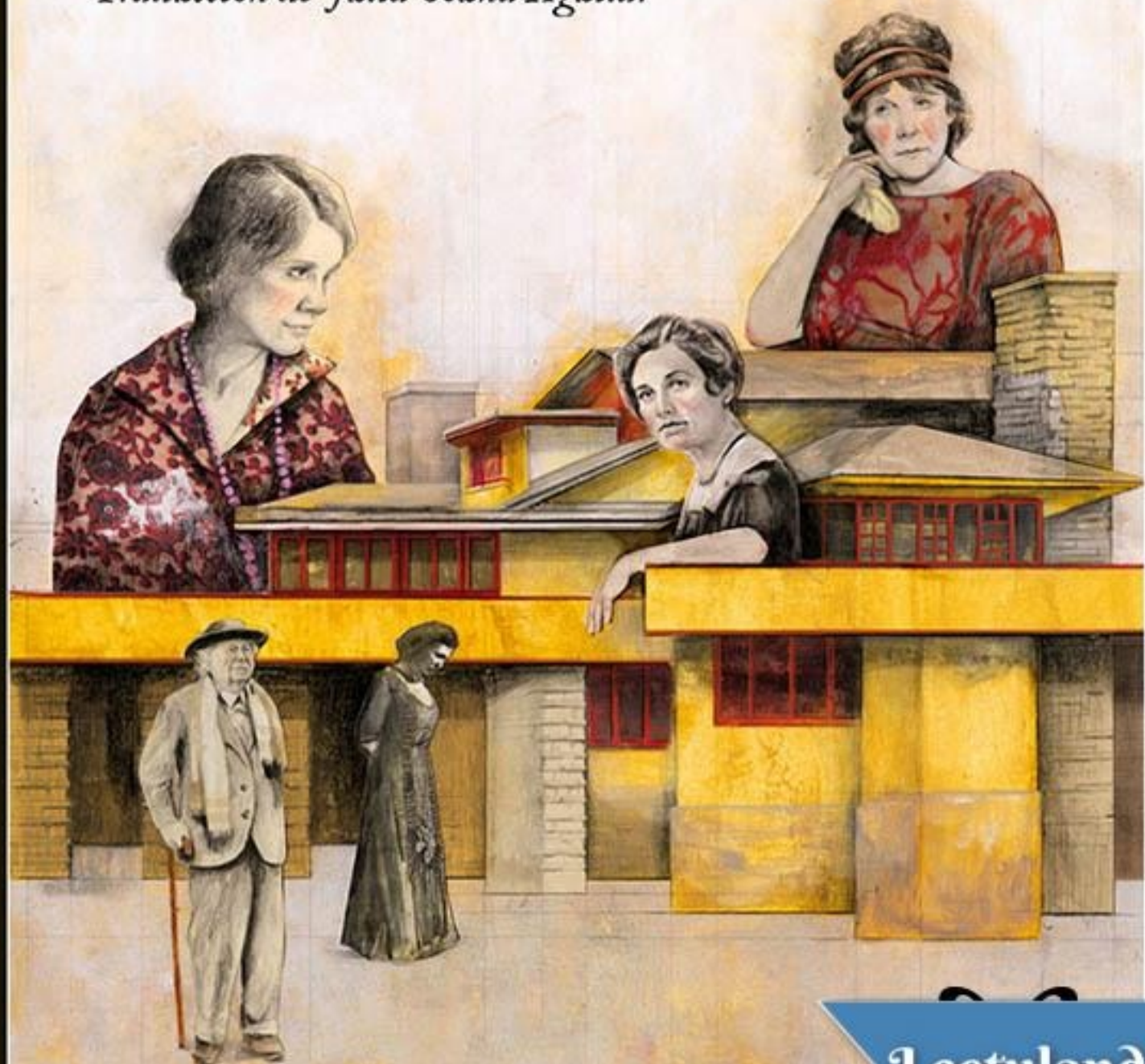


T. C. BOYLE

Las mujeres

Traducción de Julia Osuna Aguilar



Lectulandia

T. C. Boyle, uno de los narradores norteamericanos más sólidos de las últimas décadas, nos ofrece en su indiscutible obra maestra, *Las mujeres*, la vida y amores de uno de los iconos más controvertidos del siglo xx, el visionario arquitecto Frank Lloyd Wright. Su imponente finca de Taliesin, en el Wisconsin profundo, quemada dos veces y dos veces reconstruida, empieza a ser asediada por los periodistas, ávidos de retratar la escandalosa vida amorosa de su dueño. Kitty, la primera esposa de Wright, está convencida de que las amantes de su marido solo son un espejismo. Martha «Mamah» Borthwick es una belleza que será asesinada por un criado. Y su segunda mujer, Miriam, ha de disputarse el trono del corazón del arquitecto con la sensual Olgivanna, una bailarina serbia que comparte con él una visión tempestuosa y turbulenta de la vida, y que es un auténtico barril de pólvora a punto de estallar.

Lectulandia

T. C. Boyle

Las mujeres

ePub r1.0

Titivillus 28.07.16

Título original: *The Women*
T. C. Boyle, 2009
Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Karen Kvashay.

Nota del autor

La que sigue es una recreación ficcional de determinados acontecimientos de las vidas de Frank Lloyd Wright, de sus tres esposas —Catherine Tobin, Maude Miriam Noel y Olgivanna Lazovich Milanoff— y de su amante Mamah Borthwick Cheney. Si bien se describen hechos reales y personajes históricos, todas las situaciones y diálogos son ficticios, salvo cuando se cita expresamente fragmentos de periódicos de la época. Estoy en deuda con los muchos biógrafos y memoriógrafos de Frank Lloyd Wright, en particular con Meryle Secrest, Brendan Gill, Robert C. Twombly, Finis Farr, Edgar Tafel, Julia Meech, Anthony Alofsin, John Lloyd Wright y Ada Louise Huxtable. Me gustaría asimismo agradecerles su ayuda a Keiran Murphy y a Craig Jacobsen, de Taliesin Preservation S. A., así como a Charles y Minerva Montooth y a Sarah Logue por su amabilidad y por su hospitalidad.

Cita

*La vida me puso pronto en la encrucijada de elegir
entre la arrogancia sincera y la modestia hipócrita:
me quedé con la arrogancia.*

Frank Lloyd Wright

Primera parte

Olgivanna

Prólogo a la primera parte

Por aquella época yo no sabía mucho de automóviles —ni ahora, a decir verdad—, pero fue uno el que me llevó hasta Taliesin en el otoño de 1932, a través de un paisaje rural por momentos fortificado de árboles, por momentos enmoquetado de hierba hasta la pared trasera de sus establos, de sus silos y de sus granjas, pasando por pueblos con nombres como Black Earth, Mazomanie o Coon Rock, donde no habían visto nunca una cara japonesa (ni china, para el caso). Una parada para repostar, un bocadillo, una visita al baño, y parecía que hubiese bajado a la Tierra un marciano y se hubiese puesto al volante de un Stutz Bearcat amarillo canario y negro abisal como otro cualquiera (y, a todo esto, ¿qué es un *bearcat*, ese «gato oso»? Me imagino un animal monstruoso salido de la chistera de un publicista, un híbrido que ruge, trisca y escarba por el asfalto, igual que lo hacía el mío, remedando al del anuncio). En aquel día, demasiado caluroso para octubre —y demasiado sereno y despejado, como si el verano se negase a acabar—, la mayoría de las personas con las que me cruzaba se me quedaban mirando hasta que se daban cuenta de su indiscreción y apartaban la mirada como si no hubiesen registrado en sus ojos lo visto, ni tan siquiera una imagen fugaz en la retina; hubo un hombre, sin embargo —y no es mi intención ponerle en evidencia, pues el pobre no daba para más, y por entonces empezaba a acostumbrarme a aquella perplejidad—, que a mi pregunta de dónde podía comprar una hamburguesa solo pudo responderme abriendo un palmo y medio la boca y exclamando con la mandíbula desencajada: «¡Por los clavos de Cristo! Usted es chino, ¿verdad?».

Que la capota no quisiera subirse tampoco fue de gran ayuda, porque dejaba mi cara expuesta no solo al sol y a una avasalladora metralla de polvo, de plumas de gallina y de estiércol pulverizado, sino también a las miradas de hasta el último de los impasibles habitantes de Wisconsin que se me cruzaba en el camino. Era una auténtica locura la cantidad de baches y surcos que salpicaban el firme, colmados todos de un agua turbia que parecía salir disparada como un géiser cada quince metros. Y los mosquitos: nunca había visto tantos juntos, como si surgieran por generación espontánea y la tierra los esparciera a modo de granos de polen en una profusión de arena o de polvo. Estallaban en vivos goterones de filamentos líquidos contra el parabrisas, hasta que apenas podía verse la carretera al otro lado de la escabechina. A todo esto, había que sumarle los perros pastores, los gansos sueltos, los puercos desorientados y las vacas suicidas que acechaban por doquier, obstáculos que surgían continuamente en mi campo de visión, hasta que empecé a paralizarme ante cada recodo y ante cada cruce del camino. Si no adelanté cien carretas en mi trayecto, no adelanté ninguna. Un millar de sembrados. Árboles hasta perder la

cuenta. Me agarré con fuerza al volante y apreté los dientes.

Tres días antes había celebrado a solas mi vigésimo quinto cumpleaños, en el tren nocturno que unía la estación Grand Central de Nueva York con la Union Station de Chicago, acompañado tan solo por una maleta y un telegrama de felicitación de mi padre, así como por mis ejemplares manoseados de la revista *Wendingen* y la *Carpeta Wasmuth*, además de varias mudas que había comprado para intentar no desentonar demasiado en aquel Wisconsin profundo (un par de vaqueros, unas cuantas camisas informales, cosas por el estilo), y que no llegué a sacar de la maleta. En mi cabeza aquella expedición era una empresa de carácter casi ceremonial, que exigía una vestimenta formal y unos modales convencionales, pese a los rigores de la carretera y lo que solo puedo calificar como el «desbarajuste» del mundo rural. Mi pelo, peinado y repeinado hasta la saciedad contra el bufido del viento, era un relamido prodigio de brillantina, un dechado de estudio y composición, y llevaba mi mejor traje, un cuello rígido y una corbata que había comprado para la ocasión. Aunque no me había decidido a llevar gafas o gorra de conducir, hice una parada estratégica en los almacenes Marshall Field's para comprar unos guantes (de cabritilla gris) y un pañuelo de seda blanca que en mi mente veía aleteando alegremente al viento pero que, cuando no llevaba ni quince kilómetros, se me enrolló y acabó haciéndome una sudorosa llave de judo en la garganta.

Iba muy erguido en mi asiento mientras manejaba el volante con una mano y la enigmática palanca de cambios con la otra, tal y como me había enseñado el solícito y amable vendedor del concesionario de Chicago donde había comprado el coche la noche anterior. Se trataba de un modelo de 1924, usado pero «muy deportivo», me aseguró, y «en unas condiciones de miedo, un ejemplar de primera, se lo aseguro»; lo pagué con un cheque de la cuenta que mi padre me había abierto cuatro años antes, tras mi desembarco en San Francisco (y en la que, con gran generosidad e indulgencia, seguía ingresándome dinero sin falta el primero de cada mes).

Tengo que reconocer que me gustaba el aspecto que tenía aquel coche, sobre todo cuando estaba parado, ese aire como de movimiento suspendido, de potencia latente en la recámara, aunque me preguntaba qué diría mi padre al respecto si me viera. No cabía duda de que evocaba mujeres descocadas y universitarios con abrigos de piel de mapache —o peor aún, ¡gánsteres!—, pero el resto de coches parecían de lo más vulgares a su lado, casi mortuorios; vi un Durant blanco al que solo le faltaba colocarle el letrero de una funeraria y, alrededor, una docena de Fords más insulsos que el agua de fregar, con esa pintura desvaída a la que Henry Ford había denominado «negro japonés» (aunque no acierto a entender por qué, salvo que estuviese pensando en barras de tinta y *kanjis*. Aunque, en realidad, ¿cómo iban a saber él o sus diseñadores, afincados en los remotos y xenófobos aledaños de Detroit, lo que era un *kanji*?).

En los guardabarros no parecía haber ningún agujero de bala —al menos hasta donde me alcanzaba la vista—, y el motor escupió y rugió muy satisfactoriamente

cuando lo probé en la tienda. Me monté, di un par de vueltas a la manzana con el vendedor haciendo las veces de copiloto, entre indicaciones, advertencias de precaución y alabanzas a mi conducción de novato, y al rato me alejaba ya de la ciudad con aquellos inmensos Fords y Chevrolets viniéndome de cara embalados o pegándoseme detrás para adelantarme. No les echaba muchas cuentas, ni siquiera cuando sus conductores me insultaban a gritos o me dedicaban gestos obscenos por la ventanilla. No, de eso nada. Andaba demasiado ocupado entre los cambios, el embrague, el freno y el acelerador, elementos que requerían toda mi atención. (En teoría pilotar un coche no era nada complicado, apenas un movimiento reflejo —todo el mundo podía conducir, hasta las mujeres podían—, pero en la práctica aquello era lo más parecido que yo conocía a meterte una y otra vez en unos baños públicos con la calefacción al máximo).

En cuanto al medio rural, lo más cerca que había estado de algo parecido al campo había sido en Harvard. Cuando vivía allí, mi cuarto daba a unos jardines muy cuidados, con arbustos e intensas islas de sombra proyectadas por los mismos robles y olmos que habían cobijado las cabezas de tantas generaciones anteriores a la mía. Nunca en mi vida había estado en una granja, ni siquiera de visita. Compraba la carne y los huevos en el mercado, como todo el mundo. No, yo era lo que se dice un urbanita acérrimo que se había criado en sucesivos pisos del barrio de Akasaka y luego de Washington, donde mi padre había ejercido como agregado cultural de la embajada japonesa durante seis años. A mí lo que me llamaban eran las aceras, las avenidas adoquinadas, las farolas, las tiendas y los restaurantes, donde podías tener la suerte de encontrar un *maître* francés o incluso un chef familiarizado con la salsa bechamel o con la bearnesa, en vez de con la ubicua *gravy* marrón y el puré de patatas, que es a lo que se supone que tendría que acostumbrarme a partir de entonces. Solía viajar en tren, tranvía y coche de alquiler, como cualquier hijo de vecino, y los únicos animales que veía con cierta frecuencia eran las palomas y los perros... con correa, eso sí.

Y allí estaba, no obstante, bregando con la palanca de cambios y el embrague, que estaba tan duro que casi se me dislocaba la rótula cada vez que desembragaba mientras serpenteaba por veredas perdidas de la mano de Dios, en el Wisconsin más remoto, atravesando un muro cada vez más grueso de polvo y de fragmentos de mosquito, frustrado, furioso y lo que es peor, perdido. Pero no solo perdido: perdido sin remedio. Había pasado ya tres veces, y las que me quedaban, por delante de la misma granja, de la misma carreta desfondada con los radios de las ruedas oxidadas hundidos entre la maleza, de las mismas vacas de cara triangular rumiando en el mismo pasto, que me miraban pasmadas desde la nulidad enloquecedora de sus ojos bovinos. Y no tenía ni idea de qué hacer. Sin saber cómo, me había ido sumiendo poco a poco en el trance de la carretera, mis extremidades funcionaban ya en automático, mi cerebro estaba obturado y lo único que hacía era doblar a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda, hasta que el mismo establo de siempre

aparecía en el horizonte y volvía a verme pasar de largo en mi lustrosa máquina rugiente, que se había convertido de súbito en mi purgatorio y mi prisión.

En realidad, me hallaba en posesión de un mapa trazado a mano que me había enviado un tal Karl Jensen, secretario de la Comunidad Taliesin, de la que hacía poco me había hecho miembro —fundador—; pero en él aparecía una supuesta carretera que cruzaba un supuesto río que no parecían existir por ningún lado. Iba preguntándome en qué punto me habría perdido, con el gemido persistente del motor induciéndome vibraciones compasivas en la cabeza, cuando, en la que debía de ser la cuarta vez que pasaba, de repente, el escenario cambió; allí estaban el establo, la carreta y las vacas, pero en esa ocasión había algo nuevo en el encuadre: en la cuneta se erguía una mujer robusta con un vestido gris liso y un delantal, acompañada de un perro con manchas y dos niños pequeños. Cuando me acerqué a ellos, empezó a hacer aspavientos como si estuviéramos en medio del mar y se hubiese caído por la borda al abrazo gris de las olas superpuestas. Antes de darme cuenta, estaba tirando con todas mis fuerzas de la palanca de cambios y pisando a fondo el freno hasta que el coche se detuvo con un respingo a seis metros escasos de la mujer, que esperó a que se despejase la polvareda para avanzar por la cuneta con expresión estoica, mientras los niños (que debían de tener siete u ocho años, o al menos rondaban esa franja de edad) bailoteaban. El perro bailoteaba también, pisándoles los talones.

—¡Hola! —me saludó desde lejos con una voz delicada y sin aliento. Y repitió—: ¡Hola!

Cuando la mujer llegó a la altura del coche, los niños sintieron una timidez repentina y se metieron hasta la cintura entre la vegetación de la cuneta, desde donde se dispusieron a observarme con desconfianza. Era consciente de la distancia que nos separaba gracias al asiento rimbombante del Stutz y a la pronunciada curva del guardabarros. La maleza, salpicada acá y allá del color a óxido propio de la estación, atestaba literalmente la carretera, que en cualquier caso no era más ancha que un camino de carros. Un niño se agachó para coger una brizna de hierba y se la metió entre las paletas. Sin saber muy bien qué decir, me quedé observando su vacua expresión mientras la mujer asimilaba, con unos ojos de claridad gaélica, mi cara, mi ropa y el esplendor de mi coche.

—¿Busca usted algo? —me preguntó, pero prosiguió sin esperar mi respuesta—: Porque ha pasado ya cuatro veces por esta carretera. ¿Es que está perdido... —y en ese punto vaciló al encajar la verdad de lo que habían estado diciéndole sus ojos: que el ocupante del coche era extranjero y, encima, uno muy exótico— o algo?

—Sí —dije intentando sonreír—. Eso parece... creo que he entrado en algo parecido a un bucle. ¿Estoy buscando Taliesin?

Más que afirmarlo, lo pregunté, aunque en ese momento no me percaté de que lo había pronunciado mal, pues nunca había oído nombrar el sitio en voz alta. Creo que debí de decirlo con acento japonés —una «Táliesin» esdrújula en lugar de una más llana y meliflua—, porque la mujer se me quedó mirando muy fijamente con cara de

no entender nada. Lo repetí un par de veces, hasta que uno de los niños intervino:

—Creo que está diciendo Taliesin, *má*.

—¿Taliesin? —repitió la mujer, y sus rasgos se contrajeron en torno a la aspereza del nombre propio—. ¿Y por qué quiere ir allí, si puede saberse? —me preguntó subiendo el tono de voz hasta que esta se convirtió en una especie de chillido ahogado. Sin embargo, al tiempo que hacía la pregunta, vi que la respuesta se asentaba en su mirada: fuera cual fuese la asociación que había hecho en su cabeza, no era muy buena.

—Pues es que... tengo una... —El coche tembló y eructó entonces bajo mis posaderas—... una cita.

—¿Con quién, si puede saberse?

Las palabras salieron de mis labios sin saber muy bien ni lo que decía:

—Con Wrieto-san.

Los ojos entornados, la boca retorcida de nuevo, el jadeo del perro, la mirada de los niños, y mosquitos por doquier.

—¿Con quién?

—Con el señor Wright, Lloyd Wright, el arquitecto, el que construyó... —había estudiado la *Carpeta Wasmuth* hasta casi desgastar sus hojas y me sabía de memoria todas las casas que Lloyd Wright había construido, pero en aquella coyuntura solo fui capaz de pensar en el orgullo de Tokio—: el que construyó el Hotel Imperial.

Nada, no hubo reacción de ningún tipo. Empecé a irritarme. Mi inglés era perfectamente inteligible, y tenía el suficiente dominio incluso para pronunciar sin mucho esfuerzo la consonante doble que tanto costaba articular en el paladar a mis compatriotas.

—El señor Lloyd Wright —repetí poniendo especial énfasis en la *elle*.

Aproveché entonces para observar más atentamente la escena: ¿quién era aquella mujer, aquella campesina con esos dos niños desastrados, aquel pecho desproporcionado y aquella barbilla encapsulada en una sucesión de papadas, semejante a los anillos de un árbol? Y más aún, ¿quién era ella para interrogarme de ese modo? Por entonces yo no lo sabía, pero sospeché que aquella mujer nunca había oído hablar del Hotel Imperial ni de la belleza sobrenatural de su diseño ni de la revolucionaria obra de ingeniería que había permitido a aquel edificio sobrevivir al peor terremoto de la historia de mi país con apenas unos retoques estéticos (y ya puestos, sospeché que tampoco habría oído hablar de Japón, ni de la gran olla a presión que era por entonces el océano que separaba su país del mío). Pero lo de «Lloyd Wright» sí que debió de sonarle, y de hecho explotó como un obús de artillería en las profundidades de sus ojos y apretó la boca hasta que se le cerró como una alcancía.

—No puedo ayudarle, señor —repuso levantando una mano y bajándola de nuevo.

Acto seguido se dio media vuelta y empezó a alejarse por la carretera. Los niños

se quedaron un rato más mirándome, digo yo que maravillados por la milagrosa visión del reluciente deportivo amarillo y negro estacionado al borde de la carretera rural con aquel exótico hombre al volante. Y entonces, como impulsados por un resorte, se encogieron de hombros, se levantaron y se fueron correteando detrás de su madre. Yo me quedé allí con los mosquitos, los hierbajos y con el perro, que se restregó con la tierra para quitarse una pulga de la oreja y luego salió trotando a su vez detrás de los muchachos.

Fuera como fuese, por fin logré encontrar el camino a Taliesin, con todo el simbolismo o el augurio, bueno o malo, que aquello pudiera implicar; de no haberlo encontrado no tendría mucho sentido que estuviera escribiendo esto. En cualquier caso, me quedé un momento allí parado, patidifuso ante aquella demostración de indiferencia que tal vez allí fuese normal, pero que en mi país habría resultado de lo más insólita. Recuerdo que musité un «americanos...» y me vino a la cabeza la figura de mi padre, un charlatán empedernido y divagador de primera categoría, cuyas crecientes frustraciones durante sus años en Washington casi le habían llevado a la tumba. A continuación metí marcha atrás y di media vuelta. Esa vez la granja se quedó a mi izquierda y al poco tiempo me vi tomando una arbitraria serie de desvíos hasta que descubrí nuevos establos, nuevos caminos y nuevos baches y, ¡oh, milagro!, por fin allí se materializaron el supuesto río y la carretera que lo bordeaba. Sentí que empezaba a animarme: la cosa iba mejorando.

«Está al llegar —no paraba de repetirme—, está al llegar». Pero entonces, encaramado como estaba en un júbilo creciente, las inseguridades empezaron a apoderarse de mí. No tenía ni idea de qué me esperaba. Si bien hasta la fecha estaba satisfecho con mi educación —tras un curso completo en la Universidad Imperial de Tokio, asistí primero a Harvard y más tarde al *mit* para completar mis estudios, pues quería una perspectiva arquitectónica moderna, una perspectiva «occidental», y estaba dispuesto a trabajar los días enteros y a estudiar todas las noches a fin de conseguirlo—, tenía que reconocer que a Taliesin había llegado por puro impulso. La historia es sencilla. Era una tarde de la pasada primavera. Recuerdo que recorría el pasillo del edificio de la escuela de arquitectura con un zigurat de libros bajo un brazo y el estuche con los útiles de dibujo bajo el otro. Me sentía algo desplazado y deprimido (con eso que los músicos populares americanos suelen llamar «blues», esto es, imbuido del verdadero tono de la alienación y la desesperanza, después de que mi enamorada me hubiera dejado por un caucásico que tocaba el trombón —instrumento fálico donde los haya—, y descubriera que mis estudios se me antojaban repetitivos e insípidos y tan anticuados como la columna jónica y el plinto sobre los que estaban basados). Y entonces, en un momento de indecisión y hastío, me detuve ante el tablón de anuncios que había fuera del despacho del decano.

Un cartel llamó mi atención; en una impresión exquisita, sobre un papel crema de

hilo grueso, se anunciaba la fundación de la Comunidad Taliesin bajo el auspicio de Frank Lloyd Wright. La fundación tendría su sede en su estudio y residencia de Wisconsin. Matrícula de 675 dólares, pensión incluida y con la presencia del maestro. Volví disparado a mi cuarto e hice un primer esbozo de la carta de solicitud. Al cabo de cinco días, Wrieto-san en persona me respondió por telégrafo para decirme que había sido aceptado y que esperaba la llegada de mi cheque.

Y allí estaba, pues, por fin había llegado el momento de la verdad; estaba en medio de una encrucijada de caminos. ¿Podía alguien culparme por estar algo más angustiado de la cuenta? Me sentía como un estudiante de primer curso en su primer día en el campus, preguntándose dónde dormiría, qué comería, cómo le verían sus compañeros y si sería digno de aceptación y éxito, o si, por el contrario, se hundiría en el ostracismo y en el fracaso. Sin darme cuenta, empecé a acelerar el coche. El viento me azotaba el pelo y el pañuelo me golpeaba en los hombros como una toalla húmeda rasgada por la mitad. No puedo sino pensar que fue la providencia la que quiso que ni los perros saltarines ni las vacas aturdidas se me cruzasen por en medio en el último tramo que me quedaba para llegar hasta Taliesin.

El río corría manso a la vera de la carretera. Pasaron cinco minutos, diez. Estaba impaciente, enfadado conmigo mismo, ansioso y mareado, todo a la vez... Pero ¿dónde estaba, dónde estaba aquella maravilla arquitectónica que solo conocía por las páginas de un libro, aquel milagro de delineación insólita, aquel cielo en la Tierra donde iba a vivir durante el siguiente año, y tal vez más? ¿Dónde? Estaba ya soltando imprecaciones en voz alta, con el motor a toda pastilla, y la vegetación replegándose a ambos lados de la carretera como azotada por un látigo invisible, y aun así seguía viendo más de lo mismo: una sucesión de sembrados todos iguales, y luego maizales, lomas que subían y bajaban por todo el valle, y establos, los eternos establos, hasta que, de pronto, allí estaba. Alcé la vista y el edificio se materializó ante mí como uno de los templos ocultos que se describen en *La historia de Genji*, como un trampantojo, una forma que no puedes percibir hasta que la ves. O no, no fue tanto que apareciese sin más como que se desplegó sobre la colina que tenía frente a mí para luego volver a cerrarse, desplegarse y cerrarse de nuevo.

¿Iba demasiado rápido? Sí, sí que lo iba. Y al querer pisar el freno, descuidé sin querer el embrague —punto en que el volante pareció cobrar vida propia—, y entonces el Bearcat emitió un estertor y comenzó a patinar por la carretera en un huracán de polvo y escoria voladora hasta quedarse con el morro en sentido contrario al de la marcha.

Pero no importaba. Ahí estaba la casa, un artefacto enorme e inconexo que se extendía a lo ancho y a lo largo de la colina bruñida por el sol de la tarde, una especie de casa-fénix, construida en 1911, devastada por un incendio tres años después, reconstruida y de nuevo destruida por el fuego, solo para surgir de entre las cenizas en todo su dorado esplendor. No pude evitar pensar en el símil que había utilizado Schelling al hablar de una gran arquitectura que existía como música congelada,

música en el espacio, porque era eso exactamente lo que estaba contemplando, y no una mera obra de cámara, sino una sinfonía con un coro de cien voces: la casa de Wrieto-san, su hogar y su refugio, a la que había sido invitado para ser aprendiz del maestro en persona. De acuerdo. Así que me sacudí el polvo de la chaqueta, me pasé el peine por el pelo e intenté ante todo «guardar la compostura». Después arranqué el coche y avancé buscando la entrada del recinto.

Sin embargo, no fue tan fácil como parecía a primera vista. Entre aquel dédalo de carreteras y caminos cruzados no lograba discernir cuál era el que me llevaría finalmente a la finca. Y cuando por fin encontré el que consideré el correcto, uno que atravesaba entre curvas el lodazal de una granja de cerdos, me detuvo súbitamente una proliferación de señales que me prohibían el paso. Aunque deduje que lo normal era que a mí no me afectasen, una incertidumbre innata —timidez, si lo prefieren, o llámenlo reverencia cultural impuesta por las normas sociales— me retuvo. El automóvil retembló en el barro. Dejé la palanca de cambios en punto muerto y me quedé mirando un buen rato el letrero que tenía más cerca. El significado estaba bastante claro; es más, su mensaje era irrefutable: «*prohibido el paso*».

Solo entonces me percaté de la presencia de una silueta que me observaba desde detrás de una cerca de madera, a mi izquierda: era un granjero, o eso me pareció, con un mono todo lleno de manchas y las botas embarradas. Estaba plantado hasta los tobillos en el estiércol de un corral de cerdos —justo en el medio, de hecho—, mientras los propios animales hozaban la tierra a su alrededor generando de paso uno de los olores más crudos y desagradables con los que me había topado jamás. Me quedé un momento observándole mientras él hacía lo propio conmigo —se le había dibujado una sonrisa y tenía una mirada entre sardónica y enjuiciadora—, y después alcé la voz para que me oyese por encima del motor y de las articulaciones guturales del ganado.

—Sería usted tan amable de... —empecé a decir pero él me interrumpió con una afilada y punzante carcajada.

—Siga, siga... A él le da igual todo eso. Es solo para los turistas —me dedicó una larga mirada contemplativa y añadió—. ¿Usted no será uno de ellos, verdad?

Negué con la cabeza y, después de darle las gracias con una sucinta inclinación, metí primera y comencé a remontar la colina, que, por desgracia, pareció volverse más y más empinada conforme me iba aproximando a los muros, los bancales de caliza y los tejados de copete ancho de la casa. Ahora, sin embargo, había algo más de gravilla bajo las ruedas y el prodigioso Bearcat cogió agarre, con las ruedas rechinando como condenadas y el motor chillando como una bestia mítica que batiera las alas y echara fuego por las fauces. Subí y subí, hasta que de pronto la gravilla se hizo más profunda y alcanzó la consistencia de una especie de fango lítico, y las ruedas vacilaron y se agarraron al firme con un violento rociado de piedras; estaba pensando en frenar cuando súbitamente llegué a lo alto de la colina y choqué de morro contra el parachoques del coche que había allí aparcado. Estaba sobreexcitado,

temblaba del esfuerzo, de la tensión, del esplendor de todo aquello. ¿Y qué si me había equivocado y había aparecido por el camino de atrás, que era solo para el tractor y los caballos de tiro? ¿Y qué si había estado a punto de estamparme con el parachoques trasero del Cord Phaeton de Wrieto-san, el automóvil más veloz y majestuoso que se hubiera fabricado sobre la faz de la tierra? Estaba allí, en casa.

¿Mis primeras impresiones? De paz, de belleza abrumadora, de elegancia en las líneas. Todo aquello me transmitía el donaire del viejo mundo. Aunque había algo más: una presencia espiritual subyacente que parecía emanar de la propia tierra, como si me encontrase en un lugar sagrado, un santuario donde las tribus autóctonas se reunieran para celebrar sus cultos, antes de que los antepasados de Wrieto-san, los Lloyd Jones, hubieran llegado desde Gales, en los tiempos anteriores a la llegada de Colón, en la época en que Edo se desgajó del mundo. Me sentí igual que si hubiese entrado en uno de los templos de Kioto (en Nanzenji, o mejor, en Kinkakuji, cuyo revestimiento de pan de oro recoge la luz y la atesora). Toda la angustia se me dispó de golpe y sentí una súbita e instantánea serenidad.

Eran las cuatro de la tarde. El sol pendía de las copas de los árboles como un talismán colgado de un cordón invisible. En cuanto apagué el motor, todos los pájaros del mundo empezaron a piar a la vez. Casi al instante, el humo del escape se evaporó y tomé consciencia de la ligereza y la pureza del aire. Estaba aromatizado con clavo, con pino, con la clorofila de la hierba recién cortada y presentaba también un ligerísimo aroma a leña quemada. Y olía a comida, un aroma a guiso que me recordó que no me había echado nada al estómago desde aquella malograda hamburguesa de unas horas antes. Me tomé un momento para respirar hondo y consideré la idea de fumarme un pitillo, pero la desestimé: Taliesin me estaba esperando.

Justo estaba apeándome del coche y quitándome los guantes (sudados), con la idea de desenredarme el pañuelo, cuando desde una de las cocheras de la explanada de entrada, por detrás del capó centelleante del Cord, apareció una figura. Me llevó un momento —mi vista es mucho más eficiente en las distancias cortas (las de la mesa de dibujo, por ejemplo) que en las largas— darme cuenta, con el corazón aporreándose en el pecho, de que estaba en presencia del mismísimo maestro.

Ensayé una profunda reverencia, la más profunda, de hecho, que jamás le había dedicado a nadie en mi vida, ni siquiera a mi reverenciado padre o al honorable rector de la Universidad Imperial de Tokio.

Él me devolvió la inclinación con una de las suyas, breve, solo de cabeza y hombros, como correspondía a su estatus respecto a mí. Al mismo tiempo me sorprendió dándome la bienvenida en japonés:

—*Konnichiwa* —me dijo mirándome a los ojos.

—*Hajimemashite* —le respondí yo con una segunda reverencia.

Aunque Wrieto-san contaba por entonces con sesenta y cinco años (de los cuales solo reconocía sesenta y tres), tenía el aspecto y la compostura de un hombre diez o quince años más joven. Si bien en su autobiografía, que se había publicado ese

mismo año y que había cosechado espléndidas críticas, afirmaba medir uno setenta y dos, lo cierto es que era bastante más bajo (yo mismo medía uno setenta y en el trascurso de las semanas venideras tuve la oportunidad de comparar mi altura en varias ocasiones con la suya, y sin duda le sacaba al menos cuatro o cinco centímetros). Iba vestido como un esteta de camino a una exposición de pintura: boina, capa, camisa con el cuello subido, polainas de lana y aquel bastón suyo de madera de Malaca que le imbuía tanto de elegancia como de autoridad. El pelo, una madeja entre el cúmulo y el nimbo, le llegaba por el cuello de la camisa.

—*O-genki desu ka?* —me preguntó. (¿Cómo estás?)

—*Genki desu. Anata wa?* —respondí. (Estoy bien. ¿Y usted?)

—*Watashi-mo genki desu* —(Yo también estoy bien). Aquello pareció agotar su japonés, porque se apoyó en el capó del Cord, buscando la luz para verme mejor, y cambió al inglés—. Y ¿usted es?

Volví a postrarme tanto como pude.

—Sato Tadashi.

—¿Tadashi? Yo conocí a un Tadashi en Tokio... Sí, Tadashi Ito, del grupo del barón Ookura. —Me dio un repaso de arriba abajo, fijándose en mis zapatos relucientes, la raya de los pantalones, el cuello rígido y la corbata—. Su apellido significa «correcto», ¿verdad?

Hice una inclinación de asentimiento.

—¿Y le pega su nombre? ¿Es usted *correcto*, Tadashi?

Cuando le respondí que sí —«al menos en la mesa de dibujo»—, soltó una carcajada. Más tarde sabría que Wrieto-san tenía un gran repertorio de risas, era un dechado de jocosidad, de alegría y de encanto natural y reconfortante. Virtudes solo superadas por el magnetismo de su genio. Y, por supuesto, también era conocido por su mordacidad, sus cambios de humor y su temperamento, sobre todo si consideraba que no estaba recibiendo el respeto —la adulación, o incluso la adoración— que creía merecer.

—¿Y también decoroso?

Otra inclinación.

Ahora sonreía con ganas, todo su rostro demudado.

—Pues le diré, Tadashi, que ese es uno de los rasgos que más aprecio en una persona —comentó, incorporándose entonces y describiendo un pequeño círculo a mi alrededor sobre los adoquines (era incapaz de estar quieto mucho tiempo. Tenía un entusiasmo inagotable, una energía volcánica)—. Y que respete las normas y las restricciones. Yo también puedo ser así —añadió, y guiñó un ojo para prologar la respuesta—, pero espero que no le sorprenda, Sato-san, si soy más indecoroso que decoroso. No es cuestión de limitar a un hombre, ¿no le parece?, de encadenarlo con convenciones.

No comprendía muy bien hacia dónde estaba derivando la conversación, pero entendí que se trataba de una especie de chanza y que la única respuesta que se

requería de mí era un leve murmullo:

—No.

—Pero usted es el que viene de Harvard, después de pasar por el Instituto Tecnológico, ¿no es eso?

—Sí.

—A mi entender —siempre andaba formulando máximas, como pronto sabría, y esa en concreto no era la primera vez que la expresaba—, lo que hace Harvard es coger estudiantes que son ciruelas perfectas y convertirlas en pasas.

Por su tono adiviné que la ocasión exigía una risa, de modo que reí y le di la razón. A sabiendas de lo mucho que le había influido la arquitectura de mi país, por su sencillez y por la claridad de líneas de sus casas y templos, volví a inclinarme y comenté:

—Es que no podía volver a Japón con la instrucción tan clásica y ornamental que estaba recibiendo en la universidad...

—Y por eso ha recurrido a mí...

—Quería una perspectiva práctica, aplicar la arquitectura orgánica, el uso de los materiales autóctonos y el diseño de edificios que complementen la naturaleza, en lugar de dominarla, todo eso, todo en lo que usted ha sido un pionero, con la casa Robie, la Darwin Martin, la... la Willits y la...

Su expresión —y no es mi intención ser irrespetuoso con el símil— remedaba los gestos de la cara de un perrito faldero cuando le dan la vuelta y lo acarician. Parecía agradecido —yo había dicho lo que tenía que decir, justo lo correcto—, y se veía que por dentro estaba felicitándose por haber escogido a Sato-san como pupilo.

—Bien —me dijo, aunque a la vez levantó una mano para prevenirme—. Me parece todo excelente, pero le advierto que yo no soy ningún profesor y que aquí no encontrará instrucción alguna. La Comunidad, tal y como yo la concibo, le ofrecerá la oportunidad de trabajar a mi disposición, para mis propósitos, en todas las etapas del proceso, con el fin último de apoyar mi trabajo como arquitecto en activo. Eso lo entiende, ¿verdad?

Le dije que sí.

—De acuerdo, estupendo. Empezará en la cocina. La señora Wright me ha comentado que se necesitan más manos por allí.

En ese momento empezó a sonar una campana —que era, como pronto descubriría, un ejemplar chino que el maestro había traído en una de sus expediciones por el Lejano Oriente y sonaba todos los días a las cuatro para convocar a la Comunidad fuera, en el círculo del té, donde se tomaba el refrigerio de media tarde. Wrieto-san ya se había vuelto y había empezado a alejarse en la dirección de la campana, cuando se giró en redondo y me dijo:

—¿Y este coche, Tadashi... es suyo?

—Sí, Wrieto-san.

Ambos nos quedamos mirando el Bearcat, que estaba agazapado tras el Cord, con

sus guardabarros destellantes y su capó amarillo canario reluciente pese a la capa de polvo. La expresión de Wrieto-san se volvió sobria y sentenciosa, con esa mirada que adoptaba para discutir todos los asuntos pecuniarios, los cuales, por triste que parezca, dominaban su vida. Pensar que un hombre de su talla —por no hablar de su edad, de su sabiduría y de su genio— tuviese que estar continuamente ingeniándose las para ir tirando, me dejaba atónito hasta lo inimaginable, y sigue haciéndolo después de todos estos años. Y sí, había oído los rumores —de que estaba arruinado, de que apenas le llegaban encargos como resultado de sus desventuras y de los escándalos que le habían perseguido en el transcurso de los últimos veinte años, y más en esos momentos, con la Gran Depresión secando el manantial de clientes potenciales, y su obra tachada de anticuada ante la moda cambiante, y también de que la Comunidad era una simple excusa para sacar dinero a los pobres crédulos que pensaban que su aura podía contagiarles algo de provecho—, pero aun así me sorprendió descubrir cuánto del hombre estaba involucrado tan solo en mantener las cosas a flote. Era tacaño, no había otra forma de decirlo; y puede que tuviese incluso algo de timador. Y ¿cómo le llamaban en Spring Green, el pueblo de al lado? Frank *el Moroso*.

—¿No es un poco extravagante? —se preguntó en voz alta—. Me refiero a que ¿no habría sido más inteligente que, en su lugar, hubiese invertido usted el dinero en la Comunidad? La matrícula, que apenas cubrirá la pensión completa, aparte del resto de beneficios, como habrá visto, no he querido ponerla muy cara para empezar a rodar, y por los tiempos que corren. Pero, de verdad, Tadashi, esto es... excesivo.

No sería yo quien discrepase, aunque, entre nosotros, diré que el Cord debía de costar varias veces lo que había pagado yo (o más bien, mi padre) por el Bearcat, que era, lo admito, un capricho. Pero, en fin, a mí también me gustaban las cosas buenas y nunca había tenido un coche. Respondí, sin embargo, con la inclinación de rigor, que el coche no era lo que parecía.

—Pero es un Stutz, ¿no? —me preguntó entornando los ojos.

—*Hai*, Wrieto-san. Lo es, pero es viejo, tiene ocho años. Lo he comprado de segunda mano. Ayer, en Chicago. —Esbocé un intento de sonrisa, aunque empezaba a desanimarme—. Para poder estar aquí en la Comunidad lo antes posible y trabajar bajo su batuta y dirección.

Pareció considerar mis palabras por un momento antes de decir por fin:

—Vale, pero no espere que le enseñe nada. Yo no soy pedagogo, ni falta que me hace. Recuérdelo. —La campana volvió a sonar. Varios pajarillos (¿golondrinas?, ¿vencejos?) salieron disparados de debajo de los aleros y cruzaron la explanada. Wrieto-san se volvió para irse, pero se detuvo una vez más y me miró largo y tendido—. Sabe cocinar, ¿no?

En realidad no sabía, o al menos no más de lo que sabe un soltero de cualquier

cultura: lo mínimo. El huevo duro, el filete pasado vuelta y vuelta por la sartén, el perrito caliente... Poco importaba, sin embargo, porque todo mi aprendizaje gastronómico consistió en cortar col, desgranar maíz y pelar las patatas que los demás aprendices habían recogido de la tierra abonada con estiércol. Las verdaderas cocineras eran dos lugareñas, las hermanas de uno de los albañiles que había contratado Wrieto-san para restaurar la escuela-residencia Hillside (lo que oficialmente era un internado progresista dirigido por las tías solteras de Wrieto-san, que, por lo demás, estaba en el costado suroccidental de la finca de Taliesin y en teoría albergaba a una parte de la Comunidad), y esas mujeres tenían su propia visión del maestro, una mucho menos arrobada que la mía. En cualquier caso, en esa primera tarde, mientras contemplaba cómo las rectas espaldas de Wrieto-san se perdían en la distancia con su paso ágil y el bastón en constante movimiento —brincando de derecha a izquierda y revolviéndose en el aire como la varita de un mago—, no tuve tiempo para reflexionar sobre mi estatus porque, justo en ese momento, un joven de una altura considerable y de constitución recia apareció de la nada, se encaramó al parapeto de al lado como un acróbata y se estiró para ofrecerme la mano derecha. Iba vestido con un mono, botas de faena y una camisa remangada de franela poco formal.

—Buenas, tú debes ser el nuevo.

Intenté hacer una reverencia pero su mano se fue directamente hacia la mía para el inevitable apretón, el ritual medio amistoso medio agresivo y rotundamente insalubre con el que los hombres de ese país se ponen a prueba y se juzgan. Me envolvió la mano con la suya —basta y encallecida por el trabajo duro—, e hice un esfuerzo por ejercer la misma presión que él, enviándole mi mensaje a través de la carne, como estaba haciéndolo él. Su apretón decía que era una persona sin prejuicios, pese a medir veinte centímetros más que yo, pesar tranquilamente treinta y cinco kilos más y haberse criado en un sitio donde una cara japonesa era tan insólita como la de un esquimal o la de un bantú. Mi mensaje le transmitió que yo era tan válido como cualquiera y estaba preparado para lo que quiera que el maestro exigiera de mí, incluso lidiar con los fogones.

—Wes Peters —me dijo dándome un último apretón (que resistí con mi propia fuerza, que no era poca), antes de apartar la mano y completar así el ritual—. Y usted es Sato, ¿no?

Hice una reverencia para asentir, aunque breve, de las que reservaba para mis semejantes.

—Puedes tutearme y llamarme Tadashi.

—De acuerdo, Tadashi. Encantado de conocerte, y bienvenido.

—He de suponer que eres uno de los aprendices, ¿no?

—Sí —respondió con una sonrisa—. Nuestras huestes crecen a diario. El señor Wright dice que en total llegaremos a ser treinta. Toda una banda, con mujeres incluidas. Cinco, de la escuela Vassar.

No supe qué responder: ¿era treinta una cantidad considerable, o más bien pequeña? ¿Cuánto trabajo podía haber? Me había imaginado trabajando codo con codo con Wrieto-san en dibujos de relevancia, planos para grandes edificios, como el Unity Temple, la casa Fukuhara o el Larkin Administration Building, con mi lápiz a su servicio. Y mujeres... No había esperado mujeres en un estudio de arquitectura. Distráido, murmuré:

—Bien, eso suena bien. —O puede que dijese—: de campeonato.

Llevaba dibujando desde niño, y mientras mis compañeros de la academia Yasinori se dedicaban a esbozar biplanos o automóviles, yo me creé un mundo propio: hacía dibujos en perspectiva de ciudades imaginarias y los poblaba con personas bien rellenas que paseaban por espaciosos bulevares, de camino a las casas de campo que les creaba, llenas de dibujos, planos de planta y alzados. (Los planos de planta suponían para mí una fascinación especial porque podía manipularlos fácilmente para mayor gloria e insuperable júbilo de mis personajes, que paseaban alegres por ellos, y para los que inventaba nombres, oficios e historias personales; levantaba un tabique aquí para una sala de billar, un cuarto de dulces o un dormitorio de niños con una litera de tres camas, sombreros de diez galones, cabezas de bisontes por las paredes, e incluso un tobogán particular que comunicaba con la calle de abajo). Daba la impresión de que siempre andaba con un lápiz en la mano, garabateando, dibujando, dando sombra y coloreando. A veces me tiraba horas fantaseando delante de un folio hasta que veía cosas que nadie más captaba, con el compás, el transportador y el escalímetro guiándome, las rodillas entrechocando con el tablero de la mesa de pura emoción y todo mi ser devanándose para encontrar la coherencia. Era como un hechizo, una especie de magia, una corriente eléctrica que iba del cerebro a la mano y de esta al lápiz, hasta que el papel cobraba vida.

—Por cierto, mira, lo siento —estaba diciéndome Wes, con los ojos saltando de mí al Bearcat—, pero creo que hoy vamos a tener que perdernos la merienda porque hay que ir a por provisiones. Estamos realmente escasos, y me preguntaba si te importaría... —Dejó la frase sin acabar y lanzó una mirada cargada de intención hacia mi coche.

Así y todo, me costó un momento entender (a veces puedo ser realmente lento, sobre todo cuando estoy cansado, y no llevaba ni diez minutos apeado del coche, con las maletas todavía en el asiento de atrás, al tiempo que todas las nuevas sensaciones me inundaban como un maremoto).

—Ah, sí, sí, claro.

—Si no te importa... —repitió en tono complaciente, el de alguien que ha conseguido lo que quiere, mientras se encaminaba ya al coche con sus grandes zancadas como tijeretazos y yo corría a sentarme a su lado—. Son solo seis kilómetros y pico.

—Qué va —le dije abriendo la puerta del conductor y contemplando la bajada infernal por la carretera sinuosa y, a lo lejos, la granja de cerdos, mientras él se

apretujaba a mi lado—, no me importa en absoluto.

La mujer del colmado me miró —nos miró— con la misma cara que poco antes me había dedicado la campesina, los labios apretados y los ojos echando chispas, sin asomo alguno de simpatía o tan siquiera de humanidad corriente y moliente, mientras Wes le pedía *ketchup*, café, té, harina, azúcar, sacos enormes de habichuelas y arroz y todo lo que la granja y los huertos de Taliesin no producían. (Por cierto, que en los meses que estaban por venir acabaría acostumbrándome a esa cara. Aunque sin duda tenía que ver con la diferencia racial, era casi la misma que le ponían a Wes, Herbert Mohl y a prácticamente cualquiera relacionado con Taliesin, y se debía en gran medida a la actitud de Wrieto-san respecto a dejar fiado y al arsenal de mala sangre que habían generado sus aventuras y flirteos por los alrededores, algo que la población local, profundamente conservadora, consideraba una forma inmoral de conducirse. Y más en público, allí en el corazón del país, y para colmo siendo hijo y sobrino de pastores). En cuanto Wes firmó en el libro de cuentas, mientras la mujer, lívida de rabia y con los tendones marcándosele en el cuello, nos desollaba con los ojos hasta los huesos, volvimos cargados al Bearcat y regresamos a Taliesin.

Y al poco estaba en la cocina pelando cebollas.

La *chef de cuisine* (la señorita Emma Larsoon, de cuarenta y cinco años, una mujer vigorosa y rolliza que tenía el pelo cano cortado a lo paje y con un flequillo hasta las cejas, un estilo que una década antes habría quedado ideal en un maniquí del escaparate de unos grandes almacenes) dominaba un caldero ennegrecido que traqueteaba con fuerza sobre la hornilla de leña, mientras su hermana Mabel batía huevos con unas varillas, y lo que podían ser varios kilos de embutido viajaban de la sartén a la fuente de servir. Después de las cebollas, mondé patatas y luego zanahorias. Una vez todo pelado, fregué platos, cientos, miles, durante semanas sin fin. ¿Qué aprendí de la experiencia? Que a Wrieto-san (o al señor Wright como todos le llamaban, incluso entre las filas de enemigos de campesinas y tenderos) le gustaba la comida sencilla, como el corégono, el hígado de ternera *aux oignons*, la verdura hervida, unas buenas patatas fritas de calidad y frutos del bosque cogidos directamente del matorral y bañados en nata, un postre que le prohibían de niño. Igual que aprendí que Taliesin era realmente una empresa comunal democrática, salvo por el dios de la sala de máquinas que lo dominaba todo a su aire y a su despótica manera, sin ningún tapujo, y comprendí que un arquitecto en activo era como el general de un ejército, un general de generales, que tenía que sacrificar por el camino todo un batallón de comodidades, modales y costumbres para materializar el diseño incipiente.

Era dueño de nuestras vidas, simple y llanamente. Era «papá Frank». ¿Cuántas veces pude oír a un aprendiz u otro llamarle así a sus espaldas? «Papá Frank», el cabeza de familia de Taliesin. Se pasaba el día metiendo cizaña, entrometiéndose en

nuestros asuntos personales, en nuestros amores, peleas y lealtades, sin importarle aplastar así nuestra iniciativa y nuestro individualismo con la misma fuerza que él había afirmado los suyos cuando había sido aprendiz de Louis Sullivan una generación antes. La verdad es que no creo que nunca llegue a perdonarle por interponerse entre Daisy Hartnett y yo, ni por el préstamo que le sacó a mi padre (y que, por supuesto, nunca le devolvió).

Pero no me quejo, esa no es la intención de este ejercicio, de ningún modo. Y yo no pertenecía a ese subconjunto de insolentes y de burlones que se comportaban como si la Comunidad fuese una especie de campamento de verano prolongado y Wrieto-san, una figura arcaica proveniente de un pasado difuso, «el mayor arquitecto vivo del siglo diecinueve», como dijo un gracioso. Pasé en Taliesin nueve años de mi vida, más que cualquier otro aprendiz —a excepción de Herbert Mohl y Wes, que acabó casándose con Svetlana, la hijastra de Wrieto-san—, unos años que marcaron para mí el inicio de una vida longeva, afortunada y próspera. Nueve años, estuve nueve años asociado con la grandeza, con el hombre que podía sentarse a la mesa de dibujo y bordar el diseño de la que tal vez sea la vivienda más importante del siglo, como si hubiera nacido con ella en la cabeza —hablo ahora de la Casa de la Cascada—, con el furibundo cliente, que venía de camino desde Milwaukee, a punto de aparcar en la puerta. Yo fui testigo. Yo le di el papel, le saqué punta a los lápices y le vi dibujar, junto con otra media docena, sumido en una especie de asombro rayano en la reverencia.

No pretendo exagerar mi importancia: durante un tiempo fui un engranaje más de su maquinaria, uno de tantos, nada más. Pero le conocí a él, y a quienes le conocieron cuando yo todavía era un niño con pantalones cortos a un océano y a un continente de distancia, y Taliesin estaba levantándose de entre la bruma: hombres como el viejo Papá Signola, el picapedrero cuya marca permanecerá en los pilares de dolomita amarilla mientras la casa siga en pie; y a Billy Weston, maestro carpintero, una persona que había sacrificado medio mundo al servicio de aquella visión; conocí asimismo a la señora Wright —Olgivanna, la tercera y última esposa de Wrieto-san— y a sus hijas, Svetlana y Iovanna, y conocí a los aprendices, a los clientes y a los cuatro hijos y las dos hijas del primer matrimonio de Wrieto-san. Pero ¿le conocí a él?

Habrá quien se queje, desde luego, me hago cargo. Este es un proceso imperfecto, debido en parte a los años que han pasado, a las vacilaciones de la memoria y a la recreación de escenas cuya precisión ninguna persona viva puede corroborar o negar. Por lo demás, he tenido que confiar la redacción y la traducción a mi colaborador (el joven estadounidense de origen irlandés Seamus O'Flaherty, que está casado con mi nieta Noriko y cuyas traducciones aún sin publicar de Fukazawa y Shimizu son, a mi modo de entender, muy innovadoras), pese a que he de confesar que en última instancia algunas de sus locuciones se me antojan más bien extrañas. Así y todo, la cuestión prevalece: ¿conocí o no al hombre que los japoneses venerábamos bajo el

nombre de Wrieto-san? ¿Quién fue, después de todo? ¿El héroe al que hicieron desfilar por las calles de Tokio tras cinco años de trabajo en el Hotel Imperial (y que causó unos sobrecostes que a punto estuvieron de arruinar a los patrocinadores del barón Ookura) mientras lo jaleaban al grito de «*Banzai, Wrieto-san! Banzai!*», tal y como afirma en su autobiografía? ¿O el artista manirroto caído en desgracia al que hubo que echar de la obra, del trabajo y hasta de Japón? ¿Era el genio herido o el mujeriego y el misántropo que abusaba de la confianza de casi todo aquel que conocía, sobre todo de las mujeres, muy especialmente de ellas?

Tadashi Sato
Nagoya, 9 de abril de 1979

Capítulo 1

Danzando al son de los muertos

El día que conoció a Olga Lazovich Milanoff Hinzenberg en un espectáculo de *ballet* en Chicago, en el otoño de 1924, Frank Lloyd Wright^[1] se sentía optimista, boyante incluso. Puede que ese día lloviese (de hecho, sí, llovía, con unos grises brochazos pluviales que pintaban la distancia media como en un lienzo puntillista, donde siluetas cabizbajas se abrían paso por las calles bajo el sudario de sus paraguas, el aguanieve pronosticado y la nieve en camino), pero eso no le impidió estar de un buen humor incontestable. Siempre se había considerado alguien excepcional, risueño y vivaz, de esas escasas personas que logran transformar el ánimo de toda una habitación nada más traspasar el umbral, aun cuando no se pudiera negar que los reveses emocionales sufridos durante los dos últimos años —o desde que volviera de Japón— le habían pasado factura. Huelga decir que el problema era Miriam, o al menos la punta del iceberg, porque desde luego también estaban los apuros económicos, motivados por la escasez de encargos, la pusilanimidad de los clientes y la ignorancia supina de sus compatriotas (y cobardía, también cobardía) ante los fauvistas, los futuristas, los dadaístas, los cubistas y todos los demás *istas* e *ismos*: Duchamp, Braque, Picasso, y lo que era peor, el llamado Estilo Internacional de Le Corbusier, Gropius, Meyer y Mies; en definitiva, todos los movimientos que habían brotado como setas para hacerle sentir desfasado y ponerle contra las cuerdas. Nada de eso ayudaba. Durante su estancia en el Lejano Oriente, los europeos habían invadido Estados Unidos.

Con todo, empezaba a ver la luz al final del túnel. Miriam se había ido, había puesto tierra de por medio en mayo, aunque cada vez que cerraba los ojos ante un dibujo o las páginas de un libro no podía evitar ver en su cabeza la cara de ella —ese rostro trágico que lucía a modo de máscara— crisparse hasta diluirse en un remolino de oscuros hematomas. No obstante, no cabía duda de que con su partida Taliesin había recobrado la paz; había albergado a tres matrimonios jóvenes —los Neutra, los Tsuchiura y los Moser— y había vuelto a sus veladas musicales, a la camaradería y a la serenidad en torno a la chimenea. Y hasta él había emprendido un viaje de negocios a Chicago y se encontraba en esos momentos sacudiendo la lluvia del sombrero y de la capa en el vestíbulo del teatro, dispuesto a disfrutar de un poco de asueto.

Cuando esa misma tarde un amigo^[2] le había invitado a ver a la Karsávina en una selección de fragmentos de *La bella durmiente*, *La fille mal gardée* y *Las sílfides*, no se lo había pensado dos veces, por mucho que la época dorada de la *prima ballerina*

quedase lejos y que su belleza supramundana fuese tan solo un suspiro de lo que había sido. Quería que le viesen por el centro, aunque solo fuese para sacudirse los hilachos del apolillado manto de rumores y de mentiras descaradas con el que los difamadores le habían cubierto: a principios de año pensaba abrir una oficina en la capital y necesitaba hacerse notar. De acuerdo, estupendo. Fuera, en la calle, la lluvia arreciaba y la puerta se abría y se cerraba con el aliento premonitorio del invierno, al tiempo que la gente iba llenando el vestíbulo: hombres vestidos de gala, o con el traje de haber ido a misa esa misma mañana, y mujeres envueltas en pieles y perlas, todos una sola voz que se alejaba de ellos para trinar y gorjear como en una disquisición de pájaros del aviario del Lincoln Park. ¿Estaban evitándole o se lo parecía?

Estaban evitándole; como Olivia Westphal, a quien había paseado por Oak Park en su primer coche (el Stoddard-Dayton deportivo que le habían hecho a medida y que cogía los cien en recta, un coche con el que seguía soñando antes de abrir los ojos por la mañana, el «Diablo Amarillo» que hacía que a su paso la gente pegara brincos por las aceras y que le valió la primera multa por velocidad impuesta en esas parsimoniosas calles de caballos) con la esperanza de que le encargase la construcción de una casa para ella y su marido (y quien había acabado apuñalándole por la espalda al decantarse por Patton y Fisher, quienes le habían hecho una casa que parecía un joyero de pedrería, más insulsa que un cuenco de Corn Flakes de Kellogg's que ha trasnochado... en la encimera... en un charco de leche cortada). Los años no habían pasado en balde para la mujer: se había convertido en toda una matrona, con la cara y los brazos más regordetes, una figura corpulenta y cuadrangular que había borrado de un plumazo los contornos curvilíneos que tan atractivos se le habían antojado al arquitecto en otros tiempos. Le miró a los ojos —y le reconoció, de eso estaba seguro— y acto seguido apartó la vista sin más.

¿Y cómo le hacía sentirse aquello? Beligerante, enfadado, asqueado. Que le ignorasen si querían esas mojigatas y esos roedores diminutos que tenían por maridos, siempre temerosos de salirse de la fila, de hacer un gran gesto, cualquiera... En ese momento, sin embargo, su acompañante^[3] le cogió del brazo y le atrajo hacia un corro de hombres que ocupaban el centro de la estancia —¿era aquel Robert?, ¿y Oscar?—, y sintió que se henchía, tanto que apenas logró contener el bastón para no hacer cabriolas por el suelo. De lo que no se percató, ni tampoco su acompañante, fue de la presencia de una joven morena, alta y de rostro adusto que atravesó el umbral con la entrada bien cogida en una mano enguantada y el bolso en la otra. Ella, en cambio, sí que se fijó en el arquitecto cuando repasó con la vista el gentío desde la esquina en la que se había situado, pues por un lado quería que la viesen y, por otro, ansiaba pasar desapercibida, yendo como iba sola a una matiné, sin acompañante y recién separada de su marido, una amante de la danza y de lo que la Karsávina había representado, una mujer sola en una tarde lluviosa. Olgivanna observó los mismos sombreros, espaldas, pieles y caras parloteantes, un baile de sociedad, los escalafones, todos los estratos representados, hasta que entonces, de repente, su

mirada recaló en aquel hombre y sus ojos se prendaron de él.

Lo primero que experimentó fue la emoción de reconocer una cara famosa en público, un sobresalto en el sistema nervioso de la mano de cierta congratulación propia, como la de quien da con la solución de un acertijo en un avenate de inspiración. Lo segundo que sintió fue que tenía que hablarle sin falta, con una compulsión tan fuerte que a punto estuvo de salir disparada y atravesar el gentío hasta él; sin embargo, siendo como era una total desconocida para el arquitecto, sin acompañante ni nadie que se lo presentase, refrenó el impulso, tanto por timidez como por un vertiginoso conato de pánico (¿qué habría de decirle?, ¿cómo rompería el hielo?; ¿qué quería, que se le quedase mirando de hito en hito?). Lo tercero y último que sintió fue un pensamiento clamoroso que solapó el resto de emociones, oculto bajo una oleada de agitación hormonal: él tenía que conocerla a un nivel de una profundidad insondable, como si fuese cosa del destino, cual amantes reencarnados del *Mahabharata* o de una obra de Rice Burroughs; e incluso más allá: que habría de verse atraído por ella para convertirse en su dueño, en una fiera combinación de poder y sumisión^[4].

Mientras tanto, Wright^[5] era ajeno a todo. Se había convertido en el centro de atención y se pavoneaba interpretando su papel ante el grupito que se había formado a su alrededor, uno de viejos amigos y más que conocidos. No paraba de bromear y reír, de sacarse de la manga un chiste tras otro y hacer comentarios incisivos sobre una u otra pareja —y que mirasen, que mirasen—, cuando anunciaron el inicio del programa y Albert le cogió del brazo y le guio hasta la primera fila. Quiso la casualidad que Albert pasara primero y tomase asiento junto a un sitio vacío y Frank se sentase a su derecha. En cuanto se apagaron las luces, por el foso apareció el director de orquesta, que alzó los brazos por encima de la partitura. Y entonces, en ese último minuto, Olgivanna recorrió con donaire el pasillo central, una sombra móvil sobre el telón de fondo. El acomodador se hizo a un lado en cuanto el telón se levantó, el público se puso tenso, y allí estaba su asiento, sin apenas tiempo para reparar en la figura corriente que tenía a su lado antes de que la música empezara y las bailarinas saliesen a escena; en ese preciso instante se dio cuenta, con un vuelco del corazón, de que a solo una butaca estaba él: ¡él!

A Frank, por su parte, se le fueron los ojos hacia ella en cuanto se sentó —un acto reflejo del organismo: que hay un movimiento, allá que va el ojo—, del mismo modo que se le habrían ido hacia cualquiera, tanto hacia una bruja de las del vestíbulo, como hacia uno de los petulantes que las acompañaban, o incluso a uno de sus enemigos declarados. Aunque tan solo fue una mirada de reojo, le gustó lo que vio: no llevaba sombrero y apenas maquillaje, y se peinaba con la raya bien trazada en el medio y el pelo recogido en un moño; un chal de encaje le adornaba los hombros. Se fijó en eso —en la sencillez de su vestido y su estilo, en una especie de pureza y de fe en su propia belleza que destacaba en medio de tanta matrona empolvada, emperifollada y tocada con sombrero— y en su forma de moverse, la de una

veinteañera espigada que se deslizaba en su butaca para ver un *ballet* con la gracia misma de una bailarina. Volvió a mirarla de reojo. Y luego una vez más.

En el escenario empezó el movimiento y, en cuanto apareció la Karsávina, con unas piernas todavía válidas pero una cara no tan bien conservada, el público estalló en aplausos, que fueron remitiendo lentamente. Frank se percató del esfuerzo callado de esas mujeres y hombres que se retorcían y temblaban como bolos que no caen, y comprendió en el acto que sería una función mediocre de una artista que había conocido días mejores. Un tostón, una tarde desperdiciada. Se echó hacia delante para atisbar más allá de Albert: la joven —una cría, prácticamente— tenía las manos sobre el regazo y la mirada fija en el escenario. Su forma de conducirse era intachable, desde el modo en que mantenía rectos los hombros, pasando por la curva de sus pechos y las líneas pronunciadas del perfil de la mandíbula y de los pómulos, hasta la hermosa curvatura de la oreja y la pálida joya que le brillaba en el lóbulo, una pieza minimalista, como todo en ella: una composición estudiada de lo mínimo. Pero no era estadounidense, se habría jugado el tipo a que era de fuera.

A los diez minutos de función, o quizá fuesen más, veinte tal vez, ya no se tenía en el sitio; quería levantarse e irse —en el escenario se sucedían un movimiento abotargado tras otro, movimientos muertos que nadie entre el público parecía notar—, pero por otra parte sentía un impulso aún mayor de quedarse y atraer de algún modo la atención de la joven, porque la conocía, la conocía con solo mirarla, y quería más, mucho más, contacto, una señal de apreciación, una mirada, una sonrisa.

—No tienen vida... —murmuró acercándose a la cara perpleja de su amigo en medio de la penumbra del teatro, una calabaza de Halloween pendiendo de un cable—. Están muertos —dijo lo suficientemente alto para que le oyese la joven (y así fue, lo notó a pesar de que esta no apartó la vista del escenario)—. Son muertos danzando al son de la muerte.

En el intermedio, justo cuando los aplausos cesaron y antes de que la joven se levantara y se pusiese a pasear por su cuenta, se inclinó sobre su amigo y le dijo:

—No he podido evitar fijarme en su reacción. ¿Es que coincide usted conmigo? Desde luego, para la inspiración que está poniéndole, la Karsávina bien podría haberse quedado en Londres, ¿no le parece? Vamos, que mejor sería que estuviese allí..., haciendo calceta..., o lo que quiera que haga en su país.

La joven volvió la cara hacia él y le clavó la mirada. Aquel hombre no podía saber lo que estaba diciendo, no podía hacerse una idea de hasta qué punto su comentario durante el *ballet* había resonado como el eco de los dictados de su maestro, Gurdjieff^[6], quien había pasado la vida luchando por despertar a la raza humana de la mortalidad del mundo material y hacerle alcanzar la conciencia de las verdades místicas que residen más allá; ni que ella había sido una de las *danseuses* principales del maestro; ni que hacía tres semanas que había dejado París por insistencia de este, después de cuidarle en lo peor de su enfermedad tras un accidente de coche que a punto había estado de matarle, ni que todas las tardes, sin falta, había

cortado leña para ayudarle a superar las inclemencias del invierno; ni que, a un nivel menos profundo, incluso estaba plenamente de acuerdo con su afirmación sobre la Karsávina.

—Sí, tiene toda la razón. Está actuando como de memoria. Es una vergüenza.

Su voz terminó de cautivarle: suave, melodiosa, el ritmo de las frases una música de por sí y... ¿ese acento? Europea del Este, posiblemente ¿polaca?, ¿rumana?

—Está casada con un diplomático, ¿no es eso? Y tiene una escuela —lo había leído en el programa—. En Londres.

—La Royal Academy of Dance. Fue una de sus fundadoras.

—Sí —dijo por delante de la cara encendida de Albert—, sí, claro. Pero, permítame que me presente, a mí y a mi amigo, Albert Bleutick...

La joven bajó la vista por un momento y luego volvió a mirarle.

—Pero si usted no necesita presentación alguna... —murmuró, y él sintió que la sangre le salía disparada por las venas como si le hubiesen desatado una ligadura—. ¿No es cierto? Yo, en cambio, me presento: me llamo Olga Milanoff, aunque mis amigos me llaman —y aquí hizo una pausa para que el arquitecto reparase en la carga de connotaciones que entrañaba la asociación— Olgivanna.

En algún momento, y de un modo u otro, Albert se perdió en medio de la confusión, sin que Frank lograra recordar ni cuándo ni dónde. ¿De camino al local de baile al que había invitado a Olgivanna, o nada más llegar? Poco importaba: desde que los tres abandonaron el teatro en el intermedio hasta que se precipitaron por las calles empapadas en busca de un taxi, solo pudo pensar en la emoción del romance a tiro de piedra, con los viejos fuegos de la libido reavivándose en su interior^[7] y el pulso acelerado ante las perspectivas. ¿No era muy mayor para esas cosas? ¿Y no albergaba celos, después de todo lo que había vivido con Miriam, y antes de ella con Mamah e incluso con Kitty? Si la idea se le pasó por la cabeza, sin duda la descartó. Para él la edad no significaba nada —tenía cincuenta y siete años y estaba más sano que un roble—; era uno de esos hombres cargados de sexualidad que no conciben la vida sin una mujer. Desde la ruptura oficial con Miriam —aunque para él llevaba muerta más de un año—, había estado a punto de encontrar a la mujer que precisaba en la boca arqueada y los ojos satíricos de una novelista^[8]; y cuando esa relación demostró ser imposible en muchos sentidos, había acogido a una alumna de una universidad mixta de Wisconsin en Taliesin y, con el tiempo, en su cama. Sin embargo, no estaba satisfecho, aún no, y estaba mucho de estarlo. Necesitaba... complicación. Amor, sí, y sexo, por supuesto, pero algo más, más tenso y reñido: una relación que le exprimiera en todos los sentidos.

El pan de los emparedados estaba pastoso y el té no sabía a nada. Albert se había esfumado. La orquesta tocaba viejas canciones a la soporífera y civilizada manera del Londres de antes de la guerra (tango, sí, pero interpretado de tal forma que provocaba

un efecto sedante) y se mantenía al margen del parloteo desenfrenado del local clandestino. Pasaron hablando dos horas y media; también bailaron, y la sintió entre sus brazos más ligera que un almohadón de plumas. Le hizo saber que ni bebía ni fumaba, y a ella no pareció importarle en modo alguno, a pesar de que muchas otras parejas en la pista de baile mostraban claros síntomas de haber ingerido alcohol y de que, cada vez que alzaban la vista, veían a un hombre u otro regando el té de su acompañante con el líquido aguado de una petaca. También estaba de acuerdo con él en que la música jazz era esencialmente hiperactiva; y sí, le encantaba Bach, una de las primeras influencias musicales de la joven durante su infancia en Montenegro.

Debió de arquear las cejas —¿Montenegro?— porque Olga procedió a informarle de que se trataba de un reino del Adriático y de que ella misma descendía de una excelsa familia de guerreros y jueces.

—Somos serbios —le dijo, al tiempo que endulzaba más de la cuenta el té y frenaba un emparedado de pepino a medio camino de sus labios—. ¿Conoce a algún serbio?

—Sí, sí, claro —mintió—, a cientos —pero lo dijo sonriendo, con los ojos relucientes y el pelo vaporoso, antes de añadir a toda prisa—: Y por cierto que todavía estoy esperando mi primer encargo montenegrino. ¿Cree usted que su rey querrá un palacio nuevo?, ¿estilo pradera tal vez? ¿O qué le parecería una casa de recreo a orillas del sagrado río Alfeo? —Ensanchó la sonrisa para rematar la broma—. ¿O eso queda en otra parte del mundo?

Esa noche la dejó en la puerta del piso donde se alojaba junto a otras discípulas exiliadas del enclave de Gurdjieff en Fontainebleau^[9], y a la mañana siguiente se apresuró a volver, con un ramo de flores en la mano, para llevarla a desayunar. Aquel fue el comienzo de una danza más elaborada, un vals de tres por cuatro que les llevó en volandas por pasillos de museos, pinacotecas y salas de conciertos —entre excursión y excursión en las que le mostraba las casas que había construido por toda la ciudad y en el cercano pueblo de Oak Park— y que culminó con la inevitable invitación a Taliesin.

Era diciembre, la semana de antes de Navidad. Un frente ártico había avanzado por los lagos y había despojado los cielos de todo color. Olgivanna hizo las maletas —apenas un par de cosas, dos conjuntos para andar por el campo y ropa más formal para las cenas— y se plantó allí sola en un tren que atravesó campos de rastrojos blanquecinos y pueblos fantasmas de Illinois y Wisconsin, una vez que hubo dispuesto todo para que su hija se quedase en Chicago con su marido, del que se había separado^[10]. Recordaría aquel viaje el resto de su vida, esa sensación de resguardo y seguridad que le proporcionaba el vagón mientras la nieve caía al otro lado de las ventanillas, comía los bollitos de azúcar que había llevado consigo y bebía café de la taza de su termo, el mundo confinado y en paz. A pesar de que había llevado un libro —un manuscrito encuadernado que le había dejado Georgei antes de irse de París—, no llegó a abrirlo, y apenas se fijó tampoco en los demás pasajeros ni

intercambió palabra alguna con ellos. Iba enfrascada en algo complejo, algo que la arrastraba hasta lo más profundo de su ser, y al tiempo que el vagón atronaba, traqueteaba y se deslizaba por los infinitos tramos de vía, se mantenía pegada a la ventanilla y contemplaba el fantasma de su reflejo, que le corría a la zaga.

¿Estaba intercambiando a un gurú por otro? ¿Era eso? ¿Un luminoso hechicero maduro adalid de la introspección por un luminoso mago, también maduro, de forma y estructura exteriores? ¿Interior por exterior? ¿Estaba eligiendo a ese hombre —susurró su nombre en voz alta: «Frank. Frank...»— porque era la deidad suprema de un campo en el que Vlademar no era más que un menestral (Vlademar, aquel con el que se había casado demasiado joven, a los dieciocho, sin saber ni lo que hacía, y del que estaba en trámites de divorciarse porque se negaba a dejarla expresarse de una forma u otra)? ¿Difería mucho salir con Frank Wright de hacerlo con Gurdjieff? ¿Bailar, servir, absorber la radiación con la boca, los dedos, el corazón, la mente, el espíritu? ¿O era tan simple como que buscaba en él a una figura paterna que sustituyera la que había perdido? Tanto daba, porque si había una cosa de la que estaba segura, sin el menor asomo de duda, era que él sería suyo si ella así lo quería. Y aquel viaje, el fin de semana que tenía por delante, lo determinaría así de una vez por todas.

Estaba esperándola en la estación de Spring Green, con el automóvil en marcha, el humo del escape, un espectro contra el telón de fondo de la nieve recién caída. Tenía copos por el pelo y algo más de nieve le salpicaba la boina, el abrigo y la larga bufanda que llevaba al cuello.

—Olgivanna...

Eso fue todo lo que dijo, y allí mismo en el andén, a la vista de todos, la abrazó, mientras el chófer —uno de los peones de Taliesin, Billy Weston— esperaba con la puerta abierta a que subiera. Sintió los tablones de madera vibrar bajo sus pies y olió el humo del escape entremezclado con el jabón que usaba Frank; y entonces Billy Weston embragó y comenzaron a moverse. En cuestión de segundos, el pueblo quedó atrás y se vieron rodeados por campo y más campo, los árboles cargados de nieve y el camino asfaltado en blanco, el humo que se desenroscaba por las chimeneas de las granjas y el ganado que se abría paso por los prados en un cuadro torpe. Parecía que hubiesen retrocedido en el tiempo.

Miró de reojo a Frank, que la tenía cogida con fuerza de la mano y que se pasó todo el camino hablando: las palabras le rebosaban desde el interior, y cada recodo del camino o el mero atisbo del costado rojo desvaído de un granero eran motivo de regocijo en su voz tan melodiosa y rica en matices que se diría que cantaba más que hablaba. Ella, mientras, iba contemplando sus ojos, sus labios, el látigo de su lengua contra el paladar: él cantaba y ella era su público. Casi se sorprendió al ver aparecer Taliesin, con el lago helado recubierto de una capa de nieve y la casa en sí pegada al suelo y como agazapada por el propio peso de la nieve y del bosque de carámbanos que pendía de sus aleros. Semejaba una construcción de los antiguos celtas, o de los

hombres de los túmulos que les precedieron: mística, atemporal, tan antigua como la tierra sobre la que se levantaba y los pilares de piedra que la mantenían en pie. ¿Qué dijo cuando serpenteaban por el camino de entrada? ¿Que era hermoso, mágico? No, que era arte viviente. Así lo llamó: «arte viviente».

Se hicieron las presentaciones, con los Neutra, los Moser y los Tsuchiura, y dieron un paseo rápido por la finca como primera toma de contacto; durante todo el tiempo, la única imagen que se le venía a la cabeza era la de una aldeíta japonesa plantada allí mismo en la ladera de una colina, en mitad de los montes de Wisconsin. Por dentro imperaba una elaborada decoración navideña: colgaban por doquier guirnaldas, ramitas y flores secas, bolas plateadas y artesanías, y reinaba la alegría, la alegría y los buenos deseos propios de la época^[11]. Pronto estuvo instalada en una de las habitaciones de invitados, cambiándose para cenar mientras Frank seguía en la puerta charlando, siempre hablando, un tema llevándole a otro; aquel trayecto nevoso le había recordado las excursiones invernales que había hecho entre Fiesole y Berlín, en la época en que aún estaba haciéndose un nombre como arquitecto, y en cómo el sol hacía resplandecer las paredes de las villas italianas, evocadas por la piedra ámbar de Taliesin; y ¿qué tal estaba su hija?, ¿estaría bien unos días sin su madre? Cuando terminó, Frank le tendió una copa de sidra especiada y la escoltó por el laberinto de habitaciones, al tiempo que iba enseñándole las piezas más preciadas de su colección de arte: grabados japoneses de Hiroshige, Hokusai y Sadahide; jarrones ming; bustos de mármol de la dinastía tang; bordados genroku y biombos momoyama, y todo ello sin dejar de divagar sobre la pulcritud de la cultura japonesa y la elegancia orgánica y sencilla de su arquitectura.

—Y sus prácticas sexuales —dijo, colocándose en ese momento ante el fuego de la gran estancia de techos altos que dominaba las colinas y el valle—, pulcrísimas y tan civilizadas... Y muy liberales.

Olgivanna se disponía a echar atrás la cabeza, mirarle a los ojos y preguntarle cómo había logrado adquirir su sabiduría (notaba el ambiente cargado de electricidad entre ellos, e iba a ser la primera noche que pasasen juntos: esa era la promesa tácita que la había llevado hasta allí, tren mediante), cuando los Tsuchiura entraron en la sala. Apenas había tenido oportunidad de hablar con ellos a su llegada, más allá del intercambio formal de cortesías —había logrado inferir que Kameki era un arquitecto que había trabajado con Frank tanto en Japón como en Los Ángeles—, pero ahí estaban ya, vestidos para cenar e inclinándose en una reverencia.

—¿Estoy en lo cierto, Tsuchiura-san? —le preguntó Frank, con un semblante que se tornó pícaro.

Otra reverencia, y a continuación un restallido, como de un arma, causado por un nódulo en uno de los troncos de la chimenea.

—Disculpe, Wrieto-san, pero no le hemos escuchado. Acabamos de entrar.

—Le contaba a Olgivanna lo liberal que es su país en el plano sexual, y la visión tan pulcra y saludable que tanto hombres como mujeres tienen de las funciones

amorosas.

El matrimonio —ambos bastante jóvenes, de su edad, constató con asombro Olga— rompió a reír con ganas.

Por primera vez desde que le conociera, Frank pareció perdido, aunque no tardó en recobrase.

—Lo que quiero decir es que, al contrario que nuestros mojigatos y puritanos compatriotas, esos mentecatos tímidos y timoratos que van por ahí imponiendo sus normas a los demás...

—Como la Prohibición, ¿no? —atajó Olgivanna, que empezaba a animarse, incitada por las corrientes embriagadoras del lugar, la compañía, la conversación...

—Sí, bueno —repuso Frank acercándose a la chimenea para remover las ascuas—, ya saben que no apruebo la bebida. He visto a tantos grandes hombres destrozados por el demonio de la botella, carpinteros y delineantes por igual...

Una vez más los Tsuchiura rieron, y Olga se dejó llevar y se unió a las risas.

—Hay delineantes borrachos a patadas, Wrieto-san —comentó Kameki, que apenas podía respirar de tanto reír—, pero Tsuchiura Kameki no es uno de ellos; le aseguro que es un honrado delineante japonés.

—Pero la Prohibición no es en sí tan mala... —empezó a decir Frank, pero, al observar a los demás, dejó la frase sin acabar y se echó también a reír—. Aunque tal vez —terció, al tiempo que les hacía un guiño y apoyaba el atizador contra la piedra sin labrar de la chimenea— sea con los suizos y los austriacos con los que tenemos que andarnos con ojo, ¿no le parece, Kameki?

Los Neutra y los Moser acababan de entrar en el salón, charlando animadamente en alemán, y Werner, que había oído la última frase, preguntó:

—¿Y de qué se les acusa a los austriacos y a los suizos, si puede saberse?

—De sexo —respondió Kameki—. Buen sexo, pulcro, liberal y... ¿cómo era, Wrieto-san? ¿Civilizado?

Otra oleada de risas, risas y risas por doquier, a pesar de la cara de perplejidad de Dione Neutra, hasta que Frank intervino, con una expresión repentinamente sobria, o más bien grave, sí, grave. Había secundado la broma —era la ligereza en persona, el hombre más vivaracho que Olgivanna había conocido en su vida, alguien que siempre fomentaba la jocosidad entre sus socios y aprendices—, pero en ese momento volvió a meterse en el papel del maestro y regresó al hilo de la argumentación. Y lo hizo por ella.

—Saben perfectamente que estaba hablando de... ¿cómo llamarlo?, de la libertad, libertad en lo tocante al sexo. O lo que es lo mismo: la aceptación del sexo como una función vital y necesaria, sin cortapisas o trabas impuestas por las costumbres de la Iglesia o de la política. Y tan pulcro..., con sus quimonos, la celebración de la belleza, y ritos como la ceremonia del té. Y todo eso se extiende a todos los aspectos de la sociedad.

—Estás hablando de las geishas —se oyó decir a sí misma Olgivanna.

A su alrededor la sala se quedó en suspenso, el fuego radiante arrojando su resplandor sobre las guirnaldas de Navidad, las grandes contraventanas abiertas a la noche y, más allá, a la náufraga nieve. «Geisha», pensó para sus adentros. Las cortesanas de zuecos, quimonos y laca en el pelo. ¿Era eso lo que él quería?

—Las mujeres del mundo flotante... —murmuró Kameki.

Frank se le acercó entonces y le rodeó la cintura con el brazo, su calor, un segundo fuego, como una hoguera móvil.

—Sí, las geishas. Pero, desde luego, no he visto ninguna que pueda compararse contigo en belleza y gracia; ni una sola.

Y alguien intervino entonces:

—Venga, venga...

Y todos levantaron los vasos de sidra, y Frank la miró fijamente, arrobado por el encanto del momento. Olgivanna cerró los ojos para el beso público, para aquel sello y matasellos e imprimátur de su nuevo maestro, y se sintió tan conmovida que dejó que la imagen de Georgei —marchito, pálido, hundido en las sábanas grisáceas y el fortín de su mente— se desvaneciera hasta reducirse a la nada.

¿Y luego? Pues luego siguió la cena, con comida contundente y sin parafernalias, y conversación de la que levanta los corazones, y todos y cada uno, salvo Frank, hablando en un inglés con un acento distinto —japonés, alemán, montenegrino...—; y cuando después se sentaron en torno al fuego y Dione tocó el chelo y cantó por Schubert con la voz de un ángel llegado de los cielos, Olgivanna se sintió tan a gusto, tan en casa, que se levantó y bailó para ellos. Aunque solo conocía la pieza^[12] de oídas, no le importó porque había en aquel entorno un ritmo latente, un hechizo que la embriagaba. Se dejó llevar por el espíritu, por el movimiento armonioso, el trance de la mística sufí, todo lo que Georgei le había enseñado, y lo sacó a la superficie de su ser, allí mismo, allí en Taliesin, en aquel salón enorme ante el fuego, que chasqueaba y respiraba del crisol de la creación. Y no para un público en un teatro cualquiera, sino para él, solo y exclusivamente para él.

Capítulo 2

Miriam Agonista

Ningún médico de Los Ángeles ni del puesto fronterizo de San Diego podía ayudarla; eran todos unos mentecatos, unos peleles que se retorcían las manos, compungidos, un decadente ejército de calvos con gafas mortificados por la Ley, como si esa ley tuviera más sentido que la Prohibición, porque, a ver, ¿quién era, si podía saberse, el Gobierno Federal para dictaminar qué podía o dejaba de poder hacer la gente con su cuerpo, su mente, sus necesidades individuales, sus deseos y pulsiones? ¿Acaso pretendían regular las necesidades?, ¿era eso?, ¿administrarlas?, ¿tasarlas con un impuesto?

Miriam^[13] estaba tan furiosa, tan quemada y escaldada por lo escandaloso del tema que tal vez se hubiese pasado un poco con el cochero —ese taxista con sombrero calado hacia atrás y un esbozo de bigote a lo Valentino—, porque, en cuanto llegaron a la frontera con Tijuana, el hombre detuvo el coche, se volvió y le pidió que le pagase el trayecto entero, y con no poca insolencia y unos desafiantes ojillos de cerdo.

—Hasta aquí hemos llegado —le anunció el cochero.

Miriam, que no supo ubicar su acento, se quedó inmóvil y notó cómo se le materializaba la cara, cómo se le sellaban los poros y los músculos en torno a la boca y se le petrificaban los ojos.

—Tonterías —espetó—. Siga.

A la izquierda del coche tenían a un aduanero, un idiota integral de aspecto desgarrado, con un ojo vago y los dientes picados; ya les había regalado una sonrisa y les había hecho gestos para que pasaran —en ese sentido, hacia México, no había que enseñar ningún papel ni se molestaban en registrar los coches—, y en ese momento estaba dedicándoles una extraña mirada; como si ya lo hubiese visto todo en la vida, toda clase de indecisiones y cataclismos, mujeres de cuatro y cinco meses camino de *la clínica* para el procedimiento que haría que recobrasen la salud, contrabandistas de medio pelo con camionetas vacías, turistas, etnólogos, coleccionistas de rocas..., pero aquello, aquello era otra vuelta de tuerca.

—No, ya está —repuso el cochero, que salió a trompicones e intentó abrir la portezuela de atrás, mientras Miriam tiraba con fuerza de la manija hacia dentro—. Bájese —insistió, y el ligero temblor de su voz provocó en ella un leve pálpito de placer: había ganado la batalla.

—De ningún modo —dijo, tan solo para saborear las palabras en la boca—. Le he pagado para que me lleve hasta Tijuana y no pienso bajarme hasta que no cumpla con

su parte del trato.

Miró a su alrededor con una rabia *in crescendo*: los aduaneros, el río de mexicanos en pijamas y jarapas, mulos, perros, ojos indios, pelo indio, polvo del camino, mugre, suciedad, vendedores ambulantes y mendigos en un corte trasversal de harapos y, por encima de todo, acechando, el calor, el bochorno imposible y castigador que hasta tal punto recocía ese hedor a decadencia que apenas la dejaba respirar.

—Muévase —le ordenó.

El hombre vio los ojos de la mujer, y el gesto que se le había instalado en la cara, y ni tan siquiera intentó regatear por un par de monedas, como habría hecho cualquier otro en su lugar; se limitó a encogerse de hombros, volver al coche y arrancar. Al cabo de poco, surcaban las calles llenas de baches, con un circo humano de pobreza mexicana desplegándose al otro lado de la ventanilla, como el telón de fondo de una película. Estaba a disgusto, entre el calor y el mareo causado por aquella peste. Tenía sudadas la ropa interior y una parte del vestido pegada al asiento, el pelo hecho una plasta bajo el pañuelo de seda verde loro brocada que había escogido expresamente para resaltar el color de sus ojos. Meros labradores, *campesinos*, ¿no les llamaban así? ¿Y cómo se decía? *Farmacia*, le vino a la cabeza, ¿no era eso? Consultó el manual español-inglés que llevaba en el bolso y encontró lo que buscaba bajo el encabezado «Frasas útiles»: «¿Dónde está la farmacia?».

En la cuneta había un perro muerto, un cuerpo hinchado bajo una segunda piel de insectos, que la gente rodeaba como si se tratase de una especie de monumento, como si lo hubiesen esculpido en bronce y lo hubiesen plantado al lado del ayuntamiento en homenaje a las gestas caninas. El taxi volvió a pegar una sacudida al coger y salir de un bache y el perro desapareció.

—La *farmacia* —le dijo al cochero, notando la garganta seca—. Lléveme a la *farmacia*, la primera que vea. Deprisa, dese prisa.

Al ver que no parecía percatarse, se lo repitió. Pasó un minuto asfixiante. Se veían pájaros, una especie de aves mexicanas que surgían como setas por la carretera: eran palomas, palomas mexicanas.

—La *farmacia* —repitió.

Y empezaba a vencerle la desesperación, la indignación disipada ya ante la desesperanza del lugar, de esos campesinos, de ese cochero (que menos mal que era estadounidense —o casi—, un taxista legítimo de San Diego que había accedido a llevarla por un precio de ida y vuelta aceptable, la mitad por adelantado y la otra mitad cuando estuviese de vuelta en su hotel en Coronado Island, donde las brisas marinas se desperezaban por las tardes para neutralizar el calor)... No era que no hubiese conocido a campesinos; había tratado con ellos en París, donde podían ser ora ariscos, ora empalagosos, y en Tokio, donde te hacían una reverencia hasta el suelo y luego se reían a tus espaldas. Aquella gente, sin embargo, le daba miedo; era un sitio peligroso, se notaba, saltaba a la vista: prostitutas, alcohol, el hombre ese que

iba andando como si montase un burro invisible y que pasó mirándola desafiante por la ventanilla con unos ojos más rojos que el demonio... Y poco más allá, otro, inconsciente y tirado en el suelo, que no concitaba más atención que el perro con su abrigo de moscas. Estaba a punto de abrir la boca, a un tris de decir que ya valía, que se olvidara, que la llevase de vuelta y la alejase de todo aquello, del caos y de la miseria, de aquel hedor infame, cuando el coche se detuvo de golpe.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Pero el conductor (era italiano, ¿no era eso?)^[14] se limitó a señalar con el dedo. A Miriam le costó un momento pero luego vio el letrero en negro, escrito a mano alzada sobre un fondo blanco: «Farmacia». Cogió entonces el bolso de mano y la bolsa de tela que tenía por equipaje, se inclinó sobre el asiento delantero y consiguió dominar su voz lo suficiente para decirle al taxista:

—Ahora vuelvo.

Y acto seguido estaba en la calle, con el sol pegándole en la cabeza como un hacha. Cinco escalones, una pasarela de madera, la puerta y la campana que la anunció, mientras el taxi arrancaba y se alejaba entre el rechinar de las ruedas y el traqueteo del escape. Sintió que el miedo se apoderaba de ella, una mano fría en la nuca: iba a morir allí, estaba convencida, perdida y abandonada en un sitio donde ni su francés ni sus encantos sureños le servirían de nada. Y sus hijos nunca se enterarían, ni sus amigos, ni Frank... No habría exequias ni sepulcro, no habría nada. Su destino sería el del perro hinchado junto al arroyo.

Cuando sonó la campana y se abrió la puerta, se quedó por un momento paralizada viendo el taxi doblar al cabo de la calle, hasta que aparecieron dos mujeres en mantilla por la pasarela, con el pelo negro trenzado y mirada huidiza. Pero... ¿qué querían? Querían entrar, eso era todo, y ella estaba en medio; solo aguardaban, educada, respetuosamente. Volvió en sí, murmuró una disculpa (de lo más ilógica: un «pardon» francés) y entró en el establecimiento, un local cerrado y oscuro, donde hacía más calor aún que en la calle. Poco a poco, a medida que se le fue adaptando la vista, empezó a ver dibujadas las formas del lugar: había tarros por doquier, toda una plétora llena de hierbas secas y pociones varias, así como matojos de plantas colgadas del techo para secarse, que desprendían un olor entre mohoso, amargo y dulce a la vez. Y el mostrador, un mostrador tras el cual había un hombre idéntico a los abúlicos médicos y boticarios de los condados de Los Ángeles y San Diego —hasta en las gafas y la cúpula calva que le coronaba la cabeza—, salvo porque este espécimen tenía la piel del color del barniz de una cómoda vieja. Y ¿qué era lo que había en el tarro que tenía junto al codo? ¿Patatas de pollo? Se acordó del boticario de *Romeo y Julieta*, el loco que confitaba pociones. Pero ¿cómo era lo que quería decir, la palabra que llevaba practicando todo el camino en el taxi? «*Un dormitorio*», eso era, «*un dormitorio*».

Sin embargo, en ese momento el hombre de detrás del mostrador esbozó una sonrisa amplia, triunfal, solícita y acogedora: «Aquí puede comprar de todo, *señora*,

lo que guste», le decía con ella. Y entonces la palabra que tenía en la punta de la lengua se le fue. El hombre respondió algo y, aunque no le entendió ni lo pretendía, la implicación era clara: ¿en qué puedo servirla?

Más recuperada, más en su pellejo, o casi, se irguió y se acercó al mostrador, donde le devolvió la sonrisa al hombre, a pesar de que las dos mujeres que habían entrado con ella no paraban de rebuscar entre los tarros y sus contenidos misteriosos. Lo que dijo entonces le cupo en una única palabra, una que no había tenido que memorizar:

—*Morfina*. —Miró al farmacéutico a los ojos y añadió—: ¿Me entiende?

El hombre ensanchó la sonrisa y asintió con la cabeza.

—Quiero *mor-fi-na* —dijo Miriam separando las sílabas.

No esperó a estar de vuelta en el hotel —a pesar de que seguramente habría sido mucho más agradable—, pues llevaba toda la mañana sintiéndose con náuseas, exhausta y mareada, y la barriga, ¡ay!, le daba calambres, y las tripas tampoco estaban muy allá, y ni todo el bicarbonato o el agua con gas del mundo le servirían de nada. El hombre tras el mostrador —el pequeño boticario moreno que se había convertido de la noche a la mañana en su mejor amigo— le había dado lo que quería, todo lo que quería, con un único factor limitante: la cantidad de dólares que puso en la cubierta de chapa del mostrador; y allí los dólares pesaban más que los pesos, valga la redundancia (y eso la hizo pensar en que era curioso, pues «dólar», hasta donde ella sabía, era una palabra sin mucho significado, mientras que el mexicano *peso* sugería eso mismo, su propia gravedad). Acto seguido había llenado la bolsa de trapo con una docena de tubos de sulfato de morfina inyectable (1/4 g) y una decena de hidrocloreuro de diamorfina (1/6 g). Aprovechó para comprar también unas jeringas de Pravaz nuevas, porque la aguja que llevaba con ella en su ingenioso kit (diseñado para semejar un mechero algo más grande de lo normal, con sitio para dos dosis y la propia jeringa) se le había quedado roma de tanto usarla y ya le daba dentera. Una vez completada la transacción, con las dos mujeres de los chales mirándola con recelo y el boticario sonriéndole de tal manera que su cabeza parecía a punto de estallar, le había concedido otra palabra, que bien podía ser español, o incluso latín:

—Taxi.

—Taxi —había repetido el otro, como si acabase de proporcionarle el único término que podía hacerle la vida más plena—. Taxi, *sí*. —Y acto seguido había gritado algo hacia un nido tambaleante de cestos de mimbre donde una manta mexicana de rayas ocultaba un umbral tras el mostrador.

En cuestión de segundos un muchacho con ojos somnolientos había asomado por allí, la había mirado y había corrido a la calle gritando la palabra mágica.

El cochero no sabía ni una sílaba de inglés, pero San Diego no era un topónimo

anglosajón y los dólares que Miriam agitó ante sus ojos ayudaron a salvar todo obstáculo lingüístico. Después de un breve martilleo de sol, se vio en la parte de atrás del coche, mientras todos le sonreían: el farmacéutico, las dos clientas que la habían seguido hasta la calle, el muchacho, el taxista e incluso un transeúnte; el mundo entero le dedicaba la mejor de sus sonrisas. La portezuela se cerró. El coche era un Ford T, la «lata con ruedas», como solían llamar a ese modelo, una cafetera, una ratonera de la peor calidad, y encima de los antiguos, el primer utilitario que se había diseñado, aunque por lo menos tenía un techo y, por lo que parecía, hasta motor. El cacharro se zarandeaba y pegaba botes como si estuviesen remontando a escape abierto la pared de un acantilado; y los olores volvieron a asaltarla entonces, mientras seguía con el calor agazapado sobre la cabeza, justo por debajo del pañuelo de brocado (que por nada del mundo pensaba quitarse, pues no tenía ni la más mínima intención de descubrir el sudor y los pelos que debía tener). Sin embargo, todo aquello pasó a un segundo plano en cuanto disolvió en agua uno de los tubos, introdujo el resultado en la jeringa y, entre bache y bache, logró encontrar una vena en el muslo derecho, por debajo del dobladillo empapado del vestido remangado.

En el acto empezó a correr la brisa y los olores se disiparon. El aduanero les saludó sin molestarse en mirarles dos veces, el mundo adquirió una pátina metálica —el brillo de los mares profundos visto desde una tumbona de la cubierta del *SS París*—, y ya no estaba en México, ni tampoco en el desvaído desierto parduzco de San Diego, ni en ningún tipo de tierra: estaba de crucero, encaramada a la baranda, con el viento pegándole en la cara y los pájaros revoloteando en el cielo, de vuelta a Francia.

Resultó que ni ese año ni al siguiente regresó a París. Pasó un tiempo en San Francisco, pero acabó aburriéndole: demasiado remoto, demasiado frío y luminoso y, para colmo, esas casitas como de chocolate, con el sol pintado igual que una fina capa de barniz (a Frank le habrían dado tanto coraje que le habrían rechinado los dientes hasta quedar reducidos a polvo). Y después regresó a Los Ángeles y se quedó una temporada larga con su amiga Leora Tisdell^[15], que acababa de perder a su marido. Durante un tiempo, desde esa primavera hasta el verano de 1925, tuvo instalado un horno en la parte de atrás de la casa de invitados de Leora y, con el apoyo de esta volvió a trabajar la arcilla, solo por ver si era capaz de recobrar su talento de siempre (la propia Leora albergaba aspiraciones artísticas y en esa época —tras salir de debajo de las faldas de su marido, como ella decía— se decidió también a remodelar al óleo el estado de California).

La primera semana Miriam hizo un busto de Leora y esta, a su vez, un retrato de su amiga; un cuadro que, si bien tenía aspiraciones realistas, estaba tan mal hecho que bien podría haber pasado por una abstracción de Picasso o Miró (y que, en consecuencia, lo único que consiguió fue avivar la tristeza en Miriam).

—Te he contado, ¿no?, que estando en París me concentré en distintas partes del cuerpo humano en lugar de en los bustos, que son demasiado convencionales para mi gusto, y trabajé casi en exclusiva con mármol —le comentó a su amiga una tarde que tomaban unos Singapore Slings mientras contemplaban el busto de arcilla, que, bien mirado, podía estar más trabajado por la zona de la nariz y la cuenca de los ojos y no había absorbido nada bien el barniz—. Me aceptaron unas manos cruzadas en la colección permanente del Louvre, como sabrás —añadió.

Y la idea la animó, la levantó del sofá y la llevó fuera de la casa y de Los Ángeles, con su irritante falsa decoración española y sus palmeras alicaídas, y la hizo volver al día que atravesó por primera vez las puertas del museo y las vio, sus manos allí expuestas y rodeadas de gente —¡de parisinos!— con gestos de admiración. Había sido un momento muy intenso, aderezado por el cóctel y la dosis de morfina que se había inyectado para mejorar su digestión y controlar el temblor que había empezado a repetírsele en la nuca —y por toda la columna, en realidad—, aunque la sensación no duró mucho. Al cabo de unos días hizo un molde de las manos de Leora, con la idea de comprar un bloque de mármol de Carrara y volver al ruedo, de hacer algo significativo y perdurable, pero el impulso pareció desvanecerse al tiempo que el sol salía y se ponía, salía y se ponía, una y otra vez hasta que logró evaporarle toda ambición.

Se sentía algo desubicada, entre dos aguas, como quien dice: por momentos pensaba en irse con su hija Norma a Chicago, pero, al cabo, se le ocurría volver unos días a San Francisco, o incluso perderse en México, en algún sitio por la costa, donde estaba todo más limpio y se podía conseguir comida decente, de esa que no había por qué envolver en las tortitas medio torradas con las que parecían servirlo todo, incluso los filetes. En esas estaba, cuando se presentó un hombre en la puerta preguntando por ella. El criado de Leora, un chino con chaquetilla blanca y una corbata negra algo grasienta, la encontró en la terraza leyendo por tercera vez *La noire idole*^[16] en una tumbona junto a la piscina. Se puso un pareo y recorrió descalza los pasillos oscuros que la separaban de la puerta de la calle.

El hombre no le sonaba de nada: cara de hurón, chupado como un palillo y expresión insinuante.

—¿Sí? —inquirió mirándole por debajo del copete que formaba la toalla con la que se había envuelto el pelo.

—¿Maude Miriam Noel Wright? —preguntó el hombre, que tenía unos hombros que parecían resbalarse dentro de la chaqueta como si estuviera mudando la piel y una mueca permanentemente instalada en la comisura izquierda del labio.

—Sí.

Y se disponía a añadir «La misma» o «Yo misma», cuando el hombre le entregó un sobre manoseado, se giró en redondo en cuanto Miriam se lo arrancó de la mano y se fue por donde había venido.

Dentro había una solicitud de divorcio con una nota adjunta donde se explicaba

que Frank Lloyd Wright había emprendido acciones legales contra ella por abandono del hogar. Eso era todo, ni más ni menos. Sin explicación, sin una palabra de su puño y letra ni ningún aviso previo, o tan siquiera el más somero o hipócrita de los intentos de reconciliación. ¿Y qué sintió en ese momento (allí como estaba, tocada con una toalla, los pies contra el cáñamo abrasivo del felpudo y la mano derecha rígida ante ella, con los caracteres negros de la citación mirándola como si cada letra fuese una cara en miniatura y cada una de ellas frunciera unos labios que le escupían)? Rabia, esa era la palabra, ni decepción, ni sorpresa, ni mal de amores, simple y llanamente, rabia.

Sí, había sido ella la que le había dejado a él, naturalmente que sí. Cualquiera habría hecho lo mismo en su lugar, hasta un santo, hasta los mártires de cilicios y harapos sanguinolentos. Era un hombre imposible, el ser humano más desquiciante que había conocido en su vida, por no hablar de su endiosamiento y de su perfeccionismo —venga a darle vueltas hasta al más mínimo detalle como si el mundo entero dependiera de él—, de sus ronquidos, de sus veladas «musicales», de la desolación pura y dura del Wisconsin rural en el que prácticamente la había tenido presa y en donde hasta la última ama de casa con sobrepeso la miraba con ojos desorbitados, como si tuviese la letra escarlata cosida al vestido. Desde luego que le había dejado, ¡faltaría más...!, pero de ahí a que ya no le quisiera, había un trecho.

Sin saber lo que hacía, arrugó la citación y empezó a romperla en pedazos y a tirar los trozos por el parterre, unos tristes copos de papel derrotados como piel caída. Lo siguiente que supo es que estaba en la casa, pero no en la principal, sino en el bungaló de atrás, y tenía una lámpara en la mano —una de Leora, una antigualla de mercadillo que distaba mucho de ser una antigüedad— y estaba estampándola metódicamente contra la pared blanca de yeso, que empezó a caerse a pedazos a sus pies, en una avalancha creciente de polvo blanco.

Fue Leora quien la descubrió de esa guisa: debía de estar chillando, porque el chino asomó la cabeza por la puerta como el payaso de una caja sorpresa y al momento siguiente Leora entraba precipitadamente en el cuarto y gritaba su nombre una y otra vez, como para recordarle quién era, para que recobrase el juicio. Fue como si la hubiesen sacado de su cuerpo, parecía que la mente se le hubiera ido volando y se hubiese encaramado en un saliente oculto mientras los músculos funcionaban por su cuenta. La lámpara era de latón y repicó y repicó, cual campana doblando a muerto: «¡Saquen a sus muertos! ¡Saquen a sus muertos!». Recordaba que Leora se había abalanzado sobre ella para detenerla, y la voz emoliente de su amiga vertiéndosele en la oreja como un bálsamo. Y al cabo estaban las dos en el sofá y el chino se apresuraba a salir para preparar una coctelera de martinis, porque aquello era una emergencia, saltaba a la vista: la lámpara destrozada, la pared llena de surcos, socavones e incluso salpicaduras de sangre, y Miriam con los nudillos desollados, los tirantes del traje de baño colgándole por los hombros y el pareo suelto, hasta el punto de que los pechos le bailaban en libertad. Pero no paraba de sollozar convulsivamente

y era incapaz de decirle a su amiga lo que le pasaba. Y cuando lo intentó, cuando se debatió por extraer de su interior las palabras, la vergüenza pudo más que ella. Frank —el hombre al que amaba, su marido— estaba apartándola de su vida. Leora se pasó un buen rato abrazándola y murmurándole sin más «Chis, chis, ya, ya», hasta que por fin aparecieron los martinis —con el agitador de cuentas, el delicado tallo de la copa y la aceituna ensartada en el mondadientes—, y Miriam sintió la calma bajar sobre ella como el telón que cae al final de la función.

Cogió el cóctel y se lo tomó en dos tragos. Tenía los ojos nublados por las lágrimas.

—Frank —empezó a decir—. Frank ha...

—Tienes que ser fuerte —le dijo Leora, y quién podía culparla porque su primer pensamiento fuese lúgubre—. A su edad, en fin, son cosas que pasan... Dios sabe que yo lo sé bien. Y la de Dwight fue una muerte lenta, y eso es peor que nada.

—No, no, no lo entiendes... Frank me ha pedido el divorcio.

A los cinco minutos el criado chino recuperaba los trozos de la citación agachado ante el parterre. Tras el segundo martini, la reconstruyeron minuciosamente como si de un puzzle se tratase. Estuvieron de acuerdo en que, antes incluso de llamar a Frank, debía escribirle al juez del caso e insistir, o alegar más bien, que quería una reconciliación, que aún amaba a su marido, que había sido una separación temporal —por su salud, hasta que ella se recuperase— y que jamás se le había pasado por la cabeza divorciarse. Leora la ayudó a redactar la carta, tres folios mecanografiados, y al instante se sintió mejor. Pensó que le vendría bien echarse algo al estómago —unas chuletas de ternera, puré de patatas, judías verdes (el chino cocinaba de maravilla)— antes de levantar el auricular del teléfono; aunque más que cogerlo, lo blandió como si fuera un arma, una espada que empuñase con una sola mano, capaz de derramar sangre a una distancia de más de tres mil kilómetros, a las ocho de la tarde de California y a las diez de Wisconsin (y le pillaría en el estudio, enfrascado en sus dibujos... salvo que estuviese en una de sus veladas musicales con los aduladores y lameculos extranjeros de los que se solía rodearse).

La operadora la puso con Taliesin y, mientras esperaba a que se estableciese la conferencia, empezó a acelerársele el corazón. Se oyó estática, un suave zumbido mecánico, hasta que por el éter le llegó una voz de hombre que no reconoció:

—¿Hola?

—Quiero hablar con Frank —le dijo, y deseó al instante haberse tomado un lingotazo para calmarse. Volvía a estar hecha un manojo de nervios, con la tensión tirando de ella hasta el punto de sentir que revivía la conmoción de ese primer momento en la puerta, cuando el mentecato aquel, ese pedazo de inmundicia humana, le había entregado la citación.

—Ajá. ¿Con quién hablo?

—Con Miriam, su mujer. ¿Y quién demonios es usted?

—Ah..., perdón. —Notó que el hombre tapaba el auricular con la mano y

murmuraba algo—. Un momento, por favor.

Cuando Frank se puso al aparato, le habló con voz átona, como si fuese un asunto de negocios.

—Sí, Miriam, ¿qué tal? Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Y ante eso no pudo contenerse, y el aire le salió de golpe de los pulmones y le rasgó la garganta como si se hubiese tragado un neumático.

—¡Sinvergüenza! —graznó—. ¡Chorizo! ¡Sabandija asquerosa! ¿Cómo te atreves a tratarme de esa manera? ¿Eh?, ¿cómo?

—Miriam —empezó el otro, que tal vez añadió algo para calmarla, alguna frase en ese tono sacerdotal suyo que usaba cuando se las daba de puritano, cosa que hacía el ochenta por ciento de las veces, pero no le escuchó, se negó en redondo.

—¡So mierda, que eres un mierda! —gritó—. ¿Te crees que puedes tirarme a la cuneta como si fuese una furcia cualquiera, una... una zorra que has utilizado para tu placer y de la que te has cansado?, ¿eh, es eso lo que crees? Porque si es eso...

Siguió un rato, un rato largo, y hubo lágrimas también, no pudo evitarlo: era humana y aquella era la jugarreta más denigrante que le habían hecho en la vida. Y él intentó estar por encima y suavizar la situación, pero su sola voz, ese sonido de superioridad y pragmatismo, únicamente consiguió subirle más los humos, hasta que Frank entró al trapo y la conexión se interrumpió bruscamente.

A la mañana siguiente, una vez que se hubo bañado, arreglado el pelo y utilizado la jeringa para transmitir su calor trepador hasta la punta de los dedos y anestésicarla para lo que quiera que el día le tuviese reservado (y sí, le había ocultado su kit tanto a Frank como a Leora, aunque no porque se avergonzara o temiera convertirse en una *morphinomane* ni nada por el estilo, sino porque sus medicinas eran asunto suyo y de nadie más, por muy íntimos que fuesen..., o hubiesen sido), estuvo hablando con Leora mientras desayunaban, y coincidieron en que necesitaba un abogado propio. Frank tenía uno, de modo que ¿por qué no iba a tenerlo ella? ¿Cuántas mujeres conocían a las que habían dejado en el arroyo como a una maleta y sin un centavo a su nombre, ni uno solo?

Después de desayunar volvió al bungalow y se valió del teléfono para concertar una cita esa misma tarde con Wilson Siddons Barker III, un abogado especializado en divorcios que le habían recomendado unos conocidos de Leora. Se pasó un rato largo maquillándose y escogiendo la ropa —la mejor parte de la mañana— hasta que se decidió por un conjunto primaveral: un Poiret azul marino de sarga de lana con forro de seda *peau de cygne*, a juego con su capa y su turbante de terciopelo azul. Remató el atuendo con los pendientes y el collar de perlas, así como con dos sartas de cuentas de azabache y el broche de diamantes que había heredado de su madre.

—Madre mía —se asombró Leora al verla—, qué portento.

—¿Crees que me he pasado con el broche? —le preguntó mientras se pasaba

revista en el espejo de cuerpo entero de la entrada.

Leora también se había esmerado en vestirse, y era innegable que tenía estilo, por mucho que no llegara ni de lejos al dramatismo de Miriam (aunque esta lo llevaba de una manera que su amiga nunca podría). Aun así, debía admitir que Leora estaba estupenda en su vestido malva de crespón de China y su sombrerito de campana, que tenía un airón de plumas de faisán que le caía con gracia por un hombro.

—No, para nada —murmuró Leora, con los labios fruncidos y los ojos clavados en ella—. Tienes que impresionar.

—¿Te gusta entonces? ¿De verdad? —Miriam sintió una oleada de satisfacción y por un momento se olvidó del objetivo subyacente de todo aquello. Iban a almorzar al Hotel Beverly Hills, sí, pero no sería más que un entrante para el auténtico plato fuerte del día: la entrevista con el abogado y lo que aquello suponía—. ¿Has visto el broche..., y el camafeo, el camafeo que tiene? Se supone que son las Tres Gracias: Aglaya, Eufrosine y Talía. ¿No te encanta? La Resplandeciente, el Alma Alegre y la Floreciente. Perteneció a mi madre, y antes a mi abuela. Mis joyas son mi único colchón —se miró de reojo en el espejo y vio que una mujer alta y regia le devolvía la mirada, una de esas que se valen por sí mismas, que se buscan a un abogado y le plantan cara a Frank Wright hasta que este se arrepiente de haber nacido—. Si me viese en la indigencia, al menos tendría algo sobre lo que caerme muerta.

—¿Y el anillo? ¿Ese es el de Cleopatra?

—Eso dice la leyenda. No me sé toda la historia, nadie la conoce, pero supongo que pasó de mano en mano en la familia de mi primer marido, que tenía un abuelo que era joyero y que comerciaba con todo tipo de antigüedades, sobre todo egipcias. En teoría es un escarabajo, ¿lo ves? Cuentan que Cleopatra lo utilizaba como talismán para que sus amantes le fuesen fieles —soltó una carcajada—. ¡Como si algo pudiese detener a un hombre cuando le entra la picazón...! Pero ¿te he contado que estuve a punto de venderlo en París cuando estalló la guerra? Un hombre del museo, muy persuasivo y encantador, estuvo a un tris de convencerme. Pero no podía irme sin él, y ahora me alegro, es mi joya más valiosa. —La sonrisa lastimera de su amiga y una infusión deliciosa y delicada de sangre en los labios hablaron del escepticismo de esta, o tal vez fueran celos, sí, eso era: tenía envidia, pero trataba de disimularla—. Es mi anillo de la venganza, querida, y no te creas que Frank no lo sabe.

Resultó que William Siddons Barker III se mostró encantado de verla, si bien le expresó su profunda consternación por lo sucedido, desde luego, porque era un despropósito, un auténtico despropósito... Miriam se derrumbó allí mismo en el despacho, no pudo evitarlo, incluso con Leora a su lado, pero el letrado le aseguró que haría todo lo que estuviese en sus manos. Y cumplió su palabra: a través de un socio que tenía en Chicago, Frederick S. Fake^[17], logró que Frank retirara la denuncia amenazándole con demandarle a su vez por maltrato físico —sí, y habría que ver cómo quedaría eso en los periódicos: «Arquitecto de fama mundial pega a su

mujer»—. A partir de ahí irían avanzando con cautela hasta lo inevitable.

Fue un doloroso calvario, todos los días, un auténtico suplicio. ¿Quién se creía que era para desahuciarla así? Ella era el premio gordo, no él. Y así se lo escribió, carta tras carta, y en algunas le maldecía y en otras le recordaba la pasión que habían compartido, una pasión que estaba por encima de los amoríos y de las convenciones de las masas —nueve años de amantes^[18] y ni una sola queja por su parte, o apenas un murmullo—; y ponía una conferencia cada vez que le hervía la sangre, solo para oír el hierro de su voz y escuchar racionalizaciones patéticas, para insultarle, gritarle, sollozar y maldecir por la línea hasta calentarles las orejas a todas las operadoras de Los Ángeles a Spring Green y ponérselas como manteca en la sartén.

Pero él se mostraba inflexible: no había lugar para la reconciliación, y no quería ni oír hablar del tema. En ese aspecto no cedería un ápice. Con todo —y aquello la desconcertó—, cuando estaban a un paso de cerrar un acuerdo, se mostró de lo más razonable, es más, fue incluso generoso. Con lo que él era... Frank, para quien una factura no suponía más que una especie de recordatorio, una deuda que no pagaría ni aunque tuviese el dinero en el bolsillo y al *sheriff* esperando en la puerta. Y cuando por fin llegaron a un acuerdo al cabo de cuatro meses —10 000 dólares en metálico, 250 de manutención al mes y la mitad de las acciones de Taliesin—, le puso en bandeja otro caramelo: el abogado de Frank le dijo que, como ella siempre había deseado volver a París, el arquitecto quería que supiese que estaba dispuesto a concedérselo; tanto era así que si se iba a París en el plazo de seis semanas tras la firma del acuerdo, le daría otros mil dólares, con la idea de facilitarle el traslado.

Se lo pensó —París, las habitaciones donde había vivido sobre una tienda de antigüedades en la rue des Saints-Pères, los artistas que había contado entre sus íntimos, los *bistrós*, los cafés, la vida alegre que había llevado tras la muerte de Emil — y a punto estuvo de ceder. París en invierno, París en navidad, el olor a *marrons* asadas por las calles, la luz azulada de la tarde, vida de verdad, y comida de verdad: *bouillabaise*, *foie gras*, *les fromages*... Pero aquello no le gustaba, allí había gato encerrado. Le conocía perfectamente y sabía cómo funcionaba su cabeza.

Lo que no sabía, de momento, era lo de Olgivanna.

Capítulo 3

De cómo arden las cosas

Frank acogió a Svetlana como si fuera su propia hija; ese primer mes del nuevo año, Olgivanna pensó incluso que estaba excediéndose y malcriando a la niña — incontables excursiones al zoológico, a conciertos, a patinar sobre hielo en el lago Michigan, a comer perritos, palomitas de maíz, manzanas caramelizadas—, pero era parte del encanto de Frank, tenía que reconocerlo. No era capaz de hacer nada a medias tintas; era un entusiasta de la vida y estaba enamorado de ella y de su hija, una persona auténtica y desinhibida, a pesar de que, cuando les veían juntos por la calle, la gente creía, y con razón, que Svetlana era su nieta, cosa que parecía sacarle de sus casillas. Él no era el abuelo de nadie, protestaba, aunque su hijo John tenía una cría de tres o cuatro años, y eso hasta donde Olgivanna sabía... Sin embargo, si el hombre vivía aquella ilusión y se pavoneaba a su lado como un joven amante, recreándose en ello, ¿por qué negárselo? Svetlana también habría podido ser su hija, y debería haberlo sido, una niñita de siete años, de una exquisita belleza y extremidades largas, con mucho más parecida a su madre que a Vlademar. A la niña le encantaban la atención y los mimos, y que la llevaran a caballito y le dejaran subirse a la banqueta del piano al lado de Frank, para aporrear las teclas y corear con él *Shine on, harvest moon* o *Sweeter than sugar*, desafinando y tanteando las notas, mientras la veterana voz de tenor del arquitecto se ceñía a la melodía.

Olgivanna era consciente de que estaba luchando por un papel, el de «papá Frank», que era como le llamaba la niña: bastaba con que entrase en un cuarto para que la cría pegase un brinco y se le colgase del cuello, al grito de «papá Frank, papá Frank»; y ella no podía por más que admirarle por ello, por esa zambullida con los ojos cerrados en su deseo y su compromiso. Era una fuerza de la naturaleza, eso era, una avalancha de necesidad y emoción que barría todo lo que se le ponía por delante. Y ella también estaba enamorada, loca por él, por el placer que parecía experimentar Frank a su lado y el que le daba a su vez (comparado, Vlademar quedaba a la altura del betún, menos atractivo que un trapo, un alfeñique; y del resto de su vida contaría que no supo nunca lo que era el amor —el acto físico, la unión de dos cuerpos por encima y más allá de la trabazón espiritual— hasta que conoció a Frank). Aparte de todo eso, lo que buscaba era algo a lo que aferrarse, una causa y un *modus vivendi*, sí, aunque también seguridad y protección, y allí estaba él para proporcionarle un buen par de hombros^[19] cuando más los necesitaba: los ahorros empezaban a escasear, su marido no estaba aportando gran cosa y resultaba incómodo vivir del resto, como otra huésped más de un piso masificado de Chicago, con gente que ni siquiera le caía

bien. De modo que cuando le pidió que volviese a Taliesin, esa vez acompañada de su hija, y no para un fin de semana, sino para mudarse allí y formar parte de su hogar y de su vida, no se lo pensó ni un instante.

En esa ocasión, el camino ya le era familiar. Y si bien el campo se le antojó más desolador aún que en Navidad, cuando hasta la granja más humilde se había engalanado con una guirnalda en la puerta o una vela en la ventana, al menos tenía a Svetlana con ella para hacerle compañía. Llevaban emparedados, leche para la pequeña y café para ella, y la niña iba o bien charlando con su osito nuevo («Cómete el bocadillo, *Osín*; haz la maleta, que nos vamos de viaje») o bien concentrada en un libro de colorear, con la caja de lápices que Frank le había regalado. Llevaba todas sus pertenencias guardadas en un único baúl en el vagón de los equipajes, en algún punto de los furgones de cola (y no era mucho, la verdad —un par de mudas, libros, cartas, dos muñecas de porcelana sin las que Svetlana no parecía poder vivir—, consecuencia directa de haber estado viviendo bajo el régimen de Georgei, verdadero apóstol del ascetismo)^[20].

—¿Y cómo es, mamá? —preguntaba Svetlana a cada tanto.

Intentaba entonces evocar el lugar para su hija: no era el castillo de Fontainebleau, a las afueras de París, sino una laberíntica casa de campo en las inmediaciones de Spring Green (Wisconsin), con una sola planta en piedra leonada y estilo pradera que debía autoabastecerse en lo tocante a cultura y entretenimiento.

—Te gustará, ya verás. Es..., ¿cómo te digo yo?, parecida a un castillo, solo que sin almenas.

Los lápices fluían por la hoja, un papel de dibujo de gran calidad que no se rasgaba fácilmente. Svetlana se tomó su tiempo para acabar lo que tenía entre manos —pintar de rojo la chimenea de la casa que estaba dibujando y de negro el humo que despedía— y al cabo levantó la vista y preguntó:

—¿Qué son almenas?

—Pues... torres, como las de «Rapunzel, suelta la melena».

—Como en Francia.

—Sí, exactamente, igual que en Francia. Salvo porque este sitio, la casa de papá Frank, no tiene ninguna.

—Y entonces, ¿qué tiene?

Le habría gustado saber transmitirle la belleza del lugar, el genio, el alma y el espíritu, y que era de esas casas en las que te sentías bien con solo contemplar las vistas desde la ventana, pero en lugar de eso le dijo:

—Un lago.

—¿Para patinar sobre hielo?

—Ajá. Y para nadar en verano —intentó imaginárselo: los sembrados recobrando vida, las puertas de los establos batiéndose al viento, el ganado pastando, las luciérnagas en la noche, las constelaciones colgando en el maderamen del techo del universo—. Y salir en barca, y pescar incluso.

—¿Y hay patos?

—Pues claro que hay. Y gansos —hablaba ya por hablar, atropelladamente, mientras el tren cruzaba el profundo helor de los campos, a menos treinta, treinta y cinco grados, y ríos como piedras y árboles conmocionados, ni un ser vivo moviéndose en toda aquella extensión desamparada—. Y cisnes, cisnes que se te acercan y comen maíz de tu mano. ¿Te acuerdas de los cisnes de Fontainebleau, que eran negros?

Svetlana dejó de colorear, con dos lápices, el verde y el marrón, saliéndole como púas de entre los nudillos de la mano izquierda, y el rojo parado sobre la chimenea de un techo amplio que resguardaba las figuras de palotes que había dibujado debajo: dos personas, solo dos, madre e hija con idénticas faldas triangulares. Dejó la mirada perdida por un momento, tal vez acordándose de los cisnes, de *Lionel* y *Lisette* —¿no era así cómo los había llamado?—, o quizá cansada sin más.

—¿Queda mucho? —respondió.

Frank y Kameki las esperaban en el andén, despidiendo vaho, con los sombreros bien calados y los cuellos de los abrigos subidos, la cabeza inclinada contra el viento y los ojos buscando por las ventanillas mientras el tren reducía la marcha de un frenazo. En ese momento Kameki se puso de costado y se parapetó con las manos para encenderse un cigarrillo; Frank, en cambio, se adelantó, los faldones de su pesada capa de sarga batiéndose y revoloteando en torno al cepo ceñido de los pantalones de montar y el brillo de las botas. Le tenía allí al lado, tan cerca que podría haber alargado la mano y haberle tocado, pero al parecer él no la vio a ella, y el tren pasó de largo antes de pegar una última sacudida y pararse justo delante de la raya. Svetlana no pudo contenerse: saltó del asiento y aporreó la ventanilla gritando una y otra vez el nombre de Frank, hasta que este miró hacia arriba, las vio y se le cambió la cara. Olgivanna le saludó entonces con la mano, loca de contento.

Algo había pasado, sin embargo; lo notó en cuanto puso un pie en el andén. Frank estaba igual de exaltado y enérgico que siempre y no dejó de dedicarles una gran sonrisa de bienvenida mientras ayudaba a bajar del tren primero a la madre y luego a la hija; pero, pese a todo, le notó distante. No la miró, al menos no a los ojos, y eso no era propio de él. En su lugar, se agachó a la altura de Svetlana, le dio algo, un pirulí, y le preguntó si había tenido buen viaje, aunque la niña, con el libro de colorear debajo de un brazo y *Osín* en el otro, se había quedado cortada y apenas pudo murmurar un «sí».

Un viento fuerte se desató por el andén y les rodeó de hojas arrugadas y deshechos, mientras el cielo se enturbiaba sobre sus cabezas. Olgivanna tuvo tiempo de contemplar las calles desiertas y los edificios tapiados del pueblo (poblado, aldea...) donde habría de pasar su futuro inmediato, y tal vez más, mucho más, antes de que Frank la mirase de verdad. La locomotora exhaló un gran siseo tembloroso de

vapor y, cuando Kameki se apresuró a coger el equipaje, Frank por fin la saludó, aunque no la abrazó ni la besó, sino que se limitó a darle un firme apretón de manos, tendiéndole el guante, como si fuese una clienta o una pariente lejana..., y eso todavía sin mediar palabra, nada, ni un «hola», un «bienvenida» o un «me alegro de verte».

Le soltó la mano entonces y se adelantó un poco, al tiempo que hundía los hombros.

—Luego te cuento —le dijo entre dientes, con el aliento suspendido por un momento en el aire antes de disiparse—. Son los vecinos, y la prensa. No podemos llamar la atención.

—Papá Frank —le llamó Svetlana tirándole de la bufanda, ya en su ser, familiarizada con el frío, la llegada y el pueblo que no merecía un segundo vistazo—, ¿podemos ir a ver los cisnes?

El arquitecto pareció fruncir el ceño ante el apelativo —«papá Frank», «papá»— y mudó la mirada de Svetlana a la madre y de vuelta a la niña. El humo de la locomotora se descarrió con el viento y les llegó con toda su acritud y su toxicidad. A Olgivanna se le metió algo en el ojo y tuvo que parpadear.

—¿Cisnes? —repitió Frank—. ¿Qué cisnes?

—Le he contado a Svetlana —le explicó mientras se restregaba el ojo con un pañuelo— que veríamos cisnes en el lago... y patos también.

—Ah, sí, claro, los cisnes. Por supuesto, mi niña, claro que los veremos. Pero todavía no, eso será en verano. Ahora está helado. ¿Te gusta el hielo, verdad?

—¿Podemos patinar entonces? ¿Hoy, ahora?

Frank, sin embargo, andaba distraído —en ese momento se apeaban dos hombres con sendos capotes y, tras ellos, un muchacho hecho un palo que se apresuró a echar mano del sombrero para que no se le volara— y no le respondió. No paraba de dirigir la mirada de Olgivanna al fondo del andén, donde Kameki había cogido ya el baúl, el maletero cerraba la puerta corredera y el maquinista daba dos silbidos admonitorios con su silbato; ni siquiera cuando por fin dijo:

—Sí, sí, desde luego, Svet, en cuanto nos instalemos —acto seguido les sugirió que esperasen en el coche, al resguardo del viento.

El automóvil^[21] era un ejemplar alargado y elegante con capota de lona, pero ¿era nuevo?, ¿o era el mismo coche que la había recogido en diciembre? Estaba aparcado en la calle, con el motor en marcha y Billy Weston tras el volante. Hasta que no estuvieron dentro, con la puerta bien cerrada tras ellos y Billy hubo salido para echar una mano con el baúl, no le dio el abrazo que ella había estado esperando, así como un beso de labios fríos, helados.

—Ay, Dios, cómo me alegro de verte y de que estés aquí... Y a ti también, Svet. Ya verás, os va a encantar. Pero tienes que entender que, bueno, en fin, esta comunidad es como es, con todas sus gallinas cluecas y los reporteros acechando a la vuelta de la esquina, como quien dice... Ya sabes por lo que he pasado...

Olgivanna no dijo nada, ni tampoco podía imaginarse a qué venía todo aquello. ¿Acaso le había malinterpretado?, ¿era eso? ¿Estaba retirando la invitación? ¿Tanto hablar de amor no había sido más que otra fantasía? Bajó la mirada para frotarse el ojo, donde seguía el hollín, una mota de carbón en polvo.

—Así que hemos tenido que inventarnos una historia. Pero para mí no significa nada, ya sabes el poco respeto que me merecen esas brujas entrometidas, esas cotillas que intentan controlar la vida de los demás... En fin, que lo que quiero decir es que le voy a contar a todo el mundo que eres la nueva ama de llaves.

Olgivanna no pudo disimular la acritud en su voz.

—Claro, una serbia, otra inmigrante pobre, ¿es eso lo que estás diciéndome? ¿Una señora de la limpieza?

—Solo hasta que consigas el divorcio y yo..., en fin, pueda dejar a Miriam oficialmente.

Svetlana iba sentada a su lado, haciendo oídos sordos y pegando rítmicamente con las piernas contra el asiento, dentro, fuera, dentro, fuera, hasta que se puso a dibujar en la gasa de hielo que había envuelto la ventanilla.

—Después de eso, nos casaremos y les mandaremos a todos a freír espárragos.

Olgivanna no habría sabido decir si alguien estaba tragándose aquella farsa. En la casa siempre había gente de las inmediaciones, tanto campesinos como lugareños de los alrededores, de Helena, Spring Green, Dodgeville, Arena; aparceros, granjeros y mujeres para las faenas de la casa que, si bien ante ella no intercambiaban ni dos palabras, seguramente no se cortarían hablando en cuanto daba media vuelta. Pero, según la historia, era el ama de llaves y, si alguien quería ir a comprobarlo, se la encontraría en medio del tiempo más desquiciado partiendo leña para la hornilla y las chimeneas, echándole las sobras a los cerdos, paseando por los campos helados donde brotaría el huerto en cuanto asomase la primavera, siempre tanteando el terreno y tomándole el pulso. Para finales de la primera semana ya había asumido el papel de encargada y repartía las tareas entre el servicio, además de dedicarse a los fogones siempre que lograba regatear a la señora Taggertz, que se resistía con uñas y dientes a cualquier trasgresión de sus dominios, y menos si venía de una mujer cuyo estatus en la casa era objeto de especulación, por muchas historias que el dueño quisiera hacer circular.

—Y el padre de la criatura... —le había soltado en una ocasión la señora Taggertz mientras Olgivanna golpeaba carne en la tabla de cortar, hacía masa para las empanadas o aporreaba unas ollas por el simple y autoritario placer de hacerlo—, ¿cómo decía que se llamaba? —Pausa—. Sigue entonces en Chicago, ¿no?

—Sí —se había limitado a responder, con la esperanza de que dejase el tema.

Pero nada más lejos de la intención de la señora Taggertz que dejarlo, pues había pasado a la ofensiva:

—¿Y hay alguna esperanza de que se reconcilien? Porque..., a mi entender, lo mejor es que un niño se críe al lado de su padre, y más una niña, y sobre todo a cierta edad, no sé si sabe a lo que me refiero...

—No —le había respondido, y se había acordado de repente de algo que había que hacer fuera, o en el pasillo—, no hay esperanza alguna, nada de nada. —Y entonces, como disculpándose, había añadido—: Lo siento.

Pero a Frank le encantaban los platos que cocinaba a partir de viejas recetas serbias, nada atrevido, claro, pero sí distinto, para variar un poco, platos sabrosos, decía él, incisivos: especialidades serbias como el *pasulj* o el *prebranac* (con longaniza casera a falta de *kielbasas*), o el bizcocho de nueces (el *povotica*), que todo el mundo alababa. Y la señora Taggertz no tenía más remedio que hacerse a un lado, al menos de vez en cuando; por lo demás, hacían galletas casi todas las noches, de melaza, de chocolate, con pasas y ciruelas, las *pfeffernüsse* que elaboraba con la receta materna que le había enseñado Dione, así como los confites de soja roja y judías de Nobu Tsuchiura^[22]. Cuando la señora Taggertz se iba a su casa por las noches, era hermoso, una experiencia gratificante y maravillosa, colarse en la cocina con Dione, Sylvia Moser, Nobu y su hija, todas compinches en una aventurilla; le parecía estar de nuevo rodeada de sus hermanas.

Y cuando Frank se ausentaba casi toda la semana porque iba a supervisar sus nuevas oficinas en Chicago o cogía el Santa Fe California Limited hasta Los Ángeles para encargarse de las reformas de las casas que había construido allí^[23], no notó tanto su ausencia como había pensado. Estaba ocupada, en un ajetreo denodado. Y aunque en realidad no fuese el ama de llaves, sino algo más —la señora de la casa, la futura señora Wright, la hacendada de Taliesin—, bien podría haberlo sido, pues al mes Frank había despedido a la señora Dunleavy, la corpulenta campesina que había hecho las veces de ama de llaves durante el último año (al parecer, sin remuneración alguna, o más bien con una primera paga y la incumplida promesa de otras por llegar). Siempre había trabajo que hacer y, por supuesto, todo el mundo arribaba el hombro, incluso Svetlana, porque en esa casa no había invitados que valiesen, y Frank tenía cientos de proyectos de reformas al mismo tiempo, en invierno y en verano, todo en constante movimiento.

A Olgivanna le concedieron el divorcio al cabo de dos meses, en marzo, pero no le supuso un gran cambio porque ya estaba consagrada de lleno a su nuevo régimen y Vlademar era un recuerdo como mucho, un mentecato encorvado y canijo que gimoteaba por las mañanas por los calcetines: «dónde están mis calcetines» y «tráeme el café, Olgivanna, antes de que me muera, si puede ser». Era arquitecto, de Chicago. Y de vez en cuando le llevaba a Svetlana, en conformidad con el régimen de visitas que habían acordado en los papeles del divorcio; y poco más. Pero Frank se emocionó con la noticia: «La siguiente será Miriam, un movimiento más del péndulo y ambos seremos libres». Y aquella noche lo celebró por todo lo alto, reunió a todos en torno al fuego, con el viento gimiendo entre las copas de los árboles, y tomaron

chocolate caliente, café y galletas, y cantaron viejas canciones al piano, hasta que la noche se precipitó y se vio en la cama con él, acunada en el hueco de su hombro bajo el edredón de plumón, las ascuas todavía rojas en la chimenea.

Ese año la primavera se adelantó desde el sur, con una sucesión de tormentas cada vez más cálidas que enjuagaron la nieve del suelo e hicieron brotar los ruibarbos antes que cualquier otro año (tarta de ruibarbo, la mejor); al poco tiempo los parterres rebosaron de color y los árboles florecieron, mientras la cebada brotaba en los surcos desnudos de los campos. Todos los minutos de todos los días se sentía sobrecargado de energía: se levantaba de la cama antes del alba y se sentaba a la mesa de trabajo antes de desayunar para enfrascarse en los bocetos del rascacielos de la National Life Insurance Company o del club de campo de Nakoma, escribía un artículo al mes para la *Architectural Record* y, además, sacaba tiempo para supervisar la eterna construcción de Taliesin, así como para salir al campo y al huerto y ponerse a arar con el rastrillo hasta que las ideas se asentaban y tenía que volver corriendo al escritorio, para alarma de sus aprendices, que levantaban preocupados la vista de sus mesas de dibujo, hasta que hacía algún chascarrillo y luego otro y otro. Derrochaba tal brío —y Olgivanna, bendita sea, le proporcionaba gran fuerza y empuje— que tenía que pegar un brinco de la silla y enseñarles a sus chicos lo que acababa de hacer y revisar los dibujos de estos y ponerse a pontificar un poco, por acá y por allá. Las cenas eran una delicia, con conversaciones ricas y alegres, y los domingos por la noche todos se vestían con sus mejores galas y se sentaban en corro en el salón o bien, en las noches más templadas, fuera, bajo los grandes robles gemelos de la entrada, para tocar música o declamar a Whitman, Thoreau, Emerson —«Aquel que aspira a ser hombre ha de ser inconformista»—, etcétera.

Llevaba años, más de lo que era capaz de recordar, subiendo una piedra por una colina, un canto rodado que había ido cogiendo peso con cada vuelta como una bola de nieve, con la cara de Miriam estampada en un lado —o, no, grabada a cincel en la roca—, de modo que cada vez que la hacía rodar volvía a encontrársela: Miriam. Miriam, la de los calambres, las jaquecas y las rabieta, cerniéndose sobre él con los puños en alto y su estrafalario anillo destellando como un arma, todo en movimiento, las cuentas del collar clavándosele en la garganta cuando gritaba y le enseñaba los dientes, como si quisiera comérselo de un bocado. El psiquiatra —¿cómo se llamaba?, el doctor Hixon— le había diagnosticado «afectividad defectuosa», significara lo que significase, aunque también le había asegurado que veía peligro en el horizonte. En esos momentos, las aguas estaban calmadas, pero, por muy lejos que estuviera —en Los Ángeles, San Diego o Hollywood—, sentía como el calor de ella se filtraba por los poros de la tierra bajo sus pies, igual que el magma, candente al blanco y dispuesto a incinerarlo todo, y cada vez que sonaba el teléfono se le hacía un nudo en el estómago. Llevaba meses sin saber nada de ella, seis o siete ya. Y

Olgivanna estaba allí —y Svet, Richard y Dione y Kameki—, y su vida avanzaba. Había días en que no pensaba en Miriam ni por un momento, aunque siempre estaba allí, en lo más hondo, acechando...

Hasta que una noche hacia finales de abril sí que llamaron por teléfono, pero sonó una única vez y más que un timbre fue un extraño zumbido discontinuo que atribuyó al cableado que había instalado para conectar el teléfono del dormitorio con una campana en la cocina, un artilugio sencillo para comunicar deseos sencillos, como en un hotel^[24]. Acababan de terminar de cenar, Olgivanna, Svet y él —el resto había ido a la ciudad, salvo Kameki y Mel^[25], el chófer nuevo—, y habían comido en el pequeño comedor junto a la cocina, el que dominaba el alcor; le pareció que sería todo un espectáculo ver desde allí la tormenta en ciernes. La cocinera se había ido a su casa y la propia Olgivanna había servido la comida, y parecían una familia normal y corriente, marido, mujer e hija en torno a una mesa, con comida normal y corriente. El viento empezó a arreciar mientras comían, lanzando las ramas contra las ventanas, y reinaba una sensación de seguridad, de abrigo: que la tormenta hiciese de las suyas, ellos estaban bien resguardados.

—¿Lo ves, Svet? —le había dicho con un tenedor cargado de judías montenegrinas a medio camino de la boca—. Esto es lo bueno de la arquitectura orgánica, que estás al mismo tiempo fuera y dentro, con su continuidad de líneas y las vistas por todo alrededor. En una de tus casitas de chocolate de Chicago no podrías ver nada, no sabrías ni que se acerca una tormenta.

—¿Habrán rayos? A mí me dan miedo.

—Pues claro que habrá rayos, pero no hay nada que temer. Aquí no van a caer, y mientras estés dentro de la casa no te alcanzará ninguno.

Con el viento las nubes se alargaban en una carrera de jirones y franjas. Los tres se habían vuelto para contemplar cómo se estiraban por el cielo.

—Y que te mantengas lejos del lago —había añadido Olgivanna, que vestía de azul, con un conjunto de camisola cruzada y falda que él mismo le había diseñado, sencillo a la par que elegante, con mucho estilo.

Frank había visto un traje parecido en un catálogo —y a muchas mujeres vistiéndolo en Chicago—, había llevado el patrón a una modista y se lo había traído de vuelta en el tren para darle una sorpresa. Le vio buen color de cara a Olgivanna —había estado fuera toda la tarde, arando el suelo del huerto para la siembra, porque se habían acabado las heladas por ese año, Frank se lo había prometido muy solemnemente, se lo había jurado incluso, no más heladas— y se percató de que tenía un vago velo de luto en las uñas y las manos endurecidas por las faenas domésticas. Parecía sana y satisfecha, aparte de embarazada. De dos meses^[26]. Se lo había dicho esa misma mañana en la cama, antes de que se despertara Svetlana, y estaba loco de contento. Mañana, le había dicho, mañana lo celebraremos cuando estén todos aquí.

Justo había salido para coger algo del cuarto —el libro que estaba leyendo o sus gafas— cuando sonó el teléfono. En cuanto levantó el auricular, la línea se cortó.

Intrigado, irritado incluso, fue a la cocina y se encontró con que la campana no paraba de sonar por mucho que apretase el botón. Y ¿dónde estaba el destornillador? Iba a necesitar un destornillador para sacarlo de la pared, y unos alicates. Se quedó un minuto allí, con el sonido reventándole los tímpanos mientras buscaba a su alrededor alguna herramienta, lo que fuese, un cuchillo de mantequilla, el borde fino de un centavo; luego rebuscó en el cajón, y tenía ya un cuchillo en la mano cuando el viento sacudió la ventana y al alzar la vista vio humo saliendo por las ventanas del dormitorio.

Humo, oscuras lenguas de humo azotadas por el viento contra la explanada delantera. Se diría que la locomotora había partido de la estación, surcado los campos y para terminar instalada allí mismo, en su cuarto, mientras el carbonero no dejaba de echar el mineral a la radiante boca de la caldera. Pero eso era imposible, absurdo, el delirio de una mente alejada de la realidad. La chimenea, tenía que haber sido la chimenea, seguro que el tiro se había obstruido por una ráfaga de viento, se dijo para sus adentros; pero mientras recorría el pasillo, ya iba pensando que ese día no habían encendido el fuego porque había hecho buen tiempo, más de lo habitual para la época, con el aire cargado por la llegada de la tormenta, por lo que no tenía sentido desperdiciar buena leña de roble, que había que serrar, cortar y almacenar^[27].

Para cuando llegó al dormitorio la pared de detrás de la cama estaba tomada por las llamas, las cortinas del dosel habían cobrado vida en rojas cintas chasqueantes y la ropa de cama se arrugaba para echar más fuego al fuego. Dos segundos, eso fue lo que tardó, y volvió por donde había venido a grito de «¡Fuego!», y allí estaba Olgivanna con los ojos desencajados y sin color en la cara, y Kameki corriendo como loco en el sentido que no era, y... ¿llegaría hasta allí la manguera del patio? No, no, ni de lejos. En el establo había cubos, y Mel se les unió en una brigada de cubos por todo el pasillo, y le fueron lanzando agua a la pared, al *chiss* del vapor y la peste a quemado, y luego otro cubo y otro, y sin tiempo ni para abrir el grifo, tan solo sumergirlo en la alberca del huerto una y otra vez, pasillo arriba, pasillo abajo, hasta la larga aliteración del *chiss* del vapor.

En esos primeros minutos no tuvo tiempo de pensar en nada, ni en las obras de arte de abajo ni en el fantasma del primer incendio, el que le había arrancado el corazón de cuajo y se lo había horneado hasta dejárselo como una piedra; tampoco pensó en Olgivanna ni en Svet —que estaba allí mismo, haciendo lo que podía para levantar el peso del agua, «papá Frank, otro cubo»—, ni en su propia seguridad ni en nada de este mundo, salvo en las llamas de la pared, la cama y las cortinas. En cuanto el primer cubo le voló de las manos, saltó hacia los dos batientes de la ventana y los cerró con el pestillo, a pesar del viento que batía contra el tejado, los fogonazos de los rayos que se veían sobre los montes y las llamas que remontaban las paredes.

—¡El tiro! —le gritó a Olgivanna—, y allí estaba a su lado, cerrándolo con un agudo chirrido de los goznes para privar al fuego de aire, hasta que con el vigésimo cubo —o el trigésimo, había perdido la cuenta— empezó a crepitar de manera

distinta, con el suave siseo moribundo de una fogata extinta; las llamas se plegaron sobre sí mismas y se rindieron.

—Ya —gritó lo que le permitieron los pulmones, con el pelo desmadejado, las mangas de la camisa ennegrecidas y las manos rojas de habérselas quemado cuando había atrapado las llamas con las colchas y las había tirado al suelo para pisotearlas—. Ya, ya está.

Olgivanna apareció entonces como una exhalación por la puerta con un cubo en cada mano, y apenas le dedicó una mirada antes de lanzar primero uno y luego otro contra la pared negra apagada y el armazón calcinado de la cama, dos cubos más por si acaso. Frank levantó una mano, como para detenerla, pero el agua corría ya pared abajo y se colaba por las rendijas del parqué.

—Está controlado, Olya, ya está controlado. Creo que hemos...

Pero en ese momento reparó en un sonido nuevo, un tamborileo o un rasgueo en el techo por encima de la cama, como si a las tablas les hubiese entrado un picor o una ardilla se hubiese colado dentro y quisiera salir; Svet, Mel y Kameki se amontonaron en el hueco de la puerta tras él con cubos de sobra y ojos desorbitados, mientras el viento atenazaba el tejado y sacudía los batientes. Kameki, en mangas de camisa y tirantes, con la respiración entrecortada, dejó escapar una exclamación:

—Pero, por el amor de Dios, ¿qué es...?

El rasgueo se hizo más intenso y nadie se movió. Y acto seguido se produjo un silbido sostenido, como cuando el gas del horno reacciona al estímulo de la cerilla, y supo entonces que lo peor estaba por llegar: el fuego se había colado en el hueco entre el techo y el tejado y el viento estaba avivándolo a través de cada grieta y de cada rendija.

—¡El tejado! —fue todo lo que pudo decir antes de correr pasillo abajo, salir de la casa y pedir a gritos una escalera, más agua, a los bomberos—. ¡Que alguien llame a los bomberos!

Un viento huracanado le arrancó la puerta de las manos y le lanzó polvo contra la cara cuando intentó atravesar la explanada para coger la escalera de la cochera, con Mel y Kameki a la zaga.

—¡No —rugió—, no, agua! ¡Id a por agua!

Y con la escalera en ambas manos, corrió y siguió corriendo hasta que la apoyó contra el costado de la casa y subió por ella como pudo, al tiempo que el tejado se abrió por media docena de puntos y las tejas de cedro prendieron como la yesca, pues eso eran precisamente, yesca fina como corteza que llevara diez años seca. Y esa fue la pesadilla: ir brincando sobre las tejas de una emergencia a otra, las suelas de los zapatos chamuscadas por la fuerza del calor, los cubos de agua yendo y viniendo por la escalera —para bien poco, para nada, bien podría haber estado lanzando lágrimas a un volcán—, y en cuestión de minutos el tejado del dormitorio se vino abajo con un gran rugido y se desplomó sobre la cama condenada y el suelo sentenciado.

En lo alto, el cielo oscurecía rumbo a la noche, con la tormenta cabalgando en el

viento, acercándose cada vez más, y los rayos jugueteando sobre los árboles. Combatió las llamas, llevándolas hacia un lado al tiempo que el viento las lanzaba hacia el otro, y se le quemaron las pestañas, se le chamuscaron los calcetines y se le abrasaron los zapatos; y empezó a llegar gente, vecinos que venían a ayudar, o a cotillear y quedarse con la boca abierta, pero él tenía que retirarse, apartarse de la parte residencial de la casa para ir atrás, donde estaba la laboral —su estudio y las habitaciones de los aprendices y los invitados—. Aunque eso también se perdería, supo entonces que no había esperanza alguna, ninguna en absoluto. Las llamas iban ganando. No podía respirar. El humo era más espeso y el fuego se había disparado, más caliente que una fogata del Cuatro de Julio, y se alimentaba de todo lo de valor que iba encontrando a su paso.

—¡Frank, apártate! —le gritó alguien—. ¡No vale la pena! ¡Aparta!

¿Se trataba de un castigo divino? ¿Era el Dios de Isaías, el dios funesto y vengativo, que estaba castigándole por su *hybris*, por su creación demasiado perfecta, por esa chispa que le hacía a él mismo divino? De haber tenido tiempo de reflexionar, seguramente se lo hubiese preguntado, pero no lo tuvo, al menos no hasta que todo terminó, y entonces lo dejaría pasar y se consideraría afortunado. Porque en ese momento, en esos veinte minutos de suplicio, con la casa convertida en un infierno y temperaturas tan intensas que las ventanas se vieron reducidas a charcos de sílice derretido, con todo destrozado —los muebles y las irrepetibles piezas de arte—, un trueno restalló sobre sus cabezas, el viento viró de buenas a primeras y la lluvia cayó como un manto de olvido.

Las ruinas siguieron humeando durante días, despidiendo un ligero hedor a quemado en el aire, un olor acre, como si se hubiesen echado a perder mil toneles de vinagre, y no el corazón y el alma de una casa que había llegado a amar como si la hubiese construido con sus propias manos. El olor la perseguía incluso cuando descansaba junto a Frank en una cama estrecha de las habitaciones de invitados, todo en mudanza para acomodar la nueva vida, la del edificio, noches de sueño cargado con la densidad de la penumbra absoluta y mantas apretadas como torniquetes, y caía rendida en la cama rodeada de esa acritud y se levantaba con ella en las primeras luces del día. Por la mañana sobrepasaba hasta el olor del beicon que surgía de los confines de la cocina provisional, estropeaba la dulzura de la tierra arada y hacía que las flores se viniesen abajo. Había empezado a sentir náuseas por las mañanas, más que con Svetlana, pero se obligaba a salir de la cama para ir a la cocina a negociar el espacio con la señora Taggertz y asegurarse de que le llevaban a Frank el desayuno al estudio, porque en esos momentos, más que nunca, debía mantenerse fuerte.

La tenía preocupada, no podía evitarlo. El primer día después del incendio se había levantado al alba y Frank no estaba a su lado. ¿Habría dormido algo? ¿Y cómo tendría las quemaduras? Había que cambiarles el vendaje, lavarlas, untarles más

pomada. Se puso la bata y traspasó el umbral para encontrarse con las cenizas y la peste, mientras los pájaros, revolucionados, cantaban como si tal cosa, el sol se encaramaba al sur sobre el cerro semejando un barquillo dorado y las vacas pacían en los campos, verdes como ellos solos; y allí le encontró, en medio de las ruinas, con el rastrillo del huerto, cabizbajo y apenado, todo caliente aún al tacto, y fue a preguntarle si necesitaba ayuda, consuelo, lo que fuese, pero le hizo señas con la mano para que se fuera. Más tarde oteó desde la ventana y vio que Billy Weston estaba con Frank, ambos recuperando trozos de cerámica y bronce, pedazos de mármol que habían quedado reducidos a un polvo blanco friable, calcinados por la fiereza del calor. Al verles allí metiendo cosas en un cubo, cosas inservibles —¿es que no veían que estaba todo destrozado?—, quiso decirle algo, intervenir, pero se contuvo.

De entre las ruinas surgían los reflejos del calor mientras ambos hombres cavaban encorvados sobre ellas. No mediaban palabra, el silencio parecía haberse convertido en un pensamiento tácito: habían vuelto al pasado, estaba convencida, se habían remontado al primer incendio, el que lo había arrasado todo. Apenas conocía la historia, porque Frank enmudecía en cuanto salía el tema, pero sí sabía que su amante había muerto aquella infausta jornada, su primera amante, la mujer para la que había construido Taliesin^[28]. Y el propio Billy también había perdido a alguien en el incendio, él también.

Lo peor de todo, sin embargo, más incluso que el gentío que se había dado cita para cruzarse de brazos, cotillear y mascar tabaco como si la tragedia fuese el entretenimiento de la noche («Hienas», les había llamado Frank), fue la prensa. Los periodistas se plantaron allí con el primer rayo de luz, en busca de una declaración. Poco les importaba que Frank estuviese agotado, tanto física como mentalmente, que acabase de sufrir una pérdida mayor sin duda que la que ninguno de ellos había experimentado en su vida o que pudiese necesitar tiempo para recuperarse; lo único que les preocupaba era cuándo, dónde y cómo, y «¿esto no había pasado ya antes?», y «¿puede decirnos cómo se siente, dada la coyuntura y todo eso?», «¡Señor Wright, señor Wright! ¿Desea hacer alguna declaración?». Frank puso cara de pocos amigos, con tan solo una chispa de vida en los ojos, y les dio lo que venían buscando, porque era una figura pública, era famoso y tenía que hacerlo: les dijo que sentía un gran alivio por que no hubiese habido víctimas, que lamentaba haber sido un albacea tan nefasto para las grandes obras de arte que habían perecido sin remedio —valoradas en medio millón, sí, oyen bien, al menos medio millón^[29]— y que sí, que intentaría reconstruirlo todo. Y entonces Billy Weston y algunos de los peones les escoltaron hasta la puerta de la finca para que echasen una carrera hasta el pueblo, donde mandarían por cable las noticias que iban tomando forma en los garabatos de sus libretas: «La casa de campo de Wright, destrozada»; «Otro incendio en Taliesin»; «Las llamas destruyen el nidito de amor de Frank L. Wright».

Un hombre de menos valía se habría dejado amilanar, doblegar, pero no Frank.

Las cenizas no se habían enfriado aún y ya estaba dibujando, trabajando día y noche, midiendo, coloreando y borrando: Taliesin III^[30] iba tomando forma bajo la impronta de su lápiz mientras la piedra ennegrecida de los muros se dibujaba contra las colinas como las ruinas de una villa romana. Por las noches, en la cena, la miraba con cara despejada y aspecto de sabio chino sin cejas, su pelo, de natural poblado, echado hacia atrás para ocultar las calvas donde Olgivanna le había cortado las partes más quemadas, y siempre con una broma en la recámara, siempre un chiste en los labios. Hacía tonterías para divertir a Svetlana, cantaba el *Oh, Susanna* a capela y expresaba en voz alta sus ganas de un piano para sustituir al calcinado.

—O un banjo, por lo menos. ¿Qué me dices de un banjo, Svet? ¿Es eso que veo ahí al lado de tu rodilla?

Y también se portó muy bien con la niña con el tema del incendio; más que bien, en realidad. Desde luego, mucho mejor de lo que lo habría hecho Vlademar. Svetlana era una niña sensible, muy madura para su edad, siempre preocupada por la seguridad, el orden y las causas subyacentes de las cosas, y para ella el incendio había sido especialmente duro, por su violencia y el trastorno que le había supuesto, justo cuando empezaba a adaptarse y a encontrarse a sí misma. Primero se había visto desarraigada de Fontainebleau, más tarde de la casa de su tío en Nueva York y por último de Chicago y Vlademar. Y ahora, aquello, sus vestidos, sus libros y las indispensables muñecas de porcelana, tragados por las llamas para siempre.

Cuando todavía no había pasado ni una semana del incendio, Frank había llegado a almorzar silbando, a pesar de que el día era lúgubre y opresivo, con un cielo como de hierro, los truenos resonando a lo lejos y puntales de relámpagos surgiendo de entre las nubes. Y el olor ese, ese olor en el aire inmóvil...

—Te veo de muy buen humor —le dijo Olgivanna, que apartó una silla para que se sentara Svetlana.

La cocinera, entre tanto, iba y venía poniendo la mesa entre refunfuños.

—Pues claro, ¿de qué humor quieres que esté? —le respondió enarcando las cejas, o los cuatro pelos blancos que empezaban a despuntarle—, ¿es que acaso merece la pena estar de otro humor? ¿Eh, Svet?, ¿tú qué dices?

—Hay rayos —terció la niña con un hilillo de voz—. Otra vez.

—Bueno, son gajes de la vida, la electricidad. Si no fuese por ella no habría luz por la noche, y eso no nos gustaría, ¿verdad?

La niña no respondió, y la señora Taggertz siguió a lo suyo, trajinando con cuencos de sopa y hogazas de pan recién hecho; solo comerían los tres, pues los peones almorzaban por su cuenta, en el murete junto a los robles. Los Neutra, los Moser y los Tsuchiura hacía tiempo que habían levantando el campo y se habían ido. En los montes retumbó una larga traca de truenos.

—Mira, Svet, atiende —le dijo Frank, al tiempo que dejaba la cuchara para coger el cuchillo del pan y cortar la hogaza—, tú sabes perfectamente que no fue ningún rayo lo que causó el incendio, sino un mal cableado, y mala suerte, supongo. —Le

pasó a la niña una gruesa e irregular rebanada de pan—. Pero si no fuese por la lluvia, ahora mismo no estaríamos todos aquí tan contentos, porque no habría quedado nada.

—Ya lo sé, pero si no fuese por el viento... —La niña hizo un gesto distraído con la cuchara.

—Ya, claro, claro. Sé adónde quieres llegar, querida, y no puedo darte una respuesta de tu agrado. Muchas veces lo bueno viene de la mano de lo malo, pero lo importante es no dejar que te hunda. —Hizo una pausa para dedicarse a la sopa, aunque no había terminado—. Ya le he dicho a tu madre que tengo que reconocer que también a mí todo esto me ha hecho sentirme muy pequeño. A veces parece como si de verdad hubiera un poder superior tirando los dados contra nosotros, y cuando digo eso, me refiero a Dios, al Dios de la Biblia, el del maná en una mano y el fuego del infierno en la otra. Mira a *Maple*, por ejemplo.

—¿Quién es *Maple*?

—Era una vaca de raza, una Holstein Maplecroft, que valía más que cien de las normales juntas. La compramos para criarla y crear nuestra propia casta. Y un día, una tormenta parecida la sorprendió en medio del campo, paciendo con otras dos vacas lecheras normales y corrientes que no valían más que el peso de sus pellejos y de sus huesos. Yo estaba sentado en la terraza de piedra, con una taza de té, viendo cómo se acercaba la tormenta, cuando cayó un rayo muy potente, ¡boom!, así sin más —chasqueó los dedos—, un rayo que fue a impactar justo allí, en medio del prado. —Levantó un dedo para señalar a lo lejos más allá de las ventanas—. Por supuesto, a los diez minutos apareció uno de los hombres jadeando y me dijo que habíamos perdido una vaca; ¿te imaginas cuál?

—¿*Maple*?

—Exacto, querida: *Maple*. Y lo que te quiero decir con esto, aunque tú misma puedes sacar tus propias conclusiones, es que lo que hay que hacer es bajar la cabeza y trabajar, trabajar y trabajar, sumando cansancio al cansancio, y no mirar nunca atrás, jamás^[31].

Era alucinante ver la rapidez a la que se levantaban las costillas de Taliesin III, con toda una cuadrilla de carpinteros, albañiles y peones de los poblados de los alrededores dedicados de sol a sombra a la tarea, en el efluvio acumulado de días cada vez más largos. Y Frank allí, en medio de todo el trasiego, siempre infatigable, completamente absorto en la tarea, y cuando no estaba trepando por el maderamen con el nivel de carpintero o tirando una tubería de una esquina a otra, estaba en su mesa de trabajo, perfeccionando planos, mandando cartas como disparos a clientes potenciales y a viejos amigos, utilizando todos sus encantos y su persuasión para conseguir encargos (previo anticipo urgente) y préstamos instantáneos. El seguro sufragaría algunos de los costes de la reforma, le aseguró a Olgivanna, aunque, desgraciadamente —trágicamente—, la cobertura no incluía las obras de arte; por lo

demás, la estructura que tenía en mente era mucho más majestuosa que las de Taliesin I y II: era una oportunidad para consolidar ciertos elementos y eliminar algunos fallos de diseño de una casa que había ido creciendo a golpe de necesidad y adición. No tenía claro de dónde iba a sacar los fondos, pero nunca había dejado que el dinero, algo tan vulgar como el dinero, le detuviese. No, no; ni en sueños.

Mayo dejó paso a junio, y junio a julio. No había ganado mucho peso, o al menos nadie lo notaba, salvo Frank cuando estaban en la cama y le pasaba las manos por el bulto del abdomen, como si fuera otro de sus proyectos, que podía valorar y medir conforme a unos planos. Pronto, sin embargo, su estado se hizo evidente para todo aquel con un par de ojos en la cara. Como la cocinera... o cualquiera de los peones o de sus hacendosas mujeres. Una noche lo hablaron, los dos desnudos y sudorosos, mientras Frank la examinaba con la cara resplandeciente bajo la luz de la lámpara y ella le saboreaba aún en los labios.

—Tenemos que hacer algo antes de que la gente empiece a murmurar —le susurró Frank.

Olgivanna le pasó un dedo desde la nariz, por los labios y la barbilla, hasta el pecho, y le preguntó con ánimo travieso:

—¿Y qué propones exactamente?

—Miriam —dijo, e hizo un gesto de desdén y hartazgo con la mano.

Olgivanna se quedó un rato callada. La sola mención de ese nombre —Miriam— bastó para ponerla de mal humor, para agriar la dulzura del momento, y allí estaba otra vez el olor que la perseguía, ese leve asomo a quemado. Siguió el movimiento de la mano de Frank en las sombras de la pared. Los escarabajos se lanzaban como proyectiles contra la mosquitera. Había yacido en esa misma cama con Miriam, igual que lo hacía en esos momentos con ella, había abierto su corazón a esa mujer, le había dicho que la quería, se lo había jurado, cientos y cientos de veces. ¿Y qué era ahora para él? Una desconocida, y un incordio. Un nombre, nada más.

—¿Cómo es? —le preguntó, con la voz medio trabada en la garganta—. ¿Es guapa?

—No. Comparada contigo, no. Nadie lo es.

—Pero ¿es guapa o no?

Frank se encogió de hombros y le dijo:

—Mira, Olya, esa no es la cuestión. No quiero que nuestro hijo nazca fuera del matrimonio y punto. Tenemos que casarnos lo antes posible, lo entiendes, ¿no? Antes de que se corra el rumor. Tú tienes ya tu divorcio y ahora soy yo quien tiene que conseguir el suyo. Mañana a primera hora voy a ir al abogado, ¿te parece? Y ya veremos qué pasa. Lo mismo, si no sabe nada de ti, de lo nuestro, muerde el anzuelo y podemos olvidarnos de ella para siempre. —Hizo una pausa, miró hacia la ventana y los escarabajos de la mosquitera (pero ¿qué hacían allí? Aparearse, supuso ella, como todo el mundo)—. Seguro que necesita dinero, la conozco. A lo mejor, aunque solo a lo mejor, entra en razón.

—¿La sigues queriendo?

—¿Que si la quiero? Para mí lleva años muerta. Está perturbada, y es muy agresiva, sobre todo cuando no consigue lo que se propone. Si alguna vez sospechara siquiera que..., que eso, que estás aquí...

Olgivanna recordó entonces lo que había despotricado él contra el relato del incendio que habían hecho los periódicos: «Cuánta patraña, cuánto sensacionalismo... Como si uno viviera su vida para divertimento de los señores Schmutzkopf mientras desayunan por la mañana en el Loop... Con su “nidito de amor” y sus historias...». Aunque también se había mostrado loco de contento porque no la hubiesen mencionado a ella. No lo sabían, nadie sabía nada; era su secreto —«El arquitecto convive en secreto con una montenegrina encinta»—, y si podían guardarlo un poco más de tiempo, todo iría de maravilla, le prometió él. En realidad no le había dado mucha importancia, al menos hasta lo del incendio y el clamor de los reporteros. Todo se le había antojado tan natural, tan vinculado a la tierra y al cambio de estación, tan lejano a la ciudad, a la sociedad y a todo aquel decoro estúpido. Pensó entonces en Georgei: no hacía más de... ¿cuánto?, ¿un año y medio?, que había llegado a Nueva York con su compañía de danza. Había estado atrapada dentro de él, toda su vida en función del maestro y su obra, con el espíritu levitando, los tambores y las flautas hablando en un idioma secreto que avivaba sus miembros cuando bailaba en el escenario, o en privado, o al son de una música que nadie oía, presente solo en su mente y su corazón, y en el de Georgei. Qué lejano le parecía ya todo aquello.

Georgei, su fuerza, y la manera que tenía de embrujar al público. Salía de entre bastidores como un profeta e instaba a la muchedumbre a que levantasen el velo y viesen el universo como lo que era, y maravillaba a todos con su música y sus demostraciones de hipnosis, aunque el verdadero *coup de foudre* era el momento en que los bailarines salían del plano del escenario y danzaban entre el propio público. Era un salto de fe, y todos giraban al ritmo endiablado de la música y se precipitaban luego por el borde del escenario y saltaban a ciegas al vacío, y era la fe lo único que les mantenía ilesos, incluso aunque aterrizasen en el foso de la orquesta o en las butacas delanteras, despatarrados entre caballeros en trajes de gala y damas vestidas de largo. La misma clase de salto que ella había dado por Frank.

—No llamaremos mucho la atención, nos mantendremos como hasta ahora. Además, apenas se te nota —le puso una mano en la mejilla—. ¿Sabes lo que voy a hacer? Te voy a diseñar unos vestidos, con mucha tela, puede que con volantes... Sí, ya, ya..., pero así ocultarán tu estado. Lo más largos posible. Porque si se corre el rumor...

Pero el rumor se corrió: las palabras viajan a gran velocidad, bullen y burbujan y se cuelan por las zanjas como la lluvia torrencial en un campo anegado. Y cuando empezó a notársele, cuando no se podía ocultar ya y las hojas cambiaron de color y cayeron de los árboles y las nubes descendieron para repartir granizo contra los

nuevos tejados y ventanas de Taliesin III, el teléfono sonó. Estaban junto a la chimenea, ellos dos y Svetlana, leyendo en voz alta, cuando el aparato emitió un dilatado balido tras otro. Olgivanna miró a Frank y vio que a este se le retraía la mirada y se le tensaba la mandíbula: había pensado lo mismo que ella. El teléfono llevaba sin sonar a esas horas desde hacía mucho tiempo: desde el verano, cuando había enviado los papeles del divorcio. Y a partir de entonces había sonado a diario, sin parar, y había llegado un aluvión de cartas (las había visto, los sobres manuscritos con letra de colegio de señoritas afeada por un desquiciado acervo de odio y desesperación), y dentro, escalofriantes declaraciones de amor adornadas con la iconografía del sexo y de la muerte: «Ay, mi caballero galante —tachado—, otrora galante —de nuevo tachado— mi caballero nunca galante, aquel que me llevó a su cama e hizo del lecho una antigua goleta que surcaba los tempestuosos mares de Eros, lindante con la isla de Tanatos y la península de la Desesperación, ¿cómo has podido traicionarme? Mi confianza, mi fuego, mi sangre, mi corazón. ¿Cómo has podido? ¿Cómo?».

Al tercer timbre dejó el libro y fue a contestar el teléfono. Olgivanna le siguió con la vista mientras arrastraba los pies como a cámara lenta y levantaba el auricular. Aunque estaba en la otra punta de la habitación y había un disco puesto en el fonógrafo y el fuego crepitaba por un tronco demasiado verde, alcanzó a oír la entonación aguda de la voz al otro lado de la línea.

—Miriam —dijo Frank—. No, Miriam, estás muy equivocada... —y entonces tuvo que retirarse el auricular de la oreja.

—¡Embustero! ¡Embaucador! —La voz se alzó en un éxtasis de odio y acusación—. ¿Ama de llaves? ¡¿Ama de llaves?! ¿Es que crees que alguien se va a tragar esa patraña, Frank? —Y entonces se notó que vacilaba, que estaba aguardando a que se acumularan toda la lástima, los celos y la rabia en la imprecación que seguiría, hasta que profirió un chillido tan desgarrado y explosivo que cualquiera habría dicho que habían apuñalado en la garganta a la mujer al otro lado de la línea—. ¡Esa mentira ya la has usado! ¡Conmigo! Yo fui tu ama de llaves, Frank, ¡yo^[32]!.

Capítulo 4

Iovanna

—**Y**o solo le digo, señora, que si quiere darle la vuelta a la tortilla y que la balanza se ponga de su parte, lo mejor que puede hacer es venir a Chicago. —Se produjo una pausa, con música de fonógrafo de fondo y el sonido de una cerilla al encenderse. Miriam oía en el auricular la respiración del hombre (del detective al que había contratado)^[33], un ronco y renqueante aspirar e inspirar, como de pulmones encharcados—. Porque la verdad es que aquí su costilla está comportándose de la manera más escandalosa, por no hablar de las leyes y las estatuas que está violando —sí, había dicho «estatuas», aunque Miriam sabía a lo que se refería, y le recorrió al punto una descarga eléctrica por todo el cuerpo—. Lo tiene usted en el saco, señora.

No quería oír lo que tenía que decirle, no lo soportaba, no toleraría ni una sola palabra más. Tendría que haber interrumpido la llamada inmediatamente, pero no lo hizo: se mantuvo a la espera, todo el cuerpo rígido por el temor a lo que le venía encima, la certeza por la que había pagado, una prueba fehaciente.

—Y siento decírselo —hablaba con cierto retintín y separaba mucho las palabras, como si le pagasen por cada una—, pero me temo que estamos hablando de *in flagrante delicto*.

Leora la observaba desde el sofá. Miriam era consciente de que se había quedado blanca, que había perdido el color de la cara, como si fuera la protagonista de un melodrama de tarde de sábado. Había recibido las noticias que ambas ya habían previsto, y habían llegado hasta su propia casa por conferencia desde Chicago. No se engañaba a sí misma, no había nacido ayer: conocía a Frank y sabía de lo que era capaz. Pero oírlo de boca de un hombre igual de odioso que el que se había plantado en la puerta y le había tendido la citación aquel aciago día de julio, la conmocionó sin remedio. Frank ya no la quería, y no iban a volver.

—No, no —dijo sin saber qué más añadir.

—Lo que estoy diciéndole es que ahora mismo está en el Garfield Arms... con la mujer y la cría..., y que puede cogerlo con los pantalones bajados si quiere. Eso es lo bonito del tema. Yo pensaba que el menda se molestaría en disimular un poco, pero ya veo que nada más lejos. Se ha registrado con su propio nombre y todo, y a ella también.

Leora intentó decirle algo desde la otra punta de la habitación. ¿Qué decía? ¿«Cuélgalo» o «déjalo»?

—¿Señora?

Se le había subido toda la sangre a la cabeza. A un ama de llaves no la registras en

un hotel, un ama de llaves se queda en la casa y la limpia. De repente le sobrevino un mareo —el de la traición, por sentirse una vez más traicionada— y apenas logró articular una respuesta.

—¿Sí? —susurró.

—Le diré algo más. Esa consorte, amante o lo que quiera que sea...

—¿Sí?

—Está gorda como un tonel. De aquí a Lima, no sé si sabe a lo que me refiero...

Cogió el primer tren a Chicago. Por la ventanilla del coche-cama iba contemplando los montes pelados y la inhóspita sección media del campo, todo pintado en tonos alquitrán, sin color, sin vida, sin esperanza. Prácticamente le había implorado a Leora que la acompañase como apoyo moral —no sabía si podría con aquello ella sola—, pero su amiga llevaba dos meses planeando la cena de Acción de Gracias, una recepción para cuarenta personas, de etiqueta, el tipo de fiesta de la que los vecinos toman buena nota, y no podía cancelarla, así sin más, a última hora, ¿verdad?

No, claro, desde luego que no.

Así que Miriam viajó sola, con su jeringa como única compañía. No le gustaba hacer punto ni dibujar, y las cartas la aburrían hasta hacerla bostezar. Había llevado consigo la última novela de Zona Gale y *Arrowsmith*, de Lewis Sinclair, un libro realmente bueno sobre un hombre elegante y noble —un idealista como ella misma—, pero al que la angustia le impedía concentrarse y acabó pasando las horas muertas contemplando por la ventanilla el vacío ondulado del país. Un maletero de color asomaba la cabeza por la puerta de tanto en tanto, y la gente hacía amagos de charlar con ella en el vagón comedor; intentaba responder, aunque solo fuese por educación, pero el diálogo (que si la calidad de la comida, lo cómodo y lo rápido que se viajaba en ferrocarril, que si algo que le había pasado a la hermana de no sé quién en Omaha) no la entusiasmaba. Acción de Gracias coincidió con el último día del trayecto y, a pesar de que el chef se esmeró más que nunca y los camareros hicieron todo lo posible para que el pavo, el puré de patatas, la salsa, el relleno de castañas, los guisantes y las cebollas caramelizadas parecieran y supieran como hechos en casa, con un corro de familiares alrededor, no fue más que una triste farsa que conocía todo el vagón restaurante. Las risas sonaban forzadas y los intentos por hacer comentarios ingeniosos eran tan sosos como la tarta *à la mode*. Dejó el postre sin tocar y se retiró a su compartimento.

Esa noche apenas pegó ojo, con la mente acelerada como la tenía, al ritmo del incesante traqueteo de las ruedas sobre las vías, y la cara de Frank apareciéndosele como un corcho en una alcantarilla: Frank riéndose de ella, haciéndole burla, Frank solapándose al apuesto caballero soltero del compartimento de al lado, quien le dedicaba una larga mirada de asombro y simpatía cada vez que ella pasaba a su lado

por el estrecho pasillo (porque todavía era una mujer apetecible, más que apetecible, con gusto, clase y educación, que valía más que cien bailarinas juntas, que mil, que varias compañías de danza...). Frank, Frank, Frank... Frank pavoneándose por las aceras de Chicago con sus arrogantes andares de gallito; Frank, con los ojos cerrados en éxtasis, trabajando su trasero blanco sobre otra mujer, una bailarina... ¡una extranjera!

«Olgivanna Milanoff», ese era el nombre que le había proporcionado el detective.

—Olgivanna Milanoff —dijo en voz alta en plena oscuridad para experimentar su sabor acre en la lengua.

El vagón se mecía, se paraba y volvía a mecerse. Estaciones anónimas iban quedando atrás en la noche, cada una un puesto avanzado custodiado por una única bombilla desnuda, mientras las ruedas martilleaban su tempo por debajo de ella, Milanoff, Milanoff, y jamás había sentido una tristeza igual a la que se le agarró en aquellos momentos, ni siquiera la vez en que Emil regresó a la silenciosa sala de espera del alienista y le puso una mano helada en el hombro. Era como si le hubiesen cauterizado el corazón al través. Esa mujer, esa «bailarina», estaba preñada de él, embarazada. Llevaba su semilla, su hijo. ¿Era eso lo que quería él?, ¿otro hijo?

Aquello la cogía de nuevas, porque entre ellos jamás se había planteado la cuestión de los hijos: ambos habían cumplido y más que cumplido los cuarenta cuando se conocieron, y tenían hijos mayores de otros matrimonios; además, desde el principio su unión había existido en un plano superior: eran compañeros, almas gemelas, no meros procreadores como los demás. Cualquiera podía serlo, solo había que ver a los campesinos, con su ristra de chiquillos harapientos, las bocas abiertas y las manos extendidas ante la eterna expectativa de una moneda o un mendrugo de pan... El mundo ya era lo bastante pequeño para tantas bocas y manos. Y Frank coincidía con ella. ¿O se trataba simplemente de una cuestión de conveniencia?

Pero, ¡Santo Dios!, sí que trabajaba rápido, encantado como estaba de haberse deshecho de ella, de dejarla en el arroyo y de haber encontrado a otra persona más joven, más guapa, inocente e inculta en la que volcarse, para moldearla y cincelarla como nunca había logrado hacer con ella. Pues la compadecía, la verdad. Y por ella, que se lo quedase esa Olgivanna, esa rusa o lo que quiera que fuese, que se quedase con Frank Lloyd Wright, el gigante con un pie a cada lado del mundo como un coloso, para que todos le viesan, cuando en realidad era el cobarde más mezquino, insufrible y deshonesto que había conocido en su vida. Y vicioso, para colmo, vicioso.

En Chicago hacía frío y el cielo estaba raso, aunque con el sol, más pálido que la manteca blanca, a ras de las casas, de las fábricas y de los monolitos borrosos de los rascacielos. El taxi la llevó por calles quedas, por donde los coches transitaban a la deriva como barcas sin amarras y la gente miraba abotargada desde detrás de las

cortinas o pasaban unas al lado de otras como si todavía no se hubiese inventado el habla. Se registró en el hotel y, después de asearse en su habitación, bajó de nuevo al vestíbulo y pidió un coche (aunque en realidad estaba tan cansada y extenuada que podría haber dormido una semana seguida). Mientras esperaba en la acera a que el portero la atendiese, a punto estuvo de perder el aplomo. Pero la idea del acuerdo de divorcio —la forma en que la había manipulado Frank ocultándole todo, su engaño y su adulterio, su querida rusa («París, París... Claro, a él le venía de perlas.»)— le hizo armarse de valor. No habría ningún acuerdo, no firmaría en la vida: rasgaría los papeles y se los tiraría a la cara. El muy cabrón, el hijo de la gran perra... Se iba a enterar —iba a hacer que se enterase—, porque la balanza se había movido y se había inclinado a su favor.

Le dijo al taxista que la dejase a unas manzanas del Garfield Arms^[34]: no convenía acercarse demasiado. Iba camino del museo —era la historia que se había inventado con el detective, en connivencia con sus abogados de Chicago—, cuando, así sin más, la casualidad había querido que viese el coche de su marido aparcado frente al hotel donde otras veces se había hospedado con ella. Se había acercado para saludar al chófer, había intercambiado un par de formalidades con él y, llevada por la curiosidad, había ido a la recepción a preguntar por su marido para descubrir con horror, etcétera, etcétera.

El viento iba pegándole en la cara, y, de haber creído que estaba aún en California, habría desestimado la idea sin pensárselo: el frío era una fuerza con vida propia, le pasaban por delante papeles y basura a modo de trozos de un naufragio, mientras las alcantarillas no paraban de echar vapor y los hombres de negocios intentaban anclarse al peso de sus bufandas y sus abrigos largos. Miriam iba envuelta en pieles, con el pelo recogido en un moño y confinado bajo un turbante, al tiempo que marcaba una marcha marcial con sus tacones sobre la acera. Allá iba, resuelta, sacando pecho y con la cabeza bien alta. Y todo fue como habían planeado: el coche aparcado delante con Billy al volante, fumando un pitillo. Fue verla y poner cara acongojada de cordero degollado.

—¡Billy —gritó Miriam asomándose por la ventanilla del coche—, vaya, qué sorpresa! ¿Cómo tú por aquí? ¿Es que el señor Wright está en la ciudad?

—Sí, señora.

Miriam notó que el hombre se revolvía ligeramente, dejando claro de parte de quién estaba.

—¿Ha venido por trabajo?

—Sí, señora.

—Ah, pues yo acabo de llegar. En California se vive de maravilla, pero mi lugar está aquí, junto a mi marido. Yo creía que seguía en Wisconsin, pero qué suerte que esté aquí en Chicago. A lo mejor me paso un rato y le saludo...

Poco podía responder Billy ante aquello, pero, ¡eh!, había vuelto a revolverse. Bien, bien, que sufriese, el muy apóstata, con esa cara de falso y esos ojos saltones.

—Y lo mismo luego podemos volver todos juntos, como en los viejos tiempos. ¿No te parece, Billy?

Ninguna respuesta aún. El hombre tenía la cara encajada en una mueca, mientras con una mano agarraba el volante con fuerza y con la otra trajinaba el pitillo en los labios. Por fin, cuando la conversación no dio para más —cosa que resultó evidente incluso para él—, se llevó un dedo a la visera a modo de saludo.

Ya en el vestíbulo se encontró más agitación de la esperada y tuvo que aguardar a que se registrase una pareja (que llevaba equipaje suficiente para una expedición a Tombuctú) antes de captar la atención del recepcionista, un hombre en la treintena con un bigote a cepillo y pelo negro azabache engominado hacia atrás y una fosforescencia como de piel de foca; no le sonaba, pero en esos tiempos era escandalosa la cantidad de cambios de personal que había, nada que ver con cuando podías contar con ver las mismas caras un año tras otro. Este le enseñó los dientes al preguntarle:

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Sí, verá... Soy la mujer de Frank Lloyd Wright. Tengo entendido que mi marido se alberga aquí actualmente.

En ese momento se desató un frenesí de actividad a sus espaldas, en la entrada, entre botones, maletas y gente que entraba huyendo del frío. Un hombre muy gordo con un refinado traje de lana, que estaba apoltronado en un sillón al otro lado de la estancia, se levantó entonces con una gran carcajada para saludar a una elegante joven con un abrigo de zorro. De alguna parte se colaba una música, unos acordes de una melodía popular, mientras en la calle algún impaciente no paraba de hacer sonar la bocina. El recepcionista la miró confundido.

—¿Dice usted que es la mujer del señor Wright?

—La mujer de Frank Lloyd Wright —repitió, y un hombre que estaba registrándose a su lado en el largo mostrador de mármol la miró de reojo—, y tengo razones para creer que mi marido se encuentra aquí en circunstancias sospechosas. Haga el favor de dejarme ver el registro, si no le importa.

—Me temo que no puedo permitirlo, señora. Va en contra de las normas.

—El automóvil que hay aparcado ahí fuera es el suyo, y el hombre al volante es nuestro chófer. Se lo vuelvo a repetir: déjeme ver el registro.

El cliente de al lado (Miriam había vislumbrado un asomo de patillas, cuello almidonado y sonrojo de alcohólico) la miraba ya abiertamente. ¿Había subido la voz? No había sido su intención. Se había dicho que, pasara lo que pasase, debía mantener la calma y evitar montar una escena, o al menos una demasiado escandalosa; pero ahí estaba, perdiendo los papeles una vez más. El recepcionista tenía los ojos clavados en ella con una mirada de desdén que la reducía a una cualquiera agraviada, a poco más que un incordio, y sintió que una ola de emoción le subía por la garganta como si fuese a asfixiarla; no había pensado que le resultaría tan duro, tan desconcertante y trágico, pero la realidad de los hechos era innegable: Frank

estaba arriba con su querida mientras ella estaba allí varada como una pordiosera.

—Lo siento —le dijo el recepcionista.

Y al punto la ola se desató en una cólera que la consumió como fósforo blanco. Alargó el brazo para echar mano del registro, pero el muchacho puso las manos encima, con los gemelos de la camisa a la defensiva, y al instante se podía decir que prácticamente estaban tirando del libro como dos niños que se pelean por una chuchería en el patio del colegio, y alguien —¿era ella?— gritaba:

—¡Llamen al encargado! ¡Quiero ver al encargado!

Sí, fue una escenita: había montado una escena, y no se arrepentía de nada. El recepcionista dejó escapar un gemido, un chillido agudo como de un roedor enjaulado, y el libro se le escapó de las manos. La gente miraba de hito en hito. Todo el hielo existente se derritió y volvió a congelarse. Y allí estaba el encargado avanzando por el pasillo con un trote de rodillas rígidas, con los faldones del chaqué ondeando a su paso, la mirada desbocada y migas de tarta en la comisura de los labios.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —exclamó dedicándole al recepcionista una mirada de exasperación—. ¿Qué es todo este, este... —pareció percatarse entonces de la presencia de Miriam y echó un rápido vistazo a los zapatos y a la falda, pasando por las pieles y la pedrería, hasta el rígido y enfurecido semblante de su dueña— jaleo? ¿Ocurre algo, señora? ¿Puedo serle de ayuda?

Ahora sí que estaban todos mirando, todos sin falta, a pesar de que los más discretos intentaban disimular haciendo como que consultaban la hora, se refugiaban en los periódicos o fingían mantener una conversación: pero a ella no la engañaban. Para el caso, podría haber estado subida al proscenio del teatro Apolo, con el telón a punto de bajar y la revelación final en la punta de la lengua.

—Sí —respondió alargando la sibilancia de la pequeña *ese* admonitoria hasta el punto de que la habitación respiró hondo y rechinó con la letra—, sí, así es. —Hizo una pausa para tomar aire—. Ya puede ir llamando a la policía.

Los ojos del hombre pegaron un respingo y miraron en redondo la habitación. Estaba aterrado, subyugado ya, se le notaba, y su único deseo era suavizar la situación, aplacarla, ceder. La reputación del hotel estaba en juego. Los demás huéspedes. Su despreciable cuello de jirafa.

—¿La policía?

La furia volvió a apoderarse de ella, un manantial de sangre y de hormonas secretadas hicieron que temblase de arriba abajo cuando se quitó el guante y señaló con un dedo acusador al recepcionista.

—Quiero que arresten a ese hombre.

—Por favor —balbuceó el encargado—, ¿por qué no vamos a mi despacho? Seguro que...

—Por auspiciar y consentir un delito que está teniendo lugar aquí mismo, un delito contra la moral, una indecencia... Y a usted también haré que le arresten...

—Señora, haga el favor. —Pero ¿iba a tocarla?, ¿iba a osar tocarle el brazo?—. Entre en razón. Sea lo que sea lo que haya pasado, podremos remediarlo, estoy seguro, si usted nos lo permite. En mi despacho. ¿No se sentiría usted más cómoda en mi despacho?

Se apartó del hombre y se liberó el brazo.

—No me toque... —masculló, y se la veía cada vez más acalorada—. Mi marido está ahí arriba, ¿es que no lo entiende? —Alzó la barbilla, se obligó a recorrer la estancia con la vista, donde la gente empezaba a dispersarse, murmurando, abochornada, todos sorprendidos espionando, boquiabiertos y perplejos—. Está ahí arriba —repitió, debatiéndose para que no se le quebrase la voz, aunque ya las lágrimas (de verdad, auténticas, espontáneas y temperamentales) brotaban para irritarle los ojos y mancharle las mejillas—, ahí arriba... con su... ¡con su pelandusca!

Para cuando, como una exhalación, bajó las escaleras del vestíbulo de su propio hotel una hora y media más tarde, estaba tan serena como podía esperarse dadas las circunstancias. Había tenido ocasión de echarse algo al estómago —unas ostras Rockefeller y un puñado de galletitas saladas, todo lo más que podía tolerar con el sistema nervioso tal como lo tenía— y se había puesto un modelo más recatado que el que había elegido para la escaramuza (un vestido violeta de cintura baja que le llegaba por debajo de las rodillas, con el cuello, los puños y el dobladillo en satén esmeralda, así como un lazo a juego por las caderas, todo ello rematado por un sombrero de fieltro de ala ancha, en un exquisito verde claro, que le resaltaba los ojos. Y el anillo del escarabajo, ni que decir tiene. Y las perlas y los impertinentes)^[35]. Su abogado le había limitado la bebida a dos cócteles de champán a modo de calmante, mientras que por su parte había sido fuerte y se había privado de la jeringa —al menos de momento—, porque el objetivo de todo aquel montaje, la primera rueda de prensa que daba en años, era transmitir una languidez elegante, perfectamente combinada con la agotadora angustia de la mujer abandonada; y era consciente de que un exceso de languidez o de agotamiento podía jugar en su contra.

Pese a todo —pese a la experiencia que tenía en fotografías por los años pasados junto a Frank—, la pólvora de los flashes la aturdió hasta el punto de, por un momento, perder la noción de dónde estaba y que el discurso que llevaba preparado en la cabeza se le evaporase con las bocanadas de humo blanco^[36]. Debió de alargar una mano para no perder el equilibrio —totalmente cegada como estaba— porque el abogado, el señor Jackson, el socio del señor Fake, la agarró del codo y le susurró palabras de ánimo justo cuando estallaba el siguiente fogonazo.

—Lo está haciendo muy bien —iba diciéndole—, estupendo, estupendo. Ponga cara de agraviada... eso es. Genial.

Cuando recobró la compostura, repasó los rostros que formaban un semicírculo

irregular a su alrededor —ocho o diez hombres, lápices en ristre— y se fijó en el reflejo de la lámpara de araña y en la extensión reluciente de las escaleras de mármol, el afelpado de las alfombras orientales y el exótico verdor de las palmeras de las macetas, y sintió que la recorría un escalofrío: en ese momento era el foco de atención, la estrella, el blanco de todas las miradas, ella y no Frank. Esos hombres la esperaban, querían oír lo que iba a decir, registrarlo y difundir sus palabras por toda la nación.

—Me gustaría empezar por subrayar —comenzó, al tiempo que tomaba una bocanada de aire tan húmeda y profunda que le pareció que hasta el momento había estado bajo el agua y solo entonces subía a la superficie— la gran congoja que supone para mí estar aquí hoy, y lo mucho que agradezco que hayan venido, a pesar de todo. —Hizo una pausa y fue posando la mirada en una cara tras otra. Todos la observaban embelesados, nadie se movía ni mediaba palabra—. Y me gustaría dejar bien claro, por mucho que mi marido intente contradecirme, con su habilidad para darle la vuelta a las cosas, que yo nunca le he dejado. Es mi marido, mi legítimo marido a ojos de Dios y de los hombres, con el que me casé con todas las de la Ley..., y el auténtico lucero de mis días, el amor de mi vida.

Un reportero, un palurdo con un traje barato y el pelo trasquilado, la interrumpió:

—Siento tener que preguntárselo, pero ni siquiera sabíamos que estuviesen ustedes casados. ¿No era el suyo un amor libre?

Miriam hizo un gesto de desdén con la mano y respondió:

—Nos casamos en la ceremonia a la luz de la luna más romántica que pueda nadie imaginar, ni los más grandes bardos de todos los tiempos. A medianoche, en el puente de Taliesin. Fue el momento más importante de mi vida^[37].

Se produjo una pausa mientras los periodistas, cabizbajos, se afanaban en garabatear y arrastrar los lápices.

—Con todo —se había hecho con las riendas de la situación, era evidente, y sentía que la emoción de reivindicarse la recorría como una nueva clase de droga—, hay cosas que una señora no puede obviar sin más, por muy leal que sea.

Acto seguido, se hizo el silencio en la estancia: era el momento de la carnaza de verdad, del escándalo que estaban esperando. Con gran serenidad, en el más calmado de sus registros, les explicó que no le había quedado más remedio que pedirle el divorcio, a pesar del amor que le profesaba; que se había comportado de un modo cruel con ella y la había maltratado físicamente. En ese punto, sin embargo, empezó a flaquear, no pudo evitarlo, por toda la pena y la humillación que suponía su posición actual y por la herida abierta que sentía sobre ella como el peso de una tortura medieval.

—Me vi obligada a irme al oeste —prosiguió, y tuvo que detenerse de nuevo para recobrar la compostura— por una cuestión de salud, porque los médicos así me lo prescribieron. El aire seco y puro de... de Los Ángeles... Pero resulta que cuando vuelvo me encuentro con que Frank, mi marido...

El señor Jackson la cogió del brazo —y ¿qué hacía?, ¿estaba dándole palmaditas en la espalda?—, y la voz se le quedó atascada en la garganta, hasta el punto de que se vio incapaz de proseguir, con todos esos ojos clavados en ella y el hombre del flash con su «Muy bien, chicos, preparaos, una más», y otra explosión de luz destellante.

—Lo único que quiero —acertó a decir— es lo que... lo que... me corresponde por derecho.

El pecho, entonces, empezó a convulsionársele, y no pudo aguantar más, se acabó: acto seguido estaba sollozando tan desconsoladamente que tuvo que retirarse y dejar que el señor Jackson la ayudara a sentarse en la silla más próxima y le diera un vaso de agua.

—¡Que alguien le dé un vaso de agua!

Pero aún tuvo fuerzas para dirigirse a ellos una última vez.

Entre los ojos llorosos y las pestañas hechas un pegote, no acertaba a verles las caras —no eran más que un borrón—, pero en su campo de visión se le apareció algo más, una presencia imaginada y pasajera, una figura como salida de un sueño, grávida, con el abdomen redondeado, el pecho hinchado y la lacia sonrisa de satisfacción de una Madonna, pero una Madonna falsa, una Madonna rusa, sin casar y fornicada, fornicada y requetefornicada, y oyó que su propia voz emitía un gañido metálico:

—Quiero que me lo devuelvan. ¡Que me devuelvan a mi marido!

Esa noche, ya tarde, en su habitación, intentaba ignorar los sonidos de la calle de abajo, demasiado agotada para leer, pero también demasiado azuzada por sus pensamientos como para dormir. En la habitación de arriba había alguien que no paraba de andar de un lado a otro. En las paredes se oían extraños golpes, una mezcla de voces que murmuraban en alguna parte, el eterno suplicio mecánico del ascensor al fondo del pasillo... ¿Y qué hacía la operadora?, ¿es que estaba tocando los cables con un arco de crin solo para llamar su atención? ¿Se trataba de un complot? Por lo demás, pese a que había dejado de fumar —casi del todo, porque Frank nunca lo había aprobado—, esa noche fumó, y bien que fumó. Se levantó entonces de la cama y fue a la ventana pensando que un poco de aire fresco le haría bien.

Pasó un buen rato ante la ventana abierta, indiferente al frío, a los coches y a los camiones de reparto, que tecleaban un código secreto a sus pies en un idioma de chirridos y traqueteos, y al penetrante sonido de los motores en su trajín con las marchas, y luego siguió el diluvio del tranvía, que regaba toda la avenida como un maremoto. Clanc, bang, adelante. Volvió a refugiarse en el consuelo de la jeringa por segunda vez en la noche, dejando la ventana abierta tras de sí para ir al baño, donde le esperaba el kit. En los últimos días había ido incrementando gradualmente la dosis

habitual, y conocía el peligro, pero se sentía tan débil, tan rota y desgarrada que no podía evitarlo.

Se sentó en el borde de la cama y se subió la bata para inyectarse en la parte alta del muslo derecho, para que no se le viese la marca —*la tache*—. Y en eso también era cuidadosa, porque en París había conocido a muchas mujeres a las que les habían salido úlceras por no poner cuidado e inyectarse repetidamente en su sitio favorito, seres de costumbres, con agujas romas por el uso y la carne purulenta como una fruta podrida. Esa noche, sin embargo, necesitaba consuelo, porque estaba siendo terrible. Cuando había gritado ante esos hombres suspicaces, con sus libretas manoseadas y sus lápices temblorosos, que quería que le devolviesen a su marido, a Frank, a su hombre, su amor, no sabía bien lo que se decía, pero en algún punto de su interior supo que era cierto: al fin y al cabo, era su marido, y habían estado enamorados todos esos años, con una pasión ardiente, aferrados el uno al otro en las noches sudorosas de Tokio, en la claridad reseca de Los Ángeles, en la casa de hielo de Wisconsin. Se había portado bien con ella y había llegado a comprenderla, y sus temperamentos casaban a la perfección: eran ambos artistas, unidos en el desafío del mundo y de sus convenciones.

Se echó en la cama, cerró los ojos e intentó pensar solo en cosas que la acercaran a él... pero no sirvió de nada. Entre los porrazos, el clamor y las pisadas por el pasillo, solo conseguía recordar al Frank más odioso, al animal, al que se mofaba de ella y la denigraba, al mentiroso, al falso y al mujeriego. En cierto momento intentó levantarse para cerrar la ventana y alejar el ruido, pero la poción que le había cocinado el mexicano calvo era demasiado potente y se quedó profundamente dormida en un vacío sin sueños hasta que el sol se impuso a través de las cortinas y todo el ruido se concentró en un aporreo imperioso en la puerta.

El que llamaba era el socio del señor Fake, el señor Jackson, Harold —«Tutéeme, por favor»—, que estaba preocupado por ella. Era tarde ya. ¿Podría abrir la puerta?

Al hablar, su propia voz se le antojó débil, como la de una inválida, la de una anciana que rezongase desde su mecedora:

—No, me temo que no puedo. Estoy... Me estoy bañando y no me es posible... ¿Qué hora ha dicho que es?

—Las doce y media.

Se levantó como pudo de la cama, sintiéndose vacía, solo cenizas, como si no quedase nada de ella salvo el exterior. ¿Y dónde estaban las zapatillas? ¿Y la bata?

—He debido de quedarme dormida, entre el viaje y el... el...

El abogado proyectó la voz por la rendija que había entre la puerta y el marco.

—¿Ha visto los periódicos de hoy?

No había visto nada.

—Pues ha causado usted sensación. La prensa se ha puesto de nuestra parte, de eso no le quepa la menor duda... Y sale usted maravillosa en las fotografías, muy propia y atractiva, muy compungida. Y prácticamente han publicado todo lo que dijo,

palabra por palabra. —Se produjo una pausa y sintió que el hombre removía los pies, que se cambiaba algo de mano (los periódicos, los periódicos que le había llevado)—. Tiene que verlo —le dijo, o más bien graznó, la voz henchida de triunfo—. ¿Podría abrir un poco?

No obtuvo respuesta. Habían empezado a darle calambres de nuevo y estaba pensando que tenía que echarse algo al cuerpo, un huevo pasado por agua, una taza de café, lo que fuese, porque no se sentía bien, nada bien, y en aquel estado le parecía que entre la cama y la puerta mediaba un kilómetro. El abogado siguió removiendo los pies y accionó el pomo.

—¿Señora Wright? Miriam... ¿está usted ahí?

—Sí, aquí estoy. —La prensa, había salido en el periódico...

El hombre empezó a hablarle de verse lo antes posible, en cuanto ella pudiera, porque el tiempo era crucial, la ocasión la pintan calva y todo eso, pero no estaba escuchándole. El abogado, sin embargo, siguió a lo suyo con una voz agudizada por el esfuerzo de hablar por la rendija de la puerta, aunque Miriam no se enteró de mucho y le dio más bien igual. Salía en el periódico... Y luego le volvieron a llegar con claridad sus palabras por separado, emocionadas, redentoras y vengativas:

—Porque vamos a pedir una manutención y el pago íntegro de las costas legales, y no tengo ninguna duda de que ganaremos. Después de esto, segurísimo... Ayer lo bordó usted...

Cuando se hubo ido, y las pisadas se perdieron por el pasillo como la estela de un ángel que levanta el vuelo —su ángel, el letrado Harold Jackson—, se levantó y fue hasta la puerta para otear por la mirilla; pegó la oreja un momento para asegurarse de que no pasaba nadie y luego descorrió el pestillo y se agachó para recoger los periódicos. Y allí estaba, tal y como le había dicho. Leyó dos veces cada artículo y se pasó un buen rato contemplando su fotografía. Era cierto: derrochaba encanto, desconsolada a la par que *très chic*; tenía que recortarla y mandársela a Leora. Cuando terminó, pidió que le subieran el desayuno y empezó a pensar en qué ponerse para la próxima rueda de prensa.

Al cabo de cinco días la prensa publicó un artículo de calibre muy distinto: el sencillo anuncio de un nacimiento convertido en carne de titular; y ella sin enterarse: no lo vio hasta por la tarde, y solo cuando Leora la llamó por conferencia desde Los Ángeles. Su hija fue la siguiente en telefonarla, seguida del señor Jackson y de un hombre de la prensa, que quería conocer su reacción; en esos momentos, sin embargo, ya se había hecho con el *Tribune* y el *Daily News* y había descolgado el teléfono y silenciado toda comunicación.

Cuando Leora la llamó, estaba tomando un almuerzo tardío, o una merienda cena, como quiera verse, después de haberse paseado en el viento helado con la esperanza de que el ejercicio le despejara la cabeza. Sin embargo, resultó que estaba tan agotada

que tuvo que volver al hotel y tumbarse un rato con la mejilla en el almohadón para echar una cabezada que al final había debido alargarse unas horas. Estaba rendida, destrozada, y se sentía miserable. Porque no dormía bien por las noches y tampoco comía muy bien. De modo que estaba en sus habitaciones, mirando aletargada una fuente de *suprême de volaille* y zanahorias estofadas, cuando recibió la llamada de Leora.

—Ay, mi niña —irrumpió en la línea Leora, sin caer en complacencias; en el acto, Miriam sintió como si su amiga estuviera allí a su lado, en la habitación—, lo siento muchísimo.

—¿El qué? ¿Qué es lo que sientes? ¿Qué ha pasado?

Una pausa, lo justo para que el corazón le diera un vuelco.

—¿Es que no has visto el periódico?

—No, hoy no, todavía no. He salido a pasear y luego me he, en fin, que he... ¿Por qué? ¿Qué pone?

El titular se le había grabado a fuego en el cerebro con caracteres de 18 puntos: «La bailarina da a luz al fruto del amor de Wright^[38]». «Da a luz», «el fruto del amor», «el fruto del amor de Frank». Tres kilos y doscientos gramos, niña, de nombre Iovanna. Pero ¿qué clase de nombre era ese? Iovanna, Olgivanna, nombres rusos, nombres con almibarados sufijos extranjeros. ¡Ni que aquello fuera un arrabal de Moscú...! Pero no estaban en Rusia, al menos la última vez que se había fijado estaban en Chicago, en Estados Unidos. Y lo que veía por las ventanas no eran ni el Volga ni las estepas azotadas por el viento ni revoluciones bolcheviques... Y ¿en qué estaba pensando?, ¿en qué estaba pensando Frank, si podía saberse?

Sí, claro que lo había visto venir, se había preparado para ello desde que esa comadreja de detective la había llamado para fastidiarle la tarde, las vacaciones, el otoño, el invierno y el año entero, pero ni por esas se había imaginado que llegaría a eso, a ese titular barato, a ese sensacionalismo y a esa burla de todo lo que representaba ella en su fuero interno. Todos sus conocidos se reirían de ella, de Maude Miriam Noel, la esposa del adúltero, la mujer que no pudo satisfacer al gran arquitecto o tan siquiera apaciguarle, que no le había dado un hijo porque era muy mayor, porque estaba para el arrastre, acabada, era una paria abandonada a su suerte. Era polvo, o menos que eso, no era nada.

E incluso mientras revoleaba los periódicos por el cuarto y cogía lo primero que pillaba —un jarrón, uno del hotel con un arreglo de flores secas que la sacaba de quicio porque la hacía sentirse marchita y muerta (aunque solo fuese por la satisfacción de verlo estampado contra la pared más cercana)—, supo que la jeringa no le daría consuelo alguno, ese día no, no en el estado en que se encontraba. No tuvieron que pasar ni cinco minutos para que se mirase en el espejo, se enfundase los zorros y se fuese a la calle, donde el aire la recibió con una bofetada como una dosis de sales olorosas. El mundo entero se desplegó ante ella en ese momento: el portero, el taxista, las calles, las palomas, la capa de nieve endurecida. Y ¿adónde ir? Al

hospital, al que citaban en el periódico, donde habían informado de que la madre y la hija se encontraban bien, y descansaban, descansaban plácidamente.

Ella sí que iba a enseñarle lo que era el descanso, desde luego, se lo enseñaría, y ya lo estaba viendo, otra escenita como la del vestíbulo del hotel, y que viniesen, que viniesen los reporteros. «¡Quiero ver a la niña —gritaría hasta que todo el edificio de pasillos resbaladizos y habitaciones custodiadas la oyese alto y claro—, quiero ver a la hija de mi marido!».

Capítulo 5

Los Richardson

De hasta el último rincón de la habitación emanaba un horrible tufo a antiséptico — a ácido fénico, alcohol de limpiar o lo que fuese— que sofocaba el aire y la asfixiaba, haciéndole sentir que no podía respirar. Las cortinas estaban corridas. Había también un tenue zumbido eléctrico, el de las luces que parpadeaban, se iluminaban y volvían a parpadear. Los críos de teta lloriqueaban, las bandejas entrechocaban y alguien en alguna parte estaba guisando tomates, remolacha, col... y carne, una carne que hedía a sartén, nevera y matadero. No paraba de pedirle a la enfermera que le abriese la ventana, mientras que esta, a su vez, no dejaba de decirle que se echase, reposara y no se preocupase por nada: lo que le hacía falta era descansar.

—Limítese a cerrar los ojos —le susurró la enfermera en tono liminal—. ¿Quiere recuperarse o no? Hágalo por su hija, o por su marido...

Olgivanna no pudo evitar sonreír: su marido era la última persona a la que necesitaba ver, pero ¿cómo iba a saberlo la enfermera? A no ser que leyese la prensa... Aunque claro que leía la prensa, como todo el mundo, y todos sabían que Iovanna —Chichi, su Chichi^[39], la más perfecta y exquisita de las criaturas de este mundo, de la historia de la humanidad—, había nacido fuera del matrimonio, era una hija ilegítima, una bastarda, una bastarda a la que la gente vilipendiaría y ridiculizaría. Olgivanna no había leído los periódicos ni quería ver a su marido..., a su ex marido. A quien quería era a Frank, pero este estaba trabajando en el estudio y le había prometido volver para verla por la noche, aunque ¿no era ya de noche? ¿Y por qué hacía tanto bochorno en ese cuarto y por qué, por qué, por qué no podía nadie abrir la ventana, aunque solo fuese un poco, un centímetro, o medio, lo que fuese con tal de ventilar aquel aire viciado?

—¡Enfermera! —gritó, e intentó incorporarse, pero le entraron náuseas, se sintió desfallecer y tuvo que dejar caer la cabeza de vuelta a la almohada.

Al rato —¿cuánto rato?, no sabría decirlo, pero todo parecía más oscuro, ¿no?— apareció la enfermera con Iovanna: su hija, su recién nacida. La luz de su vida, la razón de todo aquello, de ese cuarto con las flores que había mandado Frank, una habitación privada con una ventana y hedor a ácido fénico, así como de la flaqueza que sentía. Apenas podía levantar los brazos para coger al bebé envuelto en su mantita, ligero como el pensamiento y aun así pesado de pronto, imposiblemente pesado, unos puños diminutos y apretados que luego volvían a abrirse al aire, y después la sensación de la succión en el pecho, una larga y dulce liberación que la sacó de la cama y del cuarto y la transportó a la sofocante noche despejada.

En sueños sobrevoló los acogedores tejados de Taliesin, con la cría aovillada entre sus brazos, y vio también a Frank, menguando a sus pies y haciendo bocina con las manos para gritarle: «Ojo, ten cuidado, no te despistes»... Y luego se produjo un ruido, un porrazo repentino seguido de un repiqueteo, algo que se había caído en el pasillo, la voz de una mujer que se elevaba entre un barullo de voces y ¿qué era eso?

—Lo siento, señora —oyó decir a la enfermera Alice, que intentaba hablar en un susurro—, pero las horas de visita han terminado.

—Déjese de tonterías. ¡Apártese de mi camino!

—Lo siento, pero... ¡Dinah, Dinah! ¿Puedes venir un momento, por favor?

—¿Qué habitación es? Le insisto en que me diga qué habitación...

—Por favor, señora, haga el favor de no subir la voz... Los niños están... Dinah, ¿podrías explicarle a esta señora que no podemos permitir de ningún modo...?

Chichi empezó a removerse, a estirar las piernas como en un espasmo, al tiempo que abría los ojos, dos puntitos de luz en la acolchada penumbra de la habitación. Todavía no estaba alterada, se limitaba a orientarse, despertando al mundo una vez más. Olgivanna dirigió la mirada hacia la puerta, que estaba entornada..., o entreabierta, más bien, porque a las enfermeras les gustaba poder oír en caso de emergencia, pero ¿acaso aquello no lo era?

Las voces fueron a más antes de volver a desaparecer. Hubo un breve taconeo sobre el suelo de linóleo, nuevas protestas, y al cabo los sonidos se perdieron por el pasillo en sentido contrario. Aunque no estaba muy alerta —era como si estuviese drogada y ¿qué le pasaba, que no era capaz de recobrar las fuerzas?—, tuvo un momento de lucidez que permitió que la recorriese una única vibración de alarma. ¿Y si era Miriam, la esposa de Frank? Miriam, la loca... Él la había advertido de lo irracional que podía ponerse, de lo violenta e impredecible que era^[40]. Y todavía oía en la cabeza el gemido torturado que había salido del auricular del teléfono, esa reprobación ahogada y lacerante, totalmente ida, un sonido que jamás había escuchado con anterioridad en un ser humano. Se pegó a Iovanna al pecho y contuvo la respiración.

De repente se produjo una avalancha de pisadas, rápidas y tajantes, precipitándose por el pasillo hacia ella. Oyó que Alice gritaba un «¡Deténgase!» en un jadeo ahogado y luego más pisadas y la voz de un hombre que repetía la orden, pero ya la puerta de la habitación se abría y entraba en su campo de visión una mujer, toda faldas, sombrero y hombros agitados por la furia. Un pensamiento le atravesó la mente como un dardo —¿debía intentar esconder a la cría, meterla bajo las mantas o los almohadones, deslizarla bajo la cama?—, y acto seguido la puerta volvía a batirse y allí la tenía: Miriam, con la cara encendida e hinchada, los ojos juntos como los de un animal; Miriam en carne y hueso, con la boca retorcida en torno a la única palabra que fue capaz de articular:

—¡Tú! —gritó—. ¡Tú!

Para cuando llegó Frank, sin aliento, con el pelo alborotado por el viento y la cara empapada de sudor, el peligro había pasado, o al menos el más inminente. El celador se había encargado de poner orden y Miriam se había ido hacía un buen rato; la habían escoltado hasta la puerta hecha un remolino de amenazas e insultos, y los pasillos se habían sumido en el silencio, como tras una catástrofe natural; con todo, Olgivanna seguía viéndola, la sentía allí mismo, y también su odio, su envidia y el miedo que irradiaba al ambiente. Por un momento, el tiempo se había quedado suspendido mientras la puerta, al abrirse de golpe, impactaba contra la pared y rebotaba a cámara lenta, y aquella mujer, la esposa de Frank, posaba en el umbral de la habitación, con los rasgos contraídos por los matices de sus emociones, momento en que Olgivanna, en su debilidad —por no hablar del miedo y la humillación—, pudo captar su esencia: la de la esposa repudiada que se enfrentaba cara a cara con su sucesora, su bestia negra, el súcubo que le había robado a su marido. Sintió que algo se le removía por dentro, y no fue ni agresividad ni deseos de defenderse —aunque, llegado el caso, lo haría—, sino algo más afín a la lástima.

El altercado no había durado mucho, cierto, aunque el celador había tenido que entrar en escena y coger a Miriam por el brazo, mientras esta se revolvía como gato panza arriba y empezaba a soltar improperios por la boca: «¡Zorra! —había aullado, y luego había intentado zafarse y asomar la cara de nuevo a la habitación—. ¡Vampira! ¡Pelandusca! ¡Deja en paz a mi marido!». Pero entonces había aparecido Alice y se había colado entre los forcejeos para cerrar con pestillo la puerta y apoyar el peso contra el infranqueable bloque de roble, mientras Iovanna, en peligro en el tercer día de su incipiente vida, rompía a llorar con una inspiración repentina y honda, la cara colorada por la sangre y las manos dando zarpazos al aire como si quisiera adueñarse de él.

—Sé que estás débil —estaba diciéndole Frank, que no paraba de ir de un lado a otro, cinco pasos a la derecha, giro, cinco pasos a la izquierda y vuelta a empezar—. Ha sido un parto difícil y necesitas descansar, pero no puedo permitir que vuelva a ocurrir algo así... Es demasiado arriesgado. Y la prensa...

—Me ha asustado; a mí y al bebé. La niña se ha puesto a llorar.

—¡Maldita sea su estampa! Condenada mujer...

Las mantas le pesaban como una lápida. Jamás se había sentido tan cansada en su vida.

—Será tu esposa, Frank, pero ¿cómo es posible? ¿Cómo has podido querer a alguien así?

No se acercó a ella para cogerla de la mano, pasarle un brazo por los hombros o apartarle el pelo de la cara, se limitó a seguir dando vueltas y dejó que la pregunta, la del amor, quedara sin respuesta, en ese momento y para siempre. La habitación pareció encogerse de golpe, menguar ante sus ojos, y se sintió como en una cárcel, pero ¿quién era el carcelero? Él, Frank.

—Es una mujer vengativa, eso es lo que pasa, una mujer a la que han repudiado... ¡Encima de que fue ella la que me dejó a mí, si me permites que te lo recuerde...! Pero tenemos que sacarte de aquí, por eso he llamado a tu hermano.

—¿A mi hermano?

—Está todo arreglado. A primera hora de la mañana, antes de que Miriam y sus chivatos se levanten, estaremos cogiendo el tren. Tendrás que ir en camilla, pero nos he reservado un compartimento, y Vlada^[41] estará esperándonos al final del trayecto, en Nueva York.

Y así fue como, igual que ladrones, refugiados o cobardes, se escabulleron en mitad de la noche.

A una hora intempestiva, se presentaron un par de celadores con una camilla, tal y como habían previsto, junto a la enfermera que Frank había contratado para cuidar de la cría. Olgivanna recordaba haberse levantado con el ruido de las pisadas y el destello repentino de la lamparita de la mesilla, y al oír a Frank, que estaba inclinado sobre ella, arrugado y ajado tras una noche de mal dormir en la dura silla de la esquina; y Svetlana también estaba allí, en el umbral, molesta y con cara sombría, cargada con la maleta y un juguete nuevo en la mano; o asustada, parecía más bien asustada la pobrecilla ante otro desarraigo más. Olgivanna le tendió los brazos y le susurró con una voz que hasta a ella le sonó extraña:

—Cariño, ven, acércate.

Svetlana vaciló, y Olgivanna comprendió que iba a ser dura de pelar. Dio una palmadita en la cama, a su lado e insistió:

—Venga, ven. No pasa nada.

—Olya, se nos hace tarde —intervino Frank.

—Ven, Svet... Que soy yo, y estoy bien, voy a ponerme bien. No te preocupes — la niña seguía sin reaccionar—. ¿No quieres ver a tu hermanita?

—No.

Y no sabía cómo, allí estaba Chichi en los brazos de la enfermera, pero ¿quién era esa mujer, esa chiquilla de labios finos y cuerpo desgarrado a quien Frank había confiado a su hija?

—Dámela —le ordenó, y la chica miró a Frank, que asintió, y entonces, como si fuera un paquete de la tienda de abajo, le entregaron a su hija, que empezaba a manifestar cierta angustia—. ¿La has visto? —le dijo a Svetlana acercándole a la cría—. ¿Has visto qué pequeñita es?, ¿los deditos y los piecitos que tiene? Va a necesitar a su hermana mayor para que la cuide... ¿No vas a querer cuidarla?

—No.

Frank:

—Olya.

—Anda, bonita, que vamos a ir a casa del tío Vlada, para Navidades... Navidades en Nueva York... ¿no te parece genial?

Conocía a su hija y sus humores. Su respuesta a toda pregunta que le plantearan a

esas horas y en ese lugar sería negativa le dijera lo que le dijese. La niña ni siquiera se molestó en responder; se limitó a apretar los labios y apartar la mirada. Frank intervino entonces y empezó a dar órdenes (algo que se le daba muy bien), y acto seguido la enfermera le quitó a Iovanna de los brazos y los hombres la montaron en la camilla, y el pasillo se abrió y se estrechó de nuevo ante ella. Y después el ascensor, la noche que se cernió sobre ella y pudo dar una bocanada de aire, que le supo como un pedazo de cielo en comparación con la aridez medicada del hospital, antes de llegar a la estación y al compartimento, donde Svetlana se le acercó y le apoyó la cabeza en el hombro para echar una buena llorera, y en algún momento el vagón pegó una sacudida y empezaron a moverse, a moverse una vez más.

En lo que a Frank concernía, no había vuelta atrás. Olya no estaba bien, y no hacía falta ser médico para verlo. Era joven, más que sus hijas, y aun así, allí en el vagón en movimiento, con la cría y Svetlana dormidas a su lado, Frank imaginó el aspecto que tendría cuando los años le pasaran factura y envejeciera, y se sorprendió: la suavidad del rostro había dado paso a la rigidez propia de los más ancianos, a la vez que unas líneas muy difusas le acentuaban los ángulos afilados de una cara descolorida y cercada por pelo fino y sin brillo. Estaba anémica, agotada, asustada y hasta enojada. Había estado hablando con ella en voz baja, tanto como el sonoro traqueteo del tren le había permitido, con la intención de infundirle ánimos mientras la cría se removía y Svetlana lloraba hasta quedarse dormida, pero llegó un momento en que comprendió que también ella se había dormido, con una respiración fatigosa y acatarrada y una burbujita de humedad engarzada en la nariz como una joya.

Sintió una punzada de culpabilidad^[42]. Aquello era un desastre y no había más vuelta de hoja. No tendría que haberla trasladado a Taliesin, al menos no sin antes haber aplacado el huracán Miriam. Sabía que no debía hacer esas cosas, lo había aprendido a base de bien, por experiencia, pero ¿qué le había enseñado? Nada. Veía lo que quería y lo cogía, así era él, así funcionaba. Y allí lo tenía, el objeto de su deseo, pálido, exhausto y con un fino hilo de saliva pintado por la mejilla, metido con calzador en un estrecho camastro de tren, con dos niñas a su cargo —ella misma, una tercera— y sin un sitio al que llamar hogar.

En el corredor, al otro lado de la puerta, se escucharon fragmentos de una conversación intercalándose rápidamente —las voces de un hombre y una mujer, tensas, entre susurros lascivos y el aturdimiento del viaje— y, cuando pasaron, volvió a mirar a Olgivanna y notó que nacía en él cierta impaciencia. Pero ¿qué le pasaba? ¿Acaso era más frágil de lo que parecía? No recordaba que los partos de Kitty hubiesen sido tan complicados, y había tenido seis hijos^[43].

Pero también él estaba agotado. El traqueteo de las ruedas le hizo sentir un vacío en el estómago y se dio cuenta entonces de que no había comido nada desde la noche anterior. Miró la hora: eran las nueve y cuarto de la mañana, y el tren se deslizaba por

campo abierto y, pese a lo desesperado de la situación —terrible y sin visos de mejorar—, la visión de aquellas granjas, todas perfectas, con sus recios graneros rojos, los mantos de heno y la leña apilada a las puertas de las cocinas, le levantó el ánimo. Pensó en levantarse y llamar a la enfermera para que cuidase del bebé mientras él iba al vagón restaurante y se echaba algo al estómago, unos huevos y unas tortitas, una buena rodaja de jamón asado, salsa, patatas fritas..., pero al final se quedó mirando a Olgivanna y a las niñas, cómo cogían y soltaban el aire, una inspiración tras otra, en el suave ritmo descendente del sueño.

Lo que aún no le había dicho era que tampoco podrían volver a Taliesin después del exilio en casa del hermano porque Miriam estaba a la ofensiva, como una especie de arpía con turbante y joyas que revoloteara por el aire con las garras sacadas y las fauces abiertas en un arrebato de ira sobrenatural, incapaz de dar cuartel a nadie, por lo que no había que esperar. Cada día ingeniaba algo nuevo: no se había contentado con acosar a una mujer enferma en la cama del hospital, no, Miriam no; después de eso se había ido directamente al ministerio de Inmigración y había cometido la fechoría de poner una denuncia para que deportasen a Olgivanna como extranjera *non grata*. En la declaración escrita afirmaba que era una ciudadana de otro país que había ido a Taliesin (su casa, la de Miriam) bajo falsos pretextos, y que había fingido ser una criada cuando en realidad era el «amorcito» de su marido, su querida, su fulana.

Sintió que, del odio, el corazón se le cerraba como un puño. No podía pensar en otra cosa que no fuera Miriam, en cómo la había dejado entrar en su vida en un momento en que tenía la guardia baja, en lo estúpido y débil que había sido y en cómo le había engañado. Se le agrió el humor, y las granjas empezaron a parecerle más feas y dejadas, como si necesitasen una capa de pintura y alguna que otra reforma. Se pasó un rato contemplando cómo surgían acechantes y desaparecían entre los desnudos esqueletos de los árboles, las ciénagas heladas y los matorrales muertos hasta las raíces. Y no fue a desayunar ni a tomar café ni a llamar a la enfermera ni nada; se quedó allí con la hilera de campos como telón de fondo hasta que todo se convirtió en un borrón.

Si el trayecto les puso a prueba, la llegada fue aún peor. Queens era un sitio lúgubre, verdaderamente horrible, y el piso de Vlada más lúgubre aún. Pero al menos ningún policía fue a llamar a la puerta, ningún funcionario de Inmigración, ningún reportero ni ningún espía de Miriam, y, pasados los primeros días, Frank empezó a bajar la guardia. Sus abogados le habían aconsejado que no llamase mucho la atención durante un tiempo, que viajase y se mantuviera apartado de todo hasta que se arreglara el tema con el ministerio de Inmigración y concluyesen las negociaciones del divorcio; y ahí estaba él, exiliado en Queens, en Nueva York, frustrado y de mal humor, y lo que era peor, Olgivanna no mostraba síntomas de mejora. No comía, siempre que se le tocaba la frente le ardía, y encima todo el rato con el bebé colgado de ella, nervioso y con cólicos, succionándole la poca vitalidad que le quedaba; para

colmo, Svetlana encadenaba una rabieta tras otra. Y la piel..., daba miedo lo pálida que la tenía. Cada vez que la miraba, le recordaba al pellejo de una mielga que había visto una vez conservada en un bote de formol, blanquecina por los pliegues y con la boca encajada en una mueca de muerte.

Y hablando de cosas encerradas... las habitaciones eran pequeñas y asfixiantes y apestaban a lo que quiera que la mujer de Vlada se pasaba el día guisando en una marmita abollada, *borscht*, *bozbash*, o lo que quiera que fuese, y le volvía loco. Con tal de escapar de allí, de salir de la caja de zapatos que tenían por piso y hacer algo — respirar, andar, pensar—, todos los días se iba con Vlada en metro hasta Manhattan y se dedicaba a vagar por las calles, a dibujar y refugiarse en la biblioteca pública para escribir sus impresiones sobre la ciudad, todo ello siempre con la bufanda bien subida y el sombrero de ala ancha bien calado para pasar desapercibido^[44].

Fue Vlada quien sugirió Puerto Rico. Olgivanna necesitaba calor, sol, la arena blanca y el horizonte infinito, y a Florida no debían ir, porque allí podían localizarla. En Puerto Rico, no obstante, nadie les reconocería y nadie se fijaría en ellos; y lo mejor de todo es que, como protectorado estadounidense que era, ni siquiera hacía falta pasaporte para ir. Vlada se encargó de los preparativos: pasajes para dos adultos y dos niños —los señores Richardson y familia— en un barco que zarpaba de Nueva York rumbo a San Juan. Una vez más se trasladaban (y él, que nunca había llegado a hacerse al mar, se pasó todo el camino vomitando, más malo que Olya), pero cada hora de cada día les alejaba un poco más del invierno y les acercaba a un cielo donde el sol estaba más alto.

Se instalaron en la Coamo Inn^[45], que ofrecía manantiales de aguas sulfurosas y bandejas sin fin de frijoles, arroz y plátanos, rematadas con brochetas de chivo o de cerdo marinados. Por las mañanas se dedicaban a bañarse, mientras que por las tardes daban largos paseos en coche; Frank se pasaba los días bromeando y paseándose en traje de baño de una punta a otra del patio, fiel a la pantomima de que fuera justamente eso lo que Olgivanna precisaba. Entonces, ¿estaba mejorando? Aparentemente no, al menos él no notaba nada. Contrató a una mujer para que cuidase de la cría, encargaba que les subieran las comidas a las habitaciones y les leía en alto a la madre y a la hija por las noches. Les vino bien para descansar, casi parecían unas vacaciones, salvo porque no lo eran: era un exilio, y ambos lo sabían.

Bajo la superficie resplandeciente, el brillo de los plataneros, la primavera en llamas con los bulbos rojos y el perfume nocturno del jazmín, era una tierra emponzoñada, como todos los trópicos, con muchas carencias, todo lo contrario de Wisconsin. Por las noches los mosquitos caían en picado como una lluvia negra; las alcantarillas no tenían tapadera; perros raquíticos merodeaban por las sombras y cucarachas del tamaño de musarañas correteaban hasta por el techo y por debajo de la cama.

—Vivimos como los gitanos, Frank —no paraba de decirle Olgivanna, con una acritud en el tono que nunca antes le había oído; sus mejillas tostadas parecían las de

un cadáver con colorete, y tenía las extremidades más finas que las cañas de azúcar que se criaban en los sembrados de enfrente—, y no podré tener un minuto de paz hasta que esté de vuelta en casa, donde tengo que estar. Y Svetlana... ¿Qué pasa con la niña? Se merece una vida en condiciones, ir a la escuela... ¿Es que no lo ves? Y este país no es para ella. Es un sitio muy pobre, y me llena de tristeza tener que estar aquí y ver a todos esos desharrapados.

—Pero esta es su tierra —replicaba él, a pesar de que en el fondo estaba de acuerdo con ella. Ojalá Puerto Rico existiera, como una especie de paraíso, sin su gente...—. Es la única que conocen.

Olgivanna le respondió duramente, con un latigazo de consonantes despuntadas:

—Yo me alegro, pero no quiero conocerla.

Duraron un mes. El último día, antes de reservar el pasaje para Nueva York, y de allí a Chicago, Madison y Spring Green —y que fuese lo que Dios quisiera—, estaba volviendo de la plaza mayor cuando se quedó perplejo al ver a un hombre a caballo que se agachaba y gritaba algo ininteligible por las ventanas bajas de la cocina del hotel. Tenía la piel muy oscura, casi negra, y por un momento aterrador, no pudo evitar evocar la imagen de Carleton^[46], de cómo habría sido en su madurez, y se paró en seco. Reinaba un espantoso hedor fecal y un par de libélulas de un verde eléctrico se posaron en un charco para al cabo volver a emprender el vuelo. El caballo del hombre se revolvió en el sitio, tan chupado y muerto de hambre que parecía más bien el espectro de un caballo, la mirada vacía y la montura cubierta del polvo del camino. El arquitecto se fijó entonces en que el hombre llevaba algo bajo el brazo, un pollo liado en un trozo de tela roja.

—*¡Gallina!* —gritaba el hombre—. *¡Se vende una gallina! ¡Muy barata!*

En la cocina se oía el trajinar de las sartenes. No hubo respuesta.

De no ser por la luz, por la forma en que subrayaba la geometría de la pared cercana y cortaba los ángulos de la fachada como creando algo nuevo de la nada, fluido e independiente del bloque de cemento y estuco, algo creado en ese momento por el sol, habría seguido su camino, pues tenía prisa: preparativos que hacer, maletas que empaquetar, abogados a los que consultar y mantener por cable y comida que encargar para Olya y Svet. Sin embargo, se quedó fascinado por el juego del movimiento y la sombra y la extrañeza de la escena. Fue entonces cuando uno de los camareros del hotel salió gritando por la puerta y empezó a insultar al hombre a voz en grito. El jinete se echó hacia atrás en su montura como si le hubiesen dado un puñetazo en la barriga.

—*Barata* —rogó—. *Barata.*

—¿Qué pasa? —preguntó Frank al camarero—. ¿Qué quiere este hombre?

El camarero tenía la cara redonda, vestía una chaqueta blanca y sudaba a mares por el cuello rígido y manchado, igual que él había empezado a sudar nada más poner el pie en la isla, y desde entonces no había parado.

—No es nada, don Frank —le dijo el muchacho, encogiéndose de hombros con

muchos espavientos—. Es que es de los montes, no pasa nada —le aseguró, y entonces le señaló con un dedo los picos nebulosos de la cordillera central que asomaban por encima de las tejas rojas del hotel, a por lo menos veinte kilómetros de distancia. Después volvió a encogerse de hombros y miró al hombre del caballo con cara de pocos amigos—. Y viene a vender la gallina esta, que tiene menos carne que una paloma, que un gorrión.

—Pero ¿para qué? ¿Por qué hacer un camino tan largo solo para vender una única gallina?

Los dos puertorriqueños se le quedaron mirando y el camarero le respondió:

—Pues porque no tiene nada, porque necesita dinero.

De pronto se sintió muy tonto. Se quedó bajo los rayos del sol imaginándose una chabola de una sola habitación levantada sin necesidad de planos, clavos, martillos ni otra herramienta salvo un machete mellado, con un techo poroso y mobiliario rudimentario, sin electricidad, agua o un cristal para la única ventana y ni un solo objeto bello a la vista.

—Dígale que yo le compro la gallina.

—¿Usted? ¿Y para qué la quiere?

—Usted dígaselo.

Se produjo el intercambio de dinero, unas cuantas monedas, la mano del hombre aleteando delicadamente junto a la suya. Y al cabo se vio con el bicho en las manos, el trapo tapándole los ojos y el tacto de las patas arrugadas, como de reptil, contra los nudillos —una lástima de animal, un polluelo que no medía ni la mitad que un pájaro de Taliesin—, y al instante intentó devolvérsela, la puso contra el cuello sudoroso del caballo, pero el hombre no quiso cogerla. Alzó la mano con los dedos bien separados, la palma bien abierta, le saludó con la cabeza y dio media vuelta al caballo para volver al camino.

A la mañana siguiente, bien temprano, antes de que el sol remontase desde el mar para recortar las sombras e iluminar las cabañas de las colinas, Frank cogió a Olgivanna y a las niñas y zarparon rumbo a casa.

Así fue como Olgivanna tuvo que soportar otro viaje, en sentido inverso, huyendo hacia y no desde, con el mar mutando de un turquesa quebradizo al verdegris y, por último, a un gris metálico intenso, en su retorno en barco hacia el invierno. Svetlana no paró de marearla con sus interminables preguntas —«¿Adónde vamos, mamá? ¿A casa del tío?», «¿Tú dónde crees que estamos ahora mismo?», «¿Puedo comerme un pastel?»—, y después fue el turno de la atronadora jaqueca de las ruedas de acero sobre los raíles helados que llegaban hasta Spring Green (Wisconsin), del peregrinaje de los Richardson, como si fueran nómadas de profesión, o se vieran obligados por el destino. En la estación les aguardaba un coche, y luego la carretera conocida, el río, el puente, el lago, los largos trazos de pluma de las paredes y las florituras de los

tejados. ¿Estaban en casa? ¿Era posible que estuviesen en casa, en su hogar^[47]?

De entrada sintió alivio, cuando el interior se abrió ante ella con sus olores familiares —a abrillantador de metales, a la cera que usaba Frank para la madera, a aceite de linaza, a ceniza acre, todo aquel tiempo fría sobre las piedras del hogar, y al persistente tufo de restos calcinados bajo los suelos—, y con la cama, sus cosas, la cocina y su promesa de comida casera, pan, tartas y galletas, como las que había horneado para Dione, Sylvia y Nobu. Sin embargo, cuando se levantó a la mañana siguiente, lo único que sintió fue el peso de la casa sobre sus hombros. La señora Taggertz había vuelto para ocuparse de los fogones y una criada esquelética fregaba los pasillos. Habían echado leña verde al fuego. Estaba todo fuera de lugar, y quiso levantarse para tomar las riendas, pero se sentía débil y enferma y le parecía que el mundo había perdido todo color. Y Frank tampoco estaba en su ser, parecía merodear por su propia casa como un ladrón, mirando por las ventanas en busca de un cordón policial, de una barrera de *sheriffs*, alguaciles y agentes federales avanzando por la entrada. ¿A qué tantas ventanas y tantas vistas si lo único que conseguían era hacerle sentir a uno desnudo?

—No puede verte nadie —le dijo Frank al día siguiente de llegar—, hasta que no arreglemos las cosas, no —y acto seguido se fue a consultar con sus abogados.

Pero una mañana de abril en la que el sol asomaba por el flanco sur de la casa y calentaba las piedras del patio, llevó una silla fuera, bajo los robles, que empezaban a despertar, y le leyó a Svetlana. Si su hija no podía ir a la escuela —porque también tenía que esconderse—, al menos Olgivanna estaba decidida a educarla a su manera. Todos los días daban algo de danza, arte, música, y leían pasajes de los grandes libros de la biblioteca de Frank —los poetas americanos, el *Wilhelm Meister*, *El hombre sin patria*, *Notre-Dame de París*, de Victor Hugo— para que mejorase en el dominio del idioma, tanto escrito como hablado. Y Svetlana se portaba muy bien, era un ángel, parecía querer aprender de verdad, o tal vez fuese por puro aburrimiento, algo por lo que no se la habría podido culpar. La niña también notaba la tensión: todos a la espera de algo indefinido, de un momento de liberación que no parecía llegar nunca.

El ama de llaves acababa de llevarles sendas tazas de chocolate caliente. La hierba verdeaba en las colinas y por todas partes había pajarillos que, con sus gorjeos y sus silbidos, atenuaban los porrazos de las eternas reformas de la parte trasera de la casa. Frank debía de rondar por allí, con la camisa arremangada y dando martillazos con Billy Weston y los demás. Le pasó el libro a Svetlana y le dijo:

—Ahora lee tú. Aquí, la última estrofa.

—«Este es el poema del aire —empezó a leer Svetlana con una voz suave y aspirada—, redactado con lentas sílabas de silencio./ Este es el secreto de la desesperación,/ largo tiempo...».

—Bien. Sigue.

Pero Svetlana ya no prestaba atención a la página, sino que miraba más allá del hombro de su madre, con la lengua apoyada en la comisura de la boca. Olgivanna se

volvió y vio a un desconocido con una cartera muy grande andar a grandes zancadas por el camino de entrada como si hubiese sido invitado, como si fuera de allí, y lo primero que pensó fue que debía de tratarse de uno de los abogados de Frank; pero ¿qué abogado se pondría los pantalones más ceñidos que los de un bachiller? Por no hablar de que vestía un chaleco de lunares e iba con la cabeza descubierta...

—Olga —la interpeló, con una voz que pretendía ser cordial y encantadora, una voz amplificadora, los labios formando una sonrisa automática, la mano derecha moviéndose por encima del hombro en un simulacro de saludo. Antes de que le diera tiempo a levantarse de la silla, lo tenía encima—. No, no se moleste. —Le hizo un guiño, se encogió de hombros y se pegó un tirón de las mangas—. Será solo un momento.

Olgivanna dejó la taza en el suelo y se llevó las manos al pelo. ¿Quién era ese hombre? ¿Un viajante?, ¿un curioso? Pero ¿cómo sabía su nombre?

Al instante todo se aclaró: cuando el hombre hurgó en la bandolera que llevaba como si fuese una especie de cartero trastornado, Olga vio que temblaba, que tenía las manos temblorosas y un tic en los hombros, hasta que por fin sacó un hatillo de periódicos y se lo puso en el regazo.

—Wallace, para servirle. Soy del *Tribune*. ¿Ha visto esto?

Miró a su hija, pero Svetlana no hizo nada. Notó que el color se le subía a la cara, toda la sangre hirviéndole del bochorno, porque era eso: bochorno. Los periódicos llevaban fecha de noviembre y diciembre: «“¿*Deportar a Olga? Eso es imposible*”, afirma Wright». Y luego había uno más reciente, de febrero, con una fotografía que ocupaba un cuarto de página en la que aparecía ella con un vestido de noche de seda y los pendientes de filigrana de platino, apartando la vista del objetivo, como si tuviera algo que esconder, y debajo, a pie de foto: «*Acusada*»; y en una letra más pequeña: «Olga Milanoff, a quien la esposa de Frank Wright acusa de haberse fugado con su marido».

Frank le había escondido los periódicos, le había asegurado que solo conseguirían enfadarla. No era nada, le había dicho, ya pasaría. No sería nada pero ahí estaba ella, expuesta ante el mundo entero, y ridiculizada. Una atracción de feria.

—Lo que nos gustaría —estaba diciéndole el hombre— es conocer su versión de la historia.

«“*Frank ha huido para burlar la ley*”, dice la esposa, que afirma que el arquitecto mantiene relaciones con la bailarina rusa».

El periodista mascaba chicle, con los dientes afanándose en torno a los retazos de una sonrisa.

—¿Tiene algo que declarar?, ¿para que conste?

Capítulo 6

Miriam a las puertas

Las ventanas estaban abiertas de par en par y dejaban entrar el sol y la suave brisa que llegaba del lago y arqueaba las cortinas. Miriam estaba muy serena y contenta mientras escribía sentada en el escritorio que el hotel le había proporcionado. En la última semana había gastado casi cien hojas de fino papel vitela con barbas y otros tantos sobres a juego, y esa misma mañana había llamado a la papelería para encargar otras cien, estas con sus iniciales repujadas: «MMNW», Maude Miriam Noel Wright. Se había tenido que levantar dos veces para echarse crema de manos en la segunda falange del dedo corazón, donde empezaba a formársele un callo, como si fuese una hormiguita trabajadora, una secretaria de uñas mordidas o una pálida funcionaria judicial que nunca veía la luz del día, pero se sentía fuerte y apenas le temblaba el pulso sobre el papel. Había mandado que le subieran el desayuno a la habitación — apenas un café y un bollo— y después se había permitido una dosis de jeringa para reducir la tensión de los hombros y tener las manos más sueltas para la jornada de trabajo.

Estaba dedicándose a escribir cartas —rabiosas, difamatorias y acusatorias— para remitírselas a todo aquel que, a su juicio, pudiera estar interesado en su situación. Escribió al Banco de Wisconsin, a los acreedores y a los clientes de su marido —los pasados, los presentes y los potenciales—, a los periódicos, a sus abogados..., y a él, sobre todo a él. Era un canalla y un fariseo, y quería que todo el mundo lo supiera. Además, ¡que la colgasen si podía ella vivir con lo puesto como una... una vagabunda, mientras él se daba la vida padre con su bailarina! Debía dos meses de hotel y el personal de recepción empezaba a ponerle mala cara; y era inconcebible que fuese ella, su esposa legítima, la que tuviese que lidiar con esas miradas. Sobre todo, teniendo en cuenta que el tribunal superior del condado de Dane le había ordenado a Frank que pagase las minutas de los abogados y la manutención de Miriam mientras durase el proceso divorcio, y a todas luces estaba incumpliendo su parte del trato. Es más, escribió, se enfrentaba al desahucio en caso de que la deuda no se saldase, y ¿adónde iría entonces?

Estaba en medio de una apremiante súplica al gobernador de Wisconsin, deliberando sobre una cuestión léxica (¿debía utilizar el término «malandrín» para describir a su marido o sonaba demasiado anticuado? En realidad, por ella le habría llamado «chorizo» directamente, porque era eso, un chorizo y un hijo de perra, pero las mujeres de su clase no se rebajaban a ese lenguaje, al menos no en sus cartas al gobernador), cuando sonó el teléfono.

Su abogado, el señor Fake, estaba al otro lado de la línea:

—Señora Wright, ¿es usted? —El hombre tenía un tono de voz deliberadamente bajo y muy cercano, como si hubiese nacido para conspirador.

—Sí —respondió Miriam—, la misma —y no pudo evitar añadir una nota de aspereza—. Aquí estamos, haciendo lo que se puede, dadas las circunstancias. No sabe las miradas que...

—Por eso la llamo precisamente. No ha habido ningún movimiento por su parte, nada de nada... La verdad es que estamos en un punto muerto y creo que tal vez pueda darle una solución...

Miriam contuvo el aliento: eso era lo que quería oír, tácticas, movimiento, acción, sus tropas concentrándose para el asalto.

—Cuénteme.

—No hay razón alguna para que usted esté viviendo en un hotel, con una mano delante y otra detrás, cuando Taliesin sigue siendo un bien común. Es su hogar legítimo, por derecho, y estoy convencido de que si usted se mudase allí...

—¿Que me mude allí? —La sola idea la hizo palidecer, con todos esos pastos que apestaban a estiércol y esas vistas deprimentes sobre más pastos llenos de estiércol, de pueblerinos y de bichos.

—Lo que intento explicarle es que tal vez eso fuerce la máquina.

—Pero si él está allí. Con ella...

—Pues por eso.

De golpe la imagen de Taliesin se le apareció con tal nitidez que creyó estar viendo una fotografía. La casa sobre la colina, o «de» la colina, como le gustaba llamarla a Frank, con toda esa pomposidad de señorita de club que adoptaba al decirlo: el palacio, el monumento a sí mismo. Sí, sí, la idea la animó. Taliesin no era solo de él, no podía hacer lo que quisiera con ella, era propiedad de ambos. Eso era precisamente lo que significaba «bienes comunes». Y si hasta la fecha se había mostrado dispuesta a permitirle su uso, a la espera de que la tasaran como era debido y la dividieran equitativamente, en ese momento comprendió que había sido estúpida. Porque ¿cómo se atrevía a excluirla a ella, cuando tenía a la perra procreadora esa viviendo allí mismo, recibiendo todo tipo de lujos, durmiendo en su cama, en su dormitorio, y mandando en la casa como una reina arribista de una obra de Shakespeare, como la mismísima Lady Macbeth?

—De acuerdo —respondió al tiempo que cruzaba las piernas y alargaba la mano para coger un cigarrillo—, ¿y cómo propone usted que proceda?

Pausa, seguida de una delicada inflexión reptante, suave como una cabritilla:

—Bueno, he pensado que tal vez estimase usted oportuno convocar una rueda de prensa.

A primera hora de la mañana siguiente estaban todos reunidos en el vestíbulo

como perros falderos, canes diligentes con los colmillos bien afilados ante el olor a carnaza que flotaba en el ambiente, y Miriam se mantuvo firme, aunque por momentos tuvo que debatirse para que no se le notasen los nervios en la cara —en la boca y la barbilla, las emociones surgiendo como un geiser, porque era por su vida, nada menos que por su vida, por lo que estaba luchando—, y les hizo saber a todos que Frank Lloyd Wright la había traicionado y maltratado, y que vivía con su concubina extranjera desafiando una orden judicial, en una casa que era tan suya como de ella, mientras que aquella que les hablaba se enfrentaba a ser desahuciada de las modestas habitaciones donde vivía.

—Si mi marido sigue estafándome, y siento utilizar una palabra tan fuerte, pero en definitiva es eso... —había pensado hacer una pausa dramática en ese punto, pero en el calor del momento se precipitó—, sintiéndolo mucho, no tendré más remedio que vender mis joyas, los grabados que compramos en Japón para nuestra colección, el collar y los pendientes de jade que el barón Ookura^[48] en persona me regaló como recuerdo, los biombos, los chales y las mesitas taraceadas de palisandro, que son prácticamente lo único que conservo de mi casa. Y todo para pagar las facturas y mi magra manutención, mientras él no se priva de nada.

Tenía los ojos brillantes y húmedos. No lograba sentir las extremidades pese a estar de pie. De pronto le vino un recuerdo muy vivo de cuando iba al colegio, a la clase de dicción de la señorita Thompson, del aire cargado de olor a magnolio y ella argumentando con tal viveza sobre el uso del símil homérico en Tennyson que la clase entera volvió a la vida y Margaret Holloway, la niña más popular del colegio, se le quedó mirando desde la segunda fila de la izquierda con tal admiración, un asombro tan palpable, que la gloria del momento no la había abandonado en todos esos años.

—Lo mismo acabo en la calle —remató cuando por fin se recompuso.

¿Era el momento de la fotografía? Sí, y posó para las cámaras antes de reenviar^[49]: no le habían dejado más alternativa que volver a su hogar legítimo, y pensaba hacerlo ese mismo día.

—¡Señora Wright! —llamó su atención un reportero, y Miriam se volvió para ver a un hombre delgado de traje gris, ojos biliosos y un pelo que le bajaba por la frente en una pálida cuesta rubia—. ¿Podría adelantarnos algo sobre su plan?

Aquellos sabuesos de la prensa se la quedaron mirando, hambrientos, mientras se llevaba una mano al pecho y daba rienda suelta a la melaza sureña que guardaba en los registros más bajos de su voz, en un tono ya familiar, el de la dama en apuros (y realmente lo era, y tenían que reconocerlo, todos esos serviles hijos de perra).

—Ay, pues la verdad es que no lo sé. Me temo que soy una auténtica indigente — y con un sarcasmo que no pudo disimular, remató—. A lo mejor mi marido puede permitirse un buen automóvil o pagar un billete de primera clase, pero yo soy más pobre que las ratas.

Cinco minutos más tarde, mientras el señor Jackson la acompañaba al ascensor (el

señor Fake había tenido que excusarse porque tenía un juicio esa mañana), se le acercó un reportero.

—Perdone, señora —le dijo, saludando con la cabeza al señor Jackson, mientras ella no pensaba en otra cosa que en la jeringa, los nervios rechinándole con fuerza por el enorme esfuerzo realizado—, pero me ha sorprendido mucho lo que acaba de contar (está usted en un aprieto bien feo, y que nadie le diga lo contrario) y me preguntaba si podría ayudarla.

Se detuvo para dedicarle un buen repaso con la mirada al reportero, quien vestía una chaqueta abierta que dejaba entrever un chaleco beis de lunares y unos pantalones ajustados y arremangados por encima de unas botas de cuero relucientes, y... ¿qué edad tendría?, ¿veinticinco, treinta? El señor Jackson no dijo nada, era amigo de la prensa, muy amigo. Miriam decidió hacerse la confundida.

—¿Y qué sugiere usted?

—Bueno, pues mire... Soy Wallace, del *Tribune*. El señor Jackson puede responder por mí —otro gesto al abogado, que este aceptó y devolvió con un imperceptible movimiento de barbilla—. Es que resulta que mi mujer y yo teníamos pensado ir en coche hasta Baraboo porque su madre está mal de los pies y estaríamos encantados si usted quisiera...

—Por supuesto —intervino Jackson—, no veo por qué no. —Acto seguido la miró fijamente, como calibrando la jugada, aunque a Miriam no le gustó mucho su mirada—. ¿Qué dice, señora Wright? No estaría nada mal que aquí este hombre y su mujer le echasen una mano, ¿no le parece a usted?

—Exacto —dijo el reportero—. A Myra y a mí nos encantaría poder hacer cualquier cosa por usted. Y el señor Jackson puede responder por mí, ¿no es así, Harold?

Al menos era un sedán; algo era algo. El reportero conducía mientras su mujer —visiblemente embarazada de gemelos, o incluso de trillizos— iba en el asiento trasero, al lado de Miriam. En el del copiloto se sentaba otro hombre de la redacción cuyo nombre entró y salió volando de su cabeza como tres o cuatro veces durante el transcurso de la mañana y bien entrada la tarde. Se trataba del fotógrafo, o al menos eso era lo que había retenido, pues era la única información de interés sobre el hombre. Las carreteras, ni que decir tiene, eran deplorables, y los amortiguadores, los muelles, o la parte que fuese del automóvil, no parecían cumplir su función en ningún sentido, de modo que se pasó el viaje entero sacudiéndose de un lado del asiento al otro, como una muñeca de trapo; la esposa —Myra— tenía que agarrarse a ella para no salir disparada por la ventanilla. La conversación era, cuando menos, gélida. Pasaron por dos tormentas y se detuvieron dos veces en sendas gasolineras, una para comer unos emparedados en Madison y otra en las inmediaciones, perdidas de la mano de Dios, de Mazomanie, donde sintió la urgente necesidad de ir al baño.

Los cuatro se bajaron del coche. La farsa de Baraboo —porque eso era desde un principio— había quedado atrás hacía tiempo: al oeste de Madison habían torcido por una carretera, que conocía de maravilla, sin que nadie dijera una sola palabra sobre la suegra y su presunta crisis podológica. Los dos hombres se estiraron con ganas e hicieron el numerito de comprobar las ruedas mientras ambas mujeres utilizaban las instalaciones del apeadero del tren. Al entrar en el edificio, una placa de bronce les informó de que el pueblo había sido bautizado así por un jefe indio cuyo nombre en traducción al inglés significaba «Hierro que Anda». En la sala de espera había tres personas, una de las cuales —una campesina con un pañuelo en la cabeza— parecía estar escondiendo un animal o algo parecido en una cesta de mimbre a sus pies.

Miriam le insistió a Myra para que pasase primero (tenía que ser una pesadilla estar preñada en un sitio así, con ese calor y en ese coche), mientras ella se quedaba mirando la pared durante lo que le pareció una eternidad y oyendo el goteo del agua al otro lado de la puerta cerrada. Era junio: calor, bochorno, la época de los bichos, que proliferaban por doquier, trepando por las paredes, colgados del techo, merodeando por la taquilla como si fuese el único lugar del mundo donde pudieran respirar, exudar sus efluvios y encaramarse unos encima de otros para engendrar más bichos aún. A lo lejos —tal vez sobre la mismísima Taliesin—, se oyó el tañido de un trueno.

Cuando le tocó entrar a Miriam, cerró la puerta tras de sí, se encendió un cigarro y acto seguido sacó su kit del bolso. Necesitaba algo, aunque no mucho, ni siquiera su dosis habitual, solo un pellizco, para calmar los nervios. Estaban cerca, no les quedaban ni veinticinco kilómetros, y la idea de enfrentarse a Frank le producía un nudo en el estómago. En un extremo de la cabeza le veía hincarse de rodillas en el suelo y pedirle perdón, cortejarla de nuevo, como al principio, cuando se moría solo por rozarla, y encendía lámparas, velas y todo relucía con la presencia de los excelsos objetos de arte y mentes igual de excelsas; y mandaba a la mosquita muerta de la rusa a hacer las maletas y le daba la patada para que saliera por la puerta de atrás, con sus bolsas y sus crías, mientras los señores de la casa hacían el amor como una tempestad al son de los violines de la vitrola (o de música jazz, esa que a ella le encantaba y que a él le dejaba indiferente). En el otro extremo, sin embargo (un extremo que crecía desproporcionadamente hasta ocupar toda la extensión de su cráneo con nubes palpitantes de color, con el rojo del odio y el amarillo de la envidia), sabía que se abalanzaría sobre él en cuanto pusiese el pie en Taliesin. Iba a... Iba a... De pronto miró hacia abajo y vio que tenía las manos apretadas con fuerza y la jeringa todavía metida en el muslo, con la piel levantada alrededor de un único puntito brillante de sangre.

El resto del viaje lo vivió como en una nebulosa. Antes de nada, hicieron escala en Dodgeville, la capital del condado, para presentar las demandas que el señor Jackson había tenido la previsión de redactar: una orden de arresto contra Frank y, para que no se sintiera marginada, otra para la rusa por un crimen contra la

moralidad. Era posible que hubiese confundido el nombre del juez de paz, y creía recordar algo sobre un perro, pero eso era lo de menos: lo importante era que había presentado los escritos y había exigido que el *sheriff* acudiera como testigo. La carretera giraba, se hundía y volvía a girar. Daba la impresión de que había gansos, patos y gallinas por doquier, así como cosas que iban golpeándose contra las ventanillas, con el zumbido del motor como telón de fondo.

La conversación se fue animando conforme se acercaron a Taliesin, eso sí que lo recordaba, porque los dos hombres habían intentado sonsacarle qué pensaba hacer cuando llegaran y cómo se sentía por lo de su marido y la bailarina que le había usurpado el puesto, y uno de ellos —el fotógrafo seguramente— se había sacado una petaca de lo que llamó un «rico whisky canadiense^[50]» para calmar los ánimos.

—Venga, ¡bebida y valor! —dijo alguien.

Y la petaca circuló por el coche, y el alcohol se le quedó adherido como arena en la garganta, y ¿por qué se sentía tan seca de repente, cuando todo a su alrededor resplandecía como la plata por la humedad de la tormenta que en ese momento estallaba sobre sus cabezas, para al punto liberar los cielos en una explosión soleada de gracia y luz divinas? ¿Por qué sería? ¿Y por qué todo se le antojaba más frondoso y exuberante de lo que podría haber imaginado, pero, cuando el río pasó en un fregonazo a sus pies y los muros bajos y dorados surgieron de la nada como si acabaran de crearse a sí mismos, fruto de su imaginación, tan solo pudo experimentar una sensación de pérdida?

—Aquí —le dijo al que conducía—, gire aquí a la izquierda. Y ahora a la derecha. Allí está la verja.

Al instante, sin embargo, le extrañó ver un cúmulo de coches junto a la puerta, tres, cuatro, cinco por lo menos, y, al lado, un grupo de personas con trajes deslucidos. Como un solo hombre, todos llevaban el sombrero hacia atrás y observaban el avance del sedán con los mismos ojos de reptil, sin moverse ni inmutarse; y Miriam habría creído que eran estatuas de no ser por las vagas estelas azules de humo que salían de sus cigarros y sus puros. Comprendió entonces que se trataba de periodistas, que se habían apostado allí para documentar su gran entrada, y que sin duda había sido el señor Jackson quien les había dado el soplo. Publicidad, esa era la divisa del abogado y de su socio, Fake, que le había dicho: «Deje que la prensa haga el trabajo sucio por nosotros y ya verá cómo su marido vuelve con usted, si sabe lo que es bueno». Se llevó las manos al pelo, se colocó los mechones sueltos bajo el turbante de terciopelo verde que llevaba y, mientras el coche reducía la marcha hasta detenerse ante la verja, sacó la polvera y se repasó el colorete y el pintalabios.

Solo entonces alzó la vista: la verja, que solía estar abierta, estaba cerrada a cal y canto con un conspicuo cerrojo que nunca antes había visto. Delante estaban Billy Weston y dos de los inevitables cretinos de la zona, con sus eternas sonrisitas de palurdos, gente que habría muerto hacía una generación si Frank no les hubiese

pagado para rondar por la casa y parecer atareados. Vio la preocupación en los ojos de Billy cuando se apeó del coche y, todos a una, los reporteros se pusieron alerta como si les hubieran dado cuerda, tiraron los cigarrillos y fueron hacia ella en bloque.

La cuneta estaba empantanada de charcos marrones —la vida rural, cómo la odiaba, ¿en qué había estado pensando...?— y, en el acto, el tacón derecho se le hundió en el fango y se tambaleó un instante antes de apoyarse en el guardabarros. Los reporteros la contemplaron con ojos inertes y ninguno le tendió una mano. El sol le pegaba de cara y sintió un dedo de sudor recorriéndole la columna. Se tomó su tiempo para paralizarles a todos con una mirada dramática y después se acercó a la verja.

—Chis, tú, Billy Weston, ya puedes ir abriendo la verja.

Había barajado la posibilidad de gritar un «¿A qué viene todo esto?» con ecos de mazmorra, pero no tenía sentido: estaba claro a qué venía. Frank y sus secuaces, esos zopencos de pueblo, con el pecho al aire, sombreros maltrechos y pantalones sucios, intentaban impedirle el paso.

Billy Weston (un hombre canijo y desmañado, tan gris y pedestre que apenas parecía estar allí, con sus ojos de miope y su boca fruncida) se adelantó y le dijo:

—Lo siento, señora Noel, pero el señor Wright me ha dicho que no deje pasar a nadie.

—Me llamo señora Wright, como sabes perfectamente, señora de Frank Lloyd Wright, y vivo aquí. Esta es mi casa, no la tuya ni la de él. Así que abre la puerta, ¡y aligera!

No hubo reacción. El hombre intercambió una mirada con los otros dos, pero ahí quedó la cosa.

—¿Es que te has vuelto sordo o qué? Te he dicho que abras la verja, ¡ahora!

De repente se vio con las manos sobre los fríos barrotes de hierro, sacudiendo la verja con el rechinar de los goznes como acompañamiento musical y, ¡que les diesen a los guantes, que le diesen a todo y a todos!

—¡Frank! —chilló, al tiempo que concentraba la atención en la fachada inerte de la casa, que se levantaba en la colina por encima del oscuro lustre del lago—. ¡Sé que estás ahí! ¡Frank, Frank!

Era inútil, y estaba fatigándose más de la cuenta; sintió que se le aceleraba el corazón y que el sudor empezaba a asomarle por la frente bajo el ceñido abrazo del turbante. Eso era lo que quería el muy cabrón calculador: lo había planeado todo para humillarla. Pues bien, a ese juego podían jugar dos.

Soltó la verja tan repentinamente como la había agarrado, se volvió en redondo hacia los reporteros y vio la mirada de pasmo que se contagió de una cara a otra. Entre tanto, los charcos reproducían retratos en miniatura del cielo y las mariposas, las abejas y los saltamontes surcaban el campo en luminosas serpentinas de color.

—Chicos —les dijo echando los hombros hacia atrás y volviendo hacia el sedán—, en mi tierra nos gusta decir que cada cual tiene su manera de matar pulgas. Si

Frank se cree que puede dejarnos aquí, está muy equivocado. —Pasó rozando a Wallace, que estaba mirándola boquiabierto, como en un partido de béisbol o ante el péndulo de un hipnotizador, y abrió la portezuela del coche—. Venga, vamos, ¿a qué esperan? —gritó, y sí, tal vez estuviese agitando el brazo como un predicador de calle, pero ¿y qué? Aquellas eran sus tropas, ahora lo comprendía, sus paladines, dispuestos a asolar la finca si ella se lo pedía, y la idea la entusiasmó.

—Todo el mundo a los coches. Vamos a ir por la carretera de atrás. ¡A ver quién es el listo que nos detiene!

Se produjo un estallido de entusiasmo: los hombres se calaron los sombreros y salieron disparados a los coches mientras Wallace se montaba en el asiento delantero con el fotógrafo y Myra se aupaba con todo su peso al estribo del coche para meterse atrás, y con el estruendo de las puertas al cerrarse, y el polvo alzándose alrededor, una voz de hombre gritó tras ellos —«Eh, ¡esperadme!»—, y se pusieron en marcha. Miriam iba agarrada de la manija de la puerta, ladrándole indicaciones a Wallace desde el asiento trasero. Los campos verdes pasaban raudos por la ventanilla y el aire le daba en la cara. Estaba poseída por un júbilo feroz, el del combate, el del movimiento y la acción, y solo pensaba en tomar la delantera, pillar a Frank desprevenido y doblegarle. Pero cuando llegaron a la entrada trasera al cabo de cinco minutos, se llevó una segunda sorpresa: habían obstaculizado el camino con una camioneta de campo y otros tres hombres, a los que no reconoció, se habían apostado allí con las viseras de las gorras bien bajas y los brazos cruzados en actitud beligerante, y obtusa, y resentida, y, y...

—¡Aparten esa camioneta! —les ordenó—. ¡Insisto en que quiten de ahí la camioneta ahora mismo!

Ninguno se movió, ni siquiera para cambiar el peso de una pierna a otra.

De repente Wallace estaba a su lado (y ¿cómo era su nombre de pila? ¿Rudyard? Sí, eso era, como el escritor inglés, o al menos eso decía él), con la chaqueta echada al hombro como si tal cosa y se apoyó en la cerca como un lugareño más, un paleta, un palurdo cualquiera.

—Eh, socios, ¿podríais echaros a un lado para que pasemos? Será solo un minuto. No os daremos mucho la vara, solo queremos echar unas fotos para la edición del sábado. Y a la señora Wright la conocéis, ¿no? Anda, sed buenos chicos.

Buenamente podían haber hecho las veces de postes, de piedras o de montículos de estiércol moldeados en forma de hombres.

—¡Bah! No pierdas el tiempo —espetó Miriam—. Olvídате de esos paletos, de esos lameculos y cretinos de pueblo. —Empezó a ir de un lado a otro, furiosa, a pesar de que los tacones se le hundían en el fango—. Volvamos a la puerta principal, chicos... ¡Dejemos que el *sheriff* se ocupe de esto!

Las sombras del atardecer empezaban a alargarse cuando se detuvieron de nuevo ante la verja principal, pero ¿cómo había pasado tan rápido el tiempo? En cuanto abrió la portezuela de par en par, oyó que las ranas toro se arrancaban con su «eh-

lanc, eh-lanc», un sonido tan descorazonador que le entraron ganas de llorar^[51], de tirarse de los pelos, hincar las rodillas en el barro y aporrear la tierra con los puños: ¡vetada, prohibida en su propia casa, y nada menos que de noche, a la hora de cenar, con la de veladas que había pasado allí dentro, tras esas ventanas panorámicas, vestida con sus mejores galas, más veces de las que podía contar, entreteniéndola a gente brillante y afamada, mientras el resto del campo no hacía más que fustigar a sus mulos y acarrear estiércol, abrir la boca y maravillarse! Pero se dijo que tenía que ser fuerte, y lo era, más que él, que Frank, ese alfeñique, ese mentecato a quien, por supuesto, todavía no se le había visto el pelo. Billy Weston sí que seguía allí con los otros dos, la cara, un poema por la tensión. Y la verja seguía cerrada. Miró hacia las ventanas de la casa, que destellaban bajo el sol del ocaso hasta el punto de parecer ojos ciegos y, ni aun con unos prismáticos, habría podido escrutar su interior —desde allí, no, desde la carretera no— y la sola idea volvió a enfurecerla.

Pero ¿quién era ese panzudo con la cabeza como una calabaza? ¿Qué hacía vestido con esa especie de uniforme que se le pegaba a la barriga y le bajaba por las piernas como una tripa de salchicha? Estaba acercándose a ella, alejándose del gentío (porque eso era, una muchedumbre formada por los paletos que se habían reunido para ver el espectáculo con su tabaco de mascar, sus puros y sus mujeres desvaídas y macilentas, de nudillos como puños, como si hubiesen acudido a la llamada del silbato de incendios, Frank Lloyd Wright y su mujer vetada, el mejor espectáculo de la ciudad). De pronto comprendió que se trataba del *sheriff*.

—Señora —la saludó tocándose el ala del sombrero.

Debería haberle agradado verlo, y haberle agradecido que se hubiese presentado a esas horas para cumplir su deber y socorrerla en un momento de apuros, pero la facha que llevaba no hizo sino enfurecerla aún más. ¿Aquel era su héroe? ¿Su caballero andante? ¿Su paladín? Tenía los hombros hundidos y era incapaz de mirarla a los ojos.

—No me permiten entrar en mi propia casa. Y entre tanto él está ahí dentro regodeándose. Él y su... su... —no podía decir «puta», allí no, no delante de esa gente, por mucho que esa fuese la verdad— su pazpuerca.

El *sheriff* chasqueó la lengua y se hurgó con un dedo delicado en busca de algo que se le había quedado entre los dientes.

—¿A quién se refiere, señora?

—¿Cómo que a quién? Pues a Frank Lloyd Wright, el hombre que aparece en esa orden de arresto. ¿Piensa ir a detenerle o no? —Dejó vagar los ojos por el gentío y luego le dedicó una mueca furiosa a Billy Weston—. ¿Y a esos hombres? Están, están... obstruyendo, eso es, obstruyendo a la Justicia. ¡Arréstelos! Arréstelos ahora mismo.

Alguien dejó escapar una risa y al instante la risotada se generalizó, en un brusco arrebató que murió en cuanto Miriam se dio la vuelta, furiosa.

—Reíd —rugió—. Reíd, panda de cretinos. Y tú —dijo señalando a Billy Weston

—, te despediré, a ti, y a todos vosotros, en cuanto coja las riendas de Taliesin.

—Señora, verá, es que, en fin... —El *sheriff* se había llevado la mano al bolsillo del pecho para sacar las órdenes, dos folios manoseados que a esas alturas podían haber servido para rellenar un cojín—. Es que estos hombres dicen que no está aquí, ni ella tampoco...

Miriam no daba crédito: ¿es que no pensaba hacer nada? ¿Le habían untado? ¿Era eso? ¿Le había comprado Frank?

—¿Está usted diciéndome que se fía de lo que le digan estos? —preguntó esforzándose por dominar la voz. Se quedó mirando al *sheriff* y vio entonces que también era un enano, por mucha carne que tuviese, y un conspirador, un idiota, un cobarde—. ¿Y bien? ¿No va a pensar en sí mismo, en que no va a cumplir con su deber?, ¿con su juramento? ¿No ha venido a eso?

El hombre la miró de reajo y luego bajó la mirada y empezó a remover la tierra con la punta de su gastada bota.

—Supongo que —levantó la vista hacia Billy Weston—, en fin, no sé, a lo mejor podía ir a echar un vistazo, ya que tengo aquí estas órdenes...

Todos se quedaron mirando al representante de la Ley, que se irguió y fue hasta la verja arrastrando los pies. Billy Weston, por su parte, sacó una llave y abrió el cerrojo y la verja para dejarle pasar. A continuación, le siguieron con la vista en su subida por la cuesta que daba a la casa, como el hombre más cansado del mundo. Se instaló una sensación de anticlímax, pues la gente quería acción, una buena ráfaga de emociones, y ver al terrateniente de la colina expuesto y humillado, esposado, trifulcas, el reguero de pólvora de los flashes; pero se había quedado solo en eso: en esa figura de trasero gordo y espalda encorvada perdiéndose en la distancia, mientras las ranas seguían con su «eh-lanc» y el sol se agazapaba entre las copas de los árboles. La gente empezó a impacientarse. Una mujer se sacó un bocadillo, mientras los periodistas se volcaron en sus cigarros y los campesinos, entrenados en el arte de la paciencia, se agacharon en el suelo y se pusieron a charlar en voz baja. Los pájaros no tardarían en irse a dormir, los murciélagos revolotearían sobre el agua y todo el campo se sumiría en un coma, como si hubiesen pulsado un interruptor.

Miriam no quería saber nada más. Tenía los zapatos destrozados; le habían picado los mosquitos y seguían haciéndolo. ¡Había ido hasta allí, presentado las órdenes, hecho venir al *sheriff* y soportado más maltrato y vejación en un solo minuto de un único día de toda una vida que ninguna otra mujer, y ¡aun así seguía sin poder entrar! Antes de darse cuenta estaba en la verja, que tenía un letrero de «Prohibido el paso», y se puso a zarandearlo hasta que los clavos cedieron y acabó en el suelo, donde lo pisoteó con ambos pies como si fuese la viva estampa de Frank. Y de pronto todos se levantaron, muy bien, eso, todos en pie: habían venido a ver espectáculo y ella estaba dándosele.

—¿Lo están viendo? —chilló—. ¿Ven lo que tengo que aguantar? El *sheriff* ha podido pasar por esta puñetera verja apestosa y yo no. Yo, la propietaria legal de esta

finca, de esta mismísima verja. ¿Es justo? ¿A esto hemos llegado en este país?

Lo sentía todo recociéndose en su interior, un estofado de rabia, odio y desesperación, y le echó leña hasta alcanzar el punto de no retorno. Tenía el letrero a sus pies y siguió pateándolo hasta que lo mandó a la otra punta y entonces se volvió en redondo y les gritó a todos, ya con las venas hinchadas en la garganta.

—¡Tú! —le chilló al que tenía más cerca, un granjero vestido con un peto—. ¿No te da vergüenza? A todos, ¿no os da vergüenza? ¿Es que no hay un hombre de verdad entre tanta gente? ¿Ninguno que socorra a una dama en apuros contra estos, estos...?

Pero en ese momento reparó en otro letrero, el de Taliesin en cristal, y cogió lo primero que pilló —una piedra del tamaño de un puño— y se puso a golpear el vidrio hasta que lo resquebrajó y lo partió en una lluvia de lágrimas duras y brillantes. Cuando terminó, lanzó la piedra lejos en un aspaviento salvaje.

—¡Miriam! —la llamó alguien—. Aquí, Miriam, ¡posa para una foto!

Quiso derribarlo todo, tirar abajo la casa y verla reducida a cenizas. El polvo a su alrededor y el cielo caído. Pero ¿qué era eso? Un palo, tenía un palo en la mano —«¡Miriam, una foto!»—, y el fotógrafo estaba colocando el trípode para el flash, con Wallace corriendo a asistirle, las campesinas boquiabiertas y Myra hinchándose e hinchándose hasta parecer una pompa de jabón a punto de estallar, y en ese mismo momento en el que posaba allí con el palo en alto, una figura vengativa y heroica imbuida por el espíritu de Diana la Cazadora, de la reina Isabel de Inglaterra y de todas las mujeres que se habían levantado frente a la tiranía de los hombres, Billy Weston y sus secuaces se adelantaron y pusieron una lona delante de ella y el flash se quedó sin nada que iluminar.

—Sí —decía—, sí, segurísimo que estaba ahí dentro, riéndose de lo lindo. Eso es lo más ultrajante, pensar que se cree que ha podido conmigo. Y la verdad, Leora, es que no me he sentido más humillada en toda mi vida.

Había flores en la mesa, dos docenas de rosas de tallo largo con un tono de rojo tirando a violeta que le recordaba el sagrado corazón de Jesús que brillaba a las puertas de la iglesia de Santa María de Memphis. Las había pagado Frank —al menos, indirectamente— porque el señor Fake y el señor Jackson habían conseguido sacarle algo de lo que le debía, y, dado su estado actual, había pensado que unas flores la animarían; al igual que una copa de champán, unas fresas con nata y una ración de esturión ahumado para comer con las manos hasta que las yemas de los dedos le oliesen a humero y a las solapadas y dulces tajadas de carne.

Leora emitió un sonidillo compasivo al otro lado de la línea, tan difuso y vago que cualquiera habría pensado que seguía en California y no al otro lado de la ciudad, en Lakeshore Drive, en casa de su hermana.

—Y la crónica del periódico también ha sido una decepción. ¿No te parece? Que si «Miriam azota Taliesin», que si «Miriam, de patitas en la calle», y esas cosas. O...

¿cómo era ese otro?, «Miriam levanta el sitio de Taliesin y vuelve a casa». Me hace parecer..., eh, no sé, digna de lástima.

—De compasión más bien... —terció Leora—. La gente no puede sino simpatizar con tu causa...

—Y la fotografía... Han quitado la única que me habría hecho justicia... Te lo conté, ¿no? Y la que han puesto... —Se quedó mirando el periódico, que tenía abierto por la instantánea en la que posaba ante un fondo anónimo de ramas y arbustos, en lugar de delante de la verja, con la capa al viento y la cara distorsionada bajo el peso del tocado. Ni siquiera se le distinguían bien los rasgos... y ¿de veras tenía la cara tan ancha? Parecía que hubiese una bola blanca reluciente bajo el turbante, con apenas unos agujeros perforados por ojos y una cuchillada por boca, como el garabato de un niño—. No sé, ¿a ti te gusta?

—¿Sinceramente? No, no mucho que digamos... Pero, a ver, ¿qué puedes esperar de los periódicos?

Muy lentamente, como si representara toda la riqueza del mundo, Miriam se sirvió otra copa de champán, por el que había tenido que sobornar a dos botones y al recepcionista («Champán del bueno», le habían dicho, cosa fina, aunque en realidad sabía al garrafón que servían en los bares clandestinos. Con todo, tenía sus burbujitas y su espuma y le recordaba tiempos mejores).

—Hay una cosa que me ha gustado en la segunda columna: «“No sois más que un hatajo de tunantes”, le gritó al grupo que defendía la verja de entrada». ¿No te parece que me da cierto aire valeroso^[52]?

—¿Sabes lo que estoy pensando? Que deberías plantearte denunciar...

—Sí, sí, estamos en ello. Justo esta mañana el señor Fake...

—No, no, me refiero a denunciarla a ella, por enajenación de afectos. Margery Mc-Caffery demandó a la secretaria de su marido la vez esa que te conté... —Leora bajó la voz hasta el susurro—. Al día siguiente la secretaria se quitó de en medio (seguramente volvió a la casa de su madre en Barstow o en algún sitio por el estilo). Y cuando su marido volvió arrastrándose, Margery no pudo sino reírse.

El olor del pescado le llegó hasta la nariz, vivaz y fuerte, imponiéndose al perfume de las rosas. Se llevó el índice a los labios y lo rechupeteó con ganas. Enajenación de afectos... Aunque no sabía muy bien qué significaba, más allá del sentido literal del sintagma, la idea la sedujo. Cerró los ojos y vio la cara blanquecina y sin maquillar de la mujer en el hospital, como una niña asustada, la pequeña Olga, enfermiza y atormentada. Y ¿cómo iba ella a merecerse a Frank? No se lo merecía. Nadie se lo merecía, nadie.

—¿Es que no lo entiendes? Esa es la manera de hacerles salir de la cueva.

Presentó la demanda a finales de agosto por una suma de 100 000 dólares; el señor Fake alegó que la señora Olga Milanoff, la bailarina montenegrina, le había

privado de la compañía de su marido durante los últimos dieciocho meses, una compañía que ella valoraba, después de una seria consideración, en unos 5500 dólares al mes. La única respuesta de Frank fue a través de la prensa; hizo caso omiso de la demanda y declaró que era solo otro intento más por parte de su mujer de incordiarle y atormentarle, y se negó a divulgar el paradero de Olgivanna: no era asunto de su mujer ni de sus abogados, le dijo a un reportero del *Chicago Tribune* por conferencia desde Taliesin. Aquello vino a confirmar lo que Miriam sabía desde primera hora: que la tenía allí escondida. Tal vez hubiese podido mover ciertos hilos para que desestimasen las dos órdenes de arresto, pero si creía que iba a rendirse así sin más, estaba más engañado que los cretinos que pensaron que la Gran Guerra solo duraría seis meses. Muy bien, la mosquita bailarina estaba allí, estupendo, de eso Miriam no tenía duda alguna. Se la imaginaba encogida en algún rincón de aquel laberinto de habitaciones mohosas y anexos apestosos, asustada hasta de la luz del día, confinada en la cocina y la despensa con las criadas y los ratones, saltando al menor ruido, y ya no solo con el aliento de los reporteros en el cogote, sino también con el del notificador del juzgado.

Aun así, el caso era que las citaciones no habían podido entregarse y a un espectro no se le podía demandar. Miriam estuvo rumiando el asunto mientras agosto dejaba paso a septiembre, los recursos se le agotaban porque Frank se negaba a pagar la cuenta del hotel y los señores Fake y Jackson empezaban a presionarla con los estados de cuentas por los servicios prestados, y cada vez sentía las paredes de su habitación más cerca, como si fuese ella la atrapada en un cepo y no Olgivanna. Estuvo dos días lloviendo, y dos días que se pasó ella pegada a la ventana, contemplando los dibujos que formaba el agua en la calle. Los automóviles negros iban y venían en fila india, como un torrente de coches fúnebres, y la gente tenía que parapetarse bajo los paraguas, aunque al menos iban a alguna parte, hacían algo, lo que fuera, aunque fuese odioso. No estaba en su naturaleza estarse quieta: necesitaba movimiento, acción, estímulo, como todo el mundo, ¿no? Salvo los muertos o los que tenían un pie en la tumba. Había llamado al señor Fake en repetidas ocasiones. No tenía noticias para ella. Cuando le cogía el teléfono, tampoco el señor Jackson le daba noticias. Y luego los dos habían salido y la secretaria lo sentía mucho.

Justo cuando había empezado a perder la esperanza, cuando se había encontrado bajando a cenar con la cara descompuesta de tanto sollozar durante horas, cuando la jeringa se le antojó insípida y creía que la lluvia nunca pararía, el señor Jackson la llamó por teléfono para informarle de que Taliesin era suya. El letrado le había conseguido una orden judicial que le garantizaba el paso —esos braceros no tenían derecho a impedirle entrar en su propia finca, ningún derecho del mundo, y el tribunal había fallado firmemente a su favor— y se ofreció a llevarla en persona en coche hasta Wisconsin. Podría tomar posesión de la casa, llevar cosas, hacer lo que quisiera con los objetos de arte, los muebles, el ganado... Podía cortar los árboles, drenar el lago, vender el maíz, despedir en bloque al personal y dejar que el polvo y

las telarañas se acumulasen hasta que Taliesin pareciera las catacumbas de una vieja iglesia italiana; si le venía en gana, podía tapiar las ventanas o encargar una docena de silloncitos victorianos. Como si quería colgar guirnaldas de los aleros voladizos. Y Frank no podría impedirselo.

Cuando esa vez se apeó del coche, solo la esperaba Billy Weston ante la verja. Se quedó allí mirándola con los ojos entrecerrados, bajo un sol de justicia y lidiando con el barro, los insectos y el asalto de los olores rurales mientras el señor Jackson le entregaba los papeles al hombre y parlamentaban. Incluso entonces Billy se resistió. Tenía que subir y llamar por teléfono al abogado del señor Wright, le dijo, y, para enfadarla aún más, la hizo esperar ante la verja cerrada mientras remontaba la colina con toda la parsimonia del mundo, desaparecía en la casa sus buenos diez minutos y volvía con idéntica lentitud.

—Solo ella —le dijo al señor Jackson mientras giraba la llave en el candado y abría la verja a regañadientes—. En los papeles pone que solo ella, usted no.

Se le hizo raro subir por el camino de entrada: se le antojaba todo tan familiar — el rechinar de la gravilla bajo los pies, las sombras, los ángulos de los edificios, la forma en que se abría la explanada delantera como un par de brazos que la recibiesen en su seno— y a la vez tan distinto... ¿Cuánto tiempo había pasado? Dos años, más de dos años. Pero Frank no se había quedado de brazos cruzados, eso por descontado. Había estado ocupado desde el incendio, se veía a la legua: los tejados nuevos sobresaliendo por la parte de la vivienda, los edificios traseros más conseguidos, mejor integrados con el conjunto. Y lo cierto era que la casa le parecía bonita, tenía que admitirlo; desprendía un aura de paz que hacía que todo pareciese tranquilo y atemporal, y le recorrió un estremecimiento al reconocer la sensación que experimentó cuando, viviendo en Europa, pisó por primera vez los abovedados recovecos del Panteón o de la Basílica de San Pedro. Aunque no podía negar que estaba alterada, la sencillez de aquella belleza transparente le producía un efecto calmante —más allá de toda la discordia y la aflicción—, y los recuerdos se le agolparon en el interior.

Aparte de la verja y el candado, no encontró más cerrojos en ninguna otra puerta —Frank no creía en las llaves^[53]—, de modo que atravesó la explanada y entró por la puerta principal. Fue como sumergirse en una piscina fría y misteriosa, los pilares de piedra bruñidos por una luz acuosa, la madera reluciente como si estuviera mojada y todo en un silencio que parecía onírico. Frank no estaba allí, ni tampoco la rusa. No había nadie, todas las habitaciones estaban vacías y no había ni un alma, ni siquiera los criados.

Vaciló en la puerta durante un buen rato mientras inspiraba el aroma de la casa y se ubicaba —Frank no estaba, se había evaporado, y había vuelto a huir de ella, el muy cobarde, el cabrón, el mentecato...—. Poco a poco comprendió que así era mejor, el corazón se le fue apaciguando y la respiración sosegando y, paso a paso, se fue internando en la casa y empezó a explorarla.

Le saltaban al paso todos los detalles^[54], cada pequeño cambio, y tenía la impresión de que la carne de la nueva casa se hubiese extendido sobre los huesos de la antigua. Y así era, porque ¿no se había quemado todo salvo la piedra en sí? Pasó las manos por los gruesos pilares para sentir la arenisca, sentarse en las sillas, contemplar las vistas desde las ventanas del salón como una *voyeur*, una ladrona de vistas. Cuanto más exploraba —¿o era más bien espiar?—, más se alteraba. Vio las alfombras nuevas, los muebles, los objetos de arte que habían sustituido a los antiguos. Se había explayado en sus excentricidades sin reparo alguno y, mientras tanto, había alegado pobreza ante el tribunal, aunque ¿acaso no era un maquinador de tres al cuarto, un embustero y un roñoso? Le robaba a los ricos y se lo daba a sí mismo, y los demás no le importaban un comino mientras él consiguiese lo que quería.

Avanzó por la casa como un detective de novela por entregas, examinándolo todo, las latas de la alacena, la mesa puesta para una comida que no había llegado a comerse, los platos sucios del fregadero, las camas sin hacer: habían levantado el campamento a toda velocidad, saltaba a la vista, pero aquello no le aportaba gran satisfacción. En el dormitorio principal las sábanas estaban puestas, y olían a él —sí, se las acercó a la cara— y a algo más, a otra presencia, a ella, a Olgivanna, la usurpadora en la cama de su marido. Se pasó un buen rato sentada en el borde de la cama, dejando que su mente divagara por tales derroteros hasta que se le olvidó que el señor Jackson la aguardaba en la verja, así como Billy Weston, a quien pensaba despedir en cuanto tuviese ocasión, al igual que al resto de pelotas e ingratos; y allí se habría tirado hasta la noche de no ser porque dos caballeros muy solidarios de la sucursal de Madison del Banco de Wisconsin llamaron a la puerta para informarla de que su marido iba atrasado en el pago de la hipoteca, que desgraciadamente había aumentado sobremanera debido al préstamo para las reformas, y de que pensaban ejecutarla en breve sobre toda la finca.

A no ser que, por supuesto, ella, como copropietaria que era, hiciese frente a la cantidad adeudada.

¿De cuánto estaban hablando?

De 25 000 dólares de hipoteca, más una hipoteca mobiliaria de 1500 dólares y los intereses de facturas sin pagar por 17 000 dólares, lo que sumaba un total de 43 500 dólares.

Les invitó a pasar y se disculpó porque, dadas las circunstancias, no podía ofrecerles nada, y, en el majestuoso salón de Frank, entre tesoros relucientes y vistas de marqués, se quedó mirándoles como entumecida, pensando primero en la jeringa y luego en Frank: había vuelto a torearla, eso era lo que debía pensar, dondequiera que estuviese. Fuera del país, sin duda, malviviendo en un hotel barato, de esos donde nadie hacía preguntas. Tal vez incluso fuese con barba postiza. ¡Eso habría tenido gracia: Frank con barba postiza como un cómico de pantalón enorme en un espectáculo de variedades! Pensaba que había ganado un tanto, que se había reído la

última, y mejor. Pero había perdido Taliesin, y esa casa era su vida. Y más que iba a perder: porque lo que no sabía era que el señor Jackson también representaba al marido de la mosquita rusa —Hinzenburg— y que este había presentado cargos de adulterio contra él. Es más: había demandado a Frank por 250 000 dólares por enajenación de afectos de su mujer y su hija y había iniciado un procedimiento de hábeas corpus para que le devolviesen a la niña, al tiempo que había ofrecido una recompensa de 25 000 dólares para quien capturara a los fugitivos. Mientras estaba allí sentada ante esos banqueros que se relamían los labios y descansaba la vista en uno de los preciosos budas chinos de Frank, el *sheriff* del condado de Sauk (Wisconsin) hacía circular fotografías con su cara y la de ella... y la de la niña.

Sí. ¿Quién reía ahora el último?

Capítulo 7

No soy bailarina

Olgivanna no habló con el reportero, no admitió que estuviese allí en carne y hueso ante ella, con las manos sin parar de moverse y la cara reajustándosele a cada ruego y provocación. Se tapó asimismo los oídos mientras se levantaba de la silla como una exhalación, cogía a Svetlana de la mano y se iba directa a la casa, donde cerró la puerta decididamente y ordenó a la señora Taggertz que avisara a Frank para que Billy Weston y los otros echaran al hombre con el grado de persuasión física que estimaran oportuno. El incidente, no obstante, tuvo sus consecuencias. Pasó varias semanas con miedo a salir de la casa, ni tan siquiera a la explanada, aunque Frank intentó tranquilizarla: ordenó a sus hombres que mantuvieran los ojos bien abiertos y juró que denunciaría a todo aquel que invadiera su propiedad, «sean periodistas, gitanos o vendedores de biblias». Cada día, además, estaba más pálida y débil. Con tal de salir, de liberarse de los pequeños incordios de la casa, los cólicos de la cría, los berrinches de Svetlana o la presencia acaparadora de Frank, se veía vagando por los sembrados en plena noche, por la espesura en la oscuridad, y cuando los mosquitos acudían en masa a succionarle la sangre, le suponía casi un alivio.

Poco a poco, conforme la primavera se adentraba en el verano, empezó a recobrar la fuerza. Primero lo notó en las piernas, en las pantorrillas, que se le fortalecieron casi imperceptiblemente, y después fueron los largos músculos de los muslos y de las ingles los que se estiraron para ajustarse al ritmo de sus paseos nocturnos. Por las mañanas, antes incluso de que el cielo se tornara gris tras las ventanas, se obligaba a salir de la cama e ir al huerto, a pesar de encontrarse todavía débil, con una tos persistente que la tenía alarmada, y frío, todo el tiempo sentía frío, como si nunca fuera a volver a calentarse en la vida. Pero había que cuidar el huerto, se decía a sí misma. Las matas de guisantes y judías verdes estaban ahogadas por la maleza, los plantones de tomates y pimientos todavía parecían delicados y el maíz dulce no podía estar más endeble; además, mientras dormía, un vasto ejército de conejos, taltuzas, escarabajos y orugas salía reptando para darse un festín. No comía ni se hacía un puchero de café o una taza de té, ni tan siquiera se llevaba a la boca agua de la jofaina de al lado de la cama: se vestía en la oscuridad con una falda y un jersey viejos y se iba directa hacia el silencioso aliento de la mañana, a unas horas en que las niñas aún dormían y nadie podía verla.

En cuanto salía el sol, volvía para desayunar y se encontraba con que Frank estaba ya trabajando en el estudio y la señora Taggertz le daba de comer a las niñas mientras los obreros martilleaban, medían y serraban en el perpetuo renacimiento de

Taliesin. Era entonces cuando comía —un huevo pasado por agua, una tostada y café con nata y azúcar— y después, si se sentía con energías, se sentaba con la cría y le ponía las pilas a Svetlana, una hora de danza, una hora de piano, lectura de poesía, dibujo, pintura, caligrafía^[55]. Por las tardes echaba una siesta y, de noche, una vez que la señora Taggertz servía la cena y el bebé dormía, y luego de pasar un rato en el salón con Svetlana y Frank, regresaba a escondidas al huerto; se levantaba de su silla como la que iba a la cocina o al baño y salía a la oscuridad creciente. Las noches de luna llena eran una bendición, la azada parecía una extensión de sus manos, sus brazos y hombros, y una tarea le llevaba a otra hasta las once o las doce del mediodía, y allí seguía, con un trabajo que la consagraba a través de la rutina. Araba la tierra, apuraba la manguera, se agachaba, podaba, cavaba, y el mundo de los reporteros se alejaba de ella como un barco que zarpase en medio de una espesa bruma.

Para junio empezó a relajarse. El teléfono seguía sonando, sonaba sin parar, pero aprendió a ignorarlo. Ganó peso, medio kilo o un kilo, como mucho. Le cambió la cara. Frank la felicitó por su buen aspecto. Incluso se atrevió a sentarse de nuevo en la explanada sin la sensación de estar siendo espiada, y hasta en dos ocasiones acompañó a Svetlana al lago para darle de comer a los patos a plena luz del día. Una tarde, sin embargo, mientras jugaba con la cría en el salón y Svetlana saltaba a la comba al otro lado de la puerta, con unos latigazos tan regulares como el latido de un corazón, y el olor a jamón frito, a patatas y a cebollas flotando en una corriente de aire desde la cocina, vio por casualidad varios coches aparcados ante la verja de entrada. Como ausente, se levantó y atravesó la estancia para ver mejor por la ventana. Había destellos de vidrio y metal, los techos de los coches reflejaban el sol en cuadrículas lisas, algo de movimiento por allá y por acá, gente, hombres con sombreros, reunidos en grupos de dos o tres, que tal vez buscaban trabajo.

O una noticia, una noticia para un periódico.

Su primera reacción fue encogerse y apartarse del ventanal, a pesar de que no podían verla desde tan lejos, ¿verdad? Después se fue al dormitorio, pero no para esconderse como una niña asustada: de pronto sintió rabia, y nunca en su vida había odiado tanto a nadie como a esos cotillas de profesión, a esos entrometidos: ¿por qué no les dejaban en paz? Fue a coger los binoculares de la mesilla de noche. Quería asegurarse, conocer al enemigo. Y después llamaría a Frank y este mandaría a sus hombres para que les plantaran cara, y todo seguiría igual.

Cuando regresó al salón, se puso en cuclillas, miró de reojo a la cría, que estaba entretenida con un peluche en el centro de la alfombra, ajena a todo, sin saber nada, y a continuación se agachó y fue a gatas hasta la ventana. El paisaje le saltó a los ojos como aumentado: el lago, una bofetada de color, el césped gritando desaforado hasta que la última brizna de hierba se hizo patente, la verja asomando en un temblor y al cabo copando toda su atención. Allí vio a Billy Weston de espaldas y a otros dos de sus hombres; y luego a los reporteros, con los sombreros arrugados y las corbatas aflojadas debido al calor. Se produjo un grito, ahogado por la distancia y la presencia

del cristal, y el sonido bastó para espantar a una bandada de patos que surcaba el agua y que salió despedida y se puso a dar vueltas a la casa, proyectando todo un amasijo de sombras en el salón, y justo entonces vio que había otra persona más, una figura que se movía —una mujer—, se agachaba, se incorporaba con violentos aspavientos y volvía a agacharse.

Era Miriam, no podía ser otra. Tuvo la certeza antes incluso de desplazar los binoculares para enfocar la cara de la mujer, pero en ese momento la figura se escabulló y se perdió por un momento entre los torsos de los hombres congregados; reapareció triunfante, sin embargo, y arrojó algo a la tierra en una difusa nube de color. Otro grito, risas de los hombres, avance, un fotógrafo que colocaba un trípode, el sol estallando contra las ventanillas de los coches y la mujer alejándose en un remolino para ir a pisotear con saña lo que había tirado al suelo, como si estuviera matándolo. Solo entonces se incorporó lo suficiente para poder reconocerla.

Aunque Olgivanna solo la había visto una vez en persona, en el pasillo del hospital, había estudiado fotografías de Miriam cientos de veces, obsesionada con ella, fascinada, cada línea del rostro de su rival tan familiar para ella como las propias, y ahora ahí la tenía, sin lugar a dudas, Miriam en toda su beligerante gloria, llegada para reivindicar lo que era suyo. Reconoció la nariz chata, la forma de la mandíbula, la insaciable boca fruncida y el desmesurado sombrero que le caía por encima de los párpados; y los ojos, tan desorbitados y abiertos que cualquiera diría que llevaban pinchándola con un alfiler desde que había nacido. Experimentó una excitación extraña al verla así, relegada al fondo de un largo túnel óptico, aplanada y desnaturalizada, pero le duró poco. Se convenció de que en cualquier momento Billy Weston se haría a un lado y Miriam atravesaría la verja y emprendería el ascenso con su horda de periodistas a la zaga, ¿y luego qué? ¿Tendrían que echar a correr por los campos y esconderse?, ¿meterse bajo las camas? ¿Y dónde estaba Frank?

La comba de Svetlana golpeaba y golpeaba, y venga a golpear, y retumbaba a través de la puerta abierta que daba a la explanada. Desde la cocina llegó un vago repiqueteo: la cocinera golpeando un cucharón contra el borde de una cazuela. Y Olgivanna, absorta en el espectáculo de Miriam, se olvidó de Chichi, hasta que de pronto cayó algo al suelo y al girarse en redondo vio a la niña enrollada en el cable de una de las lámparas de Frank, que se había volcado y roto^[56]: Frank iba a enfadarse, fue lo primero que le pasó por la cabeza. Y entonces Chichi soltó, desconcertada, el primer berrido. El pánico se apoderó de ella —la electricidad, los trozos de cristal—, y dejó caer los binoculares, se puso en pie de un salto y levantó a su hija del suelo sin importarle si alguien la veía. Al momento siguiente estaba en el pasillo, con Chichi llorando desconsolada —aturdida, pero sin sangre; la lámpara no le había dado, ¿verdad?—, y llamando a Frank con una voz que era un amargo destilado de rabia, miedo e impaciencia.

—¡Frank! ¡Frank! ¿Dónde diantres te has metido?

Estaba en su estudio, dibujando, como siempre, dibujando, no importaba qué

crisis hubiera, y alzó la vista cuando Olgivanna entró como un terremoto en el estudio. A las niñas, sobre todo si aullaban desahoradas, a las crías de caras rojas, se les tenía estrictamente prohibido el paso para que no le distrajesen mientras trabajaba porque ¿cómo esperaba ella que se ganase la vida si le interrumpían de continuo, cada vez que Svetlana se desollaba la rodilla o el bebé tenía gases^[57]?

—¿Qué pasa ahora? —quiso saber.

—¿Que qué pasa? —espetó Olgivanna, al tiempo que los gritos de Chichi subían de registro y al poco volvían a aplacarse, en cuanto escupió un trocito blancuzco de alimento sobre el hombro de su madre—. ¿Has mirado por la ventana? Es esa mujer, tu esposa, Miriam. Está aquí. —Sintió entonces cómo los fluidos calientes de la cría le calaban la tela del vestido, por lo que ahora tendría que lavarlo, y el de Chichi también...—. Ahí fuera, en la verja, con... con... ¡yo qué sé!..., ¡reporteros! Parecen reporteros.

Frank no se levantó de la mesa de trabajo, no se ofreció a coger al bebé y no se molestó en volver la cabeza para mirar por la ventana que daba a la herbosa ladera y, más allá, al lago, el prado y la verja atestada de coches.

—Estoy al tanto de la situación —musitó.

¿Al tanto de la situación? Se quedó desconcertada. Y a pesar de ser lingüista, pese a su dominio del francés, del ruso y de su lengua materna, así como del inglés, que, pese a su fuerte acento, manejaba con fluidez, no supo qué decir. ¿Que estaba al tanto y... estaba allí tan tranquilo?

El arquitecto, con rostro sosegado, fijó los ojos en los de ella, mientras la niña no paraba de patalear y forcejear y emitir un fino gimoteo de protesta; comprendió entonces que intentaba permanecer sentado para proyectar un aire de frialdad e indiferencia: y lo hacía por ella, para no alarmarla. Frank dejó escapar un suspiro antes de añadir:

—Al parecer Miriam ha hecho otra de las suyas. Afirma tener algún tipo de orden judicial (he llamado a Levi^[58] por teléfono para que me informase), pero te garantizo que jamás volverá a poner un pie en esta finca, cueste lo que cueste. Tengo las dos carreteras bloqueadas y a Billy al mando. Ya conoces a Billy: moriría antes de rendirse.

—¿Órdenes judiciales? ¿De qué tipo? ¿Qué dicen?

—No es nada, solo jerigonza legal.

—Ya... Lo mismo dijiste de los reporteros, hasta que ese horrible hombre se plantó aquí y... No me gusta, Frank, lo odio; odio todo esto.

—Mira, escúchame. —Y ahora ya sí se levantó de la mesa y atravesó la alfombra hasta ella para abrazarlas a ambas, un abrazo como de titán, de un héroe que pudiera sostener el mundo entero entre sus brazos—. No hay nada de que preocuparse, nada en absoluto.

Pero se equivocaba.

Al cabo de una hora estaban los dos escondiéndose como criminales en el huerto

de lo alto de la colina, agazapados en taburetes de madera y susurrándoles cuentos a Svetlana y a la cría como si no pasase nada de nada, mientras el *sheriff*, armado con las órdenes judiciales, repasaba el salón, la logia azul, la cocina, el dormitorio y el estudio. Miriam volvería al ataque al día siguiente. Y al cabo de dos meses tendrían que huir una vez más y empaquetar las cosas tan apresuradamente que dejarían las camas sin hacer y la ropa por el suelo, el desayuno en la mesa del comedor para atraer a las moscas y el huerto a merced de los cuervos, las taltuzas y las vibrantes hordas de insectos, con sus mandíbulas repiqueteantes y sus infinitas bocas.

Frank intentó hacerlo pasar por una aventura, igual que hizo cuando huyeron a Puerto Rico, pero aquello tenía tanto de aventura como salir pitando del hospital cuando apenas podía levantar la cabeza de la almohada o soportar a los harapientos pordioseros de Coamo —con sus pies sucios separados, sus sonrisas desdentadas, sus cabras raquílicas, sus perros purulentos y los plátanos fritos, que sabían a cartón empapado en grasa—, o cuando lo único que quería era estar en Taliesin con su cría al lado y el olor a pan recién hecho saliendo del horno. Frank iba al volante de la vasta carrocería del Cadillac reluciente, surcando los campos rumbo oeste, atemorizándola a cada curva porque siempre iba demasiado deprisa, como si el propósito de conducir no fuera llegar a un sitio tranquila y seguramente, sino desafiar todas las leyes de tráfico, y todo ello sin parar de mantener un monólogo continuo, tanto por Svetlana —para animarla— como por la propia Olga. Desde luego, si Frank tenía algo bueno era que no había que preocuparse de que con él la conversación decayera.

—Te va a encantar, Svet —seguía diciendo—, vas a ver qué cabañita más bonita en medio del bosque, al ladito de un lago. El lago Minnetonka. ¿Eres capaz de decir «Minnetonka»? Venga, tú puedes. Y ya te aviso de que no es ninguna charca como el estanque de Taliesin, sino un lago de verdad, un lago auténtico lleno de peces, de luciopercas y esas cosas. Las luciopercas te gustan, ¿verdad? Y hay osos en el bosque, y lobos y, ¿qué más? Alces. También vas a ver alces, cientos, probablemente. Y ¿sabes una cosa? Tienen una canoa en miniatura, justo del tamaño de una niña... ¿Qué me dices a eso?

Los árboles formaban un dosel sobre la carretera, más frondosos en algunos puntos, según se iba espesando o menguaba el bosque en su camino hacia el oeste por Montfort, Mount Hope y Prairie du Chien, y más tarde hacia el norte, por la margen del Misisipi, hasta La Crosee y por fin Minnesota, donde iban dejando atrás una aldea tras otra y las granjas desaparecían tras empalizadas de madera. Svetlana le siguió la corriente.

—¿Alces? ¿Y cómo son de grandes? ¿Más grandes que un elefante?

Y si estaba enfadada, no dio muestras de ello. Pero ¿cómo no iba a estarlo? Nadie podía no estarlo, y menos aún una niña. Tal vez Frank lo había visto venir —las

denuncias^[59], la toma de Taliesin por parte de Miriam, la ejecución de la hipoteca y el desahucio pendiente, los *sheriffs* y los abogados—, quizá había seguido su propio consejo y lo había planeado con tiempo y les había buscado ese refugio que les esperaba algo más adelante en esa misma carretera, pero estaban volviendo una vez más a la vida de vagabundos, con lo justo para un mes (o dos o tres, ¿quién sabía?) metido aprisa en el maletero durante el pánico del amanecer, cuando hasta el mínimo chirrido de goznes, porrazo o repiqueteo se consideraba el furtivo anuncio de que se acercaba la policía, y ya no solo para entregarles citaciones o debatir sobre determinados aspectos de la Ley, no, sino para arrestarles a los dos y llevarles a prisión, meterlos entre rejas, como anarquistas o atracadores de bancos, y luego... ¿qué?, ¿más periódicos?, ¿más humillación?

Intentó poner la mejor cara posible al mal tiempo y trató de controlarse, por el bien de Frank y de las niñas, pero no podía pensar en otra cosa que en su huerto, en las flores, las gallinas y las vacas: ¿lo subastarían todo? ¿Se pudrirían los tomates en las ramas? ¿Se pondrían marrones las hortensias al no regarlas? Su ánimo no mejoró cuando pararon a cenar en La Crosse y a Svetlana le entró una de sus rabetas; se negó a comer porque no le gustaban la ternera ni el cerdo, y le daba asco el pescado y también las hamburguesas, y no, no quería salchichas ni helado ni nada. Para colmo, al bebé le entró diarrea, un pañal tras otro y ¿se les acabarían antes de llegar adondequiera que fuesen? Y mientras tanto, Frank, el hombre más feliz y despreocupado del mundo, canta que te canta:

—¡Minnesota, Minnesota, donde los peces son más grandes que en Dakota!

Si fue brusca con los Thayer, el matrimonio que les había conseguido el alquiler, lo sentía, no había sido su intención ser maleducada con nadie, ni con la dueña de la casa ni con la cocinera y criada que les había prestado, pero tenía los nervios tan tensos como cuerdas de violín, y los primeros días en la casa supusieron todo un desafío. A las habituales tribulaciones de una mudanza —acomodar a las niñas, abastecer la alacena, tratar con una nueva criada, pasar por la charada de convertir en un hogar la casa de una desconocida llena de cosas de esta—, se le sumó la dificultad de impostar sus nuevas identidades: ella ya no podía ser Olga y Svetlana no podía ser Svetlana. Volvían a ser los Richardson^[60], otra vez, Frank y su mujer Anna (un nombre, étnico donde los haya, para explicar su acento), su hija Mary y la cría, que ya no era Iovanna ni Chichi, sino simplemente «la cría».

¿Qué podía decir? Llevaba en ese estado de dislocación perpetua desde que a los once años la mandaran a vivir con su hermana a Rusia, cerca del mar Negro, donde tuvo que aprender una cultura y un idioma nuevos, para más tarde, a los diecinueve, tener que abandonarlos con el estallido de la revolución. Apenas le había dado tiempo a formar un hogar en Tiflis con Vlademar y Svetlana recién nacida, cuando tuvieron que huir ante el avance del Ejército Blanco; Georgei les había puesto a salvo con gran valentía, junto con una pequeña banda de acólitos, con quienes llegaron hasta Constantinopla; más tarde había encontrado un hogar en Fontainebleau, hasta el

accidente de Georgei, y luego había sido el turno de Taliesin, pero ¿acaso era demasiado pedir tener algo de paz, dormir en la misma cama dos noches seguidas?, ¿formar parte de algo?, ¿tener una vida normal y corriente?

Podía ser. Pero si algo la caracterizaba era su capacidad de adaptación, y la casa tenía su encanto, con Tonka Bay bañada en luz desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la tarde y los somorgujos piando por el agua; el tiempo se mantuvo todo septiembre bajo el largo y perezoso influjo del verano indio, e incluso cuando cambió, en la primera semana de octubre, la escarcha llegó por las noches para encender los árboles con el despliegue de colores más bonito que había visto en su vida. Y estaban los cuatro juntos, sin ninguna cuadrilla de obreros martilleando sin cesar, sin clientes a los que dorar la píldora, con un mundo exterior que, al estarles vedado, hacía más rico el interior. Se hizo a la comida de la nueva cocinera (la señorita Viola Meyerhaus, una solterona de edad indeterminada, piernas rotundas y pelo rubio anudado en una invariable trenza alrededor de la cabeza; sus platos solían estar encharcados en salsa, y siempre con una contundente guarnición de *kartoffeln*, chucrut y salchichas; aunque era cierto que hacía un *himmel und erde* exquisito, un plato combinado de puré de patatas, compota de manzana, cebollitas, beicon en dados y cerdo asado que hacía las delicias hasta de Svetlana) y, en el día libre de la cocinera, a Olgivanna le gustaba dedicarse a preparar sopas y caldos y también dulces hasta que la casa olía como tenía que oler una casa. Salían todos los días a pasear en barca por el lago, mientras que por la tarde noche daban largas caminatas por el campo antes de volver y pasar varias horas delante de la chimenea. A Frank, inquieto como era, se le había ocurrido ponerse a escribir su autobiografía (ya que se le negaba la arquitectura, estaba en su derecho de aprovechar el tiempo, ¿no?), y a Olga le encantaba escucharle mientras dictaba el libro a la estenógrafa que había contratado en la más estricta confidencialidad.

Todo trascurría bastante bien, salvo por los deslices ocasionales: ninguno parecía capaz de acordarse de llamar «Mary» a Svetlana cuando había gente delante, y el Cadillac, con su capota tipo victoria y su matrícula de Wisconsin, debía despertar más de una sospecha, sobre todo cuando los periódicos estaban dedicándose a sacar fotografías de los dos y a informar a bombo y platillo sobre la nada desdeñable recompensa por la información que pudiese conducir a su arresto y enjuiciamiento... Si, en los años por venir, hubiese echado la vista atrás hacia esa temporada, la habría considerado la más idílica de su vida; al menos, dadas las circunstancias, claro. Estaba feliz, feliz de verdad, y una vez más, al igual que en Taliesin la primavera anterior, empezó, sin querer, a relajarse.

Estaba una mañana en la cocina preparando el té mientras Frank trabajaba en su improvisado estudio con las páginas que le había dictado la noche anterior a la señora Devine, la estenógrafa; la cría dormía y Svetlana jugaba en la canoa (que estaba firmemente amarrada al muelle y bajo ningún concepto debía desatar ni conducir sin la supervisión de un adulto) a algún juego que se había inventado, y Viola, también

en la cocina, avivaba la hornilla cuando un hombre de unos treinta y pico años y con una tiara vegetal de pelo pajizo en la cabeza subió por las escaleras de atrás y entró en la casa sin llamar. Antes de poder tan siquiera protestar o incluso abrir la boca, el hombre estaba tendiéndole la mano, disculpándose por la intrusión y presentándose:

—¿Soy el hijo de la señora Simpson^[61]? —preguntó más que afirmó—. Y siento mucho molestarla, pero resulta que tengo que ir hoy a Minneapolis... (soy abogado, no sé si mi madre se lo habrá comentado), y quería... hum, en fin que no sé dónde he metido mi caña y he quedado para ir a pescar esta tarde con un cliente. ¿Le importaría que mirase? Estoy casi seguro de que está en el desván.

Tenía una mirada ansiosa, como si todavía fuese un crío, a pesar de que era tan alto que rozaba el marco de la puerta —aunque sin el exceso de grasa que suelen ganar los hombres cuando se adentran en la madurez—, la cara tan sosa como un huevo frito y unos ojos claros y firmes, lo que automáticamente imprimió a su ruego un sello de plausibilidad. Había vivido y crecido en esa casa. Sus aparejos de pesca estaban en el desván. ¿Podía haber algo más razonable?

—Ay, perdona, Viola, ¿qué tal? —le dijo a la cocinera antes de que Olgivanna pudiera articular una respuesta—. No te había visto. ¿Estás bien?

—Sí, Jimmy. Muy bien, gracias. ¿Y tu madre?

Con una mirada de reojo a Olgivanna, el hombre calibró hasta dónde podía extenderse.

—Pues disfrutando de sus vacaciones..., gracias a usted, señora Richardson. Fue a Duluth a visitar a la tía, pero ya conoces a mamá, Viola: al final se ha vuelto ya y está parando en nuestra casa. Y le encanta cuidar de Buddy y Katrina.

Frank debió oír la voz masculina retumbando por la cocina porque salió del estudio con cara neutra, sin dar todavía muestras de alarma.

—Bueno, bueno, ¿a quién tenemos aquí? ¿He oído bien? ¿Es usted el hijo de la señora Simpson?

El hombre pegó un respingo y, una vez recuperado del susto, dejó escapar un pequeño gallo cuando se acercó a Frank para estrecharle la mano.

—Sí, señor. Jim Simpson, para servirle —y explicó entonces su visita—. ¿No le importará que suba un momentito...? No será ni un minuto. No me gustaría, claro..., aunque, en fin, supongo que ya les he molestado.

Frank no se movió, se tomó un momento para escrutar la cara del hombre e intentar leer en ella.

—¿Y va usted mucho a pescar, señor Simpson? —preguntó por fin.

—Pues sí, la verdad es que sí..., aunque no tanto como quisiera. Ya se sabe, trabajo, trabajo y más trabajo.

—¿Y qué es lo que pesca? ¿Luciopercas, quizá?

—Sí, sobre todo.

—Cualquier cosa para la sartén, supongo, ¿no?

—Sí.

—¿Y se ven corégonos por el lago? Es mi pescado favorito —comentó, y añadió dirigiéndose a Olga—, ¿verdad, Anna? El mejor bocado de pescado de los alrededores.

—Pues la verdad, señor..., ¿Richardson, no?, es que no lo sé muy bien. No estoy seguro de haber... En fin, mire, ya le he robado bastante tiempo.

—Pues nada, adelante, coja su caña de pescar. Y me despido ya de usted, caballero. —Volvieron a estrecharse la mano, como si estuvieran sellando un trato—. Me pilla en medio de un asunto —añadió Frank a modo de explicación. Pero parpadeó y esbozó una sonrisa falsa—. El trabajo, ya se sabe, no hay paz para los exhaustos.

—Ni para los malvados... Pero... si no le importa que le pregunte, ¿a qué se dedica usted?

—A la filatelia.

—¿A los sellos?

Frank asintió.

—Exacto.

—Vaya, debe ser... interesante, ¿no? ¿Y eso da para vivir?

—Uh, y tanto... Se sorprendería usted.

El hombre repasó con el rabillo del ojo la habitación y enseñó los dientes en una sonrisa rápida.

—Bueno, pues nada, como he dicho, no quiero molestarles más...

El joven murmuró un gracias y acto seguido se fue escaleras arriba aporreando con los pies y se oyó un portazo, el chirrido de unos goznes —de uno de esos trastos de los que tiras hacia abajo y sale una escalera, se dijo Olgivanna— y el extraño ir y venir por encima de sus cabezas. Frank volvió al estudio sin mediar palabra, y Olgivanna prestó atención un momento por si oía a la cría y luego miró por la ventana para ver a Svetlana ya sentada en el muelle y balanceando la canoa con el pie. Después se sirvió una taza de té, se sentó a la mesa con el libro que estaba leyendo y se olvidó por completo de Jimmy Simpson, hasta que de nuevo chirriaron los goznes, sonó un portazo y atronaron los pies escaleras abajo. El joven no tardó en aparecer por la cocina con la cabeza muy alta, como si la llevase sobre una bandeja, y salió por la puerta con unos agudos «Gracias, señora Richardson» y «Nos vemos, Viola».

Las pisadas retrocedieron por el porche y se perdieron en un pozo de silencio.

—Parece un buen muchacho —comentó Olgivanna por decir algo, aunque tampoco estaba convencida del todo; de hecho era más bien lo contrario: algo no le cuadraba, algo «le olía a pescado^[62]». Y si no se equivocaba (no estaba segura porque se había ido muy rápido), tampoco había salido con una caña de pescar.

—Vaya que sí —replicó Viola—, de los que no quedan...

Esa noche el frío se dejó notar en el aire —era la tercera semana de octubre, las hojas caían de los árboles y los gansos gritaban en el cielo como almas perdidas en el éter—, y al volver de un largo paseo por la ribera del lago, se encontró con el sabroso y astringente olor del *sauerbraten* de Viola y con un fuego mitad madera de roble y mitad de un manzano dulce que se había tronchado y que Frank había partido para leña ese mismo día. Fuera, más allá de las ventanas, el cielo estaba enredado de cabo a rabo en cintas de nubes rosas bajo una fría puesta de sol carmín. Svetlana estaba enfrascada en un dibujo, la cría dormía y Frank estaba metido en el estudio. Ayudó a Viola a poner la mesa, los platos y los cubiertos, y se tomó su tiempo para introducir una hoja con motitas rojas en el pliegue de cada servilleta y preparar un arreglo de flores secas y piñas que había cogido en su paseo, un adorno sencillo, pero que a Frank le gustaría. A él le encantaba llevar la naturaleza a la casa: ya habían hecho una excursión en el Cadillac hasta una granja local para comprar calabazas para Halloween y tallos secos de maíz para decorar, y prácticamente todo lo que había en la casa podía servir como jarrón para poner una ramita de anea, de aquilea o de perifollo verde.

Comieron contemplando cómo pasaba el lago del cobre a la plata y por último al plomo, hasta que las ventanas empezaron a reflejar la luz de la habitación y Frank dio una vuelta por la casa encendiendo una lámpara tras otra. Después llegó la señora Devine para los dictados de la autobiografía y la cocinera se afanó en recoger y limpiar los platos mientras Olgivanna acostaba a las niñas, la pequeña en el dormitorio principal y Svetlana en el porche acristalado. Cuando acabó, se sentó delante de la chimenea a hacer punto: estaba tejiendo un juego de bufanda y gorro para cada niña con un dibujo de copos de nieve que ella misma había ideado. Al mismo tiempo, escuchaba la voz de Frank, el sube y baja de sus inflexiones; le encantaba oírle, incluso cuando retrocedía para corregirse o cuando perdía la paciencia y empezaba a hacer chistes o se ponía a cantar, porque estaba contando una historia, la suya, el relato de su infancia cuando le mandaban todos los veranos a la granja del tío James para trabajar en el campo de sol a sombra.

—«Quien siembra, ha de cavar» —dictó en un tono rotundo y claro y entonces se detuvo para mirar por encima de los impertinentes—. Retorno. Y seguimos: «Y si quien cava, ha de segar... entonces debe también desmalezar».

Eran las diez en punto y la señora Devine había dejado escapar ya varios bostezos, mientras Frank seguía tan infatigable como siempre, el viento soplaba en las copas de los árboles y el reloj de la repisa de la chimenea anunciaba la hora con un somnoliento sonsonete, cuando llamaron a la puerta de la cocina. Lo primero que pensó Olgivanna fue en el hijo de la señora Simpson: ¿vendría a devolver la caña?, ¿seguiría buscándola? Pero entonces miró a Frank y se quedó helada. Había saltado tan rápido de la silla que se le habían caído los folios de las notas y se le habían

esparcido por el suelo, y se había quedado allí plantado, con hasta su última fibra en tensión para oír lo que pasaba en la cocina, donde Viola, en pantuflas y con una rebeca gris abotonada sobre el estampado floral del vestido, se levantó con dificultad para abrir la puerta.

De la noche entró una voz de hombre:

—¿Está en casa el señor Richardson?

A lo que Viola, que no sabía nada, murmuró en respuesta:

—Sí, creo que sí.

Al instante siguiente media docena de hombres con sombreros y gabardinas aparecían en tropel en el salón al tiempo que Frank daba un paso atrás, como si no le respondiesen las piernas; Olgivanna vio el miedo en sus ojos, auténtico miedo por primera vez desde que le conocía. La estancia se llenó de gente. Había más hombres en la cocina y en el porche, con las caras tensas y cerosas, los ojos entrecerrados por la luz, y traían con ellos un olor, un aroma acre a noche, a barro primigenio en los zapatos y a humo de puro. La señora Devine, la estenógrafa, ahogó un grito que sonó tanto y tan repentinamente que pareció que alguien hubiese pinchado una rueda. Y lo único que pensaba Olgivanna era: «Somos los Richardson, eso es todo, los Richardson, ya está. No somos nadie, somos inofensivos. No pueden tocarnos».

—¡Quedan ustedes detenidos! —gritó un hombre, el que estaba en medio, uno con una mandíbula prominente, unas toscas botas relucientes y unos ojos que mascaban y escupían todo lo que había en la estancia.

Y Olga vio entonces que blandía una placa. Justo al lado, muy pegado, tenía a otro que le echó encima el aliento a cerveza, whisky o lo que quiera que fuese; y al parecer, no sabía cómo, se había levantado de la silla sin darse cuenta y se le había quedado el gorrito de la niña colgando de un hilo, mientras que con la otra mano se tenía cogido el cuello del vestido, los sentidos descolocados por lo repentino de la intrusión: extraños, odiosos extraños allí, en su casa, como si estuviera bajo el azote de la Checa, como si viviese todavía en Rusia y todo lo demás hubiese sido un sueño.

—No diga tonterías —espetó Frank intentando no dejarse amilanar—. ¿De qué se nos acusa? ¿Y qué son esas maneras de entrar?

Fue entonces cuando otro hombre se abrió paso por la sala, una presencia alta y acechante, con papada y una gabardina marrón claro que le colgaba por la espalda como una jarapa india.

—Bueno, aquí les tenemos... —bramó—, por fin. Venga, ¿dónde está la niña? —Y antes de que pudieran detenerle, se abalanzó sobre la puerta del dormitorio e irrumpió dentro al grito de—: Eh, ¡aquí está!, ¡aquí está el bebé!

Fue entonces cuando Frank hizo ademán de ir hacia él y el grande, el *sheriff*, le agarró y le dijo:

—No queremos violencia, entréguese sin oponer resistencia...

—Que salga de ahí ese hombre o le...

Y de pronto era Olgivanna la que se movía e iba hasta el dormitorio, donde el de

la gabardina marrón claro estaba desarropando a Chichi, que abrió los ojos como un resorte para verse ante la fea losa que tenía aquel bruto por cara y emitió el primer grito asustado... ¡Era el abogado!, el de Miriam, de eso le sonaba, y aquella constatación produjo en Olgivanna el mismo efecto que una bomba incendiaria. Le apartó de un empujón y al segundo siguiente tenía a la cría bien cogida y gritaba:

—¡Váyase de aquí ahora mismo! ¡No tiene derecho! ¡Deje de perseguirnos de una vez!

Pero el hombre no la escuchaba porque estaba retrocediendo hasta la puerta, embriagado por el imprimátur de autoridad y gritando con voz de tenor:

—Venga, ¿y dónde tienen a la otra, a la hija de Hinzenberg?

Lo que siguió fue un auténtico caos: un esbirro sacó a rastras del porche a Svetlana, quien, al despertarse tan de sopetón, se había puesto a llorar a lágrima viva en una secuencia de gemidos ascendentes. Como contrapunto, Chichi chilló con todo el desgarrador poder de sus pulmones en desarrollo y Frank forcejeó con los hombres de la puerta, mientras la estenógrafa y la cocinera contemplaban la escena entre horrorizadas y desconcertadas; o peor, con mirada de rechazo. Entre toda la confusión y el forcejeo, la forma en que la miró Viola a punto estuvo de desarmarla..., pero no pensaba llorar, ni en ese momento ni nunca, porque era más fuerte que todo eso. Aunque resultaba duro comprobar que aquella mujer sencilla que había compartido la casa con ellos durante seis semanas, día sí, día también, una persona cercana a ellos, que confiaba y era a su vez de confianza, no les dedicaba otra cosa con la mirada que desprecio: cualquiera diría que hubiese pisado una serpiente mientras fregaba el suelo de la cocina, le hubiese arrebatado la fregona, le hubiese sacado los dientes y la hubiese mordido, y Olgivanna quiso explicárselo todo, contarle que les habían obligado a vivir así, a mentir y asumir personalidades ficticias, a esconderse como criminales, cuando en realidad eran inocentes, tan solo las víctimas de una persecución. Miriam, quiso gritar, Miriam era la criminal.

Pero tenía a un hombre a su lado ordenándole que le acompañase.

—¡No! —rugió Frank—. Llévenme a mí, solo a mí. Dejen que se queden aquí, bajo custodia si hace falta, pero ¡dejen que se queden!

Svetlana aprovechó el momento para zafarse y salir corriendo hacia su madre, que entonces perdió los papeles. De pronto fue su voz y solo la suya lo que escucharon todos los presentes en la habitación.

—¡Ya basta! —gritó—. Debería darles vergüenza, señores. ¿Es que no ven que están asustando a la niña..., a las dos?

El hombre de la cara de pan retrocedió un paso y entonces el *sheriff* aflojó la mano con la que tenía cogido a Frank, que se desembarazó de él, indignado y ultrajado. Las dos niñas respiraron hondo, el fuego siseó y todos los hombres clavaron la vista en el suelo.

—Y ahora —espetó como si estuviese sacudiendo una alfombra—, vamos a cooperar, pero quiero que todos le digan a esta niña —giró a Svetlana para que la mirasen a la cara— que todo va a ir bien. ¿Estamos? ¿Me han oído? ¿Hay algún hombre en la sala que no tenga un hijo o una hija esperándole en casa? ¿Una sobrina o un sobrino? —Les fulminó con la mirada—. ¿Es que son animales?

Se produjo un murmullo y enseguida el vocerío enmudeció y cundió la calma. El *sheriff* atravesó la habitación, se acercó a ella, se quitó el sombrero, que dejó a la vista un matojo aplastado de pelo sudado, y le dijo que lo sentía y que, si por él fuera, les dejaría quedarse.

—Pero tiene que entender, señora, que mi deber es hacer cumplir la ley y tengo que ejecutar estas órdenes —le habló con voz suave, casi dulce, y por un momento hasta pensó que iba a alargar la mano para acariciarle la cabeza a Svetlana—. Le daremos tiempo para que recojan sus cosas y guarden algo de ropa para las niñas, pero comprenda que tendré que ponerlas en custodia preventiva, al menos hasta mañana por la mañana.

Frank intervino entonces en voz alta y quejumbrosa:

—¿En custodia preventiva? ¿Está usted loco? ¿No ve que estas niñas necesitan a su madre?

Olgivanna se percató, sin embargo, de que el rostro del *sheriff* volvía a endurecerse. No serviría de nada. La hostilidad reinó de nuevo, y cogieron a Frank del brazo y luego las tres tenían los abrigos y los gorros puestos y la puerta se abría a la noche, a las frías escaleras del porche y al calor y a la crudeza de los flashes de los fotógrafos^[63].

Pasó la noche en el calabozo, entre rejas, una noche sin las niñas y sin Frank —y lo tenían todo planeado, el abogado de Miriam, la policía y sus compinches de la prensa, para hacer sufrir y humillar a Frank todo lo posible, para arrastrar su nombre por el barro—, y después vino el tribunal, la fianza y un nuevo asalto de las cámaras cuando bajaban las escaleras del juzgado de Minneapolis. No había dormido, no se había peinado, no había planchado la ropa ni se había pintado los labios o lavado los dientes. El calabozo olía a funciones primarias, a retrete comunal y al desinfectante con el que intentaban disimular el olor. El resto de internos —borrachos, prostitutas y morfinómanos, gente de baja calaña, inculta, desaseada, lo más bajo de la sociedad— se pasó la noche gimiendo y balbuceando en una cantinela desesperada, y ella, sin poder pensar en otra cosa que en las niñas. Svetlana se había llevado un susto de muerte y se había agarrado a su madre con todas sus fuerzas cuando la carcelera había querido separarlas, y la pequeña, consciente de la angustia de su hermana, no había parado de llorar mientras se las llevaban por el pasillo y se perdían de vista.

—No va a pasarles nada —no paró de repetirle la mujer—, estaré con ellas toda la noche, y seguro que mañana por la mañana les pondrán a todos en libertad.

Pero sí que les pasaría, no volverían a estar bien, nunca en la vida. ¿Cómo iban a estarlo? Unos desconocidos las habían aterrorizado, maltratado y sacado de la cama, y, para colmo, una extraña las encerraba ahora sin darles una explicación o una justificación siquiera comprensible para un adulto.

—Mamá, ¿qué está pasando? —no había parado de preguntarle Svetlana mientras el coche patrulla describía una curva tras otra por aquellas carreteras oscuras, Frank reducido a una sombra en el vehículo de delante—. Mamá, ¿ha hecho algo malo papá Frank? ¿Y tú? ¿Adónde vamos? ¿Qué está pasando?

No tenía respuesta: tan solo podía abrazarla mientras el coche daba bandazos y la cría gemía y balbuceaba, los faros dirigiéndoles hacia un clímax final de desarraigo y desgracia. Y tampoco a la mañana siguiente tuvo respuesta para la horda de periodistas. La lectura de los cargos fue una humillación pública no muy distinta a la que en sus tiempos infligieran los puritanos con sus sillas y sus cepos de tortura, todo el proceso —desde estar de pie ante el juez hasta la liberación bajo fianza— una vergüenza tan profunda que apenas le dejaba respirar. Cuando salió por las puertas del juzgado a la luz del día, se sintió desorientada. Los flashes la cegaron y su paso se volvió inestable.

—Olga —chillaron como si la conocieran y fuesen amigos y conocidos, como si solo quisieran ayudarla, apiñándose a su alrededor igual que una turba encendida—. ¡Olga! ¡Olga! —Estaba llovisnando, el asfalto relucía. Frank la tenía cogida del brazo e iban flanqueados por los abogados, que intentaban parapetarles—. ¡Olga! ¡Olga! ¿Podría hacer alguna declaración? ¿Frank? ¿Señor Wright?

Lo único que quería era esconderse —ella, la nieta de Marco Milanoff, el mayor general y patriota de Montenegro, la hija de Ivan Lazovich, el presidente del tribunal supremo de Montenegro, y de Militza Milanoff, general también del ejército montenegrino, ¡convertida en fugitiva, criminal y adúltera!—, pero Frank se detuvo en los escalones, bajo la lluvia, para contarle a todo aquel que quisiera escucharle el agravio que había sufrido y lo injustos que eran los cargos. Ella se encogió, murió, mientras él seguía hablando, la llovizna se intensificaba y los lápices corrían sobre las libretas. Se quedó mirando al suelo («¡Olga! ¡Olga»), al tiempo que Frank la apretaba con fuerza y gesticulaba con el otro brazo y su voz subía y bajaba tonos, y de pronto volvían a moverse, y los reporteros y un centenar o más de hienas con nada mejor que hacer que ir en procesión tras ellos.

Y ¿adónde iban?, ¿a un sitio con cuatro paredes, una cara amistosa, sábanas limpias y una cama con mantas con las que taparse hasta la cabeza a la espera de que pasara el chaparrón?, ¿a una caverna sin luz a un kilómetro bajo tierra donde nadie pudiera volver a encontrarles? No. Estaban cruzando la calle para ir al juzgado municipal y responder por los cargos federales que les habían imputado por violar la ley Mann, porque, al parecer, unos espías a sueldo les habían visto cruzar la frontera en coche a la altura de La Crosse, una acción que, según las cortas entendederas de la ley, significaba que Frank la había sometido a su voluntad y ella había sido cómplice

de su vileza. Cuando comprendió lo que ocurría —un nuevo espectáculo, otro tramo de escaleras, otro tribunal con otras tantas caras pálidas y reprobatorias—, sintió que se le aflojaban las piernas y que no podía seguir. No podía soportarlo, la vergüenza, tanta vergüenza... «¡Olga, Olga!». Pero Frank la llevó del brazo, las puertas se abrieron de par en par, la turba desapareció y se vio de nuevo en el templo de la justicia, con sus épicas estatuas alzándose ante ella, las columnas estriadas, los suelos de mármol y la gente volviéndose para mirarles fijamente. Las pisadas retumbaban sobre las losetas, atronaban voceando su culpabilidad.

Dos hombres con traje oscuro aparecieron entonces para llevársela a una sala aparte al fondo del pasillo principal, pese a los resoplidos y las manos sudorosas de Levi Bancroft —vio una bandera, un escritorio, media docena de sillas de madera, pero nada de jueces, público ni prensa—, mientras que otros dos intervenían para llevarse a Frank en sentido contrario.

—Aguanta —le gritó este a sus espaldas, y podría haberle dicho que la quería, pero ya había desaparecido.

Se pegó el bolso al pecho, miró de soslayo las ventanas y el barniz oscuro de la puerta al otro extremo del cuarto, y aquella visión, la de la puerta, la aterró: daba a otra celda, estaba segura.

—Somos agentes federales, señora, y tenemos que hacerle unas preguntas —le explicó uno de los hombres, que retiró una silla para que se sentara.

La montenegrina se mantuvo muy erguida mientras los otros reposaban todo su peso en las sillas de enfrente. El que había hablado sacó una pitillera y le ofreció un cigarro, pero ni se molestó en mirarle ni moverse. Le siguió el sonido de una cerilla al encenderse y el aroma del tabaco, fuerte y penetrante.

Pasaron un buen rato sin hablar. La habitación estaba en penumbra, un cuarto estéril y más gélido que una cámara frigorífica. Ahí estaban esos hombres, esos extraños que la tenían allí por pura coacción, sin tan siquiera contemplar la idea de encender una luz o poner el radiador; la sola idea de esa indiferencia la deprimió aún más. Quería a sus hijas, y que la soltaran. Pero había que completar todo el ritual: ellos eran agentes federales y ella, una fugitiva, una extranjera indeseable, atrapada en una maraña de mentiras.

El segundo hombre carraspeó y habló por fin:

—Empecemos por su nombre. ¿Es usted Olga Lazovich?

—Sí, sí.

Y entonces agachó la cabeza y en voz muy baja se vio contándose todo, la verdad y más que la verdad («¿Puerto Rico? ¿Está usted diciendo que huyeron a Puerto Rico y luego regresaron al país sin un visado?»), hasta que tuvo la impresión de haberse atado con sus propias cadenas y que nada, ninguna fuerza de la ley, ninguna clemencia ni opinión pública podrían salvarla.

Otra noche a la sombra, en el *hoosegow*^[64]. ¿No era así cómo lo llamaban?

«*Hoosegow*», repitió en voz baja cual salmodia durante otra noche más en vela,

reconcomida por la preocupación, rumiando la palabra de dos sílabas, una excusa absurda y decadente, a modo de plegaria. «*Hoosegow, hoosegow*». Hacía frío y solo había una manta muy fina. Empezó a creer que odiaba a Frank: no a Miriam, a Frank. Él era quien la había metido en todo eso, Frank y solo Frank. La había destrozado, aniquilado; la había arrastrado a lo más bajo del escalafón más bajo de la humanidad. Se lo imaginó en su celda en algún punto de la otra ala del edificio, pavoneándose, dándose aires, haciéndose el valiente delante de sus compañeros de celda, el gran hombre, el maestro, incluso en su caída. Y de ahí no tardó en pensar que se odiaba a sí misma: porque, de haber sido más fuerte, de haberse resistido a él —y a Taliesin, con su paz y su belleza, esa promesa de un hogar, de un santuario, de permanencia—, de no haberse topado con él en su huida de Georgei, si hubiese esperado, nada de eso estaría pasando.

La despertaron al amanecer con un bollo duro y un café en una taza de estaño.

La llevaron de nuevo al tribunal.

Las cámaras refulgieron.

Una vez más.

Y después, para su asombro, aunque se había puesto en lo peor —la cárcel, la deportación, perder a sus hijas y a Frank—, les pusieron a ambos en libertad bajo fianza de 15 000 dólares por cabeza, una suma que recaudaron los amigos de Frank. Vlademar, tras una larga reunión con el arquitecto y sus abogados^[65], entró en razón y retiró los cargos por adulterio así como la demanda. Por su parte, el *sheriff* del condado de Sauk estaba moviendo hilos para eximirles de los cargos de rehuir a la Justicia, mientras que la acusación por violar la ley Mann se reconsideraría, teniendo en cuenta que Vlademar, quien solo había aportado sesenta dólares en todo el año para la manutención de su hija, se había retractado, y que se veía claramente que Frank y Olgivanna estaban viviendo como marido y mujer y que este proveía a las niñas. Esa vez había un coche esperándoles a la salida del juzgado. Las niñas estaban en el asiento trasero. El chófer cerró de un portazo en las narices de los reporteros y arrancaron.

Quedaba un asunto pendiente. Y Frank no lo dejó pasar y empezó a hablar de él en cuanto el coche arrancó y no paró, ni mientras se reencontraban con las niñas, ni durante la comida, la cena o por la noche, con los abogados entrometiéndose como papagayos cada vez que podían.

—Todavía no hemos llegado al final del túnel —no dejó de repetir Frank, hasta que el sonido de la frase en sus labios la hacía encogerse como si estuviesen pegándole con una porra hecha con las sobras carcomidas del idioma, del inglés, el idioma inglés con todas sus normas y peculiaridades, y ¿qué tenían de malo los túneles? Por lo menos estaban oscuros, y vacíos—. Y —nueva mirada al abogado de turno que estaba con ellos— si bien la opinión pública se ha puesto claramente de nuestra parte, tenemos que sacar partido de esa ventaja. Si Miriam puede utilizar la prensa, nosotros también. ¿No te parece? ¿No crees que va siendo hora de que

contemos nuestra versión de la historia?

Fue al día siguiente de su puesta en libertad. Habían parado en casa de un amigo de Frank, porque les habían prohibido abandonar el estado de Minnesota hasta que no se desestimasen todos los cargos. Le dolía la cabeza y tenía la barriga revuelta. Cuando miró al otro lado de la habitación, tuvo la impresión de que la distancia media se difuminaba y cambiaba de forma hasta volverlo todo irreconocible. Pensó en su madre, una mujer que había sido tan fiera e incontestable en la batalla que los turcos habían jurado atarla a dos caballos y desmembrarla si llegaban a capturarla. Eso le vendría bien en esos momentos, dos caballos que acabaran con ella: sería un alivio comparado con enfrentarse a la prensa.

—No será una rueda de prensa, sino una entrevista. Aquí mismo, en esta habitación. Y con una mujer, una periodista. ¿Qué dices?

Miró más allá de Frank, hacia las profundidades del cuarto, las hojas de la palmera recortadas sobre la pared por la luz de la lámpara, como los dedos de una monstruosa mano agarrando algo, y el dibujo de la alfombra persa dilatándose y encogiéndose por momentos. Estaba tan agotada que apenas era capaz de formular una respuesta en la cabeza, y menos aún en la garganta. Los abogados —despeinados y ajados por la batalla— se le acercaron más y el arquitecto se quedó callado.

—No —musitó.

Frank, que hasta ese momento había estado sentado a su lado, de lo más solícito, con una mano apoyada en su antebrazo y su muñeca, saltó en ese momento del sitio y empezó a ir de un lado a otro de la alfombra. La luz de la lámpara del techo le saturó los párpados y se le coló en los ojos como si fuesen también bombillas, radiantes y ardientes. Estaba intratable, fuera de sí. Y Olgivanna supo lo que estaba por llegar, que intentaría coaccionarla hasta que aceptase su punto de vista.

—Pero todas esas patrañas, las mentiras que Miriam ha propagado...

—No —repitió con más firmeza.

—Sí. Tienes que hacerlo.

—No.

—Sí. Sí, desde luego que sí.

Y así fue como pasó en vela una tercera noche seguida, esa vez en una cama más grande que una pista de tenis, con todo un despliegue de almohadones, olor a lilas y vistas a una tranquila avenida bañada por la luz de la luna. No paró de ensayar durante toda la noche lo que iba a decir, cómo se explicaría, la historia de su familia, la nobleza de sus intenciones y la santidad de su amor por Frank, las niñas y la propia Taliesin; la injusticia que había sufrido, que desde primera hora la habían juzgado por culpa de una mujer vengativa y, con seguridad, mentalmente inestable; que todo lo que era puro había sido tergiversado para hacer que el Bien pareciese el Mal, al tiempo que se había denigrado el amor para ponderar la envidia y todo lo demás. Se pasó la noche entera haciendo discursos para sus adentros, las palabras palpitándole en la cabeza hasta el punto de no dejarla en paz, y los ojos no se le cerraban y la luz

apareció como un martillo por las ventanas; y todavía andaba murmurando para sí durante el desayuno, que tomó a solas en su habitación, y el aseo, y la larga y lánguida secuencia de peinarse los cabellos, escoger una única sarta de cuentas azabaches y ponerse un vestido austero y unos zapatos que dieran impresión de solidez y respetabilidad, los zapatos del año anterior, los zapatos que la refrendarían y respaldarían todo lo que tenía que decir. Iba a dejar las cosas claras, a defenderse. Utilizaría cada frase altisonante y cada conmovedor sentimiento que pudiera recordar. No era una persona vil, era alguien grande, más que todos ellos.

Sin embargo, cuando entró en el cuarto y se encontró con una única mujer, que se levantó de la silla con la cara constreñida, las uñas pintadas y blandiendo el lápiz y la libreta como si fuesen una armadura plateada, lo único que pudo decir fue:

—Por favor, ¿podría... sería tan amable de aclarar que no soy bailarina?

Capítulo 8

Con Dios, Miriam

El problema era el dinero, el efectivo, los monís: los medios para cubrir las necesidades básicas y no tener que vivir como esos pordioseros con taparrabo de las calles de Calcuta. Eso era lo que quería hacerle ver al señor Fake, dado que su marido —que todavía lo era— estaba rehuyendo de la manera más clamorosa sus obligaciones para con ella. Era un insolente, un mezquino y un don nadie que no había tenido la decencia de pagar ni un níquel para su manutención desde que le había denunciado por enajenación de afectos y ¿de qué esperaba el señor Fake que viviera? ¿Acaso no era su abogado? ¿No se le pagaba para que cuidara de sus intereses, para protegerla de los buitres a sueldo de su marido? ¿Era consciente de que se había visto obligada a mudarse a casa de su hija porque el Southmoor le había enseñado la puerta?, ¿y de que se trataba de una situación intolerable?, ¿y de que estaba enferma, agotada, deprimida?, ¿y de que su yerno la miraba desde el otro lado de la mesa del comedor como si hubiese ido a su casa a robarle el pan de la boca, y que el cuarto que le habían dado era un trastero con muebles sobrantes y una bicicleta, y que olía como si hubiera algún bicho muerto atrapado entre las paredes?

¿Y qué respondía el señor Fake? Que llegase a un acuerdo y pusiera pies en polvorosa cuanto antes, porque la opinión pública estaba volviéndose en su contra y los amigos de su marido^[66] estaban moviendo hilos para que desestimasen todos los cargos contra Frank y se retirara la demanda.

—¿A qué se refiere con eso de «opinión pública»? —le preguntó de mala gana desde su silla al otro lado del escritorio de la oficina del letrado en un húmedo y blindado día de primeros de diciembre.

Se sentía indispuesta, y no solo por lo doloroso de la situación o porque la hubiese tenido esperando en la antesala media hora larga, sino a un nivel más profundo, con una suerte de dolencia o merma física. Era la gripe. Era su corazón, su hígado. No estaba bien, no estaba nada bien.

—Habrá visto usted el periódico —le dijo en su característico tono conspirativo.

El abogado había formado un cuenco con los dedos donde apoyar la barbilla y estaba dedicándole una mirada que pretendía ser salomónica. Detrás de él, en la pared, colgaba un óleo enmarcado, un bucólico paisaje lacustre de un gusto atroz y una ejecución aún peor; la pintora no podía ser otra que su mujer: era la única explicación que se le ocurría a Miriam, pues nadie en su sano juicio compraría algo tan ofensivo para los sentidos como aquello; o tal vez su hija adolescente. ¿Tendría siquiera chiquillos? Se dio cuenta de que no sabía nada sobre él, si estaba casado,

divorciado, era viudo, soltero o monje... aunque ¿qué más daba? Por ella como si era el mismísimo Joseph Smith con su medio centenar de esposas con tal de que le apretara las tuercas a Frank.

—¿Señora Wright? ¿Miriam? ¿Me está escuchando?

Desde luego que sí. Hizo un gesto de desdén con la mano. «Opinión pública». Esos mentecatos, esos idiotas. ¿Cómo podían preferir a una arribista de poca monta, a una adúltera, a una robamaridos antes que a ella? Todavía veía los titulares: «*Olga, la amante de Wright, nos revela la historia de su vida*»; «*Se ha engañado a la opinión pública*»; «*Apiádense de mi pequeña*»; y luego, más abajo en esa misma página: «*No soy bailarina*»; «*Antepongo el trabajo duro a los lujos*». Sí, ahí estaba toda su lacrimógena historia: la mosquita muerta de la rusa había cocinado, fregado y cortado leña en Taliesin hasta que casi se le habían caído los dedos de las manos, y solo había trabado relación con el arquitecto una vez que Miriam le había dejado a él; y que era tan bailarina como Frank pianista por el hecho de que le gustase sentarse de vez en cuando al teclado para tocar una tonadilla para la familia, y que la prensa le había colgado el sambenito con la única intención de denigrarla, como si fuese una cabaretera o una cigarrera cuando en realidad procedía de la familia más distinguida de todo Montenegro. Pero no importaba lo más mínimo, ni las fotos bonitas ni la mirada decorosa ni ese ruego descarnado en busca de compasión: saltaba a la vista que era una puta y las putas no merecen nada, ni merced ni compasión ni crédito, ni tan siquiera atención...

—No puede usted seguir esperando lo imposible —estaba diciéndole el abogado sin dejar de dirigirle aquella mirada—. Verá, permítame que le recuerde una vez más que la última oferta de su marido, por un total de 23 000 dólares, incluidos 5000 en metálico y otros 3000 aparte para gastos y minutas de abogados, que se harían efectivos inmediatamente con el fin de cumplir con sus obligaciones para con usted, más otros mil y pico dólares que se le deben al Southmoor, me parece de lo más razonable, como bien sabrá...

—¿Que le parece razonable? Ya lo creo que sí, porque me imagino que a estas alturas estará usted más preocupado por su bienestar que por el mío. Quiere cobrar, ¿no es eso, en definitiva? Pero aquí lo que está en entredicho es mi vida, es mi nombre el que han arrastrado por el barro, y soy yo la que no tiene medios económicos ni esperanza de tenerlos.

—Incluso sus hijos... —intentó decir el abogado, probando otra forma de abordar el tema.

Pero ¿estaba llevándole la contraria? ¿Para eso le pagaba?, ¿para que le llevase la contraria?

—¿Qué pintan mis hijos en todo esto?

—Pues que coinciden conmigo; que hay que llegar a un acuerdo, eso es lo que dicen. No puede esperar que... En fin, sé que es un tema delicado, y tal vez no sea asunto mío, más allá del anticipo de la remuneración puntual de las minutas que le

debe a este bufete... Pero no puede esperar que sus hijos sigan asumiendo su deuda con la esperanza de que... de no sé qué. —Hizo una pausa para quitarse los quevedos y que sus ojos flotasen ante ella como dos pececillos verdosos en un acuario amarillento—. ¿Qué es lo que quiere exactamente, señora Wright...? ¿Qué quieres, Miriam? ¿Venganza? ¿Quieres verle en el arroyo?, ¿es eso?

Comprendió entonces que estaba ante un mentecato más, ante otro cicatero de mente estrecha, un cobarde como otro cualquiera. De pronto se sintió tan enfadada, tan encendida, volcánica y sencillamente cabreada que tuvo que morderse el labio para no chillar.

—No pienso negociar —dijo por fin, la voz más seca que dos vainas disecadas repicando al viento—. Nunca. Por encima de mi cadáver.

El abogado apartó la mirada, se removió en su silla e, impaciente, volvió a ponerse los anteojos sobre el puente de la nariz.

—Usted no quiere un abogado —le dijo, y esa vez fue él quien se debatió por controlar la voz—, usted lo que quiere es un ángel vengador.

Miriam se levantó bruscamente de la silla, y toda la languidez se le disipó de golpe. Tenía las manos temblorosas cuando se agachó para recoger su bolso y, por una fracción de segundo, todo pareció nublársele, como si le hubieran pegado un puñetazo en la cara. A medio camino de la puerta, se dio la vuelta y respondió:

—Pues sí, usted lo ha dicho.

Los días empezaron a parpadear ante ella como una película en una pantalla que no pudiese tocar: de un modo u otro estaba atrapada en la última fila, en las butacas baratas, viendo como su propia vida se desarrollaba en una lógica foránea hasta que, irremediamente, se sumía en el melodrama y la pena, una tan profunda que la mayor parte del tiempo no consentía salir de la cama. Las paredes desprendían ese olor, ese hedor a muerte, a podrido. El papel pintado era horroroso: ¿dónde tenía el gusto Norma? La bicicleta rota, una mesa con tres patas apoyada sobre una papelera del revés y sobre un tomo de Dickens, Casa desolada (¡qué desoladoramente apropiado!). Casi todas las mañanas se levantaba mala de la barriga, con calambres y con las tripas revueltas, como si nunca más fuera a ser capaz de tragar nada. Se pasaba el día sudando, incluso en la calle, con la ventolera ártica que reanimaba las ramas muertas de los árboles y desatascaba las alcantarillas. Su yerno se mostraba tirante con ella y su hija tampoco se quedaba atrás. La sola idea de la Navidad le provocaba náuseas, con la brillantina, las bolas y las falsas felicitaciones que le dispensaba una u otra camarera sonriente o el borracho de la esquina. «Feliz Navidad». Para ella suponía un grito de guerra. Chicago: lo odiaba. El invierno: lo odiaba. Pero allí estaba, obligada a pasar la mitad del tiempo fuera en pleno furor navideño, de acá para allá, del abogado al médico y luego al siguiente médico y al otro, la única actividad que la consolaba a

corto plazo.

¿Y dónde estaba Frank mientras ella vivía allí atrapada, con una mano delante y otra detrás? En California, después de haber sido liberado por fin en Minnesota, pendiente de una investigación del Gran Jurado por los cargos de infringir la ley Mann y viviendo de sus amigos, sus boyantes amigos; y seguro que justo en ese momento estaría tomando el sol bajo un mandarino, con ella al lado, la muy zorra, la gallina ponedora esa... No recordaba qué día exactamente —en una tarde eterna y encorsetada en nieve, entre Navidad y Año Nuevo— decidió irse con Leora, que había vuelto a Santa Mónica, como habría hecho cualquier persona en su sano juicio. Acababa de hacer buen uso de la jeringa, el elixir filtrándose por sus venas mientras el radiador eructaba y el marido de Norma recorría el pasillo con unos pies que parecían forrados en plomo, cuando le vino una visión incandescente de la buganvilla roja que trepaba por el estuco encalado de la casa de invitados de Leora, con los colibríes revoloteando y el criado chino saliendo de la casa de puntillas, con la bandeja en alto y una aureola de rayos de sol. Al día siguiente estaba en el tren.

No había ido a California a perseguir a Frank, o al menos eso se decía para sus adentros, y Leora coincidía con ella. Lo había hecho por su salud, por el aire, el sol. Y, bueno, ya que Jespersion se había molestado en averiguarle la dirección de Frank (y el detective era otro que quería que le pagasen, el muy marrullero, porque en su oficio eso era lo único que importaba, el vil dinero), no había razón alguna para no utilizarla para que le condenasen. A la primera oportunidad, en cuanto se recuperó del viaje, se plantó en la comisaría más cercana y le denunció por abandono. Después hizo otra incursión en Tijuana, con su visita correspondiente al solícito hombrecillo moreno de la farmacia. Bien, estupendo. Resultó, no obstante, que Frank ya no estaba en Los Ángeles: se había ido a Nueva York para supervisar la subasta de sus preciosos grabados, a modo de parche temporal para salvar Taliesin de las garras del banco. En cuanto se enteró, le mandó un cable a su nueva abogada^[67], quien a su vez envió otro a un colega de Nueva York para que se presentase en la sala de subastas con una orden de embargo por los grabados, que al fin y al cabo eran bienes comunes. Se pasó dos días con Leora, en la mesa del comedor, en el salón, en las tumbonas gemelas del césped trasero, fumando y calculando la tajada que iba a sacar, con la que saldaría de un plumazo sus deudas; y durante esos dos días fue feliz, realmente feliz por primera vez en meses, hasta que le llegó la noticia de que la colección se había vendido por tan solo una fracción de lo que valía —menos de 40 000 dólares^[68]— y de que, para colmo de males, la casa de subastas había reclamado legalmente las ganancias completas para cubrir préstamos anteriores. Una vez más, sin poder evitar sentir la mano del destino en todo aquello, Frank la había toreado, aunque también hubiese conseguido torear a sí mismo de paso.

—No sé, Leora, ya no sé nada —le dijo cuando hubo asimilado la noticia—. A veces tengo la impresión de tener a todo el mundo en mi contra —decía esto mientras sorbía un cóctel y el sol se desparramaba por las ventanas, iluminando una franja

estrecha de la alfombra y destacando algunas flores sueltas del estampado en *chintz* del sofá—. Taliesin la pierde, eso seguro. —Hizo una pausa e inspiró con fuerza porque volvía a sentir algo, una sensación muy real, aunque le habría costado la misma vida expresarla en palabras, una sensación que tenía que ver con Frank y su forma de ser cuando le conoció, con su entusiasmo por la casa, por ella, y por ella en la casa—. Pero el caso es que, cuando lo pienso, no me da mucha satisfacción, o al menos no tanta como esperaba. —Pasó el dedo por el borde de la copa, vio cómo el sol partía la cara de Leora en dos cuando esta se echó hacia delante con los labios apretados en una mueca de compasión, y luego dejó escapar una risita amarga—. En fin, supongo que será el golpe de pasar de tener cincuenta mil dólares a cero, cero dólares con cero centavos, ¿no te parece?

Leora tenía los ojos —y era extraño pero no se había fijado antes— tan arrugados y rasgados como el criado chino, aunque tal vez fuese solo por el efecto de la luz y del maquillaje. Su amiga había llegado a una edad en la que no parecía poder combatir la erosión en torno a los ojos y la boca, cañadas acá, cráteres allá, deltas de rías enteros; y la nariz, que parecía que la hubiese metido en un bote de harina. Miriam siempre se había felicitado por haber heredado la tez de su madre, pero en ese momento intentó mirarse en el reflejo de la vitrina; sin duda todo aquel desasosiego debía de haber empezado a pasarle factura en los ojos, y ¿si al final terminaba como Leora?

Ajena a sus pensamientos, su amiga le dio un sorbo al cóctel, sacó la aceituna y la chupó meditativa.

—¿No estarás ablandándote?

—¿Yo? ¿Ablandándome? —Consideró la acusación por un momento, consciente de que Leora la miraba con esa actitud satírica tan propia de ella, tal vez la que mejor la definía, las cejas enarcadas, la inclinación de la boca hacia el sur. Otro trago de la ginebra agitada, que olía a cielo y estaba fría como mil demonios—. Jamás. Créeme: el señor Frank Lloyd Wright, el caballero Frank Casanova Cantamañanas no ha visto nada todavía.

—Me alegro. Empezaba a preocuparme.

Con todo, conforme pasaron los días y Leora empezó a soltar indirectas (que si Charles venía a cenar, Charles Schumocker, el productor, el viudo, solo tenía cincuenta y ocho años y sin duda era el hombre más ingenioso que había conocido en su vida y, de veras, Miriam, tendrías que haber oído lo que dijo el otro día en el derbi, que si Charles esto, Charles lo otro, Charles hasta la saciedad) y el juez local, otro mentecato, un pigmeo, un enano, desestimó los cargos por abandono alegando que la falta no se había cometido en California, Miriam empezó a perder el control, muy lentamente, gradiente a gradiente, igual que los deslizamientos que estaban causando los terremotos, los mismos que convertían el bungaló de invitados en toda una sección de percusión al menos una vez por semana; al parecer, allá abajo, en las profundidades —y Charles intentó explicarlo la noche que fue a cenar valiéndose de

la porcelana para ilustrar su argumentación—, las placas tectónicas estaban rechinando unas contra otras igual que platillos, salvo por que estos tenían los bordes lisos y no rugosos como las rocas. Eso era lo que le ocurría a ella, deslizamiento, y todo lo que era liso se iba desgastando bajo el plácido sol, hasta que llegó un punto en que no aguantó más.

Las negociaciones se alargaron durante toda la primavera y el verano de 1927: la señorita Levin no paró de mandarle cables con ofertas y contraofertas, Norma pidiéndole dinero por correo y llamadas a larga distancia; Charles, con su frente alta y su nariz de emperador (y casi siempre mocosa), prácticamente instalado en la casa y Leora sin parar de parlotear como una niña sobre el inexplicable romance de los segundos matrimonios. Miriam se hundió, o más bien se desfondó. Estaba en las últimas y necesitaba dinero. En casa de Leora ya no había sitio para ella, al menos no bajo el reinado de Charles, y no podía permitirse un hotel. Al final, aunque lo sintió como si se clavara estacas en las palmas de las manos, a modo de autocrucifixión, claudicó.

Instruyó por cable a la señorita Levin para que aceptara la última oferta de su marido —5000 dólares en efectivo más el montante de todas las costas legales, un fondo fiduciario de 30 000 dólares y una paga mensual de 250 dólares de por vida^[69]— con una condición: que renunciase a Olga por un periodo de cinco años. Al día siguiente le llegó la respuesta, una negativa, rotunda. Ah, le conocía como si le hubiera parido, al muy cabrón despiadado: ahora tenía las de ganar y lo sabía, iba a sentarse a esperar, eso era lo que pensaba hacer, a matarla de hambre, y si era necesario, verla merodear por las calles pidiendo limosna. Y en cuanto terminase el divorcio, empezaría a contar los días que le quedaban para casarse con la mosquita muerta rusa, igual que había hecho con ella en cuanto se libró de Catherine^[70]. Pero no pensaba ceder, ni en broma..., o al menos no de momento...

Se fue a San Francisco en tren porque no se le ocurrió nada mejor que hacer y porque Alvy Oates, un viejo amigo suyo de sus años en Chicago con Emil, le había ofrecido que se quedara en su casa el tiempo que quisiera. Se pasó todo el viaje, el trayecto costa arriba, maldiciendo a Frank una y otra vez. Y cuando llegó y vio cómo le había envejecido la cara a Alvy, con todas esas bolsas y arrugas (y esa papada de vieja que se pasa el día haciendo sopas en la salsa del asado con un mendrugo de pan), se miró con severidad y se fue directa a una clínica, donde un médico de lo más maravilloso comprendió todas sus necesidades y le aseguró que tenía la piel más bonita que había visto en una mujer de su edad y le recomendó un *lifting* facial que la haría parecer por lo menos diez años más joven. Y su marido se lo pagaría, pronto, muy pronto...

Tuvo que beber por una pajita mientras se le curaba la cara y no se cambió ni de vestido. Ninguno de sus hijos le devolvía los cables. Alvy salía a reuniones del club, a partidas de bridge, a actos en museos, a la filarmónica, al club náutico, y ella se quedaba en la casa con sus crucigramas y sus novelas de detectives. Fue un periodo

de un tedio exasperante y sin fin. Una tarde, después de pasarse lo que bien pudo ser una hora entera viendo a una lagartija reptar por la pared bajo la pérgola de la terraza de Alvy, telegrafió a su abogada para que aceptara los términos sin condiciones. El 27 de agosto se le concedió el divorcio de Frank Lloyd Wright por abandono del hogar, después de que su abogada hubiese remitido su testimonio jurado. Le dolió como nada antes en este mundo, pero el dinero llegó al poco y en el acto compró un billete de ida a Chicago, donde planeaba hacer escala para despedirse de Norma de camino a Nueva York y de ahí a París. París, sí, donde podría olvidarse de Frank Lloyd Wright y sus maquinaciones, donde podría centrarse en su propio arte, para variar, y crecer, echar alas y desplegarlas y tal vez, en cuanto se hubiese instalado y empezase a moverse por los círculos que conocía —o al menos, que conocía antes de la guerra—, incluso hasta volvería a casarse.

Todo aquello era estupendo..., salvo porque las cosas se empantanaron, se enturbiaron. A finales de septiembre, sin saber ni cómo, de todos los sitios del mundo se vio en una habitación de un hotel de Madison (Wisconsin), escribiéndole a Frank para decirle lo que pensaba de él, y si el lenguaje que usó fue brusco, peor para todos, porque quien estaba violando la orden de divorcio era él, que había vuelto a su «nidito de amor» para poder «meterle la verga en el coñito a la mosquita muerta y fornicarla y fornicarla como si fuesen cabras, dos puñeteras cabras», y ella sabía lo que estaba pasando y no pensaba consentirlo. Una semana más tarde alquiló un coche y fue con Tillie Levin a Dodgeville, donde se presentó directamente en el ayuntamiento de medio pelo, subió las escaleras y pidió ver al fiscal del distrito, otra comadreja que respondía al nombre de Knutson.

—¿Tiene usted alguna idea de la clase de obscenidades que suceden en su condado? —le gritó en cuanto el hombre asomó por la puerta del despacho.

Este se quedó desconcertado, como si le hubiesen cambiado el pellejo por otra piel que no le quedaba bien, y también era hombre, otro hombre más, con su barriga y sus tirantes y una corbata manchada con lo que quiera que hubiese comido, y no, dijo, no tenía ni idea.

—¡Frank Lloyd Wright! —gritó Miriam— ¡Frank Lloyd Wright! ¿Le suena de algo?

¿Y qué estaba diciendo Tillie —«No, no, mantenga la calma, señora Wright»—? Pero ¿qué demonios hacía aquel cretino ahí parado mirándola como un pasmarote?

—Señora, verá —le dijo mientras intentaba regresar a su despacho con la firme intención de cerrarle la puerta en las narices. Pero no iba a salirse con la suya, desde luego que no...—, ya le he dicho por teléfono que mi oficina no va a revisar esos cargos, que han pasado a mejor vida...

—¡Está copulando! —gritó—. Intenciones inmorales, la ley Mann, violando... por todas partes... ¡todo!

Se produjo un receso, sin que Miriam pudiera evitarlo, porque el muy cobarde se escondió en su despacho y cerró la puerta, y no pensaba cumplir con su deber, no defendería la ley ni detendría la fornicación. Y después de eso las cosas se desmadraron, a pesar de que Tillie intentó calmarla. ¿Y qué era lo siguiente? ¿Qué? En la cena de esa misma noche, cuando intentaba reunir fuerzas para llevarse el tenedor a la boca, ante el penoso rancho del Hotel Lorain de Cutreville (Wisconsin), un hombre con ojillos de cerdo y una cara que parecía carne hervida se identificó como agente federal y la arrestó por enviar material obsceno por correo, por la carta que le había mandado a Frank con la única intención de insultarle, porque ¿quién se creía que era?, y la metieron bajo llave en su propia habitación y la custodiaron como si fuese la celda de una cárcel. Aporreó la puerta hasta que se le desollaron los nudillos y gritó, vaya si gritó. Quinientos dólares, dijo el juez. Y despidió a Tillie. Y París era un sueño. Y se fue directa al mismísimo gobernador de Wisconsin, Fred R. Zimmerman, para contarle cómo la habían tratado, pero este no la recibió, de modo que volvió a Chicago y a la habitación de la bicicleta rota, y se cruzó con el gobernador, que casualmente había ido a un congreso, y se plantó en el comedor del hotel del político y se puso a chillar que exigía verle para un asunto de extrema urgencia, y resultó ser el más mentecato de todos los mentecatos, porque no tuvo otra cosa que hacer que levantarse de la mesa cuando Miriam todavía estaba a veinte palmos de él y escabullirse por una puerta lateral, a través de la cocina y de la entrada de servicio, hasta la calle, y seguramente todavía estaría escabulléndose. Y Frank se fue a Arizona^[71] para huir de ella y no le quedó más remedio que seguirle hasta allí y pedirle a alguien que pusiera fin a tanta «fornicación».

¿Y adónde luego? Pues, aunque estaba destrozada, y rendida, y tenía dinero contante, presentó una demanda en Arizona acusándole de lo primero que se le ocurrió y, cuando Frank viajó a California, allá que fue ella. El otoño había llegado, Leora se había casado con Charles, el viento, que se desenrollaba como celofán desde los montes parduscos, azotaba las palmeras de Sunset Boulevard, días secos, noches frescas, olor a humo en el ambiente. Llamó a Jespersion, un hombre satisfecho por haber cobrado sus servicios en el pasado, que no puso objeción alguna a cobrar de nuevo —y bien— y que le facilitó una dirección más al sur, cerca de San Diego, en La Jolla, donde encontraría a su marido escondido con su *matriuska*, en una mansión de una tranquila calle con vistas al mar.

Miriam no atendía a razones, eso era para mentecatos, para abogados, arquitectos, fiscales de distrito. En el tren de Los Ángeles a San Diego fue al servicio y se inyectó. Todo rebosaba luz. Vio el mar solidificarse al otro lado de la ventanilla hasta parecer roca verde, molida en guijarros hasta la línea del horizonte. La gente subía y bajaba, y ella sonreía a todos por igual. Cuando llegaron a la estación, el revisor tuvo que ayudarla a apearse del tren porque no lograba distinguir nada —palmeras y superficie del mar eran la misma cosa para ella— y no llevaba ningún bulto con el que el maletero pudiera ayudarla, gracias, porque tan solo llevaba el bolso y, dentro,

solamente la jeringa, medio bocadillo y un trozo de papel con la dirección.

El taxista —y ¿de qué le sonaba su cara?— le dijo que sabía dónde era, y luego traquetearon por un embrollo de calles, imposibles de distinguir entre sí, donde varios perros les salieron al paso, vieron unos muchachos canijos con camisetas interiores y guantes de béisbol que corrían por los céspedes parcheados, y todas las haciendas achaparradas y revestidas con azulejos que la perseguían con las fauces abiertas, y habían llegado. Vio un aparcamiento abierto, una arboleda, arena, la bofetada brillante del agua.

—Espéreme aquí —le dijo al taxista, y atravesó el aparcamiento con paso tambaleante, intentando no perder el equilibrio sobre los tacones.

No tenía un plan preconcebido; lo único que sabía es que él estaba allí, y ella, y no había más historia. El mar olía a podrido. Una gaviota apareció de la nada y se posó en el tejado en un despliegue de plumas tan marmóreas que le dañó los ojos. La arena se le metía en los zapatos. Entre las dunas había matojos de hierbas que le rozaron las piernas y le retrotrajeron a la playa de Tokio^[72], a aquella vez en que hicieron un picnic sobre la fría arena mojada, más allá del rompeolas, para escapar de la opresión de la ciudad, todo reluciente bajo la luz dorada, allá en la otra punta del mundo. A Frank le encantaban los picnics, y la aventura y la espontaneidad, como el niño que era y que siempre sería. Frank... Frank... Cómo le había querido... Tanto y tan de verdad...

Pero allí estaba la casa, la de él, la de «ellos». Llamó, pero no contestó nadie. La puerta de la calle —probó a abrirla— estaba cerrada, y eso no era propio de Frank. ¿Se habría equivocado de casa? Al otro lado de la calle, el taxista la miraba desde detrás del parabrisas. Pensó en volver, en asegurarse de que la había llevado a la dirección correcta, pero tal vez podría... mirar por las ventanas y ver... si lograba reconocer...

Uno de los grabados le devolvió la mirada: el actor, el que tenía una espada y cuadros dentro de cuadros en los pliegues del quimono, el Shunsho; y, ¿cómo se titulaba?, *Ichikawa, el actor, Ichikawa no sé qué*. Sí, lo habría reconocido en cualquier parte. Y detrás del sofá, en la pared, había un biombo colgado. Y esa mesa..., esa no era de él: la había comprado ella, había regateado en un japonés rudimentario con el dueño de la tienda como cualquier mujer de pescador. «*Teburu, teburu* —no había parado de decir—. *Kore-wa ikura desu-ka?*», y el hombre se había hecho el sueco. Y ahora la tenía Frank, la tenía ¡ella!

Encontró abierta la puerta de atrás. Pero ¿dónde estaba Frank, el criminal, el libidinoso? En la calle, sin duda, comiendo langosta en alguna parte con su fulana, contando chistes y exigiendo cosas. La sola idea la mareó. Recorrió la casa cuarto por cuarto, todo extraño y familiar al mismo tiempo. Las enaguas de la mosquita muerta, los perfumes; juguetes de niños; y la quincallería de la que a Frank le encantaba rodearse, como si fuera la mujercita de la casa. Pero era demasiado, y antes de darse cuenta, estaba en la alacena —una taza de té, eso era lo que quería— y no era culpa

suya que todos esos frascos y botellas estuviesen en medio y el solo roce de su mano los mandase al suelo en un sonoro estallido, color y textura. No lo pudo evitar, le fue imposible. Es más, ese acto sencillo le resultó tan satisfactorio, aquel estruendo primitivo, que pasó la mano por la siguiente repisa y por la otra, hasta que acabó todo tirado por el suelo, la harina, el azúcar, el *ketchup*, la avena y el vinagre, toda esa vulgar comida de granjero que Frank engullía como el paleta que era. Le temblaron las manos cuando puso la tetera a hervir y siguieron temblándole mientras se servía el té, se sentaba a la mesa y se llevaba la taza a los labios.

En principio solo había querido reclamar lo que era suyo —la mesa, el abanico y la cajita esmaltada—, pero una vez dentro, ya que había entrado y estaba en la cocina con una taza de té en la mano, le volvió esa sensación familiar, un contrapeso incipiente de violencia y odio. La taza salió disparada y fue a estamparse contra la pared. Y entonces estaba de pie, un violento torbellino por la habitación, tirando a su paso todo lo que pillaba como si cada cosa —cada fuente, cada platillo y vinagrera— fueran la cara de Frank, la de su querida, la de la bastarda de cara larga y cola de cerdo. Se detuvo casi sin aire, con los restos de la cocina naufragando a sus pies. Y acto seguido la emprendió con el salón.

Primero se ocupó de la mesa —una mesita auxiliar de palisandro con un intricado— y el sonido que hizo al desgarrar el biombo de la pared fue como el de la obertura de una sinfonía. Las telas cedieron. La madera, la escayola. El cristal resonó, rechinó e interpretó todas las notas agudas de la escala. Vio un hacha apoyada junto a la chimenea y la bajó sobre la mesa del comedor, la librería, las sillas, los divanes, el escritorio, la mesa de Frank. Un jarrón de cerámica silbó al cruzar el aire, la madera astillada crujió, los morillos entonaron un bajo noble al estamparse contra el suelo. ¿Y quién había avisado a la policía?, ¿un vecino?, ¿el taxista?, ¿el ángel de la guarda de los mujeriegos?, ¿de los fornicadores?

Ah, pero se enfrentó y bien a esos simios uniformados de cara de palo y ojos virulentos, resistió todo lo que pudo, y si tenía sangre bajo las uñas —y piel, piel también—, tanto peor para ellos. Estaba en la ventana con el hacha cuando entró el primero por la puerta de atrás, un muchacho, un tirillas sin hombros en un uniforme dos tallas mayor.

—Señora señora —le dijo como si fuese ese su apellido—. Haga el favor de calmarse, señora.

Se volvió hacia él con toda su rabia, y ¿quién podía culparla? Y el chico hizo bien en agacharse cuando blandió el hacha contra él porque la herramienta se había convertido en una extensión de sí misma, de su voluntad, y de haber tenido mil hachas aquello solo habría sido el principio.

—¿Qué derecho tiene a entrar aquí? —le preguntó al policía—. ¡Esta casa es mía y puedo hacer lo que me dé la real gana! Ya puede estar yéndose. ¡Fuera!

Ahora había otro, uno mayor, entrado en carnes y con bolsas bajo los ojos, un irlandés de arrabal, vil, vil como el que más, lo comprendió al instante. Escupió toda

una sarta vacía de advertencias y amenazas como si tuviera la falsa impresión de que Miriam era dura de oído, pero ella le ignoró porque en ese momento iluminó sus ojos un jarroncito chino de lo más interesante...

El juez la sermoneó, incapaz de ver lo enferma que se encontraba, aunque le habría dado igual, porque los hombres se apoyan entre sí, y él lo era, igual que Frank, y el agente que la había agarrado del brazo cuando lanzó el jarrón al césped a través de la ventana rota, con el Shunsho siguiéndole de cerca. Treinta días, dictaminó el juez, para al cabo suspender la sentencia con la condición de que se alejara de su marido y de La Jolla y se abstuviera de cometer cualquier otra fechoría del estilo. Se mantuvo muy erguida y se limitó a parpadear. Y aunque tuvo que reunir todas sus fuerzas para no responderle —¿así que criminal, eh? Pero ¿quién era el auténtico criminal en toda aquella historia?—, no soltó una palabra más salvo un murmullo de asentimiento. Sí, comprendía. Sí, estaba de acuerdo con las condiciones. Y no, no tenía intención de volver a La Jolla. En la rueda de prensa que dio después, miró a los reporteros a la cara y se sintió más serena que nunca. En su interior algo había cambiado, en lo más hondo, las placas por fin se habían deslizado y habían rechinado hasta encajar, y la jeringa le serviría para fijarlas allí con una nueva clase de estabilidad. Frank y toda su vida como la señora de Frank Lloyd Wright habían quedado atrás, y eso fue justo lo que les dijo.

—Voy a pasar página —anunció, su propia voz hablándole al oído como una segunda voz, una de ingenua, de coqueta—. Tengo otra propuesta de matrimonio.

Se hizo el silencio en la sala.

—¿Quién es, Miriam? —se oyó una voz—. ¿Quién es el afortunado?

—Ah, eso no puedo decíroslo —respondió, y volvía a ser Maude Miriam Noel, la *belle* de Memphis, cada palabra edulcorándose en sus labios hasta adquirir la intensidad del azúcar de caña natural—, pero os diré que es un caballero europeo de alto pedigrí, nada menos que un heredero al trono, y que hace poco que le he dado una hija que está ahora mismo a cargo de su padre en Europa^[73] —titubeó al perder el hilo, o casi, y ¿por dónde iba, por dónde?, pero la morfina le susurró al oído y le volvió todo—. Al otro lado del charco.

—¿Puedes decirnos cómo se llama? ¿El nombre de la niña?

—Miriam —la llamó otro—, Miriam...

—Hay otra cosa —empezó a decir, y todos enmudecieron en el acto. Se recreó en aquel silencio y miró lentamente a su alrededor, sintiéndose importante, fastuosa, en la cresta de la ola. Una sonrisa para ellos, para todos y cada uno, y también para las cámaras—. Solo quería anunciar —prosiguió, y en ese momento el infeliz cosquilleo de siempre empezó a hacer de las suyas en su nuca y tuvo que llevarse una mano al pelo para echárselo hacia atrás y dejarla allí por un momento, hasta que el temblor remitió. Y sí, allí estaba el flash, ahí lo tenía, y rio, rio con ganas, al verse sorprendida por él.

—Sí, ¿Miriam? ¿Madame Noel? ¿Ha dicho usted que iba a hacer un anuncio?

—Ah, sí, sí. Quería anunciar que me he instalado en un chalé en Hollywood. — Otra pausa, otro lento barrido de la habitación—. Y, por sugerencia de varios hombres eminentes de la industria del cine, voy a presentarme a una audición en un futuro muy cercano.

Al anuncio le siguieron un murmullo de voces y un ir y venir de pies. En algún punto a su izquierda alguien reía, o tal vez gemía, mientras que de fuera, tras esas cuatro paredes, le llegaba el repiqueteo metálico del tranvía y el paso quedo de las ruedas perdiéndose avenida abajo. No se le ocurrió nada más que decir, de modo que volvió a sonreír y les dio las gracias por haber asistido.

Capítulo 9

Taliesin Redux

Era un descenso persistente, lento y constante a la guarida del íncubo, sin paz, sin un respiro, con un horror nuevo aguardando tras cada recodo del camino, un caos sin fin. Cada vez que Frank y ella se instalaban en una casa, fuese en Taliesin, Minneapolis, Phoenix o incluso en la punta más remota del continente, donde la tierra se agota y las olas rompen en la orilla, allí estaba Miriam para destrozarla. Cada vez que salían de la casa, a dar un paseo, de tiendas o a un restaurante, no sabían si seguiría allí a su vuelta. Cenizas, eso es lo que había acabado esperando, y tierra calcinada, ruinas. El *sheriff* estaría esperándoles en la puerta con otra orden; los de Inmigración aparecerían de la nada; banqueros; abogados. Las ventanas estarían rotas y los muebles destrozados y un agente les esperaría plantado en el porche con el grabado de Shunsho apoyado contra la barandilla, como si fuese un desecho que hubiese llegado hasta allí vomitado por un huracán. ¿Y si la chalada esa les atacaba un día con un cuchillo? ¿Y si intentaba herir a las niñas? Entonces ¿qué?

Intentó preguntarle a Frank al respecto, pero este desechó la pregunta con un gesto de desdén.

—Miriam es una mujer muy trastornada —le respondió, como si aquella afirmación mermase, neutralizase o le quitase hierro al asunto y atascara la bala en la recámara.

—Pero tú mismo me contaste que atacó a alguien con un arma, ¿es verdad o no?

—No hay de qué preocuparse —le decía, aunque era evidente que no se lo creía ni él. Lo había visto comprobar las ventanas por la noche e incluso había empezado a cerrar las puertas con llave.

El catarro le empeoró. Desarrolló urticaria, alergias, una infección de hongos. El sonido de las voces de sus hijas empezó a pesarle —sus riñas, sus necesidades, «¡mamá, mamá!»— y el incesante ir y venir de las olas la hacía sentir como si le succionaran la vitalidad en un desvaído aclarado de espuma. No podía entrar en una habitación de ese chalé sin que la asaltaran el terror, el miedo y el odio, las mesas melladas, la marca del hacha en la chimenea, las paredes, el parque. Y por mucho que Frank se mostrase tierno, atento, indefectiblemente alegre, silbando sobre un dibujo o sobre las páginas de su manuscrito, cantando en la ducha o haciendo un bailecito junto a la fresquera con un vaso de leche en una mano y un emparedado en la otra, había veces en que le entraban ganas de levantarse y emprenderla con él a puñetazos, chillar hasta quedarse ronca. No tenía aún ni treinta años y se sentía como si hubiese cumplido los sesenta. Empezó a odiar hasta que el sol saliera todas las mañanas por el

este. Todo le sabía a nada, a arena, a grava, a tierra en la boca.

Y entonces, justo cuando todo parecía más negro que nunca, las tornas cambiaron. Miriam fue acusada de allanamiento y vandalismo, así como por violar una orden de alejamiento anterior. Le tocó el turno de enfrentarse a un tribunal, de ver su fotografía en los periódicos y ser ridiculizada y humillada en público. Y por fin, ya era hora, la prensa empezó a verla como lo que era —una mujer desequilibrada y vengativa dispuesta a hacer lo que fuese necesario para acabar con la felicidad de su ex marido— y se volvió en su contra, tal y como había predicho Frank. «No soy bailarina», les había dicho Olgivanna, y sus palabras habían calado, sin duda, aunque fue la revelación de que Miriam la había acosado en el propio hospital, con su hija recién nacida, lo que le granjeó la compasión de la gente. Aquel retrato de la joven madre sacada en volandas en una camilla con la cría agarrada al pecho y el granizo cayendo del cielo era, cuando menos, bíblica: la virgen María escondiendo al niño Jesús de Herodes y, según la opinión pública, ¿qué papel interpretaba Miriam? Por lo demás, cuando quisieron darse cuenta, había pasado un año desde el divorcio y se casaron^[74] y, a modo de regalo de bodas, Frank le entregó Taliesin, rescatada, al menos por el momento, de las garras de los banqueros^[75]. «Regresamos a casa —le dijo—, volvemos a Taliesin para quedarnos^[76]».

Mientras cruzaban el país, casada ya, legitimada, aferrada por dentro a su felicidad como si esta fuese un objeto insólito y brillante, enamorada de nuevo de su marido y de sus hijas, no pensaba en otra cosa que en Taliesin. El huerto llevaba dos años en barbecho, el Banco de Wisconsin había subastado el ganado, la maleza se había adueñado de los arriates... La casa estaría hecha un desastre, lo sabía, habría sufrido las inclemencias del tiempo y del abandono, tal vez incluso las del vandalismo, pero era su hogar y pronto estarían allí y eso era lo único que importaba: su hogar, Taliesin, la casa de la colina. La veía cuando cerraba los ojos por la noche, una escena tras otra pasando por su cabeza como los naipes de una baraja, y también estaba allí durante el día, sólida, resistente, mientras los sembrados se sucedían y todos los pueblos, las aldeas y las granjas del mundo se evaporaban a sus espaldas en un remolino de motas evanescentes. Cuando por fin el coche dobló por el camino de entrada y subieron el repecho hasta la explanada, estaba tan desbordada por la emoción que abrió la portezuela antes incluso de que se detuviera el coche y salió corriendo mientras Frank y Billy Weston se ocupaban del equipaje y las niñas gritaban locas de alegría. Y ahí estaban las lanchas de piedra bajo sus pies, el huerto lleno de hierbajos, los robles centinelas y la campana china que había estado deseando tocar: y allá fue, a tocarla, tirando con fuerza del badajo para que el sonido se propagara por todo el campo en su pregonero fervor.

La casa estaba muy cambiada por dentro, y no quiso ni imaginarse lo que se le venía encima. Nada más empujar la puerta, la recibieron una montaña de escombros arrumbada contra la pared —loza rota, trozos de un jarrón, destellos de vidrio— y una alfombra enrollada en un rincón y empapada por el agua que se filtraba de una

gotera del techo incluso en ese preciso instante. Hacía frío. Aunque era finales de octubre y la luz caía sobre las lomas como un guante suave, en el interior, que no había visto un fuego en más de un año, era invierno. Y ¿dónde estaba la leña? Sin talar, cortar, serrar, partir ni apilar. Entró al dormitorio de al lado, con las voces de las niñas resonando a sus espaldas —«Mamá, ¿dónde estás? ¡Ah! ¡No! ¡Mira eso! ¡Mamá! ¡Mamá!»—, y vio que no había ni sábanas, ni mantas ni tan siquiera almohadas. Se lo habían llevado todo: los vecinos, esos granjeros, esos campesinos de bien, decentes y temerosos de Dios, que apenas habían esperado a que Frank diese media vuelta para abalanzarse sobre la casa. Ladrones, eso es lo que eran: unos ladrones y unos hipócritas.

Recorrió las habitaciones como en una ensoñación, temblando, derrotada, y ni Frank pudo darle calor, a pesar de que mandó a Billy a por leña y le hizo encender las chimeneas del salón y del dormitorio, así como la caldera del sótano. Había cosas rotas por doquier. Habían robado la vajilla, la plata, los taburetes, los paños, los utensilios de cocina, el estuche de dibujo de Frank, los compases, los transportadores, el compás de espesor e incluso la colección de lápices de colores que llevaba veinte años reuniendo, pero ¿podía saberse para qué quería los lápices ninguno de esos muchachos esmirriados o de sus padres de gruesas patillas y olor a marrano, sino era para fastidiar?, ¿para demostrar lo que pensaban del señor Frank Lloyd Wright, con sus trajes elegantes, sus modales y su casona sobre la colina? La ponían enferma. Por las esquinas olía a orín, como si hubieran marcado su territorio, igual que animales. Eso era lo que sus vecinos pensaban de ellos, y esa era la pasta de la que estaban hechos.

Podría haber dejado que la superase —el naufragio, aquellos restos de naufragio esturreados de una punta a otra del país, como si les hubiesen echado mal de ojo y estuvieran condenados a representar su impotencia una y otra vez— pero no lo había permitido. Se había producido una revolución, pero ya había pasado lo peor y había salido reforzada^[77]. Y Frank también. Al cabo de un mes la casa era otra, el mobiliario más esencial ocupaba su sitio de siempre, la despensa estaba llena, el roble recién cortado se iba apilando, un par de vacas lecheras mugían en el establo y aparecían caras nuevas todos los días. Empezaron a entrar encargos —una casa para el primo de Oklahoma de Frank, un rascacielos enorme de veintitrés plantas en Nueva York y un gran hotel de lujo en pleno desierto de Arizona que costaría la friolera de tres cuartos de millón—, y Frank necesitaba aparejadores, arquitectos, carpinteros, personal administrativo... Para Acción de Gracias, Taliesin había resucitado, y todos —incluso Svetlana— trabajaban con tal denuedo que apenas tenían tiempo de pensar.

Se sumieron en la rutina: Frank pasaba el tiempo bien en el estudio, bien fuera, con los hombres, dando órdenes, siempre más exigente que el mismísimo Demiurgo, mientras que el resto de cosas eran asunto de ella, y eso era bueno, la llenaba de vida, porque era trabajo y eso mismo había hecho para Georgei y ahora haría por Frank, su

marido, aunque también por ella, por sí misma y por las niñas. Y porque Taliesin renaciera. Fue una etapa de días de diecisiete horas, de levantarse aún a oscuras e irse a la cama a las nueve desplomándose entumecida sobre la almohada. El olor a serrín en el aire, a aceite de linaza, a pintura. La fuerza volviéndole a las manos, a los antebrazos, a muñecas y hombros. Frotaba, enyesaba, pintaba, lavaba, amasaba, pelaba y cortaba. Encargaba provisiones, supervisaba la cocina, y hasta diseñó un calendario rotativo de tareas del hogar para los delineantes —prototipos de los aprendices que estaban por llegar—, quienes no tenían más remedio que arrimar el codo si no querían que todo el tinglado se desmoronase sobre sus cabezas. Podían haber trabajado en una oficina en Chicago o Milwaukee, podían haber vivido en casa de sus padres o en un piso con el mundo entero aguardándoles al otro lado de la puerta, podían haber comido en una pensión o en un bar, pero habían ido a aquella casa, y allí eran uno para todos y todos para uno.

El invierno se asentó. El día que el lago quedó congelado, Frank insistió en salir a patinar fuera, y después empezó a nevar y acabaron revolcándose por la nieve. Hicieron chocolate caliente, una parrillada de salchichas. Gachas de avena por la mañana y grandes pucheros de sopas y caldos hasta arriba de col, habichuelas, arroz y patatas, porque en una granja que no se ha cuidado siempre escasea la carne, y seis, siete u ocho hogazas de pan al día, galletas, tartas, sidra caliente y cazo tras cazo de café, tanto que Olgivanna empezó a sospechar que estaban rellenando con él los cimientos. Mantequilla, queso, huevos, tortitas. Manzanas macerando ya en el barril. Jarabe de caña. Melaza. Azúcar. Necesitaban combustible para el cuerpo, y calor, sobre todo calor. Porque a pesar de su belleza insólita, Taliesin era más frígida, ventosa y gélida que el salón del hidromiel de un castillo; carente de calefacción central y dependiente de fuegos en chimeneas individuales que la mitad de las veces estaban consumidos hasta las ascuas^[78], con unas habitaciones comunicadas entre sí y una hilera de ventanales de un solo cristal alrededor de toda la estructura, apenas un sueño fabricado en cemento; y ¿por qué —no paraba de preguntarse— a Frank y a sus antepasados no les había dado por instalarse en los trópicos?, en las Bermudas, o en algún sitio parecido, en Florida, en la costa del Golfo...

Una tarde coincidieron en la cocina Olgivanna, la cocinera y uno de los delineantes, un muchacho de veintitrés años que había llegado de Chicago atraído por la oportunidad de trabajar con Frank Lloyd Wright, un buen chico, siempre con una sonrisa en la cara y una voz atronadora, una especie de croar que dividía la octava y que a Frank le gustaba imitar cuando hacía el papel del burrito Eeyore para entretener a Chichi. Se llamaba Herbert Mohl y tenía los ojos color agua de lluvia y el pelo tan claro que parecía traslúcido. Estaba pelando patatas —y llevaba haciéndolo desde que había lavado y secado los platos del desayuno— y cada dos por tres se le iba el santo al cielo, aburrido por la tarea, una que a ningún muchacho se le ocurriría hacer por su cuenta. Cada vez que Olga levantaba la vista le veía parado, con el pelador en una mano y una patata sin mondar en la otra.

—Herbert —le increpó finalmente mirando por turnos los dos barreños de patatas, una con un montículo blanco rebosante y la otra con una montaña marrón de tierra—, ¿eres consciente de que esas patatas son para hoy y de que todavía te queda hacer tu turno de leña y el de limpieza?

El muchacho la contempló largo y tendido, con la patata agarrada cual granada de mano. No había mucha luz y tras las ventanas estaba todo gris.

—¿Sabe lo que le digo? Que me da igual, que ya me da todo igual.

Olgivanna estaba en la encimera amasando el pan para el día siguiente. Le dolían los pies y los hombros. Tenía mocos y se había pasado la mañana limpiándose los disimuladamente con la manga del jersey. Quiso decir algo para suavizar el asunto, quitarle hierro, pero no se le daban muy bien esas cosas y tampoco estaba de humor para discutir o siquiera conversar.

—Pues mejor que te dé igual si quieres comer.

Herbert se levantó tan bruscamente del taburete que Olgivanna se asustó.

—¡Yo soy arquitecto, no un marmitón! —espetó con la cara encendida—. No he venido aquí a pelar patatas, a avivar sus preciosas chimeneas, ni a fregar ollas hasta que me duelan los dedos. ¿Y aquí no se paga o qué? Todavía no he visto un centavo desde que he llegado. —Estaba rozando la insolencia, y eso era algo que no podía consentir. La señora Taggertz, que estaba trajinando en los fogones, se puso tensa; también para ella la cuestión del dinero era un tema delicado, pero ¿qué era aquello, otra revolución bolchevique?—. ¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez que a lo mejor yo también tengo mis necesidades... que tenemos necesidades, todos, George, Cy, Henry?

—Limítate a pelar.

Como era de prever, el muchacho mandó a paseo la patata y el pelador, seguidos de cerca por el delantal, y se dirigió a la puerta.

—Lo siento, pero yo no he firmado para ser el esclavo de nadie. Me vuelvo a Chicago, aunque sea andando...

Olgivanna buscó los ojos de la señora Taggertz, pero esta no le devolvió la mirada. La mujer nunca había sido muy comunicativa —no parecía tener mucho que hablar con nadie, aunque tampoco la habían contratado precisamente por ser una alegría, sino más bien por su capacidad para estirar una olla de sopa hasta convertirla en dos—, y cuando le daba por hablar era casi siempre para refunfuñar sobre alguien o algo; al fin y al cabo, era una vecina más y la comunidad no veía con buenos ojos a Frank Lloyd Wright, ni tampoco a Olgivanna, por mucho que se hubiesen casado.

—No doy crédito —contestó Olgivanna, solo para oír su propia voz; estaba furiosa, echaba humo. ¿Cómo se atrevía ese chico a hablarle de esa manera?—. ¿Lo ha oído? ¿Ha oído usted lo que me ha dicho?

Solo entonces, cuando se le habló directamente, alzó la vista la señora Taggertz. Estaba atareada cortando cebollas casi sin esfuerzo, como si tuviera una bisagra en el brazo, y se paró entonces a quitar los restos del cuchillo.

—Ese nunca friega bien los platos —comentó sin dejar de limpiar el cuchillo—. Ni la plata —añadió sacudiendo la cabeza—. Deleznable...

Olgivanna pensó en acudir a Frank, pero no se atrevía a molestarle cuando trabajaba. Los asuntos domésticos eran cosa suya, al igual que en Fontainebleau con Georgei, y estaba resuelta a hacerse cargo de todo. Sin pensárselo dos veces, dejó reposar la masa para que fermentase y cogió el pelapatatas.

Durante la hora que siguió no paró de recrear el enfrentamiento en la cabeza, pensando en lo que tendría que haber dicho, en que debería haberse mantenido firme pero, al mismo tiempo, haber cedido un poco. Frank sentía especial debilidad por Herbert —era un delineante preciso y certero, además de un buen flautista que les animaba las veladas musicales—, y a ella también le caía bien, y ahora tendrían un hombre menos, con la de trabajo que había... Era una pena, y ella era la única culpable. La casualidad había querido que estuviese de mal humor, aunque eso tampoco era excusa: como encargada que era, tenía que haber demostrado más control, más reserva y dignidad. «Nunca dejes entrever lo que estás pensando», solía decirle su madre, que era la mujer más fiera y autoritaria de la faz de la Tierra. Al final, en cuanto acabó con las patatas, se fue a buscarle.

Para entonces había empezado a nevar. Esa mañana bien temprano ya había oído en el aire el cambio, un aroma que auguraba humedad en las nubes que se esparcían a paso firme, y lo había sentido también como una suavidad expectante que parecía envolverla mientras le echaba el grano a las gallinas y cargaba carretillas de roble cortado y las llevaba a la cocina, todo el rato echando vaho por la boca. La nieve caía ahora, veloz y apretada, con un siseo que se oyó nada más abrir la puerta. Herbert no estaba en su cuarto, donde se había extinguido el fuego. La cama estaba hecha pero no quedaba ni rastro de su ropa, la maleta o la flauta. Sintió una punzada de alarma: ¿tan a pecho se lo había tomado? ¿Tan cabezota era? ¿Tan tonto? Se enfundó el abrigo y salió a la explanada para localizar su rastro: una línea segura de delineante bajaba por el camino de entrada y se adentraba en la cellisca. La nieve había empezado a cubrir el rastro.

Con las prisas —tenía que conseguir que volviera antes de que Frank se enterase, no había más vuelta de hoja—, se le olvidaron los mitones y el gorro. Se encontró un pañuelo de algodón en el bolsillo del abrigo y se lo puso en la cabeza para protegerse el pelo, que ya estaba calado —se le había mojado en cuanto había salido por la puerta—, y supo que debía haber vuelto a por los mitones, pero tenía demasiada prisa. En dos ocasiones se escurrió y se cayó por el camino, y las manos desnudas rabiaron de frío. El viento cobró fuerza y le lanzó granizo en la cara. Las pisadas de Herbert estaban cada vez más borrosas. No importaba: sabía adónde iba.

La estación de Spring Green quedaba a seis kilómetros. En condiciones óptimas, con su paso largo y ágil, le habría llevado una hora, pero la nieve le llegaba ya por los tobillos y resbalaba por la capa de hielo, fina y transparente, que se había formado, de modo que tenía que mirar bien dónde pisaba. La carretera estaba desierta. Las colinas

lo rodeaban todo y se hundían a la altura del río, con la imagen borrosa del puente trazando una plomada en la otra orilla. No se movía nada, estaba todo estático, salvo por los pájaros que despegaban de las erizadas coronas de los árboles, que el viento mecía con un gemido de fricción parecido a una endecha. A medio camino le entró la tos y tuvo que apoyarse en una cerca para recobrar el aliento, mientras la nieve se tamizaba a su alrededor en pequeños gránulos que le caían por los pliegues del abrigo y le blanqueaban los bordes del pañuelo y el dobladillo helado del vestido. Se notaba la nariz blanda cuando se la restregaba con el dorso de las manos, que se le habían dormido; tampoco se sentía los pies.

Pese a todo, aceleró el paso, diciéndose que solo había salido a dar un paseo, pensando en las niñas: estarían con el ama de llaves, pasándoselo en grande, seguramente, y ya le habrían rogado que las dejara salir para tirarse en trineo por la cuesta de la entrada, y tal vez habrían estado buscando a su madre para pedirle permiso y unas palabras de ánimo, y habrían empezado a preguntarse dónde estaba. («¿Alguien ha visto a mamá?», preguntaría Svet e iría repasando las habitaciones cada vez más desilusionada: la cocina, el salón, la logia, los dormitorios...; a Frank, en cambio, no se atrevería a molestarle —eso estaba terminantemente prohibido—, y entonces abandonaría la búsqueda, se pondría las botas y los mitones e iría al establo a por los trineos). Se quedó con esa imagen en la mente mientras la nieve cubría los campos, el paisaje perdía poco a poco sus rasgos y todo se esforzaba por conseguir la uniformidad más blanca y fría. No estaba perdida; no era una posibilidad, pues conocía esa carretera mejor que cualquier otra del mundo entero, y aquel soto de árboles marcaba la linde de la finca de los Perry y pronto vería la granja y olería el humo de su chimenea, y después la dejaría atrás y empezarían a perfilarse los edificios de Spring Green contra el peso de la nieve. Prosiguió, medio mareada y febril (¿se estaría poniendo mala, era eso?), y al toser echó una flema color tapioca.

Encontró a Herbert en la estación, acurrucado en un banco bajo los aleros del edificio. Se tenía cogido por los hombros, con la maleta a los pies y el estuche de cuero de la flauta cubierta de nieve. Olgivanna atravesó la calle, abriéndose paso entre los baches, y logró subir las escaleras.

—Herbert, ¿qué haces? —le preguntó—. Dime que no es en serio.

Tenía todo un discurso preparado sobre la aportación fundamental y el valor intrínseco de cada miembro de la Comunidad de Taliesin, y sobre lo mucho que el señor Wright y ella misma dependían de él, pero la tos le subió por la garganta y le dejó sin aire.

—La estación está cerrada —terció el muchacho, su voz un zumbido desconsolado contra el viento—. No hay nadie, ni fuego en la estufa ni nada. No sé cómo creen que... —dejó la frase sin acabar. Tenía los ojos llorosos por la emoción.

—He venido hasta aquí —dijo Olgivanna con una voz átona y débil, extraída a regañadientes del embudo de su tos—, con la nieve... —añadió sin necesidad alguna, mientras señalaba con el brazo la calle muerta, los raíles enterrados, el dúctil y

cambiante telón de fondo de la tormenta.

Pensó entonces en Georgei, en el último invierno con él, cuando disolvió la compañía de Fontainebleau, en la forma en que les echó a todos, encogiéndose de hombros con toda la indiferencia del mundo, y en lo mucho que le había dolido aquello, como nada en su vida. Con él, habían experimentado colectivamente algo que por sí solos no habrían conocido, una unión que trascendía lo físico y lo mental, una razón de ser, de despertar y rendir culto. No eran nada sin él; lo supo entonces y aún en esos momentos siguió sintiendo la pérdida. Y cuando miró al chico, que temblaba en el banco, supo que esa sensación nunca la abandonaría.

—He venido hasta aquí —repitió, y tosió en el puño, el aire congelado un veneno para sus pulmones, mientras los copos quebradizos le pegaban en la cara— para llevarte de vuelta.

Ese año tuvieron Navidades en Taliesin, y Frank estaba tan emocionado o más que las niñas: cantó villancicos, organizó batallitas de bolas de nieve, se tiró en trineo e incluso se puso una barba postiza para hacer de Papá Noel; y luego lo empaquetó todo y a todos —incluidos Herbert, la señora Taggertz, Billy Weston y familia^[79]— y se los llevó lejos del invierno, al perenne verano de Chandler (Arizona), donde el sol abrasaba la roca astillada y los agaves diseminaban sus esporas centenarias. «No nos queda otra —le había dicho a Olga—, si queremos seguir teniendo para comer», y la promesa de San Marcos in the Desert, un hotel que iba a dejar al Biltmore a la altura del betún y procurarles un encargo de unos 75 000 dólares, resplandecía en el horizonte como un espejismo al otro lado del parabrisas del Packard descapotable que Frank conducía al frente del pequeño convoy^[80]. Al principio se alojaron en un hotel de Phoenix —una vez más, con la consecuente descolocación y confusión de ropas en las maletas, y Svet y Chichi tan aturcidas como los sedientos y delirantes españoles que descubrieron aquella tierra—, pero el experimento acabó casi tan rápido como empezó. Los gastos de albergar y alimentar a toda la *troupe* les habrían arruinado en menos de una semana, y así se lo dijo a Frank, una y otra vez, y a este, al que nunca le faltaban los recursos, se le ocurrió la idea de montar un campo de trabajo junto a la obra. El resultado se llamó campamento Ocatillo, un pequeño milagro de madera y lona, dotado con cocina, zonas de estar, estudio y dormitorios, así como del gran piano que Frank insistía en instalar allá donde iba. Llevaron hasta el campamento la electricidad, el teléfono y el agua, y lo recubrieron todo con alfombras navajas para darle un toque alegre y para evitar que entrase tanto polvo. Las niñas se tostaron al sol. Herbert Mohl volvió a la mesa de dibujo y Frank tuvo a todo el equipo trabajando día y noche en los planos y maquetas del hotel, así como en el rascacielos de Nueva York.

Se quedaron hasta mayo, momento en el cual —a la vista de aquel calor infernal, similar a una pared invisible con la que te topabas cada vez que salías por la puerta,

de que la financiación para el hotel todavía no había llegado y de lo mucho que Olgivanna le dijo y le repitió a Frank que Taliesin volvería a caer en el abandono—desmontaron el campamento y cruzaron el país hasta las colinas verdes de Wisconsin. «¡Mira, mamá, qué verde!», gritó Chichi, y era cierto: Taliesin estaba verde como la vida misma; seguía con los olores de siempre, las caras de siempre, los animales, los sembrados y la recompensa diaria de vivir para ver la creación de Frank, quien, por su parte, no paraba de trabajar y de apretar el ritmo. Y la financiación de ambos proyectos seguía suspendida en el aire, fuera de su alcance, con 19 000 dólares más que sumar a la deuda por el coste del campamento Ocatillo, que ya había quedado asolado, abandonado al olvido, y es que al arquitecto el dinero se le escurría de las manos, pero ¿quién habría imaginado lo que ocurriría en octubre de ese año^[81]? Nadie, y el que menos, Frank.

Los encargos se evaporaron. Las hojas enrojecieron y cayeron. Nadie construía ya nada. Y de nuevo la ociosidad y el frío y la angustia de vivir con lo justo, de arreglárselas con muy poco, de apretarse el cinturón, rascarse el bolsillo y guardar para mañana; aunque Frank, con su volubilidad habitual, no se privaba de nada y las deudas se le amontonaban. Los delineantes fueron poniendo tierra de por medio, todos menos Herbert, que se quedó a cambio tan solo del sustento, al igual que Billy Weston y un puñado de obreros. Fueron unas Navidades modestas y el Año Nuevo, aún más.

Llegó un día, justo después de las fiestas, en que Olgivanna estaba ayudando con la colada a la criada, tendiendo la ropa mojada en una cuerda en una de las habitaciones traseras (cosas de las niñas, siempre sucias, así como media docena de camisas, ropa interior y calcetines de Frank); y estaba ligeramente enfadada porque la criada aseguraba tener la gripe, no se encontraba bien, si no le importaba a la señora, y había tanto que hacer... El deshielo del día anterior, que había subido las temperaturas hasta los 0 °C, no había sido más que un amago: durante la noche se había instalado un sistema de alta presión y, para cuando se levantó por la mañana, el termómetro de la entrada marcaba -23 °C. Y eso era parte del problema con el que estaba lidiando, porque las ropas se habían quedado tiesas en el tendedero y, para colmo, la chimenea no tiraba bien, y por mucha leña que le echase no conseguía más que una pálida lengua por llama. Y la señora Dunleavy (a la que habían contratado de nuevo porque no había otra) era de todo menos útil, sin parar de moverse en el sitio como si le hubiesen clavado los pies al suelo con puntillas, y esos acuosos ojos suyos, y la cara del color y la consistencia de la bola de masa que Olgivanna había dejado fermentando en la cocina.

Exasperada, con los dedos congelados y el aliento colgándole como un sudario de la punta de la nariz —para lo que valía el fuego, bien podría haber estado fuera de la casa—, dejó la ropa que tenía en las manos, atravesó el cuarto y se agachó con impaciencia junto a la chimenea. Atizó el fuego por un momento sin conseguir nada y después se puso a quitar los troncos con las tenazas, uno a uno, dejándolos en la base

de piedra, a pesar de que todavía estaban ardiendo y echaban humo.

—Será el tiro —opinó la señora Dunleavy, y al poco tiempo la habitación se llenó de humo.

Olgivanna miró por el hueco de la chimenea. El tiro estaba despejado, al menos hasta donde pudo ver, pero aun así metió el atizador por el agujero y lo introdujo todo lo que pudo, con la idea de quitar cualquier resto de hollín o resina. Intentó cerrar los ojos y remover el atizador al tacto, pasándolo en redondo y golpeando la piedra hasta que notó que las partículas ennegrecidas le llovían por el pelo y se le colaban por el cuello del vestido. Acto seguido empezaron a caer trozos más grandes, cada vez más y más, y entonces salió hollín por todas partes y la habitación se llenó de humo.

Cuando se quedó satisfecha, mandó a la señora Dunleavy a por periódicos de la despensa y luego fue recolocando meticulosamente los troncos en torno a una tienda de campaña de palitos; y esa vez, cuando acercó una cerilla, el fuego prendió con fuerza. El humo empezó a aclararse casi al instante y ambas mujeres se acercaron a la lumbre para calentarse.

—Está usted toda manchada, señora —le dijo la mujer.

Olgivanna, sin embargo, hizo oídos sordos y se quedó avivando las llamas y calentándose las manos; el pelo se le había soltado del moño que se había hecho esa mañana a toda prisa y tenía la cara tiznada y las manos ennegrecidas. Esa noche tocaba gallina asada, así como todos los días de la semana, porque un bicho se había colado en el gallinero, algún sanguinario depredador que mataba por placer, solo por amor al caos, porque había dejado los cadáveres atrás y no se había comido nada. Las tuberías del baño principal se habían helado y el generador había dicho basta; había ordenado a Billy Weston que le echase un ojo, de modo que tendrían que cenar a la luz de las velas. ¿Y qué más? Pues un árbol se había caído en la carretera de atrás y tampoco sabía de dónde sacaría los huevos para el desayuno del día siguiente. Pero eso no era nada, para ella no, y lo sacó todo adelante. Ahora era la que mandaba, igual que en Fontainebleau con Georgei, aunque allí era una discípula más del maestro, una de sus mujeres. En Taliesin era la esposa.

Frank no necesitaba preocuparse por nada de la casa, y ella se enorgullecía por ello. Con todo, cada vez pasaba menos tiempo allí, pues andaba siempre dando clases para poder llegar a fin de mes. Había pasado toda la semana en Chicago impartiendo un seminario en el Art Institute y, de paso, haciendo todo lo posible para atraer encargos, y llegaría a la casa en cualquier momento; ya se imaginaba el coche subiendo por la colina y deteniéndose en la entrada, las ruedas reluciendo en la pálida luz del invierno, los faros radiantes, y se dijo que tenía que asearse, ponerse otro vestido y peinarse, pero antes tenía que hacer la colada y luego estaban el pan, la cena y otras miles de cosas. Tanto fue así que, de lo ocupada que estaba, ni siquiera oyó el coche. Se encontraba en la cocina preparando el pan y, entre tanto, la señora Taggertz tardeaba la gallina y las niñas jugaban en el dormitorio. Todo estaba tranquilo, atardecía, y lo único que se oía era el rítmico roce de la brocha de enlardar de la

señora Taggertz y el continuo chisporroteo del fuego en la hornilla.

Frank irrumpió entonces en la cocina todavía con el sombrero, el abrigo y la bufanda puestos, trayendo con él el aroma del exterior y toda la alegría de su energía indomeñable —Frank, Frank Lloyd Wright, el genio de su vida—, y se paró para acariciarle la mejilla con un beso a pesar de que tenía un churrete de hollín en un lado de la nariz y otro en la barbilla, como un asomo de barba, y ya estaba hablando, ya había empezado a estallar con el inconmensurable relato de su viaje, de la gente del seminario de Chicago y de que estaba seguro, convencido al cien por cien, de que iban a encargarle un nuevo edificio, pues se había enterado por Darwin Martin y su primo Richard, y ambos estaban encantados con los diseños que les había presentado por lo que pronto llegaría el dinero, ya mismo, ya. Tenía los brazos llenos de paquetes. Un regalo para ella, un par para las niñas y uno para él mismo, una estatuilla a la que no había podido resistirse, para la Logia Azul.

—Y esto —le dijo, apresurándose a dárselo porque las niñas habían oído el coche y corrían ya a la habitación para saltar sobre él y repetir su nombre; y ¿qué era aquello? ¿Un periódico?—. Hay algo que puede interesarte —añadió, y al segundo siguiente había salido, con las niñas a la zaga.

Se tomó su tiempo y dejó a un lado la caja envuelta en papel de regalo y el periódico hasta que terminó lo que estaba haciendo (el pan tenía que salir a la vez que la comida de la señora Taggertz y tenía que mandarle a Herbert que pusiera la mesa para once, no, esa noche serían doce). Las ventanas se oscurecieron. En el fuego la olla de las patatas desprendía vapor. Por el olor supo que la gallina empezaba a dorarse mientras moldeaba y trenzaba las hogazas y las metía en el horno. Después se sentó a la mesa y abrió el regalo que le había traído: era una joya muy discreta, una única lágrima de ópalo que colgaba de una cadenita de oro. Se disponía a ponérsela en el cuello, cuando notó la mugre de la chimenea y pensó que no le vendría mal un baño después de la cena, lo que implicaría alimentar la caldera del sótano con más leña. Por fin cogió el periódico esperando otro artículo sobre Frank, una reseña de una de sus charlas o el anuncio de que le habían concedido alguna distinción. Vio entonces una página doblada y marcada con un asterisco. Acercó la vela.

No era lo que creía. Lo que estaba leyendo —y de la conmoción tuvo que contener el aliento— era un obituario: Maude Miriam Noel había fallecido hacía dos días en Milwaukee después de sufrir un coma tras una operación intestinal. Tenía sesenta y un años. «Hace tres lustros —contaba el artículo—, cuando copó por primera vez la primera plana de los rotativos americanos, era una belleza imponente de pelo rojizo y ojos avellana, una escultora de talento que se había granjeado el favor de los círculos artísticos de París». ¿Y ahora? Ahora estaba muerta. Y su herencia, que consistía en los efectos personales y los 7000 dólares que, por dictamen judicial, debía pagarle su ex marido, Frank Lloyd Wright, se la había dejado a una amiga de la juventud, la señora Leora Caruthers, de Santa Mónica (California). A cada uno de sus tres hijos, con los que no tenía tratos, les había dejado un dólar. El

funeral se celebraría en Milwaukee.

Olgivanna se quedó largo rato mirando fijamente el periódico y alisándolo, una y otra vez, mientras la vela se consumía y la señora Taggertz se movía en la periferia, cambiando ollas de una hornilla a otra. Se dijo que no sentía nada, o casi nada. Alivio, supuso, aunque sin asomo alguno de triunfalismo y, desde luego, tampoco de arrepentimiento o pena. Una extrañeza, eso era, como si el mundo se hubiese ido un momento para volver corriendo al cabo con toda su inmediatez. Estaba a punto de levantarse de la silla para ver cómo iba el pan (le había llegado de pronto el olor, su cálido aroma expandiéndose por la habitación hasta inundarlo todo, incluso por encima del guiso de gallina), cuando de repente las luces parpadearon un instante y volvieron. Sin pensárselo dos veces, se inclinó para soplar la vela y se levantó para sacar las hogazas del horno.

Segunda parte

Miriam

Prólogo a la segunda parte

En el segundo año de la Comunidad, la matrícula subió de 675 dólares a 1100 —un incremento del 63 %—, de modo que tuve que escribirle a mi padre para que me ingresara más dinero, cosa que no tuvo problema en hacer. Por entonces me encontraba ya hasta tal punto comprometido con la Comunidad, con Taliesin y con el propio Wrieto-san, que me habría sido imposible imaginar otra forma de vida; de hecho, si mi padre no hubiera venido en mi rescate, creo que habría acabado robando un banco para poder quedarme. Lo digo muy en serio. Aunque es difícil de explicar, lo cierto es que en todas las épocas, tanto prósperas como austeras, la gente, y sobre todo los jóvenes —y yo lo era entonces, un joven en bruto—, desea con todas sus fuerzas encontrar un lugar donde encajar, creer en una visión, pertenecer a algo mayor que ellos mismos. Yo no era distinto: vivía y respiraba por Taliesin. El sol se levantaba por el este y se atrincheraba en el cielo con el único fin de iluminar sus muros dorados. Invierno, primavera, verano, el año pasaba a tal velocidad que parecía que los días cayesen con un soplido, como en una de esas escenas de película en que el calendario se deshoja igual que una flor. ¿Otra vez era octubre? No podía creerlo, ninguno podíamos...

Más allá de mi constitución delgada, ese primer año perdí tres kilos y medio. Quemé a base de bien toda la flacidez acumulada tras años de estudio, sudé hasta que los músculos y los tendones se me tensaron. Tenía los dedos llenos de arañazos y magulladuras y el pulgar ennegrecido por el enloquecido aporrear del martillo. Me tosté hasta tener la tez brillante como la de un piel roja, y estaba tan familiarizado con las ubres de una vaca y con los gruñidos y olores de los cerdos que se revolcaban en el barro que parecía haber nacido con una brizna de hierba entre las paletas y con heno en el pelo. Y podía clavar una puntilla, serrar un tablón, partir leña y enyesar una pared tan bien como cualquier otro hombre del glorioso estado de Wisconsin. Todo gracias al enfoque práctico de Wrieto-san y a su permanente insolvencia, que le obligaba a poner a trabajar a sus propios aprendices para llegar a fin de mes. ¿Se trataba de esclavitud, como más de uno ha afirmado? Tal vez, pero también reinaba un espíritu de camaradería, un todos para uno y uno para todos, que elevaba el trabajo pesado al ámbito de lo sublime, muy por encima del alcance de maldicientes y críticos de almas pequeñas e imaginación limitada. Los aprendices éramos acólitos y Wrieto-san, nuestro maestro. Vivíamos para servirle.

Mi padre me escribió una carta de seis páginas donde esgrimía sus objeciones al régimen de Wrieto-san, y donde, en resumidas cuentas, planteaba una única pregunta retórica: ¿qué hacía yo ordeñando vacas y rastrillando heno, como un campesino con su *kosode* de cáñamo y sus *getas* llenas de boñigas, cuando tendría que estar

diseñando edificios en mi patria? Concluía con un refrán: «*Kappa no kawa nagare*» (incluso un *kappa* —un ser mitológico que mora en los lagos— puede verse arrastrado por el río, o lo que es lo mismo: todo el mundo puede equivocarse). Con todos mis respetos a la sabiduría paterna, por no mencionar el cheque adjunto, yo lo rebatí con un «*Sumeba miyako*» (grosso modo, «Vivas donde vivas, acabarás amándolo»). Y, ciertamente, amaba Taliesin como no había amado nada en mi vida, si bien he de reconocer que habría preferido algo más de tiempo en la sala de dibujo y mucho menos con los trabajos pesados.

En un principio Wrieto-san contrató a una cuadrilla de carpinteros, picapedreros y aparceros de las poblaciones vecinas, a razón de dos dólares al día más comidas, para que avanzaran con la renovación de la escuela Hillside, que iba a ser reconvertida en una residencia para los aprendices, así como en un teatro y en un estudio nuevo; sin embargo, en ese cuarto año de la Gran Depresión, tuvo que prescindir de ellos porque estaba, como siempre, coqueteando con la bancarrota. Es más, el único proyecto viable de los que tenía entre manos era la casa Willey, de modo que, cuando no estábamos trabajando en el campo o dándole al martillo en Hillside, no había mucho más que hacer en la sala de dibujo aparte de copiar viejos diseños de Wrieto-san para practicar y aprender.

En un día cualquiera la jornada empezaba con la campana de las seis y media, seguida del desayuno a las siete. Comíamos todos juntos —salvo por los señores Wright, que lo hacían en un comedor aparte, que lindaba con otro más grande reservado a los aprendices—, y aunque a veces faltaba la carne, siempre había huevos, tortitas y gachas de avena suficientes para lastrar un navío de línea (Wrieto-san creía firmemente en las virtudes de la avena, tanto a modo de combustible para el cuerpo como de exfoliante). Cuando, en años posteriores, Svetlana pasó de prodigio musical a promotora de espectáculos, al desayuno le seguía media hora de práctica coral bajo la batuta del maestro. En otoño de 1933, sin embargo, nos poníamos directamente a trabajar. Entre las doce y la una y media parábamos para almorzar y, al cabo, reemprendíamos la tarea hasta las cinco, una hora antes de la cena. Los sábados por la noche se nos exigía que nos cambiásemos para cenar, tras lo cual aquellos con habilidades musicales —entre los que no me incluía— tocaban ante los aprendices congregados y ante Wrieto-san y familia, así como para los clientes potenciales y los invitados de turno. El desayuno de los domingos era la recompensa tras una larga semana de seis días: un despliegue de conservas, beicon, jamón, huevos, galletas y tarta. Por la noche se servía una cena formal en el incomparable marco del salón, donde podíamos sumergirnos por completo en la materialización de la arquitectura orgánica en todo su esplendor. A las diez se apagaban las luces, más que nada porque así lo exigía la hora de cierre de la planta hidroeléctrica.

Desde luego, los rigores y el aislamiento de la vida en el campo no estaban hechos para todo el mundo, y hubo un buen número de aprendices que se fueron al cabo de un año, incluidas cuatro de las cinco mujeres. Se rumoreaba que la que se

quedó, Esther Grunstein, una chica de veintidós o veintitrés años, con una falta de refinamiento casi sobrehumana, partidaria de los vestidos tipo saco y con unas manos desproporcionadas y un pelo tan cardado que parecía ir tocada con la capota incluso cuando no la llevaba, estaba disponible para todos los hombres que quisieran, por un precio que ella misma fijaba a su antojo. Al parecer, no llegaba «a la última base» —según me contó Herbert Mohl—, pero realizaba «trabajitos manuales» y, si estaba de humor y el aprendiz tenía dinero, felaciones. Mi relación con ella fue estrictamente colegial, si bien el aislamiento en que vivíamos, unido al aire libre y al ejercicio, sin duda hacía que nos subiese la salvia a todos y al final, in extremis, hasta llegó a parecerme guapa.

Pero al caso. Estábamos en octubre, y una pandilla de nuevos aprendices, que cargaba con maletas y cheques recién firmados, hizo su aparición; todos nos sentimos aliviados al ver que había cuatro mujeres en el grupo. Y lo más importante de todo, una de ellas era mi Daisy Hartnett.

El día que llegó, yo estaba en el estudio de la casa principal con Herbert, Wes y algún otro trabajando en los dibujos preliminares de una gran imprenta de periódicos que jamás llegaría a construirse en Oregón, cuando sonó el teléfono del despacho de Wrieto-san. Todos lo oímos claramente, al igual que oíamos sin problema todo lo que el maestro decía por el auricular cuando engatusaba a los clientes o se excusaba ante los acreedores, puesto que su despacho solo estaba separado del estudio por la cámara acorazada de piedra en la que guardaba sus grabados japoneses más preciados. Se oyó el clic del teléfono al cogerlo, seguido de la meliflua voz de tenor de Wrieto-san por encima del silencio resquebrajado:

—¿Quién? ¿Aprendices? ¿En la estación ha dicho?

Al momento siguiente, salía Wrieto-san, como hacía cien veces al día para corregirnos los dibujos, echar un tronco al fuego o cogernos a uno o a otro para mandarnos a por un recado, suplir a alguien en la cocina o salir corriendo al campo para cambiar las flores de las hordas de jarrones que estaban esparcidos por toda la casa. Todos nos levantamos, como cada vez que entraba en el estudio, por muy concentrados que estuviéramos en lo que teníamos entre manos. Vino directo a mi mesa y me dijo:

—Tadashi. —Se me acercó con un lápiz recién afilado en la mano y con aquel inconfundible olor a grafito y a cedro tallado—. Voy a necesitar que te acerques rápidamente a la estación a recoger a dos nuevos aprendices que acaban de llegar. —Hizo una pausa, miró mi dibujo y luego de nuevo a mí—. Confío en que el Stutz esté operativo, ¿es así?

—Sí, Wrieto-san —le dije levantándome a trompicones de la silla para hacerle una breve reverencia—. Hemos conseguido reparar el guardabarros delantero por la parte que... ejem, y también la rueda...

El coche, el mismo que Wrieto-san nunca dejó de criticar, se había visto sometido a un abuso desproporcionado a lo largo de aquel año, hasta el punto de que había

degenerado del deportivo que había salido del concesionario impecable a un vehículo de campo destartado y con achaques. El eje delantero estaba desalineado y las ruedas tan llenas de parches que parecían un parche en sí mismas, mientras que la carrocería, por su parte, había adquirido otra forma totalmente distinta. El esquema cromático hacía tiempo que había abandonado el negro abisal y el amarillo canario por un uniforme rojo cheroqui, que era el color totémico de Wrieto-san y con el que insistía en embellecer todos los vehículos —todos los de Taliesin, le perteneciesen o no—. Un diligente mecánico de Madison me había hecho el apaño, a cuenta de mi propio bolsillo, para gran satisfacción de Wrieto-san.

Ya había cogido la goma y había empezado a cambiarme indiscriminadamente el dibujo que llevaba haciendo toda la mañana. Apenas levantó la vista cuando añadió:

—Son dos, Greiner y Harnett, mujeres.

No sabía qué esperar y tampoco quería ilusionarme más de la cuenta. No era exactamente tímido —me habría calificado más bien de «reservado»—, pero era casi seguro al cien por cien («Greiner, Hartnett, mujeres») que serían caucásicas, como prácticamente todo el mundo en el níveo estado de Wisconsin; y no porque Wrieto-san no se rodease de un buen plantel internacional —los que llegamos a la categoría de delineantes a sueldo éramos de Japón, Polonia, Suiza y Checoslovaquia, y uno de los aprendices, Yen Liang, era chino—, pero, por lo demás, la Comunidad era exclusivamente estadounidense; al igual que lo eran estas chicas, y por lo general las americanas tenían sus tabúes sobre el mestizaje. Yo lo sabía, como todo el mundo. ¿Qué remedio me quedaba sino ser reservado?

La mala suerte quiso que estuviera lloviendo, y bien. Sin duda habría causado mejor impresión en el Bearcat con la capota bajada, pero tendríamos que apretarnos en el asfixiante interior, que olía —una vez más, por pura mala suerte— como si hubieran estado asando pollos dentro (y podía ser); aparte estaba el problema de la tracción delantera: cada vez que llovía su superficie permeable se convertía en un lodazal amazónico, justo como entonces. Las ruedas traseras se hundieron en dos ocasiones hasta el bastidor, y tuve que volver a la casa a por una pala para sacarlas. Para cuando llegué a la carretera, ya no tenía zapatos sino más bien unas esculturas resbaladizas y relucientes de barro multicolor, la chaqueta empapada y los dobladillos del pantalón más flojos que el pellejo de dos ardillas recién desolladas. Bregué con el embrague, volé sobre hoyos, charcos y baches y aparqué delante de la estación tan solo una hora después de salir de la sala de dibujo.

A través de la cortina de lluvia y del parabrisas empañado, distinguí dos figuras borrosas acurrucadas en un banco bajo la cornisa del apeadero. Eran siluetas femeninas, con blusas y sombreros, y las curvas de las caderas contra los pliegues de faldas. Las flanqueaban paquetes ensombrecidos, cajas de sombreros, maletas enormes y un único baúl de viaje tan grande como un piano. Ninguna hizo ademán de

moverse. Apagué el motor y me apeé con cautela, pues la calle la anegaban ondas trezadas de agua pardusca. El aguacero me acható el sombrero contra la cabeza al tiempo que la capa superior de barro se me desprendía de los zapatos y se disolvía en dos medias lunas negras sobre la acera.

—¡Hola! —les grité, vadeando el canalón y saltando los escalones, radiante como un vendedor de unos grandes almacenes de Ginza—. ¡Bienvenidas a Spring Green! —Me dejé llevar por un exceso de energía (o de nervios, si queréis)—. ¡Ojalá hubiésemos dispuesto un tiempo mejor para su llegada! —añadí como un tonto.

Ambas mujeres, con caras inexpresivas y descoloridas, me miraron fatigadas por debajo de las alas de sus sombreros. Una (Daisy, supe luego) estaba fumando, acurrucada contra las rodillas y los faldones mojados del abrigo, y avivó la llama de la colilla con una calada larga y desenfadada hasta que se le iluminó el rostro y, aunque no lo tenía planeado (estaba fumando sin más), el efecto fue bastante teatral. Llevaba un sombrero acampanado de ala redonda y rígida que le ocultaba los ojos y el pelo, del que solo se le veían unos rizos rubios por la nuca cuando se inclinaba para dar una calada. Hasta donde pude ver, tenía unas piernas largas y sinuosas, pero también atléticas. Comprendí en el acto que tenía *hara*, una cualidad que suele traducirse por «espíritu» o «vida» (como en «tiene mucha vida»), aunque en realidad se refiere al estómago, donde los japoneses creemos que reside el verdadero centro del cuerpo y la puerta de entrada al alma. En su época mi madre tuvo mucho *hara*; al igual que mi padre, si bien, por desgracia, las tribulaciones de la guerra se lo extirparon de cuajo.

La otra mujer —o chica, porque solo tenía diecinueve años— no llamaba mucho la atención, salvo por los rápidos movimientos de sus acuosos ojos bovinos; y sus pecas, que le plagaban cada franja visible de piel, las muñecas, los tobillos, el dorso de las manos, las mejillas, la frente y la barbilla. Se llamaba Gwendolyn Greiner. Me midió con la mirada y me preguntó:

—¿Y tú quién eres?

Hice una profunda y resuelta reverencia.

—Tadashi Sato —respondí. La lluvia caía en cascada desde los aleros y olía a sembrados empapados, a moho, a podredumbre subterránea, a pueblo—. Me manda Wrieto-san.

—¿¡Quién?!

Ya entonces Gwendolyn Greiner hizo gala de dos rasgos que acabarían definiéndola en las semanas y meses venideros: un mal humor ofensivo y cargado de nasalidad y un gesto inquisitivo que le arqueaba el labio superior, dejando a la vista una desproporcionada dentadura equina. ¿Me caía bien? No, nada bien. Y sus pecas —sus lunares— me daban verdadero asco. Pensar en sus antebrazos bajo las mangas del abrigo y la tela del vestido, los brazos, el pecho, la espalda, toda ella... En fin, siento emitir un prejuicio personal mío, pero en mi opinión la piel de una joven ha de ser tan lisa e impecable como la gamuza más suave, piel de bisoña, de virgen, de

niña.

Repetí la reverencia mirando a Daisy, que sostenía el pitillo en los labios con tal desenfado que parecía que estuviese ya instalada en su cuarto, con la ropa colgada en el armario, con los libros en la repisa y los pies enfundados en zapatillas de raso, mientras el fuego crepitaba vigoroso en el hogar.

—Disculpen. Me refería al señor Wright. Me manda el señor Wright, de Taliesin.

—¿Tú? ¿Tú vienes de Taliesin? —inquirió Gwendolyn.

—Sí —respondí, mientras mi sonrisa de bienvenida empezaba ya a borrarse—. Soy uno de los aprendices veteranos de Wrieto-san... del señor Wright.

Fue entonces cuando Daisy habló por primera vez:

—Madre del amor hermoso, Gwen, ¿es que no ves que intenta ayudarnos? —Se había levantado y avanzaba hacia mí con la mano tendida y los labios fruncidos para soltar una cinta de humo hacia atrás—. Y ¿cómo ha dicho que se llama? —me preguntó tendiéndome la mano. (Tenía, por cierto, los ojos del venerable azul oscuro de la porcelana Noritake, así como una piel perfecta).

—Tadashi —repetí, con una reverencia tal que le rocé la muñeca con la frente—. Tadashi Sato.

Después de mirarme por última vez con mala cara, Gwendolyn Greiner se metió en el coche mientras yo lidiaba con los ángulos imposibles del baúl. En honor de Daisy, diré que se aventuró por la lluvia e hizo todo lo que pudo para ayudarme a asegurarlo en el asiento trasero.

—No, no, Tadashi, aquí, por aquí —murmuró tocándome el brazo para enfatizar sus palabras mientras las calles se desbordaban, la lluvia caía y todo en el universo palpable goteaba.

Por fin conseguimos poner bocabajo el armatoste sobre el asiento calado, pero como no había llevado cuerda (iba preparado para maletas, bolsas de viaje y esas cosas, y no para un trasto de aquel tamaño; empecé a preguntarme si Daisy y su compañera no habrían confundido Taliesin con un hotel de vacaciones en los montes Catskills o con un transatlántico), tuvimos que confiar en que la fuerza de la gravedad lo mantuviese allí durante todo el trayecto hasta la casa.

Y lo habría mantenido, de no haber sido por la rudimentaria lección de física que nos impartió el repecho final de la entrada a Taliesin. Si quería desprender el barro de las ruedas, no tenía más remedio que revolucionar el motor y subir la cuesta a toda velocidad, con las ruedas traseras coleando como un pez (bonita expresión, por cierto) y el Bearcat batiéndose el cobre en el desnivel. Llegó un momento, sin embargo, en que el volante pareció cobrar vida propia, como animado por algún espíritu oculto que tirase en contra de mis esfuerzos conscientes por mantener las ruedas bajo nosotros y el chasis en horizontal, mientras avanzábamos a tal velocidad que el barro no consiguió detenernos. Debía faltarnos solo un cuarto del camino hasta la cumbre, con la cima y los acogedores brazos de la explanada ya a la vista, cuando se produjo una gran sacudida; Gwendolyn Greiner soltó todo el aire de los pulmones

como si estuviera ahogándose y ambas chicas se cogieron del salpicadero al tiempo que el baúl se soltaba y salía catapultado al lodo y el Bearcat patinaba a la derecha y se quedaba parado contra uno de los árboles que habíamos plantado la primavera anterior para adornar el camino de entrada.

Daisy acabó más cerca de mí, tanto que pude oler su perfume, a lilas y lavanda. Tenía los ojos muy abiertos. Me sentía un poco abochornado, había esperado salir más airoso, pero, como decía Wrieto-san siempre que alguien se rompía una pierna o se clavaba un rastrillo en la mano: «Son gajes del campo».

—¡Dios Santo! —espetó Gwendolyn Greiner, asomándose por detrás de Daisy para dedicarme una mirada moteada—, ¿dónde te dieron el carné de conducir?

El baúl había acabado a treinta metros del coche. El árbol seguía en su sitio, aunque inclinado hacia el otro lado, y en el guardabarros delantero del Bearcat se había pintado una rozadura en forma de hoz, de color negro abisal por debajo del rojo cheroqui. Le respondí lo único que se me ocurrió —«En Chicago»— y Daisy, bendita sea, rompió a reír, con una risa tan contagiosa, tan de hoyuelos, dulce y melodiosa que al poco Gwendolyn y yo estábamos también riendo, tanto que el coche se balanceó por el movimiento, mientras el aguacero se aplacaba y el barro se endurecía bajo las ruedas.

Al final, pese a mis colosales esfuerzos por liberarlo, tuvimos que dejar allí el coche, bajar chapoteando por el camino para recuperar el baúl (o, más bien, yo bajé chapoteando por el camino para recuperar el baúl, siempre servicial y sí, «decoroso») y regresar por la tortuosa subida hasta la explanada de entrada y la puerta de la cocina. Las chicas iban con una maleta empapada en cada mano y un par de bolsas chorreando al hombro, mientras que yo tiraba del baúl así como de su caparazón de barro, cada vez mayor. Teníamos los zapatos remachados de negro, mis pantalones estaban ya para la montaña de lavar y a las chicas se les adherían las faldas empapadas —y sinuosas— a los muslos. Nos detuvimos un instante, guareciéndonos bajo los aleros, antes de que me decidiera a quitarme los zapatos y abrir la puerta de la cocina.

En el acto me vi avasallado por una bocanada de sopa de col a la montenegrina, que se te agarraba a la pituitaria para no soltarte, y por el estremecedor tono *in crescendo* de la señora Wright, que estaba trajinando en la encimera, junto a Emma, Mabel y un aprendiz pelacebollas.

—¡Fuera! —chilló—. ¡Sal ahora mismo, que estás lleno de barro!

—Pero, señora Wrieto-san —empecé a decir, aunque por instinto cerré la puerta hasta dejar solo una rendija por la que hablar—, he venido con Greiner y Hartnett, dos señoritas nuevas.

Al momento la señora Wright estaba en la puerta mirándonos con su cara larga y sombría. Gwendolyn sonreía mientras Daisy intentaba encenderse un cigarro.

—En las instalaciones no está permitido fumar —le dijo la señora Wright con voz inexpresiva—. El señor Wright está en contra, y yo también.

Seguía con la puerta entornada. El aprendiz, cuyo nombre desconocía porque había llegado el día anterior, me miró con cara de perplejidad, incapaz de entender qué había hecho para acabar cambiando los útiles de dibujo por un delantal y un cuchillo de mondar. Por el rabillo del ojo vi una gallina salir de la cochera, picotear algo en el barro y desaparecer en la penumbra. La lluvia babeaba por los aleros.

—Lo siento, pero están llenas de barro y tendrán que cambiarse antes de... Tadashi, ¿quieres enseñarles sus habitaciones, por favor? —Movié la barbilla de un lado a otro y volví los ojos en las cuencas como un actor haciendo señas a los bastidores—. Fuera, por la explanada... en ¿tus antiguas habitaciones?

Lo preguntó, como si no fuese a entenderla y pudiera llevar a las chicas a rastras por la Logia Azul o el salón, que estaba fuera de la jurisdicción de los aprendices, salvo en las gloriosas horas de las cenas de los sábados. Sin embargo, no había posibilidad de malinterpretar sus intenciones: había conseguido instalarnos a un buen número de aprendices varones en Hillside, y era evidente que quería separarnos por completo de las mujeres, que se alojarían en la casa principal; donde, en teoría, podría tenerlas controladas...

Hice una breve inclinación y respondí:

—Sí, claro, señora Wrieto-san.

Acto seguido, la mujer fijó la vista en Gwendolyn y en Daisy e hizo un esfuerzo por separar ligeramente los labios, en lo que pretendía ser una sonrisa elegante.

—Y bienvenidas, chicas. Bienvenidas a Taliesin. Ya tendremos tiempo de sobra para hacer las presentaciones en cuanto se hayan secado. —Hizo una pausa y la sonrisa desapareció para dar paso a una mueca inquisitiva—. Ustedes cocinan, ¿no?

Cuantas más vueltas le doy ahora, con el paso de los años y la reflexión sobre ciertos pasajes dolorosos que la colaboración con mi nieto político me ha aportado a través de estas páginas, más firme es mi conclusión de que la señora Wright fue igual de responsable del fin de mi relación con Daisy —de «echarle un jarro de agua fría», como dice la expresión— que su marido. No cabía duda de que estaban conchabados al respecto; no es mi intención sugerir que Wrieto-san albergara ningún prejuicio racial —todos los indicios, tanto en público como en privado, demostraban sin lugar a dudas que reverenciaba a mi pueblo y a mi cultura—, pero es innegable que en su actitud daba muestras de lo que tan solo puedo llamar hipocresía, y no hablo solo de mi romance, sino de los asuntos personales de todos los aprendices. ¿Adónde quiero ir a parar? A que era un dictador —«Papá Frank»— y ella, la señora Wright, Olga Lazovich Milanoff Hinzenberg Wright, era su compinche y esbirro, o esbirra. Era tan simple como esto: debido a su escandalosa conducta durante lo que los estudiosos llaman sus «años perdidos» y a la forma en que todo eso afectó negativamente a sus

relaciones con la comunidad y, en un plano más material, a la habilidad de Wrieto-san de ganarse la vida como arquitecto, ambos estaban resueltos a extirpar de la Comunidad todo olor a indecencia. Si eso suponía manipular las vidas y las emociones de los jóvenes bajo su tutela, así sería, sin más reparo o mayor consideración: *realpolitik*.

Desde el principio, Daisy y yo nos sentimos atraídos y dejamos a un lado todas las diferencias raciales y culturales. Todo empezó con la mirada que me había echado en la estación, con la gracia natural con la que había aceptado mi ayuda y, tras haberle llevado el baúl hasta el cuarto que compartía con Gwendolyn (y meterlo con calzador por el marco de la puerta, donde me desollé el codo y me dejé las dos espinillas), con el prolongado apretón de manos que me había ofrecido a modo de recompensa. Y ¿por qué? Pese a mi timidez, yo era algo más que meramente presentable: mi madre no paraba de decirme por carta lo apuesto y elegante que salía en las fotos que le mandaba, y mi novia anterior, la que me dejó por el trombonista y cuyo nombre no revelaré aquí, reconoció que yo era la comidilla de la residencia de chicas y más de una vez me aseguró que dejaba al resto de hombres a la altura del betún, tanto en la cama como fuera de ella. (Lo que clama al cielo y plantea la pregunta, un tanto desconcertante, de por qué rompió entonces conmigo). Por lo demás, como he dicho antes, la vida en el campo me había cambiado la figura y me había dotado de un porte más robusto e incluso gallardo. Tenía una mente ágil, un inglés más que correcto y mi talento para el diseño arquitectónico era tan bueno o más que el de cualquiera de mis compañeros aprendices; para colmo, descendía de una de las familias más antiguas y veneradas de Japón. ¿Cómo no iba a colarse Daisy por mí?

Esa misma noche, después de una cena extenuante en la que todos los hombres intentaron torpemente trabar conversación con las recién llegadas, y Herbert Mohl no dejó de mirar a Daisy con los ojos como platos, como si se la hubiesen servido en su concha para él y solo para él, me la llevé a un aparte y le pregunté si quería venir conmigo —o con nosotros, un grupo heterogéneo— a echar un trago en la taberna más cercana. Estábamos en una esquina del comedor, con Gwendolyn distraída por las atenciones de cuatro o cinco aprendices varones, quienes al parecer no compartían mis prejuicios por las tachas epidérmicas; entre tanto, la lluvia caía por los aleros sin canalón con el rugido de las cataratas del Niágara, las luces eléctricas parpadeaban y el aire pendía vaporoso y fecundo. El tiempo quedó en suspenso mientras cada uno por su lado sopesaba la posibilidad de irse a la cama temprano o bien dar rienda suelta a nuestra efervescencia juvenil. Tuve que alzar la voz para que me oyesen con el tumulto de la lluvia.

—¿Queréis que vayamos a echar un trago? —grité prácticamente, justo en el momento en que Wrieto-san y la señora Wright entraban en la estancia acompañados de Svetlana y de Iovanna.

No sé si se me fue el color de la cara o si la última palabra se me quedó atascada

en la garganta, pero sin duda me pillaron en un renuncio. Todos. Lo cierto era que rara vez los Wright se nos unían después de la cena; por lo general salían a dar un paseo, colina abajo o por la explanada y las inmediaciones. Esa noche, sin embargo, juzgaron conveniente permanecer en el interior hasta el último momento y pasar por nuestro comedor y la cocina antes de aventurarse bajo la lluvia. Fuera como fuese, Wrieto-san se comportó como siempre, con sus aspavientos y sus peroratas, e hizo comentarios jocosos sobre el tiempo y sobre el nuevo corte de pelo de Yen; la mujer, en cambio, nos miraba con recelo, como si me hubiese oído. Yo sonreí, hice una reverencia y saludé, pero, en cuanto pasó de largo, bajé la voz para terminar la invitación:

—En lo del *Estirado*.

Daisy, a la que ya había felicitado porque le sentaban mucho mejor la blusa seca y la falda sin barro, se me acercó y me dijo con una sonrisa cómplice:

—¿*Estirado*? —Soltó una carcajada, o más bien una risita, en realidad—. ¿Es que ha muerto el pobre hombre? Suena a estirar la pata...

Lo del *Estirado*, la informé, era una taberna construida y regentada por su dueño, uno de los lecheros de la zona, Vale *el Estirado*, quien había vendido su fábrica de quesos debido a la fiera competencia de Carnation y a otros apuros mayores y había usado lo obtenido por la venta para erigir un local de bebidas, para gran consternación de Wrieto-san y gran deleite de sus aprendices. La taberna estaba situada en «nuestro» lado del río Wisconsin, a mitad de camino del pueblo de Helena; a un paseo a pie, incluso bajo la lluvia.

—Ya verás, no está lejos.

—¿Vamos andando?

—Sí —le dije bajando aún más la voz mientras la señora Wright y sus hijas salían de la habitación—. Es que, verás, si arrancamos uno de los coches a estas horas, seguro que Wrieto-san se entera...

—Y no lo aprobaría —Daisy estaba observándome de cerca, con los labios retraídos en una sonrisa expectante. Llevaba una falda estampada y una rebeca blanca que le ceñían justo lo que debían. Liberado de la prisión del sombrero, tenía el pelo suelto en una marejada de ondas, al estilo de la actriz que le había bajado los humos al gran simio del estrafalario taquillazo de aquel año.

—Sí —admití, y no pude evitar mirar nervioso hacia donde estaba Wrieto-san con un corro de aprendices (Herbert, Wes, Yen y Edgar Tafel) divagando sobre uno de sus múltiples temas. «Mis chicos», nos llamaba a todos, omitiendo por conveniencia la existencia de las mujeres.

—Cualquiera diría que te da miedo.

En mi defensa diré que, si no recuerdo mal, no intenté esgrimir ninguna fanfarronada o bravuconería con la que los hombres suelen responder a una pregunta semejante (que al fin y al cabo viene a ser un desafío a la virilidad del interpelado). Me limité a apartar la vista y decirle la verdad:

—Pues sí.

Y para descargo de Daisy, quien sin lugar a dudas era un espíritu libre, diré que me cogió del brazo y me susurró:

—Bueno, ¿a qué esperamos entonces? ¡Vámonos a lo del *Estirado*!

Los detalles concretos de aquella noche se me escapan después de tantos años y, por supuesto, la ocasión se me confunde en el recuerdo con tantas otras; puedo afirmar, sin embargo, que fue un rato distendido, en que tomamos cervezas y licores más fuertes, echamos monedas en la gramola, charlamos, bailamos y nos sentimos como si hubiesen quitado el tejado para regalarnos el cielo solo por pedirlo. Lo que sí recuerdo, no obstante, fueron las secuelas. Siguió el pateo de vuelta bajo la lluvia, unas diez o doce personas desperdigadas por la carretera, que era una veta negra bajo el aguacero que caía de un cielo aún más negro, payasadas masculinas, el amedrentamiento del inocente ganado de los campos y una beoda inconsciencia ante los peligros del tráfico rodado (que brillaba por su ausencia), y más payasadas masculinas. Éramos jóvenes y había mujeres a las que impresionar. Si no recuerdo mal, esa fue la noche en que uno dejó su huella miccionando en el radiador del Cord Phaeton de Wrieto-san. Por lo demás, es bastante probable que origináramos cierto ruido en la explanada cuando galantemente acompañamos a las señoritas a sus aposentos.

A la mañana siguiente, estaba yo enfrascado en un corte que estaba haciendo de un ala de la futura imprenta, con el cerebro hinchado tras los ojos y mi tracto gastrointestinal al borde de una fatal dehiscencia, cuando uno de mis compañeros — Herbert Mohl, el del pelo incoloro, los ojos transparentes y cara de tímido— se me acercó para decirme que me requerían en el salón. Se me fueron los ojos a él. ¿Que me requerían?

—Sí —me dijo con la voz cavernosa de un verdugo—. La señora Wright.

Intenté mantener a raya mis emociones mientras iba de la sala de dibujo al salón a través de la logia. La señora Wright no convocaba a nadie así porque sí, eso lo sabíamos todos, y además parecía tener una hipersensibilidad, casi de vidente, para lo que sucedía en la casa, hasta el punto de que, aunque no estuviera presente, notabas que tenía sus tentáculos extendidos. Era posible que estuviese disgustada con la decoración de mi cuarto o que tal vez se hubiese fijado en algo que había hecho en los sembrados, al recoger patatas, por ejemplo, o incluso que tuviese alguna queja sobre mi forma de conducir o de vestir: todo podía ser. Aunque, claro está (y he de admitir que tenía la presión sanguínea por las nubes), la apuesta más segura tenía que ver con lo ocurrido la noche anterior. A la señora Wright no le gustaban ni *el Estirado* ni su taberna. No le gustaba la bebida, y lo que menos le gustaba era que los aprendices se dejaran ver en público bebiendo, y para colmo en compañías mixtas.

Seguía lloviendo, la vista tras las ventanas estaba emborronada y las habitaciones húmedas y frías, con un olor orgánico como nunca. Por primera vez no me quedé mirando fascinado las esculturas, los muebles, la osada geometría de la alfombra o la

forma en que las distintas superficies de la vivienda parecían brotar de los pilares de piedra apilada, como un árbol que echase ramas infinitas. Avancé como un autómatas y solo titubeé al llegar a la entrada del salón para aclararme la garganta.

—Pasa —me dijo la señora Wright.

Estaba apoltronada en el poyete de la ventana, frente a la chimenea, envuelta en un chal. Se había peinado el pelo hacia atrás con tal severidad que parecía amordazarle la cabeza. No sonrió ni me ofreció asiento, se limitó a esperar a que estuviese delante, al otro lado de la alfombra para luego, en voz baja, comentar que la había decepcionado.

—Y no solo a mí —prosiguió—, sino también al señor Wright y todo lo que representa (la verdad frente al mundo, la causa de la arquitectura orgánica, la lucha contra la falta de gusto y la insulsez del Estilo Internacional), por no mencionar la decepción para sus colegas y la propia Taliesin.

—¿Tiene esto que ver con lo de anoche? —osé preguntar.

—Tiene.

—Bueno, es que..., de vez en cuando, o solo esta vez, en realidad, en fin, me pareció que sería apropiado dar la bienvenida a los nuevos de una forma más fraternal, soltarnos un poco el pelo y esas cosas...

—Como beber.

Me quedé callado y la miré a los ojos, a esos pozos oscuros e impenetrables como las onzas de chocolate de la despensa.

—Alcohol —remató, con los labios en una mueca de disgusto—. Cerveza, whisky, ginebra... Y en un local de baja estofa, ¿cómo lo llaman ahora...?, ¿un tugurio?, un tugurio como la taberna del *Estirado*. ¿Qué impresión le parece que da a la gente que quiere destruir Taliesin?, ¿a la gente de la comunidad, a la prensa y a los chismosos?

Bajé la cabeza y murmuré algo sin sentido. Estaba tan angustiado ante la coyuntura que tal vez incluso se me escapasen algunas palabras en japonés.

—Y relaciones entre sexos —continuó, entrelazando los dedos y reposando las manos sobre el regazo. La luz fría y letal de la tarde enjuagada se le adhería al lado derecho de la cara como un envoltorio—. No podemos permitirnos que la gente crea que alentamos cosas así, no entre los aprendices solteros, como usted. —Hizo una pausa para dejar que el desalentador sonido de la lluvia subiera de tono, como la banda sonora de un melodrama del celuloide—. Y esta chica nueva, esta Daisy, no puede ver comprometida su reputación. Ni nosotros tampoco, como estoy convencida de que sabe, Tadashi.

No había nada que decir, ni como disculpa ni como atenuante.

—Sí —contesté.

Otra pausa, la lluvia *in crescendo*, el fuego devorando los troncos que el aprendiz de turno había puesto entre los morillos. Separó las manos y empezó a frotárselas entre sí, como si toda la fuente de su disgusto estuviera concentrada en los ásperos

callos de sus palmas.

—¿Me he expresado con claridad?

Hice una reverencia lo más profunda que pude —deponiendo mi vergüenza, mi constricción y mi capitulación— y a continuación salí también entre reverencias, giré un lento talón, amortiguado por la alfombra, y me escabullí de vuelta a la sala de dibujo como el penitente que era.

Más tarde, ese mismo día, después de terminar de trabajar a las cinco, Wrieto-san pidió tener unas palabras conmigo. Estaba en su despacho dictando la correspondencia a su nuevo secretario, Eugene Masselink, y apenas levantó la mirada cuando aparecí bajo el umbral. De haber habido puerta, habría llamado, pero, a falta de esa opción, me quedé allí parado sin más, aparentando estar tranquilo mientras el maestro declamaba y el lápiz de Gene Masselink volaba sobre la hoja.

—Estimadísimos señores Willey: Supongo que estarán ustedes ya angustiados por su arquitecto, ¿convencidos tal vez de que no les echa cuentas a los Willey? Retorno. Han de saber, sin embargo, que está enfrascado en el trabajo, a pesar de los retrasos, que solo serán de ayuda, esperemos, y con su nueva casa en lo más hondo de su corazón.

Me quedé esperando a que terminara la misiva, que resultó ser una mezcla perfecta de dorar la píldora, sermonear y vender la moto a partes iguales, sin que Wrieto-san se percatara de mi presencia hasta ese momento.

—Tadashi, unas palabras solo —me dijo saludándome con un gesto desde el otro lado de la mesa.

Gene —que era joven, más que yo, enjuto y desgarbado, con una nariz de ave de presa y con un mechón tieso de pelo surgiéndole de la coronilla como un penacho de plumas— alzó la mirada alarmado y la luz se reflejó en sus gafas.

—Sí, Wrieto-san —le dije con una reverencia.

—Hablemos de las mujeres —me dijo clavándome la mirada, esos ojos de arquitecto que no perdían detalle, que siempre le brillaban, incluso aunque estuviese agotado, como iluminados por un voltaje interno que nunca sufriera un pico, flaqueara o padeciera un corte en su suministro. Era Frank Lloyd Wright, el mayor arquitecto de su época y de todas, y estaba reprendiéndome, duramente... Sentí un escalofrío—. Y del consumo de bebidas alcohólicas. —Hizo una pausa y acarició el bastón sin apartar la vista de mí—. El alcoholismo (y créeme, lo he visto a menudo en el negocio de la construcción) es una enfermedad mortal, una dolencia, un vicio. Destruye a los hombres, Tadashi. —En ese momento, golpeó el parqué de ciprés con el bastón, como para subrayar sus argumentos—. Y no distingue entre estatus, raza o ninguna cosa que diferencia a un hombre de otro; o a una mujer. Aunque está claro que el vicio es más fuerte entre el género masculino.

Hice un amago de protesta:

—Pero, Wrieto-san, me conoce ya usted desde hace más de un año, y ha visto cómo trabajo. Sin duda debería saber mejor que nadie que no soy un alcohólico...

—La negación es el primer síntoma. La bebida te tiene atrapado, Tadashi, y la señora Wright me ha comentado que estás arrastrando a otros por el mismo camino (como la parranda de anoche), y no podemos permitir ese tipo de comportamiento aquí, en Taliesin. Nos degrada y nos hace parecer unos impostores, aquí, en medio del campo, donde el trabajo duro y la comida sencilla deberían bastar para mantenernos.

—Pero...

—Y el tema de las mujeres, Tadashi. El matrimonio es una empresa muy seria y realmente te veo demasiado joven e inmaduro como para considerar siquiera un compromiso tan exigente, por no mencionar a la joven implicada, cuyas inclinaciones y aspiraciones culturales podrían ser justamente lo opuesto de lo que esperas. ¿Cómo dicen en tu país? «En la juventud, una mujer ha de obedecer a su padre, en la madurez a su marido y en la vejez a su hijo». —Hizo una pausa para dedicarle una mirada a Gene y advertirle a él también. El bastón no paraba de tamborilear—. ¿Eres consciente de que la señorita Harnett es una estudiante de Bellas Artes que ha sido invitada aquí para estudiar escultura, textiles y pintura, además de para absorber los beneficios de la arquitectura viva? ¿De que es un espíritu independiente, e impetuoso incluso (tal vez algo asalvajado) y que su padre, médico, ha accedido a pagarle la matrícula porque a su entender la chica necesitaba un cambio de aires? ¿Entiendes a qué me refiero?

No dije nada y, en cambio, me puse colorado. Quise reír con ganas, echar la cabeza hacia atrás y gritar: «¿Daisy Hartnett? Pero ¡qué locura!». Si acababa de conocerla... Sabía de su existencia desde hacía veinticuatro horas y ¿Wrieto-san me hablaba de matrimonio?

El maestro adoptó un gesto adusto, con el rostro reconcentrado en torno al foco de sus finos labios fruncidos.

—Por cuestiones sexuales, por intimidad, por esas cosas que solo pertenecen al ámbito del matrimonio... Por eso está aquí ella, Tadashi, ese es su lastre. Y no es nuestra intención hacérselo más pesado.

—Pero..., Wrieto-san, con todos mis respetos, acabo de conocerla. Y yo no he pretendido nada, yo no sabía, yo solo... ¿Qué hay del compañerismo, del uno para todos y...?

—Tadashi, siento mucho decirte esto, pero es mi deber. —En ese momento apartó la vista de mí, cogió el borrador de una carta e hizo como si la repasara—. Estás despedido. Tendrás que hacer las maletas e irte —y después, para amortiguar el golpe—. Me temo que hasta aquí hemos llegado.

Hay momentos en la vida en que te sientes más vacío que un junco, como si tu yo interior se hubiese evaporado de un momento a otro y todo lo que hubieras logrado, amado o deseado hubiese desaparecido de un plumazo. Sentí eso mismo en diciembre

de 1941, cuando nos enteramos por radio de que habían atacado Pearl Harbor, y de nuevo en la década de 1950, cuando vivía en París y un hombre con bigote y gorra subió jadeando tres tramos de escaleras para entregarme el telegrama que me informaba de la muerte de mi padre. Y lo sentí entonces, como si me hubieran arrancado el *hara* de cuajo, igual que cuando los militaristas de Tojo volvían sus espadas contra sí mismos al saberse vencidos. ¿Despedido? ¿Expulsado de Taliesin? Había visto a otros partir desahuciados por una infracción u otra, pero no me imaginaba a mí mismo en esas circunstancias, todavía no, no en ese momento.

Hice una reverencia tan profunda que casi rocé el suelo. Y después oí mi propia voz surgiendo en un suspiro ahogado:

—Wrieto-san, su juicio no me parece digno de los altos ideales de Taliesin. — Hice una pausa, con la respiración sofocada y trabajosa—. Antes de irme, no obstante, ¿podría preguntarle una cosa sobre el diseño de la casa Robie? Siempre he admirado, al igual que todos mis compatriotas, ese diseño, que me parece la cúspide del estilo pradera, y me preguntaba cómo se le había ocurrido colocarla en paralelo a la calle en un solar tan estrecho.

Recuerdo que Wrieto-san dejó la carta y giró la silla para mirarme. Le llevó un momento reajustarse al cambio de tema y calibrarlo antes de descubrir una lenta oleada de placer en el rostro, anticipándose a lo que venía.

—Pues, bueno, verás —comenzó, y se olvidó por completo de mí—, tal y como has mencionado, para empezar estaba el problema del emplazamiento, en relación con la calle, ¿entiendes?, y con las estructuras ya existentes en la manzana...

Y siguió hablando y hablando, sin apenas respirar, hasta que sonó la campana de la cena. La lluvia había amainado y se había hecho de noche tras las ventanas. Se levantó muy despacio y se estiró, como si despertara de una siesta, miró a Gene, que también se puso en pie, y después a mí, viéndome por primera vez en el transcurso de aquella hora.

—Bueno, Sato-san —dijo por fin—, pelillos a la mar, supongo. Te quedas entonces. Pero que no vuelva a repetirse este... —Y movió la mano como para abarcarlo todo, toda posible conducta, todo fallo o desliz y desvío del camino de la arquitectura orgánica—... Este, este... En cualquier caso, tu trabajo ha sido satisfactorio. Y ahora, si no me equivoco, ha sonado la campana.

He de señalar que durante mi estancia en Taliesin me llamaron a capítulo media docena de veces y me expulsaron tres, pero en todas ellas logré distraer a Wrieto-san el tiempo suficiente para que se le pasara el disgusto: lo cierto era que le encantaba hablar, contar batallitas, sentar cátedra, hacer juicios y declarar animadversiones sin contemplación alguna: nunca era más feliz que cuando daba un sermón sobre el primer tema que le venía a la cabeza, mientras medía los pasos por el suelo, retorciendo el bastón y gesticulando; los aprendices, por nuestra parte, aprendimos a

aprovecharnos de tal circunstancia. Y he de decir, asimismo, como resultará obvio para quienes hayan leído con atención todo lo dicho hasta el momento, que Daisy y yo mantuvimos un concienzudo romance en las narices de los Wright: logramos colarnos en un cuarto u otro bien entrada la noche, hicimos uso de los sembrados cuando el tiempo mejoró e incluso, en una ocasión memorable, del celebrado molino que el arquitecto había construido de joven para sus tías y bautizado (con un nombre que no pudo estar más en sintonía con nuestros propósitos) Romeo y Julieta. Y que esa misma noche en que me llamó la atención, ni diez minutos después, entré en el comedor y la sangre me habló en un tono que no sabía de restricciones ni de normas cuando vi a Daisy entre los demás aprendices, como una emperatriz rodeada de plebeyos. No quería faltarles al respeto ni al maestro ni a su señora, pero por entonces creía, y sigo creyendo, que nadie tiene derecho a prohibir ninguna relación entre jóvenes que sienten una fuerte atracción mutua; a amantes, por hablar alto y claro. Daisy y yo lo éramos, y en todos estos años no ha pasado ni un solo día en que no haya pensado en ella.

Por lo demás, fue en aquella época cuando por fin tuve la oportunidad de demostrarle mi valía a Wrieto-san de una forma más explícita que con la regla y el cartabón (o que rindiendo pleitesía a un absurdo régimen semimonástico, ya puestos). Fue en un día fresco de finales de octubre en el que el sol arrojaba una mirada pálida y fría sobre los campos, con la estación ya en declive, los árboles sin vida y las sombras blanquecinas y deprimidas. Estaba en el huerto cogiendo manzanas con una cuadrilla de aprendices cuando Wrieto-san apareció dando zancadas en sus pantalones de montar y su abrigo largo. Conforme se acercaba, pudimos ver que llevaba una chaqueta nueva de tweed, el cuello rígido con los picos hacia arriba y el lazo de artista que le gustaba ponerse en las ocasiones más formales. Herbert, que estaba montado en el asiento del remolque y se valía de un rastrillo para desprender la fruta de las ramas superiores, se detuvo un momento y comentó con su voz hueca y rasgada:

—Parece que va a coger el coche para ir a la ciudad. ¿Quién será hoy el afortunado?

Wrieto-san intentaba no mostrar favoritismos y cada vez escogía a un aprendiz distinto, a su antojo, para que le acompañase a alguna obra en ciernes, que le hiciera un recado o simplemente cogiera la azada y le escuchase parlotear sobre algún tema que le rondara por la cabeza en esos momentos. Aquel día vino directo, se plantó en medio del grupo, en el que también estaban Esther y Gwendolyn, si no recuerdo mal, y me dijo con voz cantarina:

—Tadashi, ¿qué me dices?, ¿te vienes conmigo de excursión a Madison? Hay que recoger las herramientas para el proyecto de Hillside y hacer un par de mandados.

Condujo con la capota bajada a pesar de que, como he dicho, el día era fresco, y más que lo fue con las ráfagas de viento que provocaba el Cord cuando el maestro aceleraba a capricho y adelantaba vehículos rurales, acechantes camionetas y las

sombras reptantes de automóviles menos potentes. Se pasó el viaje pontificando, hablándome de sus clases y del dinero y del reconocimiento que estaban aportando a Taliesin, y que en los meses venideros seguramente se nos amontonarían los encargos, una avalancha que bastaría para tenernos ocupados en la sala de dibujo seis días a la semana. Me eché un pañuelo por el cuello, me puse la mano en la cabeza para que no se me alborotase el pelo y me limité a escucharle. Cuando nos acercamos a las afueras del pueblo, no pude evitar sentir una repentina oleada de orgullo: Wrieto-san me había escogido como su acompañante y el mundo entero sería testigo. Allí iba yo, a su derecha, intentando parecer digno a la par que despreocupado, pero sin lograr apenas borrar la sonrisa de puro júbilo que se me dibujaba en la cara. El automóvil de excepción gruñía cuando cambiaba de marcha, el capó relucía bajo una capa de cera recién echada y las ruedas cortaban la luz, mientras nos deslizábamos por aquellas calles empobrecidas, llenas de Fords larguiruchos y Chevrolets de capa caída, rodeados de un aura de gracia y privilegio. Allá donde íbamos, las cabezas se volvían para mirarnos.

Nos paramos a comer en un establecimiento de los que le gustaban a Wrieto-san: un bar de *drugstore* con debilidad por el exceso de *gravy*, de carne picada y de grandes montañas de patatas y maíz con habichuelas. Después fuimos a la ferretería, en cuya puerta aparcamos el Cord, que atrajo a un ejército de chiquillos y de lugareños boquiabiertos vestidos con mono y tocados con sombreros aventados. Wrieto-san concentró todo su encanto en el hombre del mostrador, pagó parte al contado (le debía ya varios cientos de dólares), recogimos las herramientas y salimos por la puerta, Wrieto-san delante y yo cerrando filas y cargado con los paquetes.

Nada más poner el pie en la acera, mientras sujetaba la puerta con un codo y me apartaba para dejar pasar a una recia campesina con un abrigo remendado que me resultó huidizamente familiar, me inmovilizaron por detrás. Dos brazos me rodearon, tensos como cables, y me vi arrastrado a una especie de baile de pies, al tiempo que soltaba sin querer los paquetes, un par de palancas y una hachuela de techar resonaban contra el cemento a mis pies y una bolsa de papel marrón estallaba en una lluvia de tornillos para madera. Traté de zafarme y volví como pude la cabeza para intentar ver a mi oponente, pero este había apoyado la frente contra mi nuca para hacer fuerza y lo único que sabía de él era que tenía un fiero aliento apestoso que me llegaba en fuertes explosiones y gruñidos de esfuerzo.

—¡Suélteme! —grité, y la gente empezó a pararse en plena calle para contemplar alarmada la escena—. ¿Está usted loco? ¡Que me suelte!

Me revolví con furia, pero mi oponente me tenía bien cogido. Danzamos por la acera y nos chocamos con el escaparate de la ferretería no solo una vez sino dos, el cristal temblando por el impacto. No sabía qué estaba pasando. Forcejeé con mi atacante para liberar el brazo derecho y arañarle la garganta.

Y entonces vi a Wrieto-san y lo comprendí todo. Un granjero con un mono y un jersey roto por los codos le tenía atrapado contra la puerta del Cord. Al maestro se le

había subido toda la sangre a la cara y tenía los ojos tan apretados que casi no veía, con una única y profunda zanja de animosidad entre ambos.

—Oiga usted, hijo de perra —le increpó el granjero, y lo dijo sin gritar, como si no fuese un insulto o una acusación, sino un simple hecho por todos conocido—, ¿qué se cree, que puede usted timar a mi mujer y no pagarle lo que le debe y después venir aquí en su bonito carro como si fuese un rey? ¿Tan superior se cree?

Wrieto-san había sacado pecho como un gallo y había alzado el bastón para defenderse. Retrocedió hasta el coche y gritó:

—¡No se me acerque! ¡Aléjese!

El granjero, sin embargo, ni se alejó ni medió más palabra: se limitó a coger impulso y tirársele a la yugular con la desmesurada cuña que tenía por puño saliéndole de la manga del jersey y haciendo impacto con un sonoro crujido contra el hueso y el cartílago de la nariz de Wrieto-san, quien no pudo resistir el restallante golpe. El maestro —que, recuerden, tenía sesenta y pico años— trastabilló y se escurrió por el guardabarros pulido del Cord como una foca en un mar encarnado, el bastón repicó contra el suelo y el sombrero salió disparado por su cuenta, con tan solo el abrigo para amortiguar la caída.

—¡Wrieto-san! —chillé (bramé, balé) y todo el mundo se quedó congelado en el sitio durante una mínima fracción de tiempo.

Al cabo, los brazos me soltaron y me volví en redondo para encarar a mi asaltante —que tenía la misma cara de irlandés mantecoso que el granjero, con los mismos ojos, solo que más ancha y joven—, y hubo un rápido intercambio de golpes sin importancia, mientras Wrieto-san, tal y como describe el incidente en la versión revisada de *Una autobiografía*, se levantó del suelo y cruzó los puños con su adversario (que volvió a tumbarle); luego ambos rodaron por el arroyo de la calle y se llenaron de barro y de la mugre de la alcantarilla. Por un momento, Wrieto-san se puso encima, con el grifo abierto de su nariz partida chorreando sobre su atacante con tal profusión y potencia que pensé que moriría desangrado, pero luego volvieron a enzarzarse y el granjero le ganó la posición y empezó a subir y bajar el puño con rápidos y violentos empujones.

—¡Quítenmelo de encima! —gritaba Wrieto-san—. ¡Quítenme a este hombre de encima, por el amor de Dios, que me mata!

Cuando cogí al granjero del hombro, se acercó más gente y un tendero barrigudo en mangas de camisa y tirantes intervino, cuando un hombre con una especie de uniforme reglamentario ordenó con voz férrea:

—¡Déjale ya!

El granjero se dio media vuelta, con el cuello inflamado y la cara del tamaño y el color de un jamón de tómbola, me dio un fuerte empujón y desapareció como una exhalación entre el gentío que se había materializado de la nada.

Entre unos cuantos ayudamos a Wrieto-san a levantarse y apoyarse aturdido en el guardabarros del Cord, con el pelo revuelto, una mejilla arañada y llena de barro y un

pañuelo rojo contra la nariz.

—Cojan a ese hombre —ordenó con voz temblorosa—. Quiero que le arresten. ¿Han visto lo que me ha hecho? —Repasó con la mirada la muchedumbre de tenderos, campesinas y mocosos—. Esto es un delito. Un delito en las mismísimas calles de Madison.

Nadie movió un dedo. El granjero había desaparecido con su hijo y su mujer (la señora Dunleavy, por si todavía les quedaba alguna duda). Tuve que ayudar a Wrieto-san a instalarse en el asiento del pasajero y domar el violento mecanismo del Cord como pude para plantarnos en el ambulatorio más cercano, donde un anciano médico rural se personó y le vendó la nariz con un arreglo de gasas y de esparadrapo que recordaba una telaraña. Y también me encargué de conducir de vuelta a Taliesin en el frío del ocaso, con el viento a todo trapo y Wrieto-san en modo púgil. No recuerdo si por entonces Boris Karloff ya había hecho su dramática interpretación en *La momia*, pero Wrieto-san tenía su mismo aspecto, con la cara perdida entre las vendas, blandiendo el bastón contra el cielo de poniente y atronando de ira durante todo el viaje de vuelta.

Pero ahí no quedó la cosa.

En cuanto remontamos la cuesta de la entrada y aparcamos en el llano, un puñado de aprendices, atraídos por nuestra llegada tan tardía y ansiosos por cualquier distracción de la rutina, salieron en tropel del estudio al oír el estertor de frenado del prodigioso motor del Cord. Wes iba en cabeza.

—¡Dios Santo! —exclamó este nada más salir por la puerta a la explanada—. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis tenido un accidente?

Al momento todos se habían apiñado a nuestro alrededor y miraban con ojos desencajados los vendajes de Wrieto-san, conscientes también de la anomalía que representaba que yo fuese en la privilegiada posición del conductor, con la cara encendida y una reluciente contusión punteada dibujándoseme en el pómulo derecho.

—Señor Wright, ¿está usted bien? —gritó una voz.

—Señor Wright... ¿necesita ayuda?

—¿Señor Wright?

—Tadashi, ¿qué ha pasado? Cuenta.

Wrieto-san abrió de par en par la puerta del Cord, apartó las docenas de brazos ansiosos con un belicoso movimiento de bastón y se apeó para quedarse allí plantado en el camino de entrada, con los hombros hacia atrás y los ojos en llamas, aunque aparentemente indemne, pese a la pérdida de sangre y al viento helado. Reparé entonces en que tenía desvaídas manchas marrones en las solapas del abrigo y en la camisa desgarrada y sanguinolenta —una pena, con lo blanca y almidonada que se la había dejado esa misma mañana un aprendiz—, así como aplastada lucía la copa del sombrero. No dijo nada, se limitó a quedarse mirando como si todo hombre y mujer

presentes fuesen responsables de lo que le había ocurrido y, acto seguido, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la casa. Solo cuando abrió la puerta y se adentró en la penumbra de sus habitaciones privadas, donde ninguno podíamos seguirle, pareció venirse abajo.

—¡Olgivanna! —le oímos berrear con la voz de un colegial que se ha desollado la rodilla en el patio de recreo—. Olgivanna, ¿dónde te has metido?, ¡porras!

En cuanto la hoja se cerró de un portazo, todos se giraron hacia mí, que seguía tras el volante del Cord, con el pelo hecho un auténtico desastre y los dientes castañeteando del frío, sin querer dejar pasar el momento. Daisy fue la única que consiguió espabilarme. Estaba allí mismo, inclinada sobre mí, con la cara suspendida en la luz de las ventanas, como si flotara sola. Su belleza me pilló con la guardia bajada. Estaba hablándome a mí:

—Venga, Tadashi, que nos morimos por saber qué ha pasado. Y tienes que abrigarte... y comer algo. Le dije a Emma que te guardara un plato.

Y entonces tenía sus dedos entrelazados con los míos e íbamos camino de la cocina con tres cuartas partes de los aprendices pisándonos los talones al tiempo que intentaba reconstruir la historia entre una tempestad de gritos y protestas. Estaba arrinconado en la encimera —acorralado, más bien, por la masa de cuerpos—, con un plato caliente de contundente comida empapada en salsa, mientras todos hablaban a la vez. El gigante de Wes, cuya cabeza, torso y hombros colosales sobresalían por encima de todos como si calzara zancos, chilló con un vozarrón forzado:

—Entonces, ha sido Dunleavy, ¿eh? ¿Ha sido él? ¿Dunleavy?

—Sí —le dije, y por sexta vez en otros tantos minutos describí la escena a las puertas de la ferretería y mi papel, mientras no paraba de frotarme un lado de la cara (que apenas me escocía) para llamar la atención sobre la medalla al valor que habría de llevar durante la siguiente semana y media.

No comí. No pude. La Comunidad —mis colegas y compañeros de litera, hombres y mujeres templados que veneraban las ideas y la estética del diseño por encima de cualquier expresión física de emoción— se había transformado en una panda de justicieros, de linchadores en potencia. Se decidió, ya no recuerdo cómo o quién, que nos subiésemos todos en un mismo coche —en el mío, el Stutz— y fuésemos hasta la granja de los Dunleavy para ajustar cuentas.

—Le azotaremos como a un caballo —rugió Wes, al tiempo que salíamos con paso convencido a la explanada y él, Herbert, Edgar y yo nos catapultábamos a los asientos mientras los otros blandían los puños y ululaban cual comanches.

Encendí el motor y me adentré en la oscuridad de la colina y de la noche, con los gritos retumbándome en los oídos.

Fue la señora Dunleavy quien abrió la puerta en respuesta a nuestros estrepitosos golpes. Llevaba puesto un vestido de casa con un delantal encima. Tenía el pelo medio suelto en un descuidado rocío de horquillas y de puntas abiertas. Me fijé entonces en que lo tenía color boñiga. Empezó a mover la boca, pero estaba

demasiado aturdida para hablar.

—Queremos ver a su marido —dijo Wes con tono amenazador.

—Y a su hijo. A su hijo también —intervino Herbert, que estaba justo detrás de mí, más escuálido y paliducho que un crío, y tras él, Edgar, que chasqueaba un látigo de cuero trenzado contra un muslo. Éramos cuatro, y nos dejamos llevar por el momento: solo queríamos venganza.

Vi en los ojos de la señora Dunleavy que empezaba a hilar una cosa con otra, hasta llegar al miedo y al odio. A sus espaldas aparecieron entonces, como figurantes de una película, los dos niños que había visto hacía un año cuando era un joven con inclinaciones urbanas perdido en los remotos parajes del campo de Wisconsin, y el perro, peludo y alerta, con un gemido bajo atascado en la garganta. Para entonces yo iba ya a escape abierto, muy por encima de la decencia y de la conducta civilizada. De hecho, escupí en el suelo entre las pantuflas de la mujer.

—Ha atacado al maestro... —espeté, y fue como si leyera el parlamento de una obra teatral— y ahora va a pagar por ello.

No sé si el granjero Dunleavy o su rubicundo hijo estaban en casa esa noche (aunque tampoco hay razones para imaginar lo contrario: no es que en el Wisconsin rural abundasen las diversiones culturales ni que, en tal caso, esos paletos ignorantes a medio civilizar hubiesen asistido a alguna), porque la señora Dunleavy, con una rapidez y una agilidad de movimientos que nos dejó a todos de piedra, echó la tranca con un chasquido que retumbó en los alrededores. Al parecer, después de eso debió de irse directa al teléfono a llamar al *sheriff*. Nos quedamos en el porche, bajo su tenue resplandor amarillento (hasta que, de pronto, apagaron la luz desde el interior), mientras nos cuestionábamos mentalmente nuestra precipitación y nos preguntábamos qué hacer después, aunque solo fuera por guardar las apariencias los unos frente a los otros. Wes me miró, yo miré a Herbert y este miró a Edgar. Acto seguido el primero se fue de nuevo hacia la puerta y empezó a aporrear, con el yunque que tenía por puño, los tablones de pino quebrado.

—¡Sé que estás ahí, so cobarde! —gritó, entre una sarta de amenazas y acusaciones—. ¡Sal si eres hombre!

Empezaba a sentirme abochornado. Pasó un buen rato —más de un cuarto de hora—, y seguíamos merodeando por el porche, murmurando imprecaciones y desgañitándonos con gritos ahogados de rabia para espectáculo de los demás. De la casa no llegaba sonido alguno, tan solo el quejido del perro de tanto en tanto. No sé quién de nosotros cogió la piedra y la estrelló contra la ventana de delante, pero el sonido de los cristales al romperse produjo en nosotros el efecto de una alarma y todos salimos corriendo a parapetarnos en el coche.

Por desgracia el *sheriff* estaba esperándonos en la nacional 23 cuando doblamos hacia Taliesin. Nos arrestaron a los cuatro por asalto y nos escoltaron con las esposas puestas a los calabozos de la cárcel del condado. Confiscaron el Bearcat y nos pasamos allí dos días encerrados como vulgares criminales, antes de ir al juzgado,

donde nos permitieron declararnos culpables y nos endilgaron una multa de cincuenta dólares por cabeza.

Mi padre, que en paz descanse, nunca se enteró. No así Wrieto-san, por supuesto, pero este llevó a su vez al granjero Dunleavy ante los tribunales, donde se presentó con toda su pompa y su esplendor, el bastón por delante y rodeado de un formidable grupo de aprendices (yo soy el segundo por la derecha en la famosa fotografía que apareció en los periódicos de Spring Green, de Madison y de Chicago). Al granjero le declararon culpable de haber atacado a Wrieto-san, y el juez le leyó la cartilla y le sentenció a una multa y a una semana de cárcel, tras la cual él y su desastrada familia comprendieron que ya no podían ganarse la vida con el sudor de su frente en aquel terruño y se unieron a las hordas de pobres que se encaminaban al oeste con la promesa de California en el horizonte. Huelga decir que no estoy particularmente orgulloso del papel que desempeñé en aquel asunto, y menos aún del hecho de que los funcionarios del condado de Iowa sigan considerándome un delincuente de medio pelo o el vivo retrato del extranjero indeseable. A los ojos de Wrieto-san, sin embargo, ascendí al grupo selecto de la primera fila de «sus chicos», hasta el punto de que en los meses y los años que siguieron más de una vez le oí hablar con gran emoción —presumiendo incluso— sobre cómo sus chicos habían dado la cara por él a la hora de la verdad. Hacía una pausa en plena perorata y se quedaba con la mirada cada vez más perdida. «Sí, señor —decía—, si hay algo en lo que puedo confiar es en mis chicos».

Entiendo que tal vez me haya extendido más de la cuenta sobre este periodo de la vida de Wrieto-san, ya que, al fin y al cabo, en teoría debía servir a modo de prólogo, pero soy de la opinión de que estos recuerdos pueden ayudar a arrojar cierta luz sobre la personalidad del hombre cuya grandeza nos conmovió a todos. Para concluir me gustaría mencionar que mi distinguido colaborador, Seamus O'Flaherty, es el autor, junto a las traducciones arriba mencionadas, de dos novelas, *El ardor de las damas* (no es lo que piensan: versa sobre atletismo femenino) y *Kit & Caboodle* (otra sorpresa: esta obra se desarrolla en una agencia de detectives fundada por dos ingleses, Jonas Kit y Malcolm Caboodle, en Okinawa, en la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial). Hasta la fecha, sin embargo, ninguna ha hallado editor. Así y todo, estoy seguro de que coincidirán conmigo en que O'Flaherty-san ha sabido dotar de una inigualable perspectiva artística al texto que tienen en sus manos, en su intento de retroceder en el tiempo para definir la verdadera esencia del señor Frank Lloyd Wright —«Wrieto-san, Wrieto-san, *banzai*»—, el faro y el genio imperecedero de todos los arquitectos pasados, presentes y futuros.

Capítulo 1

Dies Irae

Agosto de 1914. Europa estaba en guerra, con el archiduque Francisco Fernando asesinado, las viejas alianzas rotas, las trincheras cavadas y el ansia, el terror y la desolación extendiéndose como ondas por la superficie de un estanque, aunque a él apenas le llegaba un vago rumor: porque ya nada le calaba. Tan solo una semana antes se había sentido más seguro y feliz que en toda su vida: Mamah florecía al compás de Taliesin, mientras trabajaba en su libro y se ganaba a las vecinas con esa gracia y ese encanto que Dios le había dado y con el *diminuendo* prolongado de su risa; y atrás habían quedado los escándalos y los perros de presa de la prensa, que mordían ya otras vergüenzas y otras miserias, mientras su trabajo en los Midway Gardens empezaba por fin a dar frutos, en un frenesí de modificaciones, sustituciones, retrasos y recortes de última hora, y todo gracias a los locos y denodados esfuerzos de una cuadrilla de hombres que trabajaban a destajo para cumplir el plazo, justo como a él le gustaba. En esos momentos, sin embargo, estaba solo: de Taliesin solo quedaban las cenizas y Mamah había muerto.

Pasada la medianoche de un día que no habría sabido discernir (lunes, martes, ¿qué más daba?), estaba sentado en lo alto de la loma que dominaba las ruinas de la casa mientras los grillos rezumaban vida a su alrededor, cantando como si no hubiese un mañana y las heladas nunca fuesen a llegar, las luciérnagas remedaban las estrellas del cielo, la hierba refulgía y los árboles se hundían con el peso de la fruta. Sin embargo, el hedor amargo de la ceniza lo impregnaba todo. Quinientos ejemplares de la *Carpeta Wasmuth*, impresos en el mejor papel alemán, seguían ardiendo en el sótano, e incluso era capaz de diferenciar el olor, el tufo a químico, persistente y sutil, de las láminas en color, los elaborados planos y las ideas quemadas. Cuando volvió la cabeza, vio una oscuridad mayor, humo negro contra el cielo negro y las sombras solapadas de las chimeneas en pie, que semejabán los restos de una civilización desaparecida. Todo estaba en silencio, hasta que, de repente, le llegó un ruido, brusco y áspero, el rechinar de los tacones de unas botas sobre las cenizas, y aguantó la respiración. Al fondo, una rápida pasada de luz, de una cerilla que se enciende y se apaga. «Joseph —se dijo—, es solo Joseph», el hijo de un campesino al que había contratado para rondar por la finca con una escopeta con la que mantener a raya a los rapiñadores y a todo aquel que quisiera causarle algún daño.

Más daño, un daño irreparable. El de las Barbados estaba en la prisión de Dodgeville, pero a saber si tenía compinches, todo un ejército de negros desaprensivos, uniformados con chaquetillas de criado, que acecharan desde los

arbustos con sus machetes y sus navajas. Casi deseaba que fuese cierto, así al menos podría hacer algo para aliviar el duelo y la rabia que le hervían por dentro; literalmente: de la rabadilla hasta el vello de la nuca, tenía la espalda plagada de ampollas, de heridas supurantes e inflamadas, él, que nunca había tenido ni una espinilla ni una cicatriz en su vida. Era como si las habladurías fuesen ciertas y pudiesen certificar que la justicia divina había recaído sobre él por violar las leyes de Dios y de los hombres, por tomar a Mamah fuera del matrimonio y rematar luego el pecado al instalarla en Taliesin para restregárselo a todos por las narices. Mamah había pagado el precio más alto, mientras que él se había librado de chiripa, porque estaba en Chicago y, entre la presión del trabajo y las prisas, había decidido quedarse a dormir allí mismo, en la obra, sobre una montaña de virutas. Se había librado, tal y como habían dicho los editorialistas, para poder retorcerse de dolor y sufrir el resto de su vida. Incendio, asesinato, desolación, ampollas... ¿Qué sería lo siguiente?, ¿ranas que llovieran del cielo?, ¿langostas tal vez?

Lo llamaron pecado, y los predicadores le señalaron desde sus púlpitos con sus cacareos y su desprecio, y los periodistas, aliados con ellos, estaban encantados: pero ¿realmente podía pasar algo así? Él no creía en nada de eso mucho más de lo que lo hacían la propia Mamah o Ellen Key, al menos no cuando se trataba de relaciones amorosas sinceras entre un hombre y una mujer; pero ¿cómo explicar, si no, lo que había ocurrido? Era el Dios de Isaías, que había bajado de los cielos para estampar su puño sobre la colina, el Dios con el que su *tad*^[82] le había hecho temblar cuando era pequeño. Las palabras le vinieron entonces a los labios, sin que pudiera evitarlo, palabras envenenadas, que fue incapaz de contener, igual que no podía regresar atrás en el tiempo para detener la mano del asesino:

—La flor se marchita —dijo en voz alta, y aquel sonido de su garganta fue un atentado contra la soledad de la noche—, se seca la hierba en cuanto la roza el viento de Yavé (pues, cierto, hierba es el pueblo).

La había enterrado con sus propias manos, en un sencillito ataúd de pino confeccionado por Billy Weston, quien tenía ambas manos quemadas y el cráneo abierto; pero no le suponía molestia alguna, era una minucia, porque Billy estaba haciendo otro ataúd, de pequeñas dimensiones, para su hijo Ernest, al que habían matado junto a Mamah y al resto, dejándolo sobre las piedras como una ofrenda carbonizada. El ataúd estaba en medio de la explanada desprendiendo olor a abeto y a serrín, aislado y real, una cosa que podía tocar, sentir y palpar con la mano. Pino blanco, con los bordes pulidos. Pero era muy pequeño, ¿no? Demasiado corto y confinado para un espíritu como el de ella: lo primero que pensó fue que Billy no había calculado bien. Había seguido dándole vueltas al tema, incapaz de encarar el problema, de descubrir la solución en las tablas claveteadas y en las vetas ligeras y cambiantes de la madera —arquitectura, era solo arquitectura— hasta que su hijo John le encontró allí.

—Es muy chico, muy pequeño —murmuraba sin parar, y en ese momento había

estado más cerca que nunca de venirse abajo desde que se apeó del tren.

—Que no, papá, que está bien —le había asegurado John.

Y así era, por fin lo había comprendido: estaba bien.

En el establo había hoces colgadas de ganchos, y allá que se había ido y había cogido una. La blandió en la mano y después cogió la piedra de amolar y la afiló hasta que relució en la espesa luz cambiante de agosto. Cuando quedó satisfecho con el resultado, se fue al florido jardín de Mamah y lo cortó todo de arriba abajo, en un arrebato de tajos amplios, hasta que tuvo las manos empapadas por la savia de los tallos y todo un lecho de flores cortadas yaciendo en haces ante él, suficientes para llenar un féretro y una sepultura abierta en la tierra. Echó al enterrador, les echó a todos: a los periodistas, a los campesinos y sus mujeres, a esos chupasangres que miraban con ojos embobados y boquiabiertos; a quienes nunca la habían conocido ni la conocerían. Él sí la había conocido, pero era el único, igual que fue el único que se agachó para bañarla en flores, las que ella había criado con sus manos, sobre las que se había afanado, pétalos que se habían abierto al sol y que entonces se cerraron para siempre^[83]. Después tiró de los alazanes y lideró el cortejo funerario por el camino de entrada y la carretera comarcal, desde los restos calcinados hasta el panteón familiar de los Lloyd Jones en el cementerio.

Fue un funeral breve porque no había nada que decir, al menos por su parte; el golpe había sido demasiado fuerte y pesaban el dolor y el castigo, y luego les dijo a todos que se fueran —a su hermana Jennie, a su hijo John, a su cuñado Andrew Porter y a otro puñado de gente— y cogió la pala. El marido —el ex marido de ella, un hombre decente, muy decente— no asistió; iba en el tren de Chicago, el que paraba en cada pueblo y cada cruce, con dos ataúdes en su haber, más pequeños incluso que el que Billy Weston había hecho para su hijo. Oyó el silbido mínimo de la tierra al colarse en el agujero y el rechinar de las piedras contra las esquinas pulidas de la caja, el golpe sordo de un terrón, de una maraña de raíces seccionadas. Se avecinaba la lluvia, la tierra olía a ella. Y, al cabo, por fin el montículo se elevó, y lo alisó entonces con el dorso de la pala, mientras el ocaso se cerraba contra un cielo surcado de nubes. El calor, el bochornoso calor de agosto, se asentó hasta parecer un incendio más que surgiera de la tierra. Cuando la lluvia sobrevino, pasada la medianoche, todavía estaba allí y, aunque le caló hasta los huesos, no llegó a enfriarse.

En esos momentos, sin embargo, sentado como estaba sobre la hierba mojada de la loma, mientras veía cómo la punta móvil del cigarro de Joseph Williams diseccionaba los planos de la noche, experimentó una nueva sensación, como si se hubiera soltado una vuelta del vendaje del corazón. Estaba muerta y él no, y por mucho que lo lamentase, no tenía remedio. Era como si nunca hubiese existido, o como si existiese en otra esfera del todo distinta, una especie de limbo permanente al que él no tenía acceso. Había desaparecido, en cuerpo y alma, aunque allí estaba la prueba tangible de su existencia: Taliesin, o lo que quedaba, como el estudio, las

habitaciones traseras, las cocheras y los establos, que se erguían asolados y desamparados; aquella casa de la colina que ningún pirómano o asesino erradicaría jamás. La había construido para ella, como un refugio de las malas lenguas y las miradas insolentes de las viejas urracas, de las cotillas y de las santurronas que le habían hecho la vida imposible. Y en ese momento comprendió que tenía que reconstruirla, desde cero, como un monumento para ella.

Era lo mínimo que podía hacer..., o no, más bien lo único, lo justo, lo más ético; y al mirar en la oscuridad hacia donde habían estado las habitaciones principales, divisaba ya los planos sobre el telón de fondo de la noche, viendo una nueva manera de encajar lo caído con la parte de la estructura que había resistido al incendio. Y también aquello había sido por decreto divino, ¿por qué otra causa se habría detenido la conflagración, poco antes de llevarse por delante la casa entera, si no para que la reconstruyese?

Bien pensado; y en ese momento fue sincero consigo mismo: nunca había quedado del todo satisfecho con la disposición de los cuartos ni con las limitaciones en el espacio para los invitados y los trabajadores, y vio en aquello una oportunidad para agrandar la planta original, ampliar los dormitorios principales, mejorar las vistas y construir una extensión hacia el suroeste alargando el palito de la L del revés que conformaba la casa dentro de la estructura de la colina, lo que enderezaría las líneas, mejoraría la fluidez, etcétera^[84]. Añadiría un ala para invitados y criados, y otra para sus tías y su madre, justo allí, al oeste. Ampliar el estudio, redefinir la explanada de entrada, hacer el espacio más íntimo a la par que amplio... Lo veía todo como si se le hubiese aparecido allí delante, bendecido por la luz.

Tanto le emocionó la idea que no pudo contenerse y, antes de darse cuenta, estaba corriendo colina abajo en la oscuridad, entre la hierba empapada y la tela ceñida de la noche, hasta llegar al estudio, sin olvidarse de avisar al vigilante de que no pasaba nada, de que todo estaba en orden. Tenía una razón de ser, un plan: «Mamah», lo haría por Mamah. Y no repararía en gastos, dejaría que los detalles se impusieran por sí mismos, hasta que Taliesin II se levantara de las cenizas de Taliesin I sin que le temblase el pulso, como si el Señor de Isaías fuese el más amable y bueno de los pastores y estuviera mostrándole el camino.

Pasó allí metido una semana, comiendo poco y durmiendo aún menos. Las ampollas se le explotaban y la camisa se le pegaba a la piel. Daba vueltas por los restos, hurgaba entre las cenizas para extraer fragmentos calcinados de cerámica y cabalgaba por los montes, con el pelo y la capa al viento hasta el punto de parecer un personaje salido de la pluma de las Brontë, llorando la pérdida y al mismo tiempo planificando todo sin parar, con las imágenes viniéndole en un aluvión irrefrenable. Sin embargo, los planes no son nada sin los recursos para llevarlos a cabo, de modo que al final de la semana dejó a Billy Weston al cargo de la limpieza y regresó a

Chicago, al trabajo.

Por aquel entonces tenía una casa alquilada en el 25 de East Cedar Street, y al regresar decidió mantener a su madre a cierta distancia (estaba de duelo y necesitaba estar solo) y resistir los ofrecimientos de su hija Catherine (¿acaso no podía aceptar su ayuda para llevar la casa?), a pesar de que estaba pugnando con Kitty por su asignación mensual y el control sobre la casa de Oak Park donde habían criado juntos a sus hijos. Tenía varios proyectos en el horizonte^[85]. Le estaban entrando encargos. La circulación de fondos de los Midway Gardens se había reducido a un ínfimo goteo porque el trabajo se había estancado (por mucho que ya todas las noches se agolpara el público en un auditorio que pedía a gritos que lo terminasen). De la prensa recibió y asimiló la clase de maltrato al que creía estar ya acostumbrado —«Matanza en el nidito de amor»; «Un chef negro acaba con la vida de siete personas en un rapto de locura»; «La querida de Wright asesinada»—, aunque se vio en la obligación de emitir un comunicado para contrarrestar los ataques contra la persona de Mamah, una mujer más buena, fuerte y dispuesta a vivir conforme a sus ideales que cualquier otra que hubiese conocido^[86].

Entre tanto, tomó una decisión menor: una cuestión de personal de lo más insignificante, de esas que había tomado miles de veces a lo largo de los años, y así fue como entró una nueva mujer en su vida. Preguntó entre sus conocidos por un ama de llaves, una persona eficiente, discreta y de confianza que pudiera atender sus necesidades en Chicago y más tarde en Spring Green, cuando empezaran las reformas; sin Mamah allí para cuidarle, iba a la deriva. Los platos eran un incordio, se apilaban por la casa con trozos irreconocibles de comida fusionados a la superficie, las alfombras estaban llenas de mugre, había que cambiar la ropa de cama, estaba quedándose sin camisas y sin ropa interior —calcetines— y estaba harto de tener que mandar cada dos días a alguien a recogerle la ropa del tinte. Una minucia, no necesitaba más, salvo alguien que le cuidara.

Al día siguiente de publicar el anuncio, muy de mañana, antes incluso de que se hubiese afeitado o hubiera tenido tiempo de pensar en los huevos, las sartenes y el beicon o en el jarabe de arce del carnicero de la esquina, llamaron a la puerta. A punto estuvo de no responder. ¿Quién podía ser a esas horas?, ¿un periodista deseoso de fastidiarle para que le proporcionara material para la edición de la tarde? ¿Un acreedor exigiendo un pago? ¿Más malas noticias?

—¡Un minuto! —gritó desde el baño. Y entonces, alzando la voz, irritado, añadió —: ¿Quién es?

No hubo respuesta y, en cambio, siguieron aporreando la puerta, con más fuerza aún. Salió al pasillo, ya alarmado —tenía los nervios a flor de piel, como era normal—, y volvió a gritar. Miró el reloj de reojo: eran las seis y cuarto. Y el aporreamiento seguía, imperioso, desmandado. Fue a la puerta y la abrió de golpe.

En el umbral se encontró a una mujer arrugada y menuda, de espaldas cargadas y con unos ojos celestes que se alzaron para mirarle como burbujas de gas en un

botellín de agua carbonatada. Iba vestida de negro de arriba abajo, calzaba unos botines abotonados e iba tocada con una capota salida del siglo anterior.

—¿Sí? —preguntó perplejo a más no poder. ¿Se habría perdido? ¿Sería una chalada, o un caso para la beneficencia?

—He venido a trabajar —respondió la mujer con una voz atronadora, como si le gritase desde la otra acera. Acto seguido puso una mano en la puerta y sin más la empujó, pasó a su lado y se coló en la casa.

—Pero, señora, ¿qué hace? ¿Quién es usted?

La mujer se quedó quieta un momento mientras echaba una ojeada al cuarto y murmuraba algo. A continuación dejó la bolsa en el suelo —y en ese momento vio la trompetilla...— y empezó a recoger los platos de una manera casi cómica..., aunque no tenía nada de cómico, aquello era una intrusión, un fastidio. Agarró a la mujer del brazo, donde notó una carne sorprendentemente firme, y la zarandeó.

—Óigame, señora, usted no puede entrar aquí sin más y...

La mujer le fulminó con la mirada de tal forma que el arquitecto le soltó el brazo al instante.

—Soy la señora Nellie Breen —atronó—, pero puede llamarme «Madre». Me manda su ayudante de Midway, el señor Mueller. Le doy mis más profundas condolencias y todo el amor redentor de los Santos, la Virgen María y nuestro señor Jesucristo en persona por las terribles penas que pesan sobre su cabeza, y que he leído en el periódico... ¿Por dónde ha dicho que está la cocina? Y tendrá que enseñarme mi cuarto, como comprenderá.

Al principio se le antojó demasiado débil para las faenas del hogar, pero se equivocó de medio a medio: trabajaba todo el día sin tregua, en una especie de arrebatos silenciosos que se desquitaba con el polvo y con el desorden. Y si la trompetilla le pareció ridícula —un recurso de nonagenarias velludas y atrezo de vodevil—, pronto apreció su valor. Quería eficiencia y quería discreción. Y tampoco tenía mucha necesidad de comunicarse con Madre Breen, al menos una vez que hicieron las presentaciones de rigor y los platos estuvieron en remojo dentro de un barreño de agua caliente, en el fregadero.

Las semanas empezaron a venirse abajo, una sucesión de columnas desprendidas que chocaran estrepitosamente contra el suelo, una tras otra. Apenas dormía y, cuando lo hacía, las pesadillas plagaban sus sueños, con la cara de Carleton, un velo ensangrentado, los miembros seccionados de los niños y la mancha de humedad reptante e inadmisiblemente que infestaba las sábanas bajo las que yacían desperdigados, cual raíces arrancadas de la tierra. *Rigor mortis*. Nunca había sabido lo que significaba ese término, nunca había querido saberlo, los cuerpos en miniatura expuestos en una grotesca parodia de descanso y reposo. Cuando cerraba los ojos tan siquiera un minuto, se le aparecían los niños muertos, y veía a Mamah y los pilares

desnudos y las chimeneas fantasmagóricas que se elevaban en una realidad paralela, torcida, descalibrada, irremediabilmente errónea. Y sin diseño alguno; no había diseño, solo caos.

Se refugió en el trabajo, se enterró en él, y le habría bastado para mantenerse a flote de no ser por los eternos caprichos de la economía. Si bien Midway Gardens había abierto con gran éxito de público a finales de junio —se dieron cita más de un millar de miembros de la flor y nata de Chicago, con sus chaqués y sus vestidos de gala, la Filarmónica Nacional dio tres funciones, la Pavlova bailó, el pueblo llano se apelotonó en los jardines exteriores y todo el mundo le colmó de alabanzas por su trabajo—, llegó septiembre y los últimos detalles estaban aún sin terminar. Waller^[87], lisa y llanamente, se había quedado sin dinero, y no había más historia. Quedaban lagunas por todas partes, vidrios por instalar, esculturas, murales, pero ni todos los ruegos, la rabia, el resentimiento ni la lógica del mundo lograron convencer a aquel hombre: no había dinero y a Frank no le quedaba otra que ser paciente. ¿Paciente? Necesitaba ingresar dinero propio para reconstruir Taliesin, y ¿qué había de sus honorarios? ¿Dónde estaba su recompensa por tantas horas invertidas? ¿Por Taliesin? ¿Por Mamah?

Por las noches, en la casa, mientras Madre Breen trajinaba a su alrededor, cenaba a solas —asados, estofado irlandés, churrasco de cordero y corégono del lago Michigan con nata— y después se ponía a trabajar en los planos de Taliesin, y el drama de la creación le ensimismaba durante varias horas seguidas. La mujer, por su parte, se dedicaba a murmurar todo el rato en su tono monótono, entre dientes, contándole los detalles de su vida privada mientras servía la carne, retiraba la mesa, pasaba la fregona y realizaba un sinfín de tareas. En su estado, el sonido de su voz, femenina a pesar de las estridencias, le resultaba igual de reconfortante que un coro de ángeles. Se enteró de que era viuda, McClanahan de soltera, que venía recomendada por monseñor O'Reilly y Howard Turpett y señora, de quienes había estado al servicio treinta y dos años hasta que el cólera se los había llevado a ambos durante un viaje que hicieron por Oriente. Su hija —tenía una única hembra y cuatro varones, repartidos por los cuatro vientos— la había decepcionado mucho. Iba a misa todos los días a las cinco de la mañana para rezar por todos sus hijos y por él («Señor Wright —le decía cambiando del tono de condena a algo parecido a un grito—, yo me dejo las rodillas por usted, ¿lo entiende?») y una segunda vez al atardecer, después de servir la cena. Dormía con tres mantas, incluso en las noches más calurosas. «El reuma —explicaba—, la maldición de los viejos». Y la miraba como si pudiese entenderla, pero él no era ningún viejo, todavía no; en junio había cumplido cuarenta y siete, y cada día notaba cómo le volvían por oleadas la fuerza y la determinación.

Se la llevó con él a Wisconsin en tren y la dejó luchar contra el envite de la ceniza en el estudio, el dormitorio de atrás, la cocina, la despensa y dondequiera que se hubiese quedado una ventana abierta o un zapato hubiese dejado una marca, mientras

él supervisaba la obra y parlamentaba con Billy Weston y Paul Mueller sobre lo que había que hacer. La mujer era un torbellino humano y puso más orden en esa casa de lo que su madre habría logrado poner jamás, porque su propia madre, por mucho que la quisiera como a ninguna otra mujer en el mundo y la necesitase más que nunca, se habría quejado y le habría incordiado como jamás lo haría esa nueva madre, una postiza. Madre Breen... Cocinaba para los hombres, fregaba, lavaba, planchaba y no oía ni una palabra de lo que se decía.

Poco a poco, a través de la neblina pasajera de septiembre, las lluvias de octubre y las primeras heladas perennes de ese noviembre, se fueron imponiendo los viejos ritmos. Iba y venía con total libertad de Spring Green a Chicago, donde viajaba para engatusar a clientes, presentar planos y propuestas, buscar materiales y hacer batidas por las tiendas y las galerías en busca de cosas hermosas con las que sustituir lo destruido. Manipulaba los libros de cuentas, firmaba cheques sin fondos, calmaba a su hija cuando pasaba una y otra vez por la casa para preguntarle si podía ayudarle en algo, con la correspondencia, el polvo, lo que fuese. Y con su madre pasaba todo el tiempo posible, y le había asegurado que estaba reconstruyendo la casa para ella, y para que las tías Nell y Jane pudiesen quedarse para siempre con ellos^[88], y así pareció aplacarse, aunque no paraba de preguntar por la señora Breen. ¿Quién era? ¿Por qué estaba esa señora a su lado en momentos como aquellos, en lugar de la mujer que le había dado la vida y le había convertido en el hombre que era? ¿Sabía cocinar? ¿Era eso: prefería su comida a la de su propia madre? En lo que más trabajaba, sin embargo, era en la reconstrucción de Taliesin, donde se arremangaba codo con codo con sus hombres en mitad del clima más inclemente, ajeno al frío y a las incomodidades, mientras veía cómo día a día los diseños surgían del amasijo de leña, piedra y estuco^[89]. Le dolían los músculos. Empezó a recuperar los kilos perdidos, las pesadillas desaparecieron gracias al cansancio y durmió como nunca, en caída libre hacia el olvido más profundo.

Entre tanto, no dejó de recibir cartas de condolencia, de amigos y desconocidos por igual, cientos y cientos, un aluvión, tantas que no podía ni empezar a responderlas. Todos los días se encontraba con un nuevo fajo sobre la mesa; los periódicos habían suscitado una lluvia irrefrenable de emociones en gentes de todo el mundo que querían compartir su duelo, contarle sus propias pérdidas y sus pesares, infundirle ánimos, juzgarle, alabarle, criticarle u ofrecerle sus oraciones. No pudo leer las cartas, no después de hojear unas cuantas; le deprimían y le enfadaban a partes iguales. ¿Quiénes se creían que eran para invadir su vida, por muy buenas intenciones que tuvieran? ¿Eso era la fama?, ¿eso era lo que suponía? ¿Gente metiendo las narices en tu vida privada como si fueran parásitos, hurgando en tu alma, insinuándose en dos cuartillas de papel?

—Quémelas —le dijo a su secretaria—, todas, sin falta. A no ser que sean de gente que conozca o a la que quiera conocer. Amigos, clientes, familia. El resto lo quema. No quiero verlas.

Y así fue desde ese momento. La secretaria, sin embargo, que era una mujer juiciosa, salvó de la quema algunos de los ejemplares más interesantes y compasivos, con la idea de que podrían llegarle de una forma muy concreta y terapéutica. Ataba las cartas con una cinta y cada tantos días se las dejaba en el escritorio.

—He pensado que estas podrían ser de su interés —le decía, y se apresuraba a añadir—. Las demás las he quemado.

Una mañana de principios de diciembre le dejó una única carta en la mesa.

—Esta me ha parecido de lo más conmovedora —murmuró, y el arquitecto alzó la mirada al ver que la voz le había temblado.

La secretaria le sonrió débilmente y se disculpó. Tras las ventanas caía una lluvia fría. Se levantó un momento para atizar el fuego antes de volver al dibujo en el que trabajaba y dejar la carta en una esquina de la mesa. Durante la hora siguiente apenas levantó la vista, probando una idea tras otra para los japoneses, imaginándose un hotel que no sería ni oriental ni occidental, un edificio majestuoso que habría de conjugar algunos de los elementos estructurales de los Midway Gardens (capas de piedra y ladrillo, con un estanque delante de la fachada que lo haría bajar de las nubes y reflejaría sus líneas). Así y todo, no eran más que bocetos preliminares porque todavía no se había cerrado el encargo; aunque seguro que lo conseguía, estaba convencido, y no podía evitar calcular lo que sacaría de un edificio con un presupuesto casi ilimitado: dos millones... tres... tal vez más. Se había olvidado ya de la carta cuando, al levantar la vista, la vio allí, en un sobre color crema con las iniciales M. M. N. grabadas.

La cogió como quien no quiere la cosa, aún con la cabeza en Japón. Le llegó un vago aroma a perfume; se diría que una nueva presencia hubiera entrado en la habitación, la de una mujer esbelta y refinada que viviera en abstracto. No pudo evitar acercar la nariz al sobre, y ¿cuánto tiempo había pasado? En una caligrafía primorosa y rizada que parecía querer saltar de la hoja, la carta estaba dirigida al «señor Frank Lloyd Wright, arquitecto». En la dirección del remite aparecían un número, una calle y un *arrondissement* de París, pero el matasellos era de Chicago (Illinois). Desplegó las hojas y empezó a leer con tal ensimismamiento que creyó estar bajo el influjo de un hechizo.

Estimado señor Wright:

Me permito escribirle para expresarle mi más profundo pesar y mi conmoción por su trágica pérdida, pues sé lo doloroso que puede resultar perder a un ser querido, en especial en esta época del año, cuando todos volvemos la vista atrás, hacia nuestras penas y nuestras bendiciones, con las fiestas de Yule en el horizonte, como el que mira un reflejo en la vasta laguna, cada día más oscura, de nuestras vidas. ¡Ay, y pensar en la mano con la que los hados nos manejan! ¡El amor y la muerte puestos en contrapunto, con esa

ferocidad tan cruel...! Yo también he pasado por la terrible tragedia de perder a alguien en el amor y la vida, y puedo sugerirle que piense no en lo que pudo ser, sino en su ser querido elevado al éxtasis de la vida eterna. Somos almas gemelas, usted y yo, almas vapuleadas, almas que ansían que la orilla de la luminosidad y la exuberancia floral muestren su rostro entre las olas batientes de los negros mares de la desesperación.

Aquella escritura segura de sí misma le llevó por otras quince páginas de palabras apiñadas que le ofrecían esperanza y resignación a partes iguales y le aseguraban que le esperaban nuevas relaciones, nuevos desafíos y alegrías, al igual que a ella y a todos aquellos cuyos espíritus no flaqueaban ni se rendían. «Con mi mayor simpatía y mi afectuosa esperanza —concluía, y apuntaba una dirección de Chicago bajo la rizada y extática floritura de su nombre—: Madame Maude Miriam Noel».

Capítulo 2

Miriam entra en escena

Estaba apoltronada en el sofá del cuarto de estar —o la salita, como la llamaban allí— de su hija, tomándose una taza de té y removiendo ociosa las piezas de un puzzle sobre la mesita auxiliar, a falta de algo mejor que hacer, cuando Norma entró con el correo. Fuera, al otro lado del marco gris de la ventana, el tiempo era de lo más despacible, con una nubes funerarias que colgaban de los tejados como ropa tendida al sol y un frío tan horrible que hasta las mugrientas palomas roedoras se acurrucaban formando las oscuras e inmóviles hileras de plumas congeladas y picos paralizados que plagaban los aleros a ambos lados de la manzana hasta adonde a Miriam le alcanzaba la vista. Llevaba dos días sin salir de casa ni dejar el cobertor, porque aquel frío era una especie de broma cósmica que sobrepasaba cualquier cosa que hubiese conocido París desde que los glaciares se retiraron en alguna inconcebible era prehistórica, cuando la gente todavía se dedicaba a vivir en las cuevas. Chicago: ¿cómo podía nadie vivir allí?

Desde luego, no paraba de recordarse que ahora era una refugiada^[90], y que al mal tiempo, buena cara. Y Norma era un amor, tenía que reconocerlo, por mucho que el piso pareciera un trastero de tantas cosas que había, la calefacción estuviese demasiado alta, el papel pintado fuese horriblemente estrafalario y la decoración pareciese más propia de un gabinete de curiosidades, y ¿dónde tenía el gusto su hija? ¿Es que no había aprendido nada de su madre?, ¿no había heredado nada de ella? ¿Había salido en todo a Emil, eh? La cara de su marido muerto flotó un instante en su cabeza: había sido realmente un buen hombre, tranquilo, considerado, comprensivo, aunque con tanta sensibilidad artística en todo el cuerpo como ella atesoraba en un meñique. El piso, la ropa de Norma, ¡su yerno! Sintió que la rabia le subía como una oleada y que se le formaban las palabras en la lengua, palabras hirientes, molestas, aunque constructivas, reconstructivas, porque era una tragedia vivir así, como si, si...

—Mamá, te ha llegado una carta —le dijo entonces Norma.

Y ya estaba en su mano: un sobre color blanco roto decorado con un único cuadro rojo en la esquina inferior izquierda, y por encima las iniciales «FLLW». Dejó la taza en la mesa y, tal vez fuese su imaginación, pero tuvo la impresión de que el día se había iluminado casi imperceptiblemente, como si el sol hubiera reafirmado su existencia al otro lado de aquella penumbra. La rabia que con tanta intensidad había sentido apenas un momento antes se disolvió en un resplandor crepuscular de calor y satisfacción. Norma se había quedado mirándola.

—¿De qué se trata, mamá? —le preguntó con una sonrisa anticipatoria en los

labios—. ¿Son buenas noticias?

Miriam no respondió, al menos no al instante. Iba a tomarse su tiempo, porque no tenía por qué abrir la carta, todavía no: ya sabía más o menos lo que decía. Le daría las gracias muy elaborada y cortésmente; le transmitiría lo conmovido que se sentía por su conmiseración y el sincero deseo de devolverle la cortesía. La carta contendría asimismo cierta dosis de intriga: tenía que saber quién era esa mujer que tan bien conocía lo más íntimo de su corazón. Todo eso y algo más: una invitación para verse en su estudio..., o en su casa. Una habitación majestuosa en un sitio u otro, una de sus deslumbrantes creaciones, con una iluminación suave proveniente de lámparas exquisitas, la luz del hogar reflejándose en las vigas enceradas, grabados y cerámicas surgiendo de entre las sombras para imprimir el énfasis perfecto. Se sentiría honrado, etcétera, etcétera, y no pretendía ser impertinente en modo alguno, pero tenía que verla —ver ese prodigio de la percepción— en carne y hueso, aunque solo fuese por un fugaz y pasajero instante.

Por supuesto, como suele ocurrir, la realidad de una situación determinada no siempre concuerda con las expectativas que nos hacemos de ella —los años vividos junto a Emil se lo habían enseñado con creces—, y la respuesta del arquitecto no fue todo lo que esperaba. Era cierto que estaba intrigado, sí, ¿cómo no estarlo? Pero también se mostró distante porque no la conocía, no fue capaz de adivinar su yo verdadero a través de la impronta de la pluma —tal vez creyese que era una solterona calenturienta con inclinaciones poéticas, otra filósofa de salón, una pedigüeña más que pretendía agarrarse al pie en su ascenso al Olimpo de la arquitectura—; y no había invitación.

En cambio, su interés era palpable; podía olerlo en las primeras líneas, cualquiera lo habría notado. Y le respondió en el acto, su segunda misiva más efusiva si cabe que la primera (y ¿por qué no? La suya era un alma demasiado grande y generosa como para reprimir sus sentimientos). Y esa vez le contó más cosas sobre ella, sobre cómo había tenido que huir de París, sobre sus romances, sobre su vida al servicio del arte, y encontró una docena de formas de ensalzar el genio del arquitecto, ese que había revolucionado el mayor arte de todos durante una generación entera. En la posdata le pidió que se encontraran, aunque fuese brevemente, porque su corazón no descansaba solo de pensar en él, desamparado en su tormento. La firmó: «Con mi mayor simpatía y esperanza, madame Noel».

La respuesta no se hizo rogar. Estaría encantado de recibirla en su estudio del Orchestra Hall^[91] y tal vez, si el tiempo lo permitía y ella estaba dispuesta, podría mostrarle algunos de los más recientes ejemplos de su arte. ¿Le vendría bien el jueves a las cinco de la tarde? De no serle posible, no tendría inconveniente en fijar otra cita, a otra hora. Esperaba su respuesta, deseoso de conocerla. Y quedaba, tal y como ella había esperado, a su entera disposición, Frank Lloyd Wright.

Se pasó tres horas vistiéndose y maquillándose; descartó un conjunto tras otro hasta que por fin se decidió por un vestido largo y ceñido de terciopelo verde lima, con un corte que mostraba lo mejor de su escote, su busto y sus brazos. Se empolvó la cara, se pintó los ojos y los labios, se cepilló el pelo (que era su orgullo y siempre lo había sido, tan abundante como el de una joven y sin una sola brizna de gris entre los bermejos rizos que le caían en cascada por el cuello) y después, tras una dolorosa inspección en el espejo de cuerpo entero, acudió al joyero: un surtido de anillos —el escarabajo entre ellos, por supuesto—, la cadena de oro rosa con la cruz de diamantes y de perlas cultivadas para así atraer la mirada del arquitecto hacia su escote, y los impertinentes colgándole lánguidamente de la cinta de seda. Quería que la viese tal y como era, *au courant*: una mujer cultivada, una artista de talento que había expuesto en el Louvre y *très intime* en los salones parisinos, una mujer de altura y carácter, una belleza natural cuya presencia y refinamiento hacían que el resto de mujeres que se abrían paso como podían por las calles de la Ciudad del Viento parecieran un hatajo de pánfilas.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó a Norma nada más entrar en el salón.

Y Norma, bendita sea, contempló a su madre con auténtico asombro.

—Pero, mamá, ¡si pareces salida de un huecograbado parisino!

Miriam dio dos vueltas para que su hija observase lo bien que le sentaba el vestido y oyera el ligero frufrú que producía la falda al rozarle los tobillos.

—¿Y qué te parece esto... de abrigo?

Sin dejar de estudiarse en el espejo de encima del aparador, bajó el hombro para enfundarse una capa de piel de foca y se inclinó luego hacia el otro lado para colocarse el sombrero a juego sobre el collado de sus bucles. Tras un retoque en los labios que dibujó en su boca unos morritos irresistibles —que intentara resistirse, que se resistiera, pensó para sus adentros, repleta de un júbilo ascendente y en espiral que amenazaba con hacerla levitar—, se volvió de nuevo para que Norma apreciara el efecto del conjunto.

—¿Y bien? —le preguntó a su hija, quien se había levantado para acercarse a su madre.

Norma alargó la mano para acariciar la piel y murmuró:

—Mamá, de verdad, ¡qué bonito!

Y Miriam estaba en las nubes, en lo más alto, sin necesidad de la jeringa, no le hacía falta con el buen humor que tenía, porque ningún elixir podría estar a la altura ni mejorarlo: era hermosa, lo era, y lo sabía. Se agachó para echarse un último vistazo en el espejo, modificó levemente el ángulo del sombrero y se atusó bien el pelo. Acto seguido, sacó pecho y le dedicó a su hija una sonrisa efervescente, sintiéndose como una actriz que esperara entre bastidores a que le diesen el pie para entrar, e incluso aquel piso decadente, de pronto se despojó de toda su melancolía y empezó a irradiar

una luz propia. Bajó la voz hasta su mejor registro de seducción para decir:

—Voy a necesitar un taxi.

Un anárquico viento fresco la envolvió nada más apearse del taxi, la capa al aire y el sombrero a punto de despegar; toda la mugre y los deshechos de las avenidas y los sucios callejones se le avecinaron como en un huracán, de ahí que su mayor preocupación mientras subía las escaleras del vestíbulo fuese el pelo; y su cara; su cara, claro. Iba a llegar tarde a la cita, eso por descontado —ya iba tarde—, y encima tendría que pararse en el baño de señoras para hacerse los retoques necesarios. Con el corazón a cien por hora, sin aliento y aturullada —sí, aturullada—, deambuló por el vestíbulo en busca del baño, y cuando lo encontró, cuando empujó la puerta y se adentró en el cálido santuario iluminado, que por suerte estaba vacío a esa hora, se fue directa a un cubículo, se metió en él y cerró por dentro. Pensaba que no podía dejar que la viera en ese estado, con los nervios alterados como si fuera una corista cualquiera del Folies Bergère, de modo que para calmarse, para ralentizar las cosas y adoptar ese aire de languidez parisina que sin duda cautivaría al arquitecto, extrajo la jeringa del bolso.

Cuando terminó, se repasó la cara y el pelo en el espejo, de nuevo con completo dominio de sí misma. Volvió a pintarse los labios con el pulso más estable que el de un cirujano, alisó el terciopelo verde lima, se pegó un tirón del escote para que la tela se le ciñera bien, ahuecó la capa y refrescó el perfume. Se pasó un buen rato estudiándose en el espejo desde diversos ángulos, incluso mientras dos mujeres —ambas fregonas de mediana edad sin el menor asomo de estilo o garbo^[92]— entraban por la puerta charlando sobre los romances de una oficinista u otra. Las ignoró —«Que miren, que aprecien el estilo, el de verdad, por una vez en sus tristes vidas»— y se dedicó un último repaso. Una vez satisfecha, salió del baño y cruzó el vestíbulo hasta el ascensor, donde dos hombres vestidos con elegantes trajes a medida se hicieron a un lado con cara de asombro y mirada obsequiosa una vez le dijo la planta al ascensorista, quien se esforzó por mirar al frente.

Salió a recibirla un joven ayudante —las oficinas rebosaban arte oriental, un par de «espíritus» de Inelli, dibujos muy logrados y maquetas intrincadas, una iluminación exquisita...: gusto y excelencia rezumaban las mismísimas paredes— que la condujo por un pasillo que daba al estudio, donde entrevió a un hombre mayor, algo achaparrado y con una cabeza enorme, colándose por una puerta, antes de que la llevara al despacho del arquitecto y la invitara a sentarse en un sillón estilo Arts & Crafts de respaldo alto. Pero no se trataba de un sillón cualquiera, y la idea le sobrevino con la fuerza de una revelación: lo había diseñado Frank Lloyd Wright. «¡Estaba sentada en un sillón de Frank Lloyd Wright, una obra maestra diseñada por el maestro!». Aquel lugar derrochaba genio, un genio aplicado a un diseño que confería verticalidad a las líneas horizontales de la habitación, al corte, el moldeado y

el acabado de la madera; y también a la decoración, las paredes, las alfombras, los cortinajes. Era como si la hubiesen conducido al salón del mismísimo Des Esseintes.

El ayudante, que tenía aspecto de acólito, hombros caídos, labios apretados y un flequillo color topo cruzándole la frente, había retirado el sillón para que se sentase como el que ejecuta un ritual sagrado. Después se había ofrecido a guardarle la capa, pero Miriam le había respondido que no: quería que Frank Lloyd Wright viera el efecto al completo, *en ensemble*, y le dio tiempo incluso de disponer bien los pliegues de la capa y acomodarse. El sillón formaba parte de un conjunto de tres —los otros dos flanqueaban una mesita tallada, los tres muebles contra la pared— y se veía que lo habían colocado allí para la ocasión, delante de un escritorio de un tamaño desmesurado y decorado con un jarrón enorme de flores que cedían su belleza y su fragancia, desafiando tanto al tiempo como a la estación del año; detrás se alzaba un biombo oriental en el que se veía un pino oscuro y retorcido con un par de grullas anidando entre sus ramas.

—El señor Wright vendrá enseguida —susurró el ayudante antes de retirarse de puntillas.

Pasó un momento, todo más silencioso que en la iglesia hasta que, de repente, allí estaba el mismo hombre que había visto en el pasillo, felino, alerta y tangible, una presencia inmanente y... ¿era posible? ¿Ese pelo gris, esa cabeza marmórea...? Pues claro; claro que sí. Esos ojos, y las arrugas de duelo en torno a la boca. Era nervudo, épico y joven, mucho más de lo que le había parecido a primera vista.

—¿Madame Noel? —preguntó, rodeando el escritorio para hacer una mínima reverencia y tenderle la mano—. Es todo un placer... —empezó a decir.

Pero entonces dejó la frase sin terminar, porque le fallaron todos los rituales de presentación comunes: no eran apropiados, no tenían sentido, representaban una farsa de cuanto estaba sintiendo. Lo vio al instante, vio el poder que despedían sus ojos, y luego vio avidez, confusión, una mirada de puro asombro que la recorría de arriba abajo como si fuesen sus manos quienes la tocaban, y algo más, más profundo y primario, que revelaba necesidad e intimidad.

Miriam esbozó una sonrisa moderada y dulce y apretó las yemas de los dedos contra las de aquel hombre, antes de soltarle la mano e inclinarse hacia delante para colocar su pitillera en una esquina del escritorio y el pequeño librito de cuero que le había llevado en la otra.

—Oh, créame, el placer es mío —repuso ella, con una voz que descendió hasta un mero susurro, un ronroneo—. No, no, no, se equivoca... el honor... Es un honor solo estar en su presencia.

El arquitecto se puso colorado e intentó recobrar la compostura, pero la voz le salió demasiado aguda:

—No, no, lo digo en serio, el placer es mío. Usted... sus cartas, las cartas... —se apartó entonces de ella, como quien se aleja de un fuego que arde en torno a un trozo de pino bronco, y fue a refugiarse al otro lado de la mesa— me conmovieron

profundamente. Se expresa usted con tanta exquisitez, con ese dominio tan espectacular del idioma...

Miriam alzó la vista, le sostuvo la mirada, se cruzó de piernas y empezó a quitarse los guantes, dedo por dedo, con toda la languidez y la delicadeza que pudo. Él la observó durante todo el proceso, con los ojos clavados en ella, como si estuviese ejecutando un número de prestidigitación.

—¿Le importa si fumo? —le preguntó, y acto seguido cogió la pitillera de forma que el arquitecto pudiese ver las iniciales grabadas y el «et» que unía las suyas a las del hombre que se la había regalado.

—No, no, en absoluto —dijo, y se inclinó para encenderle el cigarrillo, sin apartar ni un momento la vista de ella.

Miriam echó la cabeza atrás y exhaló una bocanada, ya en su elemento, más confiada que una marsopa en las rocosas profundidades del mar.

—Bueno —le dijo dejando caer la barbilla para fijar la mirada en él—, y ¿qué le parezco?

Le llevó un momento responder —él, que rara vez se quedaba sin palabras, como pronto sabría Miriam—, pero cuando lo hizo, dijo la verdad, la satisfactoria verdad, sin rodeos:

—Nunca había conocido a nadie como usted.

Dejó asomar una nueva sonrisa en los labios y entonces —¿se había sentido alguna vez tan libre y magnética?— empezó a citar a Rimbaud con el acento de la parisina de acogida que era; y por supuesto que nunca había visto a nadie como ella, ¿cómo podría?

—«*Mais, vrai, j'ai trop pleuré! Les Aubes sont navrantes. / Toute lune est atroce et tout soleil amer: / L'âcre amour m'a gonflé de torpeurs enivrantes*».

También él sonreía, con tanta intensidad que parecía que se le fuese a quebrar la cara, aunque claramente no era una sonrisa de comprensión. ¿Sería posible que su héroe, aquel árbitro del gusto, ese apasionado hacedor, el Hefesto de la Afrodita que ella era, no hablase el idioma del amor, de la civilización?

—*Comprenez-vous?* —probó a decir, inclinándose hacia delante. Fue el primer momento incómodo en aquel encuentro hechizado; decidió cambiar al inglés—. Es un poema, supuestamente escrito para aplacar el sufrimiento ajeno, porque ha de saber que otros han experimentado la misma desolación. No está solo, es lo que intentaba hacerle ver. No está solo. —Se apoyó en el escritorio y añadió, bajando aún más la voz—. El poeta dice así: «Pero en verdad ¡he sollozado demasiado! Las Albas me rompen el corazón. Toda luna es atroz y todo sol amargo». Y ahora, el último verso, que tal vez en estos momentos se aplique mejor a mi caso que al suyo, aunque sé que usted ha amado con toda su alma y ha sentido lo que eso duele: «El amargo amor me ha henchido de una languidez tóxica». ¡«Me ha henchido»! ¿No le parece lo más triste que ha oído en su vida?

—Ah, pues no sabría decirle... —murmuró el otro, al tiempo que cogía uno de

los utensilios que tenía en la mesa (un triángulo, ¿qué era eso?) y le daba vueltas en la mano—. Desde luego es muy bonito, sobre todo en francés. Recita usted tan... tan evocadoramente —dejó el triángulo en su sitio y cogió otra cosa, una regla métrica—. Yo soy más de Emerson, de Longfellow, Carl Sandburg..., que es amigo mío, por cierto. Una persona estupenda, de gran corazón —y entonces fue él quien recitó para ella, su cara iluminada, su música, sus ojos—. «Llegarás algún día en una ola de amor, / tierna como el rocío, impetuosa como la lluvia, / tendrás el bruñido del sol en la piel, / el ronroneo de la brisa en tus murmullos».

Se quedó quieta por un momento, dejando que las palabras resonaran hasta que cobraron vida en su interior y pudo sentir las como un pulso rítmico que palpitaba al compás de sus latidos.

—Magnífico. ¡Bravo! Recita usted con tanta maestría que cualquiera diría que es actor. Y su voz...

La sonrisa del arquitecto dejó a la vista la perfección de su dentadura. Tamborileó con una mano sobre la superficie reluciente del escritorio, como si llevara el compás de los versos que todavía le fluían por la cabeza.

—Es cosa del poeta... El mérito es de Carl. Por cierto, hablando de poetas, ¿conoce usted a Taliesin por casualidad? ¿Llegó a sus círculos allí, en París?

No, no había llegado, Miriam nunca había oído hablar de él. Compuso una mueca que denotaba gravedad y ansias por saber.

—¿Es italiano?

—No, no, nada de eso: le hablo del legendario bardo y cambiaformas galés, un hombre que tenía una cara tan hermosa que se decía que irradiaba luz^[93]. Hace unos años Richard Hovey..., ¿le suena Richard Hovey?, escribió una mascarada titulada *Taliesin*. ¿No? De primera. Creo que le gustaría. Una obra muy delicada y profunda, igual que usted —hizo una pausa, como si se hubiese excedido, y apartó los ojos de ella por un instante—. Bueno, el caso es que le he puesto a mi casa «Taliesin», a mi finca, me refiero, la de Wisconsin. Por el poeta... Y tiene usted que verla, sin duda, debería... cuando, en fin, cuando esté... —dejó la frase sin acabar.

—Sé por lo que está pasando —respondió Miriam con fervor, auténtico fervor—. Pobre hombre, cuánto ha sufrido usted. Se ve. Y puede que yo lo sepa mejor que ninguna otra alma de este mundo, porque estamos sintonizados. Somos gemelos; eso es, ¡gemelos! —Estaba tan emocionada que a punto estuvo de saltar de la silla, correr hacia él y atraerle hacia sí, para darle calor, curarle y aliviarle con una pasión tan perfecta y profunda que le haría dejar atrás la tragedia y la miseria para siempre. Aunque no, todavía no: era un momento demasiado delicioso. Se echó hacia delante hasta quedar en el mismo filo del sillón y, gesticulando con las manos mientras dejaba que sus ojos hablasen por ella, prosiguió—. Pero mire, mire lo que decía Gérard de Nerval, atento: «Me muevo en las tinieblas, el viudo, más allá del consuelo, / el Príncipe de Aquitania en una torre ruinoso. / Mi única estrella ha muerto...».

Los ojos se le llenaron de lágrimas y se vio incapaz de seguir. De haber podido echar la vista atrás en ese instante, hacia todos los momentos clave de su existencia, hacia toda la intensidad, la pasión, las peleas, las tempestades y los trascendentes vuelos de pura gracia espiritual, nada habría igualado lo que estaba sintiendo en los preciosos minutos que habían transcurrido desde que entrara por aquella puerta. —Le costaba respirar, y se sintió mareada—. Lo siento —boqueó—. Disculpe, es que... es que estoy tan... conmovida...

Y al punto le tenía a su lado, ofreciéndole un pañuelo de la batista más delicada, ligeramente perfumado; se enjugó con cuidado el rabillo de los ojos y, mientras cogía en un arrebató el tomo que le había llevado, le dijo:

—Tenga, aquí tiene, acéptelo como un nimio regalo de consolación, de mi parte, en estas horas suyas de necesidad, y lléveselo al corazón. Las escrituras sanan... Jesús sana. Yo lo sé, he recorrido ese mismo camino.

El arquitecto pareció desconcertado. ¿Cómo él, hijo de predicador y sobrino de Jenkin Lloyd Jones, uno de los oradores de púlpito más grandes de su época, se mostraba vacilante, reacio?

—Tome, tenga —repitió, la voz reducida a una especie de sollozo.

Y tuvo que contenerse, que agazaparse un momento, o el hechizo podría disiparse y toda aquella sala resplandeciente de esperanza, arte y belleza se disolvería como un espejismo de *Las mil y una noches*. Pero entonces notó la presión de la mano de él y cómo el libro —la dulce revelación, la dulcísima revelación de Mary Baker Eddy— pasaba de sus yemas a las del arquitecto^[94].

—Sanará —murmuró, la voz algo más estable—, confíe en mí, sanará.

Sin saber cómo, los dos se habían puesto en pie. Él le había pasado el brazo por los hombros y estaba masajeándole inconscientemente —¡con su mano!— los cortos, recios y gruesos pelos que otrora la foca vistió en el océano polar para combatir el frío del mundo. Era perfecto... exquisito. Y ¿qué estaba diciéndole, que le murmuraba al oído?

—Ya está, ya está, no pasa nada. Me pondré bien, seguro. Y usted, mujer amable, hermosa y espiritual, también. Leeré el libro; lo leeré porque me lo da usted.

Miriam alzó la vista hacia él. Estaba temblando, y apenas le salió un hilo de voz:

—¿Le ha dicho alguien alguna vez que tiene usted una cabeza soberbia? —Una vez más el arquitecto pareció desconcertado. Pero en esa ocasión ella prosiguió, las palabras le vinieron como en una oleada—. Tiene usted que posar para mí. No aceptaré un «no» por respuesta, y si bien prefiero las manos (las manos son mi especialidad, al igual que los pies, las manos y los pies), no importa, moldearé un busto de usted y será soberbio, lo mejor que haya hecho en mi vida. ¿Lo haría usted?, ¿posaría para mí? ¿Me lo promete?

Las siguientes dos semanas fueron un *tourbillion* de comidas, bailes, museos,

exposiciones y visitas en automóvil a las casas que había construido y de las que estaba orgulloso como un pavo real, igual que un niño ante su primera construcción con bloques de madera. Aparcaba en la entrada de un domicilio u otro sin anunciarse, saltaba cual acróbata hasta el otro lado del coche y esperaba impaciente a que Miriam se preparase para la embestida del viento; después la paseaba por el exterior de la casa, una y otra vez, y se explayaba sobre cada detalle —hasta el origen del cobre de los canalones, si hacía falta—, antes de bailar un vals en el interior de la vivienda como si fuese suya y volver a empezar, esa vez con los detalles internos. Entre tanto, los habitantes de la casa se armaban de paciencia mientras él criticaba el estilo y la ubicación de los muebles o de cualquier otro elemento de su diseño que no parecía ser apreciado lo suficiente, y todo sin apartar ni un momento los ojos de Miriam. Y pese al frío y el dolor de pies y la angustia de irrumpir en casas de completos desconocidos que la miraban como si fuese a la vez cautiva e invasora, la manera que tenía él de mirarla —maravillada, apreciativa y descaradamente carnal— la hacía resplandecer.

Cuando las Navidades se acercaron y Norma empezó a colgar ramitas de acebo por toda la casa y a canturrear villancicos en la cocina (en tono insulso y desafinado, porque, por desgracia, tampoco había tenido a bien heredar el talento musical de su madre; ¡con lo bien que cantó *Frère Jacques* de niña en el colegio! ¿O esa había sido Corinne?)^[95], las atenciones de Frank se intensificaron más aún. Fueron a fiestas, por supuesto; fiestas por doquier, de noche y de día, en casas, galerías y teatros lujosos, profusamente decorados para Yuletide, donde criados de color pasaban con bandejas de bebidas y exquisiteces, y todo el *haut monde* de Chicago se reunía bajo el mismo techo, con sus pieles, sus joyas y sus elegantes vestidos. Frank se convirtió en la auténtica encarnación de la festividad: canalizó su genio por el interiorismo en todo un despliegue navideño y en un derroche sobrehumano de buen humor, al tiempo que la exhibía del brazo, como si se tratase del tesoro más exótico de todos. «Eres mi joya de la corona», solía decirle, y la besaba en los labios y se le acercaba tanto que notaba su erección contra ella, quien se retiraba con toda la delicadeza que podía a fin de no apagar por completo su ardor, y le llamaba «traviesillo» o «torito» o algún otro apelativo infantil. Y luego él volvía a abalanzarse sobre ella hasta hacerle creer que se partiría en dos ante el calor de su propio deseo. Acabaría poseyéndola —y ella a él— pronto, muy pronto.

Con todo, Miriam no sabía muy bien a qué atenerse cuando la invitó a su casa en Nochebuena. ¿Estarían allí sus hijos, ya mayores? ¿Su mujer? ¿Su madre? ¿La cómica ama de llaves de la trompetilla de la que tanto había oído hablar? ¿Sus amigos y sus socios? ¿Unos vecinos? ¿O estarían tan solo los dos, unidos en un apasionado abrazo como si no tuvieran más ataduras en el mundo?

Ya había anochecido cuando el taxi se detuvo ante la casa, que era pequeña, modesta y correcta, exiliado como estaba de la de Oak Park, que le había cedido a su mujer, y de las ruinas de su mansión de Wisconsin; y, si esperaba algo más

majestuoso, una estructura colmada con la belleza, la inteligencia y la grandeza de Frank, hizo lo posible por disimular su decepción. Era algo temporal, lo entendía. También ella vivía una vida temporal, y al pensar en ello, sintió por él una oleada de emoción: ambos eran exiliados y sus destinos les habían hecho coincidir para consolarse mutuamente. ¿Podía haber algo más perfecto, más glorioso?

Llena de esperanza y amor —hinchida, más concretamente—, recorrió aprisa el camino de entrada, poniendo cuidado en no pisar los trozos de hielo, porque no era cuestión de caerse y torcerse un tobillo; aunque incluso eso habría tenido su lado bueno: ella con la pierna delicadamente elevada ante la chimenea mientras él la asistía con un vendaje y una copa de champán, sus dedos trabajándole la carne, subiéndole por la pantorrilla y bajando, subiendo y bajando, rozando, palpando, acariciando... Pero allí estaba él, ante la puerta abierta y bañado en luz, vestido con chaqueta de esmoquin de terciopelo negro y pantalones orientales, el pelo iluminado por detrás como por el halo de un ángel.

—Miriam —le dijo—, amor mío, querida, mi joya, ven, déjame que te ayude...

El fuego ardía con fuerza. Había cuencos con rosas rojo sangre por todas partes. Un buda de bronce, las lámparas que él mismo había diseñado con estupendos dibujos geométricos y un resplandor suave, velas encendidas, la mesa puesta para dos, champán en una cubitera... y música, un delicado y delicioso cuarteto de cuerda tocando una serenata para ella desde el gramófono de la esquina.

—Quita el sentido —le dijo Miriam en cuanto él cerró la puerta de golpe y la cogió entre sus brazos—. Todo lo que tocas. ¡Quita realmente el sentido!

No podían parar de hablar —y de besarse, tampoco de besarse—, de repasar el mundo entero, desde los griegos y los romanos al teatro contemporáneo y los goces de Alemania, Italia, Japón (tenía que ir a Japón, era obligatorio, insistió él: la sociedad más perfectamente orgánica de la Tierra) y París, claro está, que era su jurisdicción; si Miriam debía ir a Japón, él tendría que ir a París, con ella de cicerone. Ay, y siguió cantando las alabanzas de la capital francesa como si estuviese a un paseo en coche de Chicago, como si pudieran ir de anticuarios y pasear por los bulevares antes de que el reloj diese la medianoche. Estaba embriagada, total y profundamente, hasta lo más hondo de su ser, y no por ningún opiáceo ni por el champán, sino por encontrarse allí con él en la noche más importante del año.

Comieron delante de la chimenea, en la mesa que había dispuesto, y él mismo sirvió cada plato de una bandeja cubierta (platos todos contundentes —bacalao en salsa de nata, lomo de cerdo a la sal con patatas—, tal vez demasiado, recetas muy sencillas, y tan... Medio Oeste, pero en cualquier caso ricas), y no había ni rastro ni de la cómica ama de llaves ni de nadie. Después fumó delante del fuego y se echó al gaznate, con mucha delicadeza, una *demitasse* de café y un licorcito que no pudo identificar (él se abstuvo), y dejó que su voz cantara hasta que pareció una especie de ave tropical que llegaba revoloteando desde el cielo negro y lúgubre para iluminar aquel salón y aquella casa, hasta hacerla brillar como el centro del universo... ¡y nada

menos que en Nochebuena!

—¿Has visto mi anillo? —le preguntó en cierto momento, extendiendo la mano ante él cuando se sentaron juntos en un sofá de respaldo duro que podía ser bonito, pero tenía poco de suntuoso, parecía más bien un banco de la capilla de un monasterio, y ¿tanto mal le harían unos cojincitos o incluso una mantita, por el bien del mueble y de la comodidad de la estancia en su conjunto? Pero todas aquellas ideas se le fueron de la cabeza en cuanto él le cogió la mano y se la besó una y otra vez, al tiempo que le recorría la muñeca y el antebrazo con los dedos, con esa presión tan exquisita, y el fuego...—. Era de Cleopatra —prosiguió, aunque el otro seguía agachado sobre su mano, besa que te besa, y se le aceleró la respiración—, quien lo llevaba para que sus amantes le fuesen fieles. Este... anillo... de aquí...

La mano le subió por el brazo, por el mullido sendero de terciopelo, sin resistencia alguna por parte de la tela, y Frank pasó entonces a besarle el cuello mientras la miraba con todo el aplomo de sus ojos. Murmuró algo, tal vez sobre Cleopatra y sus amantes, la altura del techo o el color de sus ojos, Miriam no supo decir, pero su voz seguía con el tema, jadeante y profunda, y sin vuelta atrás.

—Y que tengan cuidado —murmuró— los amantes infieles... Aunque tú, tú no lo eres, ¿verdad?

Le había puesto ya la mano en el pecho y buscaba bajo el tejido la piel desnuda, la areola y el pezón, que se endureció al tacto. Y los labios la besaron. Oyó el chisporroteo del fuego, el siseo de la aguja contra la etiqueta del disco, el viento al otro lado de las ventanas, el tictac del reloj. Se echó hacia atrás para hacerle sitio al otro cuerpo y al lento y dulce delirio de sus manos y su lengua.

—¿Verdad? —insistió.

Y el arquitecto, completamente excitado, la cara enrojecida y las orejas relucientes como adornos navideños bajo la luz trémula, sopló la respuesta contra el suave calor de los labios de Miriam:

—¿Yo? —dijo entre resuellos, mientras seguía trajinando, apretándose contra ella y tirándose de los botones del pantalón como si cada uno ardiera con un fuego distinto—. Nunca —dijo zambulléndose en ella—. Jamás.

Capítulo 3

La hora del miedo

Que Norma o el renacuajo que tenía por marido lo aprobasen o no le era completamente indiferente: iba a mudarse con Frank Lloyd Wright al 25 de East Cedar Street y, en su opinión, el mundo entero podía asfixiarse en sus patéticas ideas pequeño-burguesas sobre la decencia. Pensaba vivir, expresarse y vagar entre gigantes. Resultaba que estaba enamorada de un titán imponente, de un héroe wagneriano que les sacaba la cabeza y los hombros a todos los demás, un Tannhäuser, un Sigfrido, y que además la correspondía, la amaba a ella y a nadie más; si creían que pensaba quedarse encerrada en el trastero miserable de un piso horrible y vivir como una carmelita con la venia de su yerno, estaban muy equivocados. Había mandado sus pertenencias a casa de Frank, los baúles que había transportado con ella desde Francia, la ropa, las joyas, los objetos de arte... y para mediados de enero ya estaba instalada; una vez más señora de su propia casa.

Era como un milagro, parecía que estuviese otra vez de luna de miel, y aquella casita, el barco que les llevaría al otro lado del océano por los mares de la felicidad. Las noches eran puro deleite, un no parar de hacer el amor, las mañanas las bañaba el sol (o al menos así lo sentían), y mientras él estaba en el estudio despachando diseños en compañía de sus escurridizos empleados, Miriam se dedicaba a hacer la casa una pizca más cómoda o, en cualquier caso, menos austera. Ese fue el calificativo que utilizó cuando habló por teléfono con Leora.

—Parece tan austero, rayano en lo puritano... Como si un cojín de felpa violase las leyes suntuarias o algo por el estilo.

Escogió cortinas para las ventanas y cojines para los duros respaldos de las sillas; ordenó ropa de cama y papel de carta con las iniciales de ambos entrelazadas, así como con su blasón familiar; vajilla, cubertería... ¡alfombras, por Dios Santo! Y su gusto gastronómico...

—Te lo digo, Leora, lo he intentado, de verdad (y eso que ya llevamos dos cocineras), pero todo lo que le gusta es tan insípido, tan insulso, tan poco apetecible en todos los sentidos, que no me imagino yo a nadie de Francia, ni siquiera al campesino más mugriento (de esos que hablan en un dialecto que parece que acaban de inventar), osando echárselo de comer a sus cochinos. No, te lo digo muy en serio, de verdad. Necesita enmendarse, una buena dosis de cultura, más allá de sus dibujos y sus casas, que son realmente una exquisitez, eso no te lo voy a negar, desde luego que no...

A finales de la segunda semana, cuando el frío gris y castigador de enero se alió

con el implacable temporal ártico que dio la bienvenida a febrero en los yermos cañones de Chicago, tuvieron su primera pelea. La cocinera había seguido las indicaciones de Miriam y, bajo su estricta supervisión, había preparado un delicioso *saumon tartare avec sauce moutarde* de entrante, seguido de una *bisque de homard*, una *salade d'endive* y unas espectaculares *ris de veau* flambeadas; además, sirvió un exquisito Sancerre para acompañar el salmón y, con las mollejas, un Margaux que había encargado a un tratante de vinos, quien, sorprendentemente, no había tenido problemas para encontrarlo en aquel poblacho. Frank, sin embargo, no había dado muestra alguna de estar impresionado. De hecho, en cierto momento apartó el plato —lo retiró como si se lo hubiese encontrado en medio de la calle—, se fue a la cocina sin mediar palabra y regresó al momento con un vaso de agua y una manzana. Atónita, le observó mientras pelaba la fruta, la cortaba, se la metía en la boca trozo a trozo y la bajaba con el agua.

—Me he pasado toda la tarde con la comida —le dijo en voz baja, haciendo todo lo posible para que no asomara severidad alguna a sus palabras—. Y Madeline ha trabajado como una mula para prepararlo todo.

Frank la miró con desdén.

—Pues dile a Madeline que está despedida.

—¿Despedida? ¿Por qué? Pero si acabo de contratarla. Y es buenísima, de verdad, aunque sea de Montreal.

—¿Tengo que repetirlo? Está despedida. Avisaré en Taliesin para que venga Nellie Breen si esto es todo lo que puedes hacer. —Atravesó un trozo de fruta con el cuchillo de mondar y lo dejó ahí, goteando delante de él—. Estas cosas serán lo más de lo más en París, pero aquí no nos valen. Nosotros no nos dedicamos a comer tripas de esas.

—Mollejas —le corrigió, y sintió que iba encendiéndose por dentro. Qué temeridad por su parte, qué impertinencia. Era un borrico, eso era, un bárbaro—. Eres un borrico, eso es lo que pasa. ¿Eres consciente de que te hace falta un poco de educación?

—Y con la comida no se toman bebidas alcohólicas, vino...

De pronto se enfadó, la embargó tal rabia que se quedó sin habla; solo pudo dejar escapar una risa cortante, amarga y llena de sarcasmo.

El otro se levantó entonces, todos los centímetros de su metro sesenta y poco, o lo que midiese, sufriendo espasmos de furia.

—¡Y el tabaco! —espetó—. ¡¿Pues no parece que vivimos en un almacén de tabaco al que le hubiesen prendido fuego?! Es una costumbre repugnante, de lo más inapropiada para una dama. Y por ahí no pienso pasar.

Y en ese momento la batalla se igualó porque Miriam se levantó dispuesta a responderle.

—¡Patán! —gritó—. ¡So palurdo!

La mirada que le lanzó el arquitecto la hizo estremecer —era capaz de matar

como un maleante cualquiera de los callejones de la orilla sur— y, de hecho, dio un paso hacia ella, como si fuera a atreverse. «Déjalo —se dijo a sí misma, con los pies quietos y el cuerpo rígido—, tú déjalo». Pero Frank se controló, y Miriam vio que la parte racional del hombre tomaba los mandos como si hubiesen accionado un interruptor en él, y comprendió que le tenía miedo, ¿no era así? El muy mentecato, el muy cobarde...

—Me das asco —le dijo por fin el arquitecto, que acto seguido se giró sobre los talones y salió por la puerta al telón negro de la noche sin reparar en coger la capa, el sombrero o la bufanda, que solo abandonaba su cuello en la cama o en la mesa.

—¡Eso, vete! —chilló Miriam al tiempo que salía disparada hacia la puerta con la fuente de las entrañas, con la guarnición de *champignons de la forêt* salteados y la salsa de jerez que había confeccionado con maestría, alzada en una mano—. ¡Vete, so cabrón! —Y la fuente le fue a la zaga, describiendo una parábola chorreante a través del jardín bañado por la luna, hasta estrellarse contra la acera y desperdigar su contenido para disfrute de los pájaros, las ardillas y los carroñeros nocturnos.

Por supuesto, hicieron las paces —con un grave acceso de copulación que empezó casi como si fuese una competición de lucha libre entre dos aguerridos oponentes y acabó en la rendición más dulce—, pero no antes de que Frank se fuese a Wisconsin sin ella. Tres días seguidos sin saber nada de él, ni una palabra. Parecía que nunca había vivido allí, que no se habían conocido, y que la casa, llena de sus cosas, era solo un monumento conmemorativo, una sepultura hecha para nadie. La primera noche no logró pegar ojo mientras revivía la escena en su cabeza una y otra vez, deseando haberse contenido un poco, mostrado menos fuego y menos furia, porque le quería como no había amado a nadie en su vida, eso lo tenía claro, clarísimo, sin lugar a dudas, y le echaba de menos con un dolor que le reverberaba por dentro como un grito desesperado en el tronco hueco de un árbol marchito^[96]. El siguiente día fue como estar en el purgatorio, un cúmulo de minutos insoportables y horas tortuosas que hicieron que la tomase con Madeline y con los distintos repartidores que fueron a llevar los abastos; pero no pensaba llamarle a su despacho, como si ella fuese una maleta abandonada que no supiese dónde estaba su dueño, desde luego que no. Cuando este segundo día tocaba a su fin, se convenció de que estaba engañándola con otra mujer, su secretaria, su mujer (Kitty, así se llamaba, «chochito» en inglés... para eso, ¿por qué no la llamaba directamente «coño» y acababan antes?). Llamó a Leora y le lloró mediante los finos cables balanceantes, llamó a Norma y le contó que su madre se había quedado en la estacada y, por último, aunque intentó resistirse, cedió y llamó al estudio de Frank, donde la vocecilla aflautada de una subalterna la informó de que el maestro, el señor Wright, había ido a Taliesin a supervisar las obras. ¿Y cuándo se suponía que volvía? Ah, una larga pausa bien calculada: no se sabía. Después de eso, y solo después, recurrió a la jeringa; y

pese a todo, lloró hasta quedarse dormida.

En el desayuno de la mañana siguiente a haber hecho las paces se mostró muy tierno con ella, tierno y amable, uno frente al otro en un resplandor saturado, sin necesidad de palabras, el silencio roto tan solo por los murmullos más solícitos: «¿Querías otra taza de té, querida? ¿Leche? ¿Te pongo otro huevo? Cariño, si no es mucha molestia, ¿serías tan amable de pasarme la sal?». Miriam se le agarró al cuello cuando se levantó para ir a trabajar, y se besaron con tal intensidad que a punto estuvo de tomarla allí mismo, sobre la alfombra, y en cuanto Frank volvió a casa lo primero que hizo ella fue llevarle al dormitorio. Y permitió que despidiera a Madeline, solo para agradarle, y esa noche ella misma se puso tras los fogones, a medio vestir, y le hizo unas patatas salteadas con cebolla y un filete en su jugo sin más aderezos que una pizca de sal y otra de pimienta. Por su parte, él no paró de hablar, ni para coger aire, y después de la cena se sentó al piano y tocó para ella hasta que se hundió en los suntuosos cojines nuevos como una reina, cual la mismísima Cleopatra. Era suyo, era suyo, suyo, y el mundo volvía a ser un lugar bueno y hermoso.

La segunda pelea sobrevino al final de esa semana y fue él quien la inició —otra vez—, porque estaba de mal humor, lo notó en cuanto entró por la puerta. No le gustaban los cojines, eso era lo que pasaba; aquello parecía un prostíbulo, le dijo, a lo que ella respondió:

—¿Y eso en qué me convierte a mí?

El arquitecto no supo qué contestar, y Miriam comprendió entonces lo mentecato que era, lo pusilánime, y en cuanto se despojó de la capa y del sombrero, empezó a arremeter contra el papel de carta y la vajilla que había encargado.

—Es una horterada, Miriam. ¿Tu escudo de armas? ¿Y el mío qué? ¿No te has parado a pensar que los Lloyd Jones se remontan a antes que los... que los... comoquiera que se apellide tu familia...?

—Mi padre se apellidaba Hicks. Nuestros orígenes se remontan al primer asentamiento de Virginia. De no haber sido por la Guerra de Independencia en el Sur, habríamos...

—Con el cuadradito rojo, así es como llevo marcando mi papel todos estos años y así es como seguiré haciéndolo. ¿Me entiendes? Y se acabó el tema^[97].

Miriam hervía por dentro. ¿Qué era esa forma de interrumpirla, de mandarle? ¿Quién se creía que era?

—¿Ah, sí? ¿Y de qué tema piensas hablar? ¿De Taliesin? Háblame de Taliesin y de por qué no me has invitado a ir. ¿Es por esa mujer muerta, eh? Crees que mancillaría su recuerdo, ¿no es eso?

Frank apartó la cara, gesto inequívoco de que iba a mentir, y le respondió:

—No, eso no tiene nada que ver. Lo que pasa es que estamos reformándola y ahora mismo es un incordio vivir allí, con tanto polvo y tanto jaleo, hay poco espacio, y no podría atenderte como es debido porque estaría ocupado con las obras.

—¿Y qué me dices de tu madre?

—¿De mi madre? ¿A qué viene ahora mi madre? —La voz se le recrudeció—. Supongo que lamentas el día en que me dio a luz, ¿no? Porque no estabas allí.

Frank se había agachado junto a la lámpara de la esquina para encenderla. La luz le dio en la cara al volverse, todo en él salvaje y animal, como una alimaña sorprendida fuera de su madriguera, y resultaba odioso, ¡odioso!

—Ella sí puede ir, ¿verdad?

—Hombre, pues... pues claro. Ya lo sabes, estoy haciéndole habitaciones a ella y a mis tías... y a ti, a ti también.

—¿Y tus hijos? Tus hijos están allí, ¿verdad? Catherine, Llewellyn, David, Frances... Una gran familia feliz... ¿Y dónde duermen? ¿Tan incómodos están con las obras? —Frank se había vuelto hacia Miriam y esta aprovechó para plantarse ante él y gritarle a la cara—. ¡Eres un mentiroso, un embustero! Y un macabro, ¡eso es lo que eres, porque prefieres a un... a un cadáver antes que a mí! ¡Un recuerdo! ¡Una cosa muerta!

Se volvió para alejarse de él y buscó algo, cualquier cosa pesada, una de sus condenadas estatuillas, lo que fuese, pero en ese momento el otro la cogió de la muñeca y le dijo, apretándosela con fuerza:

—No te atrevas a decir ni una palabra contra ella.

Miriam se retorció y liberó su muñeca y, ¡anda!, uno de sus jarrones, y le importaba un comino de qué dinastía fuese o qué preciosa alma artesana lo hubiese torneado en no sé qué dorada era china —¿y acaso no eran todas doradas?—, estaba en su mano y al momento siguiente ya no, lo había estampado contra la pared.

—Venga, pégame —le gritó, pero se revolvió y se alejó, se paseó por la sala y luego regresó hacia él con tal ímpetu que el arquitecto tuvo que recular—. ¡Un fiambre, Frank! Pero yo estoy viva, yo soy una mujer de verdad, ¡de carne y hueso! —Con ambas manos en el cuello, de un solo tirón desbocado se desgarró el vestido hasta la cintura, dejando al aire los pechos, que se vieron presas del frío de la estancia—. ¡Mírame, mira mis pechos! ¡Bien que los has manoseado, bien que los has rechupeteado como un niño de teta! Entonces no te parecían mal, pero ahora prefieres a un cadáver, ¿eh? Prefieres a un cadáver antes que a mí.

A Frank se le había ido el color de la cara. Retrocedió, alejándose de ella.

—Miriam... —le rogó.

—¡No, no, no! Antes me mato. ¿Es eso lo que quieres, eh? ¿Dos cadáveres?

A la mañana siguiente —a saber dónde habría pasado él la noche—, dos de sus ayudantes se presentaron en la puerta, el pelo topo y otro tipo de labios fruncidos que la miró como si fuese la Gorgona en persona. Habían ido para empaquetar las cosas del señor Wright y llevarlas a sus oficinas. ¿Qué cosas?, preguntó ella, aunque ya lo sabía. Y no intentó impedirlo de ningún modo. Si quería huir, renegar de ella, dejarla

a su suerte, sin nada, como el canalla que era, pues bien, no pensaba detenerle. Se fue en taxi a los almacenes Marshall Field's, a pesar de que le parecían un horror, y para cuando volvió no quedaba ni rastro de Frank en el 25 de East Cedar Street aparte de los muebles. No había dejado ni el cepillo de dientes. Una vez más se resistió a llamar a sus oficinas y una vez más acabó claudicando; tal y como había sospechado, estaba en Taliesin y no había manera de hablar con él.

Esa vez no volvió; y aunque estuvo reconcomiéndose minuto a minuto, día tras día, se quedó en aquella casa desierta. Cada vez que escuchaba un ruido en la calle, el roce de un zapato en la acera o una voz que saludaba a alguien, se persuadía de que era él, convencida como estaba de que volvería a ella. Pero una y otra vez, vivió una nueva decepción. Conforme pasaron los días se fue armando de valor: ella tenía sus propios recursos. Y tenía la jeringa y una receta de un médico muy liberal cuya dirección había encontrado en el listín telefónico. Y ahora aquella era su casa, y que la colgasen si pensaba dejarla.

Lo que sí hizo, claro está, fue escribirle: a diario, a veces incluso dos o tres cartas al día. También le llamó, pero, cuando conseguía hablar con él, se le antojaba consternado, culpable incluso y, por mucho que intentara actuar como si no pasara nada y estuviese únicamente preocupado por las reformas de Taliesin, en realidad nadie podía culpar a Miriam si subía el tono por encima de lo aceptable, pues era humana, tal y como le recordó, y no un simple recuerdo. ¿O sí que lo era? Con el tiempo sus cartas, que en un principio habían sido compasivas, solícitas y amables — si bien distantes, como si le escribiera a una tía o a una hermana de misiones en el extranjero—, se volvieron más resueltas, como si hubiese aceptado que no había reconciliación posible entre ambos. La que más le dolió, la que la hizo salir disparada de la casa y meterse en un vagón de primera de un tren a Albuquerque^[98], rumbo oeste, se dirigía a ella en unos términos tiernos y evocadores, sobre todo cuando hablaba de sus encantos y de la emoción que había experimentado al conocerla y amarla, y de lo mal que se sentía por haberla abandonado. Pero era una carta de despedida, no le cabía la menor duda. Porque era un mentecato; porque el amor —al menos para ella— siempre llevaba inevitablemente, tras diversas fases, a la miseria. «¡La Razón nos ha dejado! —le escribió, subrayando la máxima con su puntuación recargada—. ¡La Caridad ha desaparecido, y ha llegado la hora del Miedo, del Odio, de la Venganza, del Castigo! ¡Y después vendrán el Arrepentimiento, la Vergüenza, la Humillación, las Cenizas! ¡Es el Camino que hay que seguir, que me oigan todas las almas ambiciosas! ¡El sexo es la maldición de la Vida!».

Estuvo dándole vueltas a esa frase de mal gusto durante el farragoso viaje que la llevó hasta la otra punta del país: el sexo, la maldición de la vida, ya, claro... Pues en Nochebuena no pareció importarle, cuando la tomó dos veces seguidas y de nuevo a la mañana siguiente, ajeno a la celebración del nacimiento de Cristo y de los himnos sagrados del coro angelical; ni durante las semanas que siguieron, cuando la instaló en su casa como a una hurí de su harén y se la beneficiaba cada vez que le entraba la

picazón, que podía ser a cualquier hora del día o de la noche, porque estaba más calenturiento que una cabra, era el hombre más calenturiento al que se había expuesto en su vida, incluso en Francia o en Italia. Y ahora, de repente, el sexo era la maldición de la vida... Lo había tergiversado todo, el muy hipócrita, y encima le echaba la culpa a ella, al tiempo que reducía la monumentalidad de lo que habían compartido a una vulgar expresión de gratificación sexual, como si fuesen mandriles en la selva o algo por el estilo. Pues bien, no pensaba tolerarlo. Y allá que le escribió, página tras página, las emociones quemándole en la yema de los dedos, en la estilográfica, en la tinta que chamuscaba hasta el papel.

Le insultó, desde luego que sí, pero también le expresó la enormidad de su amor; y no había sido un capricho como otro cualquiera, le recordó, sino un amor maduro y espiritual enfrentado a las mezquinas convenciones de una sociedad atrapada en sus reglas absurdas^[99]. No iría a Taliesin ni aunque se lo suplicase. No podía. «Porque por allí deambula a sus anchas un espíritu cuya presencia no debe ser ofendida por la de una mujer que te ama de verdad». Siguió en esa vena, explotando toda referencia gótica a cementerios, a tejos e íncubos que pudo recordar, antes de emprenderla contra él. ¿Es que no era capaz, él entre todas las personas, con esa sensibilidad tan fina y esa brillantez conceptual, de apreciar que aquella nostalgia por un fantasma era de lo más falsa y vulgar, un sentimentalismo de tres al cuarto, una pobre parodia del amor real y de la lealtad? Y le preguntó, humilde y sinceramente, si no sería tan amable de aceptar a un pobre y amante corazón al que había mutilado más allá de lo imaginable. Era él quien se equivocaba, ¿es que no lo veía? ¿No entendía todo lo que estaba ofreciéndole, pese a tener que enfrentarse a la condena de esa sociedad cruel y su moralina, una sociedad que la rechazaba solo por el «pecado» de quererle? Conforme escribía, absorta, distraída, resentida y a la vez rebosante de amor, sintió que las fuerzas volvían a ella.

«¡Venceré! —exclamó en la carta—. ¡Ya lo verás! Cuando el humo de la batalla se disipe, volveré a ser un arco iris de nombre eterno: un altar de fuego al que has intentado lanzar a los abismos. Haré una guirnalda de rosas y te la colgaré del cuello. Pensarás que es un yugo y lo maldecirás, pero no importa. Te da miedo la luz que doy y te agazapas en la penumbra. Sal, toma mi mano, yo te llevaré». Y el cierre, sugiriendo en su contención mundos enteros de amor, duelo y apasionado arrepentimiento, fue, simple y llanamente, «Miriam».

Y entonces llegó, redimida, al gran altar del oeste, Albuquerque, Santa Fe, Taos. Paseaba descalza por las mañanas, rendía culto al cielo, tomaba *eau naturelle* y pan ácimo. Se envolvió en trapos diáfanos y dejó que Jesús y Mary Baker Eddy le aplicasen en el alma su contacto sanador. El tiempo era una montaña. Las aguas fluyeron y el viento sopló. Vio las águilas elevarse en las cálidas corrientes por encima de los montes Sangre de Cristo, como si detentaran todo el poder del universo

en sus alas..., aunque quizá fuesen buitres. Bueno, daba igual, el caso es que estuvo allí y vivió el momento.

Poco a poco las cartas de Frank fueron suavizándose. La culpa le corroía: la había seducido para más tarde abandonarla, cuando ella había dejado todo por él, incluso ante el oprobio de la sociedad, y una vez que lo había comprendido, le rogaba que le perdonase. Le mandó dinero. La necesitaba, la quería, y le rogó que volviera, y no solo a Chicago, sino a Taliesin, para ser su mujer. ¿Y ella? Pues dejó que se cociera en su propio jugo, demostrando así su poder para llegar a él a través de toda aquella extensión de tierra salvaje y apretar el torno en que le tenía atrapado. ¿Y qué si era por lujuria? La necesitaba, e iba a mostrarle todo lo que podía darle, más allá de eso, de la maldición del sexo; y sí, se lo dijo así, tal cual. Recorrerían juntos el mundo — le escribió—, de la mano, paso a paso, y desafiarían a los mismísimos dioses en su sublimidad.

En julio regresó a Chicago y a finales de agosto estaba ya en Taliesin^[100].

Capítulo 4

De carne y Hueso

Se sentía solo: eso era, en resumidas cuentas, lo que le pasaba. Pese a la plenitud de los días en Taliesin y a estar totalmente volcado en las obras, que iban viento en popa, a la compañía de sus hijos y a los cuidados de Madre Breen, a los paseos a caballo, la siembra, los picnics, las charadas, los juegos de mesa y los cánticos nocturnos en torno a la lumbre hasta creer que le estallarían los pulmones, se moría por el tacto de una mujer. Miriam tenía razón: Mamah era un fantasma, había muerto y desaparecido, y no puedes acostarte con un espectro. Tal vez pareciese un desalmado, era cierto —Mamah no llevaba ni un año bajo tierra y ya se le había difuminado en la memoria, como si todo hubiera ocurrido hacía un siglo, aunque quizá fuese un ardid de su cerebro, un mecanismo de defensa, una manera de aflojar las madejas del duelo para que no le asfixiaran hasta vaciarle de aire los pulmones y de sangre el corazón —, pero lo único que veía en su cabeza era a Miriam: Miriam desvistiéndose a la luz de las velas, provocándole, envaneciéndose, posándose desnuda en una esquina de la cama y abalanzándosele, Miriam con los pechos fuera, por encima de la sedosa curva de su abdomen, el vestido hecho jirones y gritando: «¡Mírame, soy de carne y hueso, de carne y hueso!».

Pues sí, así era él. Y se vio enterrando la cara en las cartas de ella para captar el más mínimo rastro de su aroma mientras se preguntaba qué estaría haciendo en Nuevo México: ¿habría tomado otro amante?, ¿sería eso? Era una belleza sin par, elegante, brillante, una mujer de mundo, y si él no había conocido a nadie como ella en Chicago, ¿qué pensarían los *hidalgos* al verla allí bajo el cielo raso? Se la imaginó en los brazos de una figura alta, con bigote y *sombrero*, un híbrido tostado por el sol de Tom Mix y Teddy Roosevelt, y sintió la ausencia de Miriam como un dolor físico; y, bien visto, lo era... y lo aliviaba de una manera juvenil, sucia y solitaria, solitaria hasta la médula.

Estaba esperándola en la estación de Chicago cuando se apeó del tren en una fumarola de maleteros, de bolsas y de zapatos apresurados, con la locomotora vomitando carbonilla y ceniza, el vapor elevándose en el aire y las palomas dejándose caer como una nieve aviaria, gente que gritaba, familias que se reencontraban, amantes que se abrazaban y hasta un par de pastores alemanes que meneaban el rabo y brincaban alegres; pero Miriam no pareció reconocerle, o al menos no al principio. Avanzaba por el andén con un paso majestuoso que era a la vez autoritario y sensual, con gran desparpajo, flanqueada por maleteros negros que corrían para seguirle el ritmo y toda una caterva de hombres que apartaban la vista de sus periódicos y sus

puros, como fichas de dominó que cayeran unas encima de otras a lo largo del andén. Sintió que la sangre se le iba de las extremidades y se le acumulaba en ese sitio único y esencial. Conocía esos ojos, esos miembros, esos pechos... pero ¿acaso ella a él no? ¿No le reconocía? Dio un paso adelante, con la confianza flaqueándole y preguntándose si seguiría resentida o... ¿sería cosa de su vista? Ya tenía una edad... y los impertinentes no los llevaba solo de adorno...

—¡Miriam! —gritó, y la voz se le quebró, al tiempo que atravesaba la muralla de hombres anónimos encorvados sobre sus maletas baratas y se hacía visible, con el bastón en alto y la capa fluyendo en la licuefacción de sus pliegues.

Miriam se detuvo entonces y se volvió hacia él, que se despojó de la boina para agitarla como loco a modo de saludo. Y ¿luego? Luego la tenía entre sus brazos.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó de camino a la calle y al coche, con los maleteros a la zaga y el aire bochornoso del verano colándose por las puertas abiertas.

—Ay, querido, no quieras saberlo...

—¿Tan malo ha sido? —Intentó esbozar una sonrisa para quitarle hierro al asunto, pero le hervía la sangre con solo tocarla, con olerla...

—Un calor... —respondió Miriam, sin perder en ningún momento el paso e indicándole a los negros que cargasen las cosas en el coche—. Como este, un calor igual, solo que peor. Además, el polvo, todo ese polvo eterno, y la gente... de lo más desconsiderada y, mira, siento decirlo, unos estúpidos descerebrados... ¿A quién se le ocurre dejar las ventanas abiertas de par en par día y noche? Con esos mosquitos... Podría escribir un tratado de mosquitos del Oeste y del Medio Oeste. Pero no hablemos de mí, por favor, cuéntame tú qué tal. Te veo más delgado... o más grueso... Sí, más grueso por la cintura. ¿Has engordado? ¿Tan apacible es entonces —y le sonrió por primera vez— la vida en el campo? ¿Los días despejados, la savia de los árboles, el sosegado balanceo de la hamaca y todo eso?

Frank se disparó entonces, empezó con su propio monólogo, imponiendo poco a poco su ritmo como un *jockey* que siente el avance de su montura en la recta de salida, parlotando sobre los problemas estructurales que estaban encontrándose, las manías de los obreros, la piedra que estaban sacando de la cantera y la calidad de la madera del aserradero, por no hablar de la fluidez del diseño y de los cambios conceptuales que hacía todos los días, y Paul Mueller, claro, las contribuciones de Paul, y los japoneses, que cada vez se mostraban más cordiales en sus comunicaciones, y lo seguro que estaba de que el gran proyecto saldría adelante. Habían recorrido ya media ciudad cuando Miriam le cortó:

—Y bueno, ¿qué? —le preguntó con una mirada juguetona bajo el ala ancha de su florido sombrero—, ¿me has echado de menos?

Claro. Sí. La sangre volvió a salirle disparada hasta la entrepierna. Y luego el siguiente monólogo le salió con la fluidez y la espontaneidad que había heredado de su padre predicador^[101]. Empezó a flagelarse, a rogar su perdón y su paciencia, jurándole lealtad y amor y desmadejando toda una bobina de excusas, cuando Miriam

volvió a interrumpirle:

—Ah, todo eso es muy gratificante —le dijo levantando la voz para que la oyese por encima del estrépito del motor y del gañido de alguna clase de chucho u otra cosa que llevaba siguiéndoles una manzana y media—, pero ¿adónde me llevas? —Otra mirada bajo la visera del sombrero. Ahora le sonreía abiertamente, con los ojos danzando y los labios hinchados y relamidos, humedecidos con la puntita rosa y retráctil de su lengua—. Y ¿con qué intenciones?

El arquitecto titubeó por un instante, la herida de Taliesin todavía abierta y sangrante entre ambos, y el flujo oratorio, el puro baile de palabras, se convirtió en balbuceo:

—Pues... había pensado, no sé si... que tal vez... si no tienes objeción, claro está, y como me imagino que estarás agotada...

—¿Al Garfield? —preguntó, y su forma de decirlo, tan despreocupada, tan grácil y lasciva a la vez, lo convirtió en lo más excitante que había oído en su vida.

—No —repuso con una amplia sonrisa, y por primera vez desde que habían entrado en el coche alargó la mano para tocarla más íntimamente, por encima del muslo, donde la tela del vestido se le había quedado ceñida al sentarse—. Había pensado en el Congress.

Al cabo de dos días —¿qué otra alternativa tenía?—, volvió a trasladarla a la casita del 25 de East Cedar Street y se esforzó por pasar por alto su genio y sus peculiaridades gastronómicas, su verbo florido en materia de arte y literatura y su continua insistencia en que posase para un busto de mármol. No tenía tiempo para posar, no paró de decirle (con tacto, con mucho tacto); era un arquitecto en activo, preocupado por el negocio, y además los bustos eran para héroes muertos, militares y cosas por el estilo. No, replicaba ella, de eso nada... ¿y el busto que hizo Rodin de Balzac? ¿Y el de Hugo? Vale que se hicieron en bronce, pero el mármol era para la eternidad, como él. Pudo haberle contestado que lo eterno era la arquitectura en sí misma pero se lo guardó para él. Lo que quería, por encima de todo, era paz y armonía, y esa vez estaba resuelto a imponerlas, a dar y tomar, porque había sufrido el largo y extenuante desgaste de su ausencia. ¿Y qué si tenía que apoyarla, aguantar un cojín aquí o allá o comer comida francesa de higos a brevas? Ella era su estrella, su faro, su ímpetu. ¿Estaba enamorado? No estaba seguro. Pero la llevaba del brazo cuando iba a un concierto, cuando salía a cenar o simplemente a tomar el aire, y por las noches la tenía en su cama, más cálida, amorosa y virtuosa de lo que ningún hombre podía pedir o soñar.

Como era de esperar, el tema de Taliesin volvió a salir. Se planteó una mañana en medio de una conversación de desayuno de lo más corriente. La nueva cocinera, una chica con cara de raposa, un ojo vago y acento de minero de Virginia Occidental, amante de las cosas sencillas (las tortitas, los torreznos, los huevos fritos vuelta y

vuelta, las gachas de maíz y el café solo y caliente), acababa de servirles el desayuno y se había retirado a esconderse en la cocina. Frank estaba comentando un artículo del periódico sobre los costes de construcción de uno de los rascacielos que estaban edificando en la Michigan Avenue, cuando Miriam levantó la vista de su propio periódico y dijo:

—¿No te parece que ya va siendo hora de que me lleves a Wisconsin?

Iba toda de blanco, con un vestido de seda ceñido y el pelo suelto por los hombros. De una mano le colgaban los impertinentes, balanceándose ligeramente a un lado y otro como el reloj de un hipnotista; en la otra, algo inclinada, una taza de té esperaba a ser bebida. Estaba sonriendo, alegre y despreocupadamente, como si la pregunta no estuviese más cargada de intención que una interrogación sobre el tiempo o sobre qué color de sombrero le gustaría a él que se pusiera.

No se lo pensó. Desde el momento en que le había escrito para que regresara con él, comprendió lo egoísta que había sido al exigirle a ella un compromiso y una lealtad totales cuando él, por su parte, le había proporcionado una inestabilidad absoluta, una inseguridad total acerca de su estatus. Normal que tuviese esos arrebatos de genio. Había sido culpa de él y solo de él. Dejó el periódico, la miró a los ojos sin pestañear y le dijo:

—Mañana iremos para allá en coche^[102].

El día estaba tan despejado como las carreteras. Frank iba silbando mientras manejaba la palanca de cambios y el obturador y se sentía más ligero que las bocanadas de nubes que corrían por lo alto del techado celeste del mundo. Todo recodo de la carretera, todo árbol y toda vaca, pasasen por Holstein, Jersey o Swiss Brown, le daba para un comentario espontáneo: la lengua corría por delante de él sin que pudiera evitarlo, la alegría de poseerlo todo apoderándose de él como el aguardiente de garrafón que bebían los peones irlandeses a sus espaldas (aunque se lo olía en el aliento y veía la danza delirante en sus ojos más que verdes). Miriam iba a su lado, callada, por raro que pareciese, y con una sonrisa mansa en los labios. ¿Cómo podía estar tan tranquila?, se preguntaba. ¿Cómo era posible que no sintiese lo que él, esa alegría burbujeante que le hacía romper a cantar? Apretó el acelerador y adelantó a un tractor que llevaba una carreta hasta arriba de maíz mientras las ruedas despedían tornados gemelos de polvo a ambos lados y la parte de atrás culeaba con el empuje del motor, y al momento estaba cantando, y lo hacía para ella, solfeando su alegría. Cantó dos veces «Clementine» y luego «Old Kent Road», y ¿qué si los campesinos les miraban con malos ojos y su voz se quedaba flotando a su paso como una bandada de gansos veraniegos que van de una laguna a otra? Estaba feliz, feliz de verdad.

Después de parar a almorzar en Cross Plains, Miriam estuvo aún más sosegada, hasta el punto de parecer comatosa o perdida en un profundo sueño sonámbulo. No

paró de mirarla de reojo: el pelo le revoloteaba en el viento y tenía los ojos fijos en el horizonte, su cuerpo en perfecto equilibrio, como si se balanceara sobre un cable invisible. Por fin también él se sumió en el silencio; le había venido una idea a la cabeza que le reconcomía y de la que llevaba días intentando librarse. Tenía relación con lo que conocía sobre el temperamento de Miriam —su facilidad para cambiar del día a la noche, desde la calma de esos momentos hasta la furia más desatada— y con cómo encajaría eso con el genio de su madre, por no hablar del de la señora Breen, que dirigía la casa como el Káiser su ejército. Y su madre, que tampoco era ninguna flor marchita, le había frenado los pies al ama de llaves en más de una ocasión («Ni se te ocurra llamar “madre” a esa mujer, al menos en mi presencia^[103]»). Vista la rapidez con que avanzaba la obra, la había trasladado a la nueva ala, por insistencia de ella, al menos por una temporada, hasta que terminasen las reformas y el diseño estuviese acabado. Fue un buen arreglo hasta el segundo día o así, cuando ambas mujeres empezaron a discutir por todo, desde por cómo hervir un huevo o hacer una cama hasta por la manera de poner la mesa o sacarle brillo a la plata. ¿Cuál sería su reacción ante Miriam? Y lo que era más: ¿y la de Miriam? Distráido, puso la mano sobre la de ella y esta se volvió para sonreírle remotamente, mientras el viento se le colaba entre el pelo, el sol les impulsaba hacia delante y la carretera se fundía como mantequilla bajo sus rayos. Como todo buen apostador que se preciase, solo podía esperar lo mejor.

Miriam pareció cobrar vida conforme se acercaron al río Wisconsin y Taliesin se materializó por fin en la frente de la colina que tenían delante.

—¿Es eso? —preguntó incorporándose en el asiento al tiempo que el arquitecto detenía el coche ante la verja principal para que ella pudiese admirar la casa desde la mejor perspectiva—. ¿Y ese el estanque del que me habías hablado? ¿Y la presa? ¿Y qué es aquello que hay a la izquierda?

—Tan-y-deri, la casa de mi hermana. ¿Y ves aquello de allí? Eso es Romeo y Julieta.

Miriam recuperó el color de las mejillas, le cogió por el bíceps y le atrajo hacia sí para besarle.

—Uno de tus primeros diseños —murmuró—. Qué entrañable...

—¿Entrañable? No sé si lo definiría yo así...

—Me refiero a la sensibilidad, desde luego, al sentido de la tradición. Tu primer molino conservado aquí en tu finca, y ahora esta casa majestuosa, este palacio de luz y aire. Es hermoso, más de lo que jamás habría imaginado.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta!

Dejó el motor encendido mientras se bajaba para abrir la puerta y se iba fijando en las minucias, en que la cuneta del camino se había erosionado con las tormentas de la semana anterior, en los hierbajos que se agolpaban entre las florecillas silvestres, el azul iridiscente de las libélulas que surcaban el aire; y luego, al volver al coche,

embragó y remontó la colina mientras pensaba en que ya mandaría a Billy Weston o algún otro a cerrar la verja porque no quería estropear el momento, prefería contemplar la cara de Miriam conforme la casa se le iba revelando por fases. Llewellyn, su benjamín —ese verano había cumplido doce años y estaba adaptándose a la vida del campo como un granjero nato—, apareció de la nada y siguió al coche por el camino, en un impulso de extremidades intermitente, la cabeza hacia abajo y los codos bombeando hasta que les alcanzó, una vez que Frank redujo para que les cogiera. Y aquello también era para él una alegría, un placer que Kitty le había negado durante el tiempo que Mamah había sido la señora de la casa —Mamah, su archienemiga, su Némesis—: ahora que había muerto podía compartir con sus hijos todo el verano, con Lloyd y John ya casados pero instalados allí para echar una mano con la reforma, y Frances, que volvía de la universidad durante el verano, y Catherine y David yendo y viniendo entre Taliesin y Oak Park.

Era perfecto, ideal. El momento culminante de su vida. Todos juntos, y además Miriam, y ¿cómo iba Kitty a oponerse a una mujer que ni siquiera conocía y a la que nunca conocería? Porque tenía que entender que las cosas entre ellos habían acabado y él tenía que vivir su vida a su manera. Era el comienzo de una nueva era, lo notaba, de una mejor, y detuvo el coche en la explanada a lomos de una ola de esperanza y optimismo.

Todos se apiñaron alrededor del coche —los chicos, Billy Weston, hasta la señora Breen— y mientras los demás descargaban el equipaje, se llevó a Miriam a lo alto de la colina para darle un respiro y que contemplara las vistas desde allí. No quería abrumarla. Aunque debía estar agotada por el viaje —no se encontraba bien, se le veía—, se mostró tremendamente serena y cortés, y se deshizo en alabanzas sobre la casa y le planteó cientos de preguntas a lo largo de la merienda y del circuito por las habitaciones y las obras de arte; solo entonces comentó que necesitaba descansar un poco antes de la cena.

¿Había signos de malos augurios? Su madre afirmó sentirse indispuesta y que no saldría de su cuarto. Sus hijos —en particular, Catherine, que era la más sensible y necesitada de afecto, así como la más emponzoñada por la censura de Kitty— pusieron caras largas. Estaban lo suficientemente bien educados como para disimular sus sentimientos, por supuesto, pero comprendió que ganárselos iba a ser difícil: Miriam era una incógnita, pero aunque tal vez no fuese ni el ogro ni la rompehogares en que Kitty había convertido a Mamah, tampoco era su madre, y se lo hicieron notar de mil formas distintas. Aunque lo peor de todo, desde el primer momento, fue la señora Breen. En cuanto Miriam se retiró para echarse un rato, la tuvo a su lado, murmurando todo un repertorio de preguntas para las que, al parecer, no necesitaba respuesta, puesto que no había rastro de la trompetilla. Estaba encabritada, furiosa, con la cara contraída y los ojos desencajados. ¿Dónde dormiría la dama?, quiso saber. ¿Requeriría algo especial en lo que a alimentación se refería? Porque ella, Madre Breen, estaba todo lo destrozada y rendida que podía estar una mujer, bastante tenía

con darle de comer a los peones y a la familia, y estaba que no podía más. Y ¿por qué la dama no se había quitado los zapatos al entrar?, porque ¿quién creía que luego iba a limpiar las huellas de barro a su paso? ¿Hablaban francés? ¿Comía cerdo? ¿Estaba casada? ¿Necesitaba servicio de doncella?

Durante la cena Frank se dedicó en cuerpo y alma a hablar, con una verborrea tan estable y tan rayana en la angustia que apenas tocó la comida; y eso no era propio de él, lo de no comer, y todos se dieron cuenta. Su madre se le sentó enfrente, con un silencio glacial, y mientras Paul Mueller intentaba heroicamente auspiciar la conversación general, Llewellyn se sacaba una anécdota sobre las ranas de la charca de arriba y Miriam se portaba como nunca, durante toda la velada tuvo la impresión de que algo no iba bien. Después de cenar se sentó al piano^[104] y les embriagó con un batiburrillo de canciones, pero Miriam no parecía integrarse: ¿era una escena demasiado hogareña para ella, una sofisticada mujer parisina?, ¿sería eso? Su madre, por lo demás, no parecía muy entusiasmada; nada. Lo cierto es que tuvo la impresión de que no hizo otra cosa en toda la noche que quedarse mirando a Miriam con tal intensidad que bien podía haberla retratado a carboncillo. Se fueron pronto a la cama, Miriam a una de las habitaciones de invitados, donde la había instalado para mantener cierto decoro —aunque poco le importaba el decoro, y menos bajo su propio techo—, y tuvo que hallar el camino hasta su cama en plena oscuridad.

El día siguiente pareció empezar con buen pie, con Miriam levantada bien temprano y alerta durante el desayuno, mientras la señora Breen se confinaba en la cocina y dejaba que una criada sirviera la mesa. La conversación trató, ante todo, sobre el tiempo: que si esa mañana había caído mucho rocío, que si se notaba el soplo de una brisa norteña, en lo que él quiso ver que la ola de calor de las últimas semanas estaba al fin disipándose, aunque tanto Paul como Lloyd le contradijeron y citaron no sé qué tontería del *Almanaque del granjero* sobre la oruga peluda y su piel demasiado fina. Con todo, en su cabeza hacía más fresco y eso se agradecía: Miriam estaría más a gusto, y si estaba más a gusto le sería más fácil abrazar la vida en el campo. Aquellos eran sus pensamientos porque ella parecía ser anormalmente sensible a las temperaturas extremas (ya puestos, era anormalmente sensible a casi todo), pero, en fin, era de esperar de una mujer con un temperamento artístico tan refinado como el suyo.

Comió con apetito; llevaba despierto desde las cuatro y media, atareado en el estudio, y luego había ido a pasear por las inmediaciones, a cuidar del huerto y a echarle un ojo a los caballos, rebotante de energía y encendido por las ideas que le venían casi sin querer, en el momento más inesperado, como si la inspiración fuese un delirio del inconsciente y no algo que hubiese que ganarse a base de esfuerzo, concentración y el manejo del lápiz y la regla. Aunque la casa principal llevaba un tiempo acabada, todavía quedaba mucho trabajo por hacer en las nuevas alas y, por supuesto, siempre había proyectos en el horizonte, de los que daban dinero, porque los costes de la reforma habían superado hasta la más disparatada de sus estimaciones

y, como siempre, estaba tristemente apurado de dinero^[105]...

Conforme avanzó el día —y sí que hizo calor, más de 32 °C a mediodía, por mucho que mientras ayudaba a los obreros insistiera en voz alta en que hacía mucho más fresco que el día anterior—, le perdió la pista a Miriam. La había llevado con él en su ronda matutina y le había explicado con todo lujo de detalles las obras, pero de buenas a primeras le había entrado jaqueca, un golpe de calor o algo por el estilo, y le había rogado que la disculpase.

—¿Quieres que te acompañe? —le había preguntado.

Miriam le había dedicado una sonrisa que palideció en una mueca y había respondido con firmeza aparente; la voz, sin embargo, le flaqueó cuando contestó:

—No soy una inválida. Creo que podré arreglármelas por mi cuenta... ¿Qué serán, trescientos metros como mucho?

Cuando volvió a acordarse de ella, eran las cinco pasadas.

En cuanto entró en la casa, su madre le salió al paso y le dijo, con unas arrugas más que tirantes en torno a la boca:

—Esa mujer... Siento decirlo pero no es una dama precisamente, Frank... ni siquiera está educada. Es una ordinaria y una malhablada, eso es lo que es. No digo que esa clase de lenguaje a los franceses les disguste (por lo que yo sé, allí está de moda), pero no pienso tolerarlo aquí, en mi hogar, no delante de mis nietos ni del servicio. Me niego. Te lo digo, Frank, me niego en redondo.

Quería darse un baño..., o no, un chapuzón en el lago. Tenía la camisa pegada a la espalda y las manos y los antebrazos llenos de mugre. Se sentía agotado, y no estaba de humor.

—Lo siento, madre, pero me temo que todos vamos a tener que... hacer pequeñas concesiones. Para Miriam venir aquí, al campo, supone un gran estrés...

—¿Es que no ves que te denigra, que está por debajo de ti? Y encima con esas ínfulas que se da...

Y en ese momento apareció la señora Breen, con los ojos desorbitados y blandiendo la trompetilla en una mano. Pero ¿se habían aliado, habían declarado una tregua y unido fuerzas para repeler al invasor? ¿Había estallado una guerra entre el almuerzo y la cena? Se quedó aturdido y mudo, mientras dirigía la mirada de una cara furiosa a otra.

—Es lamentable tener que asistir a semejante falta de respeto —bramó la señora Breen—. ¿Sabe usted los insultos que le ha gritado a su señora madre? ¡Y, encima, conmigo delante!

Podría haber entrado por la puerta de la cocina, para coger un vaso de agua, antes de ponerse el bañador y llamar a Llewellyn para que le acompañase al lago, en lugar de estar allí, en el banquillo de los acusados.

—Seguro que no es más que un malentendido. Miriam no...

—¿Un malentendido? —La señora Breen, que se había acercado la trompetilla a la oreja, en ese momento la dejó caer a un lado, al tiempo que los esmirriados

omoplatos se le acomodaban como huesos en un saco—. ¿Llamar a su madre bruja entrometida? Y a mí, ¿insultarme a mí con improperios que yo no le diría ni al diablo? Y todo porque no salto a cada capricho y cada orden suya, porque tengo una casa que llevar, por si no lo sabía, y a mí no me han contratado para ser la doncella de nadie. ¿Y quién se cree que es para ordenarme como si fuese una esclava de su plantación de Tennessee o de dondequiera que sean sus gloriosos antepasados? Porque sí, de eso también nos hemos enterado bien.

—Frank —intervino la madre—. Frank, escúchame a mí ahora...

Este levantó las manos en señal de rendición.

—Hablaré con ella —dijo, irritado ya, enfadado; le habían arrebatado toda la satisfacción del día de trabajo de un plumazo... Sísifo, así debía de sentirse Sísifo cada vez que llegaba a lo alto de la montaña—. Ahora mismo, ahora mismo voy. ¿Os parece bien? No os basta con que tenga que estar trabajando todo el día bajo el sol con los albañiles, esclavizado con el calor que hace... Y yo que solo quería darme un baño y tener un poco de tranquilidad antes de cenar... No, tengo que ser yo el que vaya a poner paz, cuando vosotras dos... —Se refrenó un poco al ver que su madre estaba mordiéndose los labios y tenía los ojos llorosos—. ¿Dónde está?

—¿Que dónde está? —replicó la señora Breen—. ¿Pues dónde va a estar? Donde lleva todo el santo día... metida en su cuarto. Y sin dejar que entre nadie...

Miriam no respondió a la puerta. Giró el pomo pero parecía que algo obstaculizaba la hoja.

—¡Miriam! Miriam, ¿estás ahí?

Nada, ni un murmullo. Dio la vuelta para mirar por la ventana pero también parecía bloqueada, con el pestillo echado y una tela por delante —¿era la colcha?—, para que no se viera el interior. Sintió una punzada de irritación^[106]. Aporreó el cristal con la palma de la mano y volvió a gritar su nombre. Había gente observándole —junto a la cochera se habían parado a admirar el espectáculo un par de albañiles que iban colina abajo, camino de la taberna, y en ese momento se les unió una criada, que balanceaba un cubo de mondas para los cochinos—, y maldijo entre dientes. ¿Es que no podía tener un poco de intimidad? ¿Era mucho pedir? Al momento estaba de nuevo en la puerta, aunque esa vez la empujó con el hombro y notó que algo cedía, un mueble que se deslizó, y la puerta se abrió lo justo para que pudiese contemplar el cuarto en penumbra.

Al principio no logró ver nada; después fue acostumbrándose a la oscuridad y vio que había claveteado una serie de objetos en las paredes, sin importarle la escayola o la madera —una nueva punzada de irritación— y ¿qué eran?, ¿dibujos?

—¡Miriam! —gritó de nuevo—, y al ver que no respondía, embistió la puerta con todas sus fuerzas hasta que la barricada entera —la cómoda con el escritorio y dos sillas encima— se desplazó con un chasquido de maderas que podría haber levantado

a un muerto, y se vio dentro de la habitación. Que estaba desierta.

Encendió la lámpara y las paredes cobraron vida, con dibujos, sí, por docenas, bocetos de su cabeza vista desde todos los ángulos imaginables, con unos rasgos monumentales y robustos, el pelo serpenteando más allá de los márgenes y las cuencas más profundas que las de Beethoven, aunque con la mirada medio vacía. Y ¿qué era eso? Una montaña de ropa sobre la cama... Aquello parecía un baratillo: sombreros, zapatos y ropa interior desperdigados por el suelo, una taza rota, un reguero de clavos de techo y el martillo con el que había crucificado los dibujos. Las zapatillas de casa. La bata. El plano vertical de la puerta del baño.

—¿Miriam?

Empujó la puerta con los primeros cosquilleos de alarma recorriéndole el cuerpo como una leve corriente eléctrica, y allí estaba: sentada en la bañera, dormida. O meditando, tal vez estuviese meditando, al resguardo del calor, en la oscuridad. Tenía jaqueca, ¿no era cierto? Exacto, tenía que ser eso.

—¿Miriam? —probó de nuevo a llamarla.

Vio entonces que tenía los ojos cerrados con fuerza y los párpados azulados, las pestañas entrelazadas, la cabeza apoyada contra la pared... y la boca, tenía la boca abierta de par en par mostrando el oscuro canal de la garganta. Estaba dormida, por supuesto, dormida, eso era todo. Lo primero que pensó fue que se había dado un baño y se había adormilado, pero tenía puesto el camisón —con la tela empapada y pintándole las extremidades— y en la bañera no había más que un centímetro de agua, burbujeando tranquilamente en torno al tapón. Fue entonces —y le sobrevino como un impacto, igual que si le hubiesen abofeteado— cuando se fijó en la aguja.

Una aguja... una jeringuilla... lo que el médico usaba para poner inyecciones. La tenía colgada de la fina y blanca piel del muslo, un lugar inapropiado, equivocado, tremendamente equivocado, y en lo único que pudo pensar fue en un parásito, en una garrapata hinchada o una sanguijuela pegada donde no debía. Sin pensárselo, asíó aquel cacharro, el metal y el cristal fríos, tiró de él con mucho cuidado —aunque se formó una motita de sangre y vio una contusión amarillenta alrededor de la herida— y lo dejó en el lavabo.

—Despierta —le susurró, al tiempo que la cogía de la muñeca—. Miriam, despierta.

No hubo reacción.

La atrajo hacia sí y la abofeteó una, dos, tres veces, hasta que empezó a pestañear, y ¿dónde estaban las sales de olor? ¿Tenían sales de olor? El aliento de Miriam era espantoso; brotó hasta su cara con el hedor de las plantas de pantano, de las aneas y las pontederías que hundían las raíces en el agua del estanque. Sintió miedo, y las ideas embestían de un lado a otro. ¿Debía llamar al médico?, ¿a su madre?, ¿a la señora Breen? Pero era un asunto privado, ¿no? ¿Entre Miriam y él? Se habría despistado con la medicina, en realidad no había de qué preocuparse, aunque ¿por qué no estaba en la cama?

La acercó aún más hacia él e intentó levantarla de la bañera, chorreando, pero le sorprendió lo mucho que pesaba, con las extremidades dormidas, tías como un pescado, y no era poca cosa levantar aquel peso e intentar incorporarla. Cuando la cabeza le cayó hacia delante, sobre el hombro de él, el pelo mojado pegándosele a la mejilla, con una contorsión final, como una succión, la cargó en brazos. Salía ya hacia la puerta cuando Miriam movió los labios y murmuró:

—Frank, ¿qué pasa? ¿Qué haces?

Este se tropezó con algo que había tirado por el suelo —uno de los vestidos hecho un ovillo— y a punto estuvo de caerse.

—Frank —la voz era más fuerte ya, la voz que le conocía, la de Miriam, rencorosa y desafiante—. Bájame. ¿Qué te propones?

De pronto sintió que le ardían las lumbares y estuvo a un tris de dejarla caer en ese momento de amago y renqueo; sin embargo, consiguió llegar hasta la cama, donde la soltó con un sibilante gruñido del colchón al ceder bajo su peso.

—Miriam, por el amor de Dios —le dijo, de pie ante ella, con la respiración fatigada, la camisa empapada y los ojos saliéndosele de la cara hasta el punto de parecer cojinetes—. Esa... esa ¡aguja!...

Miriam se incorporó con la espalda contra el cabecero y se abrazó las rodillas. El pelo mojado le caía por la cara como hilos de musgo, como paste, y ¿en qué estaba pensando?, ¿dónde estaba?

—Es mi medicina, Frank. Ya sabes lo enferma que estoy. Sabes que estoy agotada, mental y físicamente, y que cualquier, cualquier... —la voz se le espesó, cargada de emoción— ¡disgusto!, cualquier crueldad o animosidad pueden... acabar conmigo...

No podía sino mirarla. Estaba aturdido hasta el infinito, a la deriva, sin remos ni timón, los mares creciéndose y revolviéndose ante él.

—Sé que es difícil —se oyó decir—, pero este calor no durará toda la vida...

—Tienen que irse, Frank —la voz era ya estable y bien gobernada, dirigida a él—. Que se vayan.

Al quedarse por un instante en silencio, se oyó la lejana percusión del hacha sobre el tajo, un peón estaría partiendo leña para la caldera y, de repente, el fuerte y crepitante chillido de un arrendajo, tan cerca que bien podía haber estado en el cuarto con ellos. Estaba intrigado con esa tercera persona del plural. Irse... ¿quiénes?

—Son o ellas o yo, Frank. O ellas o yo.

Capítulo 5

El nidito de amor

Si era así como querían jugar, sucio, igual que gatas con las uñas fuera, pues bien, ella también sabía. Se pasó tres días enteros encerrada en la penumbra de aquel cuarto asfixiante mientras Frank intercedía por ella, y la enana corta de entendederas que tenía por doncella —que no tendría más de dieciséis años y era más fea que un rábano, aparte de sosa y tonta—, le traía té helado, limonada y tartas. Tuvo todo el tiempo del mundo para rumiar, y bien que rumió. Y qué descaro el de aquella bruja, la señora Breen, ese adefesio, ese saco de huesos con acento irlandés de advenediza que se paseaba por la casa como si fuese la dueña, y ¿qué había tenido la desfachatez de decir cuando ella le había pedido una simple ensalada bien aliñada y un emparedado de pollo frío con un poco de mayonesa y una rodaja de queso que no oliese a establo? «Señora, yo no soy la criada de nadie, de modo que si quiere sus vituallas fuera del horario regular de comidas, tendrá usted que servirse como todo el mundo». «Vituallas», «horario de comidas»... Había tenido que contenerse para no arrancarle la trompetilla de esa odiosa garra reptiliana y partirla en dos sobre su rodilla.

Y la madre... Eso sí que era una vieja dragona agazapada sobre su tesoro como no había visto otra igual. Desde el momento en que la una había puesto los ojos en la otra, en aquel salón tan exquisito, con todas las cosas de Frank dispuestas como en un museo (y lo era, en realidad era un museo, tan bello y conmovedor como cualquiera), habían sentido una antipatía mutua y un escalofrío, como si una pared de hielo, un glacial milenario, se hubiese interpuesto entre ambas. Frank la había acompañado del brazo a la habitación y antes de tener ocasión de recobrar el aliento —ante toda aquella inusitada belleza—, allí estaba la madre como resucitada de entre los muertos, alta, huesuda, pelicana, con la mirada reprobatoria y la boca cerrada a cal y canto, tan apretada que se preguntó si le quedaría algún diente. «*Enchantée*», había murmurado Miriam dándole la mano, pero la anciana no había respondido nada, se había limitado a mirar a Frank y a comentar, con un tono como si estuviese quitándose el barro de las botas: «¿De modo que esta es la parisina? —Solo entonces miró a Miriam a los ojos y le preguntó—. ¿O debería decir parisina de Tennessee?».

Tres días. Que se las llevase el diablo, que se los llevase a todos. Para el caso habría preferido estar en Taos, libre de todo aquel enredo y toda aquella animadversión, y cerró los ojos al vacío del techo y se vio danzando en un campo de florecillas silvestres en la fresca y diáfana luz de escultor propia de la alta montaña, con los brazos extendidos y la seda blanca y pura revoloteando a su alrededor con la

brisa. Pero Frank no estaba en Taos, sino allí; aquella era su morada, su refugio, la torre del poeta que relucía en medio de aquel erial de barbarie y de mal gusto, y su sitio estaba a su lado. Y se le veía preocupado por ella, se le notaba, con la cara apesadumbrada, la voz baja y desasosegada, el hombre más solícito del mundo. Iba como unas veinte veces al día a ver cómo estaba —¿necesitaba algo? ¿Se sentía mejor? ¿No le gustaría bajar a cenar?—, y por la noche esparcía todas sus necesidades sobre ella.

En la oscuridad, tumbados uno al lado del otro, ella le alababa, alababa su visión, su genio y la forma en que su alma grandiosa y generosa se reflejaba en las vigas que se alzaban sobre ellos y el espacio sagrado que había creado entre medias. Le cogió la mano y se la apretó. Y le ensalzaba, porque era su tema favorito y su forma de ser, aunque había otro asunto pendiente y empezó a surgir cuando a Frank ya se le estaba ralentizando la respiración y la noche giraba sobre sus cabezas.

—Frank. Frank, ¿estás despierto?

Arrancado del sueño, la voz le salió destemplada:

—Dime.

—Tu madre, Frank, y esa horrible ama de llaves. Yo no puedo... —dijo subiendo el tono—, no estoy dispuesta a aguantar mucho más tiempo esa clase de maltrato. ¿Quién se supone que es la señora de la casa? Dímelo, Frank, dímelo tú.

En la tarde noche del tercer día salió del cuarto para ir a cenar y se sentó al lado de Frank en la mesa, como si llevase sentándose allí todas las noches desde que hubieran levantado aquel tejado y metido aquella mesa por la puerta. Esa vez —y le importó un comino si alguien se molestaba o no—, se enfrascó en la conversación y no dejó punto alguno sin comentar, tanto si se hablaba de política como si era de pastos, de la moda de París o del tiempo, y les dejó bien claro a todos, a la madre de Frank, a sus hijos adultos y al más pequeño —que tenía una mirada franca y despejada como la que su padre debió de tener en el pasado—, a los delineantes, al arquitecto y a su mujer, que estaban de visita, y a toda la mesa, que ella no era menos que nadie y que a partir de ese momento todo aquel tinglado iba a bailar a otro son, al suyo, el suyo y el de nadie más.

Sabía algo que el resto desconocía: que Nellie Breen iba a ver la puerta en cuestión de días, en cuanto Frank encontrase a alguien para suplirla, y que a la mañana siguiente tendría una larga charla con su madre, en la que le dejaría claro que sus habitaciones no estaban terminadas —ni el edificio, en realidad— y en la que le preguntaría si, con el cambio de estación y con el frío que estaba por llegar, no estaría más cómoda de vuelta en Oak Park, al menos durante una temporada. Y sabía que cuando volviese a aquel cuartucho oscuro esa vez solo sería para guardar sus cosas y ordenarle a la criada que se las llevase al otro lado del patio y de la logia, a las habitaciones de Frank.

Lo que no tuvo en cuenta fue la tenacidad de Nellie Breen, que no pensaba irse discretamente, porque era una escupefuego de mucho cuidado, una víbora injuriosa que se las había arreglado de algún modo para hincarle las garras a Frank y no soltarle. Se montó una escena, Frank alzando la voz ante el agudo quejido rechinante de la anciana, atrincherada en la cocina como un tejón en su madriguera para que la oyese todo el mundo en la finca, hasta el porquero al cabo de la colina, y Miriam, que estaba en la cama, con una taza de café y una novela apoyada sobre el atril del abdomen, sintió que volvía a hervirle la sangre. Por el amor de Dios, ¡que era una criada, una don nadie! Que le diese la patada, pensaba, que la echase sin más de la casa, y ¿por qué tenía Frank que molestarse con esas cosas? ¿Por qué no se ocupaba el administrador de la finca^[107]? ¿O su madre? Pero lo pensó mejor: no quería que esa mujer se colase en la línea de sucesión, ni tan siquiera cinco minutos para hacer el trabajo sucio.

—Está usted despedida —le oyó gritar de repente a Frank, con una voz que retumbó por todo el patio a través de la ventana abierta de la cocina, todo un rugido—. ¿Es que no lo entiende? Ya no necesitamos sus servicios, y punto. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo?

La anciana le respondió al punto con unas palabras que cortaron la tibia neblina de la mañana como otras tantas dagas voladoras:

—Pero ¿usted qué se cree?, ¿que puede deshacerse de mí así, sin más? ¿Sin una razón ni nada?, para que pueda acostarse tranquilamente con su...

La voz de Frank se infló para ahogar la de la mujer, y le siguió un fuerte restallido de timbre metálico, un estrépito y un repiqueteo de ollas, utensilios, cubiertos incluso, rematado por un portazo estruendoso. Acto seguido, Miriam le vio cruzar el patio con los hombros engarrotados de la furia, y corrió a su vez a la ventana, con las emociones agolpándosele por dentro —qué perra, qué mala perra mala, y él era su héroe, reluciente y dorado, ¿cómo no lo veía el mundo entero?—, y gritó su nombre como si le fuera la vida en ello.

El arquitecto se paró en seco y se volvió para ver de dónde le llegaba el siguiente reto. Algo en su postura, en los hombros y en los puños, algo en ese aspecto belicoso de duende escocés confiado y robusto la retrotrajo a las escenas entre ellos en el 25 de East Cedar Street, antes de que tirara la toalla y huyera a Nuevo México, y eso la refrenó. Frank estaba mirándola, el radio de acción de su furia expandiéndose para alcanzarla también a ella, como si tuviera la culpa de algo, y le gritó, igual que si Miriam le hubiera clavado un dardo en la espalda:

—¿Qué?, ¿qué es lo que quieres ahora?

Aquel momento era histórico, lo supo, notó cómo le recorría la constatación en un largo temblor; pero estaba allí ante los batientes abiertos, a menos de quince metros de él y, sin pensar, abrió los brazos de par en par y gimió arrastrando la última sílaba

al más puro estilo confederado:

—¡Frank, Fraaank! —Vio que a este le cambiaba la cara—. ¡Ven aquí, ven a mí!

Al momento siguiente estaba en la ventana, tomándola en sus brazos, aún tenso por los rescoldos de su rabia.

—Bien hecho, Frank —murmuró atrayéndole hacia sí, y fue como si estuviesen en un escenario, porque ¿no era aquella la cara de la madre asomada a la ventana al otro lado del patio? Sí, sí, el fantasma de una imagen que desaparecía ya. Le agarró, le apretó, se apretó—. Bien. Bien por ti.

Al cabo de seis semanas estalló el escándalo y hubo que recalibrarlo todo.

Les pilló en Chicago, donde él había ido por negocios y ella de compras, con la esperanza de encontrar algo apropiado para el invierno en aquella deprimente avanzada de la civilización, que al menos era preferible a la pura barbarie del Wisconsin rural, y de Spring Green, ¡por el amor de Dios! Y no, no pensaba ir a ver a Norma, en la vida, porque al parecer su hija se había convertido en la guardiana moral del estado de Illinois; había vituperado a su madre tanto por carta como por cable por vivir abiertamente con un hombre casado, como si aquella chiquilla encadenada a un denigrante e infeliz matrimonio con un hombre inferior a ella en todos los sentidos supiera algo sobre la pasión y sobre la vida intelectual y elevada. Acababa de volver al hotel tras detenerse en la sombrerería, en la modista y en otra media docena de las tiendas más aceptables —por mucho que vendieran un género que había estado de moda en París hacía por lo menos dos años—, cuando llamaron a la puerta. Era Leora^[108], que parecía alterada.

—No te he visto llegar... qué raro, llevo horas esperándote en el vestíbulo...

—Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre?

La mujer no pudo sino suspirar y bajar la cara y, tras echar un vistazo rápido al pasillo, donde dos hombres con corbatas coloridas y unas voces entrelazadas por la risa salían del ascensor, se coló por la puerta y se dejó caer en la silla más cercana como si le hubiese alcanzado un rayo.

—No está aquí, ¿verdad? —preguntó en un susurro, frunciendo los labios en señal de preocupación, los ojos saltando hasta la puerta del dormitorio y de vuelta a Miriam.

—¿Quién? ¿Frank?

—No está, ¿verdad?

—Que no, que no... Está en la oficina, trabajando. Ya lo sabes, se pasa el día trabajando, como un fogonero, día y noche... La energía que puede tener ese hombre... —En ese momento tuvo que esbozar una sonrisilla mal disimulada, porque ya había informado a Leora, con cierto detalle, de sus noches juntos.

—¿Tienes un pitillo?

Sin responderle, se fue al bolso que tenía desparramado en la mesa que había

delante de la ventana, sacó la pitillera tras echar un vistazo ausente al mosaico de tejados bañados por el sol y al gran vacío azul del lago y volvió sobre sus pasos con la mano extendida, pensando en los sombreros y en los zapatos que se había comprado, y en que podía probárselos para que se los viese Leora, porque respetaba su opinión, aunque, en honor a la verdad, la mujer tampoco era el colmo de la originalidad vistiendo. A continuación encendió un cigarro para su amiga y otro para ella —al diablo con Frank: fumaría si le daba la gana, cuando y donde le apeteciera— y se acomodó en el sillón junto al de Leora.

—Bueno, ¿qué? —preguntó exhalando una buena bocanada azul de tabaco turco —, ¿qué pasa con Frank? ¿Algo de la prensa?

—Es la criada esa —repuso Leora todavía en un hilo de voz, como si temiese que alguien la oyera, a pesar de que Frank no estaba y las paredes eran relativamente gruesas, como cabía esperar de un hotel estadounidense—. ¿La señora Breen?

—¿Sí? ¿Qué pasa con ella?

—Que resulta que se ha apoderado de varias cartas, cartas que le escribiste tú a Frank cuando os separasteis. Y ha ido con ellas a la prensa.

—Pero ¿cómo ha sido capaz de...?

Aunque, por supuesto, la respuesta le vino a la mente antes de terminar de formular la pregunta y, bueno, al fin y al cabo estaba pensando en voz alta, mientras la cara apretada y repulsiva de la mujercilla engreída se le colaba en la cabeza; y la vio hurgar por los cajones de Frank con la excusa de quitar el polvo o pasar el trapo o lo que quiera que hiciera en Taliesin cuando no estaba presidiendo sus asquerosas ollas de sebosas vituallas pochadas. Pero la traición de esa mujer... ¿cómo había podido Frank asociarse con alguien así?, ¿o incluso defenderla? Madre Breen, como él la llamaba... Y pensar que, antes de que Miriam le hubiese puesto las cosas claras, él había alabado a la criada por su eficiencia y, lo más sorprendente, por su cocina.

—Te he traído los recortes, por si no habías visto los periódicos. —Leora, con la cabeza gacha bajo el recio caparazón que tenía por sombrero, rebuscó en el bolso—. Aquí están —le dijo tendiéndole una sección bien doblada del periódico de la mañana y clavando sus grandes ojos parpadeantes en su amiga, como si esperara que se viniera abajo ante el peso de unos cuantos titulares—. Verás que se acusa a Frank de contravenir la ley Mann^[109]. Y a ti te tacha de extranjera indeseable. Hay que ver la cara que tiene esta señora... En el periódico dicen que quieren deportarte.

Lo cierto era que sin los impertinentes no distinguía gran cosa aparte de los titulares —«*Nuevo escándalo en el nidito de amor de Wright*»—, pero antes de levantarse del sillón para ir a por ellos, se oyó decir:

—¿Deportarme a mí? Pero si en mi pasaporte pone bien clarito que soy ciudadana estadounidense. Esto es completamente absurdo. Puede que tuviese un poco de lío en Francia, en el consulado, pero... tú sabes que soy de aquí, lo sabe todo el mundo. ¿Qué diablos hablan de deportarme^[110]?

Leora le habló entonces con frialdad:

—A ver, Miriam, no lo sé, la verdad, pero el caso es que están arrastrando tu nombre por el barro. Y de paso tu reputación. —Carraspeó, quitó la ceniza del cigarro y cogió el recorte—. Dicen que Frank y tú (que por cierto te llaman «la famosa escultora parisina») habéis estado conviviendo en vuestro nidito de amor desafiando toda noción convencional de moralidad y que la señora Breen se sintió en la obligación de denunciarlo porque se lo pedía su conciencia. Por lo que parece es muy religiosa, apostólica romana para más inri, de lo peorcito. Y ha dicho que...

Leora vaciló entonces y empezó a parpadear de tal manera que Miriam pensó que le había entrado un tic, lo que le recordó al viejo hidrópico aquel que se pasaba todo el día en La Rotonde, con la cara contraída y escupiendo en un pañuelo, y que lo más probable era que estuviese ya muerto y enterrado, muerto de tanto parpadear, temblar y escupir; o tal vez de pura exasperación, quizá hasta acabó matándole la exasperación...

Aunque notaba una quemazón metálica de rabia en la garganta, también se sentía adulada —¡«la famosa escultora»!— y se levantó del asiento temblando de excitación y odio a partes iguales.

—¿Qué ha dicho?

—Pues —un nuevo revoloteo de pestañas— que sintió que tenía que denunciarlo por los niños.

—¿Los niños? ¿Qué niños?

—Los niños de Frank. Dice que estaban allí.

—¿Los niños de Frank?

Le costó un momento captarlo, mientras le pasaba por la cabeza una secuencia de imágenes: Thomas en pañales, las niñas cuchicheando con las muñecas, todo el pelo lleno de tirabuzones y los vestidos extendidos a su alrededor como paracaídas en el suelo, los ojos luminosos y negros de un bebé en un carrito, dedos y piecitos impecables y minúsculos, piel rosa en un baño de burbujas, pero ninguna estaba relacionada en modo alguno con Frank. ¿Niños? Frank no tenía niños.

—Eso es lo que dicen —repuso Leora.

—Pero si son mayores, son adultos. Dos están casados, por el amor de Dios. Y el más pequeño (que tendrá doce o trece como mucho) volvió al colegio la misma semana que llegué yo. Aquí en Chicago, o en Oak Park, en casa de su madre.

Leora se encogió de hombros con mucha parsimonia.

—Eso lo sabrás tú, y lo sé yo ahora, pero aun así siguen siendo sus niños.

La respuesta de Frank fue meterla en el coche esa misma noche y salir a toda velocidad hacia Wisconsin como un par de fugitivos. Al día siguiente —era principios de noviembre ya, los campos quemados por la escarcha, las ventanas quejándose del frío—, convocó una rueda de prensa donde lo negó todo. Sus lazos con madame Noel eran, en palabras suyas, puramente espirituales, y pensar que

estaba manteniendo un romance delante de su madre (quien llevaba varios meses residiendo en Taliesin) era un auténtico disparate. Madame Noel era un alma brillante y muy sensible que solo encontraba consuelo en compañía de otros artistas y que era miembro del taller de Taliesin, como él mismo, al igual que un buen número de arquitectos, delineantes y artesanos. Es más, él y su abogado, el señor Clarence Darrow, estaban pensando en denunciar a la señora Breen (una criada, iracunda por su despido, que había dirigido varias cartas amenazantes tanto al señor Wright como a madame Noel) por hurto de propiedad privada y por el uso indebido que pretendía hacer de las cartas sustraídas.

En cuanto se hubieron ido los reporteros, mandó a los delineantes a los sembrados, so pretexto de reparar cercas, rastrillar rastros o cosas por el estilo, y la llevó al estudio.

—Miriam, siento de veras toda esta difamación —le dijo, deslizándose por la silla tras el escritorio como el que se mete en una bañera caliente—. Es lo que nos faltaba, sobre todo después... —Hizo un gesto indefinido—. Y siento que te hayas visto involucrada en todo esto. Pero, por favor, siéntate, siéntate, ponte cómoda.

—No, no pienso sentarme, Frank. —Estaba cabreada por unas cuantas cosas, pero sobre todo porque habían acortado la estancia en Chicago para volver a comer tortitas y congelarse hasta el tuétano en aquel paraje perdido y deprimente, envuelto en nubes y en olor a establo—. No pienso esconderme como si estuviera avergonzada. Yo no me avergüenzo de nuestro amor, Frank... ¿Acaso tú sí?

El arquitecto cogió las gafas y jugueteó con ellas antes de ajustárselas sobre el puente de la nariz como para examinarla más de cerca^[111]. Parecía un inspector de banca, un corredor de ganado, con los ojos distorsionados y carentes de color.

—Por supuesto que no, pero esa no es la cuestión, desde luego que no.

Miriam le interrumpió:

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—Es muy sencillo: no puedo permitirme otro escándalo, y tú lo sabes mejor que nadie, Miriam, sobre todo después de lo que pasó aquí hace dos veranos...

—Ya estamos otra vez con la muerta... Al final todo vuelve siempre a ella, ¿no es cierto, Frank? Pues bien, te lo digo, no pienso esconderme. Voy a pregonar la verdad a los cuatro vientos y me importa un comino lo que piense la gente, incluido tú.

—¡Maldita sea, Miriam! —Se levantó tan de golpe que la silla se volcó. De lo alterado que estaba se puso a mover los brazos como si estuviera intentando espantar una vaca del huerto, y aquel gesto le llegó al alma: a ella no la intimidaba nadie, ¡nadie!—. Tú no lo entiendes, tú hablas de...

—Frank, yo te quiero.

—Sí, sí, de amor, pero esto no tiene nada que ver. Con lo que tiene que ver es con los escándalos, Miriam, de esos que acaban con la benevolencia que con tanta paciencia me he granjeado entre mis vecinos...

Miriam, manteniendo la compostura en todo momento, repuso:

—Esa es la única verdad, Frank, eso es todo lo que tiene que saber la gente.

—No, Miriam, eso no es así. Van a publicar las cartas y Clarence dice que es demasiado tarde para detenerles.

Las cartas... ¡Al infierno con las cartas y todo lo demás! Siguió sin amilanarse, sin apartar los ojos de él.

—Pues ya está, déjales —espetó—. Deja que el mundo entero sepa lo que siento por ti, que vean lo que es un amor verdadero, un amor bueno y noble, y eterno, un amor que brilla más que la estrella más luminosa del firmamento.

Y acto seguido (¿estaría resfriándose?), se llevó el pañuelo a la cara para enjugarse los ojos —y que la tomase con ella si quería, que echara humo— y con mucha parsimonia, muy lenta y delicadamente, se sonó la nariz^[112].

Capítulo 6

La sierpe de la hipocresía

Esa noche tomaron un menú poco ostentoso, un pato recién cazado en su jugo oleaginoso, acompañado de media docena de guarniciones insípidas, de las cuales solo reconoció una, un mejunje de patatas enterradas bajo tiras de lo que parecía maleza de cuneta; lo había preparado todo la rolliza esposa de un peón, un auténtico desastre de mujer, y lo había servido en soperas sin tapa su desgarrada hija de dieciséis años. La mesa estaba puesta solo para tres comensales, el grupo más pequeño que había presidido desde su llegada a Taliesin; aunque a Miriam no le importó lo más mínimo, salvo porque cuanto más gente, más animada era la conversación, y la conversación animada ayudaba a combatir el tedio aplastante de la casa. Los hijos de Frank habían vuelto hacía tiempo con sus mujeres, una vez que gran parte de la construcción estuvo acabada, así como el arquitecto invitado y su mujer, que habían regresado a Alemania (¿o era a Austria?). Paul Mueller estaba supervisando algunos asuntos en las oficinas de Chicago, mientras que Russell Williamson y el resto de delineantes habían ido a un concierto en Madison. El tercer servicio era para la madre de Frank, pero la señora se encontraba tan abatida por los artículos del periódico que no bajó a comer.

—Bueno, pues supongo que estamos los dos solos —comentó Frank levantando la copa (de aguardiente a secas) para brindar—. Por nosotros.

Miriam respondió al gesto entrechocando el cristal y haciendo todo lo posible por mantener la sonrisa. En la copa, que ella misma se había servido antes de que Frank llegase, tenía un Chablis seco y espumoso que le había conseguido su marchante de vinos en Chicago, con un buqué y un aroma que la retrotrajeron por unos instantes al otro lado del Atlántico, a los viñedos de Borgoña en un día de otoño muy lejano, al poco de enamorarse de René^[113], quien tan bien se había portado con ella tras la muerte de Emil; hasta que se corrompió, claro, y se volvió infiel, como cualquier hombre en cuanto le das la más mínima oportunidad. Ese pensamiento le agrió el humor e hizo que la sonrisa le desapareciera bruscamente de la cara. Miró con malos ojos a Frank mientras este seguía hablando.

—Como te decía antes, no podemos permitirnos dar más que hablar a la prensa, más de lo que ya lo hemos hecho por culpa de la señora Breen, maldita sea su estampa. Y siento decirlo, pero es así: es la única culpable, claramente, y no tengo la menor duda de que desestimarán los cargos por la ley Mann por absurdos. Lo que más me irrita... lo que me cabrea es ese sórdido esfuerzo por poner en solfa a tu persona, y eso tiene que parar. —Levantó la vista del pato, con arrugas de

preocupación en torno a los ojos, y dejó escapar un suspiro—. Y por eso le he pedido a mi madre que se quede, al menos hasta que pase el jaleo.

—Eso es mentira, Frank, y lo sabes.

—Mentira o no, no pienso permitir que la prensa te ponga en ridículo, ni a mí tampoco... una vez más..., porque no es la primera. Si quiero conseguir trabajo (y tú mejor que nadie sabes los apuros por los que estoy pasando), no puedo alimentar más habladurías, ni tan siquiera un asomo de escándalo. Dios sabe que ya tendremos bochorno suficiente con las cartas.

Muy tranquila, de lo más compuesta, le dio un sorbo al vino y se quedó mirándole por el borde de la copa hasta que terminó.

—Quiero hablar con ellos —le dijo dejando la copa en su sitio y cogiendo el cuchillo y el tenedor. Tenía el pato delante, le dedicó una única mirada (a esos pliegues de grasa cetrina y a esa carne insípida y pardusca que flotaban en un charco de salsa humeante), y dejó el tenedor con mucho cuidado, en paralelo al plato, antes de proseguir—. Se lo explicaré todo. Insisto: no pienso esconderme.

—Desde luego que vas a esconderte —lo dijo en un tono cortante y despótico que a Miriam no le gustó nada; parecía estar hablándole a uno de sus delineantes sobre una sección mal ejecutada, o a un aparcerero que se había atrevido a expresar su opinión sobre el uso de un fertilizante—. Te quedarás en Taliesin, lejos de los reporteros, hasta que yo te diga lo contrario. ¿Has entendido?

¿Que si lo había entendido? Como si acaso no hablase inglés... Pero ¿la había entendido él? No le gustaba que le diesen órdenes; Emil lo había intentado, cuando ella solo era una chiquilla, y había vivido para arrepentirse. Igual que René. Se llevó la copa a los labios y dejó que el frío sabor del líquido claro —el sabor de Francia, de la civilización— le calmase la garganta, los nervios y el temperamento. No se molestó en contestar.

A la mañana siguiente ensillaron dos caballos y pasearon juntos por los montes; todo parecía recién hecho y perfecto, y el aire y el ejercicio disiparon el regusto amargo del día anterior. Frank era un jinete experimentado, y eso la hizo volver a sentirse orgullosa de él. Cruzaron los campos a medio galope, con la brisa en la cara, totalmente abstraídos del mundo: eran la viva imagen de Heathcliff y Catherine surcando los pastos en todo el exceso salvaje de su amor tenso y condenado. Fue tonificante, vigorizante. Y cuando la madre de Frank salió de su madriguera para almorzar con ellos, apenas le dio importancia. La tarde también fue agradable; la pasó en gran parte leyendo ante el fuego mientras Frank iba con uno de sus hombres a Madison a hacer recados. Tan enfrascada estaba en el libro, tan atrapada por el empuje de la trama (dos hombres y una mujer, un encuentro a medianoche, sangre, honor y el fiero restallido del lazo del gaucho cuando los amantes huyen en la cerrada noche argentina^[114]), que apenas levantó la vista cuando Frank volvió. Tuvo que

pasar un momento, un incordio menor, la sombra de él cayendo sobre la página mientras esperaba ante ella, para que comprendiese. No se había quitado ni el sombrero ni el abrigo y tenía la cara torcida en una mueca de disgusto.

—Han publicado las cartas —le anunció poniéndole el periódico en el regazo. Acto seguido se dio media vuelta y salió de la estancia sin mediar más palabra.

Irritada, intentó seguir leyendo la novela, pero las palabras empezaron a mezclarse y a alargarse hasta que dejaron de tener sentido; momentos después, soltaba el libro y cogía el periódico.

El titular —un estallido que despidió centellas y cohetes por la página hasta las capas más lejanas de su revuelto cerebro— la dejó sin respiración: «*Las cartas de Miriam a Wright: del goce a la desesperación*». Nunca había vivido nada igual: ver su nombre allí, en tinta canónica, suponía toda una conmoción, desde luego, pero había algo más, algo indefinible, y al mirar el subtítulo («La proscrita: su llanto y su dolor»), sintió que refulgía. De pronto, de la noche a la mañana, de una sola tacada, se había hecho famosa, la conocían miles, cientos de miles de personas. Era la amada de Frank Lloyd Wright y el mundo entero lo sabía, ya no era ninguna proscrita. Se estremeció con aquella constatación y sintió vivas cada célula y cada fibra de su cuerpo. ¿Y qué si estaba exiliada, el cielo al otro lado de la ventana era más lúgubre, sucio y deprimente que una vieja olla de estaño en la pila de la cocina?, ¿qué importaba? Aquellas eran sus palabras, de su puño y letra, ¡radiadas al mundo!

Por supuesto, cuando fue leyéndolas —y estaba claro que tenía un don para la escritura, cierta maestría en el manejo de las frases, eso no podían negárselo—, no pudo evitar arrepentirse de ciertos pasajes poco acertados. ¿De verdad le había dicho a Frank que era «un viejo patético y amargado»? ¿Era cierto que había escrito «Me voy... El “peligro” para tu seguridad desaparecerá conmigo. Vive tu vida todo lo penosamente que quieras»? ¿O «Puede que no quieras sentirte *poseído (adueñado)* por el amor, la ternura, la amabilidad, la devoción, pero lo estás por una tiranía cuyo influjo es desastroso para la felicidad de quienes te queremos»? Aquellas escenas apenas tenían sentido, y las habría retirado de haber podido, pero también era cierto que cuando las había escrito, estaba muy angustiada por el rechazo, por considerarse fuera del rebaño, la gente tenía que entenderlo; no obstante, recordar todo aquello, lo burro que había sido con ella, lo deslenguado, sarcástico y, simple y llanamente, despiadado y malvado, reflató su enfado. Lo leyó de cabo a rabo, columna tras columna, sopesando cada palabra con una mezcla de euforia y de angustia, y luego lo leyó de nuevo.

Cuando terminó se quedó un rato largo mirando el fuego fijamente, en un intento por tomar las riendas de sus emociones. El brío inicial había desaparecido para dar paso a la duda. No era bueno, aquello no era nada bueno. La impresión general que se llevaría el lector medio del *Tribune* no sería de simpatía, ahora podía entenderlo. En lugar de un verdadero y noble *cri de coeur* de un alma grande y generosa a otra —de unas estrellas alineadas entre sí e igual de potentes—, las cartas, unas misivas de lo

más íntimas y personales, se verían como los desvaríos de una mujer repudiada, derrotada en el amor, desesperada y digna de pena. Habría quienes —los de espíritu más mezquino— incluso se reirían de ella. Y por si fuera poco, había firmado «Tuya», o peor aún: «Quiéreme todo lo que puedas».

Por fin, cuando ya las ventanas se habían oscurecido con la caída de la noche y la casa se había sumido en un silencio solo interrumpido por el repiqueteo y el crepitar del fuego, se levantó del asiento y fue a buscar a Frank. Al no encontrarle en el dormitorio, volvió sobre sus pasos por la logia y el comedor hasta el salón, pero tampoco se lo cruzó en el camino. De la cocina llegaba olor a col —a comida campesina, tan venenosa como insípida—, y la cocinera y la muchacha, ocupadas en la tabla de cortar y la hornilla respectivamente, apenas levantaron la cabeza cuando miró por la ranura de la puerta. No parecía haber mucho más movimiento, era raro, o tal vez no lo era, quizá allí, en el campo, las cosas fueran así, con todo el mundo confinado para sobrevivir al interminable invierno, con todas las esperanzas humanas, las alegrías y las aspiraciones enterradas bajo una montaña de mantas, destinados todos a dormir con la caída de la noche y levantarse con las gallinas. Aquel pensamiento la angustió y ¿dónde estaba Frank? ¿No se daba cuenta de que le necesitaba, de que las cartas eran un error, de que era ella la que había sido expuesta a la censura pública, y tal vez incluso al escarnio, de que era ella la que salía peor parada y no él?

Se le ocurrió que quizá Frank hubiese salido: siempre que estaba alterado, sin importarle el tiempo que hiciera, se ponía las botas y se iba a dar una vuelta, como si el calor, el frío, la lluvia o la nieve no le afectasen en absoluto. Frank el granjero, Frank el galés, el sembrador de estiércol, el corredor de cochinos, un campesino pese a todo su genio. Había ya asomado la cabeza al aire intempestivo y gritado su nombre a lo largo de la explanada cuando se le ocurrió mirar en el estudio. Y allí le encontró, sentado ante una de las mesas de dibujo, bajo el retrato al óleo de su madre —el único cuadro de la habitación— y el lema que había fijado en la pared: «*Lo único que posee un hombre es lo que hace*». «¿Y qué hace un hombre? —se preguntó—. ¿Encerrar a su amada en una mazmorra? ¿Hacerla callar? ¿Dejar que los periódicos se rían de su forma de ser, de su amor, de su vida?».

—Esto no va a quedar así, Frank.

Este levantó la vista de lo que estaba haciendo —en su eterno dibujar era como un niño, igual que un niño, un crío, eso era...— y la miró con desdén^[115].

—Lo sé, Miriam, pero créeme, estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para detenerlo.

—¿Detenerlo? ¿No te parece que es demasiado tarde? ¿Es que no has visto lo que parezco en esas cartas? —Estaba mirándola con sus ojillos astutos, desafiándola, culpándola—. Una perdida, Frank. Y una tonta, tonta por quererte.

¿Y cuál fue su respuesta?, ¿la respuesta del mentecato, de ese témpano de hielo que era, incapaz siquiera de levantarse del taburete para cogerla entre sus brazos y

jurarle amor, incapaz de aprender algo?

—Yo ahí no puedo hacer nada, Miriam. A lo hecho, pecho.

A la mañana siguiente se levantó para encontrarse una luz igualmente sombría y un silencio sobrenatural, como si el mundo entero hubiese perdido la audición. El otro lado de la cama estaba vacío. Más allá de las ventanas caía en transversal una aguanieve grisácea y, por supuesto, no había cortinas con las que ocultarla —Frank no creía en las cortinas—, de modo que el exterior se zambullía en la habitación. Bien podía estar acampada en Alaska o algún sitio parecido, con el fuego apagado en el hogar, el vaho suspendido ante su cara y un reborde de escarcha en el vaso de agua que tenía en la mesilla de noche. Hacía demasiado frío incluso para levantarse e ir al baño. Demasiado deprimente. De repente le vinieron a la cabeza las cartas, la vergüenza, la estupidez, y pensó enseguida en su jeringa, aunque no llegó a moverse, y si la criada vino para atenderla, tampoco se enteró. El sueño era una piedra que le aplastaba el pecho. Cerró los ojos. Cuando volvió a despertarse, seguía nevando y haciendo frío, pero alguien había encendido el fuego y sus necesidades corporales la reclamaron de una forma que no pudo ignorar por más tiempo. Encontró las zapatillas y la bata y fue al baño.

Era también una estancia primitiva, por muchos budas de bronce, muchos jarrones Han y muchas alfombras orientales que tuviese, porque el agua del grifo era como hielo líquido y, si quería bañarse —y quería—, tenía que mandar a alguien a por leña para avivar la caldera del sótano. Se aseó lo mejor que pudo, con mal cuerpo, y pensó que tal vez un poco de té y unas tostadas le asentarían el estómago, pero mientras se cepillaba ante el espejo —cien pasadas por la mañana y cien por la noche, como le había enseñado su madre—, sintió la debilidad en las tripas y tuvo que sentarse un momento. Casi accidentalmente —sin querer, desde luego—, rozó con la mano el maletín del maquillaje en el que guardaba la jeringa, y solo tardó un instante en decidir que lo que necesitaba era una inyección que la pusiese a tono. Era el frío, se dijo, ese horrible invierno sin tregua que hacía que te salieran sabañones y tuvieras calenturas, igual que en París, pero, por lo menos, en la capital francesa encontraba refugio en una galería, un auditorio o uno de los cafés o *salons artistiques*. París, pensó, París... y sintió como le embargaba el calor...

Fue entonces cuando oyó las voces, la de Frank y la de otro hombre, no, las de otros dos, solapándose y murmurando. Parecían estar pasando por la logia en dirección al salón, y aquello le pareció extraño: Frank no le había mencionado que esperasen visitas, aunque, entre una cosa y otra, tal vez se le hubiera pasado. De pronto se animó: tenía ante ella la posibilidad de un respiro, de liberarse de la nulidad de la vida rural por una hora o dos. Pero ¿quién sería? Frank siempre se rodeaba de gente estimulante, de artistas, músicos, arquitectos y escritores, la mayoría bien relacionados; y aunque esas reuniones no alcanzaban la brillantez de los salones

parisinos, solían tener su encanto y ser entretenidas. Y eso mismo, entretenimiento, era lo que necesitaba por encima de todo.

Entreabrió la puerta para oír mejor. Frank parecía llevar la voz cantante de la conversación, como si estuviese dando un discurso o algo parecido, aunque siempre andaba soltando discursos improvisados sobre un repertorio nada exhaustivo de temas, «pontificando», como le gustaba decir a uno de sus antiguos delineantes; pero el tono era poco desenfadado, su melodiosa voz de tenor sonaba afilada, mientras las voces de los otros hombres le interrumpían para desafiarle, y ¿qué estaba ocurriendo? ¿Estaría enseñándoles grabados a unos compradores?, ¿era eso? ¿Habría venido Clarence Darrow desde la capital? ¿Un cliente? Y, de repente, por algún movimiento inesperado de las corrientes de aire, le llegó claramente la voz de uno de los desconocidos:

—Entonces ¿nos está diciendo acaso que no existen lazos amorosos entre usted y madame Noel?, ¿que es otro espíritu afín como la señora Borthwick?

Y entonces lo comprendió: eran periodistas, habían venido unos reporteros.

Frank respondió algo que no pudo oír bien (seguro que estaba yendo y viniendo por la habitación) y después también su voz le llegó con claridad:

—Sí, exacto, he contratado a madame Noel en calidad de ama de llaves, puesto que tuve que despedir a la señora Breen, como bien saben ustedes...

¿Ama de llaves? ¿Ella? ¿En qué estaba pensando?

—Pero no podrá negar que las cartas dan justo la impresión contraria —contestó la voz, una voz fina, atiplada y aduladora.

No escuchó la respuesta de Frank porque ya se había puesto en movimiento y se había apresurado a vestirse —el vestido de seda, el blanco, la gargantilla de perlas y los anillos—, sin dejar de pensar que era su oportunidad de mostrarles la verdad, de que conociesen su yo más íntimo, su corazón, y de dejar que el mundo supiese quién era ella. Se sentía casi como si estuviera en un sueño mientras atravesaba la logia, con sus ventanas cediendo ante las corrientes heladas y grises, con los pies desnudos como los de una criada y el vestido bailándole por el abdomen y por los muslos con la sencilla elegancia que los griegos habían perfeccionado. Citerea, era Citerea, la coronada de violetas, la que nació de la espuma, una diosa deslizándose por la alfombra y entrando en el salón, donde ambos desconocidos, uno de ellos calvo, al verla llegar y posar sus ojos sobre ella, a punto estuvieron de partirse en dos. Se levantaron de sus asientos para rendirle pleitesía y...

—Sí —les decía ya, encantada por el sonido de su propia voz—. Sí, es todo cierto: ¡le amo!

Las cosas, sin embargo, no salieron tal y como había esperado. Frank se enfadó con ella, al menos al principio, pero después la apoyó y ambos, con el fuego chisporroteando y la tormenta azotando al otro lado de las ventanas para conferirle tal

aire romántico a la escena que hasta el más dotado de los guionistas se habría visto obligado a plagiarlo, organizaron la defensa de un amor que desafiaba todas las convenciones, que osaba aspirar a lo sublime sin importarles las insignificantes pegas de los obstinados y de los incultos. Ella fue la primera en exponerles sus pensamientos y luego él, hacia delante y hacia atrás, en contrapunto, hasta que ambos cantaron la misma dulce canción mientras los periodistas no paraban de garabatear en sus libretas hasta que se les entumecieron los dedos. Huelga decir que la fotografía que colocaron junto al titular «“¡Le quiero!”», dice de Frank Lloyd Wright la señora Maude Miriam Noel», aunque mostraba a una mujer guapa con ojos de cordero, un bonito hombro al aire y una ensoñadora mirada de lo más atractiva, no le hacía justicia; más que nada porque, a pesar del pie de foto («Es la primera fotografía que se publica de ella»), no era su retrato, por sorprendente que pareciera; aunque sin duda estaba a la altura de la modelo, fuera quien fuese, y el artículo que la acompañaba era halagador en extremo.

Pero ¿cómo habían metido así la pata? Cualquiera que la conociese vería al instante que no era ella, y sí, sí, habían sacado la fotografía a toda página y bien podía pasar por una representación idealizada de sí misma, con un par de años menos, algo más tersa por debajo de la barbilla, y no estaba nada mal, nada pero que nada mal. La gente la envidiaría, y eso era más que nada lo que quería en esos momentos, porque ella no era ninguna desheredada ni ninguna despechada: no, tenía a su hombre, una de las mayores personalidades de la época, y era solo suyo.

Al cabo de dos días, el 10 de noviembre, el *Chicago Tribune* publicó un artículo en el que Nellie Breen negaba haber intentado chantajear a nadie, pero en el que sus propias maquinaciones parecían pasarle factura^[116]. Al parecer la mujer, entre la espada y la pared, le había entregado a los reporteros una copia de su carta fechada el 22 de octubre en la que advertía a Frank de que Miriam y él podían ser arrestados por la ley Mann gracias a pruebas que ella tenía en su poder (sin duda, las cartas que había robado de los cajones de la mesa de Frank), unas pruebas tan condenatorias que no saldría de prisión ni bajo fianza. Pero la cosa no quedó ahí: tenía sus exigencias. ¿Qué quería a cambio de eliminar esas pruebas? Quería que se separaran, ¡que se separaran! Y que no volvieran a verse. Ah, y en eso fue muy concreta, la bruja metomentodo, ese adefesio artrítico: «Es decir, que no puede alojarla ni en Taliesin ni en Cedar Street, ni podrá ir de visita ni vivir allí».

Si aquello no era chantaje, ¿qué era? Miriam —que estaba furiosa con Frank por no haberle enseñado la carta, por muy amorosas o caritativas que fuesen sus intenciones— apenas daba crédito ante la osadía de la mujer, quien, al fin y al cabo, no era más que una vulgar ladrona. De hecho, cuando leyó el artículo por primera vez, se encolerizó tanto que agitó el periódico por la habitación y lo estampó contra la pared, con el posterior descenso hasta la alfombra cual pájaro tullido.

Allí seguía el periódico cuando se sentó a su escritorio, con una rigidez tal, producto del odio, del disgusto y de la mortificación, que tuvo que tomarse un jerez

para calmarse (aunque si le hizo algo, no lo notó, imposible en su estado). Por lo menos estaban en Chicago; habían cogido el tren a la mañana siguiente de que publicasen la foto de su lánguida doble («Ya no hace falta que me escondas, Frank»), había comentado ácidamente, agarrándose bien de su brazo mientras recorrían el andén entre una marabunta de periodistas y de transeúntes boquiabiertos). Pero las vistas desde la ventana eran igual de plomizas, grises y desoladoras que en Wisconsin. Bueno, mejor así, de ese modo casaban mejor con su ánimo, que era negro, negro negrísimo; y sediento de sangre. ¿Cómo se atrevía, cómo osaba esa zorra advenediza imponerle normas a ella, ni a nadie, para el caso? ¿Quién la había nombrado guardiana de la moral del mundo?

En el cajón de abajo, a resguardo de Frank, tenía un fajo del papel de carta que había encargado pese a las objeciones de este, con el escudo de armas de los Hicks reluciendo en la página bajo sus iniciales unidas. Sacó una hoja impecable, la alisó sobre el secante y le dio otro trago al jerez mientras rumiaba lo que iba a escribir. A continuación cogió la pluma, una Waterman nueva, regalo de Frank, tan suave, delicada y hermosa que más que un utensilio de escritura podría haber sido un dedo más, y sin pensar dejó que las ideas fluyeran por la página como si llevara toda la vida escribiendo cartas al periódico. El reportero —el calvo cuyo nombre no recordaría mientras viviera— la había llevado a un aparte aquel día en Taliesin y la había animado a contar su versión de la historia: su filosofía, sus deseos, todo lo que pudiera hacer que la opinión pública la entendiera; quién era esa enigmática mujer y ese tipo de cosas. Sería mucho más gratificante que lo que él o cualquiera de sus colegas de profesión pudiesen escribir, porque en ese caso era ella quien estaba en el centro de todo, era ella quien conocía toda la verdad, y no solo de Chicago y de su moral de postín, sino también del Viejo Continente.

Para cuando volvió en sí, había rellenado unas cinco páginas, sin apenas tachones, su grácil mano había surcado la página con la autoridad y la elegancia que le habían hecho ganar el primer premio de caligrafía de la Academia de Señoritas Thornleigh cuando era pequeña. Habló del matrimonio como de una ley pasada de moda y anticuada, al menos cuando era sin amor, una mera sombra de lo que debería ser un verdadero pacto de amor, pero después pasó a asegurarles —a su público, a la gente bien de Chicago, y al pueblo llano también, a carniceros y carreteros por igual— que Frank y ella no condenaban el matrimonio en sí, sino que simplemente respondían ante una ley superior, pues tan solo existía una lealtad real y esta se reflejaba en una conducta consagrada a una concepción vivaz y elevada de la vida y del amor. A eso debía aspirar la gente, a eso y a nada más.

A continuación, con toda la elocuencia que pudo reunir, se entretuvo en poner como un trapo a Nellie Breen, una fregona, una ladrona, un exponente de la falsa moralidad de la clase media, que derivaba en engaño y robo con el fin de mantener su propia falsedad y a la mismísima sierpe de la hipocresía, que poco a poco perecía por el mundo entero, a medida que la gente empezaba a escuchar sus corazones y no los

dictados de hombres muertos y olvidados. Por último, al tiempo que la pluma se movía con una agilidad que asemejaba un espíritu que se hubiera levantado de su tumba para cogerle de la mano y guiarla —Emil, con todos sus talentos literarios intactos, o tal vez su padre—, gritó a los cuatro vientos: «No sintáis pena por mí, no soy la víctima de un amor no correspondido. En mi lugar, cualquier mujer se sentiría orgullosa y no tendría necesidad de rendir cuentas».

Cuando terminó, se fue a la ventana para contemplar lo que quedaba de día. Por fin se sentía aliviada, liberada de todo, y aunque se moría por enseñarle la carta a Frank (que estaba en la oficina), a Leora o a cualquiera, cerró el sobre, le puso un sello y cogió el abrigo del vestidor. Se miró en el espejo mientras se lo abotonaba y se colocaba bien el sombrero y los guantes, sin dejar de mirarse a los ojos, aunque no con mucha intensidad. Sin duda, la rodeaba cierta aura mágica y, cuando salió al frío para ir hasta el buzón de la esquina, sintió los ojos de la gente clavados en ella y se volvió con gracia para sonreír a hombres y mujeres por igual.

Capítulo 7

Bajo la alargada sombra del monte Fuji

Frank estaba gritando, su voz retumbaba por la casa entera, y todo el mundo, Miriam incluida, llevaba tres días con el corazón en un puño, y lo que les quedaba. Esperaban invitados. Siempre se ponía imposible cuando tenían visita, ordenando y reordenando una y otra vez los grabados, los biombos y las cerámicas, juntando los muebles primero en una esquina y después en otra para más tarde arrastrarlos al centro de la habitación, donde se quedaban un cuarto de hora, lo justo para que volviese a cambiar de idea. Podía dedicar horas enteras solo a los arreglos florales o a cubrir una silla u otra con sus tapices chinos, otomanos o persas, para que cayeran en el ángulo exacto, y en esa ocasión en concreto —venían los japoneses y su estado de agitación era tal que cualquiera creería que el mismísimo emperador del Japón estaba a punto de entrar por la puerta—, hurgó en lo más hondo de un baúl de palisandro que estaba en la cámara en busca de sus ropajes japoneses del siglo XVIII^[117], para poder exhibirlos junto con los grabados. Pero ¿qué andaba gritando ahora?

Fuera lo que fuese —una mancha de óxido en un cucharón de servir, pelusa en la alfombra, un fuego poco vivo en una de las habitaciones de invitados—, no era asunto suyo. Para algo tenía a media docena de lacayos corriendo de un lado para otro como si estuvieran quemándose, y ella ya le había dado instrucciones a la cocinera y a otra criada encargada de supervisar los arreglos. No, su único asunto, su única preocupación era vestirse para darle la bienvenida a los invitados con la más pura y etérea serenidad y la más exquisita de las reverencias orientales; y huelga decir que Frank la había arengado al respecto —que si la forma, que si la duración y la postura de la reverencia— hasta provocarle ganas de chillar.

En la intimidad de su dormitorio, con un buen lecho de ascuas en la chimenea y dos troncos de roble nuevos (porque en aquella ciudadela inconexa de piedra y estuco hacía más frío que en una tumba, con sus goteras, sus corrientes y sus ventanas, que, para lo que servían, bien podían haber sido de papel transparente), practicó ante el espejo: bajó el pecho y volvió a incorporarse con los ojos radiantes y una sonrisa amplia que se le expandió por la cara hasta practicarle unos hoyuelos como los de una niña pequeña. «Encantada de conocerle, Hayashi-san, *enchantée*»... O no, esa no era la tónica: lo suyo era no decir nada y dejar que los ojos hablaran por ella. ¿No era eso lo que hacían las orientales? Por supuesto, no eran superiores a esclavas, o a perros, más bien, salvo por las cortesanas maquilladas que coqueteaban por las noches con un puñado de viejos lascivos que no tenían más atractivo que los yenes que llevaban en los bolsillos; y ese horrible vino de arroz. En París había conocido varios

japoneses —en aquellos tiempos el *japonisme* era lo más de lo más, y supuso que seguiría siéndolo—, y podría decir que eran gente bastante decente, con un buen dominio del francés, aunque los de París eran artistas, y seguramente Hayashi-san tendría poco de artista. No, era un hombre de negocios, el encargado del viejo Hotel Imperial de Tokio. Y venía para que le hiciesen la corte. Pues de acuerdo, pensó haciendo una reverencia ante el espejo, le haría la corte, por Frank^[118].

Estaba ciñéndose el batín de seda azul cantonesa por encima de una blusa esmeralda de cuello en pico que le hacía un escote muy bonito, y pensando con cierta satisfacción que era la quintaesencia del *look* oriental, y que tal vez quedase bien con la sarta de perlas y el alfiler de jade con un buda tumescente que había comprado hacía años en un puesto de rarezas de la Avenue d'Ivry, cuando Frank entró como una exhalación por la puerta. Estaba hecho un manojo de nervios, con el pelo de punta como un halo caído y con los ojos tan hinchados que parecía llevar despierto toda la noche, aunque no era cierto; ella podía dar fe.

—Por Dios, Miriam, ¿en qué estás pensando? —gritó, y era tal su agitación que le brotaban hasta gotitas de saliva en los labios—. Haz el favor de vestirte. Van a llegar a la estación en cualquier momento, ¿es que no te das cuenta? Te he pedido una única cosa, que te vistieras sin parecer una... una... —como no parecía capaz de escoger el insulto adecuado, prosiguió sin más—, ¿y qué haces tú? ¿Quieres fastidiarme el día?, ¿lo estás haciendo a posta?

Miriam intentó ignorarle y se sentó ante el tocador para repasarle el pelo, que se había echado hacia atrás a imitación de las imágenes de las geishas de los grabados de Frank, y los ojos, que se había alargado en vertical con dos trazos triangulares de kohl, pero se notó tensa.

—¿Sin parecer una qué, Frank?

—No tengo tiempo para eso, Miriam —le advirtió, y como si no pudiera contenerse, cogió la silla de la esquina y la pegó ocho centímetros más al secreter—. Límitate a vestirte, ¡y ya!

Miriam observó por el espejo los movimientos erráticos del arquitecto, la contracción de las extremidades y la tarantela encorsetada de sus pies sobre la alfombra, e intentó ponerse en su lugar: los japoneses venían para una visita larga y él tenía que darlo todo si quería conseguir el mayor encargo de su vida, eso lo comprendía y quería ofrecerle todo el amor y el apoyo que pudiese pero... no le gustaba su tono. Ni un pelo.

—Es que ya estoy vestida, Fraaank —le contestó arrastrando la sílaba del nombre al más puro estilo de Memphis.

Este se giró en redondo entonces, atravesó de tres zancadas la habitación y se agachó hasta quedarse con la cara a la altura de la de Miriam en el espejo. Estaba convencida de que iba a hacer algún comentario desagradable, con esos labios fruncidos y esos ojos fríos como café del día anterior, cuando se produjo un estrépito en la habitación de al lado, seguido de una maldición entre dientes y unos pies

corriendo. Frank dio un respingo, miró con mala cara hacia atrás y luego se volvió hacia ella y le puso unas manos como garras de pájaro sobre los hombros.

—No empieces —masculló, la cara pegada a la suya y el aliento caliente en la oreja—. Vístete y baja para recibirles en la puerta..., en la puerta, ¿me estás oyendo? Te quiero allí para cuando vuelva de la estación. Y por el amor de Dios, compórtate.

Con suma frialdad, y con todo el aplomo del que pudo hacer acopio, le apartó las manos, se volvió y se levantó.

—Pero yo creía que iría bien con la temática oriental, el batín, mi buda... Intento agradarte, Frank, solo eso. Deberías darte cuenta. —En la voz se le coló una nota llorosa sin que pudiera evitarlo—. No hace falta ser cruel.

—¡No seas ridícula! —le gritó—. Pero mírate... ¿Un batín, por el amor de Dios? ¿Y ese maquillaje tan presuntuoso? Eres un mal remedo... No, te lo digo muy en serio, ¿qué pretendes, insultar a nuestros invitados?

Con toda la serenidad y el control que pudo reunir, observó entonces que él sí que iba en traje oriental —con esos absurdos pantalones de lino que se le ensanchaban por los muslos y se le ceñían por los tobillos, como salido de una ilustración de *Las mil y una noches*, los zuecos de madera, el chaqué que le llegaba a las rodillas y un ridículo gorrito, un cruce entre una birreta de cardenal y una *ushanka* rusa—, y ¿por qué ella no podía ir a juego?

—Lo que yo me ponga no es asunto tuyo —le respondió Frank.

—Pues yo podría decir lo mismo.

Una voz llegó entonces desde el cuarto de al lado, con una nueva crisis en ciernes:

—Señor Wright, señor Wright, ¿podría venir un momento, por favor?

—Miriam, te lo ruego: eres la mujer más encantadora del mundo, la más brillante, y lo único que necesito es que te vistas como cualquier otro día, como si fueses al teatro o a cenar en la Michigan Avenue. No en Tokio, ni en la bahía de Yokohama, sino aquí, en Estados Unidos.

Miriam se sintió insegura por unos instantes —tal vez el batín de seda era demasiado informal, quizá él tuviese razón, y se dijo que ciertamente la sombra de ojos era algo osada—, pero, con todo, no pudo evitar contradecirle:

—Me vestiré como me plazca.

—¡Señor Wright, señor Wright!

—¡Que sí, que ya voy! —gritó hacia sus espaldas, antes de añadir—. Lo que quiero, Miriam..., lo que me hace falta, lo que necesito más que nada, es un adorno. —Se detuvo, la miró fijamente, en un intento de hacerle apartar la mirada, de intimidarla, con una insolencia y una altivez que la enfurecieron—. Un adorno, Miriam, no un lastre.

Sin embargo, cuando el coche de caballos, seguido del automóvil, remontó el camino de entrada y entró en la explanada media hora después, ya estaba en la puerta, con su gargantilla, sus perlas y un vestido gris en *peau de soie* que le tapaba las

rodillas, por debajo de una capa azul marino y un sombrero que le enmarcaba su perfecta cara. Y cuando vio a Hayashi-san con su traje occidental, sus polainas, su bigote y el pelo engominado hacia atrás, hizo una reverencia todo lo profunda que le permitió el sombrero y susurró en la voz más delicada que pudo poner, tal y como le había enseñado Frank:

—*Konbanwa*.

La cena de esa noche fue poco menos que un suplicio, similar, se imaginó, a lo que debieron experimentar los flagelantes cuando desfilaban por las calles de Roma, chorros de sangre reseca, humillación ritual y ese tipo de cosas. Al menos, para ella; Frank, por su parte, estaba pasándoselo en grande, con su voz subiendo y bajando con la inevitable naturaleza de las olas que golpean la orilla, mientras regalaba al grupo allí congregado con sus visiones sobre la idiosincrasia japonesa, sobre el precario estado de la arquitectura contemporánea, sobre el uso de materiales naturales, el *shamisen* en oposición al banjo, y prácticamente todo lo que se le pasaba por la cabeza, aderezado con un arsenal de chistes, anécdotas, trozos de canciones y quintillas tan manidas que ya en el siglo anterior estaban desfasadas. La comida fue horrible de principio a fin. La cocinera se había atrevido con la temática japonesa: había presentado los clásicos platos de cerdo en salsa, pescado frito y col hervida acompañados de pequeños montículos de un arroz blanco tan pegajoso que parecía que le hubiese derretido por encima un frasco de chicle Wrigley. Y los palillos... Frank le había encargado a Billy Weston que tallara palillos con sobrantes de pino (como si Hayashi-san y el resto no pudiesen concebir cómo perforar un trozo de carne con las púas de un tenedor) y los japoneses se quedaron mirándolos como si no hubiesen visto nada igual en su vida. Pero era desternillante, ¿no?

Frank presidía la mesa, por supuesto, y ella ocupaba su puesto habitual a la derecha, mientras que Hayashi-san y su mujercita pintarrajeada estaban enfrente y la madre de Frank dominaba la otra punta, donde Russell Williamson, Paul Mueller y su mujer intentaban hallar intereses en común con los dos estudiantes mudos que Hayashi-san se había traído a modo de séquito. El arquitecto asesor del japonés, un hombre bajito y menudo de unos cuarenta años con una cara absolutamente inanimada —Yoshitake-san— estaba a la derecha de Miriam, y durante la comida se dedicó a hablarle a cada tanto para agasajarla con breves comentarios guturales en su inglés de preescolar.

—Buenas noches —le había dicho nada más sentarse.

Pero después repitió la frase varias veces seguidas, y Miriam, por seguirle la corriente, le devolvió el saludo, o la observación o lo que fuese, hasta que, tras repetirlo tres o cuatro veces, empezó a adquirir un nuevo significado e hizo todo lo posible por no explicarle que «bonita noche» habría sido más apropiado.

—Hace un tiempo agradable, ¿no es cierto? —Fue su siguiente observación.

Después, tras mantenerse en silencio durante la disertación de Frank sobre la extracción de la piedra autóctona en sus capas sedimentarias naturales para devolverlas intactas al paisaje, el hombre carraspeó y le preguntó si podía encenderla.

—¿Perdone?

Y entonces sacó un paquete de tabaco, le ofreció un cigarrillo y se lo encendió mientras Frank le lanzaba una mirada de desaprobación. Sonrió entonces y Yoshitake-san se encendió el suyo y le devolvió la sonrisa.

Fue durante los postres —el octavo plato de la noche, si no llevaba mal la cuenta— cuando Frank desvió su atención hacia la mujer de Hayashi-san. Tanto fue así que cogió la silla cuando estaban sirviendo el té y la puso entre la del japonés y la de su esposa. Miriam no pudo evitar ponerse tensa. Claro, se dijo, ¿cómo no?, ¿cómo no iba a babear ante ella con lo pedazo de animal que era? ¿Acaso no era joven y guapa, aunque fuese oriental? Desde luego la esposa era una muñequita de porcelana, enfundada en su vestido de seda negra con unos crisantemos desvaídos subiéndole desde el dobladillo hasta el abdomen y la ondulación de sus pequeños pechos picudos, como si uno de los grabados de Frank hubiese cobrado vida; y cuando este le hablaba, la mujer batía sus exageradas pestañas y sonreía con una boca de dientes irregulares y desproporcionados^[119]. La mayor parte del tiempo lo pasaba mirándose el regazo, salvo cuando Frank la ponía a prueba con preguntas jocosas sobre su kimono o sus impresiones de Estados Unidos; sin embargo, en cierto momento la mujer se dirigió al arquitecto para formularle también ella una pregunta, como si formase parte del papel que le habían adjudicado.

—Me gustaría preguntarle, Wrieto-san —dijo, y miró luego a Miriam— y señora de Wrieto-san, ¿qué significa la expresión «de puñetas»?

Frank rio, mientras que Miriam, muy a su pesar —pues odiaba que le prestase atención a otras mujeres, a la que fuera, como si estuviese haciéndole un desplante en público, avergonzándola y denigrándola (aunque tenía que reconocer que el sonido de aquella denominación desenfadada, «señora de Wrieto-san», era música para sus oídos)—, también sonrió. Qué adorable, pensó, qué infantil y patético.

—¿«De puñetas»? —repitió Frank, con un tono de voz elevado por la frivolidad, y toda la mesa se quedó mirando a la mujer, a Takako-san, y sonriendo ante lo que estaba por llegar—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso ha oído con frecuencia esa expresión desde que llegó a nuestro país?

Un pequeño puchero, unos ojos desorbitados, y qué joven era, Miriam se percató entonces, veinte años como mucho, joven y llena de gracia... y de coquetería. Pero ¿no le enseñaban eso mismo en Japón? ¿No era ese el sentido de la existencia de las japonesas^[120]?

—Pues sí, Wrieto-san —dijo en un soplo de voz apocopado—, todo el día, todo el tiempo. Hoy, aquí, usted mismo lo ha dicho.

Y Frank, con sonrisa bobalicona, flirteando —de forma descarada, como si ella no existiese y no estuviese sentada enfrente de él, con la sonrisa marchitándosele ya

en los labios—, guiñó un ojo al resto de la mesa con muchos aspavientos, y en particular a Hayashi-san, porque no era cuestión de hincharle las narices, y le respondió que «de puñetas» era una expresión de cortesía que quería decir «muy».

—Como en..., a ver... no sé... Paul, ayúdame... —Pero antes de que Paul pudiera responder, prosiguió—. Es una velada agradable de puñetas. O es una mantequilla fresca de puñetas. Después de comer se le puede decir al anfitrión, por ejemplo, que ha sido una cena rica de puñetas.

Takako-san se removió en su silla con mucha gracia, agrandó los ojos y miró en torno a la mesa como si fuese un mirlo blanco (y lo era, para Frank lo era), y pio y todo:

—Entonces, muchas gracias, Wrieto-san, y señora de Wrieto-san, por una cena rica de puñetas.

Todo el mundo rio, ni que decir tiene; había sido una bonita actuación, y Frank y Hayashi-san le dieron palmaditas a la japonesa, como si fuera un perro o un mono al que le hubiesen concedido el poder de hablar. Pero Miriam, pese a su sonrisa, sintió que una puñalada de odio la atravesaba; un odio que se llevó con ella al salón, donde se sentaron ante el fuego mientras Frank les mostraba sus tesoros, sobre todo los grabados, para que Hayashi-san le diese su opinión de experto, a lo que siguió, cómo no, el inevitable recorrido por la casa que duró hasta bien entrada la medianoche, cuando el japonés, pese a sus rígidos modales, empezó a bostezar.

—Bueno —suspiró Frank, captando por fin la indirecta, después de que ella llevase más de una hora haciéndole señas con ojos furibundos—, deben de estar ustedes agotados, los viajes en tren pueden ser de lo más irritantes, lo sé por experiencia. Tal vez mañana por la mañana podamos retomarlo. A lo mejor les gustaría ver los terrenos a pie. O a caballo. Si quieren, podemos ensillar unos caballos..., o coger el coche. Pero, por favor, permítanme que les lleve a sus habitaciones...

Siguieron unas elaboradas buenas noches y las reverencias de rigor, mientras a Hayashi-san se le fundían los ojos a la cabeza del cansancio que tenía, los dos estudiantes permanecían más callados e impasibles que la talla del Buda Amida que había en la logia y la pequeña esposa gesticulaba una despedida dentada. Así, hasta que por fin estuvieron a solas en el dormitorio, donde Miriam cerró la puerta tras de sí y se metió en el vestidor. Frank se puso a silbar mientras se aflojaba el nudo de la corbata ante el espejo, con esa mirada de satisfacción en la cara que enfurecía a Miriam como ninguna otra. Qué pagado de sí mismo... Frank Lloyd Wright, el gran hombre, hechicero de extranjeros, seductor de mujeres, dios de su propio universo. La luz de la mesilla de noche arrojaba un resplandor suave y las sombras trepaban por las paredes. Estaba a un tris de entrar en erupción.

—Ha ido bastante bien, ¿no te parece? —le preguntó Frank, al tiempo que se quitaba el chaqué ese de faldones colgantes y mangas anchas, más parecido a la chaqueta de un payaso del circo Barnum & Bailey que a otra cosa, pero ¿quién era él

para hablar de remedos?

Miriam volvió la cabeza para mirarle, para ver su espalda desnuda y la parte de atrás de su cabeza hinchida. ¿De verdad esperaba que charlase sobre la velada como si tal cosa? ¿Sobre su humillación pública? ¿Tan insensible era?

—Con Hayashi-san, me refiero —prosiguió, hablándole a la pared que tenía delante, antes de hacer equilibrio sobre un pie y luego el otro para quitarse los pantalones—. Desde luego, es un hombre reservado, pero eso es parte de la idiosincrasia japonesa, esa dignidad natural que gastan, aunque se le notaba realmente impresionado por Taliesin y la belleza de todo lo que hemos reunido aquí. Y a Yoshitake-san también, aunque quien toma las decisiones es Hayashi, eso se ve a la legua. No, no, me extrañaría si no llegásemos a un entendimiento en los próximos días. Una comisión del diez por ciento, por supuesto, y los gastos de viaje y alojamiento en el viejo Imperial para nosotros dos y tres ayudantes, por lo menos. Y también necesitaré un coche y un chófer, para que podamos explorar el campo por nuestra cuenta, y las tiendas, claro...

Miriam no respondió. Se dio la vuelta, se quitó las joyas, las puso en la bandejita y se pasó el cepillo por el pelo con furia. Le temblaban las manos. ¡Qué ceguera, qué estulticia la de ese hombre! ¿Y de veras creía que iba a dejar que la arrastrara hasta el Lejano Oriente para que la tratase de esa manera?

—¿Y qué piensas de Takako-san? ¿A que es encantadora?

Y entonces fue demasiado tarde: había detonado la carga. Se dirigió a Frank desde el otro lado de la habitación, mientras él se ponía el pijama, ajeno a todo, satisfecho, pavoneándose, presumiendo, la encarnación de un Lotario. Y sin pensárselo dos veces, se abalanzó sobre él con ambas manos extendidas y este se tambaleó hacia atrás y fue a dar contra la pared, con la camisa del pijama enrollada en la cabeza. Se dio un porrazo fuerte y dejó escapar un grito de pismo, al tiempo que intentaba bajarse el cuello de la camisa por la cabeza y Miriam volvía a empujarle y le tiraba al suelo. Era tal su perplejidad, le había pillado tan de sopetón, que se quedó allí sin más, mirándola de hito en hito, sin enfadarse aún ni defenderse, como la víctima de una catástrofe natural, un terremoto o una avalancha.

—Pero ¿qué...? —balbuceó—. ¿Qué es lo que...?

—Tu pequeña Cio-Cio-san —gritó Miriam, que estaba sobre él con los puños apretados. Tenía ganas de pegarle puntapiés como a un perro—. Tu putita. ¿Para eso quieres ir allí, para ver a tus putas? ¿Eh, Wrieto-san?

—¡Miriam, maldita sea tu estampa! —Se puso en pie como pudo y se tiró de los pliegues del camisón como si este fuese un cilicio.

Miriam se apartó: ¿iba a pegarle? Pues que le pegase, no le importaba. Por la mañana le enseñaría a sus queridos orientales los cardenales, los luciría como heridas de guerra.

—¡No, yo maldigo tu estampa! Pero dime, dime, Frank, ¿es verdad lo que dicen los marineros? Porque tú tienes que saberlo, tú eres el que dejó a su primera esposa

para irse de putas, con todas esas geishas dentudas que apestan a pescado, y si te crees que pienso aguantar que...

—No sabes lo que dices.

—¡Dime —chilló, sin importarle si la oían hasta en Yokohama—, ¿es verdad o no, que tienen la rajita del revés^[121]?!

A la luz del día empezó a ver las cosas con más claridad, y serenidad. Se había pasado de la raya, era consciente, pero estaba muy cabreada y no había podido contenerse. Así y todo, Frank no se lo había tomado tan mal —no se había comportado bien y lo sabía— y la había cogido entre sus brazos y la había arrullado hasta que se le había pasado la mala sangre y la había llevado a la cama. Y le hizo el amor como ningún hombre se lo había hecho antes, ni siquiera René en su mejor época. Se quedó rendida y durmió de corrido toda la noche, sin necesidad de jeringa; sus sueños fueron fluidos y ricos, con la cama ondulándose bajo ella como un camarote en alta mar, y si no había podido ser el *SS Paris*, entonces sería el *Empress of China*, y si los paletos de Wisconsin la trataban como a una leprosa, en Tokio sería la señora de Wrieto-san, la intrépida y radiante esposa del gran hombre. Se maravillarían a su paso, por su estilo, por su garbo y sus maneras parisinas, y tal vez retomarían la escultura, quizá montase un estudio allí, donde los materiales eran más baratos que el agua, y tendría *culis* —¿no era así como llamaban allí a los criados?—, para que se ocuparan de todo lo tedioso por nada, por un yen, por unos trozos de papel. Lo mejor, sin duda, era que podría escapar por fin de la estrechez de miras de Chicago y de la estéril vida rural.

Edo, el viejo Edo... Se pasó en la cama toda la mañana, hasta mucho después del desayuno, y se quedó mirando los grabados de la pared hasta que sintió que podía entrar en ellos, trepar a las profundidades de colores profusos y vivir allí aovillada en una madeja de pura felicidad. ¿Y qué era todo aquello —los biombos, los jarrones y todas las cosas de Frank— sino una preparación para el viaje de su vida?

Esa noche, en la cena, se pasó pegada a Frank toda la comida y llevó las riendas de la conversación, o al menos la mayor parte, y si Frank podía hechizar a Hayashi-san, también ella era capaz. Para cuando pasaron al salón y se sentaron en torno a la chimenea, el japonés no se apartaba de ella. Se la estaba comiendo con los ojos, tan oscuros que eran casi negros, los paseaba por sus labios, sus ojos, su lengua, sus orejas, el cuello, y reconoció esa mirada, la misma que le habían dedicado tantas veces en cientos de noches en los salones parisinos. Mientras, la pequeña esposa pasó el rato en una esquina como una marioneta a la que le hubiesen cortado los hilos, y Frank pontificó ante el arquitecto y los estudiantes, que no paraban de asentir; y apenas miró a la mujer, no se atrevió. La madre, con su cabeza basculante coronada de blanco, sirvió el té en persona. En la vitrola sonaba un disco y del altavoz surgía el sonido de las cuerdas en palpitantes ondas de calor que parecían flotar en la estancia

como si la orquesta estuviera allí mismo. Hayashi-san la miraba a los ojos. Todas las cosas bonitas de la habitación resplandecían a la luz de la lumbre. Se echó el chal por los hombros, se recostó en la silla y se permitió relajarse. Iba a ir a Tokio; o mejor aún: ya estaba de camino.

Capítulo 8

Deru kui wa utareru

Frank no era precisamente un lobo de mar, y era el primero en admitirlo. Podían meterle en un bote, una canoa o incluso un velero por las procelosas aguas del lago Mendota y era capaz de aguantar el tipo. Pero el continuo balanceo de mar abierto le dejaba sin fuerzas. Y, por supuesto, partir a finales de año^[122], unos diez meses después de la visita de Hayashi-san a Taliesin, solo complicó más las cosas. Al día siguiente de zarpar de Seattle, el barco se vio embestido por una tormenta que descendió desde el golfo de Alaska convirtiendo la cubierta en una pista de hockey y la litera —de la que era incapaz de salir salvo en los intervalos en que la proa se alzaba— en una alfombra mágica que flotaba por un mareante momento para al cabo hundirse bruscamente como si le hubiesen arrebatado de golpe la magia; y así una y otra vez: flotar y hundirse, y arriba y abajo, y arriba y abajo de nuevo. No conseguía conservar nada en el estómago, ni el agua, y cuando por fin lograba dormirse, el pánico y un caos de *titanics* y *lusitanias* plagaba sus sueños, despertándolo sin falta, con la sensación de estar bajando las cataratas del Niágara en un barril.

Miriam, en cambio, era una alhaja: la mar gruesa le afectaba tanto como a un arponero, se metía tres contundentes comidas al día entre pecho y espalda y caminaba por cubierta para hacer ejercicio y relajarse luego en el salón de primera clase; y todo esto sin dejar de instarle para que se tomase una cucharada de caldo, té chino o brandy (solo como digestivo, claro), de sentarse durante largos ratos a su lado en su agonía y de leerle en voz alta las páginas saltarinas de un libro cinético. Le bañaba, le ponía compresas frías en la frente, le masajeara los músculos vaciados... Se comportó como nunca, de lo más dulce y maternal, por mucho que nada hubiese despertado en Frank el más mínimo deseo o impulso aparte de la idea del muelle de Yokohama bajo sus pies. Le había ocurrido exactamente lo mismo la primera vez que fue a Japón con Kitty^[123], así como cuando cruzó el Atlántico con Mamah. Era marinero de agua dulce y nunca cambiaría. Ojalá existiese un servicio de ferrocarriles transcontinentales, pensaba en la miseria de su litera, e imaginaba un puente que cruzase el mar de Bering, o tal vez un túnel tan profundo que llegase al núcleo de la Tierra. O ¿qué pasaba con esos otros Wright y su aeroplano? O un dirigible, ¿por qué no un dirigible?

En las dos semanas que duró la travesía hubo treguas en las que pudo sentarse a la mesa de dibujo y revisar al menos los planos preliminares, aunque le resultaba impensable coger un lápiz, desde luego no con aquel rebotar infernal e interminable. Aun así, tuvo la oportunidad de repensarlo todo desde el principio y, en particular, el

principal escollo, el de construir teniendo en cuenta la fuerza destructiva de los terremotos que asolaban regularmente el archipiélago japonés, una empresa a años luz de lo que significaba edificar una casa sólida en Chicago o en Oak Park. Lo había hablado una y otra vez con su hijo John y con Paul Mueller, quienes también se habían embarcado junto a sus mujeres para ayudar a establecer una oficina en Japón, así como con Antonin Raymond, el arquitecto checo con el que había congeniado tan bien, y su idea era reflotar el edificio sobre toda una ristra de pilares^[124] y confiar la sujeción a vigas voladizas: una imagen parecida a una bandeja llena sobre el eje regulable de la mano de un camarero. Los japoneses querían un hotel nuevo y espectacular para sustituir el anticuado Imperial que les habían diseñado los alemanes en el siglo anterior, una estructura que habría de simbolizar el ascenso de Japón a la primera fila de las naciones modernas, y él iba a dárselo: un edificio que sería el orgullo de todo Japón y que se erguiría con pundonor durante cien años o más, incluso aunque a su alrededor la ciudad quedase reducida a polvo^[125].

Hayashi-san en persona fue a recibirles al puerto acompañado de un séquito de quince personas, entre ellas, varios dignatarios, miembros de la junta del Hotel Imperial, arquitectos japoneses, representantes de la prensa y un nutrido grupo de exultantes estudiantes que parecían a punto de caer fulminados por la conmoción de ver una cara blanca, posiblemente la primera de sus vidas. Una banda empezó a tocar, entre una fanfarria de trompetas y el sonido errático de un tambor. Procedieron a intercambiar reverencias, regalos... A pesar del frescor remanente del mar, el sol caía sobre la cara del arquitecto con un calor poco natural, y pronto se vio sudando bajo el capote que se había echado sobre los hombros. Con Miriam a su vera, recorrió la fila de bienvenida murmurando «*Ohayo-gozaïmasu*» y postrándose ante uno y otro, al tiempo que experimentaba una oleada de confianza y entusiasmo como no había conocido otra. Se sentía libre, libre de escándalos, de los berrinches y de las rabetas de su madre y de sus tías, del esfuerzo por mantener a flote Taliesin y su profesión. Cuando se inclinó ante la última persona, un anciano de pelo blanco vestido de samurái, le llegó una vivaracha ráfaga de Japón en la brisa proveniente de la bahía de Yokohama: una inenarrable amalgama de angula hervida, incienso y humanidad, y supo que por fin estaba en casa.

Siguió una retahíla de cenas (que por lo general superaban los doce platos), téns formales y encuentros ceremoniales con al menos la mitad de la población de Tokio —o eso parecía—, una acogida tan elaborada y extensa que en esos primeros días embriagadores apenas tuvo tiempo de pensar en el hotel y en el esfuerzo sobrehumano que supondría materializarlo en tres dimensiones. Tras trasladarles de Yokohama a Tokio en un veloz y flamante sedán Mitsubishi con la bandera ondeante del sol naciente, les instalaron en una suite del viejo Imperial, una monstruosidad de tres plantas en pleno centro, construida en madera, ladrillo y escayola, con un exterior neorrenacentista y unos pasillos cavernosos y húmedos en el estilo recargado y hortera del Segundo Imperio. Era un dechado de molduras mohosas que carecía de

todo asomo de gusto, aunque por lo menos sus habitaciones daban a la explanada de delante y les llegaban el aire fresco y la luz del sol. Su primera tarea consistiría en sentirse cómodo, porque, tal y como le explicó a Hayashi-san, lo mejor que pudo en ausencia de un intérprete de confianza, le resultaba imposible trabajar en medio del caos, y como hacía siempre allá donde iba, sin importar lo provisional que fuese su residencia, se apresuró a transformar las habitaciones en un espacio elegante y fluido. Al poco tiempo había comprado un gran piano (condición sine qua non para todo hogar, así como una chimenea encendida), media docena de esterillas a juego y unos cuantos biombos y cortinas, aparte de peinar todas las tiendas de comerciantes de grabados^[126]. Pese a la barrera idiomática —«*Domo sumisasen, ukiyo-e arimasuka?*» («Disculpe, ¿tiene grabados *ukiyo-e*?»), le preguntaba a todo aquel que conocía —, era como un niño en una tienda de caramelos. Había llegado al nacimiento del río, y durante las primeras semanas el hotel quedó relegado a un segundo plano en su cabeza.

Aunque no del todo: se trataba del encargo de su vida. Y en cuanto se hubo instalado, en cuanto hizo la ronda de las tiendas de grabados tres o cuatro veces y hubo establecido una oficina in situ para que sus ayudantes trabajaran en los planos, tanta cena y tanto té empezaron a crisparle.

Una de esas noches se vio en otra casa de té recostado contra la pared de un tatami impecable mientras una geisha revoloteaba de aquí para allá y su anfitrión — uno de los omnipresentes banqueros— hacía largos discursos, imbuidos de sake, sobre cuestiones de las que no entendía nada. Se incorporó un poco, se acercó a la mesa baja de palisandro y fingió prestar atención al tiempo que se debatía por ignorar un dolor acuciante en las rodillas y en la base de la columna. Miriam, en cambio, vestida con un quimono y con un pañuelo turco de brocado a modo de turbante, se mantenía a su lado con la espalda perfectamente curvada y las piernas plegadas con gran delicadeza por debajo de los muslos, sin dejar de asentir y sonreír de oreja a oreja, como si no solo entendiera sino que reverenciara cada dosis de sabiduría con que Tanaka-san les aleccionaba. Iban por el décimosexto o el decimoséptimo plato, había perdido la cuenta, un bocado de jengibre marinado, alga y pescado crudo tras otro, como si el chef se hubiese pasado la mañana entera rastrillando la playa y los rompeolas y estuviese dispuesto a presentarles cada especie de la bahía de Yokohama sobre un platito de cerámica, con su chorro de salsa soja de rigor. Quería un filete, y volver al hotel, coger el transportador y la regla métrica, darse un baño caliente y tomarse un tazón de sidra en lugar de aquel té verde aguado, quería extraer piedra y echar cemento y ¡por el amor de Dios, ponerse manos a la obra! Se preguntó si se le notaría el aburrimiento en la cara, si se sentirían ofendidos. Estaba en otra parte.

Y entonces, como por arte de magia, una voz empezó a hablarle en un tono y en un acento tan impecables que pensó que había vuelto a Wisconsin. Al otro lado de la mesa, sentado junto a Yoshitake-san, había un joven que no debía de haber cumplido los treinta y que hasta ese momento —durante los elaborados saludos, el recital

previo de *shamisen*, los brindis con sake y los primeros dieciséis o diecisiete platos—había estado callado. Llevaba bigote, al igual que Hayashi-san, así como una perilla puntiaguda.

—Wrieto-san, si me permite —le dijo, e hizo una reverencia aún sentado—, y señora de Wrieto-san —segunda reverencia—. Me llamo Endo Arata y, aunque antes nos han presentado en la confusión de la antesala, hasta ahora no he tenido oportunidad de hablar con ustedes.

Perplejo, Frank se limitó a sonreír y asentir antes de hacer su propia versión de una reverencia sentada y murmurar:

—Es todo un placer.

A la cabecera de la mesa, Tanaka-san había hecho una pausa y había entrelazado las manos pacientemente ante él. El joven le dijo algo en su idioma y este (un hombre con cara de pan de unos cincuenta años que se las ingeniaba para parecer estar tragándose perpetuamente un pececillo de colores, incluso mientras hablaba), gruñó un «*hai*».

—Si me lo permiten —dijo Endo-san volviéndose hacia él con otra reverencia—, puedo hacerles de intérprete, pues poseo ciertos rudimentos de su idioma. Lo que Tanaka-san ha querido decir (y por favor no se ofendan porque su única intención es regalarles un aforismo, uno de nuestros reverenciados proverbios antiguos) es: «*Deru kui wa utareru*» —nueva mirada a Tanaka-san—. Y con esto no se refiere en concreto a usted, sino al estilo arquitectónico occidental en líneas generales, y a cómo entiende él la manera que tienen los *gaijin*, los extranjeros, de hacer negocios.

A su lado, Miriam habló en su tono de voz más rico:

—Qué detalle, Endo-san. ¿Y qué quiere decir?

—¿Literalmente? —El joven miró una vez más a Tanaka-san y luego de nuevo a la mujer—. A grandes rasgos significa: «El clavo que sobresale siempre acaba viendo el martillo».

Miriam, con su acento más descaradamente sureño, la *belle* en todo su esplendor, respondió:

—Ah, entonces, ¿debo asumir que se trata de un refrán de arquitectos?

Frank se puso tenso, en guardia. Algo no iba bien, se había perdido algo en la traducción, un aviso, una advertencia. Miró a Tanaka-san, que estaba con la tacita de sake en la mano, con el pececillo todavía atragantado, y asintió con gravedad antes de volverse hacia el joven.

—En realidad no —respondió Endo-san con una nueva reverencia, mientras intentaba responder con diplomacia a la pregunta—. Es más bien una... expresión general. Verán, Tanaka-san —mirada, inclinación— hablaba de la manera de cooperar de los japoneses, en la que el equipo siempre está por encima del individuo y las decisiones se toman en grupo. A su entender —y en ese punto Tanaka-san subrayó lo dicho con un estallido gutural en japonés—, algunos occidentales son lo que llamamos «hombres-orquesta», es decir, gente que actúa por iniciativa propia sin

tener en cuenta al grupo en su conjunto. Pero, por supuesto, usted no es de esos, Wrieto-san, ruego me disculpe.

¿Adónde querían llegar? Dejó la cara inexpresiva mientras intentaba dilucidar el sentido. ¿Acaso no comprendían que el Imperial era suyo y solo suyo? ¿Que le habían designado a él por su genio, porque le sacaba una cabeza y media al resto de arquitectos del mundo, y que no permitiría interferencia alguna? Miró a ambos hombres y a Yoshitake-san, mientras Miriam intentaba rellenar el silencio con su lírica voz, asegurándoles a todos que Frank y ella estaban encantadísimos de asistir a aquella maravillosa reunión; y les agradeció su amabilidad, y su generosidad, y esa cocina tan exquisita y tremendamente deliciosa. Hizo una pausa, con un trocito de huevas rosas en una paleta, y dejó que su sonrisa iluminase la mesa de una punta a otra.

—O lo que es lo mismo, Wrieto-san, que, con su permiso, me ofrezco para ayudarle en cada paso del camino —el joven hizo una pausa en un esfuerzo por encontrar su propia sonrisa—. Tanto en calidad de intérprete como de humilde asesor^[127].

Mientras Frank no dejaba de refunfuñar en el coche de vuelta al hotel —«¡Dios Santo!, pero ¿qué se han creído?, ¿que han contratado a un lacayo para cumplir sus órdenes? Si quieren un criado, ¿por qué no cogen a uno de sus arquitectos para diseñar el puñetero edificio, a Yoshitake, o a Endo?, ¿o por qué no al hombre ese del sombrero de paja y de la *yukata* sucia, que tiene pinta de necesitar trabajo?»—, Miriam, en cambio, iba flotando en una nube de serenidad. Era la señora de Frank Wright a los ojos de un país entero, con el respeto y los honores que se merecía, invitada de honor en los círculos japoneses más excelsos y entre la alta sociedad de los *emigrés*. Y si todavía no era la señora Wright en su propio país era porque la cabezota de la mujer de Frank no le concedía el divorcio, pero ya lo haría, ya, tiempo al tiempo. Y el hotel, aunque algo lúgubre, proporcionaba un servicio de primera, y tenían coche y chófer propios y un par de sirvientes que se encargaban de sus necesidades. Cierto era que las calles estaban recubiertas de tierra batida (barro cuando llovía), y eso le llamaba poderosamente la atención, y que era igual de raro ver un automóvil que una estrella fugaz, y la comida —los tallarines, el *miso*, el pescado cocinado de mil formas tres veces al día—, estaba a años luz de sus expectativas (y ¡qué no daría por un embutido o un bistró!). Pero el clima era pasable y la compañía, todo un avance con respecto a Chicago.

Iba pensando en eso —en la invitación para la noche siguiente de unos condes polacos, los Lubienski, que tenían una casita encantadora y unos amigos igual de encantadores, como la princesa rusa Cheremisinov o el conde Ablomov y esposa, una mujer muy guapa, aunque con un estilo algo recargado, y ¿de verdad llevaba polisón? — cuando el coche se detuvo a las puertas del hotel y Frank salió disparado con su

impaciencia habitual, apenas capaz de esperar a que ella se colocase bien el vestido para llevarla del brazo, como si quisiera arrastrarla camino arriba.

La noche estaba despejada y hacía fresco. En el aire pendía el acre olor del humo que generaban los braseros con los que los japoneses se calentaban los pies —con las paredes de papel y sin calefacción central, y, para más inri, sin chimeneas, por supuesto, porque de lo contrario tendrían incendios a diario, todas las casas estaban más frías que un iglú—, así como, en toda su gloria, el incisivo hedor del pescado; por doquier, farolillos de papel rojo flotaban en la brisa ligera, las luces del hotel, las estrellas en el cielo. Mientras subían el repecho, no pudo evitar fijarse en la acumulación de literas por la calle, cincuenta o más, con sus porteadores a ambos lados. Debía de estar celebrándose algo en el salón de baile: la alta sociedad japonesa reunida para una velada en la ciudad, bailando al son de una orquesta sobre una tarima, como en cualquier otra parte del mundo, como en París, Nueva York, Memphis... La idea la cautivó, y en el acto se desembarazó del brazo de Frank para pararse un momento a asimilar todo aquel exotismo.

Le llegó entonces el sonido de la música, un extraño tintineo por encima de una corriente ondulante que parecía tirar de la melodía en dirección totalmente opuesta, hacia las profundidades de un hondo mar agitado, pero aun así hermoso, y tan perfecto e inesperado... Se sentía lánguida y libre —con todos los ojos puestos en ella, todos los hombres volviéndose para mirarla—, y comprendió entonces que le encantaban aquel país, aquel momento y aquella gente. Podría quedarse para siempre allí mismo, en el suave balanceo de la noche japonesa.

—¿Miriam? ¿Qué haces? Venga, vamos.

Frank se había adelantado cinco pasos y se había vuelto para mirarla con gesto exasperado. Era un impaciente, siempre andaba con prisas para moverse, hacer y deshacer; toda aquella ronda interminable de compromisos sociales estaban atacándole los nervios, tantas sonrisas forzadas, su torpeza con el idioma, el rosario de brindis con aquel vino de arroz que detestaba y que fingía tomar.

—¿Acaso tenemos prisa? ¿Estamos en una competición deportiva o algo parecido? ¿Es que no puedo pararme ni un minuto a tomar el aire? ¿Te morirías si lo hiciese?

La cara se le encendió en toda su complejidad: el ceño inquisitivo, con las arrugas surgiéndole desde el nacimiento del pelo y marcándose otras más profundas en la frente y en las patas de gallo. No, nunca se sentaría para que le hiciese un busto. Lo comprendió entonces, pero no le importó porque estaba ocupada con otras cosas, ayudándole, guiándole por los escollos de la ordinarietà y la falta de sensibilidad hasta los puertos más seguros de la educación, de la elegancia y de los modales. Porque ella adivinaba lo que había detrás de las reverencias y las inclinaciones hasta el suelo, de toda esa cándida solicitud y de las miradas de cordero: aquella gente se ofendía con cualquier cosa y no había otra forma de verlo. Se lo comerían vivo si pudieran, pero ella no iba a permitirlo.

—Miriam, por favor, que tengo que trabajar.

—Quiero fumarme un cigarro.

Dos parejas pasaron a su lado, los hombres descaradamente embobados ante la visión de Miriam y las mujeres trotando al compás de sus zuecos lacados, un movimiento que les marcaba las caderas de forma exagerada (más que andar, oscilaban, todos sus gestos eran un reclamo sexual).

—¿No puedes fumártelo dentro? La gente nos está mirando. Venga, quiero irme —insistió con una voz cada vez más sombría.

—Pero si no te gusta que fume en las habitaciones.

Frank dejó escapar un suspiro y alargó la mano para cogerla del brazo, pero Miriam se zafó y le dijo, mirando su cara, como sonrojada por el rojo suave de los faroles:

—Si fueras un caballero, te ofrecerías a encendérmelo. Y te quedarías aquí a mi lado la noche entera, si yo quisiera.

Estaba jugando con él, recreándose. Se tomó su tiempo para sacar la pitillera y tendérsela para que él se la ofreciese. Cuando se inclinó para encendérselo, el arquitecto murmuró su nombre dos veces, con resignación. Muy gradualmente, poco a poco, en momentos como aquel o antes en la casa de té, cuando le había ayudado a sortear todos los puntos escabrosos, o en casa de la princesa Cheremisinov, al enseñarle a comportarse en sociedad, a besar la mano de una dama y murmurar un «*enchanté*» o un «*je suis desolé de partir*», estaba domándole.

El viento se desató, meció los farolillos e hizo repiquetear las ramas desnudas de los árboles. Se tomó su tiempo, apuró el cigarro todo lo que pudo y, cuando por fin se sintió satisfecha y preparada, le dijo:

—Voy a coger frío, Frank, entremos. Y por cierto, quiero que mañana te pongas tu traje azul marino para ir a casa de los Lubienski, olvídate de tu modelito de ejecutivo oriental. Entre gente refinada no se estila.

En esa primera ocasión se quedaron tres meses y medio y regresaron a mediados de abril, justo cuando el tiempo empezaba a suavizarse y los cerezos estaban en flor. En las últimas semanas no se había sentido del todo bien, la atenazaba un extraño desorden intestinal —por la dieta seguramente, tanta anguila, erizo de mar y todo eso — y, pese a haber consultado en un par de ocasiones a médicos de boca cerrada y mirada perdida, había sido incapaz de obtener ayuda alguna o despertar siquiera en ellos la más rudimentaria aprehensión, de modo que había tenido que racionarse la morfina. La travesía de vuelta, sin embargo, le sirvió de bálsamo: la cocina occidental le asentó el estómago y ¿quién habría pensado que algo tan simple como una tortilla pudiera ser tan reparador? Y a eso se sumaron los vinos, por supuesto, y la carne, que cogió con verdaderas ganas, no pudo evitarlo: filetes miñón Lili, salteado de pollo à *la lyonnaise*, anadón asado, pichón, solomillo de ternera y, para que no decayese,

paté, genuino paté de *foie gras* untado en rodajas de *baguette* auténtica acompañado de un estupendo *gelée de vin* y regado con un rico Sauternes.

Por supuesto Frank se pasó la travesía entera con la cara verde, el pobre... No le sentaba bien viajar, la verdad, sobre todo cuando había marejada. Le cuidó lo mejor que pudo, pero en el barco había vida, toda una sociedad que ayudó a que esos días húmedos y coronados de gris se le pasasen más rápidamente, y dedicó gran parte de su tiempo a pasear y a disfrutar, y ¿por qué no? Ya se había dedicado a él en Tokio, había renunciado a ejercer su propio arte para ayudarle en todo, a elegir desde los diseños de las telas que se usarían en el hotel hasta la vajilla y la cubertería (nada de palillos, de ningún modo, porque querían ceñirse al estilo del Viejo Continente), además de hacer que estuviese siempre pendiente de los detalles en presencia de Hayashi-san, del barón Ookura y del resto. La señora de Wrieto-san había cumplido con su deber.

Y al poco estaban en Los Ángeles, donde Frank montó una nueva oficina con otro de sus hijos, Lloyd, tras haber dejado a John en Tokio para que supervisase el terreno mientras lo preparaban todo para poner la primera piedra el año siguiente. Frank había aceptado otro encargo para construir una especie de fortaleza azteca en lo alto de una colina, para una heredera con cara de pan y aspiraciones teatrales^[128], y mientras la mujer mantuviese las manos apartadas de él, por Miriam todo estaría bien. En Los Ángeles había palmeras, playas enormes, y lo mejor era que el marido de Leora se había jubilado de la bolsa de Chicago y estaban a punto de adquirir una vivienda en Santa Mónica. Desde luego, los apuros de Frank, que siempre andaba al borde del abismo, tanto económica como profesionalmente, requerían toda una serie de idas y venidas entre Los Ángeles, Chicago y Taliesin (y Oak Park, donde el banco amenazaba con ejecutar la hipoteca sobre la casa de su mujer, por lo que estaba vendiendo como loco sus preciosos grabados para recaudar dinero). Intentó asimilarlo con calma, por mucho que le afectara los nervios —empezaba a pensar que echaban más horas en el tren que un maletero negro—, pero su médico la examinó, la reconfortó y le recetó justo el emoliente que necesitaba. Entonces, sin embargo, cuando empezaba a asentarse, de vuelta a Japón, al pescado crudo y a las geishas remilgadas, a las inclinaciones hasta el suelo y al único trato de cortesía que había aceptado o adoptado en su vida, el de «señora de Wrieto-san».

En algún punto de todo aquel trasiego —y al echar la vista atrás, nunca tenía muy claro en qué viaje fue^[129]—, Frank cayó gravemente enfermo. Era primavera, hasta ahí recordaba, porque estaban en el campo con el barón Ookura, la princesa y algunos de los otros (y siempre que le venía a la memoria el nombre de Olga Krinska sentía un oscuro pellizco de odio y de celos) contemplando los cerezos en flor, que en esa época estaban en el colmo de su belleza. Para los japoneses, un pueblo minúsculo y peculiar, tan en sintonía con la naturaleza y con el cambio de las estaciones —bien podían haber sido sátiros y ninfas del bosque—, el florecimiento de los *sakuras* era uno de los momentos álgidos del año, y todo el mundo, desde el más mugriento

arrabalero hasta el propio emperador, intentaba celebrarlo. Cuando el barón propuso festejar la contemplación de los cerezos en su casa de campo, Frank —que había estado trabajando como un mulo entre el estrépito, el ruido y el polvo, mientras su ejército de albañiles martilleaba la singular roca volcánica que había insistido en usar para la superestructura del hotel— decidió tomarse un receso. «¿Qué te parecería una excursión al campo?», así se lo había planteado Frank. «¿Por qué no?», había respondido Miriam, pues, a pesar de la buena compañía, Tokio era una ciudad fea, achaparrada y superpoblada, y sus olores y sonidos estaban empezando a pesarle, sobre todo en esa época, en que había que dejar abiertas las ventanas para no asfixiarse de calor. Una escapada al campo se le antojó el plan perfecto.

Ese primer día el cielo estaba radiante y los cerezos espectaculares, ora en formación, como filas de nubes rosas que suavizaban el horizonte hasta donde le alcanzaba la vista, ora campando a sus anchas sobre alguna colina cincelada, donde parecían concentrar la luz, destacando cual llamas sobre los apagados grises y verdes del paisaje, como bajo un foco. Hicieron un picnic para la ocasión, con las cestas y el champán que les proporcionó el barón; unos pintaban o leían tendidos al sol sobre esterillas, mientras otros charlaban en los tonos suaves y recursivos del goce perfecto: en resumidas cuentas, todo era de lo más bucólico. Y estaba divirtiéndose, pese a la presencia de madame Krinska, la polaca solterona que los Lubienski se empeñaban en llevar con ellos con la descarada intención de separar a Miriam de Frank, como si ella fuese a permitir que eso pasara; ni siquiera por un minuto... El champán estaba en su punto, los emparedados de pan blanco eran de mantequilla y pepino (no de arroz y pescado crudo) y los sirvientes se mostraban de lo más solícitos. Estaba charlando con el barón sobre el amor que compartían por todo lo galo y reflexionaba en voz alta sobre lo mucho que aquellas flores le recordaban la primavera en París, sobre todo los oasis urbanos de las Tullerías, del Jardin des Plantes o de los Jardines de Luxemburgo (y lo tenía bajo su hechizo, tanto o más que a Hayashi-san en su momento, inclinado sobre sus rodillas, los ojos negros clavados en ella para no perderse ni una sílaba), cuando de pronto Frank, que no había dicho una palabra en los últimos cinco minutos, dejó escapar un grito ahogado como si de golpe le hubiesen extraído el aire de los pulmones.

Le tenía sentado a su lado, o más bien detrás, en un corro que incluía a los Lubienski y a la condesa Ablomov, y cuando se volvió en redondo, alarmada, comprendió al instante que estaba en apuros: parecía arrugado, desinflado, con la piel blanca y sin sangre y las piernas dobladas contra el pecho como un niño. Volvió a boquear, pero antes de que Miriam tuviese tiempo de acercarse o tan siquiera pudiera decir su nombre, Frank se retorció de costado, cogiéndose el abdomen con ambas manos y apretando la cara contra el césped al borde de la esterilla. Lo primero que pensó fue que estaba dándole un infarto o algo parecido —hacía solo una semana que Leora le había escrito profusamente sobre los problemas cardiacos de su marido—, y mientras iba a gatas hasta él, sintió ya el duelo, el futuro cerniéndose sobre ella como

una gran nube negra que fuese a tragársela, y le sobrevoló la idea de que se convertiría en la viuda de nadie, porque era la esposa de nadie. Le atrajo hacia sí, con lágrimas en los ojos, mientras él intentaba apartarla ofreciendo poca resistencia.

—Frank, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes?

Pero este no hacía más que contraer los ojos, lanzar las piernas al aire y retorcerse por la hierba; intentaba decir algo pero Miriam no entendía nada.

Los demás se habían levantado y habían formado un corro a su alrededor, en una constelación de caras aprensivas, pero nadie parecía saber qué hacer. Alguien comentó que era apendicitis, a lo que otra persona repuso que en tal caso habría que operarle; pero ¿no estaban adelantándose a los acontecimientos? ¿Por qué nadie llamaba a un médico? Fue entonces cuando la Krinska —delgada, joven, con el pelo color mantequilla, una especie de traje deportivo y una raqueta de bádminton todavía en la mano— apareció en escena y se abrió paso entre el corro para arrodillarse al lado del arquitecto.

—Agua, necesita agua. Hielo. Con esto —dijo, y se incorporó para introducir un pañuelo en el cubo de hielo y ponérselo a Frank en la frente—. A ver qué tal. ¿Mejor así?

Miriam sintió que el champán se le subía a la cabeza. Allí estaba ella, de rodillas en el césped de la finca de un barón, en los montes colindantes a la llanura de Kanto, y con esa polaca arrodillada a su lado como si estuvieran orando sobre un cadáver, el de Frank, y fue la sensación más rara del mundo. El miedo se apoderó de ella, la aversión y el terror: iba a morir, estaba convencida.

—Tengo que... —jadeó Frank, y Miriam vio entonces lo débil, lo empequeñecido y mortificado que estaba—, quiero, si alguien pudiera ayudarme...

—¿El qué, Frank? —se oyó gritar a sí misma—. ¿Qué necesitas?

La Krinska le palpó detrás de las orejas con los dedos y luego le abrió bien los párpados para examinarle el blanco de los ojos. Cuando por fin levantó la cabeza, pasó la mirada por Miriam y luego se concentró en las caras que les rodeaban.

—Me temo que padece lo que todos contraemos aquí en Japón antes o después, los no asiáticos, me refiero —miró de reojo al barón, que estaba gritándole a un criado que fuera a por un médico—. Lo que necesita, y cuanto antes, es un poco de intimidad. —La joven le apretó el pañuelo contra la frente y volvió a mirarle—. Y un cuarto de baño.

Por aquel entonces, la disentería estaba bastante extendida en el Lejano Oriente, donde las primitivas prácticas higiénicas fomentaban su avance, y el archipiélago japonés no era ninguna excepción. Frank podía cantar todo lo que quisiera las alabanzas de la pulcritud del país y sus gentes, del ritual para lavarse las manos, de la limpieza de los baños públicos, de la sencillez y la pureza de los tatamis y de los ropajes que llevaban, pero había algo que era innegable: no sabían lo que era una

cañería y nunca habían oído hablar de la cadena del váter. Por mucho encanto rústico que tuviesen los aseos de las tabernas y de las casas particulares —con sus biombos de bambú, sus helechos, la alfarería y las flores—, a la hora de la verdad había que agacharse sobre un hoyo en el suelo, igual que un paleta de los montes de Tennessee. Miriam podía considerarse afortunada por no haber contraído aquella plaga.

El barón mandó llamar al médico local, que en cuanto llegó, y tras tamborilear, auscultar y escrutar el interior de las orejas y de la nariz de Frank, confirmó el diagnóstico de la Krinska. Después pasó casi dos días seguidos durmiendo, mientras Miriam le velaba en un continuo estado de agotamiento nervioso y los demás se dedicaban a dar caminatas por el monte, observar a los campesinos en los arrozales, practicar juegos de salón y contemplar el cimbreo de los cerezos en flor en la brisa. Al cabo, volvieron a Tokio —con el chófer deteniéndose cada poco tiempo para que el pobre Frank pudiera aliviarse— y visitaron al médico más prestigioso del país, quien, tras repetir el mismo procedimiento que el anterior doctor, le recetó una dieta muy estricta a base tan solo de agua y de bolas de arroz.

Miriam, que no daba crédito, se llevó aparte al médico y le dijo:

—¿Eso es todo lo que piensa hacer? ¿Darle bolas de arroz? ¿Es que no ve que tiene fiebre?

El hombre, que era alto para ser japonés y tenía el pincel negro por perilla que todos lucían, hablaba un inglés mínimo. Estaban en la puerta del dormitorio, rodeados de los objetos que Frank había recolectado.

—*Hai* —respondió con una inclinación—. Bola de arroz.

—Pero si está delirando y empapado en sudor. Ha... ha estado gritando en plena noche, desvariando...

Le vino entonces la imagen de su hijo Thomas cuando padeció la gripe de pequeño, de los palillos que tenía por piernas bajo las sábanas sudadas, el pelo pegado a la frente, los labios rajados y reseca. En aquellos días creyó que iba a morir y la idea la paralizó de tal modo que no pudo ni cuidarle ni atenderle, ni siquiera lograba pasar por delante de su puerta sin venirse abajo.

El médico miró a Hayashi-san, que se había retirado al otro lado de la estancia después de haber intentado sin mucho éxito hacer de intérprete, y acto seguido entrelazó las manos por delante e hizo una reverencia.

—Disentería —dijo el médico—. Muy grave.

—Pero ¿no va a darle nada? ¿Ningún tratamiento, ningún medicamento? Sabe lo que son los medicamentos, ¿verdad? —Exasperada, se dirigió a Hayashi-san—. Dígale «medicina»... ¿cómo se dice «medicina»?

Hayashi-san volvió a hacer una reverencia y le dijo algo en japonés al médico, que respondió con otra inclinación y repitió:

—Bola de arroz. Solo bola de arroz.

Debía de haber pasado un mes o algo más de tiempo cuando un día, al volver de una batida de compras, sintiéndose más japonesa que nunca tras haber regateado con

varios comerciantes por un biombo con brocados, una estatua de *bodhisatva* Guanyin a la que Frank le había echado el ojo, y una bonita mesa tallada de palisandro, se lo encontró incorporado en la cama, con cara de sentirse satisfecho consigo mismo. En las últimas semanas había ido mejorando gradualmente y había pasado de las bolas de arroz al caldo, al té y, por último, a los tallarines con tropezones de pescado y verduras; eso sí, había estado muy susceptible por la frustración de estar postrado y no había parado de maldecir al capataz, al criado, a la dieta y al retraso en la obra que estaba provocando su enfermedad y, por supuesto, todo ello sin dejar de tomarla con Miriam a las primeras de cambio. Ese día, sin embargo, se lo encontró incorporado contra el cabecero, con la cama llena de libros y papeles, y silbando una de sus tonadillas de *music hall*.

—Se te ve más alegre —le dijo mientras se quitaba el chal y lo colocaba en el respaldo de una silla.

Frank no respondió y siguió silbando.

—He conseguido una mesita preciosa... —Se contuvo para no contarle lo del *bodhisatva*, a sabiendas de que le montaría un numerito y la criticaría porque tenía unas taras mínimas y por haber pagado más de la cuenta, sin importar lo que le hubiera costado—. Y un biombo que he pensado que era... ¿A qué huelo? ¿Es perfume?

El silbido se paró en seco.

Al lado de Frank había una bandeja con un servicio de té con dos tazas, galletas inglesas y *mochi*.

—Oye, pero ¿qué pasa?, ¿no me has esperado para el té?

Frank esbozó una sonrisa y la quitó con la misma rapidez. Se fijó en que estaba todo re peinado y llevaba puesto su mejor quimono y una de las almidonadas camisas de cuello rígido. Y corbata...

—Ah, sí —dijo como si acabase de caer—, se ha pasado Olga a ver cómo estaba, y hemos...

—¿Olga^[130]?!

En ese momento la puerta del baño se abrió y madame Krinska —la Krinska, «Olga»— apareció con una toalla en la mano.

—Anda, Miriam, no sabía que habías vuelto —le dijo como si tal cosa—. Me alegro de verte. —Y siguió avanzando por el cuarto como si fuese su pocilga polaca y se agachó sobre Frank para ponerle la compresa húmeda en la frente, igual que aquel otro día en el campo—. ¿No es una maravilla lo bien que está? —comentó, todavía inclinada y mirando hacia atrás, con su delicada mano y sus uñas de manicura contra la frente de Frank, que parecía un Pomerania saciado de hígado picado.

Miriam no daba crédito, estaba boquiabierta. Era tal la osadía de aquella mujer —y la de Frank, el embaucador, el mentiroso, el muy pendenciero...— que se había quedado sin palabras.

—Así, así... —le arrulló la Krinska, con su pelo amarillo surgiéndole de la

cabeza como un bulbo sobrenatural, una especie de injerto animal en la cabeza, sobre el engrudo amarillo de sus cejas polacas—. ¿Te sientes mejor?

En su habitación, en el cajón donde tenía la jeringa, justo al lado, Miriam guardaba también una pistola. Era un artilugio pequeño y reluciente, de solo dos balas, que había comprado al poco tiempo de llegar a Albuquerque, un día que estaba deprimida —aunque no sabía muy bien por qué lo había hecho: no albergaba inclinaciones suicidas, nada más lejos de su intención, ningún hombre podía hundirla hasta esos niveles ni lo merecía, ni siquiera el gran y magnífico Frank Lloyd Wright —, pero tenerla cerca, en el bolso o en el cajón del escritorio, le daba cierta sensación de seguridad, de poder en la recámara. Nunca la había disparado, ni tan siquiera se le había pasado por la cabeza... hasta ese momento.

—Miriam —la llamó Frank con voz de perrillo, voz de mascota falsa e infantil—, acompáñanos. El té todavía está caliente.

Pero ya había ido hacia la puerta y cruzaba el pasillo que la separaba de su cuarto y del cajón. Estaba tremendamente serena. Metió la llave en la cerradura y tiró del cajón para revelar la jeringa y la pistola, sin que la mano le temblase ni por un instante, como solía pasarle cuando estaba enfadada y necesitaba su dosis para relajarse. La pistola —«revólver» la llamaban, y en París había conocido a mujeres que las llevaban en el bolso como si fuese lo más normal del mundo— estaba fría al tacto, como si el reluciente revestimiento de níquel acabase de ser extraído de la tierra. La empuñó y volvió por el pasillo hasta la habitación de Frank, todo tranquilo en su sitio, los grabados, las alfombras, las estatuas, y la Krinska allí, sirviendo el té con el pulgar en la tapa de la tetera.

A Frank le llevó un momento verla, pero, en cuanto la encuadró con la mirada, se le retrajeron los ojos de golpe.

—Miriam, ¿qué... qué haces...?

—Matarla, Frank —le dijo, y apuntó entonces el arma, con el dedo en el gatillo en miniatura, y una repentina ola de emoción subiéndole a borbotones y haciendo que perdiese toda su templanza, al tiempo que subía y subía la voz hasta convertirla en un chillido—. ¡Y a ti!, ¡a ti también te mato! ¡Os mataré a los dos! Y a mí, ¡a mí también!

Por supuesto, no mató a nadie, y mucho menos a sí misma. Pero lo habría hecho —lo sabía, lo juraba— si la mosquita muerta polaca no hubiese salido escopeteada del cuarto y Frank no se hubiese levantado de la cama y hubiese forcejeado con ella para quitarle el arma. Pero, en cualquier caso, todo había acabado. Él era un animal, un malhechor. No la quería y nunca la había querido, dijera lo que dijese. Y antes incluso de enterarse de que la madre iba camino de Tokio —la vieja dragona en persona— para cuidarle durante su convalecencia, como si ella no fuese capaz, y como si no estuviera ya repuesto y no hubiese dejado atrás las bolas de arroz y todo

eso, se mudó. Le estampó la puerta en la cara, se fue con dos maletas —y no, no pensaba derramar una sola lágrima por él— y cogió un tren de vuelta a los montes, a los cerezos marchitos y a cualquier fonda que la acogiese. Estaba en Japón, y viviría allí igual que lo había hecho en Albuquerque, libre de él, en el exilio, una sola cara blanca entre todos aquellos rostros amarillos.

Capítulo 9

El eje del bien

Llovía con fuerza mientras, precedida por el maletero que le llevaba el equipaje, recorría el camino que separaba la estación de la achaparrada fonda de madera sobre la colina. Tenía los zapatos hechos una pena porque a esas alturas la calle, llena de barro y baches, parecía más bien un arroyo, todo alrededor goteando y crepitando con la lluvia, aunque en realidad no le importaba: por ella, como si los echaba a la caldera. Pensaba emprender el retorno a lo esencial, desecharía las cosas mundanas y viviría dentro de sí misma. Y al infierno con Frank. Se concentró en las espaldas del maletero, cuyos músculos iban contrayéndose y basculando por el peso de las maletas, al tiempo que el agua le caía a chorros por el sombrero de paja, como si fuera un embudo del revés, y la cuesta se empinaba cada vez más. Fue colocando un pie delante de otro para evitar los charcos más profundos con la mente puesta en una cama y en una bañera caliente. No había nada ni nadie por las calles, solo lluvia.

Subió el único peldaño que había antes de la entrada, enrolló el paraguas y se sentó en el borde de un banco de bambú para ponerse las pantuflas que encontró allí, ordenadas en fila a tal efecto. Oía a carbón y a *o-cha*, el té acre y avinagrado que los japoneses parecían beber a toneles, y disfrutó de un momento de paz antes de que una anciana en quimono y dos doncellas salieran a recibirla entre reverencias; las delgadas sonrisas que esbozaron de poco les sirvieron en su intento por disimular el espanto al encontrarse ante una mujer blanca, una *gaijin* empapada y sola que la lluvia había arrastrado hasta su umbral. No hablaban inglés, y nadie de la aldea, como no tardaría en descubrir, pero aunque hubiese sido sordomuda habría conseguido lo que quería. Se valió de una especie de pantomima para complementar su puñado de frases inconexas —«*Dozo, heya arimasu-ka, nemuri, yoku*^[131]?»—, le enseñó a la anciana un fajo de yenes doblados y, al cabo de un par de minutos, se vio descalza en un diminuto cuarto espartano, secándose el pelo con una toalla mientras las criadas le servían el té.

Por supuesto, estaba hundida, la escena en la suite del hotel se le repetía una y otra vez en la cabeza como una película en bucle, pero logró calmar los ánimos entre la jeringa, el vino de arroz que tomó en la cena —un *kaiseki* de doce platos, impecablemente preparado: ¿volvía a apreciar la gastronomía japonesa o era el hambre que tenía?— y el sonido de la lluvia, que dejó que se le filtrara a través de los sentidos. En cuanto la criada hubo despejado la mesa, se fue a su cubículo de bambú junto al baño y se frotó toda la piel, registrando el proceso en un espejo de cuerpo entero, pasándose lentamente las manos por los pechos, entre las piernas, por el coxis,

incluso levantando un pie y luego otro para restregar el trapo por las plantas y entre los dedos, con la languidez y el tino de un limpiabotas: cuando salió por la puerta y pisó las losetas de la bañera, se sintió más pura y regia que la mismísima emperatriz.

Por el agua humeante sobresalían las cabezas y las espaldas huesudas de dos ancianos y lo que parecía una mujer. Había flores y helechos, farolillos de papel. Se estremeció preguntándose si haría tanto frío en el Hotel Imperial como allí sobre aquellas losetas invernales, y luego se metió en el agua, donde los ancianos y la mujer se apresuraron a apartar la mirada, y se sintió en el cielo. Lo siguiente que supo fue que se había quedado sola, que la luz de los farolillos había perdido fuerza y que la criada estaba allí, con su quimono, murmurándole algo en un japonés que le sonó tan hermoso como el susurro de los cerezos en flor al son de la brisa, y acto seguido estaba en la habitación, en el futón, bajo las mantas, con la lluvia pasando miles de dedos sobre el tejado.

Así estuvo varios días seguidos, sin ver a nadie salvo a la criada y a los usuarios perplejos y mudos de los baños. Y sí, desde luego que la miraban, de soslayo, la seguían con los ojos cuando pasaba desnuda por las losetas; pero que la viesan, que la viesan como Dios la trajo al mundo: no tenía nada que esconder. El baño era un milagro. Pasaba varias horas en remojo, soñando, hasta sentir el cuerpo tan flojo que parecía que la piel se le hubiese desprendido del hueso. Lloraba sin cesar, noche y día, siempre con la jeringa a mano. Comía arroz frito, arroz hervido, arroz con salmón y huevas de bacalao, tallarines *udon*, brochetas de tofu, y lo regaba con té negro y sake, y hasta una botella de un escocés bastante rico que le consiguió la muchacha. Y ¿había alguna farmacia en el pueblo? La había. Mandó a la criada con el tubo vacío del sulfato de morfina y esta volvió con el tubo lleno.

Entre tanto, cuando lograba reunir energías y ganas, se sentaba a la mesita baja de caoba de su cuarto y le escribía cartas a Frank en el fino y rugoso papel de arroz que la chica le había dejado encima del *tansu* del vestidor. Eran misivas rabiosas, cartas en las que volcó toda la amargura y el odio del pasado, y de ese presente —¿la Krinska?, ¿cómo había podido?—, aunque al mismo tiempo estaban cargadas de sentimiento y se elevaban con las alas de la poesía para iluminar el reivindicativo poder de su amor y del vínculo sagrado que compartían y que nada, ni todos los actos pérfidos, venales o de sucio y descarado flirteo por su parte, podría romper. Las cartas la dejaban exhausta, rendida. La lluvia seguía cayendo. Y la muchacha —guapa, perfecta, una extensión reverenciante y en quimono de su ser— le llevaba las cartas a la estafeta de correos y se las enviaba.

No tuvo que pasar una semana para tener respuesta de Frank. Se encontró la carta al salir del cuarto sobre la mesita de caoba, junto a un cuenco para lavarse las manos y un único lirio en la boca estrecha y blanca de un jarrón de porcelana. Lo primero que notó fue el cuidado con el que había preparado el sobre —había utilizado pincel

en vez de pluma, y sus *kanjis* eran tan impecables y elegantes como los de un maestro budista o un monje sintoísta—, y eso le llegó al alma. Se lo imaginó sentado a la mesa de dibujo con su mejor pincel y una mirada de suma concentración en el rostro al hundir la punta en el hueco de la piedra de tinta, poniendo todo su genio en la tarea para crear algo hermoso. Para ella. Incluso antes de leer la carta, los nueve folios de disculpas, de ruegos y arrepentimientos (él era el único culpable, un impostor ruin, egoísta y descerebrado, que veía lo que quería y lo cogía, sin importarle un comino las consecuencias, y ¿podría algún día perdonarle? Porque la Krinska no era nada para él y solo la había besado, lo juraba), su corazón regresó con él. La leyó una segunda vez y una tercera, y cada nervio y cada fibra del cuerpo se le erizaron ante la gran estima que sentía por la nobleza de aquel hombre, por su gracia, su belleza, su verdad y su sabiduría, y sin más le respondió, y lo que escribió fue tan intenso y tan verdadero que bien podía haberse abierto una vena y haberle escrito con sangre.

Pero no pensaba volver con él, jamás. O al menos no hasta que la hiciese su igual, no hasta el día que se desprendiese del yugo de su anterior compromiso —de su Chichi, su Kitty o comoquiera que se llamase—, y le jurase fidelidad ante Dios y los hombres, para que ninguna Krinska ni ninguna Takako-san volvieran a amenazarla. Así de claro se lo dejó: no le quedaba más remedio si quería conservar el juicio.

La réplica —con más disculpas, ruegos y arrepentimientos— llegó a vuelta de correo, y en cuanto la leyó entrechocó las manos por la alegría y mandó a la muchacha a por pluma, papel y sake para responderle en el acto. Al cabo de una hora, su carta iba hacia Frank y al día siguiente le llegaba otra de él, misivas que se solapaban ya, que se alcanzaban y se anticipaban entre sí, hasta el punto de que en el curso de los dos meses siguientes lograron mantener la conversación viva a través del lento pero fiable correo japonés; evaluaron con sus plumas hasta el último detalle de su relación, de su amor, de su estima y de sus quejas mutuas: sus ronquidos, sus hábitos alimenticios, la manía que tenía de olerse los calcetines cuando se los quitaba, lo mandón y lo tosco que era a veces, así como las faltas de Miriam, que por supuesto eran minucias comparadas con las de él; al mismo tiempo, lograban desviarse por momentos de la plenitud de esa conversación e intercalar relatos amigables sobre las actividades diarias que cada uno hacía por separado.

La vida de Frank era un torbellino de actividad, por supuesto. Estaba en la obra día y noche, batallando sobre todos los detalles y los sobrecostes con Hayashi-san y con el barón, luchando con la permeabilidad de la piedra *oya* que habían traído desde las afueras de la ciudad (había posibilidades de que se calase de por vida, pero su belleza no tenía parangón) y atendiendo las necesidades de su madre. Sí, allí estaba... todavía. Había atravesado las llanuras lisas como tablas, sorteado las montañas occidentales, soportado las dos semanas por mar y corrido al lado de su hijo (oficialmente) convaleciente, y todo para acabar padeciendo la misma dolencia que él. Aquello era una comedia bufa, ni más ni menos, y Miriam, depurada en el crisol del baño e imbuida de la calma total que le daba la jeringa, reía a carcajada limpia

solo de imaginarse a la anciana señora —y ¿qué edad tendría ya, ochenta, ochenta y cinco años?—, con su porte desgarbado, sobresaliendo por encima de los japoneses como un monstruo de feria, y en esos momentos tendida en un futón demasiado corto, alimentándose de bolas de arroz y agua hasta desear, seguramente, haberse quedado en Wisconsin, que era donde tenía que estar^[132].

¿Y ella? Le hablaba del sonido de la lluvia, de la belleza esmeralda de los sotos de bambú que se apiñaban en la ladera de la colina como filas de personas calladas a la espera de algo que nunca vendría, así como de los extraños pajarillos que los visitaban; o de sus rituales diarios, de lo que leía y escribía, del bálsamo que eran los baños, de los monjes de cabeza afeitada del templo, con sus dragones pintados y sus hermosas *torii*, y de que parecían poder tocar los espíritus apuntando con el dedo de la mente cuando cantaban todos a coro y dejaban que el incienso chamuscado se expandiera en nubes púrpuras. Estaba en paz, eso era lo que le contaba, aunque jamás le mencionó la jeringa, la farmacia ni la solícita muchacha que habría dado la vida por ella de habérselo pedido. Lo único que quería, le escribía, era que la tomase entre sus brazos, ni más ni menos; eso completaría su mundo. Pero ni se hacía ilusiones ni pensaba volver.

Dos meses, una brecha en el calendario, minutos lentos, horas más lentas aún.

Cada día era la réplica del anterior, pero no se aburría. La imperturbable tranquilidad de los santos había echado raíces en ella y vivía como si flotara libre por la Tierra en una especie de aeroplano o dirigible, o no, con las alas que le habían crecido. Así y todo, estaba la impenetrabilidad del idioma, su naturaleza ruda y brusca, nada parecido al sedoso juego del francés. Y el pescado, el eterno pescado, con esos mismos ojos opacos mirándola en el sinfín de los días, sus rodajas de carne sangrantes como heridas, las colas, los morros, las agallas. Y el barro, y la lluvia... Dos meses. Estaba lista para un cambio.

De modo que cuando, una noche después del baño, las suaves y sibilantes pisadas de la muchacha pasaron por las tablas de madera de la entrada seguidas por un paso más pesado —de hombre—, se incorporó y se puso alerta. Y cuando el *shoji* se deslizó con un breve clic y le vio en el umbral sonriendo de oreja a oreja, ya se había puesto en pie y atravesaba el tatami con las manos en alto llevada por su propio deseo de atraerle hacia ella.

—Miriam —dijo Frank, y ella se dejó caer en sus brazos, la sangre corriéndole con tal violencia que temió desmayarse sobre él, mientras la muchacha se escabullía como la sombra de un pájaro.

Pero ¡ay, su olor! ¡Sus labios rozándole la garganta!

—Frank —gimió—. Oh, Frank, Frank, Frank...

Pasaron juntos otros cinco días más en la aldea. Miriam le mostró los senderos de la colina, el templo, las tiendas..., le fue señalando los pajaritos amarillos y el

viejecillo del estanco que se había recortado una perfecta porción de tarta en su sombrero cónico para poder ver el cielo. Frank encontró una auténtica gruta del tesoro, repleta de grabados, en una tienda perdida que ni los marchantes de Tokio parecían conocer; regateó por una docena de ejemplares raros y encumbró directamente al panteón de sus favoritos al menos uno de ellos: un Shunsho muy colorido que databa de 1777 y que representaba al actor Ichikawa Danjuro V vestido con un quimono rojo. Cuando el dinero cambió de manos, a punto estuvo de pegar un brinco y ponerse a dar volteretas por la habitación, pero Miriam le contuvo para que guardase la compostura delante del marchante, de sus hijos y de toda la gente que había salido a mirarles mientras paseaban del brazo por las calles.

Se bañaron juntos y, enfundados en sus *kosodes*, contemplaron cómo se hundía el sol tras los montes. Comieron, rieron y removieron el futón sobre el tatami como si fuera la rechinante cama con dosel de la pensión más vieja de Wisconsin bajo el peso de una pareja de recién casados. Y cuando se fueron y regresaron juntos a Tokio, Miriam tenía una promesa reluciente a la que aferrarse, más inusitada y hermosa que cualquier grabado del mundo: después de tantos años Kitty por fin había cedido y ellos podrían casarse.

En cuanto fuese posible.

Tres años después, mientras se abanicaba a la sombra del aguacate del jardín trasero de la pequeña mansión de corte español de Leora en Santa Mónica, todavía estaba esperando. Frank no había faltado a su palabra, no podía culparle (o sí, sí que podía, porque le había dado largas, con todos los retrasos y evasivas imaginables, hasta creer que moriría sin desposar, como la ramera engañada y repudiada de un drama moralizante). Al menos ya era libre, en eso había cumplido; le habían concedido el divorcio en noviembre y lo único que quedaba ya era que pasase el periodo de prueba de doce meses para que Frank pudiera casarse de nuevo, y en ese sentido el reloj también corría a su favor: dentro de tan solo dos meses y medio sería la señora de Frank Lloyd Wright.

—¿Qué te vas a poner? Para la boda, me refiero... —Leora desprendió la ceniza del cigarro contra el borde de la urna que Miriam le había traído de Japón y, a continuación, apartó la mirada, como si estuvieran hablando del largo del césped o del color de las cortinas de la casa de invitados. Tenía el bañador puesto, un traje azul de lana con una faldita blanca con volantitos, el pelo mojado recogido en una toalla y las piernas extendidas con los pies flexionados para admirar sus uñas recién pintadas —. ¿No tendrás todavía...?

Miriam soltó una carcajada.

—No, por el amor de Dios, no. De eso hace tanto... No era más que una chiquilla, una cría —sonrió al recordarlo—. No, mi idea es una pequeña ceremonia íntima, nada convencional, algo más espiritual..., a medianoche tal vez.

—¿A medianoche? Desde luego eso sí que es poco convencional. La gente se va a creer que...

—Es que es eso... que no nos importa lo que piense la gente. Y tampoco quiero a nadie de la prensa. Ya sabes la lata que nos han dado los periódicos.

Leora no tenía nada que replicar al respecto. Volvió a colocar las piernas sobre las tablillas de la tumbona y cogió la copa de encima de la mesa. El viento, una especie de siroco californiano más seco que el polvo, persiguió por la terraza a una bandada de acorazonadas hojas de aguacate hasta acorralarlas en la piscina. Su amiga dejó escapar un suspiro y comentó:

—Al menos no tendrás que preocuparte por la madre.

A Miriam se le apareció la cara de la vieja dragona —«Ni se te ocurra llamarme por mi nombre de pila: para ti soy la señora Wright, que no se te olvide nunca»—, como un trozo de madera cabeceando en las aguas marrones del río Wolf.

—Sí, y doy gracias a Dios por la parte que le toca.

Por supuesto, una vez ganada la guerra, podía bromear al respecto, pese a que nunca había sido irrespetuosa con los muertos. Pero durante un tiempo no había tenido nada de gracioso. Si bien Taliesin siempre la había puesto a prueba, cuando regresaron de Japón para establecerse allí de forma definitiva^[133] y Frank insistió en arrastrarla por todo Estados Unidos para convertirse en un gran terrateniente rural, se encontró con la madre allí atrincherada, dueña y señora indiscutible de la casa, y sin intención de ceder ni un milímetro. En cuanto entraron por la puerta, la anciana señora empezó a criticarla, que si su acento, su afectación, su forma de vestir, y a contradecirla en todo lo que decía, solo por pura maldad. Que ella comentaba que quería abrir las ventanas para que entrase un poco de aire, allá que iba la vieja dragona a prácticamente tapiarlas con clavos. Que hacía alguna apreciación sobre el menú —porque ¿acaso no sabían lo que era una ensalada?—, la vieja ordenaba a la cocinera que hirviese la lechuga. Que le pedía a Frank que la llevase a Chicago, o tan siquiera a un restaurante de Spring Green para esperar a que se calmaran las aguas, de repente a la anciana le entraba la gripe o le molestaba la ciática, y si no estaba allí su hijo para menear el rabo, se haría un ovillo y se moriría. Era como si nunca se hubiesen ido: habían vuelto a 1916.

Y Miriam no pensaba tolerarlo, y así se lo dijo a Frank, alto y claro. Aunque esa vez no tenía intención de quedarse en la cama como un perro apaleado, de eso nada, ya se había cansado. Le ordenó a Billy Weston que la llevase en coche a Spring Green, donde tomaría una habitación en un hotel hasta que Frank le respondiese a la pregunta que le había planteado —«¿Quién va a ser: ella o yo?»—, y se dedicó a tirar la casa por la ventana, porque hacer que se rascara el bolsillo parecía ser la única razón a la que atendía. Niño de mamá, cantamañanas... Y antes de irse, con el coche en la puerta y el motor en marcha, mientras Frank se retorció las manos en su estudio o en el establo o dondequiera que estuviese, se plantó en el cuarto de la anciana señora para decirle cuatro cosas.

Era media tarde y hacía más calor que en el porche del diablo en el Hades. Cogió a la madre desprevenida, en plena siesta en un sillón junto a la cama. Había moscas por las ventanas y olía a alcanfor, a unguento. La mesita de noche estaba atestada de frascos de medicinas y encima de la cómoda tenía apoyados los dos grabados que Frank le había llevado de regalo. La cabeza de la anciana pegó un respingo.

—Sal de aquí —aulló la mujer con la voz atorada en la garganta.

Miriam prescindió de los preámbulos, porque había llegado la hora: por fin se libraría la batalla.

—Sabe usted que está destrozando la última oportunidad de su hijo de ser feliz, ¿verdad? —le preguntó.

La anciana hizo un movimiento con la palma de la mano, como si estuviera espantando un bicho, e intentó en vano levantarse del sillón.

—No pienso hablar contigo. Eres una fresca, una pelandusca.

—Sí, sí que va a hablar. Porque me voy a casar con Frank lo quiera usted o no.

Una mirada de odio y un tirón en la boca, como si le hubiesen apretado el bozal.

—Por encima de mi cadáver.

Miriam avanzó hacia la mujer, tan llena de odio, de rabia y de frustración que tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ella y sacudirla en el sillón como si fuera un hatillo de trapos. El temblor le recorrió la columna y le cosquilleó en la nuca. Se sintió desfallecer pero resistió, no le quedaba más remedio: tenía que zanjar aquel asunto de una vez por todas.

—Pues que así sea, por encima de su cadáver. Frank y yo estamos prometidos, ¿lo entiende? Prometidos para casarnos, en cuanto arreglen los papeles del divorcio... Y le juro que ese mismo día me convertiré en la señora Wright y seré yo quien dé las órdenes aquí. Y no permitiré que ni usted ni nadie se interponga en mi camino.

La cosa siguió. La vieja se puso a gritar como una pava real, al tiempo que intentaba incorporarse, pero nadie la oía ni podía ayudarla y Miriam la ilustró con la verdad sin ningún tipo de tapujos. Después ocurrió lo del hotel, y Frank yendo y viniendo entre las dos, la mayor crisis de su vida, los días en llamas convertidos en noches sudorosas, y al cabo de un mes Anna se había ido y Miriam tenía Taliesin para ella sola, triunfante al fin^[134].

Y en esos momentos, sentada bajo el aguacate del jardín de Leora mientras Frank supervisaba la construcción de sus urbanizaciones en Pasadena y en Hollywood y el marido de su amiga le pegaba a una pelotita blanca en un campo de golf, se tomó su tiempo para asimilarlo: su archienemiga había fallecido; y no podía hablar mal de los muertos, ni tan siquiera pensar mal. Había quedado atrás, igual que una pesadilla que se disipa a la luz del día.

—Sí —dijo por fin—, se agradece. Y estaba pensando en diseñar mi propio vestido, algo... no sé, artístico, griego... algo sencillito. Pero no de satén, si acaso de crespón de China. Y ni hablar de blanco. Eso es para la primera vez. —Se detuvo y alzó la vista hacia el frondoso dosel de hojas que le daba sombra y danzaba con la

brisa—. En gris pardo, tal vez, o perla. Y mis pieles, por supuesto.

Leora dejó escapar un amago de carcajada y la miró con su típica media sonrisa, la que utilizaba para intimidades, ironías y cosas por el estilo.

—Amén. ¿Fuera, por la noche, en Wisconsin? Tendrá que ser en noviembre como muy tarde...

Miriam se sentía pletórica, en paz consigo misma, con Frank y con el espectro de la madre muerta. Todas las estrellas estaban alineadas a su favor y todo en su sitio. Podía darse el lujo de perder el tiempo elucubrando.

—Sí —le dijo sonriéndole a su vez, y se sintió casi mareada de la alegría que le burbujeaba por dentro—, al fin y al cabo, no es precisamente Palm Beach, ¿no?

Después, tras un almuerzo ligero y un jugueteo infantil en la piscina, y de pedirle al criado chino que les preparase otra ronda de cócteles, habían vuelto cada una a las revistas que llevaban hojeando toda la tarde cuando la verja de entrada se abrió de par en par y apareció el marido de Leora con su equipación de golf, su gorra blanca almidonada y una bolsa de palos al hombro.

—¡Dwight! —le llamó Miriam—. Ven, únete a nosotras... Justo ahora íbamos a tomarnos unos cócteles.

—¡Eso, ven! —le gritó Leora—. El día lo merece, ¿no crees? —Y por alguna razón ambas estallaron en risitas.

Miriam observó al marido de su amiga mientras este apoyaba cuidadosamente los palos contra la cerca y se dirigía hacia ellas por el césped con grandes zancadas tranquilas, los hombros hundiéndosele de esa manera conciliadora propia de los que son muy altos. Siempre le había caído bien Dwight: era una persona sin complicaciones, fiel, blando sin caer en la insulsez, y trataba a su amiga como si fuese la única mujer sobre la faz de la Tierra.

—Pues no te voy a decir que no —contestó resguardándose del sol—. Qué calor ha hecho en el campo, y más con este viento del demonio.

Se quedó un momento allí parado, con los brazos caídos a los lados, sonriéndoles, y si Miriam tuvo la sensación de que le miraba el escote del traje de baño y admiraba sus piernas desnudas, pues bueno, tanto mejor. Era realmente un encanto, y un hombre que sabía apreciar lo bueno.

La conversación siguió por su cuenta, ligera y divertida, las chanzas de tres viejos amigos unidos bajo la sombra de un aguacate en una tarde de finales de verano, con la vista del lejano creciente cobrizo de la bahía de Santa Mónica bajo el sol, mientras el chino les iba llevando cócteles, que exudaban su condensación, sobre una bandeja lacada y Miriam sentía que su buen humor ascendía a un plano superior. Iban por la mitad del segundo cóctel cuando de pronto Dwight se incorporó en el asiento y se dio una palmada en la frente.

—Ostras —exclamó dejando escapar un silbido—, casi se me olvida... ¿Os habéis enterado? Es que me he acordado de ti y de Frank en cuanto lo he oído, porque estuvisteis allí...

—¿Qué ha pasado? —La sonrisa de Leora se extendió hasta que se le pusieron tirantes los labios—. ¿Cómo vamos a enterarnos de nada... —y volvió a soltar una risilla, esta vez más espesa y ronca, por efecto de la ginebra— si llevamos todo el día de la tumbona a la piscina?

—El terremoto. En Tokio. En el club todo el mundo hablaba de lo mismo.

Miriam notó que se le borraba la sonrisa. Frank se había pasado el tiempo que vivieron en Japón obsesionado con los terremotos, y hasta asistieron a uno, en las habitaciones del hotel, que les dio un buen susto por lo inesperado, como si un tren de mercancías hubiese atravesado la puerta y salido por la ventana en menos de un minuto.

—¿Cómo? ¿Ha... ha sido grave? O sea, ¿se sabe si ha habido daños...?

Dwight se volvió hacia ella, justo cuando el viento removía las hojas curtidas y tías por encima de sus cabezas. Los ojos se le perdieron por un momento y luego parpadearon de vuelta a la vida.

—Sí, sí. Están diciendo que ha sido bastante feo. Que se han caído edificios, ha habido incendios... lo típico.

—¿Y el hotel? ¿Han dicho algo del hotel?

Al momento siguiente pegaba un brinco de la silla, con el bañador pegado al cuerpo por la humedad, y salía corriendo descalza por la terraza para llamar a Frank desde la casa. El corazón le latía a cien por hora mientras mojaba la alfombra de Leora en el oscuro silencio del pasillo central y esperaba a que la operadora la pusiera con Taliesin. Estaba imaginándose lo peor, el Imperial en ruinas, la reputación de Frank por los suelos, el barón, los Ablomov y los Cheremisinov convertidos en refugiados, o peor, heridos, muertos, cuando Frank respondió:

—¿Hola? Miriam, ¿eres tú?

No tuvo que preguntarle si se había enterado, se lo notó en la voz.

—Sí —le dijo, y le sobrevino la calma: porque iba a estar a su lado pasara lo que pasase, demostraría lo que valía, le defendería ante el mundo entero—, soy yo. Acabo de enterarme.

Sonó un crujido de estática.

—Están diciendo —Frank hablaba tan bajo que apenas le oía— que ha sido el peor terremoto de la historia de Japón. Y que Tokio se ha llevado la peor parte^[135].

—¿Has sabido algo del hotel?

—No, nada.

Miriam apenas podía respirar. El auricular del teléfono era un peso muerto en su mano, le costó la misma vida mantenerlo pegado a la oreja.

—No me importa —le dijo, y las palabras le vinieron con tal rapidez que apenas pudo pronunciarlas—, porque lo estoy viendo de pie ahora mismo, sin una ventana rota, un monumento conmemorativo a tu persona, a ti, Frank, aunque el resto de la ciudad esté destruida a su alrededor. Y no me importa lo que digan, no...

Estuvieron en el limbo durante veinte interminables días.

Los periódicos rebosaban noticias sobre Japón, grandes titulares que pregonaban el desastre, hasta el último detalle rapiñado de entre los restos por los sabuesos de la prensa, pero nada seguro, no se podía estar seguro de nada hasta que llegase el relato completo de los hechos. Frank estaba tan distraído que era incapaz de permanecer en una silla más de dos minutos seguidos. Iba de un lado a otro sin cesar, perdió el apetito y dejó en barrena el trabajo mientras no paraba de girar el dial de la radio y revolver los periódicos. El momento más cruel de todos tuvo lugar cuando el teléfono les despertó en plena noche solo para que un reportero del *Examiner*, un presuntuoso henchido de *Schadenfreude* graznara por el aparato que el Imperial había quedado asolado y le preguntara a Frank si quería hacer alguna declaración. Miriam surgió desde las marismas del sueño, medio grogui, narcotizada, enterrada en un río de lodo onírico.

—¿Qué? ¿Cómo?

Pero entonces habló Frank desde la penumbra, con la voz rasgada por la indignación, la verdad frente al mundo:

—¿Quién lo dice? ¿Cómo lo sabe usted? ¿Acaso ha ido hasta allí y ha vuelto en su alfombra mágica? No, no: escúcheme usted a mí. Puede que el Teatro Imperial se haya derrumbado, y el Hospital Imperial, la Universidad Imperial y todos los miles de edificios que alardean de su vínculo con el emperador, pero si hay alguna estructura que sigue en pie en ese país asolado, ese es el hotel. ¡Y puede publicarlo si quiere!

Cómo lo quería por eso, por esa fiereza y esa seguridad. Solo había que ponerle contra las cuerdas para que luchara como un león. Esa noche la pasó oyendo cómo le deceleraba la respiración, descendiendo por las capas de la consciencia hasta que se quedó dormido a su lado, su hombre, su prometido, su genio particular, Frank Lloyd Wright, el creador del Hotel Imperial, ¡que perviviese miles de años! Y mientras se adormecía oyó a los obreros cantando desde el otro lado de la espuma y el tumulto de las olas: «¡Wrieto-san, Wrieto-san, *banzai!*».

El telegrama apareció por fin en la noche del 13 de septiembre. Se lo habían reenviado desde la oficina de Spring Green a su piso de Hollywood y les llegó cuando estaban sentándose a cenar. A Frank le temblaron las manos mientras lo abría. Y entonces se puso colorado y lo leyó en voz alta:

Sigue cable recibido hoy de Tokio

Hotel en pie sin daños monumento a su genio cobijo de cientos de sin techo por servicio impecable firmado Ookura Impeho^[136].

Y ahora la prensa sí que podía exprimirle hasta los higadillos. Ahora Frank y ella les abrirían las puertas y posarían del brazo ante los flashes de los fotógrafos y Frank podría sacar pecho, alardear y dar sermones, mientras ella, que ya no vivía en la sombra, podría estar a su lado y hablarle de su genio al mundo entero. Qué orgullosa

estaba de él... Y Frank, radiante y reluciente como una bombilla de cien vatios y con la mejor de sus sonrisas, estaba orgulloso de ella.

Entre una cosa y otra —el tumulto de la prensa y el derroche internacional de asombro, gratitud y congratulaciones que catapultó a Frank tan por delante de sus competidores que se convirtió, de una sola estocada triunfal, en el arquitecto más famoso del mundo, sin que nadie levantara la voz para decir lo contrario—, los dos meses siguientes pasaron con tal rapidez que apenas supo adónde fueron a parar. Besó a Leora en ambas mejillas, a la francesa, con los ojos colmados y el corazón rebosante de luz, y volvió con Frank a Wisconsin para prepararlo todo, sumida en un nuevo temblor de cuerpo y mente. Era una persona nueva, una recién nacida, y se quedaba mirando las largas avenidas de luz por las altas ventanas del salón y sentía que se abría por dentro, que se elevaba más y más hasta convertirse en un penacho brillante que aleteaba en una brisa que nunca volvería a enfriarla. Los árboles perdieron las hojas. El tiempo se amargó y el lago se heló con un hielo tan recio que podría haber soportado el peso de todos los coches y tractores del condado. El cielo nocturno estaba despejado hasta el tejado del universo y las estrellas colgaban de sus vigas en un blanco y frío estallido de felicidad; por ella, por ella y por Frank.

Podrían haberse casado en Los Ángeles o incluso en Chicago (discreta, discretamente, porque si se plegaban o no a la tradición y legitimaban su amor con un anillo y un beso como cualquier fulano y fulana de tal, no era asunto de nadie), pero el simbolismo de Taliesin era irresistible y cuando él se lo propuso, no puso objeción ni vaciló. «Sí —le dijo—, no querría estar en ninguna otra parte», y por una vez lo sentía así. Ahí era donde él tenía el corazón, allí estaban enterradas su madre y la mujer fantasma, Mamah, los espectros con los que había tenido que competir a través de todos aquellos baldíos años a su lado. Era perfecto, no querría que fuese de otra forma. Y si el viento aullaba desde Canadá, los cochinos despedían su hedor habitual y los paletos vegetaban como tontos en sus salitas mientras ella resplandecía con su luz por encima del río helado en la hora bruja de la noche, pues tanto mejor.

Aunque la cuestión ahora eran los zapatos, y el vestido, y las flores. Una cena a medianoche, la tarta. Pero ¿habría tarta acaso?, ¿tenía algún sentido?, ¿quién se la comería? De ser por Frank, habrían cenado unos emparedados de queso con sidra de manzana, pero no, tendrían champán, crepes, caviar, y no pensaba discutir, ni por un minuto. Si Frank pensaba que ella iba a casarse sin un brindis con champán y la apariencia, al menos, de una comida de verdad, se había vuelto loco, había perdido la chaveta, estaba tarumba. Conforme se acercaba el gran día, se esforzó por mantener la calma, aunque le entraban ganas de mandar a paseo a la criada, a la cocinera, a Billy Weston y a todo el que se cruzaba en su camino, y veía que también Frank estaba alterado. Más de una vez oyó su voz enrabiada retumbando por las cavernas de la casa como el presagio de una tormenta lejana, por mucho que delante de ella

procurara disimular, al igual que ella ante de él. Y lo cierto era —y la constatación la conmovió hasta el punto de tener que enjugarse los ojos— que estaban incluso más cariñosos el uno con el otro que en aquella semana gloriosa y erizada que vivieron nada más conocerse, cuando ella era su mujer ideal hecha carne y le hechizaba con todos sus movimientos.

En la noche de bodas se escondió, se bañó, se vistió y se maquilló con un esmero preciso y medido que la llevó por cada paso del camino como si estuviera ensayando su catecismo; y no, no necesitó ayuda ni de la criada ni de la jeringa. Estaba concentrada, serena, completamente enfrascada en el momento. Tenía en los labios el poema que se había propuesto memorizar para él, la mejor traducción que había podido hacer del pergamino que colgaba sobre su tatami de la fonda, en la exuberancia verde de las montañas que dominaban la llanura de Kanto. Estaba escrito por una mujer que había vivido miles de años atrás en la corte del emperador, en una época consagrada a la plenitud de los sentidos, a la belleza, a la poesía, el arte y el amor, y se lo dedicaría allí, en el frío de la noche primitiva, mientras las estrellas rodaban sobre sus cabezas, el juez entonaba las añejas frases y el anillo se deslizaba en su dedo.

Lo recitó en voz alta por última vez, recreándose en las pausas y en la dolorosa y dulce liberación del sentimiento que desprendían los versos.

—«Los recuerdos del amor duradero / se agolpan como la nieve al caer /» — murmuró mientras se miraba en el espejo, hermosa todavía, aún impecable, aún capaz de ascender a la meseta más alta del amor y la gracia abundante, al tiempo que su voz se convertía en un susurro— «conmoveros como los patos mandarines, / que flotan codo con codo en el sueño».

Se mantuvo la mirada en el espejo por un momento, escrutándose por dentro todo lo hondo que se atrevió, y luego fue a casarse con él.

Tercera parte

Mamah

Prólogo a la tercera parte

A Wrieto-san le gustaban los lápices blandos. Con su paternalismo particular —que algunos habrían calificado de tiranía—, vetó los lápices duros en su sala de dibujo, pese a que muchos de los aprendices los preferían por su nitidez y por la autoridad de sus líneas, sobre todo Herbert Mohl. El muchacho era sensible a las críticas, como todos, pero llevaba en Taliesin más que nadie y el resto le respetábamos; hubo una época en que la gente empezó a utilizar lápices 4H para sus dibujos, desafiando así los dictados de Wrieto-san (que en realidad prefería los blandos porque tenían un trazo más fácil de borrar, pues él se pasaba la vida borrando cuando dibujaba, pensaba, revisaba y volvía a dibujar y revisar: «La goma es la herramienta más importante en diseño arquitectónico», solía decir, hasta erigirlo en uno de sus mantras). Una tarde —fría, en la que las ventanas estaban envueltas en un sudario invernal y un cierto letargo de sobremesa arrojaba un humor sombrío sobre la sala de dibujo— salió de repente de su despacho y se paseó entre nosotros, como hacía unas veinte veces al día, y nos apresuramos a ponernos en pie en señal de deferencia.

—Madre de Dios, ¡esto parece una cámara frigorífica! —gritó—. ¿Es que nadie es capaz de mantener vivo el fuego?

Todos miramos hacia la chimenea, donde había una lumbre bastante pasable, tres filas de troncos lamidas por las llamas que subían desde un saludable lecho de ascuas —de hecho no hacía ni cinco minutos que Wes había echado un tronco—, pero, por supuesto, lo único que importaba era la percepción del maestro, no la nuestra. Abandoné solícito mi mesa y me agaché junto al fuego con el atizador en la mano para colocar los troncos y añadir otro cortado por la mitad.

—¡Ajá! —oí a Wrieto-san a mis espaldas mientras me escaldaba la cara y las manos con el obscuro calor—. ¡Lápices duros! Has sido tú, ¿verdad, Herbert? Tú eres el culpable. Y tú, Marian, y Wes... ¡Tú no, Wes, dime que no es verdad!

Hablaba en tono jocoso, desde luego —se captaba el retintín de su voz y se le notaba de un humor espléndido—, pero por debajo había también una acusación de traición. Para cuando me di la vuelta (por cierto, yo solo usaba lápices blandos, tanto por gusto como en honor al maestro), había cogido todos los lápices duros que había visto, yendo de aquí para allá por la habitación como un trasto, o su equivalente galés, y fue a tirarlos al fuego. Después se montó en un taburete y extendió los brazos de par en par.

—¡Acabo de arrancar la victoria de las fauces de la derrota! —declaró (una frase que solía reservar para cuando nos cambiaba algo en los dibujos), y todos reímos con ganas, menos Herbert.

Si les cuento esta historia es para ilustrar hasta qué punto nos tenía atados en

corto Wrieto-san, por mucho que nos rebeláramos en un intento de reafirmar nuestros yoes individuales. Herbert siguió utilizando lápices duros a escondidas, así como yo usaba blandos —y sigo haciéndolo—, pero el caso es que cada vez que poníamos el lápiz sobre el papel, Wrieto-san estaba en nuestros pensamientos. Y, por supuesto, como he señalado anteriormente, no solo nos dictaba cuestiones de arquitectura, sino en realidad sobre todas las cosas, desde nuestra dieta, la ropa que vestíamos y los automóviles que conducíamos hasta con quién decidíamos salir o casarnos.

Tal vez en ese último aspecto sí que contravine sus deseos, pero aún hoy creo que estuvo justificado: no había razón para que me trataran como a un niño, ni a Daisy tampoco. Si nos encontramos en el amor y en el afecto y en unos gustos, unos intereses y una visión de la vida compartidos, no era asunto de nadie; o eso creía yo: hasta que Wrieto-san (y la señora Wright, que tuvo tanta culpa como él) me quitó la idea de la cabeza.

Por supuesto, por mucho que lo hubiese visto venir —desde ese primer día de la llegada de Daisy en que el matrimonio me echó un buen rapapolvo, cada uno por su lado—, cuando estalló la traca final, no estaba preparado; es más (y ¿por qué al evocar este lejano recuerdo tengo que ser tan ridículamente decoroso?), me quedé perplejo, y con el corazón partido y desgarrado por una osadía y por una traición tan descaradas. Con todo, no creo que hubiese ocurrido lo mismo —ni nada parecido—, de no haber coincidido nuestro romance con una época en que el matrimonio estaba hipersensible con el tema de la fuga de Svetlana con Wes.

De todos los aprendices —y todos intentábamos congraciarnos con él, incluso Herbert, que era el mejor delineante—, Wes era sin duda el elegido. Si había que hacer un trabajo, allí estaba él, siempre el primero en anticipar las necesidades, los deseos y los humores del maestro (algo que era toda una hazaña: debíamos estar siempre atentos, de modo que si, por ejemplo, veíamos a Wrieto-san encaminarse hacia el huerto o los establos, teníamos que adelantarnos a sus pensamientos y saber qué era lo que quería). Y cuando Wrieto-san escogía un nombre para algún asunto importante, una consulta o pura compañía, casi siempre era el de Wes. Aunque me duele reconocerlo, el muchacho era como un hijo para él, casi más que los suyos propios, y el cariño que le tenía se le notaba claramente en el lenguaje corporal y en el fugaz resplandor de sus ojos cada vez que Wes entraba en la habitación. Y si me duele reconocerlo es porque yo quería ser ese hijo con toda mi alma; todos queríamos...

En un principio fueron las circunstancias las que unieron a Wes y Svet casi como hermanos, aunque distaban mucho de serlo. El muchacho tenía veintipocos años cuando se presentó en Taliesin como el primer miembro de la Comunidad (si excluimos a Herbert Mohl, quien había empezado como delineante a sueldo y durante los años de escasez de la Depresión había decidido quedarse, sin más salario que el resto), mientras que Svet no había cumplido los dieciséis. La chica había cultivado un gran amor por el campo y participaba muy activamente en la vida de Taliesin,

haciendo sus turnos en los establos, la cocina o los sembrados, como cualquier otro. Pronto aprendió a conducir, tanto el coche como el tractor, y se le daba especialmente bien montar a caballo. Tenía talento para la música y, como he dicho, era guapa; a pesar de ir casi siempre vestida con vaqueros azules, una blusa sencilla y el pelo recogido en dos coletas, lograba tener un aspecto tan cautivador como cualquier mujer sofisticada de Chicago o de Nueva York. Wes se coló por ella, igual que yo por Daisy, y ¿quién podía culparle?

No sé cómo se enteró Wrieto-san. Envuelto como estaba en su nube de genialidad —y no quiero llamarlo solipsismo, preeminencia ni *droit du roi*—, no solía reparar en las necesidades y las emociones del resto. Yo apostaría a que fue la señora Wright, que se pasaba la vida manipulando cada uno de los hilos de su red como una gran araña pintarrajeada, si me perdonan el símil, quien le alertó de lo que estaba pasando delante de sus narices. Fuera como fuese, el caso es que exiliaron a Wes a casa de sus padres en Evansville (Indiana), mientras que a Svetlana la mandaron a Winnetka (Illinois), para encargarse de las tareas domésticas de la familia del concertino de la Orquesta Sinfónica de Chicago a cambio de instrucción musical. Sin embargo, siguieron viéndose en secreto durante un tiempo y se casaron al cabo de dos años, tras lo cual Wrieto-san abrió las compuertas y regresaron a Taliesin. Al poco tiempo Wes, que había heredado tras la muerte de su padre, logró rescatar Taliesin de un nuevo intento de desahucio debido al ya clásico impago de la hipoteca, que siempre estaba aumentando por impuestos y tasas. Demostró ser toda una joya como yerno, pues, además de permitir a Wrieto-san recobrar la estabilidad financiera, empezó a adquirir a precios de saldo una cantidad importante de los acres de alrededor, incluidas las parcelas donde estaban la granja de cerdos de Reider y la taberna del Estirado.

Pero a lo que íbamos, a Daisy, a Daisy y a mí. Aprovechábamos al máximo el poco tiempo que podíamos pasar juntos, tan ansiosos por el roce del cuerpo del otro que nos sumimos en el tipo de conducta sexual temeraria —los ya mencionados devaneos por los campos y en la parte de arriba de Romeo y Julieta, colándonos y escabulléndonos de cuartos y coches en la oscuridad de la noche— que podría habernos puesto también de patitas en la calle, por no hablar del riesgo siempre presente del embarazo, que habría supuesto la intervención de sus padres, cables frenéticos a mi padre en Tokio, y tal vez incluso el arresto y el procesamiento por fornicación, mestizaje y vete tú a saber qué más..., caer en desgracia, sin duda, y la ira de Wrieto-san. Lo único que queríamos era pasar desapercibidos, aunque a la vez estábamos deseosos de compartir nuestro tiempo a solas, lejos de Taliesin y de los Wright, *in loco parentis*. Al final tuvimos nuestra oportunidad. Wrieto-san y la señora Wright se fueron a Chicago una semana por cuestiones de negocios —en pleno verano, un año después de que Svet y Wes se hubiesen ido de Taliesin— y Daisy y yo, después de contar los minutos de una hora emocionante, echamos una maleta en el Bearcat y cogimos la misma carretera hacia la Ciudad del Viento.

Sí, supongo que podríamos haber ido a Milwaukee o a Madison, pero queríamos saborear lo más genuino —música jazz, cocina ecléctica, el gentío—, y no nos lo pensamos dos veces: había que ir a Chicago. Allí nadie nos reconocería, y si manteníamos nuestras demostraciones de afecto en la esfera de lo privado, no había razón para creer que fueran a fijarse en nosotros o que alguien objetara algo a lo que representábamos como pareja. Pensarían que yo era un estudiante extranjero de intercambio (lo que en cierto modo podía ser) y Daisy la hija de la familia que me alojaba (lo que también podía ser), o tal vez una hermanita de la caridad, una intérprete de lenguas orientales o una guía turística con debilidad por los japoneses apuestos y cultos.

—Quiero una cerveza y un whisky en uno de esos garitos donde se liaba a tiros Al Capone —eso fue lo primero que me dijo Daisy nada más registrarnos en un hotel muy modesto, cada uno en una habitación, por mucho que me pusiera malo tener que pagar el doble solo para guardar las apariencias—. Y quiero ver los agujeros en las paredes. Quiero meter este dedito —extendió el índice— por uno de esos huecos de bala, para ver qué se siente.

—Claro, yo también. Puedo ser un gangster y tú... mi muñeca... ¿Quieres ser mi muñeca, muñeca?

Estábamos esperando el ascensor y, como no había nadie, me acerqué y la besé, antes de que se subiera la falda por la pierna para dejar a la vista una liga imaginaria y me respondiera:

—Sì, certo, por supuesto que quiero ser su muñeca, *signore*.

Y es que éramos niños jugando a teatro y me encantaba cómo se le ensanchaban las pupilas y se le entreabrían los labios de expectación. Estábamos en Chicago, éramos libres y teníamos toda la tarde por delante y dos días más de emociones fuertes.

No sé cómo, pero se me ocurrió que al menos debíamos pasar en coche por delante del escenario de la matanza de San Valentín, que estaba en el norte, cerca del Lincoln Park, y para entonces, la verdad, ya me había olvidado de Wrieto-san. En lo más hondo, enterrado en algún trastero de mi conciencia, sabía que andaba en alguna parte de la ciudad, entre la confusión de transeúntes, tranvías, edificios como torres y bulevares listados de sol, y que probablemente estaría parando en el Congress, haciendo una visita sorpresa a la casa Robie o dando un paseo por la Michigan Avenue, pero dejé esa certeza donde la tenía bien sepultada. Nos montamos en el Bearcat rojo cheroqui bajo el cálido dulzor pulverizado de la última hora de la tarde y dejamos que la brisa nos embriagara mientras bregaba entre la marejada de coches y hacía lo que podía por ignorar las bocinas y las miraditas de uno u otro conductor. Íbamos con la capota bajada, claro que sí, era verano en Chicago, y nosotros estábamos en todo el meollo.

Ya he contado antes que conducir no era lo mío, y pese a que había ganado cierta confianza en las carreteras secundarias de Wisconsin, maniobrar por el tráfico

metropolitano era bien distinto. Nos perdimos casi al instante, y no llegamos a encontrar ni el taller de San Valentín, ni un tugurio cualquiera con agujeros de bala en la pared, aunque sí que nos tomamos unas cervezas en un bar-parrilla mugriento y recubierto de pringue como el que más. En la pared detrás de la mesa se veían unas gotas descoloridas de alguna sustancia pegajosa que Daisy, mientras se encendía un pitillo con su perfecto desenfado, afirmó que era sangre, pero que debía ser, más bien, *ketchup* o salsa *marinara*, más a tono con la clientela. Pedimos unos bocadillos, escuchamos la gramola y mantuvimos las manos en su sitio. Sin embargo, cuando íbamos, creo, por nuestra tercera cerveza, uno de los parroquianos del bar, que había estado charlando con sus compadres en un animado italiano, vino hacia nuestra mesa y me acusó de ser chino, cosa que negué rotundamente. No me gustaban ni su cara ni sus ojos. Y la cosa podría haberse puesto fea de no ser por que Daisy me cogió del brazo y me sacó a la calle por la puerta como si yo fuera un pez que hubiese pescado con una caña muy tirante.

En cualquier caso, las cervezas no mejoraron precisamente mi sentido de la orientación —ni mi coordinación con las marchas, el embrague y el volante, las herramientas esenciales del amo de la carretera—, y nos perdimos también en el camino de vuelta. Logré localizar Lake Shore Drive y encontrar una bocacalle hacia el oeste que me resultó vagamente familiar, por mucho que Daisy insistiera en que antes no habíamos pasado por allí. Fue entonces —y no nos peleamos, de veras que no, era que ambos estábamos frustrados por dar vueltas una y otra vez, echar marcha atrás y dar tumbos y sacudidas y, además, nos moríamos de ganas por volver al hotel — cuando vi a Wrieto-san. Estábamos parados en una fila de coches delante de un semáforo, con el ocaso espesando las sombras por los callejones y con los escapes echando bocanadas endiabladas de humo, cuando le vi al cabo de la calle, paseando con sus andares habituales, dando vueltas al bastón y charlando con la señora Wright y con un hombre cargado de hombros, en traje gris, que les seguía como a medio paso. En ese momento Daisy le vio también y dejó escapar una imprecación —o un gemido animal más bien— para, acto seguido, agacharse y meter la cabeza bajo el salpicadero, con los hombros y las rodillas tan juntos que temí que se colara entre las tablas del suelo y se cayera al asfalto.

Yo me quedé más tieso que un palo, como si al permanecer congelado en el tiempo y el espacio pudiera hacerme invisible o al menos pasar desapercibido —se estaba haciendo de noche y había coches y gente por todas partes para cubrirme—, pero ¿cuán desapercibido podía esperar pasar el único japonés de toda la calle? Sobre todo cuando hacía de actor principal en un Stutz Bearcat pintado en el único tono que, sin duda, podría atraer la atención del maestro. No pregunten, porque no me gustaría tener que responder a la cuestión. Fuera como fuese, la película acabó con Wrieto-san y compañía pasando de largo, al parecer sin fijarse en nosotros, hasta que desaparecieron al doblar la esquina.

Nunca tuve el valor de preguntarle si me vio ese día —si nos vio—, ni siquiera

después de la guerra, cuando fui de visita a Taliesin. Cuando volvieron a finales de la semana (y Daisy y yo habíamos trabajado duro en las tareas de la casa, turnándonos con los platos, los cochinos y todas las faenas que les eran asignados por turnos a los aprendices), no dio muestras de haberse percatado. A los pocos días, sin embargo, entró una mañana en la sala de dibujo vestido con su uniforme de gala al completo — la boina, la capa, los pantalones de montar y los zapatos con alzas— y anunció que se iba unos días a inspeccionar una obra en Wichita.

—Wes, y... eh, Tadashi... necesito que vengáis conmigo. Coged un par de cosas, que salimos dentro de cinco minutos.

Cuando regresamos al cabo de cuatro días, Daisy no estaba por ninguna parte.

Al principio no lo entendí. Fui corriendo a su cuarto, deseoso de contarle las nuevas del viaje, pero nadie respondió a la puerta. Al abrirla, asomé la cabeza y vi, con gran conmoción, que estaba vacío. No quedaba nada, ni sus libros ni sus acuarelas, sus cuadros, sus cosméticos, sus zapatos, las revistas o los periódicos... Habían desaparecido hasta las mantas de la cama. Aturdido, me acerqué al armario, donde no quedaba más que un calcetín de lana, hecho una bola al fondo (y sí, lo cogí y me lo llevé a la nariz, desesperado por olerla), y en todo el tiempo no paré de pensar que tenía que haber una explicación sencilla, que la habían cambiado de cuarto, tal vez a Hillside, o a la planta de arriba, que tenía mejores vistas. Pese a todo lo que fumaba y a sus gustos urbanos, a Daisy le encantaban las vistas de Taliesin al extenso valle y, en más de una ocasión me había contado que envidiaba a Gwendolyn porque le había tocado el cuarto encima del suyo, en la segunda planta.

Subí los escalones de dos en dos. Era última hora de la tarde, las ventanas estaban abiertas de par y las mariquitas sobrevolaban ociosas la escalera, mientras la música de un gramófono pasaba un cable pelado por el ambiente (el *Segundo cuarteto de cuerda* de Borodín, cuyos lamentos sonoros nunca puedo escuchar sin acordarme de Daisy, de mi Daisy, y la infinita tristeza de ese día). Gwendolyn estaba desparramada por la cama, sudada todavía por las faenas del campo, y aunque estaba tan alterado que no se me ocurrió ni llamar a la puerta, no pareció sorprenderle en absoluto verme allí, en el umbral.

—Ha sido su padre —me dijo sin molestarse en incorporarse sobre la cama—. Le ha llamado la señora Wright (o eso cuenta todo el mundo) y se ha presentado en un coche de ricachón, un Duesenberg o algo así. Apenas he podido hablar con ella, y menos aún despedirme.

La chica estaba escrutándome la cara como si fuese estudiante de fisionomía humana o estuviera tomándome medidas para un busto de mármol. Nunca le caí muy bien porque ella nunca me cayó bien a mí. Hice amago de hablar pero no me salieron las palabras.

—¿Qué? ¿Es que no te lo ha contado? —preguntó inocentemente.

Esa noche no bajé a cenar y me escapé a lo del Estirado para llamar por teléfono. Me gasté un bolsillo lleno de calderilla antes de poder contactar por fin con ella en la

casa de sus padres en Pittsburgh. Cuando contestó, tenía la voz como muerta y no pude sino pensar que la habían drogado.

—Soy yo. Voy a ir a por ti.

—No —me dijo, muy distante, lejos, muy lejos, más de lo que podía imaginar—. No puedes. Mi padre...

—Que le zurzan a tu padre. —Yo no era ningún deslenguado, pero estaba fuera de mí.

—No va a dejarme..., ni mi madre tampoco. Están amenazando con demandar al señor Wright.

—¿Demandarle? ¿Por qué?, ¿porque nos queremos? —Aparté la vista, con la mirada perdida justo cuando un hombre con mono y un sombrero que parecía una mitra asomaba por la puerta. El sol extendía su yema de huevo por el cristal de la cabina. Hacía tanto calor que me sentí como una vela consumida hasta la mecha—. Tienes veinte años, no pueden detenernos. Nadie puede.

Escuché su respiración al otro lado de la línea.

—Tadashi —dijo por fin—, tú no lo entiendes. No puedo volver a verte. Me van a mandar a Londres a vivir con tío Peter y tía Margaret... Voy a estudiar diseño en la Royal Academy. O al menos esa es la idea.

—¿A Londres? —Me imaginé una escena dickensiana, con Daisy vendiendo fósforos por las calles o acurrucada en una buhardilla. Se me aceleró la mente—. ¿Cuándo? —dije, aunque estaba rogando ya, pidiendo tiempo e intentando calcular la distancia entre Taliesin y Pittsburgh, un lugar donde nunca había estado y del que tan solo tenía una vaga noción geográfica.

—Pasado mañana.

—Pero ¿por qué? —le pregunté, aunque sabía perfectamente la respuesta, igual que la había sabido con mi novia de la facultad, igual que cuando Daisy y yo nos fijamos por primera vez el uno en el otro: los japoneses éramos *personae non gratae* en aquel país, emigrantes amarillos a los que nunca se les permitía obtener la nacionalidad por puro racismo, mientras que suecos, alemanes e incluso italianos y griegos eran bienvenidos—. Es porque no soy blanco, ¿verdad? ¿Es eso?

Se tomó su tiempo para responder, mientras un huracán de chasquidos, rasgueos y silbidos aullaban a través de la línea, y cuando por fin respondió lo hizo con una voz tan baja que apenas la oí:

—Sí —dijo, y como las ondas al tirar un guijarro al mar, reverberó—. Sí. Sí...

Desde luego, todo esto ocurrió hace mucho tiempo y soy consciente de que es marginal respecto a la tarea que tengo entre manos —pintar un retrato de Wrieto-san tan completo como pueda—, y no me gustaría demorarme en lo negativo, en absoluto. Baste añadir que me quedé en Taliesin, al principio a regañadientes (y tal vez podría haber desafiado a Wrieto-san y al padre de Daisy y al resto del mundo,

haber conducido toda la noche hasta Pittsburgh y haberla abrazado con tal fuerza que nadie hubiese podido separarme de ella, aunque me temo, no obstante, que me es ajena semejante efusividad), pero luego, conforme pasaron las semanas, los meses y los años, lo fui encajando con humildad y resignación. Con el tiempo alcancé una comprensión más profunda de lo que significaba realmente ser aprendiz de alguien y del sacrificio que requería estar al servicio de un gran maestro, y sané mis heridas con el analgésico del trabajo.

Precisamente por eso me gustaría relatar una experiencia más alegre de dicho periodo, cuando Wrieto-san me pidió de nuevo que le acompañara en un viaje de negocios. Debía de ser 1937 o 1938 —mi memoria y las notas que conservo de esa época se contradicen en ese punto—, pero de lo que sí estoy seguro es de que fue antes de que el gran abismo de la guerra se interpusiera entre ambos. Resultó que el maestro necesitaba un automóvil nuevo o, para ser más precisos, dos automóviles nuevos. Por aquel entonces íbamos todos los años en comitiva a Taliesin West, un viaje que solía pasar factura a nuestros vehículos y, de cara a la galería, esa era la justificación de nuestra visita al concesionario de Chicago, pero en realidad, como se ha señalado anteriormente, Wrieto-san no se preocupaba tanto por las necesidades como por los caprichos, y él quería el último modelo de Lincoln, el Zephyr, y cuando quería algo siempre —siempre, sin excepción— lo conseguía.

Supongo que me llevó ese día a modo de distracción, como una cara extranjera que pudiera dejar fuera de juego al vendedor, aunque, por supuesto, yo no era consciente: simplemente me sentía honrado y agradecido por estar a su lado, fuera cual fuese mi función. En cualquier caso, atravesó con aire pomposo el umbral del concesionario, arropado por todas sus galas *Beaux Arts*, con la punta de su corbata *lavallière* al viento y el bastón repiqueteando contra las relucientes losas del suelo, mientras yo le iba a la zaga. El vendedor —la viva imagen del Babbitt de Sinclair Lewis: portentoso, radiante y pagado de sí mismo— salió disparado de la oficina y atravesó la estancia como un crucero el mar, con la mano tendida a modo de saludo. Al momento comprendió que Wrieto-san era alguien grande, una fuerza de la naturaleza, un príncipe entre los hombres, aunque dudo que le reconociera de entrada.

—Sí —dijo Wrieto-san estudiando por un momento la mano del hombre antes de tomarla con la suya—, he venido a por este coche.

Utilizó el bastón a modo de puntero. Allí estaba el Zephyr en toda su aerodinámica belleza, con su parrilla cromada, que semejaba la dentadura de un fiero depredador, y esos faldones, que extendían el chasis esculpido y el prodigio alargado y reducido de la cabina. Era una máquina esplendorosa, elegante a la par que salvaje, que escondía bajo el capó el incomparable motor V-12 que partiría la carretera en dos y reduciría a sus competidores a meros puntitos en el retrovisor. Lo vi y lo quise para mí, como le habría pasado a cualquiera. Era la cumbre de la perfección automovilística.

—Bien —dijo el vendedor.

El hombre, frotándose ya las manos y previendo la comisión que iba a embolsarse, se embarcó en un recargado discurso sobre las prestaciones del coche y su fiabilidad, hasta el punto de que Wrieto-san, exasperado ya, tuvo que interrumpirle:

—¿Será posible que no me reconozca usted?

—Ah, pero sí... —el vendedor titubeó—, por supuesto que sí.

Oí mi propia voz, aunque se suponía que debía permanecer callado, y alerta.

—El señor Frank Lloyd Wright —le dije, y tuve que contenerme para no hacer una reverencia de las mías.

El hombre se llevó una mano a la frente.

—Señor Wright —entonó, como si estuviera elevando una oración—, por supuesto, por supuesto. Es un honor, señor, un gran honor. —Y volvió a estrecharle la mano al maestro.

Cuando hubo acabado, cuando dejó de contonearse, sonreír de oreja a oreja, pasarse una mano por el pelo y ponerse bien la corbata, se quedó mirando expectante a Wrieto-san, que me lanzó a su vez una de sus miradas patentadas (a la que los aprendices llamábamos la de «boa constrictor tragándose un ratón») y después se volvió hacia el vendedor.

—Voy a querer dos —declaró—. Y quiero que me los corten por aquí —con un brusco y cortante movimiento del bastón trazó una línea imaginaria desde el parabrisas a la ventanilla trasera—, para poder ponerles techo descapotable —pausa—. Y habrá que pintarlos, claro está, en rojo cheroqui —añadió, volviéndose hacia mí—. Tadashi, ¿tienes ahí la muestra de color?

—Sí, Wrieto-san —respondí, y esa vez sí que hice mi reverencia de rigor cuando le tendí una hoja de papel decorada con el cuadradito rojo.

Y luego, cuando parecía que con eso concluía la transacción, Wrieto-san se dispuso a irse pero se detuvo antes de dar cinco pasos.

—Ah, sí —dijo con la voz más segura que la de un senador en un mitin—, quiero que me los tengan para dentro de un mes. Y no voy a pagarlos. Lo entiende usted, ¿verdad?

Le dimos bastante guerra a ambos coches. Eran tan potentes y robustos —por no hablar de elegantes— como decía su publicidad. Y venían muy bien para viajes largos: cuando íbamos a Taliesin West, o cuando teníamos que visitar clientes y obras a finales de la década de los treinta y principios de los cuarenta, una época en que estuvimos enfrascados en la construcción del Florida Southern College, la Community Church de Kansas City, la casa Sturge de California y un sinfín de proyectos repartidos por doquier. Por supuesto, su rendimiento fue mucho más satisfactorio puesto que Wrieto-san no había pagado un níquel por ellos ni pensaba hacerlo. Tal y como había previsto, la compañía automovilística Lincoln estuvo

encantada de anunciar a bombo y platillo la marca y el modelo que había escogido el mayor arquitecto del mundo.

Esta anécdota, que ilustra tanto el magnetismo como la audacia de Wrieto-san, me lleva al periodo más negro de mi época con él, si exceptuamos el revés de Daisy. Me refiero ahora a acontecimientos que sobrepasaron con mucho lo que tanto los miembros de Taliesin como cualquier otro estadounidense habrían podido imaginar o prever: el bombardeo de Pearl Harbor por parte de mis compatriotas, y las consecuencias que tuvo para mí, un japonés que vivía en los trabados montes de Wisconsin gracias a la ampliación de un visado de estudios. Nada me protegió de las consecuencias, ni tan siquiera el poder y la influencia del propio Wrieto-san. Al echar la vista atrás, dudo que hubiésemos podido actuar de forma distinta.

El año antes del «ataque sorpresa», como a la prensa le gustaba denominarlo, había ido a la comisaría local para registrarme y dejar que me tomaran las huellas dactilares, tal y como requería el artículo 31 de la Ley de Registro de Extranjeros, pero en su momento no le di mayor importancia. Los militaristas de mi país habían estado haciendo sonar sus sables, al igual que sus homólogos en Alemania e Italia, y parecía una precaución razonable por parte del Gobierno estadounidense la idea de atar en corto a los ciudadanos de los países beligerantes, pese a que todavía no se había declarado la guerra. Supongo que todavía siento cierto grado de vergüenza por la postura que tomaron mis compatriotas (por no hablar de la manera salvaje e inhumana con la que les retrató la prensa americana, que, por supuesto, metía a todos los japoneses en el mismo saco de bárbaros, sin reparar en las opiniones o en los logros culturales), pero aun así, la experiencia de registrarme junto a una docena de italianos y alemanes no fue particularmente traumática ni problemática. De hecho, en aquella tarde invernal de casi un año y medio después —el 7 de diciembre— se me había olvidado por completo.

Recuerdo ir a almorzar después de que tocara la campana y encontrarme con el comedor vacío. Desconcertado, asomé la cabeza por la cocina, pero no había nadie, ni siquiera Mabel que era casi como un mueble de la estancia. En la hornilla había un fuego encendido, con un puchero de sopa hirviendo, que caldeaba y aromatizaba toda la estancia. Había café en un cacillo y medio lomo de cerdo cortado en lonchas sobre la encimera, así como varias hogazas de pan enfriándose al lado. Por todas partes, alrededor, había trapos de cocina, mondas de verduras, cucharones, cuchillos y otros tantos utensilios de cocina desperdigados, prueba indiscutible de una actividad reciente. Pero Mabel no estaba, ni tampoco había rastro de los aprendices que hacían turno de *sous-chef* y *plongeur* o de otros compañeros, que a esa hora, cualquier otro día, habrían estado haciendo cola con el plato en la mano. Fui a la ventana para mirar la explanada de fuera (estaba en Hillside, donde por entonces vivíamos y trabajábamos la mayoría de aprendices) y para comprobar si había acaecido alguna catástrofe en el tiempo que me había llevado salir de la sala de dibujo, cruzar la parcela hasta la casa principal para recoger el juego de planos que Wrieto-san me

había pedido y volver.

Fue entonces cuando me llegó el sonido de la radio por el espacio entre los edificios. Era la radio de Herbert, que tenía una Zenith nueva en su cuarto, un receptor muy potente con una calidad de sonido increíble y una antena extendida que él mismo se había fabricado; solíamos reunirnos allí para escuchar los programas nocturnos. En ese momento, sin embargo, era pleno mediodía, la hora de comer, y solo podía sentirme intrigado. Me dirigí hacia el ruido como si estuviese en trance. El sonido fue a más y de pronto oí voces alteradas y a alguien que susurró un «¡Chiss!» en cuanto la voz del presentador atronó para dar las noticias. Cuando llegué al umbral no di crédito: la habitación de Herbert era un dechado de humanidad, con todos — incluidos Mabel y Wrieto-san— más apretados que en un tren de cercanías en hora punta.

La radio emitió un chirrido de mal agüero. Alguien levantó la vista y me vio: Wes.

—¿Te has enterado? —me preguntó, y entonces todos me miraron.

En su voz no había rastro de ironía o de suspicacia: solo estaba preguntándome algo: «¿Te has enterado?».

—¿Que si me he enterado de qué? ¿Qué ha pasado?

—Los japoneses han bombardeado Pearl Harbor.

Wrieto-san, como estoy seguro de que muchos lectores sabrán, era pacifista. Durante los años de la guerra aconsejó a sus aprendices que se declarasen objetores de conciencia, y al menos a dos, que yo sepa —John Howe y Herbert Mohl—, les encarcelaron por ello. Wrieto-san les apoyó en todo momento; iba a verles a la cárcel, les mandaba comida, cartas, libros y otros pasatiempos. Y otro tanto hizo conmigo. A la hora de los primeros noticieros, después de comer, cuando ya habíamos vuelto al trabajo en la sala de dibujo, me llevó a un aparte y me dijo:

—Tadashi, siento mucho todo este... este asunto tan desagradable.

Y se notaba que realmente lo sentía, no solo por la locura que iba a desencadenarse, la pérdida de vidas y la destrucción, sino también porque admiraba de verdad las culturas de las potencias contra las que Estados Unidos y sus aliados se habían alineado. Seguramente, si la guerra hubiese sido contra Australia, Indonesia o el Congo Belga también se habría opuesto, pero aquello le calaba más hondo, le entristecía hasta tal punto que le tembló la voz y perdió su timbre. Me miró a los ojos, apostados como estábamos al otro lado del umbral de la sala de dibujo, fuera de la vista del resto y me dijo:

—¿Entiendes lo que esto significa?

Yo no había caído en la cuenta. Llámenme ingenuo, pero nunca se me había pasado por la cabeza que los estadounidenses, entre los que vivía y trabajaba desde hacía tanto tiempo, pudieran verme como una amenaza a la seguridad nacional. Ni, lo

que era más importante, que me vería obligado a irme de Taliesin, el único santuario que había abrazado en toda mi vida, un sitio que era más un hogar para mí que el propio Tokio, y a alejarme del hombre que era en esos momentos tan padre para mí como el que me había dado la vida. Estaba a punto de devolverle la pregunta, igual que el testigo en una carrera de relevos, para decirle «No, ¿qué significa», cuando su cara me lo dijo. Me iba al exilio, o a prisión.

—Vendrán a por ti —me dijo—. Y juro por Dios —tenía los ojos encendidos— que haré todo lo que esté en mi mano para que no entren en esta propiedad, pero me temo que no va a servir de mucho, al final no.

—Pero ¿cómo va a ser eso posible...? —protesté.

Moví el brazo como para sugerir todo lo que entraba o debía entrar dentro de lo posible, que me vieran como el inofensivo aprendiz de arquitecto que era, como un devoto de Taliesin y un seguidor de un único maestro, y que, contra todo pronóstico o razones, me permitirían quedarme y ayudar en el gran trabajo de Wrieto-san y de toda la humanidad.

Se tomó un tiempo para responder. Oía a mis compañeros aprendices charlando animadamente al otro lado, con la guerra en el aire y ese lugar, Pearl Harbor, que quedaría estampado para siempre en nuestras cabezas, por mucho que el día anterior ninguno hubiésemos sido capaz de señalarlo en un mapa.

—Tal vez te interese pensar en Canadá.

Una imagen de aquel extenso país polar me vino a la cabeza —un sitio al que nunca había ido, pero que se me antojaba como un eterno Wisconsin invernal que se extendía de un océano a otro—, y las dudas debieron de dibujárseme en el rostro.

Wrieto-san me puso entonces una mano en el hombro, un gesto que siempre recordaré por su espontánea calidez, pues por lo general no era muy dado al contacto físico, siempre se conducía con mucha rectitud y decoro, y era muy respetuoso con lo que hoy en día llamaríamos espacio personal.

—Lo que haga falta —me dijo—, lo que sea. Solo tienes que pedírmelo —apartó la mano y se la metió en el bolsillo, antes de dar media vuelta y volver a la habitación al grito de—: ¡Santo Dios!, ¡esto parece una cámara frigorífica! ¿Es que aquí nadie sabe mantener un fuego?

Al día siguiente, aunque estaba nevando y Taliesin se cernía sobre el paisaje helado como un arca encallada en lo más profundo de un mar inalcanzable, vinieron a buscarme dos hombres del FBI, con sus placas y sus caras adustas como tacones de bota. Pensé en esconderme en los establos y pedirles a Herbert o a Wes que mintieran por mí y dijeran que había huido a Canadá, pero eso eran modales de cobarde, no de un hombre de honor. De haber huido, habría implicado a mis compañeros y al propio Wrieto-san, y por ahí no podía pasar. En lugar de eso, aunque estaba tan al borde del llanto como nunca en mi vida adulta, me adelanté, recreándome en cada paso que daba por aquel milagro de arquitectura orgánica y de pureza estética, e hice una reverencia a los dos hombres de los pesados trajes de sarga y sus gabardinas color

pardo. «*Shikata ga nai*», pensé para mis adentros, «no hay más remedio». Y después me incliné ante Wrieto-san, la señora Wright y el resto de aprendices, que se habían congregado en el salón como para una velada de sábado, y me rendí a la nieve, y a mi inocencia, y a los dos férreos esbirros de la nación a la que mi país había atacado.

Veo, sin embargo, que he vuelto a extenderme más de la cuenta. Baste añadir que experimenté los típicos maltratos y carencias, primero en el calabozo local (¿o debería decir el «*hoosegow*»?), y luego, cuando el presidente Roosevelt firmó su famoso decreto 9066, el traslado a un centro de reubicación en Arkansas y finalmente a un campamento en el lago Tule, al norte de California, donde internaban a los extranjeros más radicales y peligrosos. No me detendré aquí a describir las horribles condiciones de los barracones de tela asfáltica sin aislar en los que nos hacinaban, la inexistencia de instalaciones de cocina, de residuos y de alcantarillado, las amenazas y los insultos de los guardas o el anómalo hecho, por no decir desquiciante, de que estuviesen extraditando e internando con nosotros a cientos de japoneses sudamericanos, muchos de los cuales ni siquiera hablaban ya el idioma nipón. Tampoco comentaré nada sobre el delegado nacional del programa de internamiento, el teniente general John L. Hewitt, salvo para repetir la explicación que dio a tanto sufrimiento, humillación y privación de los derechos humanos fundamentales, no solo a los extranjeros residentes sino también a los *niseis*, los japoneses de segunda generación que habían nacido en Estados Unidos: «Un japo es un japo».

Wrieto-san me escribía de tanto en tanto. El resto de aprendices, de los cuales muchos se alistaron y se fueron a combatir pese a la reprobación del maestro, me mandaban libros, comida y, ese primer año por Navidad, una botella de cuarto de Canadian Club reserva, que olía, sabía y entraba como si hubieran destilado en él libertad pura. Pese a todo, durante largos periodos de tiempo, que se me antojaron tan extensos como el desértico matorral que caía sobre las dos protuberancias de piedra deshidratada que teníamos por todo paisaje, no me importó mi suerte. Había perdido Taliesin, y a Wrieto-san, y con ello mi dignidad y mi estatus como ser humano. De haber sabido lo que iba a durar la guerra o que la escena en la explanada era la última vez que vería a Wrieto-san hasta el fin de la contienda, no creo que hubiese podido soportarlo.

Aunque por supuesto que lo soporté: para eso nos han puesto sobre la Tierra. Los japoneses tenemos un dicho: «*Ame futte ji katamaru*», la tierra sobre la que llueve se endurece; o, si lo prefieren, la adversidad reafirma el carácter. Conmigo pasó algo parecido. Leí, aprendí a cocinar, trabajé el huerto que cultivamos la primavera del primer año, ayudé a aislar y fortalecer los barracones, poniendo en práctica todo lo que había aprendido en Taliesin, desde mis habilidades granjeras a las técnicas de construcción que Wrieto-san, con su habitual desenfado, esperaba que desarrolláramos por nuestra cuenta. Y dibujé, dibujé una vida entera de trabajo:

planos para casas, edificios industriales, ciudades imaginarias tan osadas como la Broadacre City de Wrieto-san (en cuya maqueta tuve el honor y el privilegio de trabajar durante mis días en Taliesin), cualquier cosa que atizara los fuegos de la creación frente a la desolación y la destrucción que fueron mi vida durante aquellos años.

Cuando acabó la guerra, radicalizado por cómo me habían tratado y temeroso de la acumulación de odio racial que salpicaba como un sarpullido el interior del país, no regresé a Taliesin como en un principio había pensado, sino que cogí un barco en California que me llevó de vuelta a mi país, asolado por su propia devastación. Allí conocí a mi mujer, Setsuko, y trabajé en varios proyectos (imagínense una civilización antigua y reverenciada reducida a unas ruinas tan descorazonadoras y extensas que engullían los horizontes como una visión de pesadilla del Libro de las Revelaciones), hasta que la penuria acumulada se hizo insoportable (¡Hiroshima! ¡Nagasaki!) y mi padre lo dispuso todo para que fuese a París, donde pasé diez productivos años en el estudio de Borchardt et fils, rehabilitando estructuras dañadas por la guerra y diseñando una amplia gama de bloques de pisos, casas y *maisons du pays*.

Menciono mi estancia parisina tan solo porque está relacionada con la historia de Wrieto-san, que, como insisto en recordarme a mí mismo, es el objeto de estas glosas a modo de prólogos. El vínculo de unión reside en la tragedia, en la experiencia compartida de una pérdida inconsolable, porque, llegados a este punto, he de confesar que O'Flaherty-san y yo nadamos en aguas procelosas. El primer encuentro de Wrieto-san con Mamah Borthwick Cheney se produjo antes de mi nacimiento, y solo tenía siete años cuando aconteció el cataclismo al que finalmente dio lugar la relación. Y si bien este no es lugar para disculpas de ningún tipo, he de admitir que O'Flaherty-san solamente conocía el material de un modo abstracto, pese a que es un prodigio de la recreación imaginativa (solo puedo agradecer a los dioses o a los hados, o como quieran llamarles, que él nunca haya tenido que enfrentarse a una pérdida de tal calibre, y espero, por él y por mi nieta, que sea siempre así).

Pero Wrieto-san sí que la vivió, y creo que fue la experiencia de la que más aprendió en su vida, el profundo pozo de tristeza del que salieron todos sus triunfos posteriores, y por tanto he de advertirles de que el tono de las páginas que siguen irá haciéndose cada vez más sombrío y meditabundo. Yo no estuve allí, no le conocí hasta dieciocho años después de la matanza de Taliesin. Así y todo, por extraño y terrible que parezca, su tragedia halló eco con los años en el repentino desenlace de la mía, en el martillazo del destino que cayó sobre mí con la firmeza del hacha de cualquier loco, y mi corazón y mi espíritu están con él incluso ahora, dos largas décadas después de que abandonara este mundo.

Imaginen una tarde noche lluviosa de noviembre, con las calles grises contra el cúmulo de penumbra y las miles de luces melosas de las tiendas y los cafés de la rue du Montparnasse, el suave rechinar de las ruedas de los coches y la tristeza de los

cielos. Estoy todavía trabajando, enfrascado en un dibujo tricolor y en las líneas gráciles y fluidas de mis lápices blandos, pensando en la cena, en Setsuko, en mi hija pequeña dormida en el cuarto de al lado y en mi hijo, Seiji, una apacible noche en casa, con *agedashi tofu*, *soba* y una taza de sake. El crío tiene cuatro años y quiere un gato, un minino pequeño, pero la *propriétaire* no permite mascotas. A no ser que tenga un precio. Y todo el mundo lo tiene. Esto es lo que pienso mientras mis manos y mis ojos trabajan por su cuenta, independientes de mi cerebro, dando vida en dos dimensiones a las tres, hasta que suena el teléfono, claro. Y la imagen se oscurece: una joven esposa en quimono y zuecos, con una mano agarrada con fuerza a la de su hijo y guarecida bajo un paraguas, corre bajo la lluvia para coger el autobús, y el taxista, con un apestoso aliento a *vin rouge*, tarda en pisar el freno de su coche. Tarda, mucho, demasiado.

¿Me perdonarán si me veo con los dedos temblando sobre estas páginas mientras me esfuerzo por cerrar esta escena de una vez por todas? Tan solo me gustaría transmitir algo, un conocimiento hondo que me retuerce el *hara* con una punta más afilada que una espada y, en cierto modo, presentar mi buena fe, por muy macabro que suene. He sufrido. Wrieto-san sufrió. Todos hemos sufrido, incluso O'Flaherty-san, a su modo. Pero no puedo limitarme a dejar a Wrieto-san aquí como en una pila funeraria de recuerdos: todavía oigo su voz en sueños y sigo reverenciando tanto a la persona como a su recuerdo y todo lo que me dio en sus matemáticas supremas de la suma, solo suma. Por eso quiero regalarles otro final, el último recuerdo que guardo de él.

Fue hacia finales de los cuarenta, no recuerdo cuándo exactamente, pero en cualquier caso después de la guerra, y me dirigía a París. Se me había metido en la cabeza enseñarle a mi mujer el país en que había vivido tantos años, la tierra invencible de los gigantes de dos puños que nos había conquistado con su espíritu resuelto y positivo, sus perritos calientes, el béisbol, las grandes metrópolis que surgían en medio de las llanuras, las fábricas que eran ciudades en sí mismas y toda esa extensión de pradera sin dueño que podría haberse tragado diez veces nuestro humilde archipiélago. Y Taliesin, por supuesto, sobre todo Taliesin. Si hubiese sido sincero conmigo mismo (y lo fui, o empecé a serlo, en algún punto entre Utah y Wyoming, mientras la noche se cerraba sobre los cráteres lunares de los montes Uinta, Setsuko se acurrucaba a mi lado, temerosa de los maleteros *gaijin* y, por primera vez en mi vida, cruzaba los dedos para que la gente creyera que era chino), habría admitido que era Wrieto-san y solo Wrieto-san lo que me había arrastrado hasta el otro lado del Pacífico, él el imán y yo la aguja. Tenía que verle, y demostrarle que había sobrevivido al lago Tule y a la lúgubre tarea de reconstruir Japón. Y algo más: quería que admirase a Setsuko, quería presumir de mi relación con Borchardt et fils, que me diese una palmadita en la espalda y me reconfortara y que admirara al

próspero hombre en que me había convertido.

Recuerdo haberme sentido abrumado cuando el tren empezó a frenar en la estación de Spring Green y los montes se hundieron para depositarnos en la llanura donde la ciudad desplegaba su deprimente puñado de edificios: todo cambiado y a la vez igual. Mi esposa me observaba, con los hombros muy pegados a los míos, como si compartiéramos una misma carne, a pesar de que teníamos el compartimento para nosotros solos.

—¿Estás bien? —me preguntó inclinando la cabeza para estudiarme más detenidamente.

¿Me asomaban lágrimas a los ojos? ¿Lágrimas de alegría, de recuerdo, de nostalgia o de dolor? No lo sé, supongo que sí. Y cuando el andén se dibujó en el horizonte y le vi allí de pie —Wrieto-san viniendo en persona a recibirnos, en medio de una cuadrilla de aprendices barbilampiños—, apenas me contuve sentado. En parte había temido que se hubiera olvidado de mí o que hubiese mandado a un aprendiz a recibirme. Pero allí estaba, en carne y hueso, honrándome con su presencia y recordándome el indisoluble vínculo entre maestro y aprendiz.

—Sí —dije intentando no perder la compostura—. Sí, estoy bien.

El tren dio una sacudida seguida del silbido metálico de los frenos. Mi mujer miró hacia el andén y luego de nuevo a mí.

—¿Es él?

—Sí —le dije.

Y entonces le vi parlotando sobre un tema u otro, con la barbilla echada hacia atrás, el bastón en movimiento, la capa ondeando con el rápido tajo de sus pasos y la boina pegada a la frente como por obra de una fuerza propia. La gente le dejó paso, las palomas remontaron el vuelo en desbandada y los aprendices apretaron el paso para seguirle el ritmo.

En cuanto asomamos por la portezuela, llegó a grandes zancadas por el andén, ladrando órdenes a los aprendices que le seguían y con una cara que se expandió en su sonrisa natural y sedante, la misma que había engatusado a una legión de clientes indecisos de todo el mundo, así como a toda mujer que había conocido. ¿Mi primera impresión? Que se le veía mayor, más bajo, con el pelo encanecido en el gran monumento hendido de su cabeza. Pero es que era viejo, un octogenario ya, si no calculo mal.

—¡Tadashi —me gritó cuando todavía estaba a tres metros de mí, con la voz tan efervescente y juvenil como siempre—, te han salido canas!

Y al poco estábamos Setsuko y yo haciéndole una reverencia y él respondiéndonos, a su vez, primero ante mí y luego ante mi mujer, solo con una inclinación de cabeza, y repitió el saludo que le dediqué el día que nos conocimos, hacía ya tantos años, junto al radiador todavía humeante del Bearcat:

—*Hajimenashite.*

—Y a usted, Wrieto-san —le dije, sintiéndome tan ligero como si estuviera

relleno de helio—, se le ha puesto blanco.

(No pretendía faltarle al respeto, desde luego, me limitaba a seguirle la corriente, adoptando en parte el tono jocoso que tanto le gustaba utilizar, aunque a la vez me lo imaginaba aterrorizando al personal toda la mañana para que Taliesin estuviese perfecto). Pese a la fuerte marejada de emociones que estaba viviendo —o tal vez por ella—, me vi sonriendo de oreja a oreja.

—Ah, ¿te has fijado? Bueno, ya sabes que es el color de los venerables, Sato-san. —Los ojos le resplandecían, motas de vidrio incineradas bajo el sol—. Por muy blandos que sean tus lápices y por muchas veces que sumes cansancio con cansancio, ese gris que te veo en la sien se te desvanecerá hasta que una mañana te despiertes, te mires en el espejo y veas a un sabio oriental mirándote. —Se cogió un mechón de pelo y soltó una gran carcajada.

De camino a Taliesin apenas me dirigió la palabra: todas las que tuvo fueron para mi mujer, a quien se dedicó en cuerpo y alma, el Wrieto-san más pillo y encantador. Era joven y guapa, aparte de un ángel tocando el violín, una combinación que habría de ser irresistible para mi maestro, quien, a pesar del limitado inglés de mi mujer, se mostró muy amable con ella y la bañó con todo el resplandor de su encanto, como imagino que debió de hacer con Nobu Tsuchiura y Takako Hayashi antes que con ella.

Yo me quedé mirando por la ventanilla del coche, lleno de tal añoranza y nostalgia que pensé que se me iba a partir el corazón, con cientos de preguntas en los labios para Wrieto-san —¿Cómo estaba Wes? ¿Había sabido algo de Yen? ¿Era cierto que Herbert se había casado?—, hasta que Taliesin se desgajó de la colina que teníamos delante, tan dorada y sustanciosa como la imagen que había guardado en la cabeza a través de la gris acumulación de semanas, meses y años en los campos de trabajos forzados. O no: más profunda y rica. Cuesta explicar el efecto que tuvo en mí. Supongo que podría compararse con la sensación de asombro y de revelación que experimentó la mayoría de la gente cuando vio por primera vez las imágenes de la Tierra desde la *terra incognita* de la superficie lunar, solo que aquello no tenía nada de ignoto, al menos para mí. Aquel era mi hogar, mi hogar ideal, si el mundo fuese un lugar más divino y la estética primase por encima de la necesidad, y de la crueldad.

Wrieto-san estaba charlando sobre el violín y la música en general, sobre cómo Iovanna había conseguido dominar el más sutil de los instrumentos, el arpa, y preguntándose si Setsuko sería tan amable, tan exquisitamente considerada e indulgente, de regalarles más tarde a Olgivanna y a él una muestra de sus habilidades, cuando el coche se detuvo en la explanada y mi mujer se volvió hacia mí con cara de perplejidad para que le tradujera. Me temo que en ese momento le fallé porque, de repente, una mezcla de olores, perdidos en lo más hondo de mi ser, me embargó y me activó la memoria olfativa: las ascuas frías de la chimenea, el rincón más lejano del corral de los cerdos, la sopa de col, el dulce aire de Wisconsin y una traza del matarratas que la cocinera rociaba por todas partes. Volví a sentirme abrumado.

Siguió un largo y encantador paseo por la casa, con el sol de última hora de la tarde despertando todos los rincones y esquinas sacras, el dramático diálogo entre luz y textura, la confluencia mágica de la horizontal y la vertical, mientras Wrieto-san nos recordaba el comentario de Lao-Tse, según el cual la arquitectura no existe por la estructura sino por el espacio que encierra, entre otros ecos del pasado, e iba parándose para instruirnos con todo su encanto sobre cada una de sus nuevas adquisiciones de arte asiático. Después pasamos a tomar el té con la señora Wright, que se sentó, rígida como un palo, en el filo de la silla, mirándome con sus ojos gurdjieffianos como si no llegara a ubicarme, su cara ajada y apesadumbrada por el efecto acumulado de esos ocho o nueve años. Estaba sometiendo a Setsuko al tercer grado preguntándole por sus gustos musicales —¿le interesaba algún compositor japonés o se ceñía estrictamente al canon occidental?—, cuando Wrieto-san dejó la taza en la mesa y entrechocó las manos como un empresario del mundo del espectáculo acechando a su público.

—Bueno, ¿qué me dices de un poco de aire fresco, Tadashi? —preguntó poniéndose en pie—. Hace buen día, ¿no te parece? —Hizo una pausa para guiñarme un ojo—. Es perfecto para un picnic, ¿no me digas que no!

—¿Un picnic? —repetí levantándome en sincronía con el maestro, como movido por un resorte.

—Sí, igual que en los viejos tiempos.

Hice una inclinación para disimular mi emoción. Estaba realmente conmovido: Wrieto-san no solo había ido a la estación a por mí y se había tomado el tiempo de enseñar la casa y sus tesoros a mi mujer, sino que además había organizado un picnic en nuestro honor. Por supuesto, Wrieto-san era el gran paladín de la vida al aire libre, igual de sensible a la naturaleza y sus mudanzas que los herméticos monjes de mi país que se pasan días contemplando los cerezos en flor o las sámaras voladoras de los arces, lo que hacía el gesto incluso más especial y generoso. Durante mis años en Taliesin, habíamos ido de picnic por los campos y las colinas en decenas de ocasiones, así como a ubicaciones remotas, un grupo de aprendices en cabeza para hacer los preparativos y los demás hacinados en los coches para llegar al punto que el maestro hubiera escogido con anterioridad por su belleza y serenidad. Para nosotros, los aprendices, siempre era una alegría, y ahora estaba ofreciéndose a reavivar aquel espíritu: por mí.

Nos pusimos todos en pie y los aprendices empezaron a correr de un lado para otro, mientras los coches nos esperaban en la explanada y Setsuko me miraba para que le infundiera aplomo. Fui con ella, la cogí del brazo y abracé su calor.

—Ah, por cierto, Tadashi —me dijo Wrieto-san, como si acabase de ocurrírsele la idea—, te acuerdas de la taberna del Estirado, ¿verdad? —dijo con tono confabulador.

—Sí, Wrieto-san —le dije con una nueva reverencia—. ¿Cómo podría olvidarme?

—Tal vez no sepas que Vale el Estirado ya no tiene nada que ver con el establecimiento en cuestión. Por lo visto, ahora el dueño soy yo. —Me lanzó una

mirada cómplice—. Creo recordar cierta aventurilla tuya en tu primer año... ¿o fue el segundo? Consumo excesivo de alcohol, ¿eh? Veo que ya has dominado ese vicio. — Miró de reojo a Setsuko—. Bueno, ¡bravo por ti!, y por todos mis aprendices que no se dejaron tentar por el Demonio de la Botella. Pero hoy es un día especial, y este va a ser un picnic muy especial, ya lo verás.

Y sin duda lo fue. En los años que habían mediado Wrieto-san se había dedicado a comprar todas las fincas de las inmediaciones, como he contado anteriormente, y había adquirido por costumbre eliminar toda estructura que le tapara la vista desde las ventanas o que le molestara de un modo u otro, por muy insignificante que fuese, una práctica parecida a la de los señores de la guerra de los sogunatos, o a la de la heredera ermitaña de Robert Lowell, que «compra todo/lo que daña la vista en su orilla/y deja que se caiga en pedazos». Muchos le han criticado por ello, como si querer vivir en la pureza fuese una especie de pecado, pero yo siempre le he defendido. Así y todo, hasta a mí me sorprendió lo que siguió.

Era una bonita noche de verano, una brisa suave nos acariciaba la cara mientras recorríamos con la caravana de coches la corta distancia que nos separaba de donde se levantaba la taberna, con su descampado y la cortés inclinación de sus árboles. Los aprendices habían desplegado mantas y almohadas para nosotros y había una mesa llena de ensaladas y embutidos, judías, pan, mazorcas y grandes rodajas verdes de sandía, así como una barbacoa en el suelo que despedía ya humo. Estaba Wes — quien también se había llevado tres años antes su parte de tragedia, cuando Svetlana y su hijo pequeño murieron en un accidente de coche a ocho kilómetros de Taliesin—, y nos dimos un abrazo de hermanos, nada de reverencias ni apretones de manos, sino un gran abrazo de oso al estilo americano que hablaba maravillas de lo que habíamos significado el uno para el otro. Presenté a Setsuko a todo el mundo en un frenesí de sonrisas y reverencias. Cuando las costillas, los perritos calientes y las hamburguesas estuvieron apilados en montañas que parecían ofrendas para un sacrificio, nos condujeron hasta una mesa en alto, el sitio de honor junto a Wrieto-san y la señora Wright. El sol convirtió las nubes en un lienzo y arraigó en la copa de los árboles. Comimos. Nunca me había sentido más feliz en toda mi vida.

Y entonces, a la señal de Wrieto-san, uno de los aprendices se levantó y empezó a tocar una jiga en el violín, mientras Wes y algunos más irrumpieron por las puertas de la taberna con grandes bidones de líquido entre los brazos y, por un momento —de ingenuidad, de olvido y ¡de sed!—, creí que traían cerveza. Pero nada más lejos: era queroseno. Contemplé alucinado cómo volcaban los bidones y vertían el líquido alrededor de los cimientos, una vez acabado el trabajo en el interior. A todos nos llegó entonces el olor, nocivo, químico, anticipatorio.

El violín gimió con más fuerza, cada nota alcanzando el registro más agudo, y la gente empezó a golpear el suelo con los pies, una rodilla brincando aquí, unos dedos tamborileando allá, aunque nadie se levantó hasta que no lo hizo Wrieto-san. Muy lentamente, tras hacerle un signo de asentimiento a la señora Wright, se puso en pie y

fue hasta el hoyo de la barbacoa. Se agachó para coger un leño ardiendo y después, de la manera más ociosa posible, como si estuviera dando un paseo entre la hierba crecida, atravesó la explanada y tiró el leño al charco de queroseno que se había formado en la entrada de la taberna.

Fue impresionante ver lo rápido que ardió la estructura de madera, la agilidad con que las llamas remontaron hasta el tejado, como represiones a las que les hubiesen dado permiso para liberarse, todas a una, igual que un hervidero de roedores con los dientes fuera. Al cabo de unos minutos, los brincos frenéticos del violín se perdieron en el clamor de las llamas, con el siseo y el rugido de las vigas viniéndose abajo, y las botellas de alcohol explotando en el interior como bombas en una guerra: y era una guerra, la de Wrieto-san contra los borrachos, los holgazanes y los patanes que se habían quedado de brazos cruzados mientras Taliesin se quemaba una y otra vez, en su ciclo de renovación y ceniza, y allí estaban, corriendo entre los rastrojos, saliendo de sus coches con el rostro transmutado y poniendo el grito en el cielo. El violín chirriaba y el fuego se propagaba.

Al poco, ya no había tejado, y minutos después, el esqueleto, el armazón que lo mantenía con vida, era una fiera radiografía del interior. Los cielos se oscurecieron, y las llamas se avivaron antes de aplacarse, y Wrieto-san, con la cara encendida y llevando el ritmo con el bastón, se quedó mirando hasta que se hizo noche cerrada, las estrellas salieron y lo que había sido levantado, unido y claveteado, quedó reducido a humeantes rescoldos.

Capítulo 1

Donjuán

Kitty estaba sentada en el sofá de respaldo duro, que le era tan familiar como la chimenea de ladrillos romanos del salón y toda la casa en general, hasta el punto de que podría haber sido la suya, pero, por supuesto, no lo era: era de Mamah^[137], y de Edwin; o tal vez sería mejor decir que era de Frank, pues los interiores de todas sus casas se reflejaban entre sí como si él viviera simultáneamente en cientos de habitaciones, de cuartos desperdigados por todo el país pero que, de algún modo, en la arquitectura de su cabeza eran contiguos. Era la casa de Frank, claro que sí, al igual que la vivienda que compartían. Todo era suyo, imprimía su sello tanto sobre cosas inanimadas como sobre personas: en ella misma, su propia esposa, y seguramente en Mamah y en la señora Darwin Martin y en el resto de mujeres que entraban en su radio de acción. Había llegado al punto de diseñarles la ropa, como había hecho con ella, y hasta ese momento, en aquella habitación durante una opresiva y acorazada tarde de invierno en Oak Park, no se había sentido extraña, peculiar o tan siquiera excepcional. Así eran las cosas, así era Frank.

Y en esos momentos estaba allí contemplando el fuego y la forma en que extendía sus volátiles dedos en torno al tronco que había entre los morillos, mientras escuchaba el crepitar de las llamas y el granizo que arrullaba al vecindario, así como el leve murmullo que producía la pequeña Martha en su camita del cuarto de al lado. Estaba todo inmóvil. En una mesita baja delante de la chimenea había un juego de té que nadie había tocado. Mamah estaba en el borde del asiento de enfrente intentando no mirarla. Edwin, apacible y obsequioso como un párroco salido de las páginas de una novela inglesa, estaba al lado de su mujer, callado, con la mirada clavada en el suelo y la ancha franja de la calva brillándole bajo las lámparas de coloridos cristales de Frank. Y este —que en aquel momento se le antojaba odioso, execrable, repugnante, un icono aplastado bajo la rueda de un tractor— se había apoyado en la repisa de la chimenea, decorada con las estatuillas orientales que había comprado con el dinero de los Cheney, los budas de bronce y las tallas en marfil de las que ninguna casa civilizada debía prescindir. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, los pies bien plantados en el suelo, y los ojos duros y metálicos, dos dardos que se clavaban primero en Edwin y luego en ella a través del grueso tejido del aire enrarecido. Y ¿qué acababa de decir?, ¿qué había dicho? «Mamah y yo estamos enamorados».

¡Enamorados! Como si él supiera lo que era el amor, como si no hubiera pisoteado el recuerdo de lo que habían compartido durante los últimos veinte años y no lo hubiera extirpado de raíz, tan absorto en su trabajo —y en sí mismo— que

apenas la miraba ya, tratándola como a una criada, y a sus hijos como a simples desconocidos, poco más que una camada irritante^[138]. ¿Amor? Ella sí que sabía lo que era el amor, y todavía le quería, muy a su pesar; le quería con tal intensidad que le daban ganas de levantarse e ir a tirarle del pelo, sacarle los ojos y golpearle. Y a ella, a ella también, a esa vampira.

Estaba enamorado, su marido estaba enamorado, y de alguien que no era su esposa, sino de una mujer a la que ella siempre había considerado su amiga especial. ¿Y qué creía, que era una revelación? ¿Qué esperaba, que se hincara de rodillas en el suelo, se golpeará el pecho y se rasgara las vestiduras?, ¿o se suponía que debía santiguarse y bendecirles? No era ninguna novedad, ni siquiera una sorpresa. Los dos llevaban meses disimulando, con sonrisas falsas, siempre discretos en público, salvo cuando la escoltaba en el automóvil amarillo chillón al que solo le faltaba un cartel en el capó que gritase «¡Miradme!». Pero su marido era un donjuán, siempre lo había sido y seguiría siéndolo, y tenía hasta una excusa racional para justificarse: debía ejercer sus encantos sobre las mujeres del barrio porque eran ellas las que llevaban las riendas de la economía familiar, las que convencían a sus maridos para que diesen el salto y, si no, ¿cómo creía que podía ganar un sueldo que los mantuviera a ella y a sus seis hijos, los vistiera y alimentara, les diera un techo? Y sí, sí, ya sabía que estaba la cuenta del ultramarinos y la del cochero y todo lo demás, lo que venía también a demostrar lo necesario que era que cortejase a esas mujeres, a esas clientas. Kitty lo había aceptado, le había creído y confiaba en él. Tenía la esperanza de que superara aquel encaprichamiento, al igual que había superado otros con anterioridad. Pero era demasiado tarde, acababa de decirlo en voz alta y no había vuelta atrás.

—No era nuestra intención que esto pasase —siguió, rompiendo el silencio—, y no queremos hacerle daño a nadie, y menos a ti, Kitty..., ni a ti, Edwin. No tiene nada que ver, de ningún modo.

Mamah, con sus ojos gatunos y sus movimientos rimbombantes, se levantó de pronto y atravesó la habitación para ponerse al lado de Frank, a modo de adorno. Edwin levantó la vista y les fulminó con la mirada.

—Ah, entonces, ¿con qué tiene que ver? —preguntó, la voz poco más que un susurro.

El agudo tono aflautado de Mamah le respondió:

—Con la libertad.

—¿La libertad? ¿Para hacer qué? —Los ojos de Edwin se clavaron en Frank—. Para romper dos hogares..., y ¿por él? ¿Por este arquitecto?, ¿este «genio» en miniatura?

Lo único en lo que podía pensar Kitty era en que quería salir de allí, encontrarse en el frío, en las calles familiares, y pensaba en Llewellyn, de solo cinco años y necesitado de ella, y de su padre, y de la cena, sus juguetes y sus libros de colorear. ¿Y qué había de Llewellyn? ¿Y de la casa? ¿Y la madre de Frank, que estaba otra vez viviendo con ellos? ¿Qué pasaba con ella? ¿Iba aquello a arrasarlo todo?

Mamah se puso tensa.

—No hay necesidad de ser maleducado, Edwin.

—Por favor —intervino Frank, que había cogido de la mano a Mamah; parecían dos niños en la fila para una excursión del colegio—, tenéis que entender lo difícil que es para nosotros. Pero no existe una ley superior a la libertad de amar...

—Ellen Key^[139] —dijo Edwin amargamente, que no se había movido salvo para entrelazar las manos, como si estuviera rezando, o aplastando algo entre ellas.

—¡Exacto! —espetó Mamah—. ¡Ellen Key! El amor es moral aunque no haya un matrimonio legal de por medio, pero el matrimonio es inmoral si no hay amor —recitó aquella frase como una actriz, como si la hubiese ensayado, y de pronto Kitty comprendió que así era, que los dos habían ensayado toda la escena, que cada uno había repetido su parlamento en una estancia trasera o en un dormitorio antes de la hora de la función—. Nunca te he querido, Edwin, eso deberías saberlo, y nunca he fingido lo contrario. Al menos no con un amor verdadero, profundo e irresistible —y en ese punto le dedicó a Frank una mirada melosa y servil—, no como almas gemelas, o como fruto del destino.

En el aire había suciedad, una crueldad impetuosa y esquiva que supuraba de una tarde corriente en la ciudad dormitorio de Chicago, conocida por su abstinencia y apodada el «Retiro de los Santos» por sus muchas iglesias, por su conservadurismo y por su placidez —por su normalidad y su decencia—, y en esos momentos Kitty no quería nada de eso. Se sentía demasiado humillada para hablar. Sin pensarlo dos veces, se levantó y los otros tres se quedaron mirándola perplejos, como si se hubiesen olvidado de su presencia, de otra esposa y madre sacrificada en el altar del amor libre.

—Kitty... —le oyó decir a Frank.

Y Mamah, Mamah también:

—Kitty...

Eso era, hasta ahí llegaban, era lo más que podían articular, dos sílabas gastadas, como si al llamarla por su nombre pudieran hacerla volver a lo que era cuando había recorrido el camino de entrada un cuarto de hora antes.

No respondió, se limitó a ir directa al armario para coger el abrigo y zafarse luego de Frank, que intentó ayudarla a ponérselo; al momento siguiente estaba fuera, expuesta al aire penetrante, abriéndose camino por el laberinto de muros y recodos que Frank había erigido para guarecer a los Cheney de la vida de la calle. Oyó que la llamaba a sus espaldas, pero no se volvió. Y cuando llegó a la altura del automóvil —de aquel colorido reclamo publicitario de ego y narcisismo, la única clase de amor que Frank entendía, comprendió entonces que por siempre—, pasó de largo.

Pasaron semanas y meses, y nada cambió. Salvo porque no podía volver a ver a los Cheney —no quería—, a pesar de que vivían a tan solo unas manzanas y de que el

tejido social de Oak Park estaba urdido con un hilo tan apretado que cualquier cabo suelto se notaba a la legua. ¿Habían tenido alguna desavenencia?, quisieron saber sus amigas, mujeres de lo más respetables a las que conocía desde hacía años, y que olisqueaban el aire en busca del aroma del escándalo, como buitres rodeando un cadáver. No, les dijo, nada de eso, simplemente estaba muy ocupada con los niños. De veras que lo estaba, sobre todo ahora que Catherine era ya una mujercita y Frances no le andaba a la zaga. Sonreía con hastío. Y lo sabían, todas lo sabían, o se lo imaginaban.

Mantuvo las apariencias lo mejor que supo, y asistía con regularidad a las reuniones del Club de Mujeres del Siglo Diecinueve, como llevaba haciendo tanto tiempo, aunque siempre ojo avizor por si se encontraba con Mamah. Y todavía no podía creerse que hubiera sido ella misma quien había trabado amistad con esa mujer y quien se la había presentado a su marido, al arquitecto, con la idea de echarle una mano para hacer prosperar el negocio. Qué ironía..., y de una sordidez tan de novela francesa... ¿Odiaba a Mamah, con su francés, su alemán, sus licenciaturas y sus aires de sabelotodo, y esa forma que tenía de mangonear a todo el mundo, de seducirles y conseguir siempre lo que se proponía, fuese una trivialidad, como la fecha de una partida de cartas, o algo importante, como elegir el arquitecto que le construiría la casa? Sí, sí, la odiaba, por mucho que intentase apartar la idea de su cabeza. Y siguió lavando, cosiendo, cocinando, vigilando a la servidumbre y dedicándole hasta el último gramo de su energía a los niños, que parecían necesitarla más que nunca, como si se hubiesen olido lo que ocurría entre bambalinas. Como no lograba discernir cuánto sabían, no pudo evitar interrogarles dando rodeos —sobre todo a los más pequeños, a Llewellyn y Frances—, aunque no se le daban bien los subterfugios. Y Frances era una niña lista, muy inteligente para su edad —cumpliría once en otoño—, y Kitty debía tener cuidado con cómo le preguntaba por John Cheney, pese a todo el desenfado que quisiera imprimir a sus palabras: que si le había visto en la escuela, porque hacía mucho que los Cheney no venían de visita, y que cómo estaba, era buen chico, ¿no?, se parecía a su padre, ¿verdad?; pero sí, claro, si solo tenía siete años, era un crío de la edad de Llewellyn, o no, un año y medio mayor; ¿y cómo era que una niña grande como ella jugaba con un crío o tan siquiera se fijaba en él?

Eran todo conjeturas, su vida una madeja sin desenrollar a la espera de la tijera que habría de seccionarla, y todas las noches, cuando Frank volvía del estudio que había amurallado y separado de la casa como si fuera un búnker, sentía una oleada de alivio y gratitud, y sí, de amor. De amor verdadero, nada de amor novelesco o por algo material, sino el intensísimo dolor del deseo que arrastraba con ella desde los dieciséis años, cuando se había chocado con él en la fiesta de disfraces de la iglesia de su tío Jenkin, a la que todo el mundo había acudido vestido de personaje de *Les misérables* de Víctor Hugo, ella disfrazada de Cosette y él de Marius, y se dieron un cabezazo tan fuerte que el chichón le duró toda una semana. Le dijeron que era demasiado joven para casarse, todos se lo dijeron, pero él fue a por ella con toda su

irresistible fuerza y, aunque sus padres se negaron y la madre de Frank se irguió, como una arpía con las alas extendidas, totalmente opuesta a la boda, ella era Catherine Lee Tobin, la del pelo flamígero y los ojos disparados, y nadie la detendría. Cuando se casaron, no había cumplido ni los dieciocho. Y ya, a dos años de los cuarenta, se había convertido en una mujer repudiada.

Ese año, el de 1909, la primavera trajo consigo una ristra de días despejados que se extendieron hasta finales de mayo y casi mediados de junio. Tal vez en el campo los labradores estarían mesándose la barba, pero en Oak Park, con sus árboles de sombra y sus céspedes envolventes salpicados de bebederos de pájaros y de tumbonas, la gente agradeció la sequía. El ritmo de las cosas pareció frenarse. Los tenderos se tomaban una tarde libre de vez en cuando, los niños iban a nadar o a jugar a la pelota a la salida de la escuela, las flores brotaban y las cigarras emitían su zumbido soporífero desde sus espesos nidos de hojas. La gente hacía picnics y barbacoas, se jugaba a la herradura. Las hamacas se mecían con aire indolente en los jardines traseros y los pájaros contenían su aliento colectivo durante la somnolencia del mediodía. Una tarde que los chicos habían salido y Catherine y Frances andaban ocupadas con la obra que estaban ensayando, Kitty decidió salir de casa para disfrutar del buen tiempo; necesitaba unas cosas de la tienda, excusa suficiente para darse un paseo. Mandó a Llewellyn que se cambiara de camisa y se peinara solito y después se caló una papalina de paja, cogió el bolso y el parasol y recorrieron Forest Street, pasando por delante de todas las mansiones que Frank había diseñado y en las que había trabajado como si fuesen su urbanización particular, hasta desembocar en Lake Avenue, la calle comercial.

Aunque no fue descortés, el tendero le mencionó la deuda, que superaba los novecientos dólares^[140], mientras le hacía la cuenta de las compras y ella le aseguraba que Frank iría esa misma noche a pagarle en persona. Aquel asunto le hizo sentirse mal, como si fuera una timadora o una vulgar ratera. Intentó apartar el pensamiento de su cabeza y disfrutar del sol y de la sustanciosa calidez del día —debían de rondar los treinta grados, con la agradable brisa que soplaba desde el lago, todo en su justa medida—, se paseó mirando escaparates y le compró un helado a Llewellyn antes de volver a la casa. Acababa de doblar la esquina de Kenilworth Street, con la idea de regresar por la parte de atrás para cambiar de vistas, cuando por la acera de enfrente vio venir en sentido contrario a la criada de los Cheney, con un niño en cada mano.

—Mira —le dijo agachándose a la altura de Llewellyn, a quien llevaba de la mano pegajosa—, son John y Martha. ¿Quieres que les digamos algo?

Cuando les saludó con la mano, la muchacha atravesó diligentemente la calle hasta ellos, con John brincando por delante y Martha —que tenía tres años, o casi— bien cogida de la mano. Kitty soltó a Llewellyn y al instante ambos niños se juntaron y salieron corriendo detrás de un árbol, jugando a algún juego improvisado, y allí tenía a la criada, y a Martha.

—Buenas tardes.

—Muy buenas, señora.

La muchacha era irlandesa, menuda y algo cargada de hombros, con un pelo muy negro que le blanqueaba la cara y dos ojos que no parpadeaban un ápice. Hacía mucho que no la veía y no se acordaba de su nombre.

—Hay que ver lo grandes que están —se oyó decir, a la manera del ama de casa tradicional, diestra en cortesías, porque ¿qué otra cosa podía decir?

—Y tanto, señora. Los dos. Es una bendición, ¿no le parece?

Estaba a punto de comentar que por supuesto que sí, que era una auténtica bendición, cuando cometió el error de agacharse y ponerse a la altura de la pequeña Martha para hacerle arrumacos y decirle lo mayor que estaba, ¿verdad? Fue un error, porque entonces pudo ver bien a la cría, su color de piel, la forma de la nariz y de las orejas, sobre todo de las orejas: y vio a Frank, y le dio un vuelco al corazón. Pero no podía ser, esa niña se parecía mucho a Edwin, ¿no? Los ojos eran clavados, ¿o eran más parecidos a los de Mamah? El porte de la niña —incluso cogida de la mano de la criada, como un elemento de utilería— era idéntico al de Mamah, con esa hermosura de rasgos menudos y esos ojos festivos. Pero no, de Frank no. No era posible... ¿o sí? El caso era, sin embargo, que la casa de los Cheney la construyó en 1904, y se había pasado todo el tiempo allí, todo el santo día, con los carpinteros, los albañiles, los planos, y Martha había nacido dos años después... Aunque eso no era prueba suficiente. Recordó a Mamah embarazada, su hinchazón gestacional, y lo mucho que se quejaba, como si fuera una mártir o la primera mujer del planeta en padecer náuseas matutinas y gases. No le gustaban los niños, esa era la verdad, no como a Kitty. Lo que le gustaba eran sus ideas, sus libros y sus preciadas «libertades».

—Sí —le respondió Martha con su gañido infantil—, muy mayor. Y quiero un osito. Lucy me va a comprar un osito, ¿verdad?

—Eso está muy bien —le respondió Kitty con la cabeza en otra parte—. Seguro que...

Pero entonces, sobrepasada por las circunstancias, llamó a Llewellyn con una especie de balido, se disculpó ante la criada y siguió su camino mientras contaba en silencio los meses y los años e iba odiando a Mamah Cheney con toda su alma.

Esa noche, a primera vista, Frank le pareció el de siempre. Bromeó con los niños durante la cena y después se sentó un rato largo al piano e interpretó su arsenal de canciones de Gilbert y Sullivan, y las niñas y Llewellyn le acompañaron cantando, y ella también se les unió, aunque sin ponerle mucho sentimiento. Y tampoco Frank se lo puso: estaba fingiendo —era todo una farsa, comprendió, le conocía perfectamente —, metiéndose en el papel de padre igual que en el apretón de manos de un cliente o en el último traje que hubiera encargado al sastre, para poder brillar y brillar y que todo el mundo se maravillara, hasta que los encargos se acumulasen como la nieve en un ventisquero y su nombre diera la vuelta al mundo.

Cuando vio que se disponía a volver al estudio —ahora también trabajaba de

noche, todas las noches, cada vez hasta más tarde—, salió a su encuentro en el pasillo, con la idea de decirle algo sobre la cuenta de la tienda, pese a que no tenía ganas de leerle la cartilla, y las cuestiones financieras eran únicamente asunto suyo, de él y nada más que de él, pero ¿no podía cortarse un poco con los gastos hasta que pagaran algunas facturas pendientes? Pretendía decírselo, porque le rondaba la cabeza y la mirada que le había echado el tendero le había hecho sentirse vulgar, y estaba enfadada de una forma que no podía expresar, pero en lugar de eso estalló:

—Hoy he visto a los niños de los Cheney, a la pequeña Martha y a John, y no he podido evitar pensar... en ti.

Kitty leyó en su mirada: Frank no quería entrar al trapo, no quería confrontaciones ni peleas, y tenía que trabajar, ¿es que no lo entendía? Trabajar, trabajar para mantener todo aquel circo que se tambaleaba.

—¿En mí? ¿A santo de qué...?

—Es igualita a ti.

Y sin más, montó en cólera, enfurecido, balanceándose en los talones y mirándola de hito en hito hasta que la carne se le hizo un nudo entre los ojos.

—¿Quién? ¿Martha? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

No podía soportarlo, no podía superarlo y mantener la cordura: porque si era cierto —y estaba poniéndole a prueba, presionándole para que se delatara—, se mataría. Chillaría hasta que las tejas saliesen despedidas de la casa y saldría corriendo y aullando por la calle para ir a tirarse al lago, y se quedaría allí, en lo más hondo, hasta que no quedara rastro de su persona.

—Yo no he visto mujer más tonta. Es que... vives en tu mundo, eso es lo que te pasa.

—¿Por qué? ¿Porque espero que mi marido me quiera, o que al menos cumpla sus promesas? ¿A eso lo llamas «mi mundo»? ¿Eh?

Pero no le respondió; se limitó a darle la espalda y meterse en su estudio, que estaba tan iluminado que parecía amanecer allí dentro.

Nada cambió mientras el verano se iba, la escuela empezaba un año más y el tiempo se volvía húmedo sin previo aviso. Para mantenerse ocupada, montó una guardería en la casa, una novedad que solo pareció alienar aún más a Frank, como si la euforia —y la dulzura, también la dulzura— de una docena de chiquillos durante unas horas al día pudiera acabar con su creatividad y dejarle en la calle sin blanca. Estaban a principios de octubre, las hojas comenzaban a cambiar de color y el aire olía ya a leña, cuando se enteró de que Mamah se había ido con John y Martha a Colorado, donde estaba cuidando de una amiga gravemente enferma (o al menos lo suficiente para necesitar cuidados). Al parecer se habían ido en algún momento del verano y no habían vuelto para principios de curso. Kitty no conocía a esa amiga y no le deseaba ni bien ni mal, pero se sintió aliviada. Mamah no estaba, la amenaza había

pasado. Y Edwin..., debía de haber roto con él, no había otra explicación, y la historia de la amiga enferma no era más que una farsa; o tal vez no, quizá fuese verdad. En cualquier caso —y la idea la animó como una dulce brisa que soplara fresca desde los pintados picos de las Rocosas, a través de las llanuras empapadas—, Mamah ya no estaba. Que Colorado se la quedase para siempre, que predicara allí su amor libre ante los aparceros y atrapara con el lazo a todos los maridos del estado en sus sillas de montar. Que se convirtiera en una vaquera y se marchitara.

Con todo, había algo que no cuadraba. Ya lo habían hablado, y Frank decía que nunca dejaría a Mamah, que quería el divorcio, que su matrimonio era un fraude, o peor, una forma de esclavitud; pero todavía no se lo había concedido y él seguía viviendo bajo el mismo techo, trabajaba allí, aunque ya la sonrisa se le había borrado para siempre y parecía diez años mayor. Estaba como en duelo, esa era la impresión que daba. Pues peor para él. Ya lo superaría, y ya le llevaría de vuelta a su corazón y a su cama, como la esposa legítima que era, una magnánima y cariñosa, hasta que con el tiempo él se transformara en un fantasma de su antiguo yo y todo volviera a ser igual que antes.

¿Vivía en su mundo, sin embargo? Una noche Frank anunció en la cena que tenía que ir a Chicago por la mañana en viaje de negocios, donde se quedaría varios días, y Kitty no le dio mayor importancia, más allá del hecho de que llevaba una maleta con él y un fajo de grabados para vender (¿sería posible que por fin fuese a saldar la cuenta de la tienda?), o de que Union Station fuese un hervidero de vías que podían llevarle a cualquier parte, incluso al oeste, a Colorado. No significaba nada. Frank llevaba más kilómetros a las espaldas que un viajante, y lo cierto era que pasaba la mitad del tiempo en Chicago, igual que visitaba continuamente South Bend, Buffalo, Rochester, Madison, Mason City, allá donde hubiese clientes (hasta había dibujado los planos de una casa en California^[141]).

Vivía en su mundo, sí, vivía en su mundo: por eso esa mañana no vio nada en la cara de su marido, salvo cierta rigidez, y cuando no la llamó ni le mandó ningún telegrama, ni desde Nueva York ni desde el paquebote que le llevaría al otro lado del Atlántico, hasta Alemania, siguió sin percatarse de nada hasta que los reporteros fueron a llamar a su puerta, con el tendero, el sastre y el cochero haciendo cola detrás.

Capítulo 2

Auf wiedersehen, meine Kinder

Al principio Mamah no lograba levantar la cabeza de la almohada; se sentía paralizada de cuello para abajo, atada al colchón igual que una de esas mujeres harapientas y escandalosas de los manicomios, enterrada bajo un alud, bajo un desprendimiento de rocas, bajo las aguas más profundas del mar más profundo. Si la casa se hubiese incendiado de repente, no habría podido moverse, ni siquiera para salvarse o salvar a Martha y a John. Debía de ser ya tarde noche, a juzgar por la luz, y había pasado el día allí echada, a lo largo de todas las estaciones del sol, desde que se había levantado fulgurante tras la losa parda de las montañas y las hojas amarillas de todos los álamos, o chopos temblones —o lo que fuesen—, habían empezado a brincar y a retorcerse con la brisa. Se había dormido, había soñado y había vuelto a despertarse, un bucle que se repitió una y otra vez sin que nada cambiase. Julia^[142] había muerto, al igual que la cría, y no se había librado de ver las sábanas llenas de sangre, ni de sentir el frenético y desesperado paso de las horas antes del alba ni la mirada del médico con la mascarilla tapándole la boca.

Desde la cama oyó cómo se iba recomponiendo la casa a su alrededor, mientras el sol se posaba por un momento en el fulcro del pico más alto y luego parpadeaba hasta desaparecer, dando paso al frío de aquellas altitudes, que no tardó en instalarse en las paredes, en el techo y en los recios cristales de las ventanas. Y ¿qué estarían haciendo los niños? Ya debían haber vuelto de la escuela —Teddy y Joe, los hijos de Joe, y John, su propio hijo—, pero las criadas estarían encargándose de ellos, sobre todo de los niños de Julia y del marido. De repente se percató de que se había quedado a solas con aquel hombre que nunca le había gustado y que le recordaba a Edwin, igual de inexpresivo y callado, como si pensar, sentir o reflexionar sobre el alma fuesen una violación de algún voto masculino, y ser insensible lo significase todo en esta vida. Pues bien, ella no era así, y estaba viva. Y había ido hasta allí para escapar de un hombre con menos sentimientos que una piedra, y para estar con Julia, su amiga más querida, una mujer grácil y vivaz, en la flor de la vida, que había pasado por un embarazo duro y había necesitado de alguien con quien pasar el rato, reír, sentir... y ¿le sorprendía que aquellos últimos meses se hubiese sentido como en casa, en casa de verdad, por primera vez en años?

Y ahora Julia estaba muerta y ella se había convertido en una extraña en la casa de otro hombre.

La idea la espoleó e hizo que se incorporara de golpe. Había llegado el momento crítico: tenía que moverse, actuar, ver qué haría con los niños. Y las maletas, tenía

que hacer las maletas porque no pensaba quedarse allí ni un segundo más. Y Frank... tenía que telegrafiarle. Cuando lo pensó... lo que iba a decirle... —¡por dónde empezar tan siquiera el relato de lo que había sentido, la conmoción ante las palabras en los labios de la enfermera, la sangre de Julia que no hubo manera de contener, todo un ancho río empapando una toalla tras otra y las sábanas y la ropa hasta que quedaron manchadas como reliquias de santos, la cría, que nació muerta, retorcida y gris como un pegote de cera contra el hombro de su madre muerta, la noche que había pasado, el miedo, el dolor y la rabia!—, sintió que el duelo se apoderaba de ella hasta que todo se tornó gris y las montañas al otro lado de la ventana se precipitaron al vacío. Pero no iba a llorar, de ningún modo. No tenía tiempo para eso.

Lo primero era cambiarse de ropa —todavía llevaba el vestido del día anterior— y echarse algo al estómago. Pero no quiso llamar a las criadas con la campanilla, la sola idea la paralizó. Si las llamaba, recordarían su presencia e irían a la puerta y entrarían en el cuarto y se quedarían mirándola, y hablarían, gesticularían y le harían preguntas imposibles —¿quería sopa, un emparedado, pan con mantequilla, mermelada?— y no podía permitirlo. Y desde luego que no pretendía bajar ni al comedor ni a la cocina, donde estaría expuesta a ese hombre, a los criados y a los familiares que debían de haberse congregado ya en el salón. Y en ese momento se dio cuenta también de que tampoco quería ver a los niños. Pensar en ellos y en sus muchas necesidades, sus deseos y sus miedos, y en tener que asumir la responsabilidad de embellecerles lo que quiera que hubiesen oído de boca de las criadas cuando se hubiesen enterado de que Teddy y Joe tenían prohibido jugar y de que su madre estaba indispuesta y no se la podía molestar bajo ningún concepto, la paralizó una vez más. Fantaseó, y casi lo vivió, con salir por la ventana, trepar por el árbol más cercano y salvar corriendo el terreno que la separaba de la calle, hasta la ciudad y la acera que conducía al tren que llevaba... ¿adónde?

A Frank, ahí llevaba el tren, rumbo a Frank.

Se desabrochó los botones del vestido, se lo quitó y lo dejó tirado en el suelo, antes de ir al baño para llenar la bañera. Sintió las baldosas frías. Le llegó su propio olor, el del sudor reseco bajo los brazos y entre las piernas, el hedor del miedo y la incertidumbre. Cuando alargó la mano para abrir el grifo, le tembló y, al darse cuenta, intentó verlo como un fenómeno distante, como si fuera la mano de otra persona, pero no lo consiguió. ¿Por qué le temblaba?, se preguntó. ¿Por Julia? ¿Porque la vida le había fallado y la conmoción era tan insoportable que apenas podía seguir con su propia vida? ¿Porque no podía quedarse allí pero tampoco volver con Edwin? ¿O era por otra cosa, algo que no quería definir, un oscuro clímax en su vida que la arañaba por dentro para que lo dejase salir? Cerró el grifo y se incorporó. ¿En qué estaba pensando? No había tiempo para baños, era una locura, una ridiculez: el capricho de una mujer incapaz de decidirse.

Se despojó de la ropa interior y se aseó rápidamente, sin atreverse a mirarse en el espejo por miedo a ver a otra persona, a una que reconfortaría a los niños y esperaría

al funeral, que se recrearía en sus sentimientos como si fueran las cuentas de un rosario, que se sometería para ser una persona que no era. Encargaría flores, se escondería tras un velo negro, esa clase de persona. Mientras se vestía y empezaba a doblar la ropa y a ordenarla en la maleta, iba redactando en su cabeza el telegrama para Edwin, y la carta que le seguiría. «Julia ha muerto, Edwin». O no, mejor: «Ha ocurrido una desgracia horrible: Julia ha muerto en el parto. No puedo quedarme en esta casa ni un minuto más, es demasiado doloroso. Ven a por los niños en el primer tren. Tu esposa».

Una vez que hubo hecho la maleta, se puso el sombrero y el abrigo y fue a la puerta para escrutar el pasillo. El marido de Julia se había enriquecido con la plata — tenía su propia compañía minera en algún punto de aquel laberinto de montañas^[143] —, y la casa era el reflejo de sus advenedizos anhelos, una vivienda estilo Reina Ana grande e inconexa, recargada al máximo, con veinte dormitorios conectados por corredores sombríos. Siempre le había parecido un horror, en las antípodas de lo que Frank había concebido para su propia casa. Hasta ese momento, cuando resultó ser justo lo que necesitaba: luces tenues en los apliques de las paredes, escaleras que no daban a ninguna parte, y la sensación de estar bajo tierra al recorrer los pasillos, como si el arquitecto hubiese querido reproducir los túneles de sus propias minas. No había nadie en el pasillo y estaba todo en silencio.

El cuarto de los niños se encontraba en la segunda planta, justo debajo del suyo. Ya habrían cenado, y en una noche normal habrían estado en el salón jugando a algo delante del fuego, leyendo o dibujando; con la casa sumida en el duelo, en cambio, lo más probable era que estuviesen en el cuarto. Estaba oscureciendo y, por lo demás, John no era muy amigo de la calle y Martha era demasiado pequeña para estar fuera sin supervisión, por eso se había traído a Lucy para cuidarles. La muchacha debía de estar con ellos en el cuarto. Martha ya se habría metido en la cama y Lucy estaría contándole algún cuento de hadas mientras John pintaba en el diminuto escritorio ante la ventana en penumbra, fingiendo no escuchar. La idea la serenó mientras bajaba la escalera, atenta al mínimo ruido —había susurros y en alguna parte una puerta se cerró de golpe—, y recorría el pasillo del cuarto de los niños.

Hasta ese momento se había obligado a avanzar, sin atreverse a pensar más allá del ímpetu del momento y de la idea fija que se había adueñado de su persona, pero entonces, con la mano en el pomo, vaciló. Se quedó largo rato allí, aguzando el oído, hasta que le llegó la voz de Lucy en el suave y ondulante murmullo de su narración. Se produjo una pausa, seguida por la voz de Martha, una pregunta medio chirriante. Mamah se imaginó a su hija, que no tenía ni cuatro años y estaba allí justo al otro lado de la puerta, a cinco segundos de sus brazos, su carita de muñequita arrugada por la concentración —«¿Por qué?», siempre quería saber. ¿Por qué viven en un zapato? ¿Por qué los mirlos? ¿Por qué?— y sintió que flaqueaba. Era una madre horrible, despiadada, una fracasada, peor que cualquier madrastra malvada que hubiesen podido concebir los Hermanos Grimm. Iba a irse, a abandonar a sus propios hijos y a

dejarles allí, en una casa azotada por la muerte, con una criada irlandesa que no era más que una cría.

Con mucho cuidado, intentando no hacer ni el más mínimo ruido, dejó la maleta en el suelo y la pegó a la pared, para que no se viese desde la puerta. La voz de Lucy seguía sonando, rica y sonora, el sonido más dulce del mundo, uno de confort y seguridad, maternal —¡maternal!— pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué no era capaz de empujar la puerta y ocupar el lugar que le correspondía por derecho junto a sus hijos? Porque no quería a Edwin, esa era la razón; porque se había casado con él en las vísperas del gran precipicio que marcaba su trigésimo cumpleaños, tras la muerte, ese mismo año, de sus dos progenitores, cuando Edwin volvió a adentrarse en su vida y ella pensó que podría enterrarse en lo ordinario y no notar mucha diferencia. Pero Ellen Key sí que la notaba; Ellen Key, cuya obra conocía de memoria, porque era la luz verdadera, la redentora, y la sabiduría del mundo, de tal modo que estaba ahora traduciéndola al inglés para que todas las mujeres de Estados Unidos la conocieran y la siguieran en pos de su propia liberación. Nadie debía vivir en una casa de muñecas, nadie. «Y si una mujer se convierte en madre sin haber conocido el amor en toda su gloria, lo sentirá como una degradación; porque no le bastarán ningún hijo ni ningún matrimonio sin amor, solo el gran amor podrá satisfacerla». Y ¿dónde estaba ese gran amor? ¿Dónde estaba su alma gemela? En Oak Park, esperándola.

John dijo algo entonces, su voz a coro con la de Lucy para convertir el cuento en una canción, en la nana para la que ya era mayor, y su tono era de burla y de impaciencia, aunque estaba escuchando, todavía escuchaba, el lápiz de color quieto en su mano. Y Martha habló de nuevo —«¿Por qué?»—, pero la puerta era gruesa, caoba maciza, propia de un advenedizo, y no oyó ni la pregunta ni la respuesta, solo el murmullo. Con un gran sentimiento de culpabilidad y de vergüenza, retiró la mano de la puerta y por un momento se quedó mirando la carne pálida y las líneas de la palma bajo la tenue luz subterránea. No le temblaba, ya no. Tenía la mano tan firme y decidida como la de un asesino, la de un leñador con el hacha sobre la panza del lobo o la de una bruja con el horno a todo trapo, y se le fue al asa de la maleta, al tiempo que susurraba su despedida en un idioma nuevo, el del heroísmo y el sacrificio, y se escabullía por el pasillo.

No había oscurecido del todo, el cielo tenía un tinte cobalto refulgente e intenso que ya se tornaba negro por el este, un cielo de poniente perforado por los agujeros luminosos de las estrellas, aunque por debajo reinara la penumbra. Nadie la había visto por el pasillo posterior, pero cada vez que oía una pisada o la voz de algún criado se quedaba paralizada en el sitio. No tenía ganas de dar explicaciones —estaba por encima de todo eso—, y la maleta la habría delatado a las primeras de cambio. Hubo un momento, ya en la puerta de atrás, en que pensó que estaba todo perdido, porque el ama de llaves apareció por las puertas de la cocina con una bandeja de

emparedados y el servicio del té para el marido y los dolientes reunidos en el salón, pero logró esconderse tras un chifonier enorme que había en el pasillo hasta que la mujer, absorta en la bandeja y enfundada ya en luto riguroso, pasó de largo. Después solo tuvo que apresurarse hasta la puerta y salir a la noche creciente.

En la puerta Right Away, Great Captain! había un automóvil y dos coches de caballos; los rodeó de lejos, aunque tampoco importaba mucho que la vieses los cocheros: para ellos no era nadie, tan solo una desconocida con una maleta, envuelta en su mejor abrigo y con la cara oculta bajo el ala del sombrero, que cruzó el camino de entrada por detrás de los vehículos y se adentró en la calle. Su plan, que iba pergeñando mientras se cambiaba de una mano a otra el peso de la maleta, era ir al hotel y ver si encontraba un coche que la llevase a Denver. Desde allí podría coger un tren hacia el este, a Chicago, donde Frank estaría esperándola en la estación para cogerla entre sus brazos. Él llevaría una maleta consigo y se montaría entre la marabunta de pasajeros y la acompañaría a través de los montes y los campos de rastrojos de Indiana y Ohio, rumbo a Nueva York, por la ribera del Hudson hasta Manhattan. Allí subirían a un barco, a un gran paquebote coronado de chimeneas que se elevaría sobre las olas de un muelle del Lower West Side, un barco con destino a Bremen, y una vez en suelo alemán, cogerían un tren a Berlín, donde él tenía que encontrarse con *herr* Wasmuth para preparar la publicación de la carpeta con la que extendería su fama por toda Europa. Habían hablado de ello una y otra vez: Berlín. Y ahí lo tenían, al alcance de las manos.

Conservó esa imagen mientras sorteaba los baches de la calle e iba pasando de la luz a la oscuridad bajo las farolas, al tiempo que un viento serrano se le colaba por el cuello del abrigo: los dos juntos, dándole la espalda a todas aquellas... complicaciones. Si él estaba dispuesto, desde luego... Si tenía el valor suficiente, si la quería como decía. Por un momento tuvo miedo: estaba arriesgándolo todo, exponiéndose a todo tipo de censuras y a la vergüenza, pero ¿y si la dejaba plantada? ¿Y si no aparecía y no hacía lo que debía? ¿Y si no era capaz de reunir el dinero? ¿Y si resultaba que Kitty era más fuerte de lo que ella creía y acababa reteniéndole? Pero no, no, nada de eso importaba. Y en caso contrario, ya era demasiado tarde. Aceleró el paso, sintiéndose como una fugitiva.

Se paró en la oficina de telégrafos, donde le mandó un cable a Edwin para que fuera a por los niños, y se obligó a ser fría y precisa y a no pensar en nada más que en el asunto que tenía entre manos, y luego telegrafió a Frank diciéndole que iba para allá; que todo lo que habían soñado en sus cartas estaba desplegándose ante ellos; que era suya; y que había llegado la hora de que le demostrase a su vez que él era suyo. Después buscó y encontró a un hombre que la llevó a Denver, donde compró un billete de ida a Nueva York, con paradas en Omaha, Burlington, Chicago, Elkhart, Cleveland, Buffalo y Albany, y se sentó a esperar en la estación.

Eran solo las nueve pasadas y la estación estaba ya desierta. Miró hacia la cara lunar del reloj y siguió el reptar de la manecilla grande, tic a tic, como si se negase a

abandonar las marcas del círculo, mientras su cabeza se aceleraba y la adelantaba, expandiéndose en círculos cada vez más anchos que giraban en espiral de un tema a otro, al tiempo que el estómago se le contraía en una pepita arrugada por el miedo y la emoción. Y el hambre, porque no había comido, no podía. No tenía ni cuerpo ni tiempo. El reloj siguió arrastrándose a paso de tortuga. En la taquilla había una mujer que llevaba de la mano a una niña de la edad de Martha. En el banco de respaldo alto que tenía enfrente, dos hombres, con sendos trajes igual de grises y baratos, ambos con los sombreros en el regazo, la observaban disimuladamente; uno acariciaba ausente el sombrero como si fuera un gatito, y ¿qué sería?, ¿un detective?, ¿un fabricante de telas?, ¿un marido que había dejado a su mujer?

Quedaba una hora y media para la llegada del tren —al menos, según el horario—, y no lograba calmarse, no conseguía detener la carrera de su mente ni el acelerado ritmo de su corazón, y no sería capaz de tranquilizarse o de pensar con propiedad hasta que el maletero la condujese hasta su compartimento y cerrase la puerta por dentro. Miró hacia las puertas que daban a la calle, más allá de los dos hombres, medio esperando que en cualquier momento apareciese Lucy con un niño en cada mano, los tres llorando a lágrima viva e implorándole que se quedara. O el marido de Julia. O el *sheriff*. ¿Estaría quebrantando alguna ley? Era probable.

Al final, tan solo por distraerse, se levantó del banco donde le parecía haber pasado media vida para, con gran pesar, comprobar que solo habían sido cinco minutos. Decidió entonces ir al restaurante. Sintió los ojos de ambos hombres en el cogote mientras atravesaba la extensión de mármol, las pisadas retumbando como disparos en los oídos, cada paso un grito pidiendo consuelo, y luego empujó la puerta y entró en el restaurante, un sitio cavernoso y mal iluminado. Al principio no vio mucho más allá de la puerta, pero después surgió de la oscuridad un camarero que la condujo hasta una mesa pegada a la pared. En el resto de mesas se repartía un variopinto puñado de personas, hombres en su mayoría, que bebían y daban cuenta de sus bocadillos y sus chuletas; en la mesa de enfrente tenía a una pareja —de mediana edad y ropa ostentosa— que se sonreía abiertamente, el uno al otro, entre un cúmulo de bandejas y de frascos de salsas. Todos la miraron cuando entró y dejó la maleta a su lado, y lo dramático del momento la avergonzó y la estimuló a partes iguales. No estaba acostumbrada a estar sola en público. Siempre había tenido a su lado a Edwin, echándole encima un aliento de propietario, y los niños de escuderos, o a Frank, pavoneándose como si fuera dueño de todo centímetro cuadrado que pisaba. Ahora estaba ella sola.

Había pensado en tomarse un té y un bollo como mucho, pero en cuanto se sentó y ojeó la carta, se dio cuenta del hambre que tenía. El camarero le puso por delante un plato con apio y aceitunas y una cesta de pan con mantequilla. Lo despachó todo sin pensar y luego pidió un filete medio hecho con patatas fritas, menestra de verduras y una ensalada verde con salsa roquefort. ¿Quería algo de beber? ¿Una cerveza tal vez? ¿Una copa de vino?

Tenía ante ella al camarero, un hombre de mediana edad con una barriga que le presionaba hacia fuera los botones de la chaqueta y un corte de pelo que parecía que se lo hubiesen hecho a oscuras. Llevaba un traje ajado y grasiento digno del armario de un enterrador y estaba mirándola con suficiencia, insolencia incluso, como si lo supiera todo sobre ella, como si todas las noches mujeres casadas que hubiesen abandonado a sus hijos para escaparse con sus amantes desfilaran ante él, una detrás de otra, y bebiesen con ganas para acallar los pensamientos y la culpa que les pesaban como chaquetas de plomo. Le mantuvo la mirada, sin dejarse intimidar. Aquel hombre era un simple, un lacayo al que no había visto antes ni volvería a ver.

—Vino, una botella de Mosel.

Había aprendido a apreciar los vinos en su primer viaje a Europa, durante su luna de miel, cuando recorrieron Alemania y, aunque no era ninguna sibarita, sabía lo suficiente para confiar en los vinos alemanes, con los que estaba familiarizada. Y aquel, frío y límpido como un manantial alpino, le hizo efecto al instante, le relajó la tensión de los hombros y la abrigó donde más frío tenía, en el corazón. Y ¿qué si era una mujer sola bebiendo en un lugar público?, ¿qué pasaba?, ¿era independiente o no?; ¿se lo habría pensado dos veces Ellen Key?, ¿o cualquier europea, ya puestos? Estaba tomando vino con la comida, absuelta de la culpabilidad, de la preocupación y del pánico que momentos antes la atenazaran, y partió la carne, alzó la copa y no bajó la mirada ni por un momento. Que la mirasen, que le echasen un buen vistazo. Porque dentro de poco estaría en el tren, galopando sobre su lomo en plena noche, y habría dejado todo eso atrás.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Chicago, Frank estaba esperándola en el andén. Muy a su pesar, y pese al vino y al agradable balanceo del compartimento y de los pensamientos puramente positivos y amorosos que se había esforzado en evocar, había pasado la noche en blanco y un día que la enervó con miles de pellizcos de la conciencia y de la incertidumbre, y cuando le vio allí, fornido, resplandeciente e incuestionable, sintió que una sensación de alivio la embargaba. A partir de ahora estarían juntos y esa noche dormiría el sueño de la poseída, su piel contra la de él, cada célula y cada poro bebiendo del otro de pies a cabeza. Los frenos rechinaron. La estación se meció hasta hallar su equilibrio. Cuando por fin la vio, le dedicó una de sus sonrisas que conquistaban el mundo y avanzó hacia ella por el andén, y se sintió tan sobrepasada por el tumulto de sensaciones que le costó un momento darse cuenta de que Frank no llevaba nada en las manos.

No la abrazó —a saber quién podía estar viéndoles, eso lo comprendió—, pero parecía tan estirado y formal que a punto estuvo ella de perder la compostura.

—Mamah —fue todo lo que dijo.

Y después notó que la cogía del codo y la conducía entre el barullo de gente y por un pasillo, hasta una especie de despacho, un cuartucho con un escritorio,

archivadores y un ventilador de techo, y comprendió entonces con asombro que Frank había debido de alquilar la habitación por una hora para que pudieran verse en privado. Pero ¿por qué? ¿Por qué no llevaba ninguna maleta? ¿Por qué no había subido al tren con ella?

Cuando Frank cerró la puerta, al instante se sintió atemorizada, convencida de que iba a repudiarla, a construir un muro de excusas, a abandonarla como ella había hecho con Edwin y sus propios hijos, huérfanos de madre.

—Frank, ¿qué ocurre? —le preguntó sin aliento, con la sangre manándole con la punzada química del pánico, el yodo corriéndole por las venas, ácido, fuego líquido—. ¿Dónde está tu maleta? ¿Qué está pasando?

—No pasa nada —le contestó atrayéndola hacia sí para besarla, y la apretó con tanta fuerza que casi la dejó sin respiración—, es solo que necesito más tiempo, solo un par de días, tres como mucho... para... para recaudar dinero. Santo Dios, ha sido todo tan precipitado...

Se quedó abrazada a él, con la barbilla apoyada en su hombro, mientras su olor — el de su pelo, su ropa, el del cuerpo que tan bien conocía—, le producía el efecto de un tranquilizante. Confiaba en él, a ciegas. Él era suyo, ella era suya. Pero aun así se retiró y preguntó:

—¿Precipitado? Pero si llevamos más de un año hablando del tema, y dejé a Edwin en junio.

—No, me refiero a tu telegrama. He estado... estaba ya, vamos, desde que recibí tu telegrama no he hecho más que correr de un lado para otro vendiendo grabados, pidiendo adelantos a clientes e intentando hacer algo, lo que fuese, con los proyectos en marcha. Necesito más tiempo, solo eso^[144].

Se tranquilizó por un momento, aunque al punto volvió a ponerse tensa.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué se supone que voy a hacer?

—Ir a Nueva York, como teníamos previsto. Conozco un hotel... Ya he reservado habitación. Y he comprado dos pasajes para el *Deutschland* del viernes. No te preocupes. No te preocupes por nada, estaré allí en cuanto pueda. ¿Necesitas dinero?

—Sí, sí que necesito. —Y las implicaciones le rugieron en los oídos, con todo un oprobio de novela barata, porque ¿en qué la convertía aquello?, ¿en una mujer que recibía dinero por sus favores?

—Ten —le dijo.

Y le tendió la cartera, y se besaron hasta que Mamah notó el calor rígido de su compañero, dispuesto a abalanzarse a su interior, y después esperó con ella dentro del compartimento del tren, cogiéndola de la mano, y cuando el revisor dio su grito, Frank bajó al andén y la despidió desde el otro lado del cristal mientras las ruedas pegaban un respingo y la estación quedaba a sus espaldas.

Si hubo un momento que hizo que todo mereciera la pena, si solo le hubiesen

permitido capturar uno en una fotografía y pegarlo en un álbum de recuerdos, habría escogido aquel en que traspasó el umbral del camarote, por encima de las onduladas aguas bruñidas por el sol del Hudson, y le vio allí, con los brazos abiertos para recibirla. La había tenido tres días esperando en el hotel de Nueva York, del que no había salido ni una sola vez por temor a que la descubriesen. Los pensamientos la habían atenazado; había echado de menos a los niños y había dormido penosamente. Edwin ya habría regresado a Oak Park y se habrían disparado las alarmas, todas las cotillas y los chismosos del pueblo habrían sumado dos más dos, y ¿habría mandado a un detective en su búsqueda? ¿Sería tan mezquino y vengativo? A esas alturas, incluso la pobre pánfila de Kitty debía de saber la verdad. Y aunque Frank se había reunido con ella la noche anterior, se habían visto obligados a subir a bordo cada uno por su lado —e incluso habían llegado en taxis distintos— para no descubrir sus cartas. Había estado de los nervios toda la mañana, todo aquel sobre el que ponía los ojos era un traidor en potencia, el recepcionista, el portero que la había acompañado al taxi, el propio cochero... Durante la espera en el muelle se había sentido completamente desnuda, aguardando a que se encargasen del equipaje antes de poder subir por la pasarela y perderse entre la muchedumbre. Hasta que estuvo allí y notó que el barco se hundía y se alzaba majestuosamente bajo sus pies, estuvo preparándose para el momento en que alguien gritara: «¡Ahí está! ¡La abandonan! ¡La adúltera! ¡Que la detengan!».

Frank había decorado el camarote con todo tipo de flores, cerámicas y una selección de sus grabados japoneses apoyados diestramente en las esquinas. Vio la luz del sol entrar por las escotillas como si estuvieran en un universo privado, con el olor de las flores acaparándole los sentidos y las geishas en sus elaborados vestidos sonriéndole con benevolencia desde los confines de sus marcos y del monte Fuji, que, distante y revestido de blanco^[145], le prestó su aura de solidez al delirio de la felicidad que la embargaba.

—Ya no hay quien nos pare —le dijo Frank con una sonrisa cada vez mayor.

A continuación la cogió del brazo antes de darle tiempo a pensar y la hizo girar por el cuarto al ritmo de una orquesta imaginaria, tarareándole al oído. Después le enseñó el mobiliario como si lo hubiese diseñado él mismo, dio vueltas a su alrededor mientras deshacía la maleta e insistió en que dieran un paseo por cubierta mientras la sirena sonaba, el barco se alejaba del muelle y las gaviotas sobrevolaban el río con el impulso de una brisa fresca.

—¡Y vamos a comer! ¡Démonos un homenaje para celebrarlo! Lo que sea, lo que te pida el cuerpo. Porque es el primer día de todos los días que están por venir, el primero con la libertad para hacer lo que nos plazca. ¿No es extraordinario?

Y también ella lo sintió, y pensó en Goethe y en la traducción que había estado haciendo para él mientras las horas se pulverizaban como cenizas en su solitaria habitación del hotel, en el *Fausto*, pensando en el *Fausto*...

—«¡Llámenlo felicidad! —recitó Mamah apretándose contra el brazo de Frank—.

¡Corazón! ¡Amor! ¡Dios! / ¡No tengo palabra / para definirlo! ¡El sentimiento lo es todo!».

Y así fue, hasta que el segundo día Frank amaneció del color de una *liverwurst* y no pudo ya salir de la cama.

—Sería un pirata pésimo —le dijo, con la voz ahogada y apagada.

Le vio doblarse sobre una bacinilla esmaltada, con el estómago revuelto, contraer las extremidades e ir entre temblores al aseo, le vio dormir, gruñir y echarse las mantas por la cabeza, como si quisiera escapar de las guiñadas y las cabezadas de la fuerte marejada que les acompañó durante las dos semanas que duró la travesía. Pasó todo el tiempo a su lado, cuidándole, leyéndole en voz alta y enseñándole nociones básicas de alemán —«*Ich spreche ein wenig Deutsch*»; «*Ein Tisch für zwei, bitte*»; «*Moment! Es fehlt ein Handkoffer!*»—, y él se portó como un auténtico crío, como cuando John se constipaba, igual que Martha. Solo podía tomar caldo y tenía frío todo el rato, arropado con sus mantas, lastimero, sin parar de quejarse. Edwin —esa piedra, ese bloque humano— era un almirante comparado con él. Pero eso no importaba, porque los sentimientos lo eran todo, y Frank era un almacén de sentimientos, una caja fuerte repleta de compromiso. Le leía hasta que las palabras le salían entumecidas de la boca, le ponía compresas húmedas en la frente y le masajeaba los hombros y los músculos de las pantorrillas, que se le engarrotaban. Estaba hecho una pena, mientras que ella se sentía fuerte, cada día más.

Cuando llegaron a Bremen, se recuperó. Comió tanto de una vez —albóndigas de patata, *spätzle*, *sauerbraten*, *schmierkäse*, encurtidos, chucrut y generosas rodajas de *pumpernickel* untadas de mantequilla— que ella pensó que iba a reventar. Para cuando llegaron a Berlín, había vuelto a su ser, dando saltitos a su lado y girando el bastón, con los faldones de la capa ondeando con la brisa fresca que él mismo generaba, y cuando entraron en el Hotel Adlon de Unter den Linden, todos se volvieron para mirarle como si fuese el canciller en persona. Fue con paso ceremonioso hasta el mostrador de recepción, casi tirando de ella, le dio la vuelta al registro con gran afectación y, con su caligrafía inclinada y geométrica, firmó «Frank Lloyd Wright y señora» sin pensárselo dos veces.

Capítulo 3

La honestidad en persona

Que fuese una de las niñas la que respondió a la puerta —Catherine, con su porte de jovencita y su entusiasmo, deseosa de buenas noticias, de recibir una carta de su padre o un paquete a su nombre, o de abrirle la puerta a una amiga del colegio que viniera a cotillear sobre chicos— no hizo más que empeorar la situación.

—Mamá, hay un hombre que quiere verte. Dice que es del *Tribune*.

Había estado bregando con la cena, cortando el asado, pasando las patatas por el pasapurés, pelando zanahorias y cebollas y corriendo de la fresquera a la pila, de la pila a la hornilla, y vuelta a empezar. No esperaba visitas, y desde luego no de un desconocido; y menos aún de alguien del periódico.

—¿Qué es lo que quiere? No será por la suscripción, ¿no? —Y añadió, como hablando consigo misma—. No me digas que también vamos retrasados con el pago...

Catherine, que estaba en el umbral con cara de expectación, se encogió de hombros y respondió:

—No lo ha dicho.

Kitty se quedó un momento mirándola, contemplando a su hija apoyada contra el marco de la puerta, despreocupada, hermosa, con los ojos de su madre y la constitución de su padre, todavía con la ropa del colegio, un lazo en la cabeza y el guardapelo del cuello reflejando el último rayo desvaído de sol que entraba por la ventana. Tenía quince años, y pronto cumpliría los dieciséis, casi la misma edad con la que Kitty había conocido a Frank. Aquel pensamiento la paralizó por un momento e hizo que se sintiese al mismo tiempo nostálgica y protectora, y entonces Frank resonó en su cabeza como si tocasen a rebato. ¿Era Frank? ¿Tenía que ver con él?

El hombre la aguardaba en el recibidor, nada más pasar la puerta. Tendría veintipico años, treinta y pocos como mucho, e iba vestido con un traje de cuadros que le quedaba grande y una corbata con el nudo flojo. Le sonrió como un niño al que le dan un regalo inesperado.

—¿Señora Wright?

—Soy yo —le respondió, algo perpleja; y aunque intuyó que, quisiera lo que quisiese aquel hombre, no iba a ser nada bueno (se le veía en los ojos, en ese parpadeo de superioridad, como si supiese algo que ella ignorara), se oyó decir—: Pero, pase, no se quede ahí.

Le condujo hasta la chimenea del salón, donde estaba encendido el fuego. Fuera, la luz desaparecía y un viento revolvía las hojas de los restos amarilleados del césped.

Era el 7 de noviembre, una fecha que no olvidaría en su vida.

—Bueno —empezó a decir el periodista adelantándose para calentar las manos en el fuego, mientras Kitty se mantenía muy rígida y Catherine se asomaba al cuarto con las cejas arqueadas por la consternación—, no le robaré ni un minuto de su tiempo. —Se sacó una libreta y un lápiz del bolsillo y se volvió hacia ella—. Me llamo Adler, Frederick Adler, y trabajo para el *Tribune*. —Hizo una pausa breve para que Kitty asimilase el peso de la asociación—. Me preguntaba..., es decir, nos preguntábamos, mis redactores y yo, si tiene usted algo que comentar o declarar, para que conste^[146]

...

—¿Algo que comentar? —repitió Kitty—, ¿sobre qué?

—Sobre su marido.

Un mínimo tic de intranquilidad empezó a manifestarse en las profundidades de su ser, y sintió que una vena le palpitaba en el cuello.

—¿De mi marido? ¿Qué le pasa? —Y de pronto, sin poder evitarlo, la asaltó su intuición y supo que estaba muerto, o herido, gravemente herido. Vio los huesos quebrados y la sangre en el asfalto. Sus ojos buscaron los de su hija—. ¿No estará...?

El semblante del hombre se endureció.

—¿Se encuentra en casa?

—¿Cómo? No, está de viaje de negocios. Se fue hace... ¿Por qué?, ¿es que ha ocurrido algo?

—No, no, nada de eso. —Y Catherine, la pobre, la miró como si unos salvajes con un hueso en la nariz estuvieran asándola sobre unas ascuas—. Lo único que quería era algún tipo de... —y en ese punto se llevó la mano a los pliegues del abrigo y sacó un periódico, el *Chicago Tribune*, y se lo tendió como si fuera un ejemplar de la Biblia sobre el que tuviera que jurar ante el juez— aclaración.

El titular le chilló, con letras mudas, negro sobre blanco, pero que le aullaron igualmente, con la fuerza de una sirena de bomberos: «*Wright se registra acompañado en un hotel de Berlín*». Y debajo, con un grito aún más penetrante: «Registra a la señora Cheney como su esposa».

En ese preciso instante sonó el teléfono. Tenía todas sus fuerzas puestas en no soltar el periódico, en no dejarlo caer al suelo, en no lanzarlo al fuego o no rasgarlo llevada por la rabia y el odio.

—Catherine —dijo esforzándose por controlar la voz—, ¿te importa ver quién es?

Se quedó contemplando cada paso de su hija hasta que esta salió, fue al pasillo y cogió el auricular. Solo entonces, una vez que la niña estaba fuera de alcance —y de peligro—, Kitty se volvió hacia el reportero. Alzó la cabeza pero, sin querer, dio también un paso atrás hasta que se quedó con la espalda pegada a la chimenea y con la inscripción que Frank había grabado —«*La verdad es la vida*»— por encima de la cabeza^[147]; y es que lo que estaba a punto de decir distaba mucho de ser cierto.

—Sí, sí, nos escribió la semana pasada a través de su editor, Wasmuth Verlag, para contarnos que iba a pasar un tiempo en Berlín para trabajar en los dibujos de la

carpeta que va a publicar. —Tomó aire, mientras el hombre seguía escribiendo algo en la libreta, palabras eternas, su declaración oficial, su testimonio, aunque ella todavía no había acabado—. Por supuesto, tiene que haber algún tipo de error. La señora Cheney (una de sus clientas, como usted sabrá), le decía, esa señora está en Colorado.

Al cabo de dos días, en los que el teléfono no paró de sonar —hasta el punto de tener que desconectar el cable para no volverse loca y para que los niños dejaran de esconderse, como si les hubieran azotado, temerosos de asomar la cabeza en su propia casa e igual de sombríos, pálidos y engañados que ella—, accedió a encontrarse con los periodistas, aunque solo fuese para poner fin al asedio al que les tenían sometidos: estaban por todas partes, ubicuos como moscas, toda una bandada rondando por la propiedad, a pesar de las veces que había mandado a la muchacha fuera para decirles que se largaran, porque levantaba la vista de la hornilla y se encontraba con un desconocido haciéndole señas desde la calle, cruzaba el salón y se veía cara a cara con un hombre que agitaba una libreta y hacía mímica junto al arriate. Se pasaron día y noche espionando por las ventanas y llamando al timbre, hasta el punto de que Kitty pensó en desconectarlo también para acallar el zumbido que le retumbaba en la cabeza.

Había cerrado temporalmente la guardería, y no permitió que sus propios hijos fuesen a la escuela, para ahorrarles el mal rato. Y aquello era lo más cruel, pensar que sus hijos tuvieran que verse salpicados de esa manera resultaba intolerable: ¿cómo podía haberles hecho eso? ¿Cómo había sido tan egoísta? Frances estaba llorando; la clase entera iba a recitar *La canción de Hiawatha* y la maestra les había advertido de que todos sin falta, sin importar lo tímidos que fuesen o lo testarudos que se pusieran, tenían que asistir y llevar sus versos aprendidos de memoria, si no, dejarían al resto del grupo en la estacada.

—Pero, mamá, tengo que ir —no paraba de insistir—. Tengo que hacer de Minnehaha. Y, y... —se derrumbó, doce añitos y llorando a lágrima viva— ¡Roger McKendrick es Pau-Puk-Keewis!

La vida de Catherine también se vio convulsionada, así como la de John y David, el colegio rebotante de cuchicheos, y podía imaginárselo, la crueldad de la muchachada, las conversaciones silenciadas al entrar ellos en el aula, los dedos señalando, los ojos mirándoles de soslayo.

Sin embargo, tenía que apartar de la cabeza todos esos pensamientos porque los reporteros estaban dándose cita abajo y no pensaba caer en su trampa, se lo había prometido. Querían escándalo, querían al ama de casa malhablada, la escenita de la mujer enloquecida, pero no tenía intención de dársela. Se cepilló el pelo —una melena que seguía siendo su orgullo, del color de un penique de cobre nuevo y sin una veta de gris que lo desluciera— y se puso uno de los vestidos de líneas rectas y gorguera que le había diseñado Frank, el azul, que iba a juego con sus ojos. Era el vestido de él, su sello en ella, y lo vestiría con orgullo a la par que modestia, y

respondería a las preguntas sin acritud ni ironía. Era su marido e iba a salir a defenderle, le costara lo que le costase.

El timbre —ese trasto del demonio— sonó y volvió a sonar mientras se vestía, y siguió hasta que el reverendo Kehoe llamó suavemente a la puerta del dormitorio. El religioso había sido tan amable de ofrecerse como intermediario, para recibir a los reporteros en la puerta y llevarles con su característica austeridad por el pasillo, hasta el cuarto de juegos, el espacio público más grande de la casa y el corazón del hogar^[148]. Había decidido hacerles frente allí, mejor que en el salón o en el estudio de Frank: al fin y al cabo se trataba de un cuarto de juegos, un lugar consagrado a la familia y construido para sus hijos por un padre amoroso, que no era ningún donjuán ni había abandonado a nadie, sino solo un alma que se había dejado arrastrar por las fuerzas de la tentación. Aunque sentía un dolor agudo en el pecho y en el estómago —no hacía ni una hora que había desayunado—, ese era el discurso al que pensaba aferrarse.

Al abrir la puerta se encontró al reverendo.

—La están esperando —le dijo con los ojos fulgurantes de convicción en la oscuridad del pasillo, el cuello clerical era una cuchillada fantasmal bajo la barbilla.

El propio párroco tenía ocho hijos y era extremadamente pío, más rígido que un hierro. Kitty llevaba más de una década asistiendo a sus soporíferos sermones dominicales, en los que divagaba sobre los mejores pasajes de la exégesis bíblica, además de contribuir a sus obras benéficas y de participar a sus órdenes —o las de su mujer— en sus opresivas meriendas y en las ventas de dulces, y ese día había acudido para recompensarla por ello. Era un hombre de Dios e iba a acompañarla en aquel suplicio, porque no tenía marido en quien apoyarse, ya no. ¿Así iba a ser a partir de entonces?, ¿viviría como una viuda durante lo que le restaba de vida? ¿O se cansaría Frank de Mamah y volvería con ella? Tenía una vaga imagen de él abalanzándose sobre una fuente de *spätzel* en algún palacio prusiano lleno de alfombras de oso y de cabezas de ciervo sobre las chimeneas; y de Mamah tomando champán en una copa de cristal fino y echando hacia atrás la cabeza y riendo, con esa risa suya ondulante y desenfadada que tenía perfectamente medida para dejar a toda mujer helada hasta el tuétano y hacer que todo hombre se volviese para mirarla.

—¿Se encuentra bien, Catherine? ¿Se ve preparada?

—Sí —le respondió, aunque tan bajo que no estaba segura de que la hubiese oído.

—Porque podemos suspenderlo todo... Solo tiene que decírmelo y les mando a todos a casa.

Pero tenía que pasar por aquello, tenía que hacer lo que estuviese en sus manos para mejorar la situación, poner fin a los rumores y a la especulación, por el bien de sus hijos y por el suyo propio. Y por el de Frank. Los niños tenían que volver a la escuela y ella debía concentrarse en su negocio. Y aunque se sentía una desheredada, como si se encaminase a una lapidación pública, y habría preferido estar en cualquier otra parte del mundo, le dijo que no y entró en la estancia erguida y con la cabeza

bien alta^[149].

—¡Señora Wright! —la llamó uno, pero el reverendo le mandó callar con la mirada.

Kitty, sin embargo, no podía mirarles, había tantos, todos unos completos desconocidos que se habían congregado en el sanctasanctórum de su casa con la única intención de destruirles a ella y a su familia, y no le querían ningún bien, no eran mejores que vulgares asesinos, todos y cada uno de ellos. Se tomó un minuto para serenarse —patillas, no veía más que patillas, un proceloso mar de vello facial— y con voz clara y hacendosa empezó a leer la declaración a cuya redacción había dedicado dos días.

—En estos momentos mi corazón está con mi marido, que volverá en cuanto le sea posible. Tengo una fe en Frank Lloyd Wright que tal vez supere el entendimiento, pero le conozco mejor que nadie. En este caso, es tan inocente de cualquier maldad como lo pueda ser yo.

¿Tenía el corazón aporreándole las costillas como una cuchara que rebañase el fondo de una olla? ¿Estaban todos, como un solo hombre, mirándola con incredulidad, con desconfianza incluso? No importaba, porque esas eran sus palabras y así tendrían que informar sobre ellas, para eso estaban allí, ese era su objetivo, su función en la vida: informar. Se habían divertido informando sobre la mugre, ya era hora de que informaran también de la pureza más arrolladora.

Toda la habitación estaba sumida en el silencio. Un hombre golpeó la pipa contra la palma de la mano e hizo ademán de levantarse para depositar las cenizas en la chimenea, pero se lo pensó mejor. Kitty se quedó mirando por las ventanas, con ganas de poder salir flotando de la habitación y escapar de allí como una nube de vapor, pero estaban atrincherados, todo el ambiente cargado bajo una luz extraña y temblorosa, como si un diluvio bíblico hubiese anegado Oak Park mientras hablaba y las aguas hubiesen entrado sigilosamente hasta sumergirles para siempre. Tal vez fuese ese pensamiento —el de agua en abundancia— el que le hizo darse cuenta de la sed que tenía. Tragó saliva sin querer, y de paso se lo tragó todo, el miedo, la esperanza, la vergüenza... y siguió adelante.

Les habló de los esfuerzos de Frank, del joven arquitecto que había llegado a Chicago con las manos vacías y se había convertido en el gran hombre que era a base de trabajo y dedicación, y que el aprieto en que se hallaba no era más que otro bache en el camino que estaba luchando por superar con toda la fiereza de su voluntad.

—Frank Wright no me ha engañado en la vida —les dijo, e incluso se lo creyó, aunque solo fuese en el ardor del momento—. Es honesto en todo lo que hace. Es la honestidad en persona.

Volvió a hacerse el silencio, y comprendió que estaban todos intentando digerir esa última frase, con las caras contraídas y confundidas. Y al cabo empezaron con las preguntas, mientras el reverendo Kehoe iba dándoles el turno de palabra a unos y otros.

—¿Piensa iniciar los trámites para el divorcio? —quiso saber un hombre que estaba en primera fila.

Su respuesta fue espontánea y apasionada, con auténtica convicción, como si se hubiese vuelto una conversa en el transcurso de los últimos diez minutos y jamás en la vida hubiese albergado un solo pensamiento negativo sobre su marido.

—Lo que soy como mujer —aseveró—, aparte de a mi buena cuna, se lo debo al ejemplo de mi marido. No tengo ningún problema en reconocerlo. ¿Ve usted probable que emprenda acciones judiciales?

Y les aseguró entonces que Frank regresaría en cuanto consiguiera dominarse a sí mismo y ganar la batalla que tan heroicamente estaba librando por ella y por sus hijos; y que cuando volviese —y eso sí que lo creía de veras, más allá de la pasión del momento—, todo sería como antes.

—¿Y qué hay de la señora Cheney? —preguntó un insolente joven desgarrado desde atrás, y ¿quién era? Ah, sí, el señor Adler, el que había revelado la noticia y se había presentado por sorpresa en su propia casa. Pues bien, no iba a cogerla desprevenida dos veces, eso por descontado.

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Cuando vuelva su marido, me refiero, ¿cómo encajará ella en el dibujo?

Ahí estaba: el momento de la verdad. Notó que respiraron hondo como un solo hombre y todos a una pasaron las páginas de sus libretas y agarraron con más fuerza la punta del lápiz. Para eso habían venido.

Mamah, la petulante de Mamah, con su risa de salón de baile y su estilizada figura infantil, se irguió y se abrió camino en su conciencia, y a punto estuvo de escabullirse pero no lo hizo.

—Respecto a la señora Cheney —dijo, y el reverendo Kehoe le lanzó una mirada de reprobación que decidió ignorar—, me he obligado a apartarla de mis pensamientos. Se trata simple y llanamente de una fuerza contra la que tenemos que combatir. Nunca he tenido la sensación de respirar el mismo aire que ella. Es un caso de vampirismo, así de sencillo. Habrán oído ustedes hablar de esas cosas, ¿no?

Sí, por supuesto que sí. Se ganaban la vida con ello, rastreaban los callejones, los burdeles y los tugurios más sórdidos y vulgares en busca de esos mismos vampiros, para mostrarlos a la luz del día y sacar tajada, una buena noticia. Y ahí la tenían, la mejor noticia que podían lograr: Frank no tenía la culpa de nada, salvo de caer bajo el hechizo de una vampiresa, y ella, Catherine, Kitty, su mujer, le apoyaba con toda su alma.

Así y todo, la habían abandonado y lo sabía. Frank no le escribía, no le telegrafaba ni se comunicaba con ella de ninguna manera, a pesar de que tenía que haberse enterado por los periódicos, debía saber ya la postura que ella había tomado; sin embargo, al parecer, era una desconocida para él, o peor, porque sí que escribía a

diario a desconocidos, sobre un asunto de negocios u otro, para trocar sus preciosos grabados o para encargarse un montón de trajes o sombreros hechos a medida, pies tabla de cipreses o una nueva montura para el caballo que no podía montar porque estaba en Europa. ¿Qué había hecho para merecerse ese trato?, ¿ese desprecio? ¿Y ese silencio, sobre todo, ese silencio enloquecedor?

Frank no se dignó a escribir hasta después de las Navidades, y lo hizo para pedirle a Lloyd que se reuniera con él en Europa y le ayudara con los dibujos de su carpeta. Su hijo fue directamente a ella porque era obediente y leal y estaba de su parte (como el resto, y Frank, cuando volviera, tendría que enfrentarse a las consecuencias de sus actos). Al principio se opuso a la propuesta; es más, la sacó de sus casillas. Frank había huido, y ¿ahora quería alejarle también de su primogénito? ¿Qué sería lo siguiente, embarcar a la familia entera rumbo a Alemania, Italia o donde quiera que estuviese y poner a Mamah Cheney en el papel de madre? No, le dijo, de ninguna de las maneras, y se pasó toda una tarde de desconsuelo metida en la cama, ora llorando sobre la almohada ora mirando el techo, con una sensación de pérdida y desolación como nunca había experimentado en su vida. Se habría pasado allí el resto de la semana si Llewellyn no se hubiese plantado en la puerta del dormitorio arrastrando uno de sus muñecos maltrechos para, de una tacada, preguntarle por qué estaba tan triste e informarle del hambre que tenía.

—Mamá, ¿estará pronto la cena? —le preguntó, y era Frank en persona, sin rastro de los Tobin en él, la viva imagen de Frank—. Es que tengo hambre. Quiero tarta. ¿Puedo tomar un trozo de tarta?

Al rato —la cena la serenó, al ver a los niños reunidos en torno a la mesa charlando sobre las anécdotas de sus vidas, vidas que nada tenían que ver con la discordia marital y la silla vacía que presidía la mesa—, empezó a ver las cosas desde otra óptica. Era una señal positiva, ¿no era cierto? Por lo menos Frank estaba tendiendo la mano; debía de haber echado en falta a su familia tanto como ellos a él, esa primera Navidad separados, la casa sin su alegría, todos los regalos y las canciones, una farsa, y los adornos que colgaban del árbol, apesadumbrados por su ausencia. Lloyd tenía diecinueve años, la edad con la que Frank empezó a trabajar como aprendiz de arquitecto, y aquella era una oportunidad para obtener un buen empleo, para medrar y asociarse con su padre, así como para ver mundo: no podía negárselo^[150]. Y se le ocurrió otra idea entonces, y por egoísta que fuese, ¿quién podía culparla? Lloyd sería su espía. Tendería un puente sobre el silencio, se convertiría en sus ojos y oídos, salvaría el abismo entre ella y Frank y le daría esperanzas renovadas, porque Mamah no era nada, apenas un capricho, y su marido acabaría volviendo a casa, estaba convencida. Y Lloyd —¿cómo iba Frank a resistirse a él, a su propio hijo?— sería quien se lo trajese de vuelta.

Su hijo se fue a mediados de enero, un día tan plomizo y gris que el cielo, para la poca luz que dejaba pasar, bien podría haber sido la tapa de un ataúd. Nunca supo cómo se enteraron los periódicos, pero cuando llegaron a la estación de Oak Park,

había un reportero esperándoles que se interpuso entre ella y su hijo, «Solo un par de preguntas, si no les importa». Pues bien, sí que le importaba, por supuesto que sí, y a los niños también, que estaban en el andén, conmocionados, mientras ella se enjugaba los ojos y Lloyd se hundía por el peso de las maletas. Le dijo que la telegrafiasen en cuanto llegase a Nueva York y de nuevo cuando estuviera en Florencia, porque al parecer Frank estaba allí, dándose la vida padre con su amante bajo el sol de la Toscana, mientras su familia se moría de frío en el inclemente invierno de Chicago.

El artículo del periódico del día siguiente —«*El hijo de Frank Lloyd Wright, dispuesto a reparar la brecha familiar*. El muchacho zarpa hoy para Italia en busca de su padre, que se escapó con la sra. de Edwin Cheney»— fue otra intromisión, una nueva humillación de una larga serie. Se sintió sucia, como si fuese la culpable. ¿Y qué se sentiría al tomar a otro hombre, sentirlo entre las piernas, sus labios por el cuello y los pechos? No podía ni imaginárselo. Por mucho que intentó visualizarlo, solo se imaginaba con Frank, su marido, el único varón que había conocido. Pero luego pensaba en él con Mamah, y toda la escena se le difuminaba en la cabeza solo de la vergüenza. No era capaz de mirar a los ojos a los vecinos, no soportaba la idea de encontrárselos por la calle, en la iglesia o en la tienda, de ver la cara de compasión que ponían o la forma en que apartaban la mirada como si estuviese contaminada. Dejó de salir.

Muy lentamente, conforme las semanas y los meses fueron acumulándose, se vio acostumbrándose a su ausencia. La primavera se coló sigilosamente entre los árboles, los días empezaron a ser más cálidos y el sol pintaba a rayas el césped; decidió salir y dedicarse a fondo a su jardín de flores, como cualquier viuda, cualquier soltera o mujer abandonada (porque en alguna parte debía de haberlas a puñados, debían de ser legión, todo un ejército, y no solo en Oak Park o el «Retiro de los Santos», donde todas las mujeres iban con un hombre del brazo y todos los bancos de la iglesia estaban ocupados por los justos y los elegidos). Después llegó junio, los niños terminaron la escuela y se abrieron paso los largos días del verano. Mantenía una correspondencia regular con Lloyd, pero incluso su hijo se le antojaba distante ya, como alguien a quien hubiese conocido en otra vida. Igual que Frank, que ahora vivía en Fiesole con él y con un aparejador que había contratado, trabajando denodadamente para plasmar sus diseños en el formato que le pedía el editor, mientras que Mamah se había quedado en Berlín, enseñando inglés en una escuela. ¿Se habría cansado ya de ella? No se permitió ilusionarse porque, antes de darse cuenta, ya era otoño otra vez, y los niños regresaron al colegio y su marido llevaba fuera de su vida casi un año. Un año... un año entero. ¿Y cuántos años le quedaban a una persona, a una pareja, como para desperdiciarlos de esa manera?

No albergó esperanzas ni creyó en nada hasta el día en que llegó la carta de su hijo informándole de que Frank volvía a casa, solo, primero a Nueva York y después a Chicago y a la vivienda que había construido en Oak Park para ella y los niños, sus hijos, los de ambos. Volvía a casa, ya iba de camino. Habría vuelto antes de que las

hojas cayesen de los árboles y de que la escarcha ribeteara el césped. Tuvo que respirar hondo, porque en su interior ya se había formado la escarcha, el hielo, un muro rígido, y la carta, dos finas hojas de papel, la derritió con una bocanada de aire que le barrió todo por dentro, la más dulce de las purgas. A casa, volvía a casa... Y cuando por fin llegó, en el coche de un cliente, que intentó ocultar el rostro por la vergüenza y ni tan siquiera se bajó del coche^[151], Frank recorrió el camino de entrada tan tranquilamente como si nunca se hubiera ido, y los niños corrieron a su encuentro; Llewellyn se le colgó de la cintura y Frances se le tiró a los brazos mientras los reporteros garabateaban en sus hojas ajadas y ella aguantó la sonrisa hasta que le escoció.

Si se había hecho alguna ilusión, pronto se esfumó, porque, en cuanto estuvo fuera del alcance de los reporteros, apenas la miró y, después de la cena —la primera en familia después de un año—, lo dispuso todo para dormir en el estudio. No en su cama, en la de ambos, sino en el estudio. Le había dado bastantes vueltas al tema, a cómo dormirían, porque no pensaba entregarse y dejar que hiciera con ella lo que quisiera después de haber metido a esa fulana en su lecho: pensaba darle todo un discurso sobre lo que pensaba, una auténtica paliza verbal, y las heridas tardarían un tiempo en sanar, era normal, pero era su marido, el hombre al que quería, y con el tiempo se reconciliarían, volvería la ternura y sobrevendría el perdón. Le veía volviendo a ella, el antiguo Frank, arrepentido y necesitado, y le rogaría, se lo suplicaría. Pero, al fin y al cabo, ella vivía en su mundo, ¿no? Él no era el antiguo Frank y nunca lo sería. Se comportaba como un combatiente enemigo, más frío que la muerte en invierno, y si vivía bajo su mismo techo, era solo por las apariencias. Los periódicos podían cacarear sus titulares —«*Wright vuelve con su esposa a Oak Park*. La familia da la bienvenida al arquitecto que se fue a Europa con la mujer del vecino»—, pero era todo pura impostura. Utilizaba a los niños de parachoques, sin atreverse a mirarla a los ojos; y cada vez que intentaba escarbar, tantear el terreno y mirarle a la cara para ver en qué punto estaban, se levantaba de un brinco y salía de la habitación.

A la semana, una noche en que soplaba la primera borrasca desde Canadá, se reunieron todos en torno a la lumbre después de cenar y escucharon la bonita voz del cabeza de familia mientras contaba una historia tras otra, bien cantando como un rapsoda el juego de la luz de la mañana en los olivares de Fiesole, bien describiendo la manera en que los pescadores lanzan las redes a las olas para pescar sardinas en Piombino, o rompiendo a cantar e improvisando una nana para Llewellyn. Kitty no le quitaba los ojos de encima, al tiempo que esbozaba una sonrisa falsa y reía por los niños, aunque solo verle —su cara gesticulante, su risa fácil, el porte de hombre confiado, tan cómodo e impenitente, de homicida concentrado en su propósito— la enfurecía. Iba a plantarle cara, estaba resuelta. Y no pensaba irse de la habitación, ni siquiera para acostar a Llewellyn, hasta que le pillara a solas.

Por fin la fiesta empezó a declinar, los niños se perdieron en sus habitaciones, con

sus libros y sus deberes, y solo quedó Llewellyn. El benjamín parecía entre aturdido y fascinado por el padre, aquella aparición de la que tanto había oído hablar en el último año: solo seis años y esforzándose ya por reconciliar el vago producto de su memoria con aquella presencia real, con esa figura que se hacía el estrafalario, y ¿cómo no iba a estar confundido? Insistió en quedarse todo el tiempo sobre el regazo de Frank, sin parar de reclamar su atención, de tocarle la cara y las manos y pegar la cabeza una y otra vez contra su pecho, como para asegurarse de que era de verdad; Kitty notó que a Frank empezaba a incordiarle, y en otras circunstancias habría intervenido, con un «Deja de dar la murga», o un «¿No es hora ya de acostarse?». Pero no dijo nada y se limitó a observar. Hasta que Frank, exasperado, la miró con mala cara y le preguntó:

—¿No debería estar ya en la cama?

—Sí, debería —le respondió, pero no se levantó para coger al niño en brazos como una esposa y madre obediente, ni para arrullarle, hacerle carantoñas o hacerle sonreír.

—No quiero acostarme —intervino Llewellyn—, quiero quedarme con papá.

Frank dejó escapar un suspiro.

—Anda, ¿por qué no te lo llevas?

—¿Por qué no te lo llevas tú? Para algo eres su padre, ¿no?

—No empecemos —le dijo, y Kitty quiso echarse a reír en su cara.

¿Quién se creía que era para decirle lo que tenía que hacer? Ella era la que cargaba con las facturas, con la casa, los niños y su suegra.

—Llewellyn, ¡vete a la cama! ¡Ahora! —le gritó al pequeño.

Este pareció aturdido (y somnoliento y lloroso), pero ante todo aturdido. Con gusto habría cogido una pataleta, se lo vio en la cara, pero el tono de la voz de su madre le había quitado la idea de la cabeza. Muy lentamente, como si estuviera bajando de un pico imposiblemente elevado y traicionero, tanteando en busca de apoyo para los pies, dejó el regazo de su padre y se fue al cuarto con la cabeza gacha y los hombros hundidos por la derrota.

—Ahora subo —le dijo para calmarle, antes de mirar a Frank y añadir—. Tengo que hablar con tu padre un minuto.

Pero este ya se había levantado para rehuirla, y tuvo que ponerse de pie y cogerle del brazo para retenerle en la habitación.

—Dime —le dijo intentando controlar la voz— qué es lo que está ocurriendo aquí. Y me lo dices ahora mismo.

La miró con unos ojos totalmente vacíos; no estaba ni molesto ni enfadado, lo suyo era pura indiferencia.

—En cuanto tenga todo listo, me voy.

—¿Que te vas? ¿Cómo que te vas? Pero si acabas de llegar...

Le pareció oír unas pisadas por el pasillo y un portazo en la planta de arriba. La casa resonaba y zumbaba como un espacio ajeno, un lugar que nunca había habitado,

en el que nunca había sido feliz.

Frank se zafó del brazo y le dijo:

—Quiero el divorcio.

Kitty no le hizo caso, no le escuchó, hizo oídos sordos.

—Pero ¿adónde vas a ir? —se oyó decir—. ¿Dónde vas a vivir?

El rostro de su marido se cubrió entonces de secretismo, y comprendió que llevaba planeándolo mucho tiempo: la ruptura, la ruptura final, toda esa fanfarria de volver a casa, nada más que una excusa para aparentar estar compungido ante la opinión pública, para que le encargaran más obras y siguieran adorándole, en lugar de tratarle como al paria que era.

—Con mi madre.

—¿Con tu madre? ¿Vas a irte a vivir con tu madre? ¿Estás loco? ¿Has perdido la cabeza?

—Va a vender su casa, ya no quiere vivir aquí. Le gustaría... —balbuceó, y vaciló ante la mentira—, lo que le gustaría sería volver al campo, a Wisconsin, para estar cerca de su gente, de sus hermanos.

Se quedó callada un instante, intentando asimilar la información. Qué calculado lo tenía todo, un álgebra emocional más obtusa que cualquiera de los problemas de los manuales de los niños. Como una tonta, replicó:

—No lo dices en serio, es una broma. Dime que esto es una especie de broma cruel.

—Va a comprar un terreno, cerca de la escuela Hillside, y me ha pedido que le construya una casa —prosiguió, y repitió entonces lo que acababa de decir, la señal más delatora del mentiroso—, para poder estar cerca de su gente. Ya tiene una edad y le gustaría tener una casa donde pasar la vejez.

Y en esos momentos, de repente, la ecuación se descifró: calcula y donde x es igual a Mamah.

—Es para ella, ¿verdad? Vas a hacerle una casa a tu, a tu...

—Adelante, dilo. Llámala como quieras, porque ella es algo que no podrías imaginar en la vida, y siento mucho decirlo, Catherine, pero así son las cosas.

Sintió que todo le daba vueltas por dentro, como si estuviera atrapada en un manglar, y estaba poniéndose colorada, lo sabía, y se le afeó la cara, acalorada, fea y llena de odio.

—Ah, ¿y qué es entonces, eh? Tú eres el gran santo, el gran espíritu... ¡dímelo tú!

Estaba sereno y aquella serenidad la asustó más que ninguna otra cosa: significaba que no le importaba, que ya se había ido.

—Lo siento —repitió.

Se quedó sin voz y no quiso montar una escena, no quería que la oyesen los niños, pero no pudo contenerse:

—No, no. Dímelo, ¿qué es ella que yo no soy? ¡Que me lo digas!

La casa se quedó en silencio. Había oscurecido y la noche pendía sobre el tejado

como una presencia salida del bosque primigenio que en otros tiempos se había levantado allí mismo, cuando los indios golpeaban a sus mujeres y desollaban a sus enemigos con cuchillos de piedra. Frank se le acercó y le sostuvo la mirada.

—Es mi alma gemela, Catherine... ¿Es que no lo entiendes? Mi alma gemela.

Capítulo 4

Taliesin

Era el mismo acertijo de siempre: ¿cómo construir lo que veía en su cabeza, levantar algo hermoso de la mismísima tierra para que, durante un siglo, la gente se maravillara al verlo sin tener que recaudar antes el dinero necesario para llevarlo a cabo? Dinero..., siempre era todo cuestión de dinero. En su momento, hacía ya muchos años, le había pedido un préstamo a Sullivan para comprar el terreno de la casa de Oak Park^[152], y aunque no podía venderla y dejar en la calle a Catherine, ya se le había ocurrido remodelarla para que ella alquilase la mitad y le rindiera al menos unos ingresos seguros. También les pasaría una manutención a ella y a los niños, era su responsabilidad y pensaba cumplir: nadie podría decir que había sido negligente al respecto, por mucho que le machacaran con lo de Mamah, que se tapasen la nariz a su paso y se cambiaran de acera para evitarle, como si tuviera la lepra. Y solo tenía que encontrar el modo de conseguir dinero, aunque no solo para la remodelación, sino también para la casa nueva que ya estaba tomando forma en sus sueños y en sus horas de vigilia, un hogar lejos de toda aquella confusión, donde poder vivir y trabajar en paz una vez que las aguas se calmaran.

Y aquello era algo que no llegaba a entender, que toda la comunidad se le hubiera echado encima, como si fuese el asesino del hacha, un kropotkiniano o algo por el estilo. Había dejado un trabajo próspero hacía un año para ir a Europa a mejorar, y al volver se encontraba con que no tenía nada, y ¿cómo iba a conseguir trabajo si nadie estaba dispuesto a negociar con él, ni tan siquiera a mirarle a los ojos por miedo a que le contagiara su inmoralidad? ¿De qué esperaban que viviese esos defensores de la moral atrapados en sus vidas y en sus matrimonios miserables, más muertos y con menos amor que las alfombras de las insulsas cajas a las que llamaban casas? Para él no había ni caridad cristiana —¡valiente broma!—, ni perdón. No hacía ni tres días que se había ido de la casa cuando el reverendo George M. Luccock, de la Primera Iglesia Presbiteriana, un hombre al que apenas conocía, entonó un sermón contra él, del que, por supuesto, los periódicos informaron diligentemente. Todavía lo tenía grabado a fuego en la memoria —«Cuando un hombre deja a su esposa y a su familia y se va con otra mujer, ese hombre ha perdido todo sentido de la moralidad y de la religión y está condenado al reproche»—, por mucho que hubiese arrugado el periódico y lo hubiese lanzado al fuego como la basura que era. «Condenado al reproche». ¿Por qué no le dejaban vivir su vida a su aire? ¿Quién hacía las reglas para reprimirle? Las normas eran para otra gente, para la gente ordinaria, la que no tenía ni pensamiento propio ni originalidad ni ningún sentido del mundo, salvo todo lo que le

habían hecho tragarse los reverendos Luccocks de turno y los de su ralea.

Pues bien, ya había representado la charada en Oak Park cuanto había podido: el padre amoroso y el marido arrepentido que vuelve a casa con su familia, que pone resueltamente el árbol de Navidad, que corta leña para el hogar, degüella al ganso y reúne a sus hijos en su seno; pero él veía mucho más allá de lo que podían imaginar los demás. Y con el año nuevo, publicó reclamos en todas partes solicitando trabajo, encargos o préstamos efectivos y puso a la venta la casa de su madre, y Kitty echó chispas y los periódicos se volcaron en un nuevo escándalo, mientras él no pensaba en otra cosa que en esa finca en Wisconsin, en lo alto de una colina, su torre vigía y su refugio. Había subido allí arriba y había contemplado el valle que se extendía ante sus ojos, con las nubes pasando por delante del sol y los insectos chirriando, mientras los ciervos salían de entre las sombras para pastar en las altas hierbas de la linde del bosque. Era un lugar mágico, tan sereno, puro y raso como los cielos abiertos sobre su cabeza y la morrena glacial bajo sus pies, con vistas al río Wisconsin por un lado y a Paradise por el otro. Y estaba ubicado en pleno centro del valle donde sus abuelos se habían asentado, justo en la loma de enfrente de la escuela de sus tías y la casa que le había construido a su hermana, la ubicación más perfecta del mundo para la casa, la granja y el taller que quería levantar allí, en madera nativa, piedra y estuco ámbar, caliza dolomita amarilla en bruto, tal y como la habían extraído de la naturaleza. Una casa que reflejaría la luz, rodeada de sembrados y huertos. Para vivir en ella como si llevase allí toda la eternidad.

Darwin, el bueno de Darwin, había conseguido el dinero, o más bien, el préstamo, avalado con una hipoteca sobre el inmueble de Oak Park. Veinticinco mil dólares, suficiente para desempeñar la colección de grabados que le había dejado a Little^[153], pagar las obras de Oak Park, recomprar los derechos estadounidenses de la *Carpeta Wasmuth* y tener carta blanca para dar la primera palada en Hillside: para la casa de su madre..., o eso al menos le contó a Darwin, a quien también le juró que dejaría a Mamah, porque su amigo le juzgaba tanto como los demás, por mucho que hubiese esperado más de él. Con todo, era un hombre respetable, generoso y de buen corazón, que reconocía el genio cuando lo veía.

Pero Mamah, ¿dejar a Mamah? Nadie se hacía ni la más remota idea de lo que había entre ellos, y desde luego no Darwin Martin, que miraba como amodorrado a su ama de casa, casi inexistente desde la otra punta de la mesa del comedor, ni Kitty, cuya idea del matrimonio nunca pareció ir más allá de la cocina, la colada, la ropa de los niños, las miradas suspicaces y las malas caras. Durante todo el tiempo que Mamah y él pasaron separados, la echó de menos con un dolor inconmensurable, una constante quemazón de pesar, tan omnipresente y física como si hubiera perdido un miembro: no podía salir por la puerta o respirar el aire sin pensar en ella, sin añorarla y sin desvelarse, de modo que en cuanto tuvo el dinero en la mano se escapó de nuevo a Alemania para verla. Por supuesto, no podía reconocerlo delante de Darwin o de Kitty, de nadie, en realidad; regresaba a Berlín para supervisar la entrada en

impresión de la carpeta, una tarea de lo más fastidiosa pero del todo necesaria si no quería echar a perder un año entero de trabajo, y Dios sabía lo mucho que detestaba viajar por mar...

Esa vez fueron más discretos. Se encontraron en un hotel cerca del Tiergarten que era tan poco distinguido e íntimo como el Adlon era chic y público. Le costó casi una hora encontrarlo, tuvo que ir parando a transeúntes para pedirles indicaciones en su torturado alemán, que tan rápidamente había olvidado, mientras el nauseabundo olor a animal se colaba por los callejones y varios bichos chillaban y aullaban en la distancia. Cuando por fin llegó, entró en el vestíbulo y se anunció, estaba tan rendido, tan impaciente y tan cabreado consigo mismo —y lleno de lujuria, loco por tocarla— que tuvo que aguardar un minuto para serenarse antes de seguir al botones por los tres tramos de escaleras que llevaban a la puerta de Mamah. Levantar la mano para llamar, lidiar con la moneda extraña y untar al hombre —¿qué miraba el muy bobo, y a qué venía esa mala parodia de sonrisa, o era una mueca?— se le antojó casi imposible, pero lo consiguió, y la puerta terminó abriéndose. Y allí estaba ella.

—Frank —dijo Mamah, y también él la llamó por su nombre.

Pero hubo un momento de titubeo antes de apretarla entre sus brazos, una extrañeza que ambos sintieron, una rarefacción, como si el edificio no tuviese paredes, el viento soplara directamente dentro y el cielo cambiase como loco sobre sus cabezas. Se la veía distinta, mucho. Tenía más color en las mejillas y el pelo más claro de lo que recordaba. Se había pasado toda la travesía por el Atlántico imaginándose ese momento, su olor y su tacto, la expresión de su cara y la forma que tenía de echar hacia atrás la cabeza cuando reía, y en cómo la llevaría a la cama, directamente... pero no fue así. Se sentía desorientado, indeciso. Un manto de sospecha le cubrió el cuerpo: había estado viéndose con alguien, claro que sí, una mujer atractiva y sensible, sola en una capital europea, una mujer que enarbolaba el estandarte del amor libre...

¿Qué dijo, qué fue lo primero que dijo? «Me alegro de verte», sí, claro. «Te he echado de menos, no sabes cuánto», seguro, probablemente. Pero entonces, sin venir a cuento, terció:

—He estado aprendiendo sueco.

Seguían parados en medio de la habitación, todavía abrazados, pero Mamah le llevó entonces al sofá y a la mesita baja que había delante, donde había dispuesto unas flores, unos emparedados y una botella de vino, aunque Frank no tenía sed y apenas lo tocó.

—¿Sueco? —repitió. Y de pronto le vino la idea—. ¿Por Ellen Key?

A Mamah se le iluminaron los ojos.

—La he conocido, y es la mujer más alucinante que... ¿Te he contado que me llama su «hija americana»? ¿Te lo puedes creer?

Había llegado con el atardecer —la ciudad, de por sí marchita y gris, aún lo era más bajo aquel cielo invernal— y la oscuridad de la noche se fue colando poco a

poco en la habitación hasta que Mamah se levantó para encender las lámparas. Después fue a sentarse junto a él en el sofá y le cogió la mano y charlaron de cosas banales, poniéndose al día y dejando todo lo demás a un lado. Lo del amor libre le había venido muy bien a él, ¿no era cierto? Pero si era conveniente para él, ¿por qué no iba a serlo para otro, para algún Lothar, Henning o Heinrich?

Mamah estaba riéndose con su risa desbordante, con el cuello hacia atrás y los ojos hacia arriba por lo mucho que estaba divirtiéndose con la historia que acababa de contarle sobre su madre y su continua contienda con Kitty, la madre de esta y hasta su abuela, cuando Frank le soltó:

—No habrás estado viéndote con nadie, ¿verdad?

A Mamah le cambió la cara.

—¿De qué estás hablando? ¿Viéndome con quién? ¿Con quién quieres que me vea? Me paso el día del hotel a la biblioteca. Solo veo a mis alumnas. Y a la portera... Frau Eisermann, ¿te has fijado en ella? ¿La mujercilla del bigote?

—No me refería a eso, me refería a...

—¿A hombres?

—No, no. Solo me preguntaba por... tu vida social. Has debido de sentirte sola, me preocupaba por ti.

Se apartó un poco de él, como para verle mejor.

—Yo no tengo vida social. —La vio llevarse la copa de vino a los labios, darle un sorbo al pálido líquido amarillo (era un Johannisberger, le había dicho, un vino especial para una ocasión especial, aunque a él le sabían todos igual) y volver a dejarla en el sitio—. Estoy esperando el divorcio, si te refieres a eso —le dijo, midiendo cada palabra—, y a ti. —Le mantuvo la mirada—. Solo a ti^[154].

—No quiero que esperes más, no aquí por lo menos. —Se incorporó en el sofá; había llegado el momento de la reafirmación, la hora de besarla, pero se reprimió—. Quiero que vuelvas a casa, lo antes posible.

La sonrisa de ella era parcial, amarga por las comisuras. Bajó la voz para preguntarle:

—¿Has visto a mis hijos?

—No. No soy capaz ni de pasar en coche por la calle...

—No responden a mis cartas. Es Edwin, que está volviéndoles en mi contra, estoy segura. —Miró al vacío por un momento y luego de nuevo a Frank—. ¿Y adónde voy a ir si vuelvo? No puedo... No pienso volver a poner un pie en Oak Park en la vida, lo juro.

—Me he encargado de todo —se oyó decir, y de repente se dio cuenta de que era cierto, solo tenía un pequeño problema de construcción que se resolvería con diseño, materiales y planos—. ¿Te acuerdas de la colina en Wisconsin? Pues es nuestra, doscientos acres solo para nosotros. Te estoy construyendo... una casa que va a dejar a la altura del betún todo lo que he hecho hasta la fecha. Es algo nuevo, completamente novedoso.

—Les echo de menos, sobre todo a la pequeña, a mi Martha. No paro de preguntarme qué pensarán... ¿que estoy en la cárcel o algo? ¿Que he muerto? ¿Que ya no les quiero?

Tenía la solución, todas las soluciones.

—Tráetelos a Hillside. Cuando quieras.

—Edwin jamás lo permitiría, antes muerto. Le conozco.

—Pues para las vacaciones escolares, en verano. Les encantará aquello... y a ti también.

Se produjo un silencio. Aquello no iba a ninguna parte, estaba todo estancado; y el momento, su encuentro, empezó a hundirse bajo tanto lastre. Se sintió de nuevo perdido. Dos semanas en barco para ir y dos semanas para volver, para tan pocos días, esos minutos preciosos que estaban pasando, y Mamah allí, comportándose como una auténtica desconocida con él. No tenía sentido. La habitación pareció encogerse, y no supo qué decir. Entonces, sin embargo —y fue de lo más insólito, algo que recordaría el resto de su vida con una mezcla de gratitud y de asombro—, un león lanzó un rugido desde su jaula del Tiergarten, un ruido furioso y beligerante que desgarró la noche y desafió los muros, los barrotes, las jaulas y a toda la gente que cenaba segura en sus seguros pisos del arbolado bulevar. «La verdad frente al mundo».

—Mamah —le dijo, y de repente sintió una sobrecarga de energía, de poder, y de amor, también de amor—. Piénsalo, piensa en cómo será: los dos juntos otra vez. —Lanzó las manos al aire, como si quisiera capturar la imagen antes de que volviera a escapársele—. Escúchame —le insistió—. Piensa en la Villa Medici de Fiesole. Acuérdate de los muros, que parecía que hubiesen brotado del suelo como los propios árboles, y de cómo nos sentimos allí, de la felicidad, cómo les daba la luz y, miraras donde mirases las vistas eran impresionantes, y eran distintas según iba avanzando el sol: las once de la mañana eran un milagro, las tres, las seis de la tarde... Eso es lo que voy a darte: tu refugio; conmigo. Y a quién le importa lo que digan los demás. —Estaba temblando, ardía por dentro con la visión de la casa surgiendo ante él con un brillo de concepción—. Quiero que vuelvas —le repitió, pero si esa vez su tono sonó más contundente e imperioso fue porque ya no estaba rogando ni poniendo excusas, las excusas eran para los peleles, para la gente asustadiza que no tenía ni mando ni dirección—. Esto es absurdo, esta separación no tiene sentido. Te quiero allí, y pronto. En cuanto levanten el tejado. Te lo prometo. Ya hemos aguantado bastante.

Mamah no respondió, se limitó a mirarle fijamente durante un rato largo. Al cabo se levantó, le cogió de la mano y le llevó al dormitorio.

A las dos semanas y media estaba de vuelta en Oak Park, de vuelta a la charada, y todo y nada había cambiado. Kitty estaba tan furiosa como siempre, trasteando en la cocina, cuadrándose cuando aparecía por la puerta como un boxeador al entrar en el

cuadrilátero, fulminándole con una mirada u otra —tenía todo un repertorio de ceños fruncidos y crucifixiones oculares— e increpándole a la mínima. ¿Por qué había tenido que volver a Alemania? ¿Tan insalvables eran los problemas que no podía resolverlos solo *herr* Wasmuth? Al fin y al cabo él era el editor, ¿o no? ¿Estaba Mamah allí? ¿Había corrido a sus brazos, se había acostado con ella, le había hecho promesas? ¿Y dónde estaba el dinero para las deudas? ¿Podía tan siquiera imaginar la humillación por la que tenía que pasar para poner un plato de comida en la mesa? Y luego estaban los niños, con sus necesidades y sus exigencias, y su incesante traqueteo por las escaleras, todo un alocado circo volatinero, los acreedores apareciendo por la puerta como tantos otros payasos de cajas sorpresa, y el trabajo que no entraba, nada de nada.

Sí, todo eso, pero valió la pena, lo soportó, porque estaba seguro de Mamah, seguro de que iba a volver con él, y solo había que esperar a que la nieve remitiera y la tierra se deshela para empezar a hacer aquello para lo que vivía: construir. Entre tanto, se dedicó a supervisar la obra de Oak Park, a mendigar clientes, a aplacar a su madre y a evitar todo lo posible a Kitty, bien dando largas caminatas con su bastón como única compañía, bien montando a caballo o conduciendo como un diablo sobre ruedas, sin importarle dos higas si la gente se apartaba de su camino o no; y, por supuesto, se dedicaba a dibujar —bocetos, alzados, secciones, planos de planta—, hasta que la casa, la de Mamah y él, empezó a revelar su forma. Desde la ventana contemplaba las calles grises y la nieve, que dio paso al granizo y luego a la fría lluvia que cayó a finales de marzo y principios de abril —barro, la estación del barro—, aunque entonces el viento cambió, sopló del norte y volvió a nevar, llevándose consigo todo asomo de primavera.

Había empezado a pensar que una nueva Edad del Hielo había llegado para mortificarle —e incluso había bromeado al respecto con Billy Little, el carpintero que llevó a Spring Green para que viese los terrenos nevados—, cuando por fin los días empezaron a alargarse, los pájaros volvieron, los árboles se cargaron de brotes y los azafranes se abrieron camino entre los retazos de la nieve en retirada. Hizo correr la voz de que necesitaba una cuadrilla para construir una casa modesta —para su madre, exclusivamente para ella, porque si la prensa se enteraba, se le echaría encima, se olería la verdad, y si Dios sabía algo era que, de paso, la comunidad se levantaría contra él— y contrató a un irlandés, Johnnie Vaughn, como maestro carpintero. Este tenía la habilidad de hablar, mascar tabaco y darle al martillo durante horas y horas sin despeinarse; y aunque por lo general los parlanchines no son buenos trabajadores^[155], Johnnie era la excepción que confirma la regla, un hombre que sabía organizar como nadie, que trabajaba sin poner pegos y conocía hasta al último artesano y peón en treinta kilómetros a la redonda. Fue él quien llevó a Ben Davis, el blasfemador más creativo que había conocido el mundo, para supervisar el trabajo de la piedra y los vagones que trasladarían los bloques desde la cantera; y, a su vez, Ben recomendó a los dos mejores hombres del condado, el bueno de Papá Signola, un

checo, y Padre Larsen, un noruego. Nadie sabía decir cuál de los dos era más viejo. Tenían los dedos como cachiporras, las espaldas fornidas y el pelo de un blanco puro y patriarcal. Papá y Padre... Sabían de piedras, era de lo único que sabían, y eran infalibles y honrados, y Frank se sentía afortunado de que trabajasen para él. Buenos hombres, todos buenas personas, y día a día la camaradería del objetivo en común se fue convirtiendo en júbilo y compromiso con el trabajo.

En junio los cimientos ya estaban puestos, y la piedra corrió hacia arriba, hasta las chimeneas, y amuralló los cuatro patios, hasta que pudo verse el esqueleto de la casa, todo de piedra, sin nada más, drúidica, antediluviana, orgánica en el mejor de los sentidos —el original—, y él trabajaba codo con codo con los hombres, cantando como Whitman «al cuerpo eléctrico» y más lleno de júbilo que nunca. Había nacido para eso, eso era lo que tenía sentido, lo único.

Una mañana temprano, estaba dando instrucciones al hombre del aserradero, que dirigía una carreta demasiado cargada y unos caballos, haciendo lo posible por hallar algo de tracción en la cuesta llena de barro de la carretera (llevaba toda la vida preguntándose cómo habían contratado a un hombre tan incompetente; además, solo tenía que sentarse a ver cómo unas grupas sudorosas y llenas de moscas hacían el trabajo por él), cuando le dieron una palmada en el hombro y se dio la vuelta para ver a Johnnie Vaughn parado ante él, con su gran sonrisa y otro hombre a su lado que aparentaba unos treinta y pocos, alto y cargado de espaldas, con el borde del canotíe bajado hasta la montura de los anteojos y el brazo en cabestrillo, una escayola blanca sobresaliendo de la tela como un escobillón.

—Señor Wright, jefe —le dijo Johnnie—, quiero presentarle al nuevo, el mejor carpintero del estado de Wisconsin, mejor que yo incluso, mejor que todos. ¡Ya verá cuando lo vea en acción! ¿Es verdad o no, Billy?

Había que confiar en el instinto propio, eso era lo que siempre se decía y le repetía a los demás. Había contratado, despedido, espabilado, transigido y puesto las cosas claras a miles de hombres en todos esos años, y se vanagloriaba de calarles nada más verles. En ese caso le gustó lo que vio: el mono tan gastado de lavarlo que se veía a través de él, la camisa de franela remangada y la camiseta interior de algodón que asomaba con su blanco por el cuello, limpio y aseado de pies a cabeza, incluso el cabestrillo y la escayola. Pero ¿cómo esperaba trabajar con un brazo partido? Quiso preguntar, pero en lugar de eso sonrió y comentó:

—¿Otro Billy?

El hombre le tendió la mano, la izquierda, para darle un torpe apretón de manos y echó hacia atrás la barbilla para que el sombrero se le moviera y asomaran los ojos, grises como agua de aljibe tras los anteojos.

—Billy Weston —le dijo, y añadió—. Maestro carpintero.

—Sé lo que estará pensando, señor Wright —intervino Johnnie—, pero la escayola se la quitan dentro de dos semanas y le juro a usted que Billy le da dos vueltas a cualquier hombre de aquí con un brazo atado a la espalda o... bueno, en fin,

ya sabe a lo que me refiero. Es un buen hombre, pongo la mano en el fuego por él.

Justo en ese momento Ben Davis, que había bajado la colina para reprender al idiota de la carreta, soltó una sarta de imprecaciones polisílabas cuestionando la salud mental del sujeto, la moral de su madre y su capacidad para comprender adónde tenía que llevar la carga —«¡A lo alto de la puñeta de la requetepuñetera colina!»—, y el hombre le contestó en consonancia.

—Eh, ¡tranquilidad! —se oyó decir Frank—. Tú: echa para abajo esa carreta e inténtalo de nuevo..., pero por allí, donde hemos echado la grava. Y si tampoco funciona, descárgala un poco de atrás —se detuvo para mirarle a los ojos y añadió con retranca—. No tiene sentido destrozar a los pobres animales por una carga de madera.

Cuando se giró en redondo, los dos hombres seguían allí, esperándole pacientemente, aunque Billy se había quitado el sombrero y lo tenía en la mano buena, en un costado.

—Es igual de bueno con las dos manos, señor Wright —siguió a lo suyo Johnnie, como si no les hubiesen interrumpido—. ¿Cómo... cómo se dice? Ambi, hum, ambi...

—Diestro.

—Eso es, justo. Él es eso. Vamos, que sería capaz de clavar puntas con un martillo en cada mano, bang, bang, bang.

La carreta se deslizó entonces hacia abajo con un chirrido muy desagradable y Ben Davis soltó otra retahíla de insultos. Los caballos se quedaron clavados en el suelo. Muy poco a poco, centímetro a centímetro, el capataz los fue dirigiendo hacia atrás, hasta que el peso de la carreta hizo que las ruedas saliesen de los surcos; después los arreó para que avanzaran de nuevo.

—¿Cree que podrá trabajar con ese brazo? —le preguntó Frank dirigiéndose a Billy por primera vez.

Este se miró la punta de las botas y dibujó algo con ellas en la tierra húmeda.

—Me las apañaré^[156].

Al cabo de un día o dos comprendió la modestia de aquella respuesta. Billy trabajaba como dos hombres: cada vez que alzabas la vista, allí estaba, el brazo escayolado reluciendo al sol, acarreando maderas, haciendo malabares con las herramientas y echando una mano allá donde le necesitaban. El primer día se quitó el cabestrillo y para finales de esa semana la escayola parecía más bien una extensión natural del cuerpo, igual que el brazo que contenía y la mano y los dedos fuertes y seguros que le brotaban por el extremo. Cada corte que hacía con una sierra y cada clavo que ponía eran de nota —y con la mano izquierda, ni más ni menos—, y trabajaba con tal concentración que costaba hacerle parar para almorzar o tan siquiera para tomarse un café, y cuando finalmente paraba, no era por mucho tiempo. Se revolvía y movía los pies sin dejar de mirar al otro lado de la explanada, donde el armazón empezaba a levantarse sobre las vigas del suelo, como si estuviera viéndolo

terminado y no pudiera descansar hasta verlo en pie. Y trepaba como un acróbata, con el cinturón de las herramientas dando vueltas en el aire, la escayola enganchada de un poste mientras apuntalaba otro. Era el primero en llegar por la mañana y el último en irse por la noche. Al cabo de un tiempo Frank le preguntó si su esposa no le echaba de menos y Billy, mirándose la punta de los zapatos y arrastrándola por el serrín, le dijo:

—Pues supongo que no mucho.

A finales de mes empezaron a aparecer toda clase de curiosos para contemplar las obras —la villa de Frank, la llamaban—, y este intentaba complacer a todos porque iba a vivir en esa comunidad y, por supuesto, la fama le precedía. Se hizo a la idea de que, después de lo que habían dicho de él los periódicos, seguramente esperaban verle echar fuego por la boca y hablar con una lengua bífida; y no le cabía duda de que los campesinos locales y sus mujeres le habrían puesto la cruz, aunque habrían reaccionado igual ante cualquiera que hubiese comprado doscientos acres en medio de sus tierras y estuviese levantando una casa y un establo, con la idea de sembrar los campos y vivir de ello. Que fuese de la familia Lloyd Jones, el hijo de Anna y el sobrino de James y Jenkin y todo lo demás, tampoco le sirvió de mucho, si acaso, lo empeoró porque eran más exigentes con él: lo veía en sus ojos mientras acompañaba por las inmediaciones a un cerrado granjero galés tras otro, explicándoles con toda la paciencia del mundo la teoría detrás del diseño y pintándoles la colina llena de sembrados, huertos y pastos. ¿Y qué le decían después de pasearles y gastar hasta el último soplo de su aliento? «Pues es tremendamente grande solo para su madre, ¿no le parece?», y «Le estará costando una fortuna».

Fisgones, no tenían otro nombre. Él era un personaje público y aquella era una empresa pública, por mucho que intentase mantenerla en secreto. Los peones regresaban por la noche con sus mujeres y hablaban en el aserradero, en la cantera, en el colmado, en la verdulería y en la iglesia. Lo cierto era que toda la comunidad sabía lo que se proponía, le gustase o no y, por mucho que nadie mencionara a Mamah —nadie se habría atrevido—, los rumores sobre ella se asentaron sobre la casa mediante una vasta red pegajosa, tejida por los chismosos del condado, que estiraban todos a una los hilos. Era solo cuestión de tiempo que apareciera el primer periodista dispuesto a meter las narices.

Ese momento le pilló debajo de la casa, en el sótano donde instalaría la caldera para el agua caliente y la calefacción a vapor para el invierno, oyendo justo por encima el metrónomo del tap-tap-tap del martillo de Billy Weston mientras este le daba un último repaso a la estancia. Las pisadas resonaron contra el suelo y la voz de un hombre se insinuó en los intervalos de los golpes del martillo.

—Hola, ¿hay alguien ahí? He dicho ¡«hola»!

El martillo se detuvo.

—¿Sí?

—He venido a, bueno, soy del *Tribune*. Me llamo Adler. ¿Trabaja usted aquí, con

el señor Wright?

—Sí.

—Vaya, pues es una casa muy sofisticada, ¿no? Un diseño así como bohemio, ¿no le parece? ¿Qué adjetivo utilizaría usted?, ¿arquitectura moderna?, ¿es eso?

No hubo respuesta. Frank oía los martillos del resto de carpinteros, un sonido tan polifónico y estable como una lluvia torrencial. Olía a tierra, a piedra y a tablones recién cortados.

—Se ve que Wright tiene grandes planes para esta casa —pausa—. ¿Ha mencionado alguna vez a la señora Cheney?

Ninguna respuesta.

—Pero si lo hubiera hecho, no me lo diría, ¿verdad?

—No puedo decirle que sí.

—Bueno, ¿cuánto costará esto exactamente? ¿Qué me dice? Por ahora, me refiero. Se tiene que estar dejando los cuartos —silencio, un golpe por encima—. Para mí que nunca he visto tanta piedra junta para una casa pequeña, ni tantos albañiles juntos. A lo mejor está construyendo uno de esos rascacielos de Chicago aquí en medio del campo. ¿No cree usted?

—No lo creo, no especialmente.

—¿Y qué cree usted entonces?

Siguió otro silencio y luego el golpeteo constante del martillo de Billy Weston, hablando por él: «Tap-tap-tap, tap-tap-tap».

Frank no llegó a hablar con aquel hombre; es más, nadie habló con él hasta donde él supo. Y si veía a alguien abrir la boca —y se lo hizo saber a todos, desde Ben Davis y Johnnie Vaughn hasta los peones que había contratado para acarrear material colina arriba—, ese alguien tendría que buscarse otro trabajo. No habría excusa que valiese. Esperaba lealtad, total e inquebrantable, y la lealtad pasaba por mantener el pico cerrado, igual que Billy Weston. Con todo —y aquello le aguijoneó, igual que aguijonean los toros *bramanh* en los rodeos—, en el periódico del día siguiente apareció un artículo a página completa con el titular: «*El arquitecto Wright construye un nidito de amor para la sra. Cheney*».

Siempre le había impresionado la rapidez con la que pasan los días cuando un trabajo va bien. Las mañanas llegaban dulces y calurosas, el sol se arqueaba grado a grado para tostarles con el color de los mulatos, las tormentas se avecinaban por la tarde noche, para empapar los pilares y hacer sopa de la tierra, mientras la casa iba cogiendo cuerpo sobre las costillas y creciendo por los acogedores techos bajos y por las vigas voladizas de las que colgarían carámbanos cuando llegase el invierno. Nunca había necesitado muchas horas de sueño —cinco o seis por noche, y el resto para los dormilones—, y se vio levantándose con las primeras luces y paseando por la ladera para hacerse con el pulso y el olor del lugar, deseoso de proseguir, mientras

que los domingos libres suponían una especie de abstinencia. Escuchaba los cuervos, los arrendajos, las oropéndolas, se agachaba, cogía la tierra y la dejaba colarse entre los dedos, imaginándose el jardín de frutales que plantaría en primavera, las cerezas, los melocotones, las manzanas, los espárragos, los ruibarbos y los melones.

La mitad de las veces se encontraba con Billy Weston, que le saludaba con un lacónico «Buenas», su figura cargada de espaldas surgiendo de entre la neblina de los campos, ya sin escayola y con el brazo derecho bronceándose y fortaleciéndose al sol, siempre con el cinturón de herramientas colgándole de la mano izquierda y el sombrero calado sobre los anteojos. Charlaban tranquilamente ante un café y unos panecillos recién hechos hasta que empezaban a aparecer los demás; o él hablaba y Billy escuchaba, más bien, y aquella era la mejor de las charlas, la que le liberaba la mente y le facilitaba la visión, y al cabo de poco tiempo también Billy empezó a ver. Taliesin estaba alzándose, y no era solo para él, su madre y Mamah, sino también para Billy y el resto de la comunidad, algo bello que inclinaría a su favor el balance general de los grandes edificios del mundo y haría que la gente hiciera cola para verlo y se maravillase durante años. Miraba a través de los sembrados brumosos y sentía su propio genio desplegarse como un manto. Era el mejor arquitecto del mundo: ¡lo era^[157]!

Para cuando llegó el divorcio de Mamah, a finales de la primera semana de agosto, la mayor parte del exterior estaba acabada (o al menos lo máximo que podía estarlo siendo un *work in progress*). El tejado estaba levantado y los techadores empezaban a recoger. Los dos Billys trepaban como monos. Los hombres chillaban y bromeaban, mientras Johnnie le daba a la sin hueso por encima de las imprecaciones de Ben Davis. Alguien sacó un periódico, que se negó a mirar —más mentiras, intrigas y calumnias—, y ese mediodía descalificó a la prensa para divertimento de Billy Weston y otros cuantos, aunque, cuando todos se hubieron ido a casa, no pudo evitar desplegarlo y echar una ojeada. Y allí estaba Mamah, de perfil, con un corazón flechado pintado por algún aficionado en la esquina superior de la imagen, por encima de un camafeo de Edwin con la boca fruncida y una cabeza que parecía un bulbo sin cabellera. «La hégira espiritual acaba en divorcio», anunciaba el artículo, que pasaba a asegurar, con la autoridad de un vidente ciego, al diligente y desinteresado lector que el «amante» de Mamah se había cansado de ella y había justificado la fe de su esposa volviendo al feliz hogar familiar.

Esa noche cenó con su hermana en Tan-y-deri y no mencionó una palabra al respecto, ni ella tampoco. Fue una comida muy buena, y también Jennie fue buena con él, buena compañía, así como su marido, Andrew, con la conversación saltando de un tema a otro para su deleite, réplicas agudas, tesis y antítesis, sonrisas fáciles y opiniones contundentes, y todo con la vista de Taliesin sobre la loma de enfrente, lo más bonito que había visto en su vida. Pero los periódicos no publicaban más que porquerías y solo de pensarlo se le encendía por dentro como un ardor de estómago y le entraban ganas de darle una paliza a los hombres que se ganaban la vida buscando

en los trapos sucios de los demás, a esos supuestos periodistas que no eran más que correveidiles y unos cretinos que no sabían nada y nunca lo sabrían.

Lo que más le dolía era pensar en cómo afectaría a Mamah y a su reputación, o lo que quedase de ella. Que arrastrasen su nombre por el suelo por su divorcio ya era malo, pero que además lo pintasen como si para él ella no hubiese sido más que un capricho pasajero era simple y llanamente una crueldad; aparte de una burda mentira. Por un momento, allí en el porche de Jennie, contemplando las colinas cubiertas de sombras, acarició la idea de contratar a un abogado —a uno de esos auténticos ases de los tribunales— y demandarles por difamación. Y que vinieran luego arrastrándose para pedirle perdón; que sufrieran y se retorcieran las manos; que publicasen una retractación y contasen la verdad para variar. Mamah, por supuesto, insistió en que no significaba nada para ella, que estaba —y él también— por encima de esos murmuradores, que era como si no existieran, pero aun así notaba el dolor y la incertidumbre en su voz cuando hablaban por teléfono en línea directa desde Chicago. (Y si los maravillosos hombres de la prensa eran tan clarividentes y omniscientes, ¿cómo era posible que no supieran que ella estaba allí, a apenas trescientos kilómetros de él? Viviendo discretamente, en privado, esperando su hora).

A las tres semanas fue solo de Taliesin a Chicago en su descapotable, cuidándose de callejear para levantar cuantas menos sospechas posibles, a pesar del color del coche y de la forma en que las ruedas se empeñaban en chirriar, sorprendidas cada vez que sorteaba una curva. También había intentado vestirse con recato: había dejado la capa y los pantalones de montar y había escogido un sombrero de ala corta y una corbata apretada —la ropa que imaginaba que cualquier americano de bien se pondría para un partido de béisbol o para ir a ver los fuegos artificiales—, pero cada vez que tenía que pararse en un paso de peatones miraba con culpabilidad a su alrededor, y un par de veces tuvo que cambiar de dirección por temor a que estuvieran siguiéndole. Por fin, tras una serie de maniobras evasivas, consiguió llegar a una pequeña pensión anónima donde estaba seguro de que nadie le reconocería, ni tampoco a la antigua señora Cheney, que se había registrado con su nombre de soltera.

La calle estaba desierta. Una gran nube esponjosa bailaba sobre el tejado, mientras las golondrinas anidaban en diversos salientes y un par de macetas con flores de plástico asomaban por la cristalera de la planta de abajo. Ese día ni siquiera le importó que la casa fuese un atentado contra la vista y hubiese merecido perecer en el Gran Incendio, haciendo del mundo un lugar mejor. Incluso iba silbando una cancioncilla para sí mientras recorría el camino de entrada, y se comportó como el hombre más discreto e inadvertido del mundo cuando cargó las maletas de ella en el coche, la acompañó hasta la puerta y la acomodó en el asiento del copiloto. Después metió la marcha y condujo con sumo cuidado por aquella cuadrícula de calles que le era tan familiar, más contenido y circunspecto que un juez, hasta que llegó a las afueras, claro está, momento en que abrió a tope la válvula del combustible y dejó

que el Diablo Amarillo hiciese honor a su nombre durante todo el camino de vuelta a Wisconsin.

Capítulo 5

Hechas para los mediocres

Nevaba; llevaba haciéndolo de forma intermitente la mayor parte del día. Frank estaba encantado, con la cara encendida de puro placer cada vez que entraba y salía de la habitación —como un niño vivaracho, no paraba de hablar del trineo, de que esa noche, cuando se fuesen los obreros, lo cogerían para tirarse colina abajo; y ¿estaba bien la temperatura, quería que avivase el fuego?—. El día transcurrió con una languidez reconfortante y lenta que la hizo sentirse mimada, como un gatito en un regazo acogedor, aunque ella habría preferido estar de vuelta en Italia, con el sol calentándole la espalda y las gencianas desplegando sus vivos colores por el muro. Hacía frío, fuera y dentro. Los carpinteros, los yeseros y el resto estaban aporreando en una de las habitaciones traseras —ese eterno aporrear...— y el viento septentrional que mecía los románticos copos de nieve soplaba entre las rendijas de los tablones y traspasaba las ventanas como si no tuvieran cristales. Mamah se sentó junto al fuego con una mantita sobre las rodillas y estuvo calentándose todo el día a base de té, chocolate, café y caldo, con *El torpedo bajo el arca. Ibsen y las mujeres* de Ellen Key en una mano y el cuaderno de rayas en el otro, desenredando obstinadamente el sentido del sueco y dejando que su mente campara a sus anchas para encontrar el equivalente en inglés^[158].

En cierto momento —bien entrada la tarde, con la luz despidiéndose y el clamor de los hombres aplacándose poco a poco hasta que por fin la casa quedó en silencio durante largos intervalos—, notó que empezaba a distraerse; no paraba de levantar la vista de la página para mirar fijamente por la ventana la nieve que borraba los muros en los que Frank había invertido tanto tiempo y esfuerzo, toda esa linealidad —esa masculinidad, la ciencia del objeto—, que se suavizaba bajo los contornos de lo femenino. No quedaban sembrados y las lanzas negras de los árboles estaban limadas y pulidas: redondez. El mundo había alcanzado la redondez de la noche a la mañana.

El día anterior —la tarde de antes, aunque le parecía que habían pasado años— todo se le había antojado rudo y afilado, la hierba de un marrón tieso y trasquilado y los árboles como dagas, por lo que había pedido a Billy Weston que trajera el coche y la llevara a Spring Green porque quería salir de la casa unas horas para ver algo nuevo, lo que fuese. Y, por supuesto, las Navidades estaban a la vuelta de la esquina y tenía que encontrar algún regalo para los niños (o al menos esa era la razón fundamental). Se había pasado el otoño confinada, esforzándose en vivir con discreción, productivamente, lejos de los focos de la prensa y de la vista de los puritanos pueblerinos, que la consideraban una amenaza a la decencia, una mujer con

la letra escarlata, una robamaridos, una feminista. Poseían todo un arsenal de calificativos a su disposición, como si tuviesen derecho a emitir un juicio sobre ella, pero Mamah intentaba no tomárselo a mal, por el bien de Frank, que había puesto todo su corazón en vivir allí entre esa gente de forma autárquica: cultivar su propia comida y criar sus propios animales para sacrificarlos, generar electricidad con la presa que planeaba construir a los pies de la colina, donde el arroyo pasaba bajo la carretera, talando árboles y desviando la corriente para tener agua, y construir, construir sin parar, y no sería ella la que rompiera el equilibrio.

Le dijo a Billy que la dejase en las afueras del pueblo: todo hombre, mujer y niño a ciento cincuenta kilómetros a la redonda conocía el automóvil de Frank tan bien como sus carricoches y sus carretas, y quería, ante todo, pasar desapercibida. Una mujer vestida con ropa corriente, abrigada contra el frío, tomando té en el hotel y mirando escaparates en busca de regalos de Navidad. Pero no iba a poder ser: nada más bajar del coche, las cortinas de la casa de enfrente se descorrieron y, para cuando llegó al colmado, a tres manzanas, todas las cabezas se volvían por la calle para mirarla. A John le compró un arco y un carcaj con flechas, pensando que en Oak Park podría practicar el tiro al blanco y, en verano, tal vez cazar algún animal por los alrededores de Taliesin (conejos, taltuzas y esas cosas). Para Martha encontró un estuche de pintura y un caballete, para animarla con la pintura (apuntaba ya talento para la composición, hasta Frank lo decía). Le gustó, fue un paseo agradable en cierto modo; aunque la mujer que la atendió apretó la mandíbula todo el rato como si tuviera un tic, y no la miró a los ojos ni una sola vez. No se molestaron en darle palique, ni tan siquiera por educación. Y mientras se tomaba un té y un tentempié en el hotel, sin hablar con nadie, se sucedieron los murmullos y las miradas de soslayo; tuvo la impresión de que cada vez que alzaba la vista, alguien estaba mirándola.

No se lo mencionó a Frank, no había necesidad de preocuparle por nimiedades. Sin embargo, la experiencia le hizo enfrascarse en el trabajo con más ahínco que nunca. El mundo estaba necesitado de Ellen Key: no solo esos granjeros tercos como mulas y las puritanas de sus mujeres, sino el mundo entero; todos, y en especial las mujeres, debían aprender sin falta a pensar por sí mismas, en lugar de seguir ciegamente los dictados de una sociedad patriarcal que no solo les negaba el derecho a votar sino también el de amar a su manera, siguiendo su instinto. Fantaseó por unos momentos con ser una especie de Juana de Arco de la erotoplasia, blandiendo una espada radiante y poniéndolos a todos en su sitio; y luego, aunque estaba rendida y en la casa hacía más frío que en un iglú, volvió al libro que tenía en el regazo, y allí estaba delante de sus ojos y en el idioma de Ellen Key: *till älska*, «amar». Amar: no había en la vida un propósito superior, ni un deber mayor, ¿por qué no eran capaces de entenderlo? Estaba cogiendo la pluma para anotarlo, la casa en silencio, la nieve en las ventanas y Ellen Key en los labios, cuando, proveniente de la puerta que daba al patio, oyó la voz de Frank en clave de exasperación.

—¡No —decía—, no está aquí!

Se oyeron unos pies que pisaron con fuerza, y como si alguien estuviese quitándose la nieve de las botas en la antesala, seguido de la voz de un hombre, un desconocido, que resonó con claridad:

—Pero ¿no es verdad que está viviendo aquí? Se rumorea..., bueno, más bien se afirma, por testigos oculares, que está aquí. Ayer mismo...

—Eso no es asunto suyo, ni de nadie.

—Pero ¿podría al menos confirmarlo o negarlo?

—No diré una palabra.

—Lo cierto, sin embargo, es que, mientras nosotros hablamos, la señora Cheney está viviendo bajo este mismo techo, ¿no es así?

De pronto sonó el chirrido agudo de las bisagras de la puerta al abrirse y, por encima, la voz de Frank, firme pero conciliadora:

—Siento mucho que haya tenido que venir hasta aquí para nada, y encima con este tiempo, pero le recuerdo que yo no le he invitado, y también siento no poder hacerle pasar. Espero que encuentre el camino de vuelta en medio de este estupendo tiempo invernal. El espíritu de la época y todo eso, ¿eh? El tiempo favorito del bueno de Charles Dickens.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerle de que...?

—No diré una palabra.

Y la hoja se cerró de un portazo, y ya solo oyó un par de pies por el pasillo, las pisadas de Frank, el rítmico taconeo de sus alzas, que le delataban. Dejó a un lado el trabajo y se levantó de la silla al tiempo que el arquitecto entraba en la habitación y se iba directamente a coger el atizador para avivar el fuego, a pesar de que ella había estado cuidándolo toda la tarde y calentaba más que suficiente.

—¿Has oído la sarta de tonterías que he tenido que aguantar? —le preguntó Frank de espaldas.

Mamah no sabía por qué estaba tan enfadada pero así era. De repente se sintió perdida y desamparada, atravesada por una pena que la reconcomía por dentro, con Julia muerta, los niños distanciados, su matrimonio destrozado, y ¿para qué? ¿Para esa cobardía? ¿Esa forma de esconderse detrás de la puerta?

—¿Por qué no nos dejan en paz de una vez? —preguntó, con la voz atorada en la garganta. Se quedó esperando a que fuese a abrazarla, pero no lo hizo, de modo que fue ella y le abrazó torpemente, con un brazo por encima de los hombros y el otro por la cintura—. Me siento como una criminal, como si me persiguieran, una fugitiva, como Jean Valjean.

—Lo sé, y lo siento.

Que lo sentía... De acuerdo, ella también, pero ¿qué era lo que tenían que sentir? Estaban juntos, viviendo conforme a sus principios. Eran los reporteros los que estaban propiciando ese ambiente de odio, y nada menos que en Navidad; no pensaban dejarles ni celebrar en paz las Navidades. No estaba pensando, ni siquiera sabía lo que decía hasta que las palabras salieron por su boca:

—¿Por qué no les contamos la verdad y ya está?

Notó que Frank se ponía tenso. Se escabulló de su abrazo y volvió a agacharse para avivar el fuego sin que hubiese necesidad.

—No lo sé. Tal vez deberíamos. Dios sabe que deberíamos... Pero los vecinos... son tan... están tan encerrados en su santurronería, son tan estrechos de miras y tan intratables, la verdad... A saber lo que serían capaces de hacer.

Le cogió de la muñeca y le obligó a mirarla a los ojos.

—Pero ¿no lo ves? Esa es justo la actitud que ha mantenido a las mujeres sometidas durante siglos. No tenemos nada de lo que avergonzarnos. ¿Tú te avergüenzas? Porque yo no^[159].

Al arquitecto se le mudó el rostro y apartó la mirada.

—No, por supuesto que no. Es solo que... tenemos que andarnos con cuidado, ir despacio. Tenemos que darle tiempo a los vecinos para que se acostumbren.

Pero no estaba escuchándole porque le había venido una idea a la cabeza.

—¿Por qué no, no sé, por qué no les llamamos para que vengan (a los reporteros, a todos juntos) y hacemos unas declaraciones, unas declaraciones oficiales? Así, por lo menos podríamos conseguir que publicasen nuestra versión en la prensa, y dejaríamos que Ellen Key hablase por nosotros, que explicase los principios que defendemos. Les educaremos. ¿No se trata de eso, en el fondo? —Estaba eufórica, sus ojos refulgían—. ¿Tú me quieres o no?

Frank asintió.

—Pues entonces hagámoslo. Pregonemos nuestro amor a los cuatro vientos.

Aunque volvió a asentir, Mamah no le vio convencido. Se quedó un rato parado con el atizador en la mano, como si se hubiera olvidado de qué hacer con él, y luego lo dejó en su sitio con cuidado y se disculpó para ir a asearse antes de la cena.

Pero Mamah no se dejó amilantar; el sentimiento de euforia la acompañó durante toda la comida, mientras Frank hablaba de otras cosas, con el incidente del reportero ya olvidado mientras devanaba sus planes para media docena de proyectos y la cena de Navidad; y esa misma noche cogerían el trineo, ¡claro que lo cogerían!, pero ella solo estaba escuchándole a medias. Ya sabía lo que iba a hacer, lo que tenía que hacer: tomaría la iniciativa, saldría de las sombras y se descubriría ante el mundo. Ya estaba redactando discursos en su cabeza, dirigiéndose a un público ausente, hombres indistintos, con las piernas cruzadas y las libretas apoyadas en las rodillas...

Cuando la cocinera trajo el postre, Frank seguía hablando. Fuera, la nieve caía en espiral desde el cielo. Era un momento para inmortalizar, hogareño, auténtico, lleno de paz y amor... Hasta que lo interrumpió el repentino y agudo balido del teléfono.

—No te muevas, Frank. Yo lo cojo.

Atravesó la estancia, levantó el auricular y contestó:

—¿Hola?

—¿Señora Cheney?

La voz al otro lado de la línea le sonaba de algo, era una voz vagamente familiar,

de hombre, y antes de responder, la identificó: era el mismo que había estado antes allí, el periodista que había intentado pillarles con la guardia bajada. Podría haber dicho «no» o «aquí no vive nadie con ese nombre», podría haber seguido con la farsa. Pero no tenía ningún sentido, ya no.

—Sí, soy yo^[160].

La mañana de Navidad se levantaron temprano para encender las chimeneas, barrer las alfombras y quitar el polvo de las estatuillas. Preparó ella misma el desayuno, aunque la cocina se le antojaba una especie de misterio (huevos, jamón y patatas fritas: los huevos con la yema cruda, el jamón tieso y las patatas renegridas), y cuando la cocinera llegó a las ocho, la ayudó a hacer masa para tres empanadas y después siguió sus instrucciones para hornear dos bandejas de galletas con pasas. Se dieron los regalos al amanecer, un intercambio breve bajo el árbol —un broche de jade engarzado en platino para ella y un sombrero y una bufanda nuevos para él—, y si bien no era algo baladí su primera Navidad juntos en la casa nueva, a la hora estaban ya trabajando los dos. Frank había pasado media mañana arreglando una y otra vez el salón, había salido dos veces a abrirse camino entre la nieve para cortar otra ramita de acebo o de abeto, y estaba con los nervios a flor de piel, se le veía, iba de una habitación a otra como un pajarillo, casi ladrándole cada vez que aparecía arrasando por la cocina. Era un perfeccionista, lo sabía —era una de las cosas que le encantaban de él, prueba de su sensibilidad artística—, pero a veces resultaba un tanto excesivo. Como esa mañana, que solo consiguió complicarle más las cosas. Y después llegó el problema de qué ponerse. Frank se decidió por su atuendo de caballero rural —chaqueta de tweed y pantalones a juego por la rodilla, con su chalina y con un par de gruesos calcetines de lana—, mientras que ella escogió una sencilla blusa bordada en un tono crudo y una falda justo un tono más oscuro. Quería estar elegante, por supuesto, pero también correcta, sobria y relajada, representar a la grácil anfitriona, cómoda en su propia casa.

El primer reportero en llegar lo hizo en un coche de caballos desde la estación de Spring Green, poco antes de las once. Mamah intentó hacerle sentirse cómodo, mientras Frank medía la habitación con sus pasos, el fuego crepitaba y saltaba y los campos yacían helados más allá de las ventanas. Después aparecieron dos más, deslizándose por la carretera comarcal como patinadores, antes de detenerse para subir con mucho cuidado la resbaladiza pendiente del camino de entrada. Les sirvió galletas y café recién hecho, les preguntó por sus familias —mañana de Navidad, y allí estaban, pero era su deber, ¿no?—, y al poco se completó el contingente, ocho hombres en total, de diversas edades y temperamentos, cada uno absorbiendo hasta el último detalle de la casa, que más tarde tendrían que recrear de memoria en sus escritorios de Chicago, Madison o Spring Green.

Cuando estuvieron todos reunidos y sentados cómodamente, Frank, que había

estado disertando sobre alguna de sus obras de arte con su habitual encanto, mientras ella hacía de anfitriona y la exquisita belleza de la estancia ejercía su influjo sobre ellos, les llamó la atención y empezó a leer una nota con voz clara y hermosa. Era una declaración de principios, exenta de disculpas, bien razonada y expuesta, en la que se explicaban las ideas de Ellen Key desde el enfoque más práctico, como un método para vivir y amar desde la sinceridad. Se habían pasado la noche redactándola juntos, en media docena de borradores, la Nochebuena disolviéndose en una intensa fuga de dicción, sintaxis y retórica revolucionaria —Frank escribía muy bien, y seguro que habría sido también un político notable—, y ambos acordaron que él hablaría por los dos y que sus palabras pondrían fin, de una vez por todas, a los rumores y a la especulación. A su lado mientras hablaba, contemplando las caras de los reporteros, sintió tal orgullo y tantas ansias de reivindicación que habría liderado una marcha de una punta a otra del país.

Habló abiertamente de su primer matrimonio: de que se había casado demasiado joven, de cómo se había ido alejando intelectualmente de su mujer conforme había ido madurando en su arte, y de que siempre había intentado vivir honradamente, aspirando a los preceptos más altos. Uno de los periodistas —y enseguida se aferró a él, al de espaldas estrechas con una chaqueta de sarga azul que le bailaba, las botas caladas y la nariz mocosa— asintió, como dando su aprobación. «Bien —pensó—, ¡bravo!». Y acto seguido, Frank habló de ella y de los principios en los que estaba apuntalado su amor —«La señora de E. H. Cheney nunca existió para mí; siempre ha sido Mamah Borthwick, un ser individual y diferenciado, que no pertenecía a ningún hombre»—, y sintió cómo le recorría la emoción, porque era eso, eso exactamente: no pertenecía a nadie, era un individuo por derecho propio, igual a cualquier hombre de la tierra. Y Frank estaba afirmándolo allí en público. Se valía del bastón para subrayar los puntos, tan fiero y seguro como un orador en el suelo del senado. Por fin, para concluir, habló largo y tendido sobre el arte y lo que suponía verse expuesto a la opinión pública y a ser juzgado por patrones con los que nunca había comulgado.

Después —y se les veía interesados, desde luego que sí, comprometidos y con una mentalidad abierta, cada uno un defensor en potencia de Ellen Key— pasaron a las preguntas, tanto para Frank como para ella, peticiones ansiosas e inquisitivas para que les aclarasen o les iluminasen algún punto concreto. Sintió que aquellos hombres querían comprender y ayudar, y por encima de todo, enviar su mensaje al mundo, y se dejó llevar hasta hablarles directamente desde el corazón. Y Frank hizo otro tanto; cada vez estaba más majestuoso, y se dedicó a improvisar sobre el matrimonio sin amor y las restricciones que la sociedad intentaba imponer sobre los espíritus tanto mediocres como grandes.

—En líneas generales —resumió en ese punto, mientras caminaba a lo largo de la estancia y todos los ojos le seguían como uno solo—, me gustaría decir lo siguiente: las leyes y las normas están hechas para los mediocres. El hombre corriente no puede vivir sin normas que guíen su conducta. Sin embargo, es infinitamente más

complicado vivir sin normas, aunque eso es a lo que se ve conminado el hombre honrado, sincero y pensante de verdad.

El hombre de la sarga azul levantó entonces la mano y pidió intervenir. Después de sonarse estrepitosamente la nariz en un pañuelo, preguntó con la voz tomada y dragada:

—Pero ¿qué hay de sus familias, de sus hijos, separados de ustedes el día de Navidad, precisamente hoy? —Hizo una pausa para volver a sonarse la nariz mientras los demás esperaban pacientemente a que prosiguiera—. ¿Esa es la forma en la que «el hombre honrado, sincero y pensante» crea sus propias normas? ¿Qué pasa con ellos? ¿Qué hay de los más pequeños?

Se hizo el silencio y al cabo un hombre se levantó de golpe, mientras que otro, con la voz quebrada por la emoción, repitió:

—Sí, ¿qué pasa con ellos?

Notó que algo se le retorcía por dentro, y de repente vio a John con su pijama y a Martha en camisón, saltando de la cama para corretear por la casa piando como pajarillos, y el árbol en todo su esplendor y sus caras al descubrir lo que Santa Claus y las mágicas maniobras del trineo y de los renos voladores les habían llevado. Sus hijos. Navidad. Se quedó sin palabras.

—Por supuesto, estamos en contacto con ellos —oyó que Frank decía a su espalda.

—¿En contacto?! —espetó el hombre de la sarga azul, con un tono indudablemente sarcástico.

—Y les hemos mandado regalos, y tarjetas de felicitación y todo eso. Y mis hijos, mis dos mayores, Lloyd y John, van a venir a Chicago dentro de poco a trabajar conmigo en el estudio... Y los hijos de la señora Borthwick, eh...

Otro reportero, un hombre entrado en carnes con el pelo enmarañado y la cara del color de las gachas de dos semanas, le apuntó los nombres:

—John y Martha.

—Sí, John y Martha —prosiguió Frank, y Mamah sintió que el corazón le daba un nuevo vuelco—. Tenemos pensado traerles a pasar el verano a Taliesin, cuando acaben la escuela. Un mes, por lo menos un mes. ¿No es verdad, Mamah?

Como pudo, porque de pronto notó que le costaba respirar, logró contestar afirmativamente, pero incluso mientras lo hacía pudo ver que todos los hombres de la habitación la estudiaban con frialdad como el que mira un cadáver al que van a diseccionar en la morgue.

En cuanto se fueron, Frank se retiró a su estudio y ella se metió en la cocina y ayudó a la cocinera a preparar el ganso, la salsa, el relleno, el pudín y la guarnición, resuelta a celebrar la festividad pese al desastre de la mañana. Porque había sido un desastre, no le cabía la menor duda. Dejó que la cocinera se fuera a las cinco para que

pasase la noche con su familia y se entregó con tesón a la dura faena de preparar la cena: agradeció la actividad, cualquier cosa que apartara de su mente a esos hombres que la habían mirado como si fuera un Scrooge en mujer; o peor, como si fuera de otro planeta, una madre que no parecía mostrar apego alguno por sus hijos, ni siquiera el día más sagrado del año. Se desquitó de su frustración con la tabla de cortar, con la cubertería y la vajilla. Enjuagó, cortó, machacó, trinchó el ganso, escanció el vino e hizo lo que pudo para pasar la verdura por la plancha sin quemarla, y cuando se sentaron a la mesa, a comer la cena de Navidad (eran doce, entre los Porter y sus hijos, la madre de Frank, unos cuantos obreros y una pareja de Chicago que parecían ser los últimos amigos de Frank con ganas de relacionarse con él pese a las circunstancias), se esforzó por mantener la calma, mostrarse agradable y dejar que su risa les conquistara a todos, por mucho que fuese la Navidad más horrible que había pasado en su vida.

Esa noche no pegó ojo porque la pasó meditando sobre lo que se les avecinaba. Había sido una tonta por haber acudido a la prensa, una ingenua y una idealista; tendría que haberse escondido en el sótano y haberles envenenado el café. Mientras, Frank, tan despreocupado y perdido en su artístico mundo como siempre, roncaba a su manera tan particular, como si una gran columna de agua cayera en un pozo y al cabo resurgiera para ahogar a un único hombre que respirara a través de un flautín.

Los periódicos del día siguiente publicaron el relato completo, y fue peor de lo que había imaginado. El *Weekly Home News* de Spring Green se mostró implacable, incendiario, les tachó a ambos de «amenazar la moral de la comunidad e insultar a todas las familias que vivían en ella»; el *Tribune*, por su parte, tras la disparatada afirmación del titular —«Pasan las Navidades haciendo “apología” de la “hégira del espíritu^[161]»—, lograba armonizar un tono de mazmorra con la burla más descarada. Se les pintaba ridículos, pomposos, autocomplacientes y, lo peor de todo, como padres irresponsables e insensibles.

Al día siguiente las cosas se pusieron feas.

Había estado trabajando en la traducción desde bien temprano, con tanta intensidad que se había saltado el almuerzo, y casi había dejado que el fuego se extinguiera cuando Frank cruzó el umbral con sus patines de hielo en una mano.

—Ya has trabajado suficiente por hoy —anunció—. Hora de un poco de ejercicio físico, de tonificarse, ¿eh? ¿Qué te parecen unas cabriolas por el hielo? ¿Qué me dices?

No le llevó ni diez minutos vestirse y salir por la puerta. Después se abrieron paso por el camino que Billy Weston había despejado con la pala hasta el centro de la explanada. Todo estaba inmóvil, el aire límpido, la casa tan acomodada y acogedora bajo sus extensos aleros como un refugio alpino en Kitzbühel. De las chimeneas surgían espirales de humo. Un cuervo graznó con fuerza al atravesar el aire y sus alas chirriaron como bisagras sin engrasar. Frank iba en cabeza, vestido con unos *lederhosen* y un sombrero tirolés, la larga estela de su bufanda arrastrando a derecha

e izquierda con el balanceo de los hombros, y estaba de tan buen humor que se encaramó a una pila de nieve para partir uno de los grandes témpanos de hielo que pendían del tejado y ponérselo en el hombro como si fuese una pieza de artillería.

Bajaron el camino de lado, como cangrejos, porque pisaban sobre hielo, mientras el pálido disco solar se ponía entre los árboles a sus espaldas y el río se abría ante ellos. Después atravesaron la carretera y tomaron por el sendero de la otra orilla, todo inmaculado y perfecto bajo los bancos de nieve esculpidos. Aspiró el aroma a pino y admiró la forma en que los árboles flanqueaban el río como centinelas, agrietados y vivos, cediendo su color a un mundo monocromático, y sintió una oleada de alegría. Esa era exactamente la vida con la que había soñado, trabajo y juego de la mano, autarquía y aire libre, Ellen Key, Frank. Era demasiado perfecto, el ideal de cualquier mujer: todas deberían sentirse así.

Se detuvo un momento para apoyarse en el tronco de un árbol y quitarse la nieve de las botas, con ganas de pregonar al mundo su alegría, y Frank se paró para volverse a mirarla.

—¿Estás bien? —le gritó—. ¿Ya estás asfixiada? —Era una fotografía, una enmarcada, y ¿dónde estaba la cámara para inmortalizarle?

—Qué va. De hecho, estoy deseando llegar al lago para retarte a una carrera, dos vueltas a la pista, y ¡que ningún hombre o mujer se interponga en nuestro camino! — La sangre le cantaba por dentro y los ojos le brincaron hacia él.

—Hecho —le dijo, y ahí estaba su sonrisa—. ¿Qué nos apostamos? El que pierda (y siento decirte que seguro que serás tú) le dará un masaje gratis al que gane. ¿Vale?

Y tanto que valía: aunque perdiese; no podía perder.

—Vale —le dijo, y se dejó llevar por su propia risa.

Cuando bajaron la loma y se internaron entre los árboles, empezó a ver las siluetas de los patinadores en el río, formas oscuras que surcaban la pista a solas o en parejas, los gritos retumbando en el hielo. En la otra orilla había una hoguera, en torno a la cual se reunían varias familias, con sus salchichas, sus refrescos y petacas con bebidas más fuertes. En medio de la pista un *setter* irlandés daba vueltas en círculos y gañía, y a su lado pasaron unos niños que, al poco, recularon para instar al animal a que les siguiera. Era una escena salida del pincel de Brueghel, o quizá, más bien, de Currier & Ives. No había acabado de atarse los patines cuando un hombre moreno con unas enconadas cejas negras, vestido con un grueso jersey hecho a mano y unos pantalones con parches, pasó cerca de la nieve y le gruñó algo antes de volver a salir disparado. Pero ¿qué había dicho? ¿Quién era?

Frank estaba a su izquierda, ansioso como un niño por echarse a la pista, totalmente ajeno a todo, con un patín puesto ya y el otro a la zaga, y al cabo estaba pasando a su lado y gritándole:

—Venga, vamos, ¿a qué esperas?

Al poco Mamah patinaba ya, el paso inestable todavía, y Frank la llevaba de la mano, el viento en la cara, y allí estaban, serpenteando entre el gentío en un gran

circuito, y entonces empezó a entenderlo: o más bien, le hicieron entender. La gente —y reconoció a unos cuantos— estaba patinando hacia la otra orilla, por separado o en grupos, y agrupándose allí en la nieve pisoteada para quitarse los patines y remontar la cuesta de vuelta a la carretera. Se estaban yendo, en bloque. Estaban dándoles la espalda, desairándoles. Y entonces, justo cuando la constatación empezaba a plasmarse en los rasgos de Frank, el hombre moreno llegó patinando hasta ellos y les dijo, esa vez con más claridad:

—Debería darles vergüenza.

—¿Vergüenza de qué? —replicó Frank.

Pero el hombre se giró en redondo y se alejó, para al punto volver a tal velocidad que Mamah temió que quisiera embestirla —e incluso levantó las manos para amortiguar el posible impacto—, hasta que se paró en el último momento rociándoles con hielo.

—Vuelve por donde has venido, viejo verde —le gritó, con la cara roja y los ojos desorbitados por la rabia—. Tú y tu *concabina*.

Todo se evaporó entonces, toda la alegría que había sentido por el placer del día y todas sus esperanzas, y aunque Frank insultó al hombre y se alejó para perseguirle llevado por un arrebató, este se perdió de vista, pues era mejor patinador.

—¡Viejo verde! —resonó la voz hasta que la hoguera se apagó, los bancos de nieve se quedaron vacíos y los dos niños se fueron con su perro y se perdieron también por la carretera.

Cuando volvieron —Frank había insistido en que siguieran patinando hasta que se hartaran, los dos solos en el hielo con el hombre ceñudo—, Billy Weston estaba esperándoles con una cara que parecía augurar el día del Juicio Final o algo peor. Dejó el periódico que tenía en la mano sobre la mesa de la cocina para que lo viesen. «Solicitan la ayuda del *sheriff* para encarcelar a Wright», rezaba el titular, y aunque intentó ignorarlo y regocijarse en la sensación que había tenido al bajar por el camino y surcar el bosque con Frank a su lado, no pudo evitarlo y se llevó el ejemplar al dormitorio para confirmar lo que ya sabía: la comunidad entera se había levantado contra ellos; y peor aún, le habían pedido al *sheriff* que arrestase a Frank y a Mamah por un delito contra la moral. ¡Un delito contra la moral!, ¡por el amor de Dios! Era como si estuvieran en los Años Oscuros; o en Salem, en una caza de brujas de Salem.

Estaba destrozada. Se sentó en el sillón junto a la ventana con la manta echada hasta el cuello y se quedó mirando el periodicucho hasta que las palabras dejaron de tener sentido. La casa crujía y gemía, y el viento se colaba entre las tablas. Frío, tanto frío que el fuego no era más que una luz sobre las piedras ennegrecidas del hogar, y la caldera del sótano bien podría haber estado en otro país, para lo que servía.

Ellen Key, ¡ja! Tolerancia, ¡ja! Ambos se fueron temprano a la cama, con los sentidos alertas ante el ruido de posibles pisadas en la explanada. Por segunda noche consecutiva no pudo dormir. Se quedó despierta horas y horas, con los ojos fijos en la oscuridad, pensando en el hombre de la pista de hielo, viéndole en su cabeza, con los

labios fruncidos y su rabia regurgitada. Por fin, con las primeras luces, cayó en un sopor profundo y sin sueños.

No hubo masaje, esa noche no... ni en varias.

Al final el *sheriff* no fue a arrestarles^[162]; ni él ni nadie. El invierno siguió su lento curso, Taliesin vio completado su diseño y creció más allá, mientras Mamah persistió en ser discreta y trabajar de forma productiva, dejó de leer los periódicos y de intentar entender sus motivos e intenciones y juró que si alguna vez volvía a poner los ojos en un periodista se cruzaría de acera para rehuirle. En cuanto a los lugareños, también cedió, y apenas salía de Taliesin, ni tan siquiera para ir al mercado. Si no estaban preparados para el pensamiento avanzado, si se sentían obligados a insultarla en el periódico local y a tronar contra ella desde los púlpitos de las iglesias, pues bien, tanto peor para ellos, que eran los que se dejaban mermar por las fuerzas del miedo y la ignorancia, y poco podía hacer al respecto salvo continuar su trabajo y dejar que Ellen Key hablara por ella: con una traducción tan fiel y directa como le fuese posible.

Muy poco a poco, conforme el nuevo año llegó y avanzó, la gente empezó a preocuparse por otras historias, por sus familias, por el tiempo, por la vida en la granja, por el ordeñado y los partos de las vacas, por el arado y el sembrado de los campos. Muy discretamente, se fue viendo con algunas de las mujeres más receptivas —una invitación para ir a tomar el té o para pasear por el campo, para recoger florecillas o retratarles en acuarela—, y aunque tal vez mencionase a Ellen Key como por casualidad, intentó no hacer proselitismo y ninguna, ni tan siquiera Diana Milquist, que estaba casada con el dentista del pueblo y era su mejor amiga del vecindario, mencionó jamás su manera de vivir. Ese verano, el de 1912, John y Martha fueron a pasar un mes en Taliesin y se desvivió por ser una buena madre, aunque resultaba evidente que Edwin había hecho todo lo posible por ponerles en su contra y que tenían poco interés por la vida rural. Tal y como le confesó a Diana, por mucho que adorase tenerles allí con ella en Taliesin, cuando se fueron sintió cierto alivio, y ¿no le parecía que era una madre horrible por pensar algo así? No, le dijo Diana (Diana la yerma, cuyos órganos reproductivos quedaron dañados tras un accidente en su infancia), por supuesto que no.

En agosto salió publicado *El torpedo bajo el arca* en una exquisita edición de Ralph Fletcher Seymour, en Chicago, y la crítica, en su mayoría, lo recibió bien, aunque unos cuantos periódicos aprovecharon para reciclar viejas noticias de su huida con Frank y todas las sandeces de rigor («La antigua señora Cheney, la que huyó con Wright, tiene libro nuevo»; «Se acoge a las visiones de Ibsen y de la autora sueca sobre el matrimonio sin amor»). Así y todo, esas noticias no hallaron gran eco y Ellen Key llegó al público anglófono, que era lo importante. Lo celebraron con un viaje a Milwaukee, donde brindaron (ella con una copa de Liebfraumilch, y él con agua del

grifo) por el éxito del libro y las traducciones futuras, y por su propia obra, cuyas ideas empezaban a entretenerse, un volumen que trataría sobre las cuestiones del amor, del matrimonio y de la libertad, escrito al estilo americano, más sencillo; para la mujer estadounidense, mujeres como ella misma, Diana y todas las amas de casa sitiadas en Oak Park, obligadas a vivir una mentira día tras día a través del estéril transcurso de sus vacías vidas. Y si bien no se consideraba una heroína, ni una persona ambiciosa o especialmente radical, cuanto más pensaba en él, más tomaba forma el libro en su cabeza. Todavía no lograba entrever el título —era solo un borrón de caracteres, como una sopa de letras—, pero veía su nombre debajo, Mamah Borthwick, o tal vez Mamah Borthwick Wright, y se imaginaba a una serie cambiante de mujeres atemporales, elegantemente vestidas, absorbiendo sus palabras en el salón, la cocina o los acristalados porches, con los ojos relucientes y las caras embebidas.

La canícula llegó. La época de segar el heno, tal como vino se fue. Los árboles derrochaban color. Se dejó arrastrar sin oponer resistencia por la rutina de la vida en Taliesin: trabajar por la mañana, unirse a las faenas de la casa por la tarde — intentando asumir toda la carga que podía para liberar a Frank y que pudiese llevar a cabo sus proyectos arquitectónicos^[163]— y contentarse con veladas tranquilas en casa; con Frank, con el hombre al que quería. Llegó un momento incluso, durante el otoño y el invierno que siguieron, en que se sintió tan en casa que no albergaba ya deseo alguno de salir de Taliesin.

Cuando Frank llegó y le propuso un viaje a Japón en primavera, su primera reacción fue negarse, aunque no porque tuviese algo en contra de los japoneses; muy al contrario, la cultura oriental la intrigaba, con su iconografía llena de dragones y de grullas y con la exquisita sensibilidad de sus diseños artísticos, en contraposición a la fiereza de la tradición samurái y a la insólita subyugación de sus mujeres, con sus zuecos lacados y sus batines ceñidos, hasta el punto de no ser más que juguetes para los hombres (y sin duda, no les vendría nada mal cierta dosis de Ellen Key^[164]). Era solo que acababa de sentirse al fin a gusto, contenta. Aunque intentó hacérselo ver a Frank, este no la escuchó. Necesitaba el trabajo, esa era la verdad; y comprar grabados y paneles y estatuillas para poder revenderlos y sacar un beneficio que invertir en Taliesin, porque estaban por llegar varios encargos importantes. Y por ella. Le dio un largo discurso —unos cuantos— pasando de puntillas por el tema de la culpa, que era de los dos, por supuesto, y le aseguró que no se arrepentía de nada, pero todo el mundo estaba haciéndole el vacío, boicoteándole. Y además estaba la promesa del encargo más grande, el mayor de su vida, un proyecto que acabaría de un plumazo con todos sus apuros económicos para siempre: un hotel en Tokio que superaría a cualquier edificio construido en Asia. Y tenía que ir, no le quedaba más remedio. Era su obligación, y no pensaba ir a ninguna parte sin ella, nunca más.

En todo el tiempo que pasaron fuera añoró Taliesin con un dolor que nada podía aliviar, a pesar de que las mujeres japonesas eran muy distintas de lo que había

imaginado —en muchos aspectos la sociedad era casi matriarcal, las esposas y madres tenían el control, mientras los hombres salían como escolares a jugar con sus geishas maquilladas y a beber vino de arroz hasta perder el sentido— y la comida, sobre todo la fritura a la que llamaban «tempura», le gustó mucho más de lo que había pensado. Era una mujer abierta. Hasta pidió la receta e intentó reproducirla cuando volvieron a Taliesin (aunque las verduras y las tiras de pescado rebozadas que ahogó en el aceite de la caverna de su olla más honda se hincharon sin más y absorbieron toda la grasa, como esponjas en miniatura, hasta el punto de que, a su lado, el buñuelo más fofo y la rosquilla más pesada habrían sido una exquisitez).

—La experiencia asiática ha sido de lo más interesante —le contó, a modo de resumen, a Diana Milquist ante los aceitosos trozos de la supuesta tempura—, realmente instructiva... Tendrías que ver cómo vive allí la gente. No se parece en nada a esto, o a Europa. —Pinchó un trozo mustio de zanahoria al que se le había desprendido el rebozado, pensando en lo rudimentarias que eran las condiciones en aquel otro país, sobre todo en el campo, y evocando los camastros de madera, las paredes de papel y el inodoro, poco más que un hoyo en el suelo—. En nada de nada.

No obstante, si a ella Japón la había puesto a prueba, a Frank le había llenado de energía. Había comprado grabados para llenar todas las habitaciones, con dinero que parecía sacar de la chistera de un mago^[165], y nada más volver empezó a dibujar los esbozos preliminares para el proyecto del hotel, a pesar de que todavía no había cerrado nada. Pasó otro año en Taliesin, uno bien dichoso, y entonces, cuando menos lo esperaba, le encargaron un gran proyecto para remodelar los jardines de recreo de Chicago, a la manera de los que había en Alemania o Escandinavia, y se enfrascó en el nuevo trabajo con su habitual ahínco y su visión particular. La primavera llegó ese año acompañada por la embriagadora ola del perfume de las flores de los cientos de frutales que habían plantado, perales, manzanos, melocotoneros, albaricoqueros, ciruelos..., y si los jardines de recreo —Midway, los habían bautizado Midway Gardens— le mantuvieron apartado de Taliesin gran parte del tiempo, fue solo para bien, de veras que sí. Porque Mamah le quería ahora más que nunca y él la necesitaba en cuestiones prácticas, no solamente como su alma gemela y su avatar, sino como la señora de la casa: era la encargada ahora que él pasaba tanto tiempo fuera, y ella era la que trataba con los empleados, además de trabajar a destajo para que la casa estuviera todo lo reluciente que debía, como el monumento a Frank que era.

Era todo glorioso. Era tanto su mano derecha como la izquierda, y todo fue encajando en su sitio conforme los días se alargaban y se hacían más cálidos, las enredaderas trepaban por las paredes bañadas por el sol y las abejas cargaban el aire con una electricidad tan viva que podía sentirla en las venas. Glorioso, ni más ni menos. Hasta que, de un día para otro, el ama de llaves se despidió, y la cocinera decidió imitarla...

—No pienso seguir trabajando aquí —le dijo esta última— si no se me paga, o si se me paga cuando al señor le viene en gana. Y menos con lo que va diciendo la

gente por ahí... —La mujer se había plantado delante de ella en la cocina, que hasta la fecha había sido de su exclusivo dominio, con los brazos en jarras, con su gran pecho y su cintura enorme, su papada colgante y su matrimonio infeliz, ingrato y descuidado—. Es pecado, eso es lo que es. Y pecado y paga es una cosa, pero pecado sin paga... por ahí no paso, y lo siento, señora, de veras que lo siento.

Mamah se fue directa a su escritorio e intentó reunir todas las monedas y los billetes que encontró, los envolvió en un pañuelo y se lo puso en la mano a la mujer, pero, con todo y con eso, esta le dijo que no pensaba quedarse, aunque, por descontado, Mamah tampoco pensaba suplicarle. Sin embargo, de la noche a la mañana se vio convertida en la criada, en la fregona —la acumulación de tareas diarias la abrumó sobremanera— y, aunque hizo correr la voz entre la comunidad de que necesitaba ayuda, y se lo dijo a Diana Milquist y al par de mujeres que podía considerar sus amigas, nadie se presentó en la puerta con la intención de trabajar para Frank *el Moroso* y su mujer marcada.

Por mucho que lo intentó, empezó a sentirse como si le faltara el aire a cada rato, como si el anochecer fuera seguido del alba sin que mediase descanso alguno, sin un receso, y lo primero que se vio mermado fue su escritura. No tenía tiempo, así de sencillo; ni tampoco para leer o reflexionar, o tan siquiera pasear por los montes o ir a nadar al lago, todo el tiempo que pasaba despierta lo empleaba en evitar que la casa se le viniese encima, mientras Frank iba y venía de Chicago. Consiguió sobrevivir al mes de junio, blandiendo la mopa, la escoba y el cepillo con una furia que le salía de lo más hondo del cuerpo, y matándose para bregar entre los grandes calderos de la cocina y preparar comida para Frank y los hombres que tenía trabajando para él. Pero ella no era cocinera y era la primera en reconocerlo: el pan le salía más plano que las tortitas, y las tortitas chamuscadas y grumosas, y con el calor que hacía cualquiera se quedaba junto al horno, y las chuletas acababan pareciendo cecina y los filetes y el asado de ternera salían negros como ellos solos. Y entonces, una noche a mediados de julio, cuando empezaba a desesperar, las manos encallecidas y la piel tostada como la de una campesina, cada articulación y cada músculo doliéndole noche y día y el sudor perlándole la línea del pelo y atrincherándose en las axilas y entre las piernas, hasta sentirse permanentemente baldada, como si todo movimiento fuese una agonía, Frank llegó en el tren de Chicago con una sonrisa instalada en los labios y le dijo:

—¿Sabes qué? Creo que he encontrado la solución a nuestro pequeño problema doméstico.

Mamah había ido a la estación a recogerle en el coche, la había llevado Billy Weston, y tuvo la impresión de que hacía más calor a las siete de la tarde que al mediodía. Se había recogido el pelo, con la idea de acicalarse un poco para Frank, y se había cambiado de vestido, aunque volvía a tenerlo empapado por la espalda, de apoyarse en el respaldo. Frank estaba metiendo el maletín en el coche mientras Billy se encargaba del resto del equipaje (una cerámica envuelta en papel marrón, otra escultura de un buda, con la ancha frente oriental y la nariz lisa y frágil asomando por

el paquete). Estaba animado y encantado consigo mismo y, aunque no la abrazó —no lo haría hasta que estuviesen a salvo de miradas inoportunas—, ya se había rozado contra ella y se había percatado de que la necesitaba imperiosamente. Sonreía de oreja a oreja, mientras balanceaba la cabeza, arrastraba los pies por la acera y se tiraba del ala del sombrero como si quisiera arrancarla.

—Sí —dijo, dejando escapar un largo suspiro al tiempo que se abanicaba con una mano—, ¿y de qué se trata? ¿Cuál es tu solución?

—Oye, Billy —llamó al hombre volviendo la cabeza para dejarla con el suspense—, estoy pensando que tengo ganas de conducir esta noche, y tú puedes ir detrás si quieres, o si lo prefieres, te puedes ir a casa con tu mujer. Seguro que te echa de menos. Y tu hijo también. ¿No se pregunta nunca el chiquillo dónde está su padre?

Billy, que estaba agachado junto a una de las estatuillas, se incorporó y se encogió de hombros con mucha parsimonia.

—Sí, claro, como quiera, señor Wright. ¿Una noche en casa? Pues supongo que no me vendría mal —ahora sonreía abiertamente—. Y seguro que a mamá —¿por qué los hombres casados de cierta edad se empeñaban en llamar «mamá» a sus mujeres?— no le importa verme el pelo. O no mucho, en cualquier caso.

—De acuerdo, entonces. Estupendo —dijo Frank—. ¡Cuidado con eso, cuidado!

Hasta que no estuvieron en el coche con la marcha metida y empezaron a atronar por la calle con el gran estrépito de trombón del tubo de escape, no volvió a abordar el tema.

—¿Te acuerdas de John Vogelsang, el proveedor de Midway?

Se acordaba, vagamente.

—Grandullón, fuerte, ¿con el pelo rubio y muy rizado?

Asintió con un ruidillo, pero poco importaba; por ella, como si estaba hablándole del emperador de China, aunque eso no impediría que le diese todo lujo de detalles.

—Pues bien —prosiguió Frank, con la mano en la palanca de cambios, mientras el viento les azotaba como un huracán y ella sujetaba el sombrero como si le fuera la vida en ello—, le conté tu pequeño problema, nuestro problema, quiero decir, y me ha recomendado a una pareja muy trabajadora, un matrimonio. Ella cocina y él sirve la mesa y hace arreglos y lo que haga falta; es una especie de manitas-mayordomo, todo en uno.

—¿Viven en Chicago?

—Sí, son negros. De alguna parte del Caribe, me ha dicho. De una isla.

—¿Y están dispuestos a venir aquí y —dejó escapar una risita— cultivar las emersonianas virtudes de la vida rural?

El rugido del motor, la cara de perplejidad de las vacas, las nubes deshilvanándose sobre sus cabezas.

Frank se encogió de hombros y repuso:

—Eso parece. Pero son gente educada..., por lo menos él. Habla muy bien para ser negro. Se llama Julius, creo. O no, no: Julian. Julian no sé qué.

Capítulo 6

Carleton entra en escena

El hombre que fue a recibirles a la estación, todo codos y rodillas, vestido con pantalones vaqueros y una camisa con el cuello abierto, llevaba una máscara por cara: ni una sonrisa ni un ceño fruncido ni expresión alguna de uno u otro tipo. Tenía los ojos color agua sucia, aunque tampoco le sorprendió: en aquel país todos parecían tener esa mirada aguada, como muchos *duppies*, se diría que el cenicero muerto y lúgubre que tenían por cielo les hubiese succionado la vida. Para colmo, aquel se escondía tras unos impertinentes de montura de alambre y tenía un bigote color teja bajo el saliente de la nariz, así como el pelo muy corto y del mismo color, que a Julian le recordaba inevitablemente a la arena de un río revuelta por las lluvias. Por lo menos no era amarillo; el pelo amarillo era una aberración en el ser humano y juraba no haber visto tanto junto desde que se había subido al tren, donde todo el mundo le miraba como si él fuese el fenómeno de la naturaleza y no ellos, y en todo el trayecto no alzó la vista salvo para contemplar por la ventanilla el inquebrantable despliegue de verde, demasiado verde, verde como para enterrarles a todos (ya puestos, podían haber llamado Greenland a esa región, y no al terruño esquimal de Canadá). Pero allí estaba con el agua sucia, sin decirles ni hola ni bienvenidos ni nada medianamente cortés o siquiera humano, salvo «Ustedes deben de ser los criados nuevos» y «He venido a recogerles», y en la estación se mantuvo a cierta distancia de ellos, como si creyera que iban a contagiarle el color de la piel.

Bajo la lluvia, que parecía haber arrancado en cuanto habían puesto el pie en el andén, en un volcán de humo y cenizas, Julian bregó con el peso del baúl de viaje y la maleta demasiado llena de su mujer, Gertrude; cuando esta intentó ayudarle, con esa cara de pasmo y esos ojos de rana que tenía, con su compasión y su ilusión dibujadas en el rostro —esa mirada que odiaba porque le dejaba en evidencia y le hacía volver a ser el muchacho escuchimizado de antaño—, la rechazó.

—Yo puedo solo, mujer. No necesito tu ayuda para nada. Mira a ver si puedes subirte ahí a la carreta y abrir el paraguas —eso fue lo que se oyó decir, unas indicaciones sencillas pero dichas con la voz ahogada por una especie de rabia latente que hizo que su mujer, al reconocerla en el acto, apretara el paso y lo dejara estar.

¿Y en qué había ido el agua sucia a recogerles cuando hasta el más idiota habría visto que iba a caer el diluvio universal? Pues en un carro sin capota tirado por un triste par de alazanes que parecían más mimados que una mascota. ¡En un carretón! Como si todavía estuvieran en el siglo XIX, ¡y él contándole a Gertrude que iban a prosperar al irse a trabajar para un rico en el campo! Estaba harto de Chicago, donde

los negros actuaban como si aún fuesen esclavos, mientras que los blancos eran unos zafios, unos tacaños y unos insolentes, como los esclavos haraganes y los irlandeses cara pan que eran. El campo, eso era lo que ansiaba, con su isla en mente, donde al menos podías perderte en un cañaveral y hablar con el cielo cuando te venía en gana.

Pero aquel campo era distinto, ya estaba percatándose, se dio cuenta antes, incluso, de bajar del tren, arrastrar el baúl y la maleta hasta el carro, montarse al lado del agua sucia y ver cómo los caballos ponían a trabajar sus hermosas grupas. Aquel campo era un horror agreste; se veía que habían intentado domarlo con sus mulas, sus arados y sus hachas, pero no era más que una hondonada infernal de árboles y lomas erizadas que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista, un sitio por donde rondaban osos y aullaban los lobos, y los espíritus de los indios americanos murmuraban durante las espectrales horas de la noche; y donde la única cara negra que vería aparte de la de Gertrude sería la suya cuando se mirase al espejo, cosa que no acostumbraba a hacer porque no solía gustarle lo que veía.

Así fue como pasaron delante de establos color sangre y sembrados, que aparecían a ambos lados de la carretera, bajo una lluvia que azotaba, calaba y siseaba contra el inadecuado refugio del paraguas, y atravesaron un puente con el río desparramado por debajo como el regazo de una madre, hasta adentrarse en el hedor de las charcas de los cochinos. Vio la casa antes que ella, una serie de cobertizos deslucidos y una pequeña cabaña, donde, bajo el aguacero, un hombre intentaba abrir con su pala una zanja para que los deshechos desteñidos de los animales no atoraran el redil. Cuando el agua sucia tiró de las riendas y se internaron en el sendero, le dio un vuelco el corazón.

—¿Esta es la casa? —se oyó decir, pero sin volver la cabeza para mirar al agua sucia, limitándose tan solo a extraer a presión las palabras, como si temiera perderlas.

Ahí estaban los cochinos metiendo el hocico recubierto de barro por las rendijas de la cerca, con un hedor calamitoso, Gertrude con cara de desolación e intentando no respirar, mientras el agua sucia rompía a reír. ¿A reír?, como si hubiese algo de lo que reírse...

—No, no; esta es la casa de Reider.

Y entonces señaló la colina, tras una maraña de árboles, y allí estaba, la casa más grande del mundo merodeando por la ladera como una bestia herida, como la cola de un gran dragón dorado; después, al tiempo que traqueteaban sobre los baches, la casa fue a recibirles y Julian se apeó y metió el pie en el barro que burbujeó en torno a las lanchas de la explanada y se estropeó el lustre de sus zapatos nuevos de cuero, mientras se le empapaban sus mejores ropas, que se le pegaron a los costados, se le hincharon y se le fijaron a la espalda como una losa.

—¡Eh, Billy!

La voz había llegado como una puñalada a través de las sombras de un pesebre abierto y, al volverse, vio al mismo tiempo al hombre a quien pertenecían la voz y el automóvil, una máquina cara al abrigo de la lluvia, de un color idéntico a una barcada

de plátanos. Era un hombre alto, de espaldas anchas y cintura estrecha como la de una chiquilla, labios hinchados y ojos acuosos de pervertido. Podía tener unos treinta, sí, como mucho...

—La señora Borthwick me ha dicho que les lleve primero a sus habitaciones para que se instalen y que luego vayan a la casa, para que ella les enseñe lo que tienen que hacer.

El agua sucia estaba plantado en medio del barro, tan tranquilo, sin ninguna prisa, como si estuviese dándose un baño de sol.

—Claro, sí, Brodelle, en cuanto descarguemos y desenganche los caballos. Pero ¿qué me dices del día tan estupendo que tenemos, eh?

—¡Ya te digo! —respondió el otro hombre, que no movió un dedo para ayudarles y ni tan siquiera se percató de que había allí dos personas, un hombre y su mujer, dos desconocidos que necesitaban ayuda—, un estupendo día de perros... Quién fuera perro...

Ambos rieron, mientras Gertrude intentaba bajar de la carreta sin que se le mojasen las faldas, pero ¿qué creía esa mujer, que iba a ayudarla o algo? En realidad, lo habría hecho, aunque solo fuese para enseñarles un poco de educación a los otros dos, pero, cuando se acordó, estaba metida de lleno en el barro y hacía lo imposible por parapetarse con el paraguas. Cogió entonces el baúl con todas sus posesiones y siguieron al agua sucia por la explanada, hasta un cuarto que olía a jabón de sosa revenido; y estaba tan furioso consigo mismo por haber echado a perder los zapatos y haber permitido que su mujer se apease sin ayuda, que soltó el baúl en el suelo de cualquier manera y volvió por donde había venido para ir a por la maleta. Cuando regresó, el agua sucia había ido a encargarse de los caballos bajo la lluvia, y todavía nadie les había ofrecido unas palabras amables o una bienvenida, ni tan siquiera se habían molestado en presentarse. Era gente fría y estirada, no había otra forma de verlo: hasta el más pencho de los haraganes de taberna de su país se habría levantado y les habría echado una mano. Y nadie en su isla de nacimiento habría pasado delante de un desconocido sin desearle un buen día, nadie... Era el mínimo de educación que podía esperarse, y si no tenías educación no eras mejor que un animal^[166].

—Ay, Julian, mi amor, estás *to calao*.

Gertrude estaba en medio de la habitación; ya había limpiado sus zapatos embarrados y los había colocado contra la pared, y estaba secándose la nuca, por donde le caía el pelo suelto, con una toalla que había encontrado en un cajón medio abierto de la cómoda.

—Ten, mi amor, cógela y sécate —murmuró, tendiéndole la toalla lacia.

Julian la cogió sin verla ni sentir siquiera el tacto de la tela porque, por tan solo un instante, lo novedoso de la situación le hizo olvidarse de todo lo demás y pensar, mientras se pasaba la toalla por la coronilla con tal furia que parecía querer arrancarse el pelo del cuero cabelludo: «No conozco este sitio ni a estas personas, y aquí nada huele bien, nada huele a nada, no huele a nada salvo a jabón de sosa, a moho y a

cenizas apagadas y frías en el hogar».

En el cuarto de baño —con grifería de ricos, con su váter y su lavabo, todo un detalle— había una chaqueta blanca de servicio en una percha, y le importó un comino que fuese dos tallas más grande.

—Trae, *mejó* que la lleves *planchá* —le dijo Gertrude, sin parar de revolotear a su lado.

De entrada se negó, pero luego se lo pensó mejor porque pretendía entrar en esa casa más recto que una baqueta y sin una sola arruga, para demostrarle a esa señora rica que no era ningún negro tontorrón como la mitad de los de Chicago, sino un hombre cultivado, licenciado por el Combermere School de Barbados —o de la «Pequeña Inglaterra», como solían llamarla, ¡la Pequeña Inglaterra!—, con un acento tan impecable como el del difunto rey, por mucho que su mujer hablase igual que una campesina descalza (aunque eso no era culpa suya). Querían un mayordomo eficiente y les daría un mayordomo eficiente. De modo que sí, *mejó* *planchá*, mujer.

No pasó ni un cuarto de hora y ya estaban llamando a la puerta, y allí tenían al agua sucia en el umbral para conducirles por el laberinto de la casa. Gertrude fue todo el rato con los ojos clavados en el suelo; se había puesto su mejor vestido y el delantal blanco que había visto colgado junto a la chaqueta e iba con los labios fruncidos, esa boca de simio que siempre ponía cuando estaba nerviosa. Tuvo que llamarle la atención musitando un «mono, mono» entre dientes, hasta que su mujer se volvió y le fulminó con la mirada. Volvieron a la lluvia cuando atravesaron de puntillas la explanada para no pisar el barro —con las vacas mugiendo en alguna parte, y oliendo, también oliendo— y después entraron por una puerta que daba a una especie de salita para los peones. Acto seguido bordearon un estudio muy amplio, donde había dos hombres —uno era el que habían visto a su llegada— ante sendas mesas de trabajo pintando sobre hojas de papel del tamaño de manteles, y ninguno se molestó tan siquiera en alzar la vista. Y de nuevo fuera, aunque con un tejado sobre la cabeza —en la logia—, para por fin entrar a la vivienda principal y a la cocina llena de ollas, con un grasiento fogón de leña y un desbarajuste de platos y cubiertos sucios en el fregadero, donde gordas moscas azules vagaban por las paredes y las ventanas como si no tuvieran de qué preocuparse en este mundo.

—Esta es la cocina —les informó el agua sucia.

Y dieron una vuelta por la estancia antes de seguir la rama huesuda que tenía por hombros, a través de la puerta y de un comedor engalanado con objetos, estatuas, alfombras y pieles de animales —y ¿qué era eso, un hurón?— suficientes como para abastecer un museo, hasta que por fin describieron una curva cerrada hacia la izquierda y entraron en una sala grande y ostentosa, llena de más pamplinas y más quincallería, con el lago reluciente como un moratón al otro lado de las ventanas.

La vieron antes que ella a ellos. Estaba ante la ventana en una silla de respaldo alto bastante insólita, con unos listones parecidos a los de una trampa para langostas; tenía el pelo color ron recogido en un moño, de forma que las orejas le sobresalían

como vieiras, más blancas que la nieve. A su alrededor había libros apilados, tanto en la mesita baja a su izquierda, como a sus pies en el suelo, y parecía estar apuntando algo en el libro de contabilidad que tenía en el regazo. Miró de reojo a Gertrude y la vio otra vez poniendo labios de mono, con las manos entrelazadas por delante como si estuviera en el banco lateral de la iglesia, con los ojos desorbitados ante la visión de todas las cosas bellas de la habitación —el piano enorme, las telas, las pinturas, las lámparas de cristales de colores y los libros, que encajaban a la perfección en sus estanterías de madera pulida— y quiso decirle algo, pero se contuvo.

También él lo sentía: estaban dentro, en el santasanctórum, donde la élite blanca vivía a sus anchas, y para ambos era un mundo totalmente nuevo, tan de fantasía como el submarino del capitán Nemo o la nave espacial que H. G. Wells había mandado a la luna. ¿Qué sabían ellos? Eran barbadenses, ignorantes e insignificantes. Y cuando se dio cuenta, se vio como el muchacho lleno de vergüenza y entusiasmo que se agazapaba tras el relincho de los caballos y la palma seca para ver la gran casa del terrateniente, el señor Brighton, mientras media aldea se agazapaba allí con la cara colorada de la vergüenza para ver cómo este y sus invitados blancos tomaban el té en la terraza, cómo extendían los dedos meñiques al coger las tazas tamaño dedal y cómo las damas arqueaban la espalda, arrullaban con sus vocecitas de pájaro y cogían sus pastas para mordisquearlas sin que se les cayese una miga y sin manchar los perfectos guantes blancos con el más mínimo resto de mantequilla montada o siquiera un grano de azúcar. Ah, de modo que así se hacía, pensaban todos, y también se acordaban entonces de sus destartaladas chozas de listones de madera sobre pilares de caliza blanca, y se imaginaban a sus vecinos allí sentados, todo negro, más negro que un huracán por la noche, estirando el meñique al coger unas tazas más pequeñas que las de juguete.

El agua sucia carraspeó y dijo:

—Ejem, señora Borthwick... —y parecía remover la punta del zapato sobre la alfombra como si también estuviera nervioso—, perdone que la moleste, pero me dijo que trajese al nuevo servicio y...

La mujer se sobresaltó —un rápido espasmo de los hombros y la sangre coloreándole las orejas-vieiras—, y fue como si la hubiesen interrumpido en medio del baño o en la cama, pues se dio la vuelta en el asiento y dejó caer el grueso libro al suelo con un golpe amortiguado que reverberó por toda la habitación y que él mismo notó a través de la suela de los zapatos (que había limpiado todo lo que había sido posible, a pesar de que el lustre se había echado a perder por completo, tal vez para siempre).

—Ah, sí —contestó la mujer, que se puso en pie, se alisó el vestido y se llevó dos manos rápidas al pelo—, hola. Hola. —Hizo una pausa y tomó aire—. Es que me habéis pillado por sorpresa... estaba tan enfrascada en el trabajo... —Les barrió a los tres con una sonrisa como la luz de un faro, hasta aterrizar en el agua sucia—. Pero, Billy Weston, qué cosas tiene usted, podría haber levantado a un muerto del susto que

me ha dado.

Se habían detenido justo al borde de la alfombra, y ninguno se movía. Después la mujer se echó a reír con gran desparpajo, una risa desatada, casi coqueta, y repasó con la mirada primero a Gertrude y luego a Julian, quien esperó ver desaparecer la sonrisa en cuanto fijara en ellos los ojos, pero no fue así.

—Ustedes deben de ser los nuevos.

—Sí, señora... —se oyó decir, aunque no estaba del todo presente, aún no.

Porque intentaba calibrarla, trataba de sumar todas sus partes y llegar a una especie de balance, porque se trataba de una mujer joven, mucho más que el arquitecto de la gran cabeza plateada que había pasado con ellos tres minutos de su valioso tiempo interrogándoles sobre su isla antes de contratarles. Sin embargo, a la vez, era mayor, una suerte de camaleón, se percató de ello justo en ese instante, cuando la luz se coló por la ventana y trepidó por la mejilla de la mujer: era igual de vieja que su madre, pero poseía la cara y la figura de una muchacha que todavía no ha dado a luz. Se encontraba ante un nuevo acertijo, porque aquella señora sí que había tenido hijos, o eso había oído (dos y, para colmo, de otro hombre), y allí estaba con su hermoso vestidito y su pelo sedoso recogido como si fuese un ser superior, cuando en realidad era de lo más vulgar, era vulgar, marchita y vieja.

Y ¿qué clase de comentario había sido aquel, o pregunta, o lo que fuese? ¿«Deben de ser ustedes los nuevos»? ¿Quiénes si no iban a estar ahí sin atreverse a pisar la alfombra, con caras negras relucientes de sudor sobre los trajes de criados que les había colgado en el baño?

—Bueno, muy bien —respondió la mujer, que se adelantó para verles mejor—. Usted debe de ser Julius...

—Julian —la corrigió.

—Julian, eso. ¿Y usted es? —Miraba ahora a Gertrude, y volvía a ser joven, grácil y dulce.

Su esposa tenía los labios fruncidos, y por un momento creyó que iba a hacerle una reverencia a la mujer.

—Gertrude, señora.

—Ah, sí, sí, claro, Gertrude —la forma en que lo dijo, en que pronunció el nombre de su mujer como si hubiese cogido del barro un broche de peltre y lo hubiera limpiado con la manga de la camisa hasta hacerlo relucir como si fuera plata, hizo que se le revolviere algo por dentro—. Y va usted a cocinar para nosotros, ¿no es cierto? ¿Le han enseñado ya la cocina?

Gertrude asintió con la cabeza y clavó la vista en el suelo.

—¿Entiende que se espera de usted que haga comida para entre diez y doce personas, tres veces al día? Me imagino que se lo diría el señor Wright... —No esperó a que le respondiese—. Y que tendrá que administrar las carnes y la producción del huerto, de todo lo que criamos en la granja, en general, así como encargarse de las tareas del hogar. Bueno, eso, entre usted y su marido. ¿Se ve usted

capaz?

—Desde luego que es capaz, señora —Julian seguía en el filo de la alfombra como al borde de un acantilado, y por un segundo creyó estarlo, con las olas rompiendo a sus pies bajo las rocas y las gaviotas graznando en el vacío. No podía estar más recto—. Es joven, pero es la mejor cocinera de todo Bridgetown, la mejor sin parangón.

La señora —y ¿cómo debía llamarla? «Señora Wright» quedaba descartado porque no estaban casados, ¿o sí?— le ignoró. Sus ojos, del color de la sidra de una semana, con motas verdes de moho todavía flotando en la superficie, no se apartaron de la cara de su esposa.

—¿Qué cosas le gusta cocinar, Gertrude...? ¿Cuál es su especialidad?

Julian hizo amago de responder por ella pero, apenas articuló la primera palabra, la mujer le cortó; y seguía sin mirarle a la cara.

—Quiero oírlo de su boca. Gertrude, ¿qué cocina? —La mujer hundió los hombros y soltó otra risa—. Aunque casi cualquier cosa será mejor que lo que yo pueda hacer...

Labios de mono, labios de mono. Gertrude le miró de reojo, se cuadró y levantó la vista para responder.

—*Jug-jug*, olla picantona, *pescao* como más le guste. Y *conkies*..., hago unas *conkies* que son famosas en *toa* Baxter Road^[167].

Sin poder contenerse, Julian añadió:

—Y comida de blancos..., también hace muy buena comida de blancos, por supuesto.

—*Puré'papas* —empezó a recitar Gertrude—, codillo *asao*, judías pintas, *manitas'serdo*, filete'tertera a la sartén, buñuelos y *to* eso.

Y ahí lo tenía, ni cinco minutos en la casa y en ese puesto de trabajo, y estaba más caliente que cualquier hierro de cualquiera de las herrerías de aquel erial perdido de la mano de Dios: con ese acento de campesina, esa ignorancia cretina y el escozor de la humillación como si le cruzasen la cara con una raya marina. Y no pudo contenerse, ni aunque le hubiese ido la vida en ello.

—Chitón —espetó, plantando la cara ante la de su mujer, con todas las arrugas marcadas—, ¡calla ya, mujer! Ni se te ocurra seguir hablando así.

Iba a añadir «¿Eso es lo que te he enseñado?», mientras la mano derecha, la de pegar, le temblaba ya de tal manera que tuvo que metérsela en el bolsillo y contenerse: no era el lugar. Aunque ¿qué lugar era aquel? ¿Dónde estaba?

El agua sucia describió un círculo con el dedo del pie y Gertrude clavó la vista en la alfombra. En su cabeza, surcando los aires con veloces estallidos emergentes, sonaban los cohetes que la gente lanzaba al vacío nocturno del mar el Día del Imperio, ¡pim, pam, pum! Y la señora —Borthwick, ¿no era así como le había llamado el agua sucia?— se hinchó como un sapo, subió la voz dos tonos y le tuteó:

—Y tú —le increpó fulminándole con los ojos, las palabras rasgándole la

garganta como hojas de acero—, tú tampoco vuelvas a hablarle en ese tono, al menos en mi presencia y en esta casa. —Se produjo un silencio, y la tierra se paró, se congeló en su eje—. ¿Entendido?

Podría haber respondido cualquier cosa, podría haber perdido todo con lo que había soñado y haberse visto de vuelta en el tren rubio, denigrado y deshonrado, con la pobre campesina que era su mujer llorándole en el hombro, pero lo único que dijo fue:

—Sí, señora.

Fuera, detrás de la mujer, de la alfombra, de la estantería y de la silla-trampa de langosta, el sol estalló de pronto entre las nubes en una columna que la iluminó como si fuese un ser de otro mundo, y vio ese sol y esa habitación y la cara de la mujer, y se obligó a apaciguarse. Después no lograría acordarse, pero tal vez hasta llegó a bajar la cabeza igual que uno de esos de la selva, que se inclinaban y se escabullían entre las sombras cuando el señor Brighton o algún otro caballero o dama, allí sentados bajo sus parasoles, miraban al otro lado del jardín. Era posible que hubiese bajado la cabeza y todo. Pero ¿por qué?, ¿para qué?

Contempló la cara de la mujer y la forma en que subió y bajó el brazo en un gesto de desdén para ordenarle al agua sucia que les llevase a la cocina, y acto seguido estaban moviéndose, él y su mujer, siguiendo la rama de hombros del agua sucia, hasta salir de la estancia. Y ¿qué dijo, la señora Borthwick-Wright, doña Ínfulas, con su voz despreciativa?

—Mujer... —espetó, dos sílabas que se le clavaron en la espalda mientras se retiraba y los cohetes seguían disparándosele en la cabeza, «pim, pam, pum».

A Mamah se le atravesó nada más verle, y odiaba admitirlo, detestaba admitir cualquier tipo de prejuicio, pero ahí estaba. Y no era por su aspecto, pues se trataba de un negro apuesto, de tez clara, con unos labios proporcionados y ojos color chocolate negro, de altura media, delgado y resuelto. No, era algo en su porte, en su forma de estar, más rígido que un palo, como si le acabasen de dar una descarga eléctrica y esperara a que su torturador volviese a darle al interruptor y le electrocutara de nuevo. Y la manera de mirarla, con esa gélida insolencia, como si fuese ella la que quería el puesto y la que tenía que cumplir las expectativas de él. Nunca había visto nada igual, si bien tenía que admitir que su trato con negros había sido cuando menos escaso (les había visto servir en casa de otras personas, y había coincidido con unos cuantos cuando trabajaba de bibliotecaria en Port Huron, antes de casarse con Edwin, pero aquellos negros eran gente que ella aprobaba, que trabajaban duro y eran autodidactas, o al menos lo intentaban).

Y sí, este... Carleton... este Julian Carleton era muy bien hablado, tal y como le había dicho Frank, y parecía inteligente, tal vez demasiado, pero que hubiese intentado hablar por su mujer, quitarle la palabra y tratarla de esa manera en su

primera entrevista en la casa, simple y llanamente la enfurecía. A punto estuvo de enviarle a Frank un telegrama para pedirle que buscara a otra persona, porque pensó en mandarles de vuelta a Chicago en el tren de la mañana, pero al final no se decidió. Les necesitaba, necesitaba a alguien, a quien fuese, que la sacara de la cocina y la llevara de vuelta a Ellen Key, sus estudios y su escritura —a la vida mental, en lugar de al cepillo de frotar y a la pila de lavar—, y tal vez estuviese precipitándose al juzgarle. La mujer, Gertrude, le había dado la impresión de ser muy dulce y tímida, y jovencísima; si Carleton rondaba los veinticinco, ella debía de tener cinco años menos, apenas una chiquilla deseosa de agradar, con auténtica bondad en los ojos (había habido un momento en que pensó que iba a hacerle una reverencia y todo). Tenía unos rasgos corrientes, era casi guapa, salvo por lo desproporcionado de los labios, con una piel tan oscura y exótica que parecía absorber la luz. Y la forma que tenía de hablar, esa manera de alargar las vocales y ese ligero ritmo sincopado que fluía como una canción, igual que una dulce melodía tropical que improvisasen solo para ella, le resultaba de lo más encantadora.

Pero ¿sabría cocinar? Esa sería la prueba de fuego: si cocinaba bien y el marido trabajaba como Frank le había asegurado —si servía la mesa y se encargaba de las tareas pesadas del hogar con algo de ese rigor que le había tenido ahí paralizado sobre la alfombra—, entonces estaba convencida de que sabrían superar ese roce de la primera impresión. Lo más probable es que no fuese nada, se dijo, estaba nervioso, eso era todo. Había querido causar una buena impresión, y no podía culparle por ello, ¿verdad?

Se recostó en la silla y volvió a su libro; al poco estaba inmersa en el trabajo y la tarde se disipó en el flujo de su mano y en la ráfaga de sensaciones que le abarrotaban la cabeza, y si en algún momento pensó en los nuevos criados, fue durante los silencios. Tal vez oyese en los márgenes de su consciencia una puerta que se abría y volvía a cerrarse, es posible que detectara unos sonidos mínimos provenientes de la cocina —un cajón que se abría, un cuchillo contra la piedra de afilar, agua por el fregadero—, pero eran los largos intervalos de silencio los que le hacían sentir que la casa estaba en buenas manos, que todo parecía bajo control y la rutina iba estableciéndose por su cuenta, mediante la suma de un momento tranquilo tras otro. Esa noche cenó a solas en el pequeño porche acristalado con vistas al lago, y el hombre puso la mesa y le sirvió con gran corrección, sin ningún aspaviento ni ninguna palabra de más. Y la comida —sopa de verdura, ensalada de tomate, un filete que la mujer había aliñado con una mezcla de especias exóticas que le daban un gusto fuerte y sabroso, una mazorca, patatas rehogadas en la sartén con romero del huerto y un postre de natillas aromatizado con vainilla y una ramita de canela— era lo mejor que había probado desde que había vuelto de Europa. Tomó dos copas de vino, que remató con un brandy, y pasó la mayor parte del tiempo con la mirada perdida en el horizonte, mientras los patos y los gansos se acomodaban en el lago, las sombras se hacían más pronunciadas y las luciérnagas trazaban sus líneas de puntos en la noche.

A la mañana siguiente fue a la cocina después del desayuno (igual de delicioso y preparado con el mismo esmero que la cena de la noche anterior) con la idea de dar la enhorabuena a la cocinera e infundirle ánimos, tal vez incluso de charlar un poco. Tenía curiosidad, quería oír lo que la chica tenía que contarle, escuchar sus opiniones, descubrir algo sobre su vida y el país del que procedía, Barbados. Sonaba tan exótico... Y la manera que tenía de hablar —«*filete'tertera, manitas'serdo*»— era como un tónico, dulce y refrescante; y distinto, sobre todo distinto.

Abrió la puerta sin hacer ruido, con un breve discurso formándose ya en su cabeza —«Gertrude, no te haces una idea de lo encantada que estoy»—, cuando se detuvo en seco: la cocina estaba transformada. Lo que antes había sido una estancia cerrada y cargada del olor rancio del tocino añejo y los chicharrones de tiempos inmemoriales, era ahora una auténtica cocina de granja, con las ventanas abiertas de par en par a la explanada y un fuerte olor a especias, fruta fresca y vainilla. Y todo estaba ordenado de forma distinta: el armatoste de roble que tenían por mesa había desaparecido, las ollas estaban colocadas por tamaño, las sartenes colgaban de unos ganchos por encima de la hornilla y brillaban como joyas y hasta el último plato, platillo y cubierto estaba lavado, secado y guardado en el aparador, y no se veía ni una mosca. Gertrude estaba de rodillas en el suelo sacando brillo a los tiradores de cobre de la hornilla, mientras Carleton, de pie en una escalerilla, limpiaba el techo — ¡el techo!— con grandes y largas pasadas de las manos, como si bailara con una pareja invisible. Se quedó sin palabras. Y aunque ambos tenían que ser conscientes de su presencia, porque no podía ser de otra forma, no dieron muestras de reparar en ella. Siguieron con lo que estaban haciendo, completamente absortos, mientras Mamah se quedaba parada un momento, con la sensación de ser una extraña en su propia casa, hasta que se decidió a cerrar la puerta con suavidad y atravesar el pasillo para ir a enfrascarse en sus libros.

Esa noche había invitado a cenar a Diana Milquist y a su marido Alvin y les preguntó a los delineantes de Frank, Emil Brodelle y Herbert Fritz, si querían unirse para formar un grupo más nutrido. Ese día el trabajo se le había hecho cuesta arriba, había sido incapaz de concentrarse: el pensamiento le bailaba de Ellen Key y el movimiento feminista a los barbadenses que tenía en la cocina, que la maravillaban y la extrañaban a partes iguales, negros en la casa, pero ¿quiénes eran, en qué pensarían, qué clase de vínculo mantenía unido su matrimonio? Aunque no lo habría admitido ante nadie, lo cierto era que, con Frank tanto tiempo fuera, había empezado a aburrirse. Al principio el libro había avanzado con el entusiasmo de la expectación, gracias al manejo que poseía sobre el tema y a un resumen tan meditado y concienzudo que le había ocupado unas treinta páginas; sin embargo, una vez que había pasado de la introducción y de los capítulos iniciales, una cierta uniformidad estaba apoderándose de la escritura y, lo que era peor, cada frase parecía levantar un muro ante la siguiente, de modo que se vio moldeando frases en lugar de ideas, tarea que despojaba de toda frescura la escritura.

La ironía no le pasaba desapercibida. Se había quejado de la carga que entrañaban la casa y la cocina y, ahora que se ocupaban los Carleton y tenía todo el tiempo del mundo para dedicarse a sí misma, no parecía ser capaz de recobrar el entusiasmo. Aunque era evidente que todos los escritores —incluso Ellen Key— se enfrentaban a crisis idénticas, ella perseveraría, no obstante, desde luego que sí, no le cabía la menor duda, y además, Frank llegaría pronto y lo animaría todo, como siempre. Dejó dicho que regresaría en un par de días para quedarse varios más. Y en cuestión de semanas, Martha y John estarían allí y todo volvería a resultarle nuevo.

La comida fue mejor si cabe que la de la noche anterior. Le había sugerido a la cocinera un menú a base de pollo relleno de *cornbread*, *biscuits* con *gravy*, lomo cocido, huevos rellenos al infierno, ensalada de patatas y verduras hervidas, melón cortado en rodajas y, tal vez, un crujiente de melocotón o una tartaleta de moras; y Gertrude lo había interpretado con sus propias variaciones, de manera magistral. Y su marido les había impresionado a todos con su manera de servir la mesa, conduciéndose con la dignidad imperturbable del *maître* del mejor restaurante de Chicago o de Nueva York, atento hasta a la más mínima necesidad, apartando un plato tras otro al tiempo que el siguiente ocupaba su sitio. Herbert Fritz —un chico de solo diecinueve años que hasta la fecha había vivido con su madre viuda (antes de que Frank se los trajese a él y a Emil Brodelle de Chicago y Milwaukee respectivamente^[168])— no había experimentado nada igual. El muchacho se comportó como nunca, y cada vez que le servían echaba una ojeada rápida a su alrededor, temeroso de que alguien se percatase de que no pintaba nada allí y le quitase el plato, y comió con un entusiasmo creciente que apenas disimuló, todo el rato sin parar de llevarse la servilleta a los labios bajo el esbozo de bigote que se esforzaba por cultivar.

—Esto no puede estar más rico —no paró de proclamar durante toda la comida, primero para sus adentros y luego para toda la mesa—. Extraordinario, realmente exquisito. No creo haber probado nunca...

—¿Nunca? —metió baza Brodelle, al que, aunque solo tenía treinta años, le gustaba verse como un hombre experimentado.

Solía darse aires ante los demás cuando Frank no estaba, y Mamah no podía culparle. El campo no le ofrecía gran cosa, más allá de una escapada de tanto en tanto a la taberna o una solemne cabalgada por los caminos de tierra. Era de réplica rápida y poseía conocimientos nada habituales entre los delineantes, que por lo general estaban demasiado centrados en su ámbito de trabajo y eran algo sosos (bueno, al menos en su opinión). Se hizo el silencio y, cuando se aseguró de haber captado la atención de todos, Brodelle prosiguió:

—¿No te preocupa que ese comentario pueda verse como una crítica implícita a nuestra anfitriona —el muchacho le dedicó una sonrisa a Mamah—, que tan heroico esfuerzo ha realizado en la cocina desde que la última *chef de cuisine* nos dejó (sin que la hayamos echado de menos en ningún momento)?

El chico bajó la cabeza y, al volver a levantar la vista hacia Mamah, estaba colorado.

—Yo no quería... Solo pretendía...

Pero no pasaba nada, y todo el mundo rompió a reír; salvo Carleton, claro está, que se ciñó a su papel, pegándose a la pared con su chaqueta blanca, como un espectro del más allá.

—Sí —intervino entonces Mamah, todavía entre risas—, sé perfectamente lo que quieres decir. Sin duda nuestra nueva cocinera no tiene parangón. —Se dio cuenta de que había utilizado la expresión de Carleton, y se preguntó vagamente si a este le agradaría la referencia—. Me temo que aquí en Taliesin tendremos que prepararnos para engordar unos cuantos kilos de más. —Alzó la copa y dijo—. ¡Un hurra por la cocinera!

Todos, incluido Alvin, cuyo oficio parecía hacerle recelar de cualquier acto oral, levantaron la copa para celebrarlo. Mamah se sentía efusiva, satisfecha y, al dejar la copa vacía en la mesa, dijo:

—Bueno, ¿qué?, ¿habéis dejado hueco para el postre?

A la mañana siguiente dio un largo paseo antes de retomar el trabajo. Pese al calor —a las diez y media de la mañana debían de rondar ya los treinta y pico grados—, abordó el libro con mirada renovada y logró resolver varios de los problemas que la habían traído de cabeza durante el día anterior. Releyó las páginas y fue haciendo pequeñas enmiendas, y comprendió que eran buenas, buenas de verdad, una prosa más afilada y clara que todo lo que había conseguido extraer de Ellen Key, cuya lengua tendía a empantanarse en una ciénaga sueca de modificadores mal ubicados y frases parentéticas. Estaba en otro mundo totalmente distinto, había avanzado en su sutil refinamiento de las ideas de Key sobre la evolución del amor y sobre la manera en que los hombres solían desear a una mujer antes de conocerla, y en cómo también a las mujeres se les obligaba con frecuencia a desarrollar ese deseo sexual antes que otra cosa, y andaba pensando en Frank, en los dos, y en cómo ella había sido la primera en descubrirse ante él, en un lluvioso día de otoño, con los niños en el colegio y Edwin en su oficina, ella con una bata y poco más debajo, cuando reparó en que había alguien más con ella en la habitación.

Le llegó un olor fuerte —¿ácido muriático?, ¿gasolina?— y, al alzar la vista, vio a Carleton agachado junto a la chimenea con un cubo y un cepillo. Llevaba una camisa de faena arremangada y unos pantalones demasiado gruesos para el calor que hacía. Estaba de espaldas. Lo vio apoyarse en una rodilla y frotar rítmicamente con el cepillo la superficie de la piedra donde las manchas de hollín llegaban casi hasta el techo, cual garras alargadas, pero ¿era apropiado utilizar líquido inflamable, por mucho que, fuera lo que fuese, se hubiese evaporado para cuando llegase el otoño y volvieran a utilizar la chimenea? Quiso decir algo, intervenir, pero se abstuvo. Había

que dejarle mostrar iniciativa; sin duda, a la señora Swenson, el ama de llaves que le había precedido, jamás se le habría pasado por la cabeza frotar la chimenea (ni ninguna otra cosa, la verdad sea dicha, salvo muy de vez en cuando y llevada solo por algún arrebató repentino). Justo la noche anterior, cuando acompañó a Diana a por sus cosas tras la cena, esta la había llevado a un aparte y le había dicho que tenía una suerte enorme: «Estos negros tuyos son demasiado buenos para ser verdad. No sabes qué envidia me das, te lo digo en serio. Si consiguiera que Alvin soltase la mosca, vendría aquí directamente y te los robaría».

Se quedó un rato largo mirándole hacer. Había algo intrínsecamente fascinante en los movimientos del negro —era tan flexible y atlético—, y, más que bailar, comprendió, parecía estar dirigiendo una orquesta: el cepillo, la batuta, y la piedra de la chimenea, la orquesta. Pero qué pensamiento más tonto, la piedra, una orquesta... ¿En qué estaba pensando? Tenía trabajo que hacer. Volvió a la página que tenía delante («Pues en muchos hombres, demasiados, la atracción sexual precede a toda idea de amor, lo que a menudo lleva asimismo a...»), pero el frufrú rítmico del cepillo de alambre la distrajo y al poco estaba mirando por la ventana. Era un trabajador realmente bueno, pensó al volver a mirarle. Contempló el sube y baja de sus hombros, el ir y venir del cepillo como el reloj de un hipnotizador, pensando que el primer día había sido muy dura con él, se había apresurado a juzgarle, y a ofenderse..., pero entonces vio de nuevo esa rabia en su cara, la misma con la que había reprendido a su mujer, y recordó lo desagradable que había sido el incidente, lo inadmisibile y primitivo del desplante que había protagonizado el hombre.

Necesitaba educación, eso era todo. Entre ambos, las diferencias culturales eran palpables, como las que se había encontrado en Japón y en Alemania, aunque en el fondo la actitud era la misma: actitud masculina, arcaica y bárbara. De repente, se vio compadeciéndole: podía ayudarle, claro que sí, y no solo a él, sino también a Gertrude. Su mirada recayó entonces en la mesita baja que tenía delante y allí, entre los libros y los cuadernos diseminados, vio uno de los ejemplares de cortesía de *El movimiento de la mujer*, todavía envuelto^[169]. Le quitó el envoltorio llevada por un impulso y se levantó. Era un hombre inteligente, no le cabía duda, del tipo que recibiría de buen grado el don del conocimiento, que le daría las gracias mil veces, porque le haría ver por primera vez la otra cara de la moneda, la de la mujer, y entendería cómo se sentía su esposa y cómo debería hacerla sentir él.

El único problema es que no sabía de qué manera dirigirse a él dadas las circunstancias: Julian resultaba demasiado familiar y Carleton demasiado formal. Se fijó en que al hombre se le tensaron los músculos de la espalda cuando notó sus pisadas acercarse y vaciló mínimamente antes de que ambas manos volvieran a la acción; y entonces se puso a su lado, con el hedor a gasolina subiéndole hasta la cara, y se aclaró la garganta.

—Perdone, señor Carleton, Julian.

Este se volvió al oír su nombre, en una lenta rotación de cabeza, el pelo tan corto

que se le pegaba a la piel en espirales oscuras como una excrescencia extraña que le rodeara el cráneo, pero se quedó en cuclillas, apoyado con una rodilla en la piedra, y detuvo el cepillo. Y allí estaban sus ojos entrando en juego, unos ojos tan oscuros que apenas distinguía el iris de la pupila. Se quedó mirándola, con los ojos fijos y los rasgos inmóviles.

Cogió el libro con ambas manos, como si fuese un misal, y toqueteó el envoltorio.

—Solo quería felicitarte —empezó, decidiéndose por el tuteo— por el trabajo tan estupendo que estáis haciendo tu mujer y tú. Estoy muy contenta, de verdad. Y me aseguraré de decírselo al señor Wright. —Vaciló entonces, ante aquellos ojos muertos y aquellos labios apretados—. Estoy segura de que él también..., en fin, de que él también estará contento. Seguro.

Si el momento era ya incómodo de por sí, que el criado estuviese de rodillas no hacía sino empeorarlo, como si estuviese haciéndole una reverencia, sometiéndose ante ella, como un esclavo del antiguo Sur —un moreno— y ella, la esposa del capataz. Una señora Legree, la señora Mamah Borthwck Legree, y él, su siervo, siempre a su disposición. Carleton no sonrió, no asintió ni dijo una palabra; Mamah dudó incluso de que estuviese respirando.

—Lo siento... —terció entonces, sin saber muy bien por qué o de qué se disculpaba—... por interrumpirte de esta manera. Estás haciendo un gran trabajo con la chimenea. Pero solo quería decirte, sobre nuestro primer encuentro, pues que, bueno, me gustaría que tuvieses esto.

Le tendió el libro a Carleton, quien, sin molestarse en levantarse, se cambió de mano el cepillo y cogió el libro, sus gestos de una parsimonia y una premeditación tales que parecía nadar bajo agua; no miró el libro ni de reojo y se limitó a sostenerle la mirada, como esperando más instrucciones, o alguna, en todo caso.

—Creo que puede resultarte de provecho —prosiguió—, y edificante, también edificante, espero. Por mucho que discrepen nuestras distintas culturas, el matrimonio es idéntico en casi todas partes. Y, por descontado, las mujeres son las que lo padecen, bajo el sistema actual, el sistema en que llevamos viviendo desde tiempos inmemoriales, desde la época de Moisés... y antes, desde los egipcios, supongo, los mesopotámicos..., las mujeres han sido compañeras en desventaja y han tenido que vivir vidas incompletas, tanto en el amor como en el trabajo. ¿Entiendes lo que te digo? —Nada, seguía allí arrodillado entre sus vapores—. Te estoy hablando de Gertrude, de tu esposa.

De repente a Carleton se le cambió la cara.

—Ah, por ella no se preocupe —le dijo, con una gran sonrisa—. La tengo controlada.

—No, creo que no me entiendes... ella necesita expresarse por sí misma.

El otro borró entonces la sonrisa y meneó la cabeza de un lado a otro.

—Lo sé, señora, y por eso trabajo a diario con ella, día y noche, para que deje de hablar como una negra de la selva y utilice el inglés del rey. Y lo hará, se lo aseguro.

—Tenía los ojos clavados más allá de ella, como si hubiese alguien más al otro lado. La voz pareció helársele cuando añadió—. Se lo juro.

Cuando Frank regresó a la casa para el fin de semana, se congratuló tanto como ella con las virtudes del nuevo servicio. Después de que Billy Weston fuera a recogerle a la estación una hora antes de la cena, irrumpió en la casa como una brisa fresca, cogiéndola en brazos y bailando con ella por la habitación, antes de lanzarle una caja de bombones envuelta en papel de plata y desaparecer en la sala de los delineantes para parlamentar con Emil y Herbert. Huelga decir que, de camino, no pudo resistirse a cambiar algún jarrón de un estante a otro o a mover una silla quince centímetros a la derecha para al punto colocarla en su posición inicial —era una manía que tenía—, aunque, al parecer, la casa pasó la prueba. Volvió a verle luego cuando fue al jardín a cortar unas flores para la mesa: estaba paseándose por la explanada de entrada con Billy Weston a remolque, mientras ametrallaba con instrucciones a Lindblom, el paisajista, y a Thomas Bruncker, el capataz (un barrigudo con una aureola de pelo blanco que siempre la miraba con mala cara, como si la reprobara, pero tanto peor para él, porque ella era la señora de la casa y pensaba quedarse).

—Diez minutos para la cena, Frank —le gritó en tono cantarín, y este le sonrió, la saludó con la mano y dobló la esquina sin mudar el ritmo ni por un instante.

Cuando por fin se sentaron en torno a la mesa, se fijó en que había perdido peso —había estado ultimando los flecos de Midway y seguramente habría dormido a trompicones y, por lo que parecía, comido a la ligera o prácticamente nada—, pero se abalanzó sobre todo lo que iba trayendo Carleton en su bandeja de plata, que mantenía por encima del hombro mientras maniobraba con movimientos elegantes que lograban no ser ni serviles ni ostentosos, sino que se mantenían en un perfecto término medio. Gertrude se superó a sí misma con la comida: preparó uno de sus guisos especiados («“Cuanto más *caló*, más picante el guiso”, *desía* mi mamá, “Hay que *sudá pa* refrescarse”») y lo acompañó de *cornbread*, moje de pepino, yogur y menta (preparado con la planta de unas semillas que se había traído desde Barbados, vía Chicago), un melón recién cogido del huerto y una tartaleta de frutas del bosque. Al día siguiente se pasó toda la mañana preparando un picnic, que Carleton, siempre impecable en su chaqueta blanca, les sirvió sobre unas mantas a la orilla del lago. Frank, que estaba encantado de la vida, declaró el día libre e invitó a todos los empleados, hasta a los aparceros, a unirse a las celebraciones. Los platos iban y venían. Carleton subió y bajó la ladera una docena de veces y cada vez que volvía traía una bandeja cargada. Todo el mundo coincidió en señalar que jamás habían comido un pollo frito, una ensalada de patatas o unas chuletas con judías verdes más ricos. Estaban recostados sobre las mantas alegremente, y uno de los hombres se sacó una armónica y se puso a cantar, y antes de darse cuenta, las estrellas empezaron a

salir de sus escondrijos.

Al día siguiente Frank regresó a Chicago, aunque no sin antes meterse entre pecho y espalda un contundente desayuno de campesino y poner tan por las nubes las tortitas de suero de leche que Gertrude tuvo que salir de la cocina para dedicarle una sonrisa tímida y uno de sus proverbios barbadenses («Quien bien come, *mejó* se purga»), y cuando el arquitecto volvió a mediados de la semana siguiente, la cocinera mató un pavo para él y lo rellenoó con una mezcla de salchicha ahumada y algo que llamaba *cou-cou*. Y luego Frank volvió a ausentarse, el trabajo en el campo prosiguió, y Mamah se vio contando las horas hasta el primero de agosto, el día que llegaban John y Martha.

En la fecha señalada se plantó en la estación una hora antes de la cuenta. Billy Weston aparcó el automóvil en la calle y aprovechó para sacarle brillo a la carrocería con un trapo del polvo y una lata de cera, siempre pensando en Frank y en lo quisquilloso que era con sus coches, mientras que ella daba vueltas por el andén en el calor creciente de media mañana. No había visto a los niños desde Navidad, cuando había ido con Frank a Chicago, a un hotel, y había intentado compensarles por las dos Navidades anteriores llevándoles a un restaurante y a la filarmónica y enterrándoles en regalos, que recibieron con la mayor indiferencia. Ellen Key la había liberado y sabía que, dadas las circunstancias, solo debía sentirse dichosa —pues era una de las escogidas, una mujer que vivía su vida con libertad para amar^[170]—, pero, así y todo, la mirada de sus hijos, entre cansada y esperanzada, siempre la embargaba de culpabilidad. Cada vez que les veía esperaba su rechazo, que arremetiesen contra ella y declararan su independencia (o peor, que le hablaran de la nueva mujer de Edwin y le dijese que ahora era su madre, porque su antigua madre no valía, nunca había valido y nunca valdría).

El tren se detuvo en la estación, una llegada más, y allí estaban, como unos desconocidos: John demasiado adulto para ir de su mano, con sus doce años, y Martha mirándola aturdida, como si le costara ubicar a su madre.

—¡Niños! ¡John, Martha, venid con vuestra madre! —Y así lo hicieron, a instancias en parte de la niñera (que Edwin había contratado y a la que no podía ni ver) y porque no tenían alternativa—. ¿Qué tal el viaje? —les preguntó mientras se despedían de la niñera y se acomodaban en el automóvil.

Ambos respondieron al instante y al unísono, como si lo hubiesen ensayado:

—Bien.

—Estupendo, me alegro. Tenemos un montón de cosas planeadas para vosotros: montar a caballo, nadar, por supuesto y, John, ¿te he contado que hay un bote nuevo para el lago? Y, Martha, ya tenemos pavos reales, una pareja, y no te puedes ni imaginar el maravilloso reclamo, o graznido, como se diga, que tienen...

Hacía calor. Los niños no estaban muy receptivos y se pasó el camino charlando a tontas y a locas, con la esperanza de provocar alguna reacción en ellos, pero parecían disgustados, como si ir al campo fuese una extraña suerte de castigo. John se animó

un poco comentando detalles del coche de Frank y comparándolo (desfavorablemente) con el nuevo Abadal rojo que se había comprado el padre de Stephen Pennybaker, mientras que Martha pareció alegrarse al ver las muñecas que había dejado el verano pasado alineadas en un estante junto a la cama, y hasta que no bajaron al lago a nadar no empezaron a parecerse a los niños que Mamah recordaba. Algo en aquella escena —de piernas y pies al aire sorteando piedras y corriendo tras los gansos, con las ranas eructando su coro, el olor a pelo que se moja, se seca y vuelve a mojarse— le provocaba un profundo efecto sedante. Tras la hora de la cena, los niños estaban más complacientes, una vez saciados de hamburguesas, refresco de cola y patatas fritas barbadenses, finas como el papel. A la hora de acostarse fue a darles un beso de buenas noches y Martha, a pesar de que anunció que ya casi tenía nueve años y era perfectamente capaz de leer sola, dejó que su madre se sentara en la mecedora junto a la cama y le leyese en voz alta *El viento entre los sauces*, como si los últimos cinco años solo hubiesen sido un descanso entre actos.

En los días que siguieron, mientras los niños iban aclimatándose poco a poco a Taliesin y ella empezaba a sentirse más cómoda con ellos, el trabajo pareció surgir también con mayor facilidad, porque era una madre —la de esos niños— y no tenía sentido negarlo, evitarlo o lo que quiera que hubiese estado haciendo. Cuando estaban lejos, en su casa de Oak Park, con su niñera, sus amigos del colegio y la nueva esposa que Edwin se había apresurado a adquirir, se los imaginaba como las imágenes incorpóreas y espectrales de una placa fotográfica^[171]. Eran y estaban distantes, al igual que ella. Pero, en cuanto se reunían, se daba cuenta de lo mucho que disfrutaba viéndoles pasar por las habitaciones o sentados despreocupadamente en los sillones de Frank, niños hermosos y cándidos de los que estaba orgullosa. Por supuesto, la situación no era idílica y estaba lejos de serlo: cada dos por tres estallaban, se peleaban por una cosa u otra, niños pálidos y de interior, que no apreciaban el campo y carecían de habilidad para entretenerse; aunque eso era culpa de Edwin, no de ellos.

Lo que más esperaba a lo largo del día era el momento de verles en las comidas, cuando no había distracciones y podía sonsacarles sus pensamientos. Le asombró el cambio que habían experimentado en solo un año. Parecían tan maduros, sobre todo John, que rozaba ya la edad adulta, pero también Martha, que podía haber sido hija de Frank pero no lo era, se le veía en los ojos (incluso Kitty, con todo lo mezquina, celosa y vengativa que era, sería capaz de reconocerlo y concederle a Frank el divorcio sin más titubeos). Muy lentamente, Mamah empezó a ilustrarles con las ideas de Ellen Key, y Frank colaboraba cuando estaba en casa, ayudándola a mantener diálogos socráticos ante los niños, sin adoctrinarles, dejando simplemente que la conversación pasase con toda naturalidad de los acontecimientos del día al amor, el alma y el derecho —la pulsión— de las mujeres a levantarse y tomar las riendas de sus vidas.

No iba a cambiar a los niños en un solo verano, era consciente de ello, pero tenía

la esperanza de instruirles como estaba haciendo con Carleton, con el fin último de convertir el mundo en un lugar mejor y más igualitario; y, a otro nivel, para acallar su culpabilidad, darles ciertos fundamentos con los que explicar lo que había ocurrido aquella horrible noche en Colorado, cuando se escabulló sin decir una palabra porque había tenido que salvar su propia vida antes de poder salvar la de sus hijos. Fuera como fuese, los niños estaban allí, al igual que Frank (cuando no trabajaba en Chicago), los Carleton en la cocina y Billy Weston, que remontaba todas las mañanas la colina para comprobar que hasta el más mínimo detalle estuviese a pedir de boca, mientras los pavos reales desfallecían con sus gritos desolados, el ganado balaba y los caballos relinchaban en el corral, porque querían manzanas y que los montasen y los espolearan por los campos y los montes, y también ella estaba allí, con una intensidad y una plenitud como no recordaba haber experimentado antes.

Llegó una mañana entonces, con el desayuno finiquitado y los niños en sus cuartos —leyendo, se imaginaba, o al menos eso quería pensar—, en que se sentó a trabajar con una taza de café y se dio cuenta de que se le había olvidado algo, pero ¿qué? Miró hacia el patio, intentando acordarse, mientras el aire húmedo y cargado se colaba por los batientes abiertos de las ventanas, junto con el vago olor ácido de los helechos hembras que Frank había apiñado contra la piedra amarilla de los cimientos, buscando el contraste de color; ahí también residía su genio, en la atención a los pequeños detalles, los parterres de la entrada llenos de color —las coreopsis, los polemonios, las madreselvas y los lirios tigre (y debería bajar más a cuidarlos)—, al tiempo que los muros exteriores renegaban y adoptaban el esquema cromático más sencillo, un verde sobre un amarillo que se volvía dorado. Vio a Billy Weston, que estaba parlamentando con Brunker junto al cortacésped, con el sol cayéndoles a plomo, hasta el punto de borrar sus rasgos, dos esferas luminosas recortadas por la sombra oscura de sus gestos, y más allá, el lago, la carretera y los puntitos distantes del ganado pastando. Le dio un sorbo al café y volvió la vista a las notas.

Y entonces se acordó: tenía pensado hablar con la cocinera, con Gertrude, porque quería que esa tarde le hiciera algún dulce especial a Martha; o más bien a Edna, la amiga de su hija, que pensaba venir en su poni para que ambas se pusieran sus vestidos de domingo y tomaran el té como señoritas en el porche acristalado. Una tarta de biscotes tal vez, con coco y nata (a Gertrude se le daba de maravilla cocinar con coco). Y aunque John había prometido no fastidiar a las niñas, se imaginó que en algún momento se uniría a la fiesta..., y también el hijo de Billy Weston, Ernest, que era un año mayor que John y algo más rudo y revoltoso, un muchacho más de campo, aunque al menos le servía de compañía a su hijo. O a lo mejor no era tan buena idea; mejor que los chicos tuviesen su fiesta aparte, sí, mejor, quizá en el lago, donde podían dar rienda suelta a sus trastadas.

Se levantó de la silla —Billy había cogido el cortacésped y estaba pasándolo cerca de Brunker, que solo se había movido para meterse las manos en los bolsillos— y atravesó el comedor para dirigirse a la cocina. Ya casi nunca entraba allí, primero

porque no hacía realmente falta, y segundo porque cuando lo hacía se sentía como una intrusa, sobre todo si estaban los Carleton. No era que dijese o hiciesen nada en particular, pero parecían ponerse tensos en cuanto entraba, lo que, por otra parte, imaginaba que era normal. Aunque a la señora Swenson nunca le había importado; es más, no le habría molestado que Mamah hubiese plantado una tienda de campaña debajo del fregadero y se hubiese quedado allí (de hecho, lo habría preferido, así habría tenido alguien a quien quejarse todo el día con su matraca lastimera). Pero los Carleton eran distintos y les respetaba.

Hasta que no tuvo la mano en el pomo de la puerta, no notó que algo iba mal. Un ruido la alertó, un sonido fuerte y húmedo, como si golpearan carne con un martillo, seguido de una imprecación en la voz de un hombre, la de Carleton, subida de tono. Empujó la puerta y entró en una habitación que era como un horno, una caldera, con las ventanas cerradas y humo por todas partes, con algo quemándose en una sartén. Acto seguido, vio a Carleton de espaldas a ella, cerniéndose sobre lo que parecía una montaña de ropa para lavar en el suelo. Pero nada más lejos: se trataba de Gertrude, con el ojo izquierdo hinchado y cerrado y un vivo hilo de sangre en la comisura de la boca; se aovilló en la esquina, intentando resguardarse de él, con la cabeza agachada y los brazos pegados al pecho.

—¡Estúpida vaca sarnosa! —gritó Carleton—. Si no te lo he dicho mil veces, no te lo he dicho ninguna: me gusta la carne poco hecha. Poco hecha, ¿me oyes?

La puerta estaba entornada. El humo salía de la sartén, pero Carleton no parecía ser consciente ni estar muy afectado por ello. Estaba confiado. Había cerrado las ventanas para la escenita, así como la puerta, para poder agredir a su mujer sin que nadie le interrumpiera. Mamah se quedó paralizada en el umbral.

Los hombros de Carleton saltaron por debajo de la tela de la camisa. Entonces bajó la voz y murmuró:

—Fulana isleña, que no eres más que una fulana estúpida. —Y le pegó varios puntapiés con la bota bruñida, uno, dos, como si intentara pegarle a la pared, y Gertrude tomó aire dos veces seguidas, mientras su marido volvía a pegarle—. ¿Qué hace falta aquí para que se me muestre un poco de respeto? ¿Qué tengo que hacer contigo, matarte? ¿Es eso lo que quieres, eh? ¿Es eso, mujer? Dime...

Fue entonces cuando Mamah se decidió a intervenir, asustada y aterrada y con todo su instinto gritándole que diese media vuelta y se fuera corriendo; pero no, se cogió del borde esmaltado de la pila de lavar y se interpuso entre ambos, haciendo de escudo. Ahora le tenía al lado, cara a cara, y desprendía un olor tan crudo y desatado como no había olido otro en su vida, a muerte, a carne machacada, carne podrida, carne en el fuego y requemándose en la sartén. Carleton no se movió, no se apartó ni pareció verla, y por una fracción de segundo pensó que la siguiente sería ella, que iba a atacarla, pero entonces se percató de que estaba tan conmocionado como ella, de que los ojos se le apartaban de la escena como si se hubiese despertado de un sueño para levantarse en esa pesadilla de blancura abusiva e indignante, con las llamas bajo

la sartén y el humo subiendo y subiendo hasta el techo.

—Ni se te ocurra —le dijo Mamah.

Carleton dio un paso atrás y dejó caer los brazos a ambos lados.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —le gritó, con una voz que apenas controlaba, todo el cuerpo tembloroso—. ¡Fuera!

Y entonces ocurrió algo de lo más extraño: el criado le sonrió de oreja a oreja. Con unos ojos fríos como témpanos, puso sonrisa de autómatas. Pero no se movió y siguió con los puños cerrados.

—¿Qué se cree, que puede hablarme así? —le dijo este, sin el menor rastro de emoción—. ¿Quién se cree que es? No es usted más que una...

—No —gimió Gertrude, al tiempo que intentaba levantarse—. Julian, no...

—Más que una... —Y entonces, solo entonces, se dio la vuelta y empujó el mango de la sartén de hierro colado, que se volcó y se cayó al suelo con gran estrépito, y tan solo se detuvo para pegarle una patada salvaje antes de irse hacia la puerta. Pero no había acabado, aún no. Se volvió para encararla y le espetó—. La gente como ustedes, con sus libros... Esa mujer que ve ahí es mi esposa. Mía y solo mía. ¿Lo entiende?

—Estás despedido, con efecto inmediato, a partir de este mismo instante —respondió Mamah, aunque las palabras, al oírlas, sonaron vacías, y lo supo, y él también.

Carleton sacudió la cabeza muy lentamente, como si el movimiento le doliera.

—Y luego nos llaman ustedes «negros» a nosotros, como si fuese un insulto... —dijo antes de irse.

Capítulo 7

Pim, Pam, Pum

Estaba perdido y lo sabía; la sangre caliente le golpeaba las sienes con la certeza de toda la irreparable ignominia que estaba por llegar, la insidia, el tren rubio, Chicago, la isla, el regreso a la patria con la cola entre las piernas, como un perro apaleado, y ¿quién tenía la culpa? ¿Quién iba a ser? Gertrude, esa mala perra, esa vaca sarnosa. Y para él era todo un misterio cómo había acabado con una mujer así —qué ignorancia, qué insulsez y lo que podía soltar por esa boca de campesina...—, pero también era en parte culpa suya, lo sabía, por su lujuria, la de un perro. Se la imaginó con los pechos desnudos, y la dulce y tersa succión de su vientre, lo que tenía entre las piernas, la manera en que se mecía bajo el peso de la olla de mabí que transportaba sobre su lisa coronilla, balanceando el trasero por el mercado de Bridgetown, con su «Mabííí, mabííí rico... ¿Quiere el señorito algo *má*?», ella diecisiete años y él demasiado débil para reprimirse. Así había sido, y ahora se había acabado, todo se había ido al traste. Un desliz y le enseñaban la puerta, y ¿adónde iría? «Mujeres»... te exprimían, eso hacían, te exprimían y te exprimían hasta que no te quedaba una sola gota de jugo.

Solo entonces se percató de que estaba hablando solo, de que había estado hablando en voz alta sin interlocutor alguno, y se tomó un momento para agacharse y escupir en la esquina de la alfombra que había cepillado una y otra vez con sus propias manos, hasta levantar la lanilla y volver a alisarla. Pero la puerta... La tenía allí mismo, medio entornada, porque había salido de la cocina como una exhalación, se había parado en seco y había pegado la espalda a la pared, demasiado extenuado y perturbado por el nudo enfermizo de la desesperación como para conseguir mover las piernas. Por el hueco de la puerta salía humo, negro como su piel y enroscado como una olla de anguilas, piel de anguila irguiéndose a modo de columna para expandirse por el techo. La oyó sollozar, ¡cómo si tuviera motivos para hacerlo!, y a punto estuvo de volver por la puerta y rematar la jugada, rematarlas a las dos, a ese par de perras, una negra y otra blanca. Mamah. Mamah Bouton Borthwick. Traductora. Sufragista. Alma gemela. Había leído aquel libro, que no era más que palabrería sacrílega. ¿Quién se creía que era para entrometerse entre un marido y su esposa? Sería muy libre en su amor, pero hasta las putas de Baxter Road tenían la sensatez de cobrar por ello.

Las piernas se le movían; estaba recorriendo el pasillo, eso era, pensando en adentrarse en el maizal y desfogar allí su rabia, sacarla de su cabeza por las piernas y por los pies, contra la tierra, donde podría enterrarla, y estaba retorciéndose las

manos, una en el puño de la otra, porque le dolía la palma de la mano derecha con que había abofeteado a su mujer, o ¿se habría quemado al tirar la sartén de la hornilla? Lo mismo daba. Apenas podía controlar ni la derecha ni la izquierda, y a su paso todos los objetos valiosos de la casa le hacían burlas por lo que ellos eran y él no, pero los combatió con todas sus fuerzas, y ya estaba fuera y liberado, al aire libre, un aire que hedía a ganado y a posaderas, el sol pegándole repentinamente en la cara, y un aleteo por el cielo. Vio a los pavos reales encaramados en la parte más baja del tejado y le parecieron fuera de lugar, aunque por lo menos eran machos, porque las hembras eran seres despreciables que no hacían más que picotear por aquí y por allá en la penumbra, avergonzadas de su propia sombra.

Esa última semana las cosas habían empezado a caldearse con los blancos del lugar, con Brodelle, con el agua sucia y compañía, con aquellos paletos de cara fofa del pueblo, los tenderos, los chalanes, los granjeros con sus carretas y sus Ford negros, que le echaban menos cuentas que a un bicho^[172]; y es que a un bicho llegaban a verlo, pero a él no, porque no les gustaba lo que veían, y el sentimiento era mutuo. A no ser que quisieran algo, y entonces era «Carleton, tráeme esto, Carleton, límpiame las botas; Carleton, la sopa está fría». Y Gertrude... Su mujer se pasaba noche y día mirándole con esa cara de perra apaleada, dándole la vara y rogándole que no molestara a la señora, ni a los niños, ni a los sagrados invitados ni al idiota de mirada aviesa del colmado, como si todos y cada uno fueran un rey o una reina por derecho propio. Y siempre con su mismo tono de campesina analfabeta, sus refranes y sus simplezas de vieja urraca, una auténtica diarrea que salía por el conducto equivocado.

Esa misma mañana se había despertado en el temblor grisáceo del alba y lo primero que había soltado su mujer por la boca había sido:

—Julian, Julian, que he *soñado* con el *serdo* que mama. —La ignoró y fue a echarse agua en la cara y a afeitarse a tientas, porque no le gustaba mirarse en el espejo—. Y no solo con el *serdo*. —Pero su mujer le puso delante su cara de pena, con la voz ya de agorera (más estupideces y más superstición de la isla, eso era, y más ignorancia). Le asomaron lágrimas a los ojos—. También he *soñado* con la *boa*, ¿entiendes? Un *serdo* y una *boa*, los dos en el mismo sueño...

—Por Dios, calla ya —la increpó, y le dio la espalda y se llevó la toalla a la cara, que le rascó como papel de lija—. Aquí no vamos a ver ninguna boda. Con esta gente, desde luego que no. Están por encima de las ceremonias y de los rituales civilizados, de la Biblia y de todo lo que no sea ellos mismos.

Su mujer le miró con los ojos inyectados en sangre y alzó entonces las palmas de las manos para suplicarle, con la voz perdida, apenas una gárgara en la garganta.

—¿Es que no sabes lo que significa?

Sí lo sabía: cuando soñabas a la vez con un cerdo y una boda significaba que iba a suceder una catástrofe, pim, pam, pum, derramamiento de sangre, horror. Y tal vez fuese así, pero no quería ni oír hablar del tema, y menos a esas horas de la mañana,

cuando tenía que enfundarse la chaqueta de criado, adentrarse donde esos blancos e inclinarse y hacer reverencias como un esclavo de plantación.

—Calla, ignorante —le dijo volviéndose para encararla.

Gertrude se encogió y se apartó de él, menguando hasta los huesos, aunque allí seguía, hablando, presionándole.

—¿Qué tú vas a *aser* con *es'hacha*?

—¿Hacha, qué hacha? Yo no sé nada de ninguna hacha.

—La de debajo *l'almohada*, la del *tejao*, *es'hacha*.

Se encogió de hombros, sorprendido en un renuncio, pero ¿qué era ahora, su guardiana?

—Me da igual —respondió, dejando salir las palabras sin más—. Para protegerme, por si tengo que defenderme.

—¿De qué? ¿De *los'oso*? —A Gertrude se le endureció la mirada y pasó a la ofensiva; a él no le gustaba ni un pelo cuando se ponía así—. ¿De los *piele* roja y sus *tomahawk*? ¿De los *ladrone*? O de *Jesú*, eso es, de *Jesú*, que va a venir a cortarte en *cachito*. —La mujer retrocedió un paso, lo justo para que no le alcanzase con la mano, todavía sin vestir, en combinación, los ojos dos brasas relucientes de un hornillo, dos fieras brasas rojas que nada en este mundo podía apagar—. Julian —murmuró—. Julian...

—¿Qué? ¿Qué quieres? ¿Es que no ves que tengo trabajo que hacer...?

—Te he oído, anoche, y anteanoche. Estabas ahí al *lao'la* ventana, hablando con el hacha ese, que la tenías en el regazo como a un bebito, como una *muñeca' trapo*. ¿Es eso..., tu *muñequita' trapo*?

No pensaba responder a semejante sarta de estupideces y ella lo sabía, antes incluso de que le saliesen las palabras por la boca, porque se lo había enseñado e iba a seguir enseñárselo hasta que se enterase de una vez por todas. Dio entonces dos pasos, le cogió la cara con la mano derecha y le apretó en los huecos de la mandíbula hasta que se le quedó la boca retorcida, y después empujó con toda su fuerza esa cara negra de pez, la cara rastrera y odiosa que tenía, y la mandó al suelo, como si fuese una de sus muñequitas de vudú de tres al cuarto. Aquello, desde luego, bastó para ponerle de mal humor.

Pero ahí estaba ahora, en la explanada, caminando cabizbajo, con los pavos gimoteando y el sol pegándole como un martillo, más lleno de pura rabia que en toda su vida. Un pie delante de otro, el maizal allí abajo como un cañaveral alto y verde, lo más parecido a la caña de azúcar, y tal vez se retractase, tal vez se lo pensase mejor y no le despedía, tan solo con que lograrse bajar al sembrado y soltarlo todo, como el veneno de una mordedura de serpiente, hasta que el corazón se le aplacara y dejase de palparle la cabeza. Iba tan absorto que no se fijó en la figura apostada a la sombra del establo hasta que entró en el haz de luz con un único y rápido movimiento —un paso de gigante— y le cogió del brazo.

Brodelle. Brodelle con pantalones y botas de montar, con sus húmedos ojos

azules entornados y sus labios fruncidos para lo que quiera que fuese a decir, y ¿qué iba a ser esa vez? ¿«Lámeme las botas», «bésame el culo», «anda y que te den»? No.

—¿Puedes ensillarme el caballo? —Ahí lo tenía: «Ensíllame el caballo»—. Tengo prisa.

No tenía tiempo para hacerse el sorprendido, la sucesión de hechos, más rápida, decidida e imparable que una hilera de piezas de dominó cayendo una tras otra, y retiró el brazo como si le hubiera picado algo, se cuadró bajo el sol y se quedó mirando al hombre a la cara, al memo ese, al memo blanco que estaba interponiéndose en su camino y que no podía ni imaginar lo que pensaba hacer. Le miró, no hizo más que mirarle. Y entonces se produjo el cambio, porque en ese momento Brodelle por fin le vio, le vio de verdad, un hombre ante otro, la mirada de mandíbula apretada del que daba órdenes transformándose en un gesto pueril e inútil, porque una orden exigía una respuesta —una reverencia y un «Sííí, *massa*»—, y Julian no estaba dándosela.

—¿Qué te pasa a ti..., estás sordo o qué? Que me ensilles el caballo te he dicho.

Un compás más, un compás entero manteniéndole la mirada a esos ojos llorosos, inútiles y hundidos y, sin mediar palabra, sin desperdiciar ni media palabra, se giró en redondo y se encaminó hacia donde crecía el maíz verde, mientras Brodelle le insultaba:

—¡Eh, tú, negro hijo de la gran perra!

Y supo que ya nada le ayudaría, ni los sembrados ni nada, porque en la cabeza le hablaban dos voces, una que le decía que tal vez si, tal vez si yo, tal vez si ella, tal vez, y la otra que le decía nunca, nunca más, nunca, nunca, nunca...

No era muy diestra como enfermera —no tenía ni la empatía ni la paciencia necesarias y, para colmo, la sangre la mareaba—, pero se agachó junto a Gertrude, la ayudó a ponerse en pie y miró como loca por la cocina en busca de un trapo, una toalla o cualquier cosa que pudiese usar a modo de compresa. La sartén seguía en el suelo, con un trozo de carne chamuscada siseando a su lado, el humo ya reculando, aovillándose y cediendo hasta empezar a disolverse en volutas transparentes. Fue al fregadero, abrió el agua fría sobre la bayeta que encontró colgada de un gancho e intentó presionarla contra el ojo de Gertrude, pero esta se resistió, porque no quería que la mirase.

—No, no, señora —no paraba de decir—. No, no se moleste. Estoy bien, y Julian también, Julian está bien. Por favor, señora, no es culpa suya, la *mita'las* veces no sabe lo que *ase*.

—¿Que no lo sabe? —La indignación le pudo. ¿Cómo podía aquella mujer tratar de defender a su marido cuando había visto con sus propios ojos cómo le pegaba, con menos reparos que si golpease a un animal?—. Te ha pegado.

—Nooo, *m'he resbalao*, estaba *mojao* y *m'he caío*, solo eso.

Gertrude alzó la vista entonces y se atrevió a mirarla de soslayo. El pelo se le había soltado y se le había quedado en una cuña retorcida por delante de un párpado, con un destello del negro más puro. Era la suya una mirada despuntada, la mirada del sufrimiento en todas sus formas y colores, pero había algo más, algo lejano y calculador.

A Mamah le costó un momento darse cuenta de que lo que atenazaba a aquella chiquilla —una cría buena que solo tenía buenas intenciones— no era el miedo a su marido, sino a ella, a la mujer blanca que había invadido la cocina, a la señora de la casa que podía chasquear los dedos y contratar y despedir a su antojo. Fue toda una conmoción: había visto a mujeres acobardarse ante sus maridos, vivir a la sombra de ellos, como si no fueran más que meros instrumentos o herramientas, pero aquello era aún más triste, lo más triste del mundo...

—Sabes que no puedo dejar que os quedéis —le dijo—. Lo siento.

—Ay, dele otra oportunidad. Es buen hombre, *usté* lo dijo.

Pero Mamah sacudió la cabeza, superada por la emoción, empapada de ella, temblando todavía con los resquicios del miedo y la rabia que le había provocado aquella bestia negra odiosa, la que había pegado a su mujer como si no fuera un ser humano y había estado a un tris de emprenderla también con ella. Era imposible, intolerable tener a alguien así en su propia casa, como si estuvieran en una chabola en otro país, en una covacha colmada de todo tipo de violencia, ignorancia y calentura.

—Lo siento —repitió—. Sé que no es culpa tuya... Eres una buena mujer, no me cabe duda, una joven buena y cumplidora y una cocinera de primera... Pero ¿es que no lo ves? Está mal, no está bien...

En ese momento se percató de que seguía teniendo en la mano la compresa mojada y se la tendió entonces a la joven con un movimiento insistente de muñeca, hasta que Gertrude se incorporó para cogerla. Después fue hacia la puerta pensando en Frank, porque él sabría qué hacer, Frank sabría manejar la situación, y poco le importaba que tuviese mucho trabajo o que le necesitaran, porque tenía que volver a casa esa misma tarde, en el siguiente tren, y no se sentiría segura hasta que lo hiciera. Iba a coger el bolso e iba a salir para decirle a Billy que la llevase a la oficina de telégrafos, eso era lo que iba pensando, pero entonces se detuvo un momento en el umbral y se volvió para mirar una vez más a Gertrude, que estaba quieta como una piedra en medio del caos, con el trapo goteando en una mano mientras se llevaba la otra, ausente, al labio y a la mancha de sangre reseca.

—Tienes dos semanas —le dijo, y una vez más, la última, añadió—. Lo siento.

Su primer impulso fue ir a la sala de dibujo y pedirles a Brodelle o a Herbert Fritz que buscasen a Billy, y había empezado ya a avanzar en esa dirección, cuando se dio media vuelta y, en lugar de eso, fue al cuarto a por el bolso y el abrigo. Apenas se miró en el espejo —estaba alterada, con el corazón saliéndosele por la boca, y no había tiempo que perder—, y al cabo ya estaba atravesando la casa, por la cocina y la logia hasta la sala de dibujo, donde encontró a Herbert trabajando en su mesa, pero no

así a Brodelle.

—Herbert, siento interrumpirte —le dijo, y notó su propia agitación en la voz—, pero me preguntaba si habías visto a Billy... o, en fin, a ver si podías ir a buscarle, por favor. Tengo que... Es urgente.

El muchacho llevaba una corbata de satén negra poco ceñida y un largo blusón de artista, a imitación de Frank, pese a que prometía ser otro día caluroso. Absorto como estaba en su trabajo, la miró con genuina perplejidad, como si hubiese perdido el habla de repente; echó un último vistazo de reojo al dibujo antes de levantarse y ponerse colorado.

—Ha estado antes aquí, con Brodelle, hace una hora o así...

—¿Dónde está Emil?

El muchacho agachó la cabeza.

—Ha dicho que iba a dar una vuelta a caballo antes de almorzar... y que ya trabajará luego hasta tarde, para compensar...

Mamah hizo un gesto para restarle importancia e insistió:

—Si pudieses decirle a Billy que traiga el coche... Tengo que ir al pueblo, pero no será más de una hora. Es muy urgente. —El muchacho estaba ya en la puerta, un balanceo de extremidades, un arrastrar de suelas, cuando añadió—. No voy a llevarme a los niños. —Vaciló un instante y se quedó mirando a la cara al joven (seguía aturdido pero estaba deseando agrandar, era un buen chico, maleable, que se hacía querer)—. ¿Te importaría cuidarles..., si no es mucha molestia?

El sol estaba ya tostando las losetas de la explanada cuando Billy le abrió la puerta y se montó en el coche, y todo estaba quieto, en calma, no corría ni una gota de aire. Billy llevaba la ropa de faena, aunque tan aseado, pulcro y limpio como siempre, no importaba lo que estuviera haciendo, lo exigente que fuera la tarea o lo pringados de grasa o de barro que acabasen el resto de sus compañeros. Después de saludarla con el sombrero, se puso al volante y comentó:

—Parece que va a hacer otro día de órdago.

A lo que ella le contestó que sí, que sin duda, y aquellas fueron las últimas palabras que cruzaron hasta que Billy detuvo el coche ante la oficina de la Western Union y Mamah le pidió que la esperase en la puerta. Quiso confiarle lo sucedido, pero la escena de la cocina se le antojaba demasiado humillante y sobrecogedora para contársela a nadie. Había sufrido una conmoción, así era, y todavía no se había repuesto.

Le llevó dos minutos redactar el telegrama —«Ven lo antes posible *stop* Ha ocurrido algo horrible»—, pagar al hombre, volver al coche y pedirle a Billy que la llevara de vuelta a Taliesin, y en todo momento procuró mantener la calma, diciéndose a sí misma que era una crisis pasajera, como todas, y que Frank volvería ya mismo para animarla, como siempre había hecho y haría^[173].

Cuando Billy salió de la carretera principal y vio surgir la casa entre un marco de árboles, más hermosa y exquisita que cualquiera de la Toscana, la Umbría o el sitio

que fuese —el cielo arriba y la creación de Frank abajo, hasta el último detalle salido de su cabeza, y todo para ella, por ella—, se alegró y se sintió orgullosa. Y la sola visión la serenó, porque no quería estar en ninguna otra parte. Era su hogar, estaba en casa. Y cuando Billy redujo la marcha para remontar la colina, sintió una punzada de añoranza tan poderosa que se le saltaron las lágrimas, pero se apresuró a enjugarlas con el pañuelo y a volver la cara para que Billy no se diera cuenta. Eran los nervios, solo eso.

Mandó a Herbert que le dijera a la cocinera que los niños y ella comerían aparte en el porche acristalado y que sirviera a los obreros en el comedor. El muchacho volvió casi al punto para decirle que la cocinera preguntaba cuántos serían. Estaba sentada a su escritorio, reescribiendo un párrafo que ya había leído doce veces, fingiendo normalidad —todo iba sobre ruedas, no pasaba nada, y quería que todos creyeran lo mismo, incluso Carleton—, y levantó la vista y contó con los dedos.

—A ver, veamos... Brodelle está por alguna parte, ¿no?

—Sí, está en su mesa.

—Bien: Emil, tú, Brunker y Lindblom... son cuatro. Y con Billy, cinco.

—Y el chico de Billy.

—Ernest —sonrió—. El muchacho está aprendiendo el oficio del padre, ¿no? Bueno, espero que retome los estudios cuando empiece la escuela en otoño... Nada puede reemplazar una buena educación, ¿no te parece?

Se revolvió y tartamudeó un poco, pero, sí, desde luego que le parecía así, precisamente por eso estaba él en Taliesin bajo la égida del señor Wright, y sí, por supuesto que le agradecía que le hubiese regalado *El movimiento de la mujer*, que le había resultado muy... estimulante.

Le dio las gracias al chico, le dijo que era muy amable y le agradeció también que hubiese actuado de intermediario entre la cocinera y ella: no se encontraba muy bien y estaba en una fase crítica de su trabajo. El chico asintió, ya en la puerta, deseoso de escapar.

—Ah, por cierto —añadió Mamah—, creo que podemos contar con el señor Wright para la cena. —Cogió la pluma e hizo una anotación en el margen, como distraída—. He pensado que a Emil y a ti os gustaría saberlo.

Llegó entonces el almuerzo. Se había armado de valor, pues la idea de ver a Carleton, y para colmo sirviéndoles en la mesa, le revolvía el estómago, pero tenía que aparentar que reinaba la normalidad, por el bien de todos. No tenía sentido preocupar a los niños, ni tampoco a los obreros; ni siquiera a los Carleton. Ya había tenido bastante preocupación por un día y estaba decidida a pasar la comida sin empeorar la situación.

Llevó a sus hijos al porche —«Yo quiero comer con Ernest», no paró de quejarse John, «¿Por qué no puedo comer con él?»—, les sentó a la mesa y ocupó su sitio.

—Hoy no —fue todo lo que le respondió, y no quiso ser cortante, pero vio que no había necesidad de involucrar a los niños, y les quería allí cerca, les necesitaba, y con

eso bastaba; y en esas le dijo a la niña—: Martha, pero qué vestido más bonito, y qué ligero... Es ideal para este tiempo. ¿No te alegras de que lo escogiésemos juntas?

Y entonces llegó Carleton con su cara forjada y su postura inflexible, posando la mirada en los muebles y el suelo, y colocó la bandeja en la mesa con un ligero remedo de su floritura habitual. Ni por un momento osó alzar la vista hacia ella o los niños ni musitar una sola palabra. Había sopa de primero, un caldo de verduras que Gertrude había aderezado con unas tiras de pimiento rojo del huerto, así como unas finas lonchas de lomo que había frotado con salvia y luego había dejado marinar en vinagre y aceite de linaza. Estaba delicioso. Pero John, que siempre había sido melindroso para la comida, puso mala cara y le preguntó con un mohín:

—Mamá, ¿tengo que comérmelo^[174]?

Bueno, el maíz no era caña de azúcar y aquel sitio no era una isla que pudiera cruzar en un día, de una orilla a otra, sino una oscura prisión infinita que le miraba con malos ojos y de la que no quería formar parte —ya no más—, y salió del maizal, donde olía al hedor caldeado de la tierra, que no era más que sangre derramada, mierda y molienda de huesos de todos los hombres y animales que habían vivido allí, y se encaminó hacia la casa, se lavó las manos y se enfundó la chaqueta blanca de servir, como si hubiera nacido para eso mismo. Servir... Iba a enseñarles lo que era servir. Un modo de servir inconcebible para ellos. Porque no sabían nada sobre él y no sabían que se había agachado para olisquear la tierra fresca, mientras las mazorcas se clavaban a su alrededor como diez mil picas, ni que había aprendido, estudiado y hablado con el cielo y con la voz de su cabeza hasta que no le quedó otra alternativa.

Lo primero eran las ventanas que daban a la explanada, en la habitación donde estarían los hombres.

A las doce menos cuarto del mediodía, rondó por la entrada, donde no había un alma, y claveteó las ventanas entre sí con un puñado de clavos de dos peniques y con el mango de la hachuela que había encontrado en una repisa de la cochera, donde la habían dejado los techadores para él; había comprendido que acabaría necesiéndola nada más verla entre un batiburrillo de trastos, un ovillo de bramante, media docena de latas oxidadas con clavos, tornillos y puntillas, una lata de cera para zapatos reseca y un frasco con unas garras de halcón, todo salpicado de serrín y de un arroz negro de excrementos de rata o ratones. La había restregado con la mano para limpiarla y la había calibrado en la mano, y era perfecta, lo más parecido a un *tomahawk* que podía encontrar. Brodelle. Pensó en Brodelle con la hoja clavada en la cabeza tal y como los indios desnudos se la habrían encajado cuando poseían aquellas tierras y llegaron un montón de barcas con Brodelles y mujeres rostro pálidas para quitárselas y construir sus grandes casas amarillas y asolarlo todo y a todos hasta que no quedaron sino odio, ansiedad y náuseas. Era suya, y se la había guardado bajo la almohada: para una ocasión así.

Lo siguiente fue la cocina y Gertrude con su ojo hinchado y su labio con costra, que le miró con cara de agotamiento y le dijo que «la señora y los niños tomarán el refrigerio en el porche acristalao», y ya estaba sirviendo el caldo, y el aroma se le coló por la nariz y tuvo que tragar saliva, mientras pensaba en lo apropiado de que comieran por separado.

—Date prisa, mujer.

Y los tres cuencos de porcelana se equilibraron en la bandeja de plata, y la subió a la plataforma de sus dedos negros extendidos, mientras no dejaba de imaginarse las tres caras blancas —la encarnación del movimiento femenino y sus pálidas larvas— sobre la rica sopa barbadense, sorbiendo, charlando del tiempo, de los libros que estaban leyendo, rodeados de muñecas, de caballos y de los gansos del lago, mientras los pavos reales se encaramaban a los aleros como explosiones individuales de llamas providenciales. Y el niño, una larva, y la niña, y la mujer, que le había gritado: «¡Fuera, largo de aquí! Date por despedido».

Se armó de valor porque tenía que ser fuerte, y aquella era la parte más difícil, entrar en el porche acristalado y mirarla a la cara después de lo que le había dicho, de lo que había hecho esa mujer, inmiscuirse, entrometerse, interferir con sus baratas opiniones de putita sin que nadie se las hubiese pedido, las necesitase o las hubiera reclamado de ninguna manera, salvo el Diablo; pero recorrió el pasillo con la bandeja en una mano, salió, atravesó los adoquines y abrió la puerta con la otra mano, dejó los cuencos blancos de porcelana sin tomar más aire de la cuenta. Después volvió a la cocina para transportar otros seis cuencos y llevarlos al estrecho y cerrado comedor de cuatro metros cuadrados, con una gran mesa de madera y sillas-trampa de langostas, y también eso fue un trago: porque Brodelle estaba allí, el mismo que le había llamado a la cara «negro hijo de la gran perra» y que estaba siempre dispuesto a reírse de él, que estaba riéndose ya de él mientras le ponía el cuenco delante, pero no miró a ninguno a los ojos y salió por la puerta para ir a atender a la señora por última vez, la definitiva.

Esa vez no necesitaría la bandeja, de modo que la dejó caer sobre las losetas de la logia con un estruendo de plata y cogió la única herramienta que iba a necesitar durante el resto de su vida. ¿Tenía la cabeza disparada? Sí, desde luego, pero no como el pensador, el matemático o el arquitecto en el momento cumbre de la creación, ni como el conejo con el zorro en el cogote, sino de la forma desafectada del soldado en el combate. Veía cada detalle como si lo hubieran aislado ex profeso para él; veía las grietas entre las piedras y los hierbajos abriéndose camino, veía el estuco amarillo como la piel moteada de la bestia que era la casa, y vio el porche acristalado al final del pasaje y las tres figuras suspendidas tras la mosquitera negra, mientras una mano se levantaba como en un sueño o una cabeza se movía al borde de la invisibilidad. Oyó las voces, la de ella:

—Ves —decía—, ¿a que no ha sido para tanto?

—Pues sí —el niño.

—Te gusta, John, admítelo... —la mujer.

Y entonces apareció por la puerta con una agilidad que a él mismo le sorprendió, y esa vez sí que alzó la vista la mujer, esa vez sí que le vio, en esa ocasión le fijó con la mirada justo en el momento en que la hachuela caía sobre ella en un único golpe salvaje y furioso que le atravesó el nacimiento del pelo y dejó escapar todo el sebo rojo del cerebro, el sebo gris y rosa que le salpicó la blanca chaqueta almidonada como una especie de lluvia demoníaca. El niño fue el siguiente. Antes de que pudiera reaccionar, de asimilar a través de los ojos lo que estaba ocurriendo, la hachuela volvió a descender en dos ocasiones, y estaba muerto y retorciéndose, mientras la niña se levantaba de un salto y corría, hasta que la golpeó tras la oreja derecha, una, dos, tres veces, y se quedó en el suelo arrastrándose como la larva que era y volviendo la cara hacia él, pálida como una larva, con los ojos abiertos, lo que le obligó a golpearla de nuevo con la parte lisa para partirle el pómulo y cerrárselos de una vez por todas.

La gasolina. Tenía un bidón grande allí mismo, bien a mano («Señor Weston —le había dicho al agua sucia ni media hora antes—, ¿podría coger un poco de gasolina del coche para las manchas de la alfombra del salón, la que tiene todas esas espirales y esos dibujos?», y este le había dicho que sí, que adelante, que no importaba), y la roció entonces por los dos cuerpos de la mesa y por la cría, que había conseguido llegar hasta la puerta, y seguía viva y retorciendo las piernas por el suelo de piedra, y dejó caer una cerilla encendida que produjo un repentino sonido succionador.

Rápido, ahora rápido, termina lo que has empezado. Corrió todo lo que le permitieron los pulmones y las piernas hasta la habitación donde los hombres estaban pavoneándose, riendo y sorbiendo entre dientes la sopa que les había preparado su mujer, y salió disparado hacia la cocina por la puerta de la explanada y encajó una cuña de madera por debajo de modo que ningún hombre, ni Aquiles en persona, pudiese abrirla. Puede que Gertrude lo llamara por su nombre, pero la miró, una sola mirada y una palabra musitada entre los dientes apretados —«Huye»—, y después dejó que la gasolina fluyera bajo la puerta, todo el bidón, y las alfombras del pasillo empapadas ya, y ahí estaba la cerilla, pariente de la anterior, y él saliendo por la puerta a la explanada, y la única salida ya la había cerrado y parapetado contra todo hombre o muchacho que quisiera escapar con la ropa en llamas. Venga, venga. El segundo bidón estaba junto a la puerta y se vació en un instante. Les oyó dentro, maldiciendo, gritando y chillando como los condenados en el fuego del infierno, les oyó aporrear la puerta inmóvil —y gañidos, gañidos penetrantes, tan vivos como esa piel que estaría llenándoseles de ampollas en sus caras blancas en llamas—, y entonces se produjo la fuerte y festiva explosión del cristal de la ventana y el primero que salió corriendo por ella se encontró con la hachuela, que levantó en alto, y más alto todavía, y hundió contra los hombres, uno detrás de otro, con toda la fuerza de su brazo homicida y la gravedad, y no le costó más trabajo que astillar tejas.

Estaban muertos cuando salieron por la ventana y ahora por el rectángulo en

llamas de la puerta, muertos o aturdidos, los aturdidos rodando por el suelo con la ropa en llamas, como si aquello pudiese servirles de algo, y les golpeó una y otra vez mientras rodaban, se encogían y alzaban las manos para intentar protegerse por donde eran más vulnerables. Aquello requería un método, un orden, una eficiencia, y si él quería ser algo, ante todo era ser eficiente. Tres golpes para el agua sucia, la hachuela girándose de modo que le dio de lado y no con la hoja, y al niño también, pero a Brodelle —«negro hijo de la gran perra»—, a Brodelle le abrió en canal como una salchicha para la barbacoa, igual que a Mamah, y al gordo también, y fue a por el otro chico, Fritz, pero este rodaba y rodaba, y cada tabla y fibra de la casa crepitaba en un clamoroso pandemónium de llamas luminosas.

Después le entraron náuseas; después le salió por ambos extremos y supo que irían a buscarle con los perros y la horca trenzada para lincharle, y si huía por los sembrados no tendría más voz en aquel asunto, porque se convertiría en presa fácil. No habría sabido decir cómo llegó al sótano, bajo el infierno que era la casa. Ni tampoco habría sido capaz de decir por qué no se quedó allí sin más y dejó que le aplastaran las vigas quemadas y le devorasen las llamas, porque ya había acabado, ya había purgado toda la rabia como si nunca hubiera existido. Pensó por un momento en Gertrude —que lo pagarían con ella y no se lo merecía—, pero fue un pensamiento que tal como vino se fue, en cuanto la cara penosa de su mujer se materializó en su cerebro. Aunque una llama no pesa más que el aire, el armazón de aquella casa de arquitecto no soportaba su peso. Por todas partes le caían antorchas. Todo chillaba y gruñía, un sonido profano, con la estructura sacudiéndose y revolviéndose contra la muerte, que había llegado para abrazar al edificio en su seno. Abrió la puerta de la caldera que había calentado el agua para los muertos de la casa. Dentro hacía fresco, o al menos algo más que fuera. Se metió allí con la botella de cristal grueso que había reservado para el final, el cáustico que le mataría antes de que lo hiciera el resto, la del ácido muriático y las tres X, la de la calavera y las tibias que les harían retroceder. Cerró la puerta de acero al rugido y al caos. Estaba todo negro, una negrura pura y dura, sin tan siquiera una traza de luz para ver en una dirección u otra. Allí nunca le encontrarían.

Capítulo 8

Todo se derrumba

El almuerzo. Un emparedado del bar y un momento para relajarse leyendo el periódico —rescoldos en los Balcanes y armas atronando por todo el Viejo Continente, y ¿luego qué?, ¿el archiduque levantándose de su ataúd con alas de ángel?— antes de volver para discutir de dinero con Waller, y de los duendes con Iannelli, porque el italiano, como era comprensible, aunque también enloquecedor, se negaba a entregar el resto de esculturas hasta que no se le pagase en mano o le dieran algún tipo de garantía de pago. Aunque el emparedado estaba rico, un bocado de primera —Vogelsang sabía lo que se hacía en su bar, tenía que reconocérselo—, y el periódico era lo suficientemente escabroso y sangriento hasta para el lector más hastiado, Frank no pudo evitar estar pendiente de John^[175], que estaba en el otro extremo de la estancia subido a un andamio, pasando una brocha húmeda por el mural policromado que había tras la barra. Era un dibujo bonito, y John era un trabajador tan preciso e infatigable como su padre. Detalles, detalles... Aquella estancia, la taberna, era la prioridad número uno de Waller, y poco le importaban los fastos de la noche de la inauguración, con Max Bendix y su orquesta y sus cientos de cuerdas vibrando, y la Pavlova haciendo toda clase de piruetas en el escenario y todo lo demás: no pararía de derrochar dinero por los poros de su piel hasta que no viera la cerveza correr por aquellos grifos secos y sedientos. («A mí me dejás de murales, de duendecillos y de historias —no paraba de repetirle Waller—. Yo lo único que quiero es verlo todo acabado de una vez y las mesas llenas. Y cerveza, lo único que quiero es cerveza»).

Se trataba, por supuesto, de un insulto a su inteligencia, y estaba decidido a ver el diseño acabado hasta el último detalle mientras le quedase aliento, aunque, a esas alturas, nadie podía culparle por el retraso. Le dio otro bocado al emparedado y se llevó el agua helada a los labios. Hacía calor, un calor del demonio. Pensó en Taliesin entonces, en el lago, y en qué no daría por deshacerse de la camisa, de los pantalones y de los zapatos y zambullirse en sus frescas y opacas profundidades y echarle una carrera a los peces; pensaba en eso, y en el siluro que había pescado hacía una semana el hijo de Billy Weston, más largo que su brazo (un pez realmente impresionante, que boqueaba con unos grandes morros amarillos, como si quisiera inspirar todo el aire del valle, con los bigotes retorciéndosele y los puntitos azul y negro que tenía por ojos, y que apenas parecían bastarle para captar el mundo incandescente que se había precipitado sobre él tan de buenas a primeras...), cuando de repente la taquígrafa de la oficina principal irrumpió en su despacho, con aspecto

de que le hubiesen extraído toda la sangre del cuerpo para un experimento científico. Iba a hacer un comentario al respecto, alguna broma, una ocurrencia sobre el calor, que podía ser una causa directa de anemia en mujeres menores de treinta años, cuando su cara le hizo contenerse.

—Señor Wright —le dijo esta sin aliento, sudando y más pálida que la pila de folios que tenía siempre junto a la máquina de escribir—, le llaman por teléfono. Una conferencia, desde Spring Green.

En cierta ocasión, hacía muchos años, siendo más joven que John, asistió al derrumbe inesperado de un edificio. Era una inmensa estructura de ladrillo aún en construcción, con hombres en andamios, carretilleros yendo y viniendo por delante y albañiles, cada uno concentrado en su tarea, pero a la vez comunicándose como a través de una especie de inteligencia extrasensorial, todo el conjunto —hombres, materiales y máquinas por igual—, una especie de organismo vivo. Se había detenido para observarlo, como llevaba haciendo en el transcurso de las últimas semanas, fascinado por la actividad frenética y por cómo iba levantándose el edificio en visibles incrementos —todos los días, distinto y a la vez el mismo—, y seguía allí, observando, cuando, de un instante a otro, todo cambió. Lo que mejor recordaba era el sonido, el chasquido explosivo de las vigas hundiéndose y de los cañonazos de una planta derrumbándose encima de otra, el rugido de lo inanimado que se animaba, fulminante e implacable. Y los gritos, los gritos que se levantaron de un puño apretado de silencio y el susurro penetrante del polvo. Se había quedado varias horas allí, el pavor invadiéndole con un regusto metálico y amargo que le constreñía la garganta (un hombre había quedado aplastado hasta que no quedó de él más que una pulpa; a otro hubo que serrarle, vivo, para sacarle del derrumbe, con dos muñones abiertos y palpitantes en lugar de piernas), y lo único que había querido era volver a ponerlo bien, reconstruirlo para que no volviera a caerse nunca. Pero Taliesin se había derrumbado, lo hacía en esos momentos, y era peor, muchísimo peor, porque era fuego y el fuego no solo te aplasta, te consume.

Siguió oyendo el rugido aquel mientras John le metía en un taxi y corrían por las calles, y seguía allí cuando se detuvieron y su hijo le abrió la puerta, le ayudó a salir del estrecho habitáculo del automóvil y le condujo bajo la bóveda de mármol de Union Station. Avanzó cogido de su brazo mientras atravesaban el gentío e iban a la taquilla, la garganta seca, las piernas desprovistas tanto de músculo como de hueso, de modo que apenas podía tenerse en pie. Y allí estaban los reporteros, las caras desencajadas y las bocas articulando un «¡Señor Wright, señor Wright», y John abriéndose camino a codazos, hasta atravesar las puertas y llegar al andén, desde donde el tren regional les arrastraría por las vías durante cinco horas agónicas, las que faltaban para que la estación de Spring Green se perfilara tras la ventanilla como una lápida. ¿Y no podían correr más? ¿No podían declarar una urgencia y cancelar el

resto de paradas? ¿Echar más madera, ondear banderas rojas y hacer sonar el silbato como si fuese a bordo el mismísimo presidente?

Cerró los ojos y oyó el rugido. Y lo agradeció, porque ahogó los gritos de los repartidores de periódicos que les aguardaban y cambiaban de cara, de chaqueta, de sombrero y de gentío en cada parada del camino para vender la edición especial de última hora: «Masacre en Taliesin, ¡léanlo todo!»; «¡Taliesin reducida a cenizas, siete muertos, siete, siete!». Fue John quien les mantuvo a raya y John quien llevó a un lado al revisor y le pidió que les buscara un compartimento privado, John quien vio al pobre Edwin Cheney aturdido entre un corro de periodistas y quien le coló en el compartimento antes de que se abalanzaran sobre él con sus picos y sus garras. Cinco horas, cinco horas en ese tren mirándole los zapatos a Ed Cheney, que a su vez le miraba los suyos. Cinco horas. Siete muertos.

No rezó; no lo había hecho desde que era niño. Pero cada minuto del viaje fue un lento ascenso al Calvario y al momento en que le habían tendido en el árbol de Cristo y le habían puesto los clavos, y todo el tiempo fue preparándose para lo peor y esperando lo mejor, y tal vez eso fuese rezar; quizá, a fin de cuentas, eso era rezar. Lo que no sabía era que Mamah había muerto, y que su cuerpo había quedado incinerado e irreconocible. Lo que no sabía era que John Cheney también había muerto y que Martha, con su figura grácil y la sonrisa fácil de su madre, estaba marchitándose bajo las toallas húmedas con que la habían tapado, sin pelo ni cejas y la piel frita como un torrezno en la sartén, ni que habría muerto para cuando llegara. Tampoco sabía que Bruncker había fallecido, que Lindblom no tardaría en seguirle y que Brodelle ya estaba en el otro mundo. Y no sabía que Billy Weston, conmocionado, quemado y con el cráneo abierto, se había enfrentado al barbadense y le había perseguido, antes de salir corriendo colina abajo para pedir ayuda a Reider y regresar, desenrollar la manguera y apuntarla hacia el fuego mientras las víctimas seguían allí, tendidas sobre los adoquines de la explanada, como otros tantos sacos de grano..., grano quemado, podrido, grano que solo valía para volver a la tierra. Ni que Ernest, la viva imagen de su padre, yacía entre los demás, inconsciente y moribundo por las heridas mientras la mujer de un vecino le atendía y Billy bregaba con la manguera, insensible a todo salvo al calor infernal que le abrasaba la cara.

Después se hizo de noche. Habían dispuesto a los muertos en el porche de Tan-y-deri, donde el hedor a incineración inundaba el aire de tal manera que el órgano del olfato solo le servía para asimilarlo. No había rastro de mosquitos ni de luciérnagas. Hasta el lago parecía inerte, salvo por las vagas huellas de movimiento allá donde los bomberos y los vecinos habían formado una brigada de cubos para apagar los rescoldos. No podía mirar a Mamah, y tampoco servía de nada. Ya bastante conmoción le suponía ver su forma bajo las sábanas arrugadas y la sangre, que parecía teñirlas de óxido.

La gente le salía al paso para ofrecerle cosas, su hermana no paraba de preocuparse por él, café, un plato de comida... pero no quería nada de nada. Lo que

quería era abalanzarse sobre alguien, quería venganza, responder a la violencia con violencia. Si hubiese podido echarle las manos al cuello a Carleton, le habría despellejado vivo, como un animal de la selva. Le habían encontrado a las cinco y media de la tarde escondido en la caldera, donde no había llegado el fuego, y acto seguido había intentado matarse tragando ácido, que le había dejado unas quemaduras como largos dedos pálidos surgiéndole de la boca y le había abrasado la piel por donde le había traspasado la camisa. Para entonces todo Taliesin era un fortín, había gente rastreando el bosque, peinando el maizal mazorca a mazorca, el *sheriff* había soltado a sus perros y por todas partes surgían chillidos y gritos de alarma.

Iban a lincharle, eso había dicho Andrew Porter, y la horca ya colgaba de la rama de un roble de la explanada y todos los granjeros, con la caras encendidas, tenían el dedo en el gatillo de sus 22, sus pistolas y sus escopetas de caza, pero el *sheriff* se interpuso y su ayudante y él se llevaron al negro, le esposaron y le llevaron en volandas hasta el calabozo de Dodgeville mientras una turba de hombres perseguían el coche y le insultaban por todo el camino colina abajo. Ahora estaba allí, en una celda, incapaz de hablar o justificar lo que había hecho, de dar explicaciones para todo aquel odio, aquella pesadilla y aquella devastación que habían acabado con todo y habían dañado seriamente las almas de tantas buenas gentes, porque tenía el tracto vocal destrozado y no quiso coger una pluma para escribir, por mucho que el *sheriff* le instase y que hubiese tres filas de periodistas apiñados en las escaleras del juzgado. Frank no volvió a verle nunca más, pero mejor así, porque habría sido como mirar a la cara al mismo demonio —esa cara de hollín desahuciada, la negrura sin superficie ni límite—, aunque a quien sí vio fue a la mujer, cuando la hicieron pasar al cuarto donde estaba^[176].

En el pasillo había un ayudante del *sheriff*. Tablones que crujían, pisadas que resonaban por las escaleras. También estaba el forense, el enterrador, la casa viva con las idas y venidas, las puertas cerrándose entre crujidos y volviéndose a abrir, voces que iban de una habitación a otra. Estaban nerviosos —su hermana Jennie lo estaba, y Andrew, y los criados, toda la comunidad— y querían un chivo expiatorio, un chivo negro; y allí lo tenían.

Lo que vio fue a una mujer muy joven, a una chiquilla no mucho mayor que sus propias hijas. Solo se había fijado en ella de pasada, la vez que la contrató o en alguna ocasión en que había alzado la vista y la había visto entrar y salir de la cocina a toda prisa o corriendo por la explanada con una cesta llena de tomates o de judías verdes del huerto. Trabajaba para él, y cumplía con su trabajo. Mamah hablaba maravillas de ella. Y, por supuesto, tenía otras cosas en la cabeza. Era una empleada, y uno solo se fijaba en ellos —se paraba a mirarles de verdad—, cuando llegaban tarde al trabajo, o borrachos, o se quedaban dormidos en plena obra; o cuando robaban... o mataban.

La luz de las lámparas era muy tenue. Una polilla surcó con parsimonia la

estancia. Aparte de John —que nunca había estado en Taliesin por culpa de su madre, quien, con sus celos y su rabia, no había querido ni oír hablar del tema—, se encontraba a solas con la joven, que estaba junto a la puerta, donde la había dejado el ayudante, y que pronto estaría en los calabozos, porque era la mujer del negro, negra también ella, y todo el mundo en el condado sabía que habían tramado aquel horror entre los dos. Llevaba un vestido liso. Era delgada y, al alzar la barbilla y descubrir la cara, vio un rostro demacrado y chupado, con churretes de mugre por donde se había enjugado las lágrimas, mientras que la cuenca del ojo derecho parecía amoratada, como si alguien le hubiese atizado. Y sin embargo, pese a todo, era hermosa en su candidez y sencillez. Se dio cuenta en el acto: la muchacha no tenía nada que ver con todo aquello. Había sido el marido, él solo, por su cuenta.

Cuando la habían hecho pasar a la habitación, John se había levantado y había ido a apostarse contra la pared más cercana, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin parar de cambiar el peso de un pie a otro en un espasmo de energía nerviosa. En esos momentos era el protector de su padre y a cada tanto se sentía sacudido por la responsabilidad.

—Bueno, ¿qué tienes que decir en tu defensa? —le preguntó a Gertrude.

Esta sacudió la cabeza, con un largo y reflexivo meneo de un hombro a otro, adelantó las palmas de las manos, extendió sus finos dedos y mostró el rostro, y no para John, sino para él.

—Un castigo —susurró—. Un castigo divino, *eso's lo que'a sío*.

Vio entonces que su hijo se ponía tenso y que le entraban ganas de abalanzarse sobre la muchacha y zarandearla, pero se lo impidió.

—Chis, John. Ya está.

Gertrude —se llamaba así, ¿no?— estaba mirándose los pies, unos pies descalzos, con las uñas bien recortadas y luminosas sobre la sombra de su piel, casi canescentes, y tenía restos de ceniza húmeda por los tobillos y en el revés pálido de los empeines. Lo que había dicho le había dejado trastornado y estaba intentando recuperarse. ¿Un castigo divino? Eso mismo estaba diciendo la prensa, esos arengadores y esos voceros, y por un momento de extrema dureza comprendió lo equivocado que había estado, lo cruel y egoísta que había sido. Había codiciado a Mamah y, por el camino, para conseguirla, había arrasado con todo: había destrozado a Kitty y a Edwin, y se había enemistado con una comunidad entera y le había escupido en la cara. Y ahí estaba el resultado: siete muertos y una asustada joven negra que iría a la cárcel o peor aún, y Taliesin reducida a cenizas y el hijo de Billy muerto. Y Mamah, y los dos niños. Quiso negarlo, quiso decir que había sido cosa del destino, mala suerte, lo que fuese, pero no le salieron las palabras.

John no pudo contenerse más.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —la increpó, con la voz quebrándosele por la oleada de emociones, erigido en el protector de su padre, de los muros dorados, de la ciudad prohibida—. Ha sido tu marido, un loco, un negro...

—No —repuso la mujer con cara compungida sin parar de sacudir la cabeza lenta, lenta y tristemente—. Contra mí. Un castigo contra mí. —Alzó los ojos hacia John pero era como si no estuviese allí—. Por haberme casado con un hombre así...

De fuera llegó un sonido de voces seguido de unas pisadas que retumbaron con fuerza sobre los tablones del porche. Un perro ladró. Notó que volvía a cerrarse en sí mismo, rabioso de pronto: él era la víctima y los que se equivocaban eran todos los demás, incapaces de dejar que un hombre viviese su vida en paz, como mejor le pareciera. No pensaba dejar que ni Dios, ni sus ministros, ni esa escuálida mujer negra ni nadie repartiese culpas, porque la responsabilidad era suya: ellos eran los asesinos, no él.

A la mujer se le quebró la voz entonces, y le miró con ojos desgarrados mientras decía:

—Era buen hombre, señor, me convenía. Teníamos... yo solo diecisiete, en Bridgetown, y me dijo que me quería, me lo *desía tol* rato, y ni siquiera sé lo *ques'eso*, no lo sé, sigo sin saberlo...

La mujer se echó a llorar y, entre sollozos, se llevó las manos a los ojos.

—Es buen hombre —no paraba de repetir—, era buen hombre...

Y así siguió hasta que John se adelantó para abrir la puerta a la cara, roja de furia, del ayudante del *sheriff* y a la gente que se agolpaba tras él, desconocidos que habían ido a compartir su indignación, y lo único que pudo decir él, el agraviado, la víctima despojada e inconsolable, fue:

—Lléváosla de aquí^[177].

Su hermana llegó en cierto momento con una taza en la mano para él y luego le llevó al dormitorio y le hizo echarse en la cama, junto a la ventana oscurecida, y por alguna extraña razón, cuando su hermana apagó la lámpara y se quedó perfilada por la luz de la puerta, murmurando esas cosas que solo las mujeres son capaces de decir en momentos de tal aflicción y congoja, le llamó Kitty.

—Me pondré bien, Kitty —le dijo, aunque sabía que no era así, y mientras yacía allí en vela, escuchando las voces en la oscuridad y los gemidos rezongantes y espectrales de los dos supervivientes, a los que habían instalado en el salón (Fritz, que se recuperaría de sus quemaduras y del antebrazo hecho añicos por haber saltado por la ventana, y Lindblom, que moriría a la mañana siguiente), Kitty, y no Mamah, empezó a emerger de las sombras. ¿Y no era lo más extraño del mundo? La vio alejarse de él en el vestido de satén azul que le había cosido su madre, una Cosette con su Marius, y la mitad de las chicas eran Cosette mientras que los chicos habían escogido sobre todo a Valjean y Javert; Kitty, la de las piernas elásticas y el pelo rojo dorado que se amontonaba como las olas en la playa...

A la mañana siguiente, el sol se levantó por encima de las colinas entre un oscuro hematoma de nubes que se fueron extendiendo por el valle como una mancha de aceite en el agua. Hacia mediodía parecía el atardecer. Sintió la humedad en cuanto se levantó de las sábanas sudadas, el aire cargado presionándole y la camisa empapada

antes incluso de ponérsela. En algún momento del alba había caído en un letargo sin sueños, al son de un pájaro solitario —un chotacabras—, que remontó y descendió por el *glisando* de sus notas líquidas hasta hacerle perder la consciencia. Aunque no sabía cuánto tiempo había dormido, nada más levantarse se sintió plenamente consciente: supo dónde estaba y por qué, y que su duelo y su miseria no pararían y no probaría bocado ni en el desayuno ni en el almuerzo ni en la cena.

Intentó peinarse pero tenía el pelo hecho una maraña, y cuando levantó los brazos para alisárselo, le asaltó su propio olor: a sudor del día previo, un intenso y penetrante hedor a miedo e incertidumbre que ningún jabón ni colonia podría disimular. Por un momento pensó en bajar al lago a nadar, pero eso no estaría bien, no si Mamah no podía acompañarle, ni John ni Martha. No, llevaría puesto su olor y lo intensificaría con el sudor de cavar, con el pico bien por encima de su cabeza antes de hincarlo en la tierra y aflojar los dientes de la piedra amarilla apiñada entre las encías negras de la tierra, porque toda sepultura era una boca que se abría, se cerraba y tragaba hasta que no quedaba nada.

Hubo desayuno. Un murmullo de voces, gente de puntillas por la casa como fantasmas de los desaparecidos. Se sentó un momento con Fritz, que no tenía pelo, con el cuero cabelludo chamuscado, envuelto en gasas y gasas como una tormenta de nieve primaveral, pero el chico no le reconoció. Después salió y se encontró con el fino olor emponzoñado del humo que todavía surgía de entre las ruinas de enfrente, y también por allí había personas, demasiadas, y echó a andar, bajó la colina para subir la otra, hasta Taliesin y la explanada calcinada. Ahí estaba Billy Weston, con ambas manos vendadas y una gasa blanca alrededor de la cabeza que le hacía parecer un herido de guerra. Frank vio la sangre, una lenta corriente que se le acumulaba en la sien, una herida que nunca sanaría.

—Billy... —fue todo lo que pudo decir.

Y este, con un rastrillo en una mano y la manguera abierta en la otra, solo pudo responderle con un leve gesto de cabeza. Se quedaron allí un rato, codo con codo, antes de encorvarse y ponerse a rastrillar las cenizas.

En otro lugar, al otro lado del mundo, en París, donde solo se hablaba de la guerra —del Plan XVII, que era insuperable, de la fiereza de la caballería francesa y de los defectos del carácter alemán—, Maude Miriam Noel estaba desayunando en el Café Lilac. Había escogido una mesa bajo el toldo, a resguardo del sol, a pesar de que hacía un día estupendo, tan tranquilo y cálido que nadie habría pensado que a menos de ciento cincuenta kilómetros estaba celebrándose una guerra. Era por la piel; el día anterior había salido a pasear por la orilla del Sena y, aunque se había pertrechado de sombrero y sombrilla, no había querido cubrirse las manos con guantes porque hacía calor, y ahora tenía el dorso colorado, o peor, marrón. Se las había untado con crema, pero, al reparar en las desvaídas ondulaciones de la piel —arrugas, ni más ni menos

que arrugas—, se había quedado muy preocupada. Las viejas tienen las manos arrugadas, manos de pergamino (o de «piel de lagarto», como solía bromear Leora tiempo atrás, cuando ambas eran jóvenes y apenas imaginaban lo que era una arruga, y menos, que pudiese tener algo que ver con ellas), y ella no se consideraba ninguna vieja, ni en mil años lo sería. Los hombres se quedaban mirándola cuando pasaba por la calle, y no solo los maduros, también los jovencitos.

Pero ahí estaba el camarero, aquel mentecato (y es que los había a patadas, y no solo entre los camareros o los franceses, sino entre los hombres en general, tan carentes de espíritu y tan decepcionantes cuando más se les necesitaba...). Ese en concreto —Jean-Pierre Yonosequé— la había mirado a la cara en un sinfín de mañanas, a lo largo de todas las estaciones del año, o al menos desde que se había mudado al pisito del 21 de la rue des Saints-Pères, el de los alféizares recargados de geranios rojísimos sobre una tienda de *antiquités* tan atestada de mármoles y de cuadros con marcos dorados que podría haber sido un museo, y siempre que le traía la carta la saludaba con un «*Bonjour, madame*», como si fuese la primera vez, como si no la hubiese visto en su vida y fuese una turista o una intrusa cualquiera. Aquello la hacía montar en cólera, y se había quejado varias veces a la dirección, formada por una anciana al borde del agotamiento, siempre tocada con un pringoso pañuelo azul (sí, y con manos de lagarto y una nariz que moqueaba eternamente), y por su marido sordo como una tapia, pero no parecían haberle hecho mucho caso. De modo que ahí seguía el camarero y ahí seguía ella. Porque ¡que la colgasen si pensaba desplazarse ni tan siquiera media manzana, al siguiente café! Aquel era suyo, su *territoire*, y estaba dispuesta a pelear por él con uñas y dientes; o al menos, a soportar cierto grado de descortesía, día tras día, comida tras comida.

Cuando el camarero le tendió la carta como si se la acabase de encontrar en la calle, Miriam le hizo un gesto para que se la llevara: ambos sabían perfectamente que se la sabía de memoria y que solo quería *deux oeufs* escalfados, acompañados por un par de salchichitas inglesas y tomates salteados, *avec café noir sans sucre*. Aunque ambos lo sabían, todos sus encuentros eran interpretados como el primero, cual personajes de una farsa de Oscar Wilde. El camarero se fue entonces y, cuando en algún momento apareció el café, Miriam alargó la mano para coger del bolso los periódicos que le había mandado Leora desde Chicago. Le gustaba estar al tanto de lo que pasaba en Estados Unidos, sobre todo desde que había estallado la guerra, aunque era una costumbre que siempre había tenido, porque, por muy afrancesada que se hubiese vuelto, por dentro seguía siendo una chica americana, Maude Miriam Noel, la *belle* de Memphis. Precisamente hacía unos días, en una velada en su piso con un rico Beaujolais y unos medallones de cangrejo que ella misma había preparado, un inglés llamado Noel Rutherford —Noel... ¿no era una bonita coincidencia?— le había dicho lo realmente encantador que le parecía su acento.

—Presumo que es usted del sur —había aventurado el hombre—, ¿de Richmond, tal vez? ¿O del sur más profundo? Déjeme que adivine: ¿Charlotte? ¿Savannah?

Y ella le había sonreído (era alto y delgado, con esa energía muscular contenida que tantos ingleses parecían cultivar, el pelo liso y oscuro como el de una nutria) y, al ver posibilidades reales en él, le había contestado arrastrando a conciencia las vocales:

—Qué va, ricura, te has pasado de largo... Soy una chica de Memphis.

Extendió los periódicos y le dio un sorbo al café. Desde luego había vivido un año duro, con el feo que le había hecho René al dejarla y ese desafortunado incidente con el cuchillo de trinchar... Y le habría apuñalado, sin la menor duda, y habría ido por su propio pie a la prisión de La Santé, si él se hubiese quedado quieto un poco más de tiempo. Y luego estaba lo de su gato, el *Señor Ribbons*, o *Monsieur Ribbons*, como le gustaba llamarlo desde la puerta mientras lo veía campar a sus anchas por la calle, con la cola bien tiesa. Cuando el animal empezó a escupir sangre, sospechó al instante de la malvada cara caballo del piso de abajo, por mucho que el veterinario le hubiese asegurado que había muerto por causas naturales. Sí, ya, claro, ¡causas naturales! ¿Qué si no? Al acordarse, miró por encima de sus gafas de leer y fulminó con la mirada al camarero, que la ignoró, y ¿dónde estaban sus huevos? ¿Es que habían ido a buscarlos a la granja? ¿Acaso necesitaban un chef del Cordon Bleu para poner a hervir un cazo con agua, cortar varias rodajas de tomate y pasarlas por la sartén?

Estaba susceptible, y habría sido la primera en admitirlo. Eran la guerra, la incertidumbre y los rumores. Todo el mundo decía que no duraría ni seis meses, pero ¿y si no era así? ¿Y si los alemanes resistían y llegaban hasta París? ¿Y si había escasez y racionamiento? ¿Se quedarían vacíos los cafés? ¿Le subiría el alquiler su casera? Había pensado en volver a Chicago con Norma, pero no le apetecía lo más mínimo, por incontables motivos. Muchos de sus amigos —o al menos, los estadounidenses y los ingleses— ya se habían ido, los Belknap, Clarissa Hodge, los Payne Whitney. Incluso su mejor amiga y confidente, Marie-Thérèse, se había mudado al campo, abandonándola cuando más necesitaba a una persona a quien encomendarse, y no solo por lo de René, sino por el miedo rastrero que le surgía como una especie de molestia en el estómago y luego se extendía por todas partes, hacia abajo, hasta la punta de los pies, y columna arriba, hasta la nuca; el miedo a que todo lo que había conocido y amado estuviese desmoronándose y precipitándose hacia un horrible final.

El camarero le llevó el grueso plato metálico con toda la parsimonia del mundo y lo puso en la mesa como el que pone una apuesta en el hipódromo de Auteil, antes de evaporarse como un mago, solo para volver a aparecer en las profundidades del café, con un cigarro recién encendido colgándole de los labios. Miriam se puso la servilleta sobre el regazo, colocó bien el periódico, se ajustó las gafas y cortó una salchicha. Fue entonces cuando un titular llamó su atención: «*Siete muertos en Taliesin*»; y debajo: «Los asesinatos del nidito de amor». Dejó el tenedor en el plato y empezó a leer, una historia tan horrible, tan absorbente y tremenda que no pudo parar; era como

una novela, un romance, y ahí estaba el héroe, el señor Frank Lloyd Wright, de perfil, con una mirada de nobleza que atravesó tierra y mares. El desayuno se le quedó frío y no tocó el café. El camarero ni la miró.

Después de leer dos veces el artículo, se quedó un rato largo estudiando la fotografía. Muy lentamente, como si no pudiera controlarlo, empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro, mientras el temblor le trepaba vértebra a vértebra por la columna, como si le estuviesen hundiendo por la espalda, una a una, las yemas de unos dedos.

«Pobre hombre —pensó para sus adentros—. Pobrecillo...».



T. C. BOYLE. Escritor estadounidense (Peekskill, Nueva York, 1948-).

Entre sus novelas destacamos, *Música acuática* (1982), libro que cuenta dos historias paralelas centradas en los años finales del siglo XVIII, la de Mungo Park un viajero soñador que busca la aventura y la fama en expediciones al interior del África desconocida y la de Ned Rise, un paria de las calles de Londres que vive de milagro y al que nunca le acompaña la suerte, *El fin del mundo* (1987), *Oriente, Oriente* (1990), *El balneario de Battle Creek* (1993), novela que saca a la luz las manías y excentricidades del doctor Kellogg, científico loco que defiende la vida biológica; y *Encierro en River Rock* (1998). En 1997 ganó el Premio Médicis por su novela *América*. T. Coraghessan Boyle, por su enorme sensibilidad, su ironía y su talento narrativo, está considerado en la actualidad, como uno de los escritores más relevantes de la narrativa estadounidense.

Notas

[1] En el original, Wrieto-san. <<

[2] Un varón sin identificar; tal vez un conocido suyo de tiempos mejores, perteneciente a la alta sociedad de Chicago. <<

[3] Permitámonos llamarle Albert Bleutick, un hombre de estatura normal y tez normal, con un asomo de panza igual de normal y una personalidad que no era ni dominante ni retraída, un compañero de segunda fila, de esos con los que puedes contar para pegar la hebra en el almuerzo y que te consiguen entradas para el *ballet*, la filarmónica o el museo. El suyo era el destino de todos los personajes menores en vidas mayores: cumplir su función y hacer mutis por el foro, tan incoloro como la lluvia cayendo sobre aquellas inhóspitas calles grises, en un día que, por lo demás, bien podría haberse ido por el sumidero sin que nadie lo hubiese echado de menos.

<<

[4] Cuando la conocí en Taliesin, se me antojó una mujer amargada, magra y carente de humor, además de azotada por la tuberculosis en ese primer año, siempre atareada con las tareas del hogar, fregando, tendiendo, cavando en el huerto y partiendo leña para la caldera, el horno y las diecisiete chimeneas que manteníamos encendidas *ad eternum*, pese al escaso calor que proporcionaban a la cavernosa construcción. Concedámosle, no obstante, que en otros tiempos fue joven, y estuvo enamorada. <<

[5] En el original, Wrieto-san (y así en lo sucesivo). <<

[6] Georgei Ivanovitch Gurdjieff (1866?–1949). Filósofo, compositor, chamán, hipnotizador. Obra magna: *Relatos de Belcebú a su nieto*. Durante toda su vida profesó una doctrina llamada «El Trabajo», una farragosa filosofía del ser con mitología y cosmología propias que le granjeó un círculo de discípulos a los que arbitrariamente acogía o expulsaba del rebaño. Si no recuerdo mal, estuvo en 1938 en Taliesin, por entonces un anciano de paso quedo; era armenio de Turquía o gitano de algún otro sitio, con un acento tan impenetrable que cualquiera habría dicho que hablaba a través de una mordaza en la boca. Recuerdo verle siempre a lo lejos por las mañanas, un amasijo de harapos con vida parlamentando con la señora Wright, mientras Wrieto-san echaba humo en su estudio. <<

[7] Otra de las insólitas frases subidas de tono de O'Flaherty-san; por esta vez pasaremos la mano. <<

[8] Zona Gale, autora de contemporizaciones populares como *Miss Lulu Bett*, quien se encontraba por entonces en la cúspide de su fama y, algo más tangencialmente, de su belleza. Pero tenía varios gatos y garras propias; y, por supuesto, como novelista que era, expectativas poco realistas. <<

[9] El nombre oficial era «Instituto Gurdjieff para el Desarrollo en Armonía del Hombre»; a mi entender, un oxímoron donde los haya. <<

[10] Vlademar Hinzenberg. Arquitecto. Ruso. <<

[11] A Wrieto-san le encantaban las festividades —el Día de los Caídos, el Cuatro de Julio, Halloween, Acción de Gracias, Navidad—, y cuando no había ninguna a la vista, se las inventaba, como el Cimiento de Junio, el Verano Nuevo, los Pilares de Marzo, y cuanto mayor la carga pagana, mejor. Era también un interiorista denodado, siempre presumiendo de muebles y objetos de arte, y se entregaba a la decoración festiva con toda la fiereza de su energía indomeñable (una energía que, por desgracia, a menudo se manifestaba en él en una especie de volubilidad sobrehumana que hacía difícil estar a su lado más de una hora o dos seguidas). <<

[12] «El rey de los elfos», ¿cuál si no? <<

[13] Maude Miriam Noel (1869–1930). *Belle* sureña, escultora y diletante. Segunda mujer de Wrieto-san. Aunque no la conocí en persona, Billy Weston me la describió con cierto detalle: «Daba problemas —me dijo; y luego utilizó una de esas expresiones estadounidenses tan bien traídas (la lengua inglesa, esa gruta del tesoro) —: era —se detuvo un instante para mirar a lo lejos, como si el cerebro, el mismísimo órgano, estuviese siendo estrujado por la exprimidora de la memoria— el demonio a caballo». <<

[14] Por supuesto, en este punto O'Flaherty-san está dando rienda suelta a su imaginación al intentar ver las cosas a través de los ojos de Miriam. Sospecho que el taxista era chicano, como suele decirse, un ciudadano estadounidense de origen mexicano (o tal vez, como pone en mi diccionario de español mexicano, un «caudillo», un miembro de la clase dominante de América Latina cuya sangre está relativamente poco mezclada, lo que hace que su piel sea más clara... Aunque en tal caso, ¿qué sentido tendría que alguien así fuese al volante de un taxi?). En fin, que lo mismo hasta era italiano. <<

[15] Caruthers de soltera, (1870–?). Amiga de la juventud en Memphis de Miriam. Recordaban los cumpleaños la una de la otra y se carteaban con frecuencia, aunque nunca con mayor profusión y pasión que durante los primeros años de casada de Miriam, cuando contrajo matrimonio —a los quince— con Emil Noel, miembro de una distinguida familia sureña, con el que se mudó a Chicago, donde este asumió un cargo de todo menos artístico en los almacenes Marshall Field's. <<

[16] *La noire idole. Étude sur la morphinomanie*, de Laurent Tailhade (Leon Vanier, París, 1907). Apología y celebración de la morfina escrita para contrarrestar el sensacionalismo de *Les possédés de la morphine*, de Maurice Talmeyr, quien tuvo a bien juzgar el uso de este fármaco bajo lo que Tailhade consideraba una perspectiva errónea y negativa. En descargo de Miriam, hemos de decir que en la época que estuvo en París —entre 1904 y 1914, grosso modo— el uso de la morfina estaba muy extendido, sobre todo entre los círculos de la moda y el arte; en general, se consideraba una afición no más llamativa en una joven que fumar, llevar pantalones o tomar bebidas con extracto de coca (como el famoso vino Mariani). <<

[17] Nombre real. Huelga comentar la absurda yuxtaposición de función y destino (mister Fake o «señor Falso»), aunque diré que una vez fui a un dentista en New Haven que respondía al nombre de «doctor Herzio». <<

[18] De 1914 a 1923. Wrieto-san empezó su relación con ella tras la muerte de su anterior amante y la llevó a vivir a Taliesin en 1915, a pesar de que seguía casado con su primera esposa, Catherine, que se negaba a concederle el divorcio. Como se ha contado anteriormente, la comunidad —personas sencillas que se aferraban a su moral rural, susceptibles de ser manipuladas por las arengas de los editorialistas y de los predicadores de pueblos perdidos— no podía por más que escandalizarse y tratar al arquitecto como si fuese un paria. Tal vez esa actitud fuese lo que precipitó su decisión de aceptar el encargo de reconstruir el Hotel Imperial y trasladarse junto con su amante a Japón, un país más dócil y civilizado. <<

[19] En sentido figurado, claro está. Si bien es cierto que en esa época de su vida, a finales de la edad adulta, Wrieto-san había adquirido una complexión más robusta, convirtiéndose en el granjero galés que estaba destinado a ser por nacimiento, si no recuerdo mal sus hombros no eran más grandes que los de la media. <<

[20] Y nos quedamos cortos. Tenía por costumbre no permitir más de cuatro horas de sueño nocturno a sus acólitos, mientras que las otras veinte debían pasarlas al servicio del maestro, sometiéndose a una rutina de duro trabajo físico, movimientos de danza y ejercicios espirituales y psicológicos pensados para despertarles de la muerte en vida de su conciencia confinada. Hay quien lo llamaría esclavitud, pero, a fin de cuentas, no distaba mucho de lo que Wrieto-san exigía de sus aprendices (aunque, de media, nosotros dormíamos una o dos horas más; y no bailábamos, o al menos si no queríamos). <<

[21] ¿El Packard? Sé que Wrieto-san tenía uno en 1929, un turismo que se llevó a Arizona, pero no estoy seguro del origen de este otro. Tal vez fuese el Cadillac con el que huyó a Minnesota en 1926 para evitar que le procesaran por infringir la ley Mann. En cualquier caso, Wrieto-san cambiaba de coche como el que cambia de camisa.</ <<

[22] Los *amanattos*, hechos con *azuki* (soja roja). Mis pasteles favoritos son las *chitoses*, unas bolitas rellenas de pasta de judías dulces y recubiertas de azúcar rosa y blanca para representar la salida del sol y la nieve en el monte Fuji. Todos los años, por el *setsubun* de primavera, mi madre hacía bandejas y bandejas —incluso cuando yo vivía en Washington—, y nos dejaba a mis hermanos y a mí que nos comiésemos todas las que pudiéramos (que eran menos de las que cabría esperar porque es sorprendente lo que puede llegar a llenar la pasta de judía, sobre todo cuando se ha endulzado a la perfección). <<

[23] La Miniatura, edificada en una cañada de Pasadena, fue especialmente problemática; por no hablar de los techos planos de aquellas cuatro casas únicas, de influencia maya y bloques de hormigón, auténticos tesoros arquitectónicos. Cabía esperar que hubiese goteras —por culpa del clima, que se empeñaba en darles nueve meses de un sol disecador seguido de tres meses de lluvias monzónicas, tal y como insistía Wrieto-san—, pero él mismo fue en persona a supervisar la instalación del vierteaguas para la señora Alice Millard, la dueña de la mansión La Miniatura. <<

[24] Si bien podría buenamente ser considerado el mayor arquitecto del mundo, Wrieto-san no se daba mucha maña en lo que a aparatos eléctricos se refiere. La mitad del cableado de Taliesin era bastante chapucero y, cuando no era una bombilla que chisporroteaba, era una lámpara o una radio que producía una pequeña explosión al conectarla a la corriente, seguida de olor a cables quemados. <<

[25] Ignoramos el apellido. Nadie parece recordar nada de él, salvo que se llamaba Mel. <<

[26] Cabe preguntarse si alguna vez Wrieto-san se paraba a pensar lo que hacía. Inventarse la historia de que Olgivanna era el ama de llaves para casi al minuto dejarla embarazada legitima la pregunta. <<

[27] Los aprendices. <<

[28] Martha (Mamah) Borthwick Cheney (1869–1914). <<

[29] A mi entender, una cifra muy pero que muy inflada. Por entonces, sin embargo, Wrieto-san tenía por costumbre sobrevalorar sus colecciones —en especial, sus grabados japoneses *ukiyo-e*— con el fin de recaudar dinero con el que alimentar a los vastos ejércitos de acreedores que tenía. <<

[30] Tres amantes, tres Taliesins. Solo podemos elucubrar sobre cómo debió de sentirse Olgivanna ante semejante línea de sucesión (aunque, teniendo en cuenta que fue a un colegio privado, seguro que estaba familiarizada con la figura de Enrique VIII). <<

[31] Ignoro hasta qué punto este sermón aplacó los miedos de una niña con un gran temor por los rayos, pero la historia me la contó una fuente fiable: la propia Svetlana, quien, por cierto, cuando la conocí en Taliesin siendo ella adolescente, estaba ya más que adaptada a la vida en el campo (y era, por lo demás, bastante atractiva). No podemos olvidar, sin embargo, su huida a los diecisiete años con Wes Peters, una circunstancia que desató la ira de Wrieto-san. <<

[32] Ciertamente es: Wrieto-san empleó el mismo subterfugio para explicar el papel de Miriam en la casa cuando esta se había mudado a Taliesin diez años atrás, hasta el punto de redactar un contrato en el que se estipulaban unos honorarios de sesenta dólares al mes, pero el ardid fue demasiado descarado. La prensa solo tardó unos días en poner en solfa el continuo desafío a las convenciones por parte del arquitecto y tacharon Taliesin de «picadero», «nidito de amor» y cosas por el estilo. <<

[33] Jasper J. Jesperson, del 3720 de la Figueroa Avenue de Los Ángeles (California).
«Investigaciones Privadas de Naturaleza Discreta». <<

[34] Un indicio de que Wrieto-san había hecho un esfuerzo por ser discreto (por no decir embustero). En los últimos años, se había impuesto en sus gustos el Hotel Congress de la Michigan Avenue (un edificio ciertamente poco llamativo, construido en 1893 como anexo del auditorio Louis Sullivan, al otro lado de la calle), tal vez porque era «el» lugar donde ser visto, con su salón de baile pompeyano, que atraía cual imán a los más *chics*, así como a la flor y nata de Chicago. Yo nunca he estado, ni siquiera en estos últimos años en los que podría habérmelo permitido. Por lo demás, la única noche que pasé en Chicago durante mi aprendizaje fue cuando me escapé con Daisy Hartnett con la excusa de que su madre había enfermado. El hotel que escogimos era más bien discreto, por decirlo de alguna manera; y mucho más barato que el Congress. <<

[35] Miriam destacaba por su originalidad en el vestir. <<

[36] Óxido de magnesio. ¿Se acuerdan de él? Desde luego, la famosa fotografía donde aparezco yo junto con otros tres aprendices observando por encima del hombro de Wrieto-san cómo maneja los útiles del oficio, se tomó durante la época en que los flashes funcionaban ya con bombillas, pero todavía conservo otra instantánea —de la que mi padre se empeñaba en decir que era pura pose—, conmemorativa de mi regreso a Estados Unidos cuatro años antes. En ella se ve a un joven resuelto, espigado (ojalá aún me conservara así) y muy formal, con chaqueta, corbata y el pelo engominado, que está a punto de vivir un ataque de tos por la nube de polvo de magnesio que una ráfaga de viento tenaz va a lanzarle en plena bahía de San Francisco. Me pasé una semana escupiendo flema blanca. <<

[37] La boda se celebró en una ceremonia privada en noviembre de 1923. La confusión del reportero podría derivarse de los comentarios que Miriam tuvo que hacer a la prensa en 1915, poco después de que descubrieran que se había mudado a Taliesin como amante de Wrieto-san. En esa época se vio obligada a expresar su desprecio por la institución del matrimonio («A Frank Wright y a mí nos importa muy poco lo que piense el mundo. Somos tan capaces de crear leyes para nosotros como los muertos que hicieron leyes con las que esperaban que se rigiesen las generaciones venideras»). <<

[38] Como se vería más adelante, la prensa sensacionalista de ese día utilizó una especie de nomenclatura abreviada para referirse a Wrieto-san y sus «amoríos», hasta tal punto eran conocidos sus romances y aireados en público sus trapos sucios, como suele decirse. <<

[39] Desconocemos de dónde proviene exactamente este sobrenombre. ¿Quizá un apelativo cariñoso típico de Montenegro? <<

[40] Se cuenta que pasó una breve temporada en un calabozo parisino por haber atacado a su ex amante con un cuchillo; y desde primera hora le hizo saber a Wrietosan que con ella no se jugaba. Siempre guardaba una pistola. Y era de la firme creencia de que el anillo del escarabajo estaba dotado con el poder de saldar sus cuentas en la esfera sobrenatural, una creencia que recuerda en parte a los practicantes de vudú de Haití y de Nueva Orleans. <<

[41] Vladimir Lazovich, agente marítimo afincado en Queens (Nueva York). Hermano de Olgivanna. No confundir con Vlademar, el ex marido. <<

[42] Un sentimiento poco común en Wrieto-san. <<

[43] Catherine Tobin Wright (1871–1959), conocida como Kitty, primera esposa de Wrieto-san. En contra de lo que aconsejaba la sensatez, se casaron cuando él tenía veintiún años y ella apenas había terminado el instituto. Los hijos —Lloyd, John, Catherine, David, Frances y Llewellyn— no tardaron en llegar en una rápida sucesión, como ciruelas que cayesen de un árbol. Según se cuenta, Wrieto-san se vio un tanto apabullado. Es poco probable que mostrase mucho interés o consideración alguna por los embarazos de Catherine, más allá de las obvias exigencias económicas y arquitectónicas que generaron. <<

[44] Tuvo que ser toda una gesta. Wrieto-san era el mayor experto en autobombo del mundo (con la excepción, tal vez, de P. T. Barnum), y pasear por una calle o entrar en una habitación sin que se propagara la voz tenía para él el efecto de un veneno. <<

[45] Es imposible no preguntarse de dónde sacó los fondos para la expedición, abrumado como estaba por las deudas de la reconstrucción de Taliesin y por las facturas de Miriam del Hotel Southmoor, por no hablar de las minutas de los abogados. En todo 1926 no completó más de dos encargos menores. <<

[46] Julian Carleton (1888?–1914). Criado originario de Barbados, asesino. Véase más adelante. <<

[47] Huelga decir que Wrieto-san era el apóstol del hogar; las revolucionarias casas estilo pradera que había concebido giraban en torno a un hogar, un fuego central, mientras que las habitaciones daban unas a otras para propiciar un espacio familiar integrado. «Un verdadero hogar es el mayor ideal al que puede aspirar un hombre», fueron sus famosas declaraciones en *Una autobiografía* (me temo, no obstante, que añadió, con ciertos visos de esquizofrenia: «Aun así tuve que pedir el divorcio para recuperar mi libertad»). <<

[48] Barón Kihachiro Ookura (1882–1963). *Playboy*, hostelero, entusiasta de los coches. Como presidente del Hotel Imperial e hijo del director del grupo de inversión formado para financiar su construcción (el barón Kihachiro Ookura el Viejo, 1837–1928), fue clave en la concesión del encargo a Wrieto-san. Coincidí con él en un par de ocasiones, durante las recepciones que organizaba mi padre en Tokio. Era un hombre esbelto y de una belleza que ponía los pelos de punta, siempre con traje occidental y dos únicos intereses, hasta donde yo sé: el escocés de malta y los automóviles muy veloces. <<

[49] No puedo avalar la autenticidad de este verbo. Tengo dudas sobre su uso generalizado en la década de 1920, salvo tal vez entre los aficionados al juego del póquer (desde luego, yo no recuerdo haberlo oído ni haberlo utilizado en una conversación), pero O’Flaherty-san me asegura que es correcto, si bien es cierto que este nació en 1941, en un sitio, por lo demás, llamado Tootler’s Falls (las «Cascadas del Andarín»), en Virginia. <<

[50] Lo más probable es que se tratase de un mejunje de licores de grano coloreado con caramelo o algo peor. En teoría, y solo en teoría, podías conseguir «*la chose authentique*» a través de los contrabandistas del Canadá francés que se colaban por los Grandes Lagos o de los gánsteres con los que traficaban. La mayoría de la gente —yo incluido— tenía que contentarse con el producto rebajado de los destiladores aficionados, que solía estar mezclado con alcohol de limpiar o anticongelante y que, en ocasiones, podía derivar en ceguera, parálisis e incluso la muerte. En mis años de estudiante, conseguí en cierta ocasión —y por doce dólares el cuarto— dos botellas de un supuesto *bourbon* de Kentucky de un almacén aduanero que, en un examen más minucioso, resultó ser una combinación letal de melaza y trementina. De todas formas, si sabías dónde buscar, siempre podías conseguir sake, recién salido de la jarrita de piedra, con el hermoso *kanji* grabado en la protuberancia redonda de su fría barriguita... <<

[51] Conservo un vivo recuerdo de ese canto batracio, pues lo escuché en mi primer verano en Taliesin. Coincido en que se trata de un sonido descorazonador, depresivo hasta la médula, como si la tierra estuviera regurgitando a sus muertos. <<

[52] He visto los recortes de periódico. Lo que Miriam pasa por alto en este punto —o tal vez la palabra «omitir» sea más adecuada— es el contraataque por parte de Wrieto-san con el titular «Wright insinúa que exigirá que los médicos examinen la salud mental de su esposa desahuciada». <<

[53] Hablamos de llaves de casa. Nunca las llevaba encima porque le parecían un incordio. En cuanto a las de sus múltiples automóviles, siempre podía confiar en que el chófer de turno las tuviese a mano cuando le apetecía dar una vuelta. <<

[54] Debió de ver por primera vez —y he de añadir que por última— la terraza cubierta y el estanque ornamental, por ejemplo, al salir del dormitorio de Wrieto-san, así como el nuevo balcón, la habitación de invitados de la segunda planta sobre el salón y el biombo de seis paneles de Yasunobu (pinos, pájaros, flores de cerezo) que había instalado en la pared, justo debajo. <<

[55] La educación de Svetlana era, cuando menos, deficiente, como consecuencia no solo de su continuo desarraigo, sino también de las inclinaciones artísticas de su madre y de la antipatía de Wrieto-san por la instrucción formal. El caso de Iovanna era peor incluso. Cuando la conocí en 1932, era prácticamente analfabeta y no fue a la escuela de Spring Green hasta dos años después, ya con nueve; cuando la admitieron, tuvieron que bajarla de curso porque no se sabía ni el abecedario. <<

[56] Sí, y lo que costaría esa lámpara hoy en día... <<

[57] Las quejas de Wrieto-san sobre el caos que provocaban los seis hijos que tuvo con Catherine son legendarias. Pese a toda su palabrería sobre lo sagrado de la familia — un concepto, por lo demás, crucial para su filosofía, así como la firme creencia en la independencia de espíritu, en la iniciativa pionera y en la mentalidad de «a mí nadie me pisotea»—, tengo la impresión de que era de esos hombres que prefieren la vida familiar en abstracto, más que en concreto. Pero ¿qué hombre, siquiera una vez, no se ha visto profundamente desilusionado por la esposa angustiada, los desvelos nocturnos y el cubo de los pañales, por no hablar de los expresivos aullidos y la destrucción sistemática material por parte del niño? <<

[58] El juez Levi H. Bancroft, quien, junto con James Hill, otro juez que era viejo amigo de Wrieto-san, representó los intereses del arquitecto en la demanda de divorcio. Ambos jueces eran hombres muy capaces, tanto, dirían algunos, como el propio Clarence Darrow, el que le había defendido de otra acusación por infringir la misma ley Mann (cuando atravesó con Miriam las fronteras estatales en 1915 con fines supuestamente inmorales, como si el acto sexual consentido entre adultos a un lado u otro de una frontera artificial pudiese tener algo de inmoral). Pero, por supuesto, Wrieto-san siempre se rodeaba de lo mejor de cada casa. <<

[59] Miriam, en pleno éxtasis litigante, había presentado otra demanda contra Wrietosan por bancarrota involuntaria y había presionado para que le arrestaran por contravenir la ley Mann, una ironía que sin duda no le pasó desapercibida. <<

[60] Me he preguntado a menudo si Wrieto-san escogió dicho pseudónimo en honor a Henry Hobson Richardson, uno de los precursores del movimiento «Arts and Crafts», cuyas obras en piedra, primitivas y audaces, prefiguraron no solo Taliesin, sino también el Hotel Imperial y las casas de Los Ángeles. Por desgracia, no llegué a preguntárselo porque, como comprenderán, habría sido de lo más incómodo mencionarle, ni tan siquiera de pasada, aquel periodo negro de su vida en que se convirtió en el pelele de la prensa, estaba en bancarrota y no tenía encargos, aquel «arquitecto forajido» que huía de las autoridades en toda la plenitud de su gloria entrecana. <<

[61] Wrieto-san, con su innegable encanto y su carisma, había convencido a la dueña de la casa (una tal señora Simpson; no disponemos del nombre de pila) de que necesitaba unas vacaciones de tres meses para que le alquilase a él la casa, completamente amueblada, y le dejara también a su cargo al ama de llaves. Cuánto pagó por ello —en el caso de que pagara algo— sigue siendo un misterio. <<

[62] Otra de esas oportunas expresiones estadounidenses; en este caso, supongo que deriva del mal olor del pescado sospechoso. Por supuesto, los japoneses, como insulares que somos, tenemos un gran respeto por el aprovechamiento de todos los seres marinos, y jamás se nos ocurriría preparar pescado para sashimi, sushi o ni siquiera caldo para ramen sin ver en persona cómo lo capturan ni olisquearlo pausada y concienzudamente. Y si bien este no es lugar para animadversiones, no puedo dejar de comentar que lo que en Estados Unidos llaman «pescado fresco» en Japón no se lo darían ni a los gatos (y eso que nuestros gatos tampoco es que sean muy sibaritas). <<

[63] Wrieto-san no sale muy favorecido que digamos en dichas fotografías, donde más que dominar la situación daba la impresión de que esta la dominaba a él. Parece desorientado, como si acabara de percatarse de que se ha puesto el abrigo y el sombrero de un desconocido y ha cogido un bastón de pega. Por lo demás, y dicho desde el mayor de los respetos, al estudiar las instantáneas es imposible no reparar en lo horriblemente ordinario de su aspecto: parece un vendedor de zapatos mofletudo que arrastra los pies por la trastienda o el propietario de una charcutería que no sabe dónde ha metido las lonchas de mortadela. <<

[64] Cuando aprendí este término, me empeñaba en pronunciarlo con una sílaba de más, en vez de «julgao» decía «jusigao», con la i intercalada, convencido de que provenía del noruego, por lo menos. De donde sí proviene es del español: «juzgado». En un intento por arrojar cierta luz sobre el que debió de ser uno de los periodos más dolorosos de su vida, Wrieto-san empleó el término al describir esa época negra: afirmó haber salido «del *Who's who* para entrar en el *hoosegow*». <<

[65] De cinco horas, según el *Chicago Tribune*. No estaría mal saber qué pasó en esa reunión. <<

[66] Entre ellos, el más destacado fue Carl Sandburg. Aunque tal vez el mayor «reenvite» en cuanto a compasión pública fue el que protagonizó su primera esposa al defender infatigablemente a su ex marido: por extraño que parezca, Kitty anunció a la prensa que estaba dispuesta a plantarse en Minneapolis para apoyarle en esos momentos de necesidad. He de decir que yo no llegué a conocerla y no puedo hablar ni de sus motivos ni de su estado mental en aquella coyuntura, pero desde luego es como para maravillarse ante el magnetismo que ejercía Wrieto-san y ante su capacidad para provocar un efecto tan duradero en una mujer a la que había dado la espalda... dos veces, ni más ni menos. <<

[67] La señorita Tillie Cecille Levin. Es de presumir que a esas alturas la señorita Levin se mostrase más atenta a sus necesidades, tanto reales como imaginarias, que el señor Fake. <<

[68] De partida, Wrieto-san tasó la colección en 100 000 dólares y, aunque, como he dicho, tenía por costumbre sobrevalorar casi todas sus posesiones, puede que en este caso sí fuese más preciso, pues el Gobierno de mi país, alarmado por la manera en que los coleccionistas extranjeros estaban agotando las reservas de arte autóctono, había restringido la exportación de dichos grabados, con la consecuente subida del precio de los que ya se hallaban en manos privadas. La obra maestra de Hiroshige, *Puente del mono en la provincia de Kai (Koyo Sarubashi no zu)*, un exquisito *oban* doble vertical, se contaba entre las insólitas piezas que se subastaron, pero Wrieto-san, en lo que al final pareció más una liquidación de saldos que una subasta, consiguió por él menos dinero de lo que había pagado cuando lo compró unos años antes. <<

[69] Y ¿cómo —se pregunta uno— esperaba pagar Wrieto-san esa cantidad de dinero en efectivo? Al parecer, con la astucia que durante toda su vida caracterizó sus tratos económicos, se las ingenió para convencer a un grupo de amigos para que formaran con él una sociedad —llamada Frank Lloyd Wright, Inc.— a cuenta de futuras ganancias, por una participación de 7500 dólares cada uno. Huelga decir que ninguno volvió a verlos. <<

[70] En aquellos tiempos, la ley de Wisconsin obligaba a un periodo de espera de un año antes de volver a casarse. <<

[71] Es probable que fuese por insistencia de Albert Chase McArthur, quien contrató a Wrieto-san como arquitecto consejero para el Hotel Biltmore de Phoenix por una suma de 1000 dólares al mes, dinero que sin duda Wrieto-san necesitaba desesperadamente, a tenor de las circunstancias. Debemos aprovechar este paréntesis para apuntar que, si bien McArthur se llevó los honores por el diseño, que utiliza los bloques textiles que el maestro fue el primero en emplear en casas de Los Ángeles, cualquiera con una mínima sensibilidad por la arquitectura verá que se trata claramente de un edificio de Wrieto-san, en todo menos en el nombre. <<

[72] Posiblemente Niijima, popular en nuestros días entre los surfistas. <<

[73] Había cumplido ya cincuenta y nueve años. <<

[74] «El arquitecto se casa con la bailarina», rezaba el titular. <<

[75] Gracias a la sociedad, que pronto se declararía en bancarrota. <<

[76] A los tres meses de su llegada, en otoño de 1928, partieron para Arizona (con un destacamento de quince personas —incluidos los delineantes, la cocinera y el propio Billy Weston— y la perspectiva de construir un hotel, el San Marcos in the Desert, que acabó siendo un castillo en el aire, ya que, por desgracia, nunca llegaría a erigirse). <<

[77] No me gustaría pecar de psicoanalista aficionado, pero tal vez las vicisitudes de aquellos años fueron lo que la convirtió en la impertérrita capataz sin sonrisa de Taliesin, más conocida entre todos los aprendices como *la Generala*. <<

[78] ¡Y pobre del aprendiz que en su turno permitiera que se apagase un fuego! <<

[79] Incluido el hijo de Billy, Marcus, que nació tres meses después del asesinato de su hermano mayor, Ernest, en Taliesin en 1914. <<

[80] Por supuesto, dicha aventurilla sería el germen de Taliesin West. Conservo recuerdos solapados del peregrinaje a Arizona que hacíamos todos los inviernos, con Wrieto-san al frente de una caravana de hasta siete u ocho vehículos y de unas veintisiete personas, el pelo ondeando igual que la piel de un pinnípedo en un mar tormentoso y conduciendo siempre como alma que lleva el diablo, tal y como dice la expresión. Siempre parecía sorprenderle genuinamente, cuando no conmocionarle, la presencia de otros conductores, como si la matriz nacional de vías, caminos de carros, rondas, bulevares y autovías interestatales hubiese sido creada tan solo para su uso y disfrute. <<

[81] Esto es en 1929. <<

[82] «Padre» en galés. Richard Lloyd Jones, el abuelo por parte de madre de Wrieto-san, es decir, el padre o patriarca del clan, adoptó el cuadragésimo capítulo de Isaías a modo de testamento personal y obligó a memorizarlo a Wrieto-san y a sus hermanas. En mi opinión, semejante visión de la vida humana y del esfuerzo es, cuando menos, desoladora. En la tradición sintoísta no tenemos nada parecido. <<

[83] Una de las lugareñas preparó el cadáver, envolviéndolo de pies a cabeza en un par de sábanas de lino para tapar la masacre infligida en sus carnes, el cráneo partido, los sesos desparramados y las extremidades y el pecho quemados por el fuego. <<

[84] Para Wrieto-san todos los edificios de Taliesin vivían en permanente estado de cambio. Cuando prendió fuego accidentalmente al teatro de Hillside una tarde ventosa en la década de los treinta (pincel, queroseno, poca cabeza), me llevó aparte, me guiñó un ojo y me dijo que llevaba años buscando una excusa para renovar aquella construcción cutre. <<

[85] Entre ellos cabe destacar los diseños preliminares del Hotel Imperial. Por aquel entonces Wrieto-san se hallaba en negociaciones con un representante del emperador, sobre quien se afanaba en ejercer todo su encanto y su persuasión con la esperanza de conseguir el encargo. <<

[86] Tan combativo como siempre, Wrieto San declaró al *Weekly Home News*: «Esposas casadas mediante contrato para amar: recen ustedes por que las quieran y las amen tanto como a Mamah Borthwick». <<

[87] Edward C. Waller Jr., impulsor del proyecto, recaudó 65 000 de un montante final de unos 350 000 dólares. Al cabo de dos años tuvo que declararse en bancarrota. Dado que había convencido a Wrieto-san para que aceptara participaciones en la empresa en lugar de honorarios, acabó dejándole con dos palmos de narices, como suele decirse. <<

[88] Mal que me pese, he de decir que Wrieto-san era un poco madrero (*okasan ko*) y que, a lo largo de su vida, sobre todo en tiempos difíciles, buscó la compañía de mujeres. <<

[89] Una vez más, uno se pregunta de dónde sacó el dinero para financiar la compra de materiales y emplear a una cuadrilla de unos veinticinco hombres, entre albañiles, carpinteros y peones, muchos de los cuales vivían y comían en las instalaciones. Me lo imagino haciendo acopio de su legendario encanto, desde luego, y tal vez incluso aprovechando la compasión originada por la muerte de Mamah como una estratagema para hacer que amigos, tenderos y clientes potenciales por igual se desprendieran de sus recursos. Aunque ni por esas... <<

[90] Se había visto obligada a salir de París dos meses antes, en el éxodo de expatriados que siguió a la primera batalla del Marne. <<

[91] A lo largo de su carrera Wrieto-san hizo un arte de quedar en su estudio, donde se sentía inexpugnable a la par que ungido de sabiduría, como una tortuga en un caparazón dorado. <<

[92] Miriam tenía en esa época cuarenta y cinco años. Tal vez sea interesante apuntar que, por el contrario, Olgivanna era entonces una colegiala de quince años que vivía en Tiflis con su hermana, y Hinzenberg y Gurdjieff aún no eran siquiera puntos en su horizonte. Me la imagino profundamente dormida a esa hora (en la región rusa de Georgia serían las tres de la mañana), con el pelo desplegado sobre la almohada y sueños de niña rondándole la cabeza. <<

[93] Véase la mitología galesa, en concreto los capítulos de Taliesin del *Pwyll, príncipe de Dyfed*, que comienzan con «El caldero de Ceridwen». Taliesin se traduce a menudo como «frente brillante», y a Wrieto-san le gustaba esa denominación para su Taliesin, la casa en (de) la frente de la colina. <<

[94] Se trataba de *Ciencia y salud*. Miriam era adepta al «sistema curativo de metafísica» de la autora y a su «curación espiritual». Me atrevería a decir que Wrietosan era algo más pragmático... <<

[95] La otra hija de Miriam. También tenía un hijo, Thomas, que era viajante de no sé qué producto y no parecía tener mucho tiempo para su madre; ni especial interés, por lo demás. <<

[96] Me atrevería a decir que Miriam era algo dada al melodrama, aunque tal vez aquí O'Flaherty-san esté cargando las tintas más de la cuenta. <<

[97] Wrieto-san adoptó el cuadrado como símbolo porque, a su entender, representaba la honradez, la solidez, las virtudes de la persona honesta; por supuesto, buena prueba de esta creencia son los diseños rectilíneos de su obra, tanto en la primera época como en la central. En contraposición, los japoneses creemos que el círculo es la forma ideal, por su perfecta armonía, sin los afilados bordes individuales del cuadrado. Wrieto-san, sin embargo, era ante todo un individualista empedernido, un hombre-orquesta, como quien dice, igual que el vaquero solitario de las películas del Oeste. Para mis adentros, me inclino a pensar que fue la influencia japonesa lo que le inspiró para utilizar el diseño circular en su última obra mayor, el museo Guggenheim de Nueva York. <<

[98] ¿Por qué Albuquerque? Nadie parece saberlo. Pero el patrón que seguía Miriam, tal y como se demostró con el tiempo, siempre fue ir hacia el oeste y no al este, cuando podría pensarse que el este habría sido un destino más natural para ella. Tal vez —y esto es pura especulación— estaba imbuida por el gran espíritu americano de los pioneros y por su particular manera de entender la doctrina del Destino Manifiesto. <<

[99] Véase la nota 37. <<

[100] Resulta todo un misterio cómo dos personas así volvieron a juntarse *motu proprio*. O'Flaherty-san mantiene que el pegamento que les unía era tanto sexual como emocional, pero tampoco hemos llegado a discutir el tema en profundidad porque, como podrán imaginarse, hay ciertos asuntos que son tabú entre el patriarca de pelo cano de un clan (*buzoku*) intachable y de larga tradición y su nieto político, por mucho que —o sobre todo si— el joven en cuestión sea estadounidense. <<

[101] William Carey Wright (1825–1904). Se cuenta que fue uno de los hombres más encantadores y carismáticos de su época, aunque por desgracia resultó poco de fiar, demasiado despreocupado y desenfadado para ganarse el pan con el que mantener a la madre de Wrieto-san. Anna se divorció de él y, en su lugar, se amparó en los acogedores brazos de su familia, los Lloyd Jones, de las ricas tierras del valle del Wyoming. Wrieto-san tenía diecisiete años por entonces. Fue poco después cuando se cambió su segundo nombre de Lincoln a Lloyd. <<

[102] Me disculparán pero, pese a lo que O'Flaherty-san pueda decir sobre el apego sexual, a mí se me antoja otro de los saltos suicidas al vacío que Wrieto-san daba una y otra vez. Sin duda él tenía que saber que la comunidad —y la prensa— le condenarían en bloque por poner a una segunda amante en el lugar de la primera, como si no hubiera aprendido nada de las consecuencias trágicas (o peor, que le importasen muy poco). <<

[103] Pese a su edad, Anna Lloyd Jones Wright era una mujer imponente, un metro setenta y cuatro centímetros, una altura a la que su famoso hijo nunca llegó, a pesar de las alzas que calzaba. Fue ella quien decidió a qué se dedicaría cuando todavía llevaba pañales y la que le convirtió en un *okasan ko*. <<

[104] Se trataba del famoso Steinway, el mismo que se quedó sin patas cuando lo tiraron por una ventana para salvarlo de las llamas en el incendio de 1914. Con su naturaleza resuelta, Wrieto-san decidió utilizar unos taburetes de dibujo a modo de sujeción provisional. <<

[105] En última instancia, también Miriam arrimó el hombro y colaboró en la reforma con varios miles de dólares de su bolsillo, un hecho del que el señor Fake sería puesto bien al corriente años después. <<

[106] Por no abundar. Como he señalado anteriormente, el temperamento de Wrietosan era una fuerza independiente, incendiaria, salvaje y vituperante; y lo peor era lo afilada que tenía la lengua. <<

[107] Por entonces, un joven arquitecto que respondía al nombre de Russell Williamson. Si bien no hay ningún registro de sus honorarios, sospecho que trabajaba solo por el alojamiento y la manutención, un prototipo de los aprendices que estaban por llegar. <<

[108] Por entonces vivía aún en Chicago, antes de que su marido se jubilase de la bolsa y se mudasen a la Costa Oeste en pos de un clima más benigno. Véase la página 343.

<<

[109] Como se ha visto, la ley Mann, aprobada cinco años antes con el fin de perseguir a chulos, proxenetas y tratantes que trasladaban mujeres por las fronteras estatales para prostituir las, se convertiría en el azote de Wrieto-san. La ley pretendía combatir los abusos de la trata de blancas: se abordaba a chicas inmigrantes con el señuelo de un trabajo (en muchos casos nada más bajarse del barco en Ellis Island), y acababan opiadas, encerradas en cuartos y violadas en grupo, muertas de hambre y apalizadas hasta despojarlas de toda dignidad, momento en el cual las vendían para prostituir las. La señora Breen debió de ser de las primeras en utilizar la ley como instrumento de acoso e intimidación. <<

[110] Un extraño presagio de lo que estaba por llegar. Hasta qué punto esta experiencia pudo influir en la decisión de Miriam de denunciar a Olgivanna ante las autoridades de Inmigración diez años después queda en el terreno de la especulación. <<

[111] Wrieto-san había sido bendecido con una vista de lince. Con todo, según su autobiografía, tras la tragedia de agosto de 1914 se sintió envejecer a grandes pasos y se compró unas gafas. Rara vez le vi con ellas puestas, y nunca en público (sin duda se lo impedía su vanidad). <<

[112] Pese a pasarse toda la vida quejándose de lo contrario, no puedo sino pensar que, en la mayoría de los casos, Wrieto-san acogía de buen grado la publicidad, pues mantenía su nombre en el candelero y alimentaba su prepotencia; al igual que Miriam. Tal vez (se me acaba de ocurrir) se escogieron por el fogonazo de vistosidad que arrojaban el uno sobre el otro, como si el uno reflejase lo más brillante del otro.

<<

[113] Nombre y origen desconocidos. Tal vez fuese el amante al que Miriam se refería lúgubrementemente al hablar de su «trágico amor», puede que incluso fuera aquel al que asaltó en plena calle con un puñal. Véase la nota 40. <<

[114] Apostaría a que O'Flaherty-san pensaba en *La pampa salvaje* (Lippincott, Boston, 1915) de H. (Harriet) R. R. Fleck, una de las novelistas preferidas de Miriam.

<<

[115] Aunque no podemos saberlo con seguridad, parece factible que estuviese trabajando en los planos de sus revolucionarias casas estandarizadas del «American System Ready-Cut», lo que hoy en día llamaríamos «casas prefabricadas». <<

[116] A esas alturas la opinión pública se había vuelto en contra de la criada, y Wrietosan pudo quedar por encima y negarse a denunciarla por el robo del correo. Con todo y con eso, su reputación se vio dañada y una vez más quedó de mujeriego e inmoral, cuando no ridículo. <<

[117] Un *kosode*, un kimono ligero de verano. Wrieto-san coleccionaba ropa, así como grabados, biombos, esculturas y cerámica. Daba la impresión de que cualquier cosa del Lejano Oriente ejercía sobre él especial fascinación, y en particular, tal y como se ha visto, el arte japonés. ¿Sonaría muy presuntuoso por mi parte decir que nuestro arte tradicional es tan bueno como el de cualquier nación? <<

[118] El grupo inversor de Ookura (y el propio emperador, que financiaría el sesenta por ciento del proyecto) envió a Aisaku Hayashi para estudiar de cerca a Wrieto-san, cuya reputación de trabajar contracorriente —por no mencionar su empeño en cebar a la prensa con escándalos regulares—, debía someterse a evaluación antes de cerrar el trato para la construcción del nuevo Hotel Imperial. <<

[119] Un rasgo de belleza en mi país. La mujer de O'Flaherty-san, mi nieta Noriko, tiene esa misma dentición y una sonrisa de una gracia insólita y entrañable. <<

[120] Huelga decir que se trata de una caracterización injusta. Mi difunta esposa, Setsuko (de soltera, Takata), a quien por desgracia O'Flaherty-san no llegó a conocer, era la encarnación de la media naranja, violinista, grafista y ama de casa ejemplar, así como una persona grácil, inteligente y hermosa que fue mi compañera y mi igual en todas nuestras empresas. La añoraré durante lo que me resta de vida con un dolor más intenso y profundo que el abismo que separa esta vida de la siguiente. <<

[121] Una crueldad de los *gaijin* que va más allá del desprecio; ni más ni menos que un intento por menospreciar y deshumanizar a nuestro pueblo, un proceso que ya empezó con el comodoro Perry y que sigue vigente en nuestros días. ¿Fue capaz Miriam de caer tan bajo como para promulgar dicha idea? Por desgracia, en su arrebató de furia, me temo que sí. Lo que no es excusa, en cualquier caso. (Un editor ha querido eliminar el pasaje pero hemos decidido dejarlo por mor del realismo, y de O'Flaherty-san). <<

[122] 1916. <<

[123] En 1905. Wrieto-san aseguró que ese viaje fue el que despertó en él el amor que sentiría durante toda su vida por todo lo japonés. <<

[124] Unos dos mil «dedos» de cemento, como le gustaba decir a él. <<

[125] Se demolió en 1968. <<

[126] Wrieto-san era uno de los más eminentes coleccionistas del mundo. Como se ha visto, utilizaba los grabados como una especie de moneda de cambio, valiéndose de ellos para saldar sus deudas. Consiguió 10 000 dólares de la venta de grabados antes de partir hacia Japón a finales de 1917, y no tardó en invertir ese mismo dinero en la colección más majestuosa y extensa que había conocido Estados Unidos hasta la fecha. <<

[127] Arata Endo es, por supuesto, el insigne arquitecto japonés que llegó a diseñar el edificio Minamisawa de Jiyu Gakuen y el Hotel Koshien, entre otras obras destacadas. Wrieto-san y él se hicieron muy buenos amigos, y el japonés acabó convirtiéndose en un socio muy cercano, además de resultar de gran valía en la relación entre Wrieto-san (que tendía a ser algo imperioso, por decirlo suavemente) y el grupo de inversores. Dudo mucho que, sin él, Wrieto-san, pese a su gran carisma, hubiese sobrevivido a los miles de malentendidos y sobrecostes que acabó generando la construcción. <<

[128] Debía de tratarse de Aline Barnsdall. Como todo gran aficionado a la arquitectura sabe, su residencia acabaría llamándose la Casa Hollyhock o Casa Malvarrosa, porque la ladera de la colina estaba llena de estas flores. <<

[129] En total hicieron cinco viajes a Japón entre 1917 y 1922 y residieron allí 34 meses. Por desgracia aquel quinto viaje sería la última vez que Wrieto-san puso el pie en nuestro país. <<

[130] Una vez más, las ironías en la vida y las relaciones de Wrieto-san resultan extrañamente cómicas, casi surrealistas, como la forma en que esta Olga augura a la que cinco años más tarde se convertiría en la bestia negra de Miriam. <<

[131] Literalmente, «Por favor, ¿hay habitación, dormir, bien?». <<

[132] La madre de Wrieto-san tenía ochenta y un años cuando fue a Tokio, donde todo aquel que la conoció quedó maravillado. En Japón, al contrario que en Estados Unidos, honramos a nuestros mayores por el paso de los años y el lujo diacrónico de sus pensamientos. Son «objetos valiosos» con vida, además de personas, no chasis abandonados de los que desprenderse en el purgatorio de las residencias y los asilos.

<<

[133] En el verano de 1922. Partieron de Japón en julio y a mediados de agosto ya estaban en Taliesin. <<

[134] Aunque ¿era realmente eso lo que quería? En cuanto a la madre de Wrieto-san, su salud empeoró precipitadamente durante ese otoño y murió en un asilo del pueblo de Oconomowoc (Wisconsin) en febrero del año siguiente, cuando Wrieto-san y Miriam se encontraban en Los Ángeles. Todos los testimonios coinciden en señalar que no asistió al funeral de su madre. <<

[135] Por entonces yo estaba estudiando en Washington, pero mis padres habían regresado ya a Japón, de modo que las réplicas del terremoto de Kanto también sacudieron el suelo bajo mis pies. Se perdieron todas las comunicaciones y los rumores volaron como locos. Creo que no dormí en una semana, impotente y aterrado por mis reverenciados padres y por mis compatriotas. Las estimaciones de víctimas llegaron a las 150 000, mientras los incendios reducían a cenizas la ciudad. Cuando por fin llegó el telegrama de mi padre —su piso se había salvado y ambos estaban ilesos—, me fui, como en trance, a la orilla del Potomac y me eché a llorar con la cara entre las manos, receptáculo vivo de mi alivio. <<

[136] Existe aún controversia entre los estudiosos sobre la autenticidad del telegrama; muchos cuestionan su origen y afirman que fue el propio Wrieto-san quien lo redactó y planeó enviárselo a sí mismo desde Spring Green, y no desde Tokio, a modo de medalla retórica impuesta por él mismo. Tanto O'Flaherty-san como yo rechazamos dichas afirmaciones. En todo caso, lo expresado en el telegrama es incontestable y la prueba está en que, cuando la nube de polvo se disipó, el Imperial seguía en pie, orgulloso e intacto, mientras todo Tokio yacía a sus pies (o sus cimientos, mejor dicho). <<

[137] Aunque se pronuncia «maima», sin duda un freudiano no podría resistirse a la asociación con el más suave y elemental «mamá», dadas las apremiantes necesidades de Wrieto-san; y lo que, inevitablemente, habría de pasar. <<

[138] De *Una autobiografía*: «El arquitecto absorbió al padre que había en mí [...] porque nunca me acostumbré ni a la palabra ni a la idea de serlo [...]. Aborrecía el sonido de la palabra “papá”». Si bien no es este el lugar para comentarlo, daría lo que fuera por oír tan solo una vez más ese sonido de labios de mi hijo. <<

[139] Ellen Karolina Sofia Key (1849–1926). Feminista sueca, escritora, pedagoga y pensadora radical. Autora de títulos como *Amor y matrimonio* (1911) o *El movimiento de la mujer* (1912). Mamah fue seguidora de sus doctrinas y, postteriormente, su traductora. Un pasaje representativo de *Amor y matrimonio* dice así: «Al igual que la alquimia llevó a la química y la astrología a la astronomía, es posible que una lectura análoga de las señales y de los signos pueda allanar el camino a lo que podríamos denominar [...] “erotoplasia”: la doctrina del amor como un arte consciente y formativo, en lugar de como un mero instinto ciego de procreación». <<

[140] Una cifra increíble que podría equivaler a unos 6500 dólares, si los ajustamos a la inflación de 1979. Tanto O’Flaherty como yo hemos corroborado la cantidad en registros públicos, ya que a Wrieto-san le demandaban día sí, día no por impago. Una vez me dijo, a mi entender con bastante grandilocuencia —sobre todo después de la desavenencia que habíamos tenido por el Bearcat—, que si uno se cuidaba primero de los lujos, las necesidades ya se encargarían por sí solas de cuidarse. <<

[141] La casa George C. Stewart, edificada en 1909. <<

[142] Nombre ficticio. La historia no ha querido revelarnos la verdadera identidad de la desdichada, aunque tal vez un viaje hasta Boulder (Colorado) y una búsqueda en los registros de los hospitales podrían habérselo proporcionado. Por supuesto, O'Flaherty y yo estamos aquí cómodamente en Nagoya y nuestra máxima aspiración es una verosimilitud bien documentada. Véase la nota 3 sobre Albert Bleutick. <<

[143] La compañía Roaring Fork Mines. Imaginamos que salió del negocio, o al menos se diversificó, antes del gran colapso de la minería en 1893. <<

[144] La actitud de Wrieto-san a este respecto solo puede calificarse de irresponsable e incluso canallesca. Siempre parecía mantener relaciones de rivalidad con sus clientes, ante quienes creía tener que rebajarse para conseguir los medios con los que practicar su arte, de modo que si acababa «quemándoles», como dice la expresión, con sobrecostes y adelanto tras adelanto, era porque lo consideraba su deber. Huelga decir que pensaba dejar tirada a esa gente y que los proyectos solo los completaría delegando en otros. ¿Cómo se dice?... ¿Toma el dinero y corre? <<

[145] Tal y como lo representó Katsushika Hokusai (1760–1849) en su serie «Treinta y seis vistas del monte Fuji». Wrieto-san poseía al menos un excelente ejemplar de dicha serie: *Fuji desde el templo de Honganji, en Asakusa, Edo.* <<

[146] Un inquietante presagio de aquello a lo que Olgivanna tendría que enfrentarse un día. Véase la página 126. <<

[147] El lema se completaba con una frase en letras de siete centímetros y medio: «Buen amigo, en torno a las piedras de este hogar no hables mal de ningún ser». En su juventud, como el devoto esteta del XIX que era, se enamoró de tal aforismo, al igual que de los adornos anticuados, como el friso clásico que había en el vestíbulo. No tardó en abandonarlos por el estilo más depurado y moderno del que fue pionero y que, desde luego, no necesitaba de ninguna glosa verbal. <<

[148] Se trata, por supuesto, de uno de los primeros diseños de Wrieto-san más celebrados, quien lo añadió a su residencia en 1893 para dar cabida a su prole cada vez más numerosa. Es un espacio imponente y majestuoso, con una alta bóveda de cañón por techo, una chimenea rodeada de ladrillo romano, así como un revestimiento de ladrillo hasta el hueco de la ventana. Me imagino un fuego vivo ardiendo en el hogar como telón de fondo simbólico del entuerto al que tuvo que enfrentarse la primera señora Wright. <<

[149] Ruedas de prensa. Me pregunto cuándo se inventaron, así como sobre la curiosa propensión de Wrieto-san por infligírselas tan alegremente a las mujeres a las que profesaba su amor. <<

[150] Con el tiempo Lloyd Wright (1890–1978) se convirtió en un diestro y celebrado arquitecto por cuenta propia, pese a haber tenido que trabajar a la sombra de su padre. Siguió colaborando con él y supervisó un gran número de sus proyectos, incluida la casa Hollyhock, además de diseñar por su cuenta gran cantidad de edificios, entre los cuales los más admirados son la casa Samuel-Navarro en las colinas de Hollywood y la capilla Wayfarers de Palos Verdes, ambas en California. Si en ocasiones los aprendices sentimos el lastre de la superioridad del maestro, no quiero ni imaginarme lo que tuvo que suponer para su primogénito. En cualquier caso, el genio nunca viaja ligero de equipaje, ¿no es cierto? <<

[151] W. E. Martin, hermano de Darwin, uno de los principales mecenas y «primos» de Wrieto-san. Escandalizada, la esposa de Martin se negó a subir al mismo coche, mientras que este callejó todo lo posible con la esperanza de que no le reconocieran. Wrieto-san, en cambio, con su media melena y vestido como «el hombre del paquete de Quaker Oats», con pantalones por las rodillas y sombrero de boyero, causó gran revuelo en el andén mientras gritaba con voz estentórea que le llevasen el equipaje y chillaba: «¡Todos a bordo, vamos hasta Oak Park en coche!». Wrieto-san no sabía de agazaparse, de arrastrar los pies ni de poner caras largas: era el regreso del héroe. Siempre. <<

[152] Louis H. Sullivan, el gran arquitecto de Chicago para quien Wrieto-san trabajó como delineante de 1888 a 1893, año en que le despidieron por diseñar casas por su cuenta (aunque Wrieto-san, con su vanidad marca de la casa, aseguraba que se había ido él). Fuera como fuese, el caso es que pedía dinero prestado con la mayor alegría del mundo, tal y como se ha visto, si bien al mismo tiempo parecía tener dificultades para asimilar el concepto de devolver dinero. <<

[153] Francis W. Little. Wrieto-san le pidió prestados 10 000 dólares para financiarse el viaje a Alemania tras dejarle como aval el grueso de su colección de *ukiyo-e*. Después de la casa que le construyó en 1902, Little se convertiría en uno de los pocos clientes que repitieron con el arquitecto, cuando le contrató para que edificase Northome en el lago Minnetonka (Minnesota), el mismo que más tarde sería el escenario del arresto de Wrieto-san y Olgivanna. Las vueltas que da la vida... <<

[154] Edwin pidió el divorcio alegando abandono del hogar. La Ley exigía que mediasen dos años de ausencia antes de poderse completar el divorcio. Dado que Kitty se negaba bajo ningún concepto a concedérselo a Wrieto-san, Mamah se sintió obligada a quedarse en Europa, lejos de la mirada entrometida de la prensa estadounidense, aunque lejos también de su amante, de sus hijos y de su vida... <<

[155] Tuvimos a un charlatán entre los aprendices a mediados de la década de los treinta, un joven recién salido de la facultad que se llamaba Ken Milligan. Hablaba como un auténtico descosido, y nos distraía de tal manera a todos que Wrieto-san insistió en ponerle a trabajar solo. Una mañana el maestro se presentó en la obra con un yesero local, que resultó ser sordo y, con sus maneras subrepticias, escogió a Ken para que trabajara con él. Al cabo de tres días, estábamos todos cenando cuando Ken levantó la vista del plato y anunció a toda la mesa: «¿Sabéis lo que os digo? Que el nuevo no se entera de nada de lo que le digo. ¿Qué es, polaco o algo?». <<

[156] Años después Billy me confesó que no tenía ni idea de por qué le habían contratado, a no ser que fuera por sus herramientas. «Creo que estaban un poco faltos —me contó—, y yo tenía todo de mi padre (taladros, barrenas, escoplos, raederas, desbastadores, niveles, escuadras, cartabones, todos los tipos de sierras existentes..., aparte de lo que había ido reuniendo en un trabajo y otro). Supongo que se podría decir que yo estaba forrado de herramientas y ellos estaban bastante necesitados». <<

[157] Esto me recuerda la historia de una de las muchas demandas civiles a las que tuvo que enfrentarse Wrieto-san. Cuando el juez le preguntó cuál era su profesión, afirmó que era arquitecto, es más, era el mejor arquitecto del mundo. «¿El mejor? —repitió el juez—. ¿Cómo puede afirmar algo así?». «Bueno, señoría —repuso Wrieto-san—, ¿qué quiere?, estoy bajo juramento». <<

[158] Se trata de un texto feminista, una glosa a Ibsen y a sus personajes femeninos. Según el autor noruego, las mujeres, o al menos algunas liberadas, se rigen menos por la sociedad y son una fuerza natural mayor que los hombres. Por supuesto, si bien aquí no nos reivindicamos como feministas, sociólogos, ni nada por el estilo, puedo asegurar que Daisy Hartnett era sin duda una fuerza de la naturaleza, mientras que yo estaba demasiado obnubilado por mis expectativas —y por Wrieto-san— como para darme cuenta. Ay, Daisy, Daisy, Daisy... ¿Dónde estarán ahora tus cremosos muslos blancos y tu boquita de mariposa? <<

[159] Justo la postura que asumiría Miriam en esas mismas circunstancias. Véase su discurso en la página 307. <<

[160] En nuestros días puede resultar sorprendente el respeto que se le tenía a la prensa en la época de Wrieto-san, dada su actual reputación. Sin embargo, en esos tiempos el periodismo se veía como una misión superior, y el derecho de la opinión pública a saber parecía estar por encima incluso del derecho original estadounidense a la intimidad. Con todo, sigo sin entender por qué Wrieto-san no mandó al reportero a paseo, como se dice popularmente, y arrancó el cable del teléfono. Nadie se lo habría echado en cara. <<

[161] Un término desafortunado que los periódicos adoptaron del propio Wrieto-san, quien lo había utilizado el año anterior en un intento de justificar su escapada amorosa a Alemania. En cuanto al desastre continuo y vertiginoso de las ruedas de prensa de Wrieto-san, los japoneses tenemos un refrán, «*Nakitsura ni hachi*», que a grandes rasgos significa: «A perro flaco, todo son pulgas». <<

[162] Se trata del mismo hombre peculiar y poco dispuesto, el *sheriff* W. R. Pengally del condado de Iowa, a quien más tarde recurriría Miriam con el mismo propósito (en vano, como ya se ha visto). ¿Será que este funcionario público no quería inmiscuirse en esas sutiles distinciones morales de quién se acostaba con quién? ¿O era simplemente reacio a echar más leña al fuego? En el artículo del periódico, que tanto O’Flaherty-san como yo hemos estudiado, se le cita, a mi entender, con cierta comicidad: «Les he dicho que haré todo lo posible por frustrar todo intento de emplumar a quien sea». <<

[163] No era ninguna Olgivanna. Según se cuenta, Mamah era de natural amable y poco exigente, y se limitaba a dejar que el administrador de la finca y el ama de llaves llevaran las cosas a su manera. Con todo, si veía algo que no estaba bien, podía ser muy resuelta a la hora de rectificarlo, como ya veremos. <<

[164] Me abstendré de comentar al respecto. <<

[165] En gran medida estaba utilizando los fondos que le habían adelantado varios destacados *connoisseurs* estadounidenses de arte asiático, en especial los hermanos Spaulding, William S. y John T., de Boston. Solo podemos elucubrar sobre la magnitud de los encargos, al igual que sobre sus planes para ampliar su propia colección. <<

[166] No sabemos a ciencia cierta si llovía aquel día, pues todos los protagonistas han muerto ya y nunca se me ocurrió preguntarle a Billy Weston cuando tuve ocasión. Pero O'Flaherty-san ha querido evocar el día en que yo mismo fui a recoger a Daisy Hartnett y Gwendolyn Greiner a esa misma estación, en una tarde en que les aseguro que llovía con toda la inmisericorde ferocidad de la que el Wisconsin rural podía hacer gala. <<

[167] En este respecto confío en los saberes de O’Flaherty-san, quien pasó una temporada en las islas, por las que rebotó de puerto en puerto de América Central y del Sur en un barco mercante, antes de cortar el Pacífico en transversal para alegrar nuestras vidas en Nagoya. El *jug-jug* es una mezcla de sorgo, guisantes y carne en salazón; la olla picantona, como su propio nombre indica, es un guiso picante elaborado con varios tipos de carnes; las *conkies*, por su parte, son una pasta de harina de maíz, pasas, coco y verduras secadas al sol que se sirve en hojas de plátano. Me han contado que a los barbadenses también les encanta comerse el pescado frito dentro de un bollo, lo que recuerda al gusto de los estadounidenses por las hamburguesas. <<

[168] Para ayudarle a preparar los dibujos para una retrospectiva sobre su obra que habría de celebrarse ese otoño en San Francisco; desafortunadamente, no llegó a realizarse. <<

[169] Traducción de Mamah Bouton Borthwick, A. M., con prólogo de Havelock Ellis, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1912. <<

[170] «Libertad para amar» es el título de uno de los capítulos de *Amor y matrimonio*, obra también publicada en Estados Unidos en 1912. El capítulo que le precede se titula «La evolución del amor», que es precedido a su vez por «La selección del amor», una aplicación de la terminología darwiniana a los modales y las costumbres que en los capítulos finales desemboca en el divorcio libre y una nueva ley del matrimonio. Es imposible no ver la pasión con la que Mamah abrazó las ideas de la autora sueca como un modo de justificarse, cuando no como una purga ritual. <<

[171] Edwin Cheney volvió a casarse en 1912, al año de su divorcio, con la señorita Elsie Millor. Tendrían tres hijos y una vida plácida, un pequeño consuelo tras la conflagración en la que Mamah y Wrieto-san iban a arrojarles sin querer. Se enriqueció con el negocio, mimó a sus hijos y nunca se perdió una reunión de exalumnos. <<

[172] Sin duda puedo comprender lo que debió de sentir el barbadense, dada mi propia experiencia en aquel estado más blanco que la cal, pero O'Flaherty-san, como *gaijin* que es en Japón, también saca aquí a la palestra sus propios sentimientos. Apenas puede andar por la calle sin que la gente murmure a sus espaldas cosas como «narigudo» o «vaya peste a mantequilla». Nuestra familia, por supuesto, siempre le ha acogido de buen grado, sin prejuicio alguno y con gran respeto por sus cualidades... aunque sea un *gaijin*. <<

[173] El telegrama se entregó debidamente a las dos en punto de esa tarde en los Midway Gardens, pero Wrieto-san no estaba allí para recibirlo. Se encontraba ya en el tren, con su hijo John, y Edwin Cheney, el corazón latiéndole con tal fuerza que todavía creo oírlo. <<

[174] La narración cada vez se me hace más cuesta arriba. Si Wrieto-san tuvo cuatro mujeres en su vida —cuatro oportunidades de ser feliz—, yo solo tuve dos. Después de la muerte de Setsuko pensé en localizar a Daisy, pero me enteré por Wes de que se había casado con un inglés allí en Londres y nunca investigué para ver qué tal le había ido... no tuve el valor. Lo que sí es cierto es que me la arrebataron, igual que a Wrieto-san le arrebataron a Mamah; y también como mi preciado maestro, logré encontrar consuelo y amor, amor verdadero, en otra mujer, Setsuko, mi esposa. Tengo la impresión de que en su momento logramos querernos y amarnos cada vez más, día tras día..., al menos hasta que apareció el taxista francés, con su *vin rouge* y sus reflejos letales. <<

[175] No sé si es este el momento o el lugar, pero, en pos de la coherencia, creo que debería identificar la referencia. Este John es, claro está, John Lloyd Wright (1892–1972), el segundo hijo de Wrieto-san, que ejerció como aprendiz de su padre durante la construcción de los Midway Gardens. Al igual que su hermano mayor Lloyd, acabaría convirtiéndose en un arquitecto reputado por derecho propio, aunque tal vez sea más conocido incluso (y sin duda fue más remunerado) por otro modo de construcción muy distinto: fue el inventor de los juegos de construcciones para niños, los «Troncos de Lincoln» como los llamó él. Tal vez se me escape alguna ironía de mal gusto, pero me temo que yo no la veo; o al menos ahora mismo no. <<

[176] El barbadense no llegó a ir a juicio. Sucumbió en su celda del calabozo al cabo de dos meses, aunque no por los efectos del ácido que había ingerido, sino por la huelga de hambre a la que se sometió. Billy Weston me contó que Carleton no pesaría más de 65 o 68 kilos y que, para cuando murió, su peso se había reducido a la mitad. Desde el momento en que empuñó la hachuela de techador no volvió a pasar nada más por sus labios, aparte de agua. Tampoco habló. Un hombre extraño, un destino más extraño aún. <<

[177] Mientras releo estas páginas no puedo sino imaginarme lo distinto que habría sido el mundo si Wrieto-san hubiese almorzado allí ese día funesto. Hasta la fecha había hecho unos 135 edificios, una cantidad asombrosa para cualquier arquitecto, pero el mundo apenas le conocería como se le conoce hoy si le hubiesen enterrado al lado de su amante, en aquel pequeño cementerio familiar en medio de ninguna parte. Piensen en todo lo que nos habríamos perdido: el Hotel Imperial, la Casa de la Cascada, el Guggenheim y el resto de diseños de su época de madurez, magistrales y en perpetua evolución. Taliesin solo sería una ruina calcinada en medio de un campo de vacas. Y yo nunca habría sido su aprendiz ni habría conocido su amistad y su inspiración. Este libro no existiría. O'Flaherty-san, por muy brillante que sea, tal vez nunca se habría animado a embarcarse en las accesibles gratificaciones de la ficción. Solo un hombre, Wrieto-san, pero un auténtico abanderado para todos nosotros. Un castigo divino, sin duda. <<